ANTONY BEEVOR

BERLÍN

LA CAÍDA: 1945



ANTONY BEEVOR

BERLÍN
LA CAÍDA: 1945

Traducción castellana de
DAVID LEÓN GÓMEZ

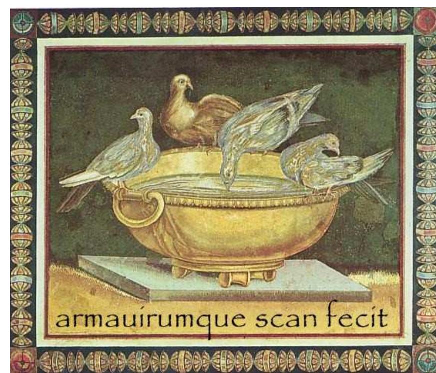
CRÍTICA
BARCELONA

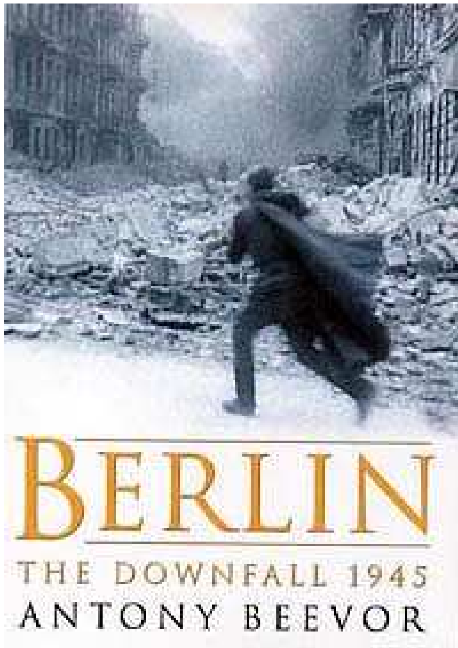
Primera edición: septiembre de 2002
Segunda edición: octubre de 2002
Tercera edición: octubre de 2002
Cuarta edición: octubre de 2002

Título original: *Berlin. The Downfall, 1945.*
(Penguin Books Ltd., Londres)
Ilustración de la cubierta: Soldado del Ejército Rojo en las calles en ruinas de Berlín a finales de abril de 1945 (Ullsteinbild/Novosti, Berlín)

ISBN: 84-8432-365-X
Depósito legal: B. 46.205-2002

Impreso en España
2002 - A & M Gráfic, Santa Perpètua de Mogola (Barcelona)





Antony Beevor reconstruye en este libro la última gran batalla europea de la segunda guerra mundial y la estremecedora agonía del Tercer Reich. Con rigurosas técnicas documentales semejantes a las empleadas en *Stalingrado* pero con mayor aliento épico y más densidad política, Beevor combina como nadie un extraordinario talento de militar e historiador con unas dotes narrativas fuera de lo común para describir tanto la complejidad de las grandes operaciones militares y la lógica de las decisiones de sus mandos como los sentimientos de la gente común atrapada en un torbellino de fuego y metralla: la desesperación de Hitler, los deseos de venganza de Stalin, la impotencia de Guderian o la astucia de Zhukov, pero también la paradójica inocencia de unos niños jugando a la guerra con espadas de madera en mitad de sus casas destruidas por las bombas o el asco y el resentimiento de las mujeres brutalmente violadas por soldados soviéticos, al tiempo que fanáticos de las SS ejecutan a cualquiera que se atreva a ondear una bandera blanca... «Berlín se parece —ha escrito Michael Burleigh— al gran poema épico de Alexander Solzhenitsyn *Noches prusianas*, sólo que apoyado en impresionantes documentales. Es una obra maestra de la historia moderna».



Antony Beevor

Educado en Winchester y Sandhurst, fue oficial regular del ejército británico. Abandonó el ejército tras cinco años de servicio y se trasladó a París, donde escribió su primera novela. Entre sus ensayos destacan *Creta*. *La batalla y la resistencia (*Crítica, 2002*)*, obra con la que ganó el Runciman Prize, y, sobre todo, *Stalingrado (*Crítica, 2000*)*, merecedora del Samuel Johnson Prize, el Wolfson History Prize y el Hawthornden Prize, y que ha conocido ocho ediciones en castellano.
En la actualidad Beevor es también Caballero de las Artes y las Letras del gobierno francés.

***Memoria* Crítica**

Esta colección se propone publicar estudios sobre los grandes problemas del pasado inmediato y sobre acontecimientos que siguen pesando sobre nuestras vidas, con el fin de ayudar a la necesaria tarea de fundamentar un análisis objetivo del presente y reconstruir nuestras expectativas de futuro.

http://www.antonybeevor.org

PREFACIO

«La historia siempre concede una mayor importancia a los acontecimientos terminales», declaró desconsolado Albert Speer a sus interrogadores estadounidenses recién acabada la guerra 1. Abominaba la sola idea de que los últimos logros del régimen de Hitler se ensombrecieran a causa de su derrumbamiento final. Con todo, Speer, al igual que otros nazis prominentes, se negó a reconocer que pocas cosas revelan más sobre los dirigentes políticos y sus sistemas que el modo en que se vienen abajo. Y ésta es precisamente la razón por la que la derrota final del nacionalsocialismo resulta tan fascinante, al tiempo que de tanta relevancia en un momento en que los adolescentes, sobre todo los alemanes, parecen estar encontrando tantas cosas que admirar en el Tercer Reich 2.

Los enemigos del régimen nazi habían vislumbrado por vez primera su venganza apenas dos años antes. El 1 de febrero de 1943, un iracundo coronel soviético detuvo a un grupo de escuálidos prisioneros alemanes entre los escombros de Stalingrado. «¡Así va a acabar Berlín!», exclamó mientras señalaba los edificios en ruinas que lo rodeaban. Cuando leí estas palabras hace ahora unos seis años, me di cuenta de inmediato de cuál sería mi próximo libro. En las pintadas que se han conservado en los muros del Reichstag berlinés aún puede observarse cierto paralelismo entre las dos ciudades, conquistadas por unos rusos que, alborozados por su venganza, obligaron al invasor a replegarse desde el extremo más lejano de su avance oriental hasta el mismo corazón del Reich.

Hitler también estaba obsesionado con esta derrota decisiva. En noviembre de 1944, cuando el Ejército Rojo se agrupaba tras las fronteras orientales del Reich, recordó lo sucedido en Stalingrado. Los reveses sufridos por Alemania habían comenzado, según observó en un discurso de gran relevancia, «con el avance de los ejércitos rusos en el frente rumano sobre el Don en noviembre de 1942». Culpó de ello a sus desventurados aliados, faltos de armamento e ignorados en los vulnerables flancos de ambos lados de la ciudad, en lugar de achacarlo a su propia obstinación por hacer caso omiso de las advertencias de peligro. Hitler no había aprendido ni olvidado nada.

Este mismo discurso puso de relieve con terrible claridad la distorsionada lógica en que se había dejado atrapar el pueblo alemán. Se publicó bajo el título de «Capitular significa ser aniquilados». En él advertía que si ganaban los bolcheviques, la nación alemana estaba abocada a la destrucción, la violación y la esclavitud, a formar en «inmensas columnas de hombres que se abren paso hacia la tundra siberiana» 3.

Hitler se negó vehemente a reconocer las consecuencias de sus propias acciones, y el pueblo alemán se dio cuenta demasiado tarde de que se hallaba atrapado en una horrible confusión de causas y efectos. En lugar de eliminar al bolchevismo, tal como había proclamado, su dirigente había logrado llevarlo al mismo corazón de Europa. Su invasión de Rusia, tan abominable como cruel, había sido llevada a cabo por una generación de jóvenes alemanes destetados por una combinación inteligente y demoníaca. La propaganda de Goebbels no se limitó a deshumanizar a los judíos, a los comisarios soviéticos y al pueblo eslavo en general, sino que logró que los alemanes los temiesen y los odiasen. Merced a estos crímenes de dimensiones ciclópeas, Hitler había conseguido maniatar la nación a su causa, y la cada vez más cercana violencia del Ejército Rojo constituía la realización más completa de su profecía de dirigente.

Stalin, bien que no descartaba el uso de símbolos cuando le convenía, se mostró mucho más calculador. La capital del Reich suponía, en verdad, la "culminación de todas las operaciones de nuestro ejército durante esta guerra"; pero el dirigente soviético tenía otros intereses 4. Entre éstos destacaba el plan, elaborado durante el ejercicio de Lavrenty Beria en cuanto ministro de Seguridad Estatal, de despojar los laboratorios de investigación atómica berlineses de todo su instrumental y su uranio antes de la llegada de los estadounidenses y los británicos. El Kremlin estaba bien

informado de los avances del Proyecto Manhattan, que se estaba desarrollando en Los Alamos, por mediación del doctor Klaus Fuchs, espía allegado al régimen comunista. Los científicos soviéticos se hallaban muy rezagados en este sentido, y Stalin y Beria estaban convencidos de que si eran capaces de hacerse con los laboratorios y los investigadores de Berlín antes de que llegasen los Aliados occidentales, podrían elaborar una bomba atómica semejante a la de los estadounidenses.

La magnitud de la tragedia humana cuando la guerra tocaba a su fin escapa a la imaginación de todo el que no la viviese en persona, y más aún a la de los que han crecido en la sociedad desmilitarizada de la era que siguió a la guerra fría. Con todo, este momento decisivo para millones de personas tiene aún mucho que enseñarnos. Una de las lecciones más importantes que debemos extraer de él es que se debe desconfiar al máximo de cualquier generalización relativa a la conducta del ser racional. Los extremos del sufrimiento e incluso la degradación humanos pueden hacer surgir lo mejor y también lo peor de la naturaleza del hombre. El comportamiento de éste refleja en gran medida el carácter por completo impredecible de la vida o la muerte. Muchas tropas soviéticas, sobre todo las situadas en primera línea de combate, a diferencia de las que se hallaban más retiradas, mostraron con frecuencia una gran amabilidad hacia los civiles alemanes. En un mundo de horror y crueldad en el que la ideología había destruido casi por completo cualquier concepto de humanidad, un puñado de actos de una bondad y un sacrificio a menudo inesperados iluminaron lo que, de otra manera, se habría convertido en una historia rayana en lo insoportable.

Este libro no habría sido posible sin la ayuda de un buen número de personas. En primer lugar, debo hacer constar mi profundo agradecimiento a los directores y demás personal de los numerosos archivos consultados: al coronel Shuvashin y el personal del TsAMO (Archivo Central del Ministerio de Defensa) de Podolsk; a la doctora Natalya Borisovna Volkova y el personal del RGALI (Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte); a los doctores Vladimir Kuzelenkov y Vladimir Korotaev, del RGVA (Archivo Militar del Estado Ruso); al profesor Kyrill Mijailovich Andersen y el doctor Oleg Vladimirovich Naumov, del RGASPI (Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política); al doctor Manfred Kehrig, director del Bundesarchiv-Militärarchiv de Friburgo y frau Weibl; al doctor RolfDieter Müller y Hauptmann Luckszat, del MGFA de Potsdam; al profesor doctor Eckhart Henning, del Archiv zur Geschichte der MaxPlanck-Gesellschaft; al doctor wolf-Ekkehard Lucke, del Landesarchiv-Berlin; a frau Irina Renz, de la Bibliothek für Zeitgeschichte de Stuttgart; al doctor Lars Ericson y a Per Clason, del Krigsarkivet de Estocolmo; a John E. Taylor, Wilbert Mahoney y Robin Cookson, de los National Archives Ii de College Park (Maryland), y al doctor Jeffrey Clarke, del Centro de Historia Militar del Ejército de Estados Unidos.

Bengt von zur Mühlen, fundador de Chornos-Film, se ha mostrado particularmente generoso en lo referente a las películas de archivo y las grabaciones de las entrevistas. También estoy en deuda con Gerald Ramm y Dietmar Arnold, de Berliner Unterwelten, por la ayuda prestada.

Debo asimismo expresar mi más sincero agradecimiento a los que tan bien me atendieron durante mis viajes y me proporcionaron consejo y hospitalidad, amén de ponerme en contacto con otras personas: en Rusia, las doctoras Galya y Luba Vinogradova, el profesor Anatoly Aleksandrovich Chernobayev, y Simon Smith y Sian Stickings; en Alemania, William Dure, el Staatssekretär a.D. Kart-Günther y frau Von Hase, así como Andrew y Sally Gimson; en Estados Unidos, Susan Mary Alsop, el general de división Charles Vyvyan y señora, Bruce Lee, el señor Charles von Luttichau y su esposa, y Martin Blumenson.

Ha sido para mí un gran placer —y ha resultado provechoso en extremo para el libro— trabajar en colaboración con la serie Timewatch de la BBC. Estoy profundamente agradecido a Laurence Rees, que tuvo la idea, al doctor Tilman Remme, en cuya grata compañía he aprendido mucho, y a Detlef Siebert, que fue de gran ayuda en un primer estadio al proporcionarme consejo y personas a quien entrevistar. También me han brindado contactos, información, ayuda y consejo Anne Applebaum, Christopher Arkell, Claudia Bismarck, Leopold Graf von Bismarck, sir Rodric Braithwaite, el profesor Christopher Dandeker, el doctor Engel, del Archiv der Freien Universität, el profesor John Erickson, Wolf Gebhardt, Jon Halliday, Nina Lobanov-Rostovsky, la doctora Catherine Merridale, el profesor Oleg Aleksandrovich Rzheshevsky, el profesor Moshe Schein, del

Hospital Metodista de Nueva York, Karl Schwarz, Simon Sebag-Montefiore, Gia Suljanishvili, la doctora Galya Vinogradova y Ian Weston-Smith.

Puede decirse de un modo casi literal que este libro nunca habría sido posible, al menos tal como se presenta al lector, sin la maravillosa ayuda recibida de la doctora Luba Vinogradova, desde Rusia, y Angelica von Hase, desde Alemania. Trabajar con ellas ha sido un privilegio y un placer. También estoy en extremo agradecido a Sarah Jackson por su labor de investigación fotográfica, y a Bettina von Hase y David List por hacer otro tanto en lo referente a los archivos complementarios, desde Alemania e Inglaterra respectivamente. Charlotte Salford, por su parte, tuvo la gentileza de traducir para mí los documentos del Krigsarkivet de Estocolmo.

Vaya también mi más sincero agradecimiento al profesor Michael Burleigh, el profesor Norman Davies y la doctora Catherine Merridale, que leyeron el original mecanografiado o parte de él y aportaron enriquecedores comentarios críticos. Huelga decir que sobre mí recae toda la responsabilidad de cualquier error que pudiese haber aún.

Nunca podré agradecer lo suficiente a Mark Le Fanu y a la Sociedad de Autores el que hayan recuperado los sitios antonybeevor.com, antonybeevor.org y antonybeevor.net del *ciberokupa* que se había apropiado de ellos. En estos momentos, pueden visitarse a modo de “montaje del autor” (el equivalente en la escritura al montaje del director), pues contienen material de diversa índole para el que no hubo cabida en la versión impresa del libro.

Como siempre, he contraído una enorme deuda con mi agente, Andrew Nurnberg y con Eleo Gordon, mi editor en Penguin, que empujaron por estas sendas a un autor remiso en un principio. Mi esposa, una vez más, ha tenido que soportar constantes ausencias e innumerables cargas adicionales. Le estoy eternamente agradecido.

Glosario

Todos los datos que se dan en el libro se refieren a 1945 si no se indica lo contrario.

BdM: *Bund deutscher Mädel* ("Liga de Muchachas Alemanas"): organización femenina análoga a las Juventudes Hitlerianas.

departamento político: Un agente político (*politruk*) se responsabilizaba de la educación ideológica de todos los soldados. El departamento político de cada ejército y frente soviéticos era competencia de la Administración Política Principal del Ejército Rojo (GlavPURRKA).

Fritz: Nombre con que llamaban los rusos al soldado alemán. El plural se empleaba para referirse a los alemanes en general.

frontovik: Soldado del Ejército Rojo que cuenta con experiencia en el frente.

Gauleiter: Jefe del Partido Nazi en cada uno de los distritos en que se dividía el Reich.

Ivan (o Iwan, (en alemán): Soldado soviético. El término lo empleaban por igual rusos y alemanes.

Kessel ("caldero" en alemán): Grupo de fuerzas rodeado por el enemigo.

Landser: Soldado alemán con experiencia en el frente. Equivalente al *frontovik* del Ejército Rojo.

NKVD: Policía secreta soviética, a cargo de Lavrenty Beria. A cada mando del frente soviético se le asignaban unidades militares de la NKVD (divisiones de fusileros formadas en su mayoría por regimientos de guardias de frontera de la NKVD). El jefe del NKVD de cada uno de los frentes sólo debía responder ante Beria y Stalin, y no ante la cadena de mando del Ejército Rojo.

OKH: *Oberkommando des Heeres*: En teoría, cuartel general supremo del ejército alemán, aunque en los últimos estadios de la guerra su función más importante fue el mando operacional del frente oriental.

OKW: *Oberkommando der Wehr macht*: Cuartel general supremo de todas las fuerzas armadas, el ejército, la Luftwaffe y la Kriegsmarine, controlado por el propio Hitler a través del mariscal de campo Keitel y el general Jodl. Dirigía las operaciones de todos los frentes excepto del oriental.

S-Bahn: Tren urbano y suburbano, sobre todo de superficie, aunque contaba también con vías subterráneas.

7º departamento: Organización con representación en cada uno de los cuarteles generales del ejército so viético que tenía por misión principal desmoralizar al enemigo. Los comunistas alemanes trabajaban bajo órdenes de oficiales soviéticos, al igual que sucedía con muchos prisioneros de guerra que habían recibido entrenamiento "antifascista" en los campos rusos. Los alemanes los conocían como "soldados Seydlitz", por el general Von Seydlitz—Kurzbach, quien tras rendirse en Stalingrado había colaborado en la fundación del llamado Comité Nacional por una Alemania Libre, entidad que dependía por completo del NKVD.

SHAEF: *Supreme Headquarters Allied Expeditionary Force* ("Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Alia das").

shtraf : Compañía o batallón, remedo soviético de las unidades alemanas *Straf* (penitenciarias). Se condenaba a servir en ellas a los oficiales deshonrados, los desertores y los rebeldes. Allí, en teoría, se les ofrecía la oportunidad de redimir "su culpa con su sangre", lo que quiere decir que los empleaban para labores casi suicidas, tales como avanzar en vanguardia por entre los campos de minas. Las unidades *Straf* contaban siempre con una escolta dispuesta a abatir a cualquier miembro que desobedeciera las órdenes.

SMERSH: Acrónimo de *smert shpionam* ("muerte a los espías"), nombre supuestamente escogido por el propio Stalin para denominar a la organización de contraespionaje adscrita a las unidades y formaciones del Ejército Rojo. Hasta abril de 1943, momento en que asumió la dirección Viktor Abakumov, se conocía como el "departamento especial" del NKVD.

Stavka: Cuartel general supremo de las fuerzas armadas soviéticas, bajo el control directo de Stalin. En 1945, el jefe del estado mayor era el general Antonov.

U-Bahn: Ferrocarril metropolitano.

Verjovny: “Comandante en jefe”, término empleado por Zhukov y otros altos mandos para referirse a Stalin.

ORGANIZACIÓN MILITAR

grupo de ejércitos y frente: El “grupo de ejércitos” alemán o el “frente” del Ejército Rojo representaban una serie de ejércitos bajo las órdenes de un solo comandante en jefe. Dependiendo de las circunstancias, el número de integrantes podía variar en gran medida, de doscientos cincuenta mil a más de un millón de hombres.

batallón: Cada batallón consistía en un mínimo de tres compañías de fusileros (de unos ochenta hombres más o menos cada una, en teoría), así como en compañías de apoyo, con metralletas, morteros o cañones antitanque, y compañías de transporte o suministros.

brigada: Esta formación, que se hallaba entre el regimiento y la división, fue más usada por los ejércitos estadounidense y británico que por el alemán y el soviético, con dos o tres regimientos por división. El Ejército Rojo, por su parte, contaba con tres brigadas de tanques por cada cuerpo blindado.

cuerpo: Estaba formado por varias divisiones (entre dos y cuatro, por lo común). Sin embargo, un cuerpo blindado soviético consistía en tres brigadas de sesenta y cinco tanques, y se acercaba en tamaño a una división *Panzer* alemana al completo.

división: El tamaño de las divisiones variaba sobremanera. Una división de fusileros soviética debía reunir en teoría 11.780 hombres, aunque la mayoría contaba tan sólo con un número que oscilaba entre los tres mil y los siete mil. Llegado 1945, las divisiones de infantería alemanas no alcanzaban siquiera estas cifras.

ejército: Cada ejército alemán contaba con unos cuarenta o cien mil hombres, mientras que los soviéticos eran, por lo general, menos numerosos. La mayor parte de los ejércitos estaba constituida por dos o tres cuerpos. En teoría, un ejército blindado soviético contaba con 620 tanques y 188 cañones de asalto autopropulsados.

regimiento: Consistía, al menos, en dos o tres batallones de unos setecientos hombres cada uno, aunque a menudo no llegaba a esta cifra.

Los equivalentes entre los rangos militares del ejército británico, el estadounidense, el alemán y las Waffen SS pueden encontrarse en antonybeevor.com, en la sección de anexos al presente libro.

1
AÑO NUEVO EN BERLÍN

Los berlineses, demacrados por la escasez de víveres y la tensión, tenían poco que celebrar durante la Navidad de 1944. Buena parte de la capital del Reich se había visto reducida a escombros a resultas de los bombardeos. El humor negro propio de sus habitantes se había tornado en humor lúgubre. El chiste que circulaba por la ciudad en aquel período tan poco festivo era: "Sé práctico: regala un ataúd".

El estado de ánimo de los alemanes había cambiado hacía exactamente dos años. Poco antes de la Navidad de 1942 empezó a rumorearse que el 6º ejército del general Paulus había sido rodeado en el Volga por el Ejército Rojo. Al régimen nazi le resultó difícil admitir que la mayor formación de toda la Wehrmacht estaba condenada a ser aniquilada entre las ruinas de Stalingrado y en la helada estepa de los alrededores. Con el fin de preparar al país para las malas noticias, Joseph Goebbels, el *Reichsminister* de Propaganda e Información, había anunciado unas "Navidades alemanas", lo que en términos nacionalsocialistas quería decir austeridad y determinación ideológica para sustituir a las velas, las guirnaldas y la *Heilige Nacht* ("Noche de paz"). En 1944, el tradicional ganso asado se había convertido en un recuerdo de otros tiempos.

En las calles en las que se había derrumbado la fachada de alguna casa podían verse aún los cuadros colgados en las paredes de lo que había sido un cuarto de estar o un dormitorio. La actriz Hildegard Knef tenía la mirada clavada en un piano que había quedado al descubierto entre los restos del suelo de una vivienda. Nadie podía alcanzarlo, y ella se preguntaba cuánto tardaría en caer al montículo de escombros que esperaba debajo. Las familias garabateaban mensajes en los edificios derribados para advertir al hijo que regresaba del frente que se encontraban bien y que habían ido a alojarse a otro lugar. El Partido Nazi hacía pública la siguiente advertencia: "Los saqueadores serán castigados con la pena de muerte".

Los ataques aéreos —en los que se turnaban británicos, por la noche, y estadounidenses, durante el día— eran tan frecuentes que los berlineses empezaron a notar que pasaban más tiempo en sótanos y refugios subterráneos que en sus propios lechos. La falta de sueño contribuía a la extraña combinación de histeria reprimida y fatalismo. Cada vez era menor el número de personas que parecía preocuparse por que los denunciasen a la Gestapo por derrotismo, tal como indica el aluvión de chistes surgidos por esas fechas. Se decía que las omnipresentes iniciales LSR, de *Luftschutzraum* o "refugio antiaéreo", significaban *Lernt schnell Russisch*: "Aprenda ruso enseguida"[1]. La mayoría de los berlineses había dejado de usar el *Heil Hitler!* para saludar. Cuando Lothar Loewe, miembro de las Juventudes Hitlerianas que había estado fuera de la ciudad, lo empleó al entrar en un comercio, todos se volvieron a mirarlo. Fue la última vez que pronunció esas palabras fuera de servicio. Loewe se encontró con que como saludo más frecuente se había impuesto el de *Bleib übrig*!: "¡Sobrevive!"[2].

El humor también se hizo eco de las imágenes grotescas, y en ocasiones casi surrealistas, de la época. La construcción antiaérea más extensa de Berlín era el búnker del Zoo, una fortaleza gigantesca de hormigón armado del período totalitario, dotada de baterías de cañones en el tejado y enormes refugios en su interior, en los que se hacinaban multitudes de berlineses al sonido de las sirenas. La periodista Ursula von Kardorff lo describió "como el decorado perfecto para la escena de la cárcel de *Fidelio*". Mientras tanto, las parejas de enamorados se abrazaban en las escaleras de caracol de hormigón como si participaran en una "burda parodia de un baile de disfraces"[3].

La ciudad estaba dominada por una atmósfera de inminente derrumbamiento tanto en las vidas personales como en lo referente a la existencia de la nación. Sus habitantes gastaban el dinero sin moderación, persuadidos de que no tardaría en perder todo su valor. Se contaban historias, difíciles de confirmar, acerca de niñas y muchachas jóvenes que copulaban con extraños en rincones oscuros cercanos a la estación del Zoo y en el Tiergarten. Al parecer, el deseo de prescindir de la inocencia se hizo aún más desesperado a medida que el Ejército Rojo se aproximaba a Berlín.

Los propios refugios antiaéreos, iluminados con lámparas azules, constituían un verdadero anticipo de infierno claustrofóbico. Se trataba de lugares en los que la gente se daba empujones envuelta en sus ropas más cálidas, con pequeñas cajas de cartón en las que guardaban emparedados y termos. En teoría, en los refugios podían satisfacerse todas las necesidades básicas. Contaban con un *Sanitätsraum* con enfermera, en el que las mujeres podían dar a luz. El parto daba la impresión de acelerarse con las vibraciones provocadas por el impacto de las bombas, que parecían provenir más del centro de la tierra que del nivel del suelo. Los techos estaban revestidos de pintura luminosa, debido a la frecuencia con que, durante los ataques, fallaban las luces, que primero se atenuaban y luego empezaban a parpadear. Las reservas de agua escaseaban cuando los bombardeos alcanzaban la red de suministro, y los *Aborte*, o lavabos, no tardaron en convertirse en lugares repugnantes, lo que suponía una verdadera aflicción para un pueblo tan preocupado por la higiene. Tampoco era extraño que las autoridades sellasen los aseos debido al elevado número de personas deprimidas que, tras cerrar la puerta con pestillo, se suicidaba en su interior.

En realidad, para una población de unos tres millones de habitantes, Berlín no contaba con suficientes refugios, por lo que los existentes acostumbraban a estar abarrotados. En los pasillos principales, las salas destinadas a la convivencia y las habitaciones de las literas, el aire estaba viciado a causa del uso excesivo, y de los techos goteaba el agua procedente del vaho. El complejo de refugios situado bajo la estación de metro Gesundbrunnen se había concebido para acoger a mil quinientas personas, aunque las que se apiñaban en su interior solían triplicar ese número. Para medir la disminución de los niveles de oxígeno se recurría a las velas: Cuando se apagaba la que estaba situada a ras de suelo, era necesario levantar a los niños para colocarlos a la altura de los hombros. Si la que se apagaba se hallaba sobre una silla, había que iniciar la evacuación del nivel. Por último, cuando la tercera, situada a la altura de la barbilla, comenzaba a chisporrotear, se evacuaba el búnker al completo, al margen de la dureza que hubiese alcanzado el bombardeo en el exterior.

Los trescientos mil extranjeros que trabajaban en Berlín, y que llevaban una letra pintada en la ropa para identificar su país de origen, tenían prohibida la entrada a los búnkers y los sótanos. Esta medida constituía, en parte, una prolongación de la política nazi que tenía por fin evitar que se mezclasen de forma íntima con la raza alemana; sin embargo, lo que más preocupaba a las autoridades era salvar las vidas de los nacidos en Alemania. Un trabajador forzado, en particular un *Ostarbeiter*, u obrero oriental, de los cuales la mayor parte procedía de Ucrania y Bielorrusia, se consideraba como algo reemplazable. Sin embargo, no eran pocos los trabajadores foráneos, tanto forzados como voluntarios, que disfrutaban de un grado mucho mayor de libertad que los desafortunados a los que se había recluido en campos de concentración. Los que prestaban sus servicios en fábricas de armamento de los alrededores de la capital, por ejemplo, habían creado su propio refugio y una subcultura bohemia, con su propio boletín informativo y representaciones teatrales en las profundidades de la estación de la Friedrichstrasse. Sus ánimos se levantaban de forma considerable a medida que avanzaba el Ejército Rojo, en tanto que los de sus explotadores se hundían. La mayoría de los alemanes miraba a los trabajadores extranjeros con inquietud. Los consideraban iguales a soldados dispuestos a salir de su caballo de Troya para atacar y vengarse en cuanto el enemigo hubiera alcanzado la ciudad.

Los berlineses sentían un miedo atávico y visceral ante el invasor eslavo del este, terror que se tornaba en odio con gran facilidad. Según se acercaba el Ejército Rojo, la propaganda de Goebbels insistía cada vez más en recordar las atrocidades perpetradas en Nemmersdorf cuando las tropas rusas invadieron el sudeste de Prusia Oriental el otoño anterior y violaron y asesinaron a muchos habitantes de este pueblo.

Algunos tenían sus propias razones para negarse a emplear los refugios durante los bombardeos. Cierto hombre casado que visitaba a su amante de forma regular en el distrito de Prenzlauerberg no quería bajar al sótano comunitario por temor a levantar sospechas. Una noche, el edificio recibió un impacto directo, y el desafortunado adúltero, que se hallaba en ese momento sentado en un sofá, quedó sepultado hasta el cuello por los escombros. Tras el ataque, un muchacho llamado Erich Schmidtke y un trabajador checo al que se había permitido entrar en el sótano lo oyeron gritar de dolor y subieron a la carrera en dirección al sonido. Una vez que lo rescataron y lo evacuaron para que fuese atendido, el joven Erich, que a la sazón contaba catorce años, hubo de informar a la esposa de la víctima de que su marido había sido herido de gravedad en el piso de la otra mujer. La engañada comenzó a proferir gritos de rabia, más dolida por el hecho de que lo hubiesen encontrado allí que por el estado de su esposo. Los niños de esa época debieron iniciarse de un modo muy duro en las realidades del mundo de los adultos 4.

El general Günther Blumentritt, al igual que la mayoría de los que se hallaban cercanos al poder, estaba convencido de que los bombardeos sobre Alemania propiciaban una verdadera *Volksgenossenschaft* o “camaradería patriótica” 5. Esto pudo haber sido cierto en 1942 y 1943, pero a finales de 1944 el efecto tendía a polarizar la opinión entre los partidarios de la línea dura y los que se mostraban hastiados de la guerra. Berlín había sido la ciudad con mayor grado de oposición al régimen nazi, tal como indican las actas electorales anteriores a 1933. No obstante, salvo una minoría, valiente aunque reducida, esta oposición se había limitado por lo general a refunfuñar y mofarse del partido. La mayor parte se había mostrado sinceramente aterrorizada ante el intento de asesinar a Hitler del 20 de julio de 1944. Además, a medida que las fronteras del Reich se vieron amenazadas tanto por levante como por poniente, el pueblo empezó a creerse la sarta de mentiras que hacía públicas Goebbels según las cuales el Führer crearía nuevas “armas milagrosas” para luchar contra sus enemigos, como si estuviera a punto de asumir la función de un Júpiter iracundo que lanza sus rayos para simbolizar su poder.

Una carta escrita por una mujer a su esposo, recluido en un campo de concentración francés, pone de manifiesto la mentalidad de asedio que abatía a los ciudadanos y la propensión a confiar en la propaganda del régimen de que daban muestras: “Tengo tanta fe depositada en nuestro destino —escribía— que nada puede quebrantar una confianza nacida de nuestra larga historia, de nuestro glorioso pasado, como dice el doctor Goebbels. Es imposible que las cosas salgan de otro modo. Tal vez hayamos alcanzado en este momento un punto muy bajo, pero contamos con hombres decididos. El país entero está listo para marchar con las armas al hombro. Tenemos armas secretas reservadas para el momento elegido y, sobre todo, tenemos a un Führer al que podemos seguir con los ojos cerrados. No dejes que te derriben, por nada del mundo” 6.

La ofensiva de las Ardenas, lanzada el 16 de diciembre de 1944, insufló nuevos ánimos a los leales de Hitler: las tornas se habían vuelto por fin. La confianza en el Führer y en las *Wunderwaffen*, las armas prodigiosas como el V-2, los hicieron cegarse ante la cruda realidad. Comenzaron a circular rumores de que el primer ejército estadounidense se había visto rodeado por completo y sus miembros habían sido capturados merced a un gas anestésico. Pensaban que podrían chantajear al mundo y vengarse por todo lo que había sufrido Alemania. Entre los más resentidos se hallaban, al parecer, los suboficiales veteranos. Según se contaban unos a otros con feroz regocijo, París estaba a punto de ser reconquistada. A muchos les pesaba que no se hubiera destruido la capital francesa el año anterior, mientras que los bombardeos estaban reduciendo Berlín a escombros. Se regodeaban ante la idea de que, por fin, tendrían la oportunidad de corregir la historia.

El alto mando del ejército alemán, sin embargo, no compartía este entusiasmo por la ofensiva occidental. Los oficiales del estado mayor general temían que el golpe estratégico de Hitler contra los estadounidenses en las Ardenas pudiese debilitar el frente oriental en un momento decisivo. El plan resultaba, en cualquier caso, extremadamente ambicioso. La operación estaba encabezada por

el 6º ejército de *Panzer* del *ObserstGruppenführer* (“teniente general”) Sepp Dietrich y el 5º ejército de *Panzer* del general Hasso von Manteuffel. Con todo, la escasez de carburante hizo harto improbable que pudiesen alcanzar siquiera su objetivo de Amberes, la base principal de aprovisionamiento de los Aliados occidentales.

Hitler soñaba obsesionado con invertir de un modo radical el transcurso de la guerra y obligar a Roosevelt y Churchill a aceptar sus condiciones. Había rechazado de forma tajante toda sugerencia de acuerdo con la Unión Soviética, en parte por la sencilla razón de que a Stalin sólo le interesaba la destrucción de la Alemania nazi, aunque también debido a un obstáculo fundamental: la desmedida vanidad personal que lo afligía y le impedía negociar la paz cuando Alemania estaba perdiendo. En consecuencia, la victoria en las Ardenas resultaba vital a todas luces. No obstante, la tenacidad de que daban muestras los estadounidenses en la guerra defensiva, lo que se puso de relieve sobre todo en Bastogne, y el vasto despliegue de las fuerzas aéreas aliadas una vez que se había despejado el tiempo acabaron en una semana con el ímpetu del ataque.

En Nochebuena, el general Heinz Guderian, jefe del mando supremo del ejército, u OKH, llegó en su amplio “Mercedes” oficial al cuartel general occidental del Führer. Tras abandonar la Wolfsschanze, o “guarida del lobo”, de Prusia Oriental el 20 de noviembre de 1944, Hitler se había trasladado a Berlín para someterse a una operación de garganta de poca importancia. Más tarde, la noche del 10 de diciembre, dejó la capital en su propio tren blindado. Se dirigía a otro complejo secreto, camuflado en un bosque cercano a Ziegenberg, a menos de cuarenta kilómetros de Frankfurt. El recinto recibía el nombre de Adlerhorst, “el nido del águila”, y era el último de sus cuarteles de campo bautizados con nombres en clave que atufaban a fantasía pueril.

Guderian, célebre estratega de la guerra con tanques, había sido consciente desde el principio de los peligros que conllevaba una operación de tales características, pero su opinión no tuvo mucho peso. A pesar de que el OKH era responsable del frente oriental, nunca contó con carta blanca en el asunto. El OKW, alto mando de la Wehrmacht (el conjunto de todas las fuerzas armadas), estaba a cargo del resto de las operaciones. Ambas organizaciones tenían su base al sur de Berlín, en sendos complejos subterráneos situados, a poca distancia el uno del otro, en Zossen.

Guderian, que poseía un temperamento iracundo comparable al de Hitler, mantenía, empero, una actitud bien diferente: se mostraba poco partidario de poner en práctica una estrategia internacional totalmente especulativa en un momento en que el país se estaba viendo atacado por ambos lados. En lugar de eso, confiaba en el instinto propio del soldado a la hora de identificar el punto de máximo riesgo, y no tenía duda alguna sobre dónde se encontraba éste. Su maletín contenía los informes del general Reinhard Gehlen, director del Fremde Heere Ost, el departamento de información del frente oriental. Gehlen calculaba que el Ejército Rojo lanzaría alrededor del 12 de enero un ataque masivo desde la línea del río Vístula. Según las estimaciones de su departamento, el enemigo contaba con una superioridad de once a uno en infantería, siete a uno en tanques, veinte a uno en artillería y otro tanto en aviación 7.

Guderian entró a la sala de reuniones del Adlerhorst para encontrarse de frente con Hitler y su estado mayor. Entre otros, se hallaba presente Heinrich Himmler, el *Reichsführer* de las SS, que, tras la conspiración de julio, se había convertido también en comandante de las tropas de reemplazo. Todos los miembros de este estado mayor debían su elección a la incuestionable lealtad que habían mostrado al Führer. El mariscal de campo Keitel, jefe del estado mayor del OKW, era célebre por el servilismo del que hacía gala ante Hitler. Los oficiales exasperados se referían a él como el “vigilante del garaje del Reich” o bien como el “burro que a todo dice sí”. El coronel general Jodl, hombre de rostro frío y expresión severa, era mucho más competente que Keitel, aunque casi nunca se opuso a los desastrosos intentos por parte del Führer de dirigir cada uno de los batallones. En el otoño de 1942 estuvo en un tris de ser despedido por osar contradecir a su señor. El general Burgdorf, principal asistente militar de Hitler y jefe del departamento de personal del ejército, que controlaba todos los nombramientos, había sustituido al leal general Schmundt, herido de muerte por la bomba de Stauffenberg en la Wolfsschanze. Burgdorf fue quien proporcionó veneno al mariscal de campo Rommel y lo obligó a suicidarse.

Merced a lo que había descubierto el departamento de información de Gehlen, Guderian habló del acopio de efectivos que estaba llevando a cabo el Ejército Rojo con objeto de efectuar una ofensiva en el este. Advirtió de que el ataque tendría lugar en el plazo de tres semanas y rogó que, dado que la ofensiva de las Ardenas se había parado en seco, se trasladase al mayor número posible de divisiones al frente del Vístula. Hitler lo hizo callar y tildó de descabelladas tales estimaciones relativas a la fuerza del enemigo: ninguna de las divisiones de fusileros soviéticas había contado jamás con más de siete mil hombres, y las de carros de combate apenas si contaban con vehículos. "Es la mayor impostura que se ha conocido desde los tiempos de Gengis Kan —gritó hecho una furia—. ¿Quién es el responsable de esa sarta de sandeces¿" 8.

Guderian se sobrepuso a la tentación de responder que era el propio Hitler quien hablaba de "ejércitos" alemanes cuando sus fuerzas tenían el tamaño de un solo cuerpo de combate y de "divisiones de infantería" reducidas a la fuerza de un batallón. Lejos de eso, se limitó a defender las cifras de Gehlen. Horrorizado, hubo de ver cómo el general Jodl sostenía que debía mantenerse la ofensiva occidental con más ataques. Dado que eso era precisamente lo que deseaba Hitler, los planes de Guderian se vieron frustrados. Para él resultó aún más irritante el haber de escuchar durante la cena la opinión de Himmler, que se jactó de su nuevo cargo de dirigente militar. No hacía mucho que lo habían nombrado comandante del grupo de ejércitos del Alto Rin, lo que había venido a sumarse al resto de sus cargos. "¿Sabe, querido coronel general? —dijo a Guderian—. Estoy convencido de que los rusos no van a lanzar ningún ataque. Todo eso no es más que un tremendo farol".

A Guderian no le quedó otro remedio que regresar al cuartel general del OKH, en Zossen. Mientras tanto, las pérdidas se hacían cada vez mayores en Occidente. La ofensiva de las Ardenas y las operaciones auxiliares supusieron para Alemania la pérdida de ochenta mil hombres. Asimismo, agotaron una proporción nada despreciable de las cada vez más mermadas reservas de combustible del país. Hitler se negó a aceptar que la batalla de las Ardenas se había tornado en el equivalente del *Kaiserslacht*, el último gran ataque alemán de la primera guerra mundial. De un modo obsesivo, rechazó cualquier paralelismo que pudiese hacerse con 1918. Para él, este año no fue sino la "puñalada por la espalda" revolucionaria que derrocó al káiser y redujo a Alemania a una derrota humillante. Con todo, al Führer no le faltaron momentos de lucidez durante estos días. "Sé que la guerra está perdida —confió una noche al coronel Nicolaus von Below, su ayudante en la Luftwaffe—. La superioridad del enemigo es demasiado grande".9 Mas siguió culpando a otros por la sucesión de desastres. Para él, todos eran "traidores"; en especial, los oficiales del ejército. Guardaba la sospecha de que la mayoría simpatizaba con los que habían intentado asesinarlo, aunque todos se habían mostrado lo bastante satisfechos para aceptar las medallas y condecoraciones que él les brindaba. "Jamás nos rendiremos —afirmaba—. Tal vez sucumbamos, pero con nosotros caerá todo un mundo".

El general Guderian, horrorizado ante el nuevo desastre que se cernía sobre el Vístula, regresó al Adlerhorst de Ziegenberg en dos ocasiones más, muy poco alejadas en el tiempo. Para acabar de empeorar las cosas, oyó que Hitler estaba trasladando desde el Vístula las tropas de tanques de las SS en dirección a Hungría sin comunicárselo. Persuadido como siempre de ser el único capaz de comprender los movimientos estratégicos, el Führer había decidido de súbito lanzar un contraataque en dicho país con el fin de recuperar los yacimientos petrolíferos de la zona. De hecho, tenía la intención de atravesar Budapest, que en Nochebuena se había visto rodeada por el Ejército Rojo.

La visita de Año Nuevo de Guderian coincidió con el desfile anual de los grandes del régimen y los jefes del estado mayor, congregados para transmitir en persona al Führer sus "deseos de un próspero Año Nuevo"10. Esa misma mañana se había puesto en marcha en Alsacia la operación Viento del Norte, la principal acción complementaria de la ofensiva de las Ardenas. El día resultó catastrófico para la Luftwaffe. Goering, en un gesto característico de suma irresponsabilidad, destinó casi mil aviones al ataque de objetivos terrestres en el frente occidental. Este intento de impresionar a Hitler supuso la destrucción total de la Luftwaffe y concedió a los Aliados una completa supremacía aérea.

El Grossdeutscher Rundfunk emitió ese día el discurso de Año Nuevo de Hitler. En él no se hizo mención alguna de la lucha que se estaba librando en el oeste, lo que resulta significativo por cuanto pone de relieve el fracaso de la ofensiva, y por sorprendente que pueda parecer, apenas se hablaba de las *Wunderwaffen*. Algunos sostenían que el discurso se había grabado con antelación o incluso que era falso. Hacía tanto tiempo que el Führer no aparecía en público que resultaba difícil contener los rumores que circulaban respecto de su persona. No faltaba quien asegurase que había perdido el juicio por completo y que Goering se hallaba encarcelado después de haber intentado huir a Suecia 11.

Asimismo, no eran pocos los berlineses que, ante el temor de lo que les depararía el nuevo año, ni siquiera se habían atrevido a entrechocar su copa para brindar *Prosit Neujahr!* La familia Goebbels tuvo como invitado al coronel Hans-Ulrich Rudel, célebre piloto de Stuka y oficial más condecorado de la Luftwaffe. Como símbolo de austeridad, todos cenaron sopa de patatas 12.

Las vacaciones de Año Nuevo terminaron la mañana del 3 de enero. La dedicación de los alemanes al trabajo y el deber quedó fuera de toda duda a pesar de lo adverso de las circunstancias. Muchos tenían poco que hacer en sus oficinas y sus fábricas, debido a la escasez de materias primas y piezas, lo que no les impidió ponerse en camino a pie a través de las ruinas o en transporte público. De nuevo se había logrado un milagro al reparar las vías de los *U-Bahn* y S-Bahn, aun a pesar de que eran pocos los vagones que no tenían las ventanillas rotas. En los lugares de trabajo, por otra parte, hacía un frío glacial debido a que muchas ventanas carecían de cristal y apenas quedaba combustible para la calefacción. Los que estaban resfriados o padecían la gripe no tenían más remedio que sobreponerse a las dificultades. Resultaba inútil intentar ser atendido por un médico si la enfermedad no era seria de verdad, pues casi todos los colegiados alemanes se hallaban sirviendo en el ejército. Los consultorios y hospitales de la ciudad dependían casi en su totalidad de extranjeros. Incluso el Charité, primer hospital universitario de Berlín, contaba entre sus docentes con facultativos de más de media docena de países, incluidos Holanda, Perú, Rumanía, Ucrania y Hungría 13.

La única industria que parecía mantenerse floreciente era la fabricación de armamento, dirigida por el arquitecto personal y *Wunderkind* de Hitler, Albert Speer. El 13 de enero, éste dio una disertación a los comandantes del ejército en el campamento situado en Krampnitz, a las afueras de Berlín. En ella hizo hincapié en la importancia de que los comandantes que servían en el frente estuvieran en contacto con las industrias bélicas. A diferencia de otros ministros nazis, Speer no puso en duda la capacidad intelectual de la concurrencia. Desdeñó cualquier eufemismo a la hora de abordar la situación y no evitó mencionar las “pérdidas catastróficas” que había soportado la Wehrmacht durante los últimos ocho meses 14.

La campaña de bombardeos de los Aliados no era, en su opinión, el problema. La industria alemana había fabricado, tan sólo en diciembre, 218.000 fusiles, lo que suponía casi el doble de la producción mensual de 1941, año en que la Wehrmacht había invadido la Unión Soviética. La fabricación de armas automáticas se había casi cuadruplicado, mientras que la de tanques era casi cinco veces superior. En diciembre de 1944 se habían producido 1.840 vehículos blindados en un solo mes, más de la mitad de la cantidad lograda en todo el año de 1941. La cifra incluye también tanques de un tonelaje mucho mayor. “El problema más delicado”, según advirtió a los asistentes, era la escasez de combustible. Aunque resulte sorprendente, no dijo gran cosa acerca de las reservas de munición, y no tenía mucho sentido fabricar todo ese armamento si la producción de municiones no lograba mantenerse a la altura.

Speer estuvo hablando más de cuarenta minutos, durante los cuales recitó sus estadísticas con gran profesionalidad. No se ensañó recordando que habían sido las tremendas derrotas de los frentes oriental y occidental durante esos ocho meses últimos las que habían mermado de un modo tan evidente todos los tipos de armas. Asimismo, expresó su esperanza de que las fábricas alemanas pudiesen alcanzar un ritmo de producción de cien mil ametralladoras mensuales para la primavera de 1946. Omitió, claro está, el hecho de que estas empresas dependiesen sobre todo de mano de obra de esclavos forzados por las SS, y pasó por alto los miles de muertos que reportaban cada día. A este último factor se sumaba el hecho de que los territorios de los que provenían los trabajadores

no tardarían en disminuir aún más: en ese preciso momento, se habían congregado en Polonia, a lo largo del Vístula y al sur de la frontera de Prusia Oriental más de cuatro millones de hombres pertenecientes a los ejércitos soviéticos. Se disponían a emprender la ofensiva que Hitler había tachado de impostura.

2
El «castillo de naipes» del Vístula

Las estimaciones del general Gehlen acerca de las fuerzas soviéticas no eran, ni mucho menos, exageradas. De hecho, se acercaban mucho a la realidad en los sectores amenazados. El Ejército Rojo tenía seis millones setecientos mil hombres repartidos a lo largo de una línea que se extendía desde el Báltico hasta el Adriático, más del doble de los efectivos con los que contaban la Wehrmacht y sus aliados cuando invadieron la Unión Soviética en junio de 1941. [1] El convencimiento por parte de Hitler de que el Ejército Rojo estaba a punto de desmoronarse había demostrado ser uno de los errores de cálculo más catastróficos de la historia.

"Estamos perdidos —reconoció en enero de 1945 un sargento alemán—, pero lucharemos hasta que caiga el último de nuestros hombres".[2] Los combatientes del frente oriental, habituados a la batalla, habían llegado a convencerse de que su destino no era sino la muerte. Cualquier otro final parecía impensable a juzgar por el desarrollo de los acontecimientos. Estaban al corriente de lo sucedido en los territorios ocupados y sabían que el Ejército Rojo estaba dispuesto a exigir una venganza. Rendirse significaba trabajar hasta sucumbir en un campo de concentración de Siberia como *Stalinpferd*, o "caballo de Stalin". "Ya no luchábamos por Hitler, el nacionalsocialismo o el Tercer Reich —escribió un veterano alsaciano de la división Grossdeutschland—; ni siquiera por nuestras novias o nuestras madres, atrapadas en ciudades devastadas por las bombas. Luchábamos por puro miedo ... Luchábamos por nosotros mismos, por no morir en agujeros llenos de lodo y nieve. Luchábamos como ratas" [3].

Se hacía difícil olvidar los desastres del año anterior, sobre todo el cerco y destrucción del grupo de ejércitos del centro. Los oficiales de la dirección nacionalsocialista, el remedo nazi del comisario soviético, hicieron lo posible por elevar la moral de combate del soldado alemán medio, el *Landser*, ora con promesas, ora mediante amenazas de ejecutar a todo aquel que desertase o se retirase sin que se lo hubieran ordenado. "No tenéis por qué temer a la ofensiva de los rusos —les decían—. Si el enemigo se decide a atacar, nuestros tanques estarán aquí en cuatro horas" [4]. Sin embargo, los que ya no eran bisoños sabían muy bien a lo que se estaban enfrentando.

A pesar de que los oficiales del estado mayor de Guderian en Zossen tenían una idea precisa de cuál sería la fecha del ataque, todo apunta a que esta información no llegó a trascender a las primeras líneas de combate. El cabo Alois K., de la 304.ª división de infantería, que los soviéticos habían capturado en una incursión con el fin de hacerlo "cantar", reveló a los oficiales del servicio de espionaje del primer frente ucraniano que habían dado por hecho que se produciría un ataque antes de Navidad, si bien más tarde se les dijo que éste tendría lugar el 10 de enero, supuesta fecha del cumpleaños de Stalin [5].

El 9 de enero, después de un apresurado viaje por los tres frentes orientales de mayor relevancia —los de Hungría, el Vístula y Prusia Oriental—, el general Guderian se dirigió de nuevo a Ziegenberg, acompañado de su ayudante, el comandante barón Freytag von Loringhoven, con objeto de ver a Hitler y ponerlo al corriente de las últimas estimaciones en relación con las fuerzas del enemigo, lo que incluía tanto el informe de Gehlen como los del jefe de la Luftwaffe, el general Seidemann. El reconocimiento aéreo había revelado la existencia de ocho mil aviones soviéticos concentrados en los frentes del Vístula y Prusia Oriental. Goering atajó la exposición del jefe del

estado mayor del ejército para indicar a Hitler: "*Mein Führer*, no haga caso a estos datos: no corresponden a planes reales ni son más que un señuelo". Keitel, haciendo alarde de una lisonjera resolución, estampó su puño contra la mesa al tiempo que declaraba: "El *Reichsmarschall* tiene toda la razón" 6.

El encuentro se convirtió entonces en poco menos que una farsa grotesca. Hitler reiteró su opinión de que las cifras ofrecidas por los servicios de inteligencia eran "sumas idioteces" y añadió que el hombre que las había compilado merecía estar recluido en un manicomio. Guderian, hecho una furia, replicó que, puesto que él las respaldaba por completo, también debería ser declarado demente. El Führer rechazó sin más la petición del general Harpe, desde el frente del Vístula, y la del general Reinhardt, desde Prusia Oriental, que solicitaban el permiso necesario para retirar a posiciones más fáciles de defender las tropas más expuestas de las que estaban a su mando. También insistió en que los doscientos soldados alemanes que se hallaban atrapados en la península letona de Curlandia deberían permanecer allí y se negó a que fueran evacuados por mar con el fin de que defendiesen las fronteras del Reich. Guderian, disconforme con la "estrategia de avestruz" propugnada por el cuartel general del Führer, se dispuso a abandonar la reunión.

"El frente oriental —señaló Hitler, que de súbito parecía deseoso de mostrarse encantador— nunca ha contado con una reserva tan poderosa como en estos momentos, y eso ha sido obra suya. Se lo agradezco". "El frente oriental —repuso Guderian— es como un castillo de naipes: basta con romperlo por un punto para que se venga abajo en su totalidad" 7. Por irónico que resulte, Goebbels había empleado el mismo símil en 1941 para referirse al Ejército Rojo.

Guderian regresó a Zossen "de muy mal humor". No pudo menos de preguntarse si la falta de imaginación de que daban muestras Hitler y Jodl tenían alguna relación con el hecho de que ambos procediesen de zonas del Reich libres de toda amenaza, como lo eran Austria y Baviera. Guderian, por su parte, era prusiano; su país natal estaba a punto de ser devastado, y tal vez se perdiera para siempre. Hitler, para recompensar los logros obtenidos en calidad de jefe de divisiones de *Panzer* en etapas anteriores de la guerra, lo había obsequiado con la finca rural expropiada de Deipenhof, situada en Warthegau, la región de Polonia occidental que los nazis habían capturado para anexionarla al Reich. No obstante, la inminente ofensiva del Vístula también suponía a la sazón una amenaza para dichas posesiones. Su esposa aún se encontraba allí, y no le sería posible abandonar el lugar hasta el último momento, porque la vigilaban de cerca los jefes del Partido Nazi local.

Transcurridas apenas veinticuatro horas, el estado mayor de Guderian en Zossen vio confirmados sus cálculos de que el ataque iba a producirse en cuestión de horas más que de días. Los zapadores del Ejército Rojo se afanaban despejando por las noches los campos de minas para permitir que los carros de combate llegaran hasta las cabezas de puente. Hitler ordenó avanzar a las reservas de *Panzer* situadas en el frente del Vístula, a pesar de que muchos le habían advertido que eso las expondría al fuego de la artillería soviética. Algunos oficiales superiores comenzaron a preguntarse si el Führer no querría, de un modo subconsciente, perder la guerra.

El Ejército Rojo daba la impresión de haber tomado por costumbre el atacar en estados climáticos pésimos. Los veteranos alemanes, que ya se habían hecho a este hábito, lo llamaban "tiempo de rusos" 8. Los soldados soviéticos creían firmemente que poseían una clara ventaja cuando luchaban en condiciones invernales, ya fuera sobre nieve o sobre lodo. Se decía que el menor índice, en comparación, de hipotermia y "pie de trinchera" que sufrían se debía a que el ejército tradicional ruso empleaba ásperos vendajes de lino en lugar de calcetines.

Las previsiones meteorológicas habían anunciado un "invierno extraño"9. Tras el gélido enero se predecían "lluvias torrenciales y nieve húmeda"10. Este tiempo venía acompañado de una orden: "Deben repararse las botas de cuero".

El Ejército Rojo había mejorado en muchos aspectos —su armamento pesado, la profesionalidad de su planificación, el camuflaje y el dominio operacional— que le habían permitido coger a los alemanes desprevenidos en tantas ocasiones—, si bien seguían existiendo algunos puntos débiles. El peor era la caótica falta de disciplina, lo que resulta cuando menos asombroso en un estado

totalitario. Parte del problema se derivaba del terrible desgaste que se hacía notar entre los oficiales jóvenes.

La guerra constituyó sin duda una escuela severa para los tenientes de infantería de diecisiete y dieciocho años. "En aquella época —escribió el novelista y corresponsal de guerra Konstantin Simonov— los jóvenes se hacían adultos en un año, en un mes o incluso en el transcurso de una batalla" 11. Muchos, claro está, ni siquiera sobrevivían a esa primera batalla. Decididos a demostrar que eran capaces de actuar como superiores de los veteranos, de los cuales no eran pocos los que tenían la edad suficiente para ser sus padres, dieron muestras de una valentía imprudente y hubieron de pagar las consecuencias.

La indisciplina provenía también del modo deshumanizado en que trataban a los soldados del Ejército Rojo sus propias autoridades, si bien resulta evidente que las fortalezas y debilidades del complejo carácter nacional tenían asimismo mucho que ver. "El soldado de infantería ruso —tal como lo expresó un escritor— es robusto, exigente e imprudente, y hace gala de un fatalismo convencido... Son estas características las que lo hacen incomparable" 12. Un soldado raso perteneciente a cierta división de infantería resumió en su diario el humor cambiante de sus camaradas: "Primer estado de ánimo: soldado sin jefes alrededor. Se queja de todo. Amenaza a todo el mundo y se dedica a fardar. Siempre se muestra dispuesto a llevarse algo al bolsillo o enzarzarse con alguien en una discusión estúpida. Su carácter irritable hace pensar en que la vida militar se le hace muy cuesta arriba. Segundo estado: soldado en presencia de sus jefes. Sumiso e inexpresivo. No le cuesta estar de acuerdo con todo lo que le dicen. Cree con facilidad en las promesas. Se crece ante cualquier elogio y siempre parece ansioso por admirar la naturaleza severa de los mismos oficiales de los que se ríe a sus espaldas. Tercer estado: soldado en plena batalla o codo con codo junto a sus camaradas. Un verdadero héroe. Jamás pondrá en peligro a su compañero. Muere con calma, como si fuese una parte más de su trabajo" 13.

Los soldados de unidades blindadas del Ejército Rojo, sobre todo, daban muestras de un ánimo excelente. Tras haberse visto tan desmoralizados como los de la aviación soviética en los albores de la guerra, comenzaban a gozar de la condición de héroes. Vasily Grossman, también novelista y corresponsal de guerra, opinaba que los "tanquistas" eran casi tan fascinantes como le habían parecido los francotiradores en Stalingrado. Los elogiaba en cuanto "soldados de caballería, de artillería y mecánicos a un tiempo" 14. Con todo, el mayor punto fuerte del Ejército Rojo era la idea vehemente de que se hallaba por fin a una buena distancia para atacar al Reich. Quienes habían osado profanar la patria soviética estaban a punto de descubrir el verdadero significado del refrán: "Quien siembra vientos recoge tempestades" 15.

El concepto básico de la campaña estaba ya decidido, al menos a rasgos generales, a finales de octubre de 1944. La *Stavka*, cuartel general del soviet supremo, estaba dirigida por el mariscal Stalin, que se había arrogado dicho puesto tras la batalla de Stalingrado. Pretendía supervisarlo todo, permitía a sus comandantes una libertad de acción que para sí quisieran sus homólogos alemanes y, a diferencia de Hitler, escuchaba con atención los argumentos de los que tenían otras opiniones. De cualquier manera, no tenía intención alguna de dejar que los comandantes del Ejército Rojo pecasen de engreídos a medida que se acercaba el momento de la victoria. No dudó en poner fin a la costumbre de nombrar "representantes de la *Stavka*" para que inspeccionaran las operaciones. Él mismo se encargó de este cometido, aun cuando no pensaba acercarse siquiera al frente.

Stalin decidió asimismo reorganizar por completo a los mandos más importantes, operación que desembocó en actitudes de envidia y desconcierto, si bien él no se mostró ni tan sólo contrariado(16). El cambio más drástico lo constituyó la sustitución del mariscal Konstantin Rokossovsky, comandante en jefe del primer frente bielorruso, principal grupo de ejércitos de los destacados en el eje de avance hacia Berlín. Se trataba de un oficial de caballería alto, elegante y apuesto, cuya presencia contrastaba enormemente con la de gran parte de los mandos rusos, achaparrados, de cuello grueso y cabeza rapada. Con todo, también se distinguía en otro aspecto:

había nacido como Konstanty Rokosovsti, y era medio polaco, nieto y biznieto de oficiales de caballería de Polonia. Este hecho lo convertía en alguien peligroso a los ojos de Stalin. El odio que el dirigente soviético profesaba a dicho país se remontaba a la guerra que había mantenido con Rusia en 1920, en la que se achacó a su persona parte de la responsabilidad por la desastrosa derrota sufrida por el Ejército Rojo al atacar Varsovia 17.

Rokossovsky se indignó cuando supo que lo enviaban a mandar el grupo de ejércitos del 2º frente bielorruso en su ataque a Prusia Oriental. Su puesto iba a ser ocupado por el mariscal Georgy Zhukov, el comandante fornido y áspero hasta lo indecible que se había encargado de dirigir la defensa de Moscú en diciembre de 1941. "¿A qué viene esta deshonra? —preguntó Rokossovsky—. ¿Por qué me trasladan del eje principal a uno secundario¿" 18. Sospechaba que Zhukov, a quien tenía por amigo, había estado conspirando a sus espaldas;sin embargo, lo cierto es que Stalin no estaba dispuesto a que un polaco disfrutase de la gloria de tomar Berlín. Las sospechas de Rokossovsky no eran exageradas, pues ya había sido arrestado durante la purga del Ejército Rojo efectuada en 1937. Las palizas que los secuaces de Beria propinaban en busca de una confesión de deslealtad lograban poner al borde de la paranoia a la persona más equilibrada, y Rokossovsky sabía que Lavrenty Beria, jefe de la policía secreta del NKVD, y Viktor Abakumov, jefe del servicio de contraespionaje SMERSH, vigilaban todos sus pasos. Stalin no había dejado lugar a dudas acerca de que las acusaciones de 1937 aún se cernían sobre él. Lo habían liberado tan sólo de forma condicional; el más mínimo error en calidad de comandante lo devolvería de cabeza a manos del NKVD. "Soy muy consciente de lo que es capaz de hacer Beria —confió Rokossovsky a Zhukov durante el cambio—. He estado en sus prisiones" 19 Los generales soviéticos tardarían ocho años en poder vengarse de Beria.

La capacidad bélica del primer frente bielorruso y el primer frente ucraniano, alineados contra la frontera alemana a lo largo del Vístula, no era sólo superior, sino que resultaba aplastante. Al sur de Zhukov, el primer frente ucraniano atacaría al este, hacia Breslau. El primer envite se iba a efectuar desde la cabeza de puente de Sandomierz, el mayor saliente de la ribera occidental del Vístula. A diferencia de Zhukov, empero, Konev pretendía hacer uso de sus dos unidades blindadas para aplastar el frente enemigo el primer día.

Según el hijo de Beria, Konev tenía "ojillos aviesos, el cráneo rasurado como una calabaza y la expresión llena de soberbia"20. Era probablemente el general preferido de Stalin, y uno de los pocos oficiales superiores a los que incluso el dirigente soviético admiraba por su carácter implacable. El mismo fue quien lo ascendió a mariscal de la Unión Soviética a raíz de su destrucción del foco de Korsun, al sur de Kiev, hacía poco menos de un año 21. Se trataba de una de las batallas más despiadadas de una guerra cruel en extremo. Konev ordenó que sus aviones lanzasen bombas incendiarias sobre la pequeña ciudad de Shanderovka con la intención de obligar a los alemanes que allí se refugiaban a enfrentarse con la tempestad de nieve del exterior. Mientras luchaban por liberarse del cerco del que fueron objeto el 17 de febrero de 1944, Konev puso en marcha su trampa. Sus unidades blindadas cargaron directamente contra la columna, disparando sus ametralladoras al tiempo que atropellaban a los hombres para aplastarlos bajo sus orugas. Cuando los alemanes comenzaron a dispersarse en un intento de huir a través de la violenta nevada, las tres divisiones de caballería de Konev iniciaron su persecución. Los cosacos los derribaban sin piedad con sus sables, que empleaban incluso para cercenar los brazos alzados en señal de rendición. Aquel día murieron unos veinte mil alemanes.

La ofensiva del Vístula tuvo inicio el día 12 de enero a las cinco de la mañana, hora de Moscú, cuando el primer frente ucraniano de Konev atacó desde la cabeza de puente de Sandomierz. La nieve era espesa, y la visibilidad, casi nula. Después de que se obligase a las compañías *shtraf* de prisioneros a atravesar los campos de minas, se apostaron batallones de infantería para proteger la línea del frente. Fue en ese momento cuando la artillería al completo comenzó su bombardeo, para lo cual empleó hasta trescientas armas por kilómetro, es decir, una apostada cada tres o cuatro metros. La defensa alemana no tardó en venirse abajo. La mayor parte de sus soldados se rindió, pálida y temblorosa. Un oficial de división blindada de granaderos que observó la escena desde la retaguardia describió lo que veía en el horizonte como una "tormenta de fuego" y añadió que daba

la impresión de que “el cielo se derrumbaba sobre la tierra”. Los soldados de la 16ª división de *Panzer* capturados al final del día afirmaron que, una vez comenzado el bombardeo, su comandante, el general de división Müller, los abandonó para dirigirse a la ciudad de Kielce 22.

Los soldados soviéticos habían pintado en las torretas de sus tanques frases como: “¡Adelante! ¡Hacia la guarida de los fascistas!” o “¡Venganza y muerte a los invasores alemanes!” 23. Encontraron muy poca resistencia cuando los T-34 y los carros pesados Stalin avanzaron a las dos de la tarde. La escarcha que cubría sus cascos constituía un buen camuflaje en el campo que se extendía ante ellos, aun cuando a media distancia todo había adoptado un color pardo a causa del barro removido por los proyectiles.

Junto con Breslau, los principales objetivos del tercer y 4º ejércitos blindados de guardias, de los generales Rybalko y Lelyushenko respectivamente, eran las regiones industriales de Silesia. Al informar a Konev en Moscú, Stalin había trazado un círculo con el dedo alrededor de esta zona en el mapa al tiempo que pronunciaba una sola palabra: “Oro”. No había necesitado de más comentarios: el oficial supo que el dirigente soviético quería que se capturasen intactas las fábricas y minas del lugar 24.

La mañana posterior al ataque de Konev desde la cabeza de puente de Sandomierz, dio comienzo el asalto a Prusia Oriental, del que se encargó el tercer frente bielorruso del general Chernyajovsky. Al día siguiente, 14 de enero, los hombres de Rokossovsky atacaron dicha provincia desde las cabezas de puente del río Narew. El primer frente bielorruso de Zhukov entró en acción sobre las dos posiciones en que se encontraba sobre el Vístula: Magnuszew y Pulawy. El suelo estaba cubierto por una fina capa de nieve, y la densa niebla no se dispersó hasta el mediodía. A las ocho y media de la mañana, la unidad de Zhukov abrió con veinticinco minutos de “fuego giratorio”. Los batallones de fusileros que iban al frente, respaldados por cañones de asalto autopropulsados, tomaron las primeras líneas de combate situadas en la cabeza de puente del Magnuszew. Acto seguido, el 8º ejército de guardias y el 5º de choque rompieron la tercera línea con ayuda de la artillería pesada. La principal barrera que se extendía detrás de ésta era el río Pilica. El plan de Zhukov consistía en que las divisiones de fusileros tomasen los diversos cruces para facilitar el camino a las brigadas blindadas de guardias que las seguían.

La brigada blindada derecha del 2º ejército de guardias blindado de Bogdanov fue una de las primeras en cruzar el Pilica. En cuanto unidad en cabeza, la 47º brigada blindada de guardias tenía a su disposición una amplia variedad de cuerpos de apoyo, entre los que se incluían zapadores, artillería autopropulsada, cañones antiaéreos motorizados y un batallón de artilleros dotados de metralletas y montados en camiones. Su objetivo era una base aérea situada al sur de la ciudad de Sochaczew, una importante encrucijada justo al oeste de Varsovia 25. Durante los dos días siguientes, la brigada atacó en dirección norte, destruyendo a su paso las columnas de alemanes que huían y aplastando los vehículos de los oficiales “bajo sus cadenas” 26.

Al primer ejército blindado de guardias, situado a la izquierda, le llevó más tiempo abrirse camino. El coronel Gusakovsky, condecorado en dos ocasiones en calidad de héroe de la Unión Soviética, estaba tan impaciente tras la larga espera que, cuando su 44ª brigada blindada de guardias llegó al Pilica, se negó a aguardar al equipo de ingenieros de puentes. El río parecía tener un tramo poco profundo, por lo que, para ahorrar “dos o tres horas”, ordenó a los comandantes que hiciesen pedazos el hielo con los cañones de sus tanques y que los hicieran avanzar a través del cauce fluvial(27). Los carros de combate, a modo de rompehielos, apartaron los bloques “con un terrible ruido atronador”. Debió de resultar una experiencia horrible para los conductores, aunque Gusakovsky no dio muestras de que le preocupasen problemas de esta índole. Zhukov estaba también interesado en el solo hecho de que las brigadas blindadas cruzaran el río para poder enfrentarse a las 25ª y 19ª divisiones de *Panzer*. Tras éstas, el país entero se abría ante ellos.

Todo le había ido igual de bien en la cabeza de puente de Pulawy el 14 de enero. Su plan no consistía en bombardear toda la línea, sino sólo en abrir a cañonazos una serie de corredores que la atravesara. Al caer la tarde ya se hallaban de camino a la ciudad de Radom. Mientras tanto, en el

extremo del ala derecha del primer frente bielorruso, el 47º ejército comenzaba a rodear Varsovia desde el norte, y el primer ejército polaco luchaba en las afueras.

A media tarde del lunes, 15 de enero, “a consecuencia del considerable avance oriental”, Hitler abandonó el Adlerhorst de Ziegenberg y regresó a Berlín en su tren privado 28. Guderian llevaba tres días pidiéndoselo por todos los medios. En un principio, el dirigente nazi había declarado que el frente oriental debía arreglárselas por sí solo, aunque acabó por ceder, detuvo toda actividad en el oeste y volvió a la capital. Sin pedir siquiera la opinión de Guderian o de los dos grupos de ejércitos implicados, dio órdenes para que se trasladasen los cuerpos Grossdeutschland de Prusia Oriental a Kielce para reforzar el frente del Vístula, aun cuando eso comportara retirarlos de la batalla durante al menos una semana.

El trayecto ferroviario de Hitler hasta Berlín duró diecinueve horas. No descuidó por completo los asuntos domésticos. Así, pidió a Martin Bormann que permaneciese por el momento en Obersalzburg, donde, junto con su esposa, hacía compañía a Eva Braun y a su hermana Gretl Fegelein.

Stalin, entretanto, se hallaba de un humor excelente. Esa misma noche, dio la bienvenida al jefe del estado mayor de Eisenhower, el comandante supremo de las fuerzas aéreas, Tedder, que había llegado por fin a Moscú tras prolongados retrasos en El Cairo debidos a condiciones meteorológicas desfavorables. Tenía la misión de discutir movimientos futuros; sin embargo, Stalin observó con aires de suficiencia que la ofensiva de las Ardenas no había sido sino una “gran estupidez” por parte de los alemanes. Asimismo, se mostró satisfecho ante la idea de que el enemigo hubiese retenido treinta divisiones, en calidad de “guarnición de prestigio”, en Curlandia (los restos del grupo de ejércitos septentrional, que Guderian quería hacer volver a Alemania) 29.

El dirigente soviético se esforzó por resultar encantador ante Tedder. A todas luces, quería convencer al representante de Eisenhower de que, cuando tuvo lugar la gran ofensiva del Ejército Rojo, había hecho todo lo posible por ayudarlos en las Ardenas. Es imposible determinar si preveía o no que este hecho contribuiría a hacer mayor la división entre los estadounidenses y Churchill, que mantenía una postura mucho más escéptica al respecto.

Los historiadores soviéticos han mantenido siempre que Stalin pretendía lanzar el ataque el 20 de enero, si bien, tras recibir el día 6 una carta de Churchill en la que suplicaba su ayuda, dio la orden al día siguiente de avanzar el ataque al 12 de enero, a pesar de lo inclemente de las condiciones meteorológicas. Todo fue una grosera deformación de la misiva del primer ministro británico, pues no se trataba de ningún ruego para que se salvase a los Aliados destacados en las Ardenas: Churchill ya había escrito con anterioridad para anunciar que los aliados habían logrado “dominar la situación”, y Stalin sabía muy bien por sus oficiales de enlace en Occidente que los alemanes habían dejado de ser una amenaza en la zona desde Navidad. El dirigente británico no solicitaba otra cosa que información acerca del lugar en el que iba a lanzar el Ejército Rojo su gran ofensiva de invierno, puesto que el Kremlin había rechazado de plano contestar a dichas peticiones, aun cuando se mantenía informados a los oficiales de enlace soviéticos de las intenciones de Eisenhower.

La ofensiva del Vístula, planeada desde octubre, estuvo lista con bastante antelación: cierta fuente soviética llega incluso a afirmar que habría sido posible “iniciar el avance el 8 o el 10 de enero” 30. Stalin, en consecuencia, estaba más que encantado de poder dar la impresión de estar salvando a los Aliados de una situación difícil, más aún cuando tenía sus propias razones para adelantar la fecha. Churchill estaba empezando a preocuparse cada vez más por la intención que tenía Stalin de imponer a Polonia el “gobierno de Lublin”, un gobierno títere formado por comunistas polacos y controlado por el NKVD de Beria. La Conferencia de Yalta, en la península de Crimea, era inminente, y Stalin quería estar seguro de que sus ejércitos dominaban toda Polonia para cuando él se sentase con los dirigentes estadounidenses y británicos. Podía imponer su ley en territorio polaco de un modo implacable por la simple razón de que constituía la zona de retaguardia más cercana para sus tropas operacionales. Todo el que presentase alguna objeción podía ser tachado de saboteador o de agente fascista. Por último, había también una razón de orden más práctico para adelantar la gran ofensiva: al dirigente soviético le preocupaba que el cambio previsto

en el tiempo atmosférico para principios de febrero pudiese convertir en lodo la tierra firme y reducir la velocidad de sus tanques.

En la reunión que mantuvo con Tedder hay un detalle harto revelador en este sentido: "Stalin hizo hincapié —según recoge el informe estadounidense— en que una de las dificultades [de la ofensiva del Vístula] era el elevado número de agentes alemanes preparados que había entre los polacos, letones, lituanos, ucranianos y rusos de habla alemana. Afirmó que todos estaban equipados con radios, lo que anulaba prácticamente el elemento sorpresa. No obstante, los rusos han logrado eliminar esta amenaza en gran medida. Dijo que considera tan importante despejar las zonas de retaguardia como suministrar las provisiones" 31. Esta burda hipérbole acerca de los grupos de personas entrenadas por los alemanes y que habían quedado en las zonas recuperadas constituía una justificación adelantada del modo despiadado con que se conducirían los soviéticos en Polonia. Beria también estaba tratando de tildar de "fascistas" a los miembros de la resistencia no comunista, la Armia Krajowa, a pesar de su valor suicida en el alzamiento de Varsovia.

Las veinticuatro horas siguientes demostraron que los ejércitos soviéticos que habían atravesado el frente del Vístula estaban avanzando en realidad a un ritmo acelerado en el que cada uno parecía querer superar al otro.

El veloz avance de las fuerzas blindadas de Zhukov se debió en parte a la simplicidad y la robusta construcción del T-34, así como al ancho de sus cadenas, que las hacía muy útiles en la nieve, el hielo y el barro. De cualquier manera, la pericia de los mecánicos demostró ser al menos tan importante como las arremetidas de la caballería, por cuanto los talleres de campaña no podían mantener el ritmo. "¡Ah! Antes de la guerra sí que se vivía bien —hizo saber a Grossman un conductor—. Entonces disponíamos de todo tipo de piezas de repuesto"32. Una vez que se despejó el tiempo, los bombarderos Shturmovik, que los alemanes conocían como "Jabos", de Jagdbomber, demostraron ser capaces de soportar el frenético avance, tal como había prometido Zhukov a los comandantes de sus unidades blindadas. "Nuestros tanques se mueven a más velocidad que los trenes que van a Berlín", se jactaba entusiasmado el coronel Gusakovsky, que se había abierto paso a cañonazos a través del Pilica 33.

El reducido regimiento alemán de Varsovia no tenía la más mínima posibilidad de salir victorioso. Estaba formado por destacamentos de ingenieros y cuatro batallones fortaleza, de los cuales uno era un "batallón oreja", formado por heridos con problemas auditivos reciclados para volver al servicio 34. La acometida de la 47ª brigada blindada de guardias hasta Sochaczew desde el sur y el cerco de Varsovia desde el norte a cargo del 47º ejército anulaban todo contacto de la guarnición con su formación de pertenencia, el 9º ejército.

El estado mayor del general Harpe en el grupo de ejércitos A advirtió al OKH en Zossen la noche del 16 de enero de que no serían capaces de retener la ciudad. El coronel Bogislaw von Bonin, jefe del departamento de operaciones, discutió la situación con Guderian. Juntos, decidieron dar carta blanca en lo referente a la decisión al cuartel general del grupo de ejércitos, y Guderian firmó el libro de señales con su habitual *G* en tinta verde. Sin embargo, durante la Nachtlage, la asamblea convocada para la media noche con el fin de discutir la situación, un miembro del estado mayor informó a Hitler de la propuesta de abandonar Varsovia antes de que el segundo de Guderian, el general Wenck, pudiera sacarlo a colación. El Führer espetó: "¡Debéis detenerlo todo! ¡Hemos de mantener la fortaleza de Varsovia!"35. No obstante, ya era demasiado tarde, y las comunicaciones por radio habían dejado de funcionar. Pocos días después, Hitler dio la orden de que todas las instrucciones enviadas a un grupo de ejércitos debían someterse a su aprobación en primer lugar.

La caída de Varsovia desembocó en otra amarga disputa entre el dirigente nazi y Guderian, que aún estaban enfrentados a causa de la decisión del Führer de trasladar los cuerpos Grossdeutschland. El general se mostró aún más furioso al saber que Hitler estaba transfiriendo al

6º ejército de *Panzer* de las SS a Hungría en lugar de al Vístula. Este último, sin embargo, se negó a discutir al respecto. La retirada de Varsovia, a su parecer, constituía una cuestión mucho más candente.

En la reunión celebrada al día siguiente, 18 de enero, a mediodía, Guderian fue objeto de una reprimenda pública; pero aún estaba por llegar lo peor. “Esa misma noche —tal como refiere el barón Von Humboldt, coronel del estado mayor— se celebraba el cumpleaños de Bonin. Todos nos hallábamos de pie, alrededor de la mesa en la que descansaba el mapa, con un vaso de *Sekt* para brindar por él, cuando [el general] Meisel, subjefe del Departamento de Personal, se presentó con dos tenientes armados con ametralladoras”. “Herr Von Bonin —dijo—, debo pedirle que me acompañe” 36. Junto con Bonin fueron arrestados dos tenientes coroneles: Von Christen y Von dem Knesebeck. A todos los llevaron por orden directa de Hitler a la Prinz-Albrechtstrasse, donde debía interrogarlos la Gestapo.

El Führer tomó el incidente como un acto más de traición por parte del ejército. Además de despachar al general Harpe, relevó al general Von Luttwitz del mando del 9º ejército. No obstante, lo cierto era que su monstruosa vanidad le impedía perder una capital extranjera, bien que se tratase de una que él había destruido en su totalidad. Guderian se puso en pie para defender a sus tres oficiales e insistió en que debían interrogarlo también a él, dado que era el único responsable de aquella decisión. Hitler, ávido de acusar al estado mayor general, decidió tomarle la palabra. Fue así como, durante uno de los estadios más críticos de la campaña del Vístula, Guderian fue sometido a horas de interrogatorio por parte de Ernst Kaltenbrunner, miembro de la Oficina Central de Seguridad del Reich, y Heinrich Müller, jefe de la Gestapo. Tras dos semanas se liberó a los dos oficiales de menor graduación, pero Bonin hubo de permanecer en un campo de concentración hasta el final de la guerra.

El día siguiente al arresto de este último llegó Martin Bormann a Berlín. Un día después, el sábado, 20 de enero, apuntó en su diario: “la situación en el este se torna cada vez más amenazadora. Estamos abandonando la región de Warthegau, y las unidades blindadas de vanguardia enemigas se acercan a Katowice” 37. Ese fue el día en que las fuerzas armadas soviéticas cruzaron la frontera del Reich que se extendía al oeste de Hohensalza.

La esposa de Guderian abandonó *Schloss* Deipenhof “media hora antes de que comenzasen a caer los primeros proyectiles”. El jefe del estado mayor escribió que los trabajadores de la hacienda (alemanes bálticos reasentados, casi con toda seguridad) “permanecieron en pie al lado de su coche, con lágrimas en los ojos; muchos de ellos la habrían acompañado de buena gana”38. No cabe dudar de este deseo desesperado de partir con ella, aunque sí de que fuera motivado en exclusiva por un sentimiento de lealtad hacia su señora, habida cuenta de que ya habían empezado a circular rumores acerca de lo que estaba ocurriendo en Prusia Oriental.

Es poco probable que los soldados del Ejército Rojo, y en especial los pertenecientes a sus formaciones polacas, se sintiesen más compasivos después de lo que habían podido ver en la capital polaca. “Contemplamos la destrucción de Varsovia al introducirnos en sus calles vacías aquel día memorable del 17 de enero de 1945 —escribió el capitán Klochkov, del tercer ejército de choque—. Allí no quedaba nada que no fuesen ruinas y cenizas cubiertas de nieve. Los ciudadanos, famélicos y agotados, se dirigían a sus hogares”39. Del millón trescientos diez mil habitantes con que contaba la ciudad antes de la guerra sólo quedaban ciento sesenta y dos mil 40. Tras sofocar el levantamiento de Varsovia de octubre de 1944 con una brutalidad inconcebible, los alemanes habían destruido de forma sistemática todos los monumentos históricos del lugar, aun cuando ninguno de éstos había sido empleado por los rebeldes. Vasily Grossman se abrió paso a través de las ruinas en dirección al gueto, del que no quedaban en pie sino un muro de tres metros y medio de altura, rematado con cristales rotos y alambre de espino, y el Judenrat, el edificio de la administración judía. El resto del barrio no era más que “un vasto mar rojo ondulante de ladrillos rotos”. Grossman se preguntó cuántos miles de cadáveres se hallarían enterrados bajo las ruinas. A pesar de que se hacía difícil imaginar que alguien hubiese podido escapar, un polaco lo llevó a un lugar en el que habían surgido cuatro judíos de su escondite, por encima de las vigas metálicas del alto esqueleto de un edificio 41.

3
Fuego, espada y «noble furia» [1]

Cuando el general Chernyajovsky lanzó su ofensiva contra Prusia Oriental el 13 de enero, los agentes políticos colocaron, con la intención de elevar la moral de los combatientes, letreros que rezaban: "¡Soldado, recuerda que te estás introduciendo en la guarida de la bestia fascista!".

El ataque no tuvo un arranque muy prometedor: el comandante del tercer ejército de Panzer, que contaba con un buen servicio de espionaje, retiró sus tropas de la primera línea de trincheras en el último momento, por lo que se desperdició el bombardeo masivo. Entonces los alemanes lanzaron una serie de contraataques efectivos, y en el transcurso de la semana siguiente, según tuvo oportunidad de comprobar Chernyajovsky, la actuación de la defensa alemana en el desfiladero de Insterburg reportó a su ejército, tal como había temido, un considerable número de bajas.

Con todo, el general, que no en vano era uno de los altos mandos soviéticos más resueltos e inteligentes, no tardó en encontrar una oportunidad propicia. El 39º ejército estaba haciendo mayores progresos en lo más extremo del flanco derecho, por lo que se apresuró a hacer que el 11º ejército de guardias diese un rodeo para dirigir a dicho flanco el grueso del ataque. Este empuje inesperado entre los ríos Pregel y Nemunas aterrorizó a las unidades de la milicia Volkssturm. Asimismo, la acción estuvo acompañada por otro ataque a través del Nemunas, en la zona de Tilsit, protagonizado por el 43º ejército. Todo esto no hizo sino aumentar el caos de la retaguardia alemana, lo que se debió en parte a que los funcionarios del Partido Nazi habían prohibido la evacuación de los civiles. El 24 de enero, el tercer frente bielorruso de Chernyajovsky se hallaba a distancia de tiro de Königsberg, la capital de Prusia Oriental.

Amén de ignorar las instrucciones de la *Stavka*, el general soviético, comandante de unidades blindadas y "maestro en la ciencia militar", estaba dispuesto a cambiar las tácticas de batalla aprobadas por sus superiores [2]. "Los cañones autopropulsados se convirtieron en parte integral de la infantería después de cruzar el Nemunas", anotó Vasily Grossman [3]. A sus treinta y siete años, Ivan Danilovich Chernyajovsky era mucho más joven que la mayoría de comandantes en jefe soviéticos. Tenía algo de intelectual, y acostumbraba recitar poesía romántica con gracejo humorístico al escritor Ilya Ehrenburg. Le llamaban la atención las contradicciones, y gustaba de describir a Stalin como un ejemplo viviente de proceso dialéctico. "Es imposible comprenderlo: lo único que puede hacer uno es tener fe" [4]. Es evidente que Chernyajovsky no estaba destinado a sobrevivir en medio de la fosilización estalinista que siguió a la guerra. Tal vez tuvo suerte de morir pronto en combate, con la fe intacta.

Los hipnóticos llamamientos a la venganza frente al pueblo alemán que hacía públicos el novelista en sus artículos del *Krasnaya Zvezda* ("Estrella Roja"), el periódico del ejército soviético, le habían reportado una ingente cantidad de adeptos entre los *frontoviki*, los soldados apostados en primera línea de combate. Goebbels respondió con enconadas invectivas al "judío Ilya Ehrenburg, el demagogo favorito de Stalin" [5]. El Ministerio de Propaganda acusó al escritor de incitar a la violación de las mujeres alemanas. Sin embargo, y aun cuando Ehrenburg no abdicó nunca de las más sangrientas arengas, la declaración más célebre que aún le atribuyen los historiadores occidentales fue una invención de los nazis. Se le acusaba de haber instado a los soldados del Ejército Rojo a tomar a las mujeres alemanas, en calidad de "botín legítimo", y "romper su orgullo racial". "Hubo un tiempo —respondió él en el *Krasnaya Zvezda*— en que los alemanes falsificaban relevantes documentos de estado. Ahora han caído tan bajo que falsean mis artículos"[6]. Con todo, su aserto de que los soldados soviéticos no estaban "interesados en sus Hildegardas, sino en los soldaditos alemanes que han insultado a nuestras mujeres" resultó estar errado de medio a medio,

tal como demostró poco más tarde el salvaje comportamiento del Ejército Rojo. Asimismo, sus frecuentes referencias a Alemania como “la Bruja Rubia” no propiciaron un trato precisamente humano a las mujeres alemanas e incluso polacas.

El 2º frente bielorruso del mariscal Rokossovsky atacó en dirección norte y noroeste desde las cabezas de puente del Narew el 14 de enero, un día después de que lo hiciera Chernyajovsky. Tenía por objetivo principal aislar Prusia Oriental, para lo que se dirigió a la desembocadura del Vístula y a Danzig. A Rokossovsky lo inquietaba el plan de la *Stavka*, por cuanto separaría a sus ejércitos del ataque de Chernyajovsky sobre Königsberg y del que iba a efectuar Zhukov hacía poniente desde el Vístula.

La ofensiva lanzada contra el 2º ejército alemán comenzó “con unas condiciones atmosféricas perfectas para el ataque”, tal como anotó con pesar el comandante del bando contrario 7. El suelo estaba cubierto por una delgada capa de nieve, y el río Narew, congelado. La niebla se despejó al mediodía, y los ejércitos de Rokossovsky no tardaron en recibir el respaldo de constantes incursiones aéreas. Durante los dos primeros días, el avance resultó lento; sin embargo, la artillería pesada soviética y los cohetes *Katyusha* hicieron posible, una vez más, las primeras acometidas de relieve. El terreno, duro como el acero, hizo también que los proyectiles resultaran mucho más mortíferos a causa de las explosiones de superficie. El paisaje nevado no tardó en quedar hollado por la acción de los cráteres y las marcas negras y amarillas de las quemaduras.

Esa primera noche, el general Reinhardt, comandante en jefe del grupo de ejércitos, telefoneó a Hitler, que a la sazón se encontraba aún en el Adlerhorst, e intentó advertirlo del peligro que acechaba a toda Prusia Oriental si no le permitía llevar a cabo una retirada. El Führer se negó a escucharlo. Lo siguiente que recibieron en el cuartel general de Reinhardt, a las tres de la madrugada, fueron órdenes de trasladar los cuerpos Grossdeutschland, la única reserva efectiva de la región, al frente del Vístula.

Reinhardt no fue el único mando que tronó contra sus superiores. El 20 de enero, la *Stavka* ordenó de súbito a Rokossovsky que alterase el eje de su avance debido al retraso sufrido por Chernyajovsky. Las nuevas órdenes lo compelían a atacar en dirección noreste, hacia el centro de Prusia Oriental, y no sólo a acordonar la región del Vístula. Rokossovsky estaba preocupado por el enorme hueco que se abría a su derecha al desviarse los ejércitos de Zhukov hacia poniente en dirección a Berlín; sin embargo, este cambio de trayectoria cogió desprevenidos a los mandos alemanes.

El tercer cuerpo de guardias de caballería, situado en el flanco derecho de Rokossovsky, se movió con gran agilidad a través del helado paisaje y entró en Allenstein a las tres de la madrugada del 22 de enero. A su izquierda, el 5º ejército blindado de guardias de Volski avanzó con gran celeridad hacia la ciudad de Elbing, cercana al estuario del Vístula. Parte de la brigada de tanques que iba en cabeza entró en la ciudad al día siguiente, 23 de enero, pues el enemigo había tomado sus vehículos por *Panzer* alemanes, aunque fue rechazada tras la escaramuza tan violenta como caótica que tuvo lugar en el centro de la población. El grueso del ejército pasó rodeando la ciudad y prosiguió su camino hasta la orilla de la gran laguna Frisches Haff. Prusia Oriental se hallaba prácticamente aislada del Reich.

Pese a que las fuerzas armadas alemanas habían previsto desde hacía meses el asalto a Prusia Oriental, en las ciudades y aldeas reinaba la desorganización y la incertidumbre. En las zonas situadas en la retaguardia, la Feldgendarmerie, la abominada policía militar, imponía el orden con medios severos. Los *Landser* los llamaban “perros de traílla” a causa del distintivo metálico que llevaban al cuello con una cadena semejante a un collar canino.

La mañana del 13 de enero, día del ataque de Chernyajovsky, la Feldgendarmerie detuvo en cierta estación a un tren que partía hacia Berlín y transportaba soldados de permiso. A gritos, los agentes ordenaron bajar y formar de inmediato en el andén a todos los miembros de las divisiones

cuyos números se disponían a leer. Los ocupantes del tren, muchos de los cuales llevaban al menos dos años sin ver a sus familias, esperaron tensos en sus asientos, rezando para que no nombrasen su división. Sin embargo, fueron pocos los que no hubieron de bajar de los vagones, y todo el que se negara a presentarse al oír el nombre de su unidad se arriesgaba a ser ejecutado. El joven soldado Walter Beier fue uno de los pocos que se libró de apearse y continuó su viaje, casi sin poder dar crédito a su suerte, hacia el lugar en que vivía su familia, cerca de Frankfurt del Oder. Con todo, al final se encontró enfrentado al Ejército Rojo mucho más cerca de su hogar de lo que nunca hubiese podido imaginar 8.

El principal responsable del caos creado en la zona era el *Gauleiter* Erich Koch, dirigente nazi caído en la infamia desde su ejercicio como comisario del Reich en Ucrania. Tanto se ufanaba de su brutalidad que no parecía importarle que lo conocieran como "el otro Stalin" 9. Imbuido por completo de la obstinación hitleriana por la defensa inamovible, había obligado a decenas de miles de miembros de la población civil a cavar trincheras. Por desgracia, no preguntó a los mandos del ejército dónde las necesitaban. También había sido uno de los primeros en forzar a impúberes y ancianos a alistarse en la milicia Volkssturm, el ejemplo más palmario de sacrificio inútil achacable al Partido Nazi. Pero lo que más dice en contra de Koch es el hecho de que se negase a consentir la evacuación de los civiles.

Cuando se presentó el ataque enemigo, y tras haber prohibido que se evacuase a los ciudadanos por considerarlo una muestra de derrotismo, puso pies en polvorosa junto con sus subordinados, los jefes del Partido Nazi local, en el más absoluto de los secretos. Las consecuencias de este acto resultaron terribles para las esposas, hermanas e hijos que intentaron escapar cuando ya era demasiado tarde a través de una tierra sobre la que se había depositado una capa de nieve de un metro y con temperaturas que alcanzaban los veinte grados bajo cero. Hubo, empero, un grupo de granjeras que se quedó por voluntad propia en la ciudad, persuadidas de que su situación no cambiaría demasiado y que pasarían sin más a trabajar para nuevos amos.

El distante tronar de la artillería cuando se iniciaron las ofensivas sembró el terror entre las granjas aisladas y las aldeas del paisaje por lo general llano y boscoso de Prusia Oriental. Las mujeres de la región tenían noticia de las atrocidades cometidas en Nemmersdorf durante el otoño anterior, al invadir parte de las tropas de Chernyajovsky Prusia Oriental a finales del precipitado avance del verano de 1944. Asimismo, es muy probable que hubiesen visto en un Kino local las imágenes que habían publicado los noticieros y que presentaban a sesenta y dos mujeres y niñas violadas y asesinadas 10. (El Ministerio de Propaganda de Goebbels había enviado enseguida a los cámaras al frente con el fin de que dejaran constancia de tal ignominia y pudiesen explotarla al máximo). De cualquier manera, nunca pudieron imaginar el alcance de los horrores que se les avecinaban. El destino más extendido de toda mujer y niña, independientemente de su edad, era ser víctima de las violaciones colectivas.

"Los soldados del Ejército Rojo no creen en el "aleccionamiento individual" en lo referente a las mujeres alemanas —escribió en su diario el dramaturgo Zakhar Agranenko mientras servía en calidad de oficial de infantería de marina en Prusia Oriental—. Nueve, diez u once hombres a la vez las violan de manera colectiva" 11. Más tarde describía cómo muchas mujeres alemanas de Elbing preferían ofrecerse, en un intento desesperado de conseguir protección, a los infantes de marina soviéticos.

Los ejércitos rusos avanzaban en anchas columnas interminables en las que se mezclaba lo moderno con lo medieval. En ellas podían verse soldados de unidades blindadas con negros cascos acolchados cuyos T-34 hacían agitarse la tierra a medida que bajaban y subían con el terreno; cosacos sobre sus desgreñadas monturas con el botín sujeto con correas a la silla; vehículos Studebaker proporcionados por la Ley de Préstamo y Arriendo estadounidense y Dodge que transportaban cañones ligeros de campaña; Chevrolets cargados con morteros protegidos por lonas impermeables y tractores que tiraban de obuses de gran tamaño, y detrás de todo esto, un segundo escalón en carretas tiradas por caballos. La variedad de personajes entre los soldados era casi tan grande como la existente entre su equipo militar. Los había que consideraban que los niños alemanes no eran sino hombres de las SS en estado embrionario, por lo que debían ser asesinados

antes de que creciesen y volvieran a invadir Rusia, en tanto que otros optaban por salvarlos y darles comida. Tampoco faltaban los saqueadores que bebían y violaban sin compasión, ni en el otro extremo, austeros comunistas y miembros de la clase intelectual que se horrorizaban de veras ante tales comportamientos. El escritor Lev Kopelev, a la sazón agente político, fue detenido por el servicio de contraespionaje SMERSH por haber "incurrido en la propaganda del humanismo burgués que fomenta la compasión por el enemigo" 12. Asimismo, el acusado había osado criticar el tono feroz de los artículos de Ilya Ehrenburg.

Los avances iniciales de los ejércitos acaudillados por Rokossovsky fueron tan rápidos que las autoridades alemanas de Königsberg llegaron a enviar varios trenes de refugiados a Allenstein ignorantes de que había sido capturada por el tercer cuerpo de guardias de caballería. Para los cosacos, este tipo de transporte suponía una combinación ideal de mujeres y botín que iba a parar directamente a sus manos.

En Moscú, Beria y Stalin sabían muy bien lo que estaba sucediendo. Cierto informe los puso al corriente de que "muchos alemanes declaran que todas sus compatriotas de Prusia Oriental que han quedado atrapadas en la región están siendo violadas por los soldados del Ejército Rojo". Se referían numerosos casos de violaciones colectivas, "que incluyen a mujeres de menos de dieciocho años y ancianas". De hecho, había víctimas de tan sólo doce años. "El grupo del NKVD destacado con el 43º ejército ha descubierto que las mujeres alemanas rezagadas en Schpaleiten habían intentado suicidarse —seguía diciendo el informe—. Interrogaron a una de ellas, llamada Emma Korn. El 3 de febrero —les refirió— entraron en la ciudad las tropas de primera línea de combate del Ejército Rojo. Llegaron a la bodega en que nos ocultábamos, nos apuntaron con sus armas, a mí y a las otras dos mujeres, y nos ordenaron que saliéramos al patio. Una vez allí, se turnaron para violarme doce soldados, mientras que otros hacían lo mismo a mis dos vecinas. La noche siguiente irrumpieron en la bodega seis militares borrachos y nos violaron delante de los niños. El 5 de febrero, les tocó el turno a tres soldados más, y el día seis nos violaron también y nos golpearon ocho soldados borrachos" 13. Tres días más tarde, las agredidas intentaron suicidarse y acabar asimismo con la vida de sus hijos cortándoles las muñecas, aunque, claro está, no supieron cómo hacerlo de un modo efectivo.

La actitud de los miembros del Ejército Rojo para con las mujeres se había tornado en una abierta relación de propiedad, más aún desde que el propio Stalin había sumado leña al fuego al permitir a los oficiales que tuvieran una "mujer de campaña". (A esta *pokhodnopolevaya zhena* se la conocía por las siglas PPZh por la semejanza que éstas guardaban con las de la ametralladora de reglamento del Ejército Rojo, la PPSh). Estas jóvenes que tomaban como amantes los oficiales de mayor graduación hacían por lo general las labores de transmisión de señales, oficina y sanidad, uniformadas con una boina caída hacia atrás en lugar de la estrecha *pilotka* calada hacia delante.

La suerte de una mujer de campaña no era precisamente fácil cuando la lujuria del hombre era a un tiempo intensa e indiscriminada. "Ahí lo tienes, Vera —escribió a una amiga una joven soldado del 19º ejército llamada Musya Annenkova—. ¡Eso es lo que ellos entienden por "amor"! Hacen lo posible por mostrarse cariñosos con una, aunque es difícil saber qué es lo que esconden en realidad en sus corazones. Carecen de sentimientos sinceros: sólo conocen la pasión efímera o el amor entendido al modo de los animales. Aquí es muy difícil encontrar a un hombre realmente fiel"14.

El mariscal Rokossovsky publicó la Orden Número 006 con el fin de encauzar "los sentimientos de odio hacia la lucha contra el enemigo en el campo de batalla" y recordar a un tiempo los castigos por "saqueo, violencia, robo y destrucción y quema innecesarias". Todo apunta a que tuvo poca repercusión. También hubo algunos intentos arbitrarios de evitar tales excesos mediante el ejercicio de la autoridad. El comandante de una división de fusileros, al parecer, ejecutó "personalmente de un disparo a un teniente que estaba haciendo formar en fila a un grupo de sus hombres ante una mujer alemana tumbada en el suelo con los brazos y las piernas extendidos" 15. Mas, por lo general, o bien los propios oficiales eran cómplices de tales delitos, o bien la falta de disciplina hacía demasiado peligroso restaurar el orden entre los soldados ebrios armados con metralletas.

El mismo general Okorokov, jefe del departamento político del 2º frente bielorruso, se opuso durante una reunión celebrada el 6 de febrero a lo que consideraba una “negación del derecho a vengarse del enemigo”. Las autoridades moscovitas, por su parte, se mostraban menos preocupadas ante las violaciones y los asesinatos que ante la destrucción injustificada. El 9 de febrero, el *Krasnaya Zvezda* declaró en un editorial que “cada atentado contra la disciplina militar no hace sino debilitar al victorioso Ejército Rojo... Nuestra venganza no puede ser ciega. Nuestra furia no es irracional. Un arrebato de furor obcecado puede hacer que un soldado destroce una fábrica del territorio conquistado al enemigo, una fábrica que puede sernos de mucha utilidad”.

Los agentes políticos esperaban hacer extensiva esta teoría a las violaciones. “Si engendramos en un soldado un verdadero sentimiento de odio —declaró el departamento político del 19º ejército—, éste no intentará tener trato sexual con una mujer alemana, pues sabe que será repudiado” [16]. Con todo, este burdo sofisma no hace más que subrayar el fracaso de las autoridades a la hora de comprender el problema. Ni siquiera las jóvenes reclutas y el personal sanitario del Ejército Rojo desaprobaban estos delitos. “¡El comportamiento de nuestros soldados ante los alemanes, y en particular ante sus mujeres, es totalmente correcto!”, afirmó un miembro de veintiún años del grupo de reconocimiento capitaneado por Agranenko [17]. Kopelev montó en cólera cuando oyó a una de las ayudantes de su departamento de política hacer chistes al respecto.

Los crímenes cometidos por los alemanes en la Unión Soviética y la implacable propaganda del régimen contribuyeron sin duda a la terrible violencia ejercida en contra de las mujeres germanas en Prusia Oriental. Sin embargo, la venganza no explica por completo lo sucedido, aun cuando más tarde se convirtió en su justificación. Una vez que los soldados llenaban sus cuerpos de alcohol, la nacionalidad de sus presas era lo de menos. Lev Kopelev hablaba de cómo, tras oír un “frenético alarido” en Allenstein, pudo ver a una muchacha “con las trenzas de su largo cabello rubio despeinadas y las vestiduras desgarradas que gritaba con voz estridente: “¡Soy polaca! ¡Por el amor de Dios, soy polaca!”“. La perseguían dos “tanquistas” beodos a la vista de todo el mundo [18].

Tanto se ha ocultado esta cuestión en Rusia que aún hoy se niegan los veteranos a reconocer qué sucedió en realidad durante aquellos violentos ataques en territorio alemán. Admiten haber oído hablar de algún que otro exceso, aunque le restan importancia al calificarlos de consecuencia inevitable de la guerra. Sólo algunos se muestran dispuestos a confesar que presenciaron este tipo de escenas. Sin embargo, son poquísimos los que acaban por hablar sin tapujos del asunto, y todos ellos mantienen una actitud impenitente. “Todas se levantaban las faldas ante nosotros y se acostaban a nuestro lado”, afirma el antiguo dirigente de una compañía blindada del Komsomol, que incluso llega a jactarse de que en Alemania nacieran “dos millones de hijos nuestros” [19].

Es sorprendente la capacidad de los oficiales y soldados soviéticos para convencerse de que la mayoría de las víctimas se sintió feliz con su destino, o al menos reconoció que había llegado su turno de sufrir después de lo que había hecho en Rusia la Wehrmacht. “Los nuestros estaban tan sedientos de sexo —refirió un comandante soviético a un periodista británico en aquella época— que a menudo violaban a ancianas de sesenta, setenta o incluso ochenta años... ante la sorpresa, cuando no verdadero delirio, de las abuelas” [20].

Uno de los factores que más influyeron fue la bebida (de todo tipo, incluidos productos químicos peligrosos requisados a laboratorios y talleres). De hecho, la ingestión compulsiva menguó seriamente la capacidad de lucha del Ejército Rojo. La situación llegó a tales extremos que el NKVD hubo de informar a Moscú de “intoxicaciones masivas a causa del alcohol incautado en el territorio alemán ocupado”[21]. Daba la impresión de que los soldados soviéticos necesitasen de ayuda etílica para atacar a una mujer. Sin embargo, y con mayor frecuencia de la que cabe esperar, en ocasiones bebían más de la cuenta e, incapaces de completar el acto de violación, usaban la botella a modo de sustitutivo, con horribles resultados. No fueron pocas las víctimas que quedaron mutiladas de un modo infame.

Parece imposible analizar estas desconcertantes contradicciones psicológicas si no es de manera muy superficial. Según algunos testimonios, cuando las víctimas de violaciones colectivas de

Königsberg suplicaban después a sus agresores que acabasen con su sufrimiento, los hombres del Ejército Rojo daban muestras de sentirse ofendidos. “Los soldados rusos no disparan a las mujeres —respondían—; eso sólo lo hacen los alemanes”.22 El ejército soviético había logrado convencerse de que, puesto que había asumido la misión moral de liberar a Europa del fascismo, sus miembros tenían derecho a comportarse como les viniera en gana, tanto en lo personal como en lo político.

La sumisión y la humillación eran rasgos dominantes en las relaciones de la mayoría de los soldados y las mujeres de Prusia Oriental. Las víctimas se convertían así en el objeto de la venganza por los crímenes perpetrados por la Wehrmacht durante la invasión de la Unión Soviética. Una vez disipada la cólera inicial, este afán de humillación sádica se tornó muchísimo menos marcado. Cuando el Ejército Rojo alcanzó Berlín tres meses más tarde, sus soldados tendían a mirar a las mujeres alemanas como un derecho temporal de conquista más que como blanco de su odio. Ese espíritu de dominación no cesó en ningún momento, aunque tal vez haya que considerarlo más bien una consecuencia indirecta de las humillaciones de que ellos mismos habían sido víctimas a manos de sus comandantes y de las autoridades soviéticas en general. “La extrema violencia de los sistemas totalitarios —escribió Vasily Grossman en su gran novela *Vida y destino* demostró ser capaz de paralizar el espíritu humano a través de continentes enteros”23.

Existía, por descontado, un buen número de fuerzas e influencias diferentes que también tenían un peso considerable en este sentido. La libertad sexual se había convertido en materia de animados debates en los círculos del Partido Comunista durante los años veinte, pero durante la siguiente década, Stalin garantizó que la sociedad soviética se describía a sí misma como prácticamente asexual. Este hecho no tenía nada que ver con el puritanismo genuino, sino que se debía más bien a que el amor y el sexo no encajaban con el dogma diseñado para “desindividualizar” al individuo24. Habían de reprimirse los impulsos y emociones humanos. Con tal fin, se prohibió la obra de Freud, se convirtió el divorcio y el adulterio en cuestiones que merecían la enérgica desaprobación del partido y se volvieron a introducir las sanciones criminales en contra de la homosexualidad. La nueva doctrina se extendió incluso a la completa supresión de la educación sexual. En lo referente a las artes visuales, se consideraba peligrosamente erótico el contorno, aun vestido, de unos pechos de mujer: debían estar ocultos tras un mono de trabajo. El régimen quería, a todas luces, convertir toda forma de deseo en amor al partido y, por encima de todo, a su gran dirigente.

La mayoría de los soldados del Ejército Rojo de educación pobre adolecía de una notable ignorancia en el terreno de lo sexual y mostraba una actitud ignorante en extremo en lo referente a las mujeres. En consecuencia, los intentos llevados a cabo por el estado soviético por reprimir la libido de sus gentes dio pie a lo que cierto escritor ruso describió como un “erotismo cuartelero” que demostró ser más primitivo y violento que “la más sórdida pornografía extranjera” 25. Y todo esto se unía a la influencia deshumanizadora de la propaganda moderna y los impulsos atávicos y bélicos de hombres marcados por el miedo y el sufrimiento.

De igual modo que el no ser de nacionalidad alemana no sirvió para librar a las mujeres de la violación, las credenciales que demostraban su pertenencia a un partido de izquierda tampoco protegieron en gran medida a los hombres. Los comunistas alemanes que salieron a la luz después de doce años de convicción clandestina con el fin de dar la bienvenida a sus fraternos libertadores acababan, por lo general, siendo objeto de investigación por parte del SMERSH. Las sonrisas que asomaron a sus rostros al ver llegar al Ejército Rojo no tardaron en congelarse a causa de su incredulidad. La retorcida lógica del servicio de contraespionaje podía transformar cualquier narración, por verídica que fuese, en una conspiración tan calculada como aleve. Y, en cualquier caso, siempre quedaba la pregunta fatídica que se había concebido en Moscú con antelación para que se formulase a todo prisionero o no combatiente que manifestase ser leal a Stalin: “¿Por qué no estás con los partisanos¿”. (El que en Alemania no hubiese grupos de partisanos no se consideraba una excusa válida). Esta despiadada actitud maniquea que se inculcó durante los años de guerra tendió, como cabe esperar, a agravar el odio genérico de muchos soldados soviéticos. Nunca recibían una respuesta directa si preguntaban a sus agentes políticos por qué la clase obrera alemana no había combatido a Hitler. No es extraño, por ende, que cuando cambiaron de modo abrupto las

directrices del partido a mediados de abril para afirmar que no se debía odiar a todos los alemanes, sino sólo a los nazis, fuesen pocos los que se dieron por enterados.

La propaganda de odio había dado con oídos muy receptivos, y la repugnancia que se profesaba a todo lo que fuese alemán se había tornado visceral. “Hasta los árboles eran nuestro enemigo”, declara un soldado del tercer frente bielorruso. El Ejército Rojo se mostró conmocionado al tiempo que incrédulo cuando murió el general Chernyajovsky a causa de un proyectil que había errado el blanco a las afueras de Königsberg. Sus soldados lo enterraron en una sepultura improvisada. Cortaron ramas de los árboles, el único sustituto de las flores del que disponían, para lanzarlas sobre el ataúd como mandaba la tradición. Sin embargo, un joven soldado saltó de pronto al interior de la fosa para sentarse a horcajadas sobre el féretro y limpiarlo con movimientos frenéticos de todo el ramaje: provenía de los árboles enemigos y estaba mancillando el lugar de descanso del héroe 26.

Tras la muerte de Chernyajovsky, tomó el mando del tercer frente bielorruso por orden de Stalin el mariscal Vasilevsky, antiguo jefe del estado mayor general. Sus opiniones acerca de los problemas de disciplina parecen haber sido algo diferentes de las de otros mandos superiores. Según cierto relato, el jefe de su estado mayor lo informó en determinada ocasión de actos de pillaje y daños perpetrados por sus hombres. “Camarada mariscal —dijo—, el comportamiento de los soldados deja mucho que desear. Están destrozando muebles, espejos y platos. ¿Cuáles son tus órdenes al respecto¿”. Vasilevsky, que era tal vez el más inteligente y culto de los comandantes soviéticos, guardó silencio por unos instantes. “Me importa un carajo —repuso al fin—. Ya es hora de que nuestros soldados se tomen la justicia por su propia mano” 27.

El impulso destructivo de los soldados soviéticos en Prusia Oriental llegó a extremos en verdad alarmantes. Fue mucho más allá del hecho de destrozar a hachazos los muebles para hacer fogatas. De un modo irreflexivo, convirtieron en pasto de las llamas casas que podrían haberles proporcionado calor y refugio frente a las gélidas noches del exterior. Asimismo, los hizo montar en cólera el encontrarse con que los campesinos gozaban de un nivel de vida mucho más elevado del que les habían supuesto. Provocó una gran indignación el pensar que los alemanes, que vivían tan bien, hubiesen tenido que invadir la Unión Soviética para saquearla y destruirla.

Agranenko anotó en su diario la opinión de un viejo zapador acerca de los alemanes: “¿Cómo vamos a tratarlos, camarada capitán? Párate a pensar. No les falta nada, están bien alimentados, poseen ganado, huertos y manzanos, y sin embargo, van y nos invaden. Llegaron incluso a mi *oblast* [“región”] de Voronezh. Sólo por eso, camarada capitán, deberíamos estrangularlos. —Se detuvo unos instantes—. Lo siento por los niños, camarada capitán, aunque sean pequeños alemanitos” 28.

Las autoridades soviéticas, sin duda guiadas de la intención de liberar a Stalin de cualquier responsabilidad en el desastre de 1941, habían logrado inculcar un sentimiento de culpabilidad colectiva en el pueblo soviético por haber permitido que su patria se viese invadida. Tampoco cabe dudar de que la expiación de una culpabilidad reprimida aumenta la violencia de la venganza. Con todo, existían otros motivos mucho más directos para este empleo indiscriminado de la fuerza. Dmitri Shcheglov, agente político del tercer ejército, reconoció que al ver las despensas alemanas, los soldados se mostraban “indignados ante la abundancia” que encontraban allá donde mirasen. También abominaban del orden que reinaba en la vida doméstica de los alemanes. “Me hubiese encantado estampar mi puño contra todas esas prolijas hileras de latas y botellas”, escribió 29. Los miembros del Ejército Rojo quedaron estupefactos ante el número tan elevado de hogares que contaban con radio, al ver ante sus ojos la prueba palpable de que tal vez la Unión Soviética no era el paraíso del trabajador y el campesino tal como les habían asegurado 30. Las granjas de Prusia Oriental provocaban una mezcla de desconcierto, envidia, admiración e ira que alarmó a los agentes políticos.

Estos temores de los departamentos ideológicos del ejército se vieron confirmados por informes provenientes de los censores postales del NKVD, que subrayaban con tinta azul los comentarios negativos y con tinta roja los positivos. La policía secreta incrementó de un modo drástico la

censura de las cartas que los soldados enviaban a sus familias, con la esperanza de controlar la manera en que describían el estilo de vida del pueblo llano alemán y evitar las "conclusiones incorrectas en lo político" que podían provocar 31. El NKVD comprobó asimismo aterrorizado que los soldados remitían a sus hogares tarjetas postales alemanas en las que no faltaban las "citas antisoviéticas extraídas de discursos de Hitler" 32. Este hecho obligó cuando menos a los departamentos políticos a proporcionar a la tropa papel nuevo para correspondencia.

Los soldados soviéticos hicieron trizas los relojes, la porcelana, los espejos y los pianos de las casas de clase media, que ellos daban por sentado que pertenecían a barones alemanes. Una médica militar escribió a sus familiares desde un lugar cercano a Königsberg: "No podéis imaginar cuántas cosas de valor han destruido los Ivan, cuántas casas hermosas y confortables han reducido a cenizas. Sin embargo, los soldados tienen razón por otro lado. No pueden llevarse todo con ellos, ni en este mundo ni en el otro. Cuando uno de ellos rompe un espejo del tamaño de una pared, se siente, en cierta medida, mejor. Se trata de una especie de distracción que alivia la tensión general del cuerpo y la mente" 33.

En las calles de las aldeas podían contemplarse tormentas de nieve provocadas por el relleno de las almohadas y los colchones de plumas destripados. Muchas de estas cosas desconcertaban por su carácter inusitado a los soldados que habían crecido en las provincias de la Unión Soviética, en especial a los uzbecos y los turcomanos, procedentes del Asia central. Al parecer, se mostraban perplejos al ver por vez primera un mondadientes hueco. "Creíamos que eran pajitas para el vino", confesó un soldado a Agranenko 34. Otros, y de esto no se libraban ni algunos oficiales, intentaban fumar los puros incautados tragándose el humo como si fueran sus cigarrillos de tabaco negro *majorka* liados con papel de periódico.

No era extraño que los objetos requisados a modo de botín acabasen siendo descartados y pisoteados poco después de haberse obtenido. Nadie quería dejar nada que pudiese interesar a una *shtabnaya krysa* ("sabandija del estado mayor") o a una *tylovaya krysa* ("sabandija de retaguardia", es decir, perteneciente al segundo escalón). Solzhenitsyn describía escenas que semejaban "mercados tumultuosos" en los que los soldados llegaban a probarse las tallas grandes de las bragas de las prusianas 35. Algunos llevaban tantas capas de ropa bajo sus abrigos que apenas si podían moverse, y la dotación de los tanques llenaba sus carros con tal cantidad de botín que resulta increíble que las torretas pudieran girar. Las reservas de proyectiles se vieron también menguadas por el hecho de que los vehículos se hallasen cargados de trofeos tan indiscriminados. Los oficiales sacudían la cabeza desesperados al ver a sus hombres tomar despojos tales como trajes de etiqueta que pretendían enviar a casa en su paquete mensual. El idealista Kopelev desaprobaba tajante esta actitud, y consideraba que el bulto de cinco kilos que permitían franquear las autoridades como medida especial constituía "una incitación directa e imperdonable para el saqueo" 36. A los oficiales se les permitía enviar el doble, mientras que para los generales y los oficiales del SMERSH apenas se había impuesto un límite; con todo, los últimos no tenían verdadera necesidad de rebajarse a saquear, pues los miembros de su estado mayor les ofrecían artículos selectos. El propio Kopelev eligió una elaborada escopeta de caza y una serie de grabados de Durero para el general Okorokov, su superior en el departamento político del 2º frente bielorruso.

Un grupito de oficiales alemanes prosoviéticos que tuvo la oportunidad de visitar Prusia Oriental quedó pasmado ante lo que vio. Uno de ellos, el conde Von Einsiedel, vicepresidente del Comité Nacional para una Alemania Libre, organismo controlado por el NKVD, contó a sus compañeros a su regreso: "Los rusos están locos de remate por el vodka y las bebidas alcohólicas. Violan a las mujeres, se emborrachan hasta caer inconscientes y prenden fuego a las casas" 37. Beria no tardó en ser informado. Ilya Ehrenburg, el más feroz de todos los propagandistas, también se sintió conmocionado al visitar la zona, aunque esto no lo hizo más moderado en sus escritos.

Los soldados del Ejército Rojo nunca habían recibido una buena alimentación durante la guerra. La mayor parte del tiempo la pasaban aquejados de una hambre constante. De no haber sido por los cargamentos estadounidenses de carne de cerdo en conserva y trigo, muchos habrían estado cerca de la inanición. Habían recurrido, de manera inevitable, a vivir de la tierra, si bien esta actitud no respondió nunca a un plan oficial del Ejército Rojo como había sucedido en el caso de la Wehrmacht. En Polonia, habían robado maíz para sembrar de los agricultores y descuartizado los pocos animales que habían dejado atrás los alemanes. En Lituania, la desesperada necesidad de azúcar había llevado a los soldados a saquear colmenas: entre sus filas, durante el otoño anterior, no eran pocos los que se delataban por tener la cara y las manos hinchadas de un modo espectacular a causa de las picaduras de abeja. Mas las granjas bien ordenadas y mejor abastecidas de Prusia Oriental les ofrecían una cantidad de provisiones que iba más allá de lo que nunca hubiesen soñado. Las vacas, que emitían agónicos mugidos a causa de sus ubres hinchadas porque los que las ordeñaban habían huido, acababan a menudo sacrificadas con fusiles y ametralladoras para convertirse en improvisados filetes. "Han salido corriendo y han dejado todo atrás —escribió un soldado—, así que no nos falta el cerdo, el azúcar ni ningún otro alimento. Tenemos tanta comida que podemos dejar de llevarnos a la boca cualquier cosa" 38.

A pesar de que las autoridades soviéticas eran bien conscientes del terrible castigo que se estaba imponiendo a Prusia Oriental, parecían enojadas —de hecho casi ofendidas— porque la población civil estuviese huyendo. Los campos y las ciudades se habían quedado prácticamente despoblados. El jefe del NKVD del 2º frente bielorruso informó a G.F. Aleksandrov, jefe de ideología del comité central, de que quedaban "muy pocos alemanes... muchos asentamientos están abandonados por completo" 39. Ofrecía ejemplos de aldeas en las que había quedado media docena de personas y pequeñas ciudades con unos quince habitantes, casi todos de más de cuarenta y cinco años de edad. La "noble furia" estaba desencadenando el mayor movimiento migratorio de la historia acuciado por el terror. Entre el 12 de enero y mediados de febrero de 1945 abandonaron sus hogares en las provincias orientales del Reich casi ocho millones y medio de alemanes.

En Prusia Oriental no fueron pocos los que corrieron a esconderse en los bosques, sobre todo miembros de la Volkssturm y mujeres vulnerables, a rezar para que pasase la furia. La inmensa mayoría, por otra parte, había empezado a huir poco antes de la invasión. Algunos dejaban mensajes para sus familiares. "Querido papá —rezaba el que encontró Dmitri Shcheglov escrito con tiza y caligrafía infantil en una puerta—: Debemos escapar a Alt-P en carreta. De ahí cogeremos un barco hacia el Reich" 40. Apenas unos cuantos volverían a ver sus hogares. Aquello conllevó la destrucción abrupta de toda una región, con marcados carácter y cultura propios, subrayados tal vez por el hecho de que siempre había estado en la zona más oriental de Alemania, en la frontera eslava. Stalin había planeado desde el principio tomar la mitad septentrional y hacer de Königsberg parte de la Unión Soviética. El resto se ofrecería a una Polonia satélite a modo de compensación parcial por la anexión de todos sus territorios orientales, convertidos en "Bielorrusia occidental" y "Ucrania occidental". Prusia Oriental estaba condenada a desaparecer como tal del mapa.

Una vez que el 5º ejército blindado de guardias de Rokossovsky hubo llegado al Frisches Haff, las únicas salidas posibles eran por mar, desde Pillau, en el extremo sudoeste de la península de Samland, o sobre el hielo hasta el Frische Nehrung, el extenso banco de arena que rodeaba el lago situado cerca de Danzig. Tal vez los más desafortunados de entre los fugitivos fuesen aquellos que huyeron hacia Königsberg, ciudad que no tardó en verse aislada por el lado de tierra. Escapar de la ciudad resultó una labor más que difícil, lo que se debía sobre todo a que las autoridades nazis no habían hecho preparativo alguno para la evacuación de los civiles, y las primeras embarcaciones tardaron un tiempo en arribar a Pillau. Mientras tanto, el sitio de la capital de Prusia Oriental se convirtió en uno de los más terribles de toda la guerra.

Los refugiados que lograron llegar al Frische Nehrung, el banco de arena de la laguna, única ruta aún abierta hacia poniente, recibieron poca compasión de los oficiales de la Wehrmacht. Estos los conminaron a salir de la carretera, que, según insistían, estaba destinada en exclusiva al uso militar.

Los civiles hubieron, por lo tanto, de abandonar sus carretas y pertenencias para proseguir su camino a duras penas por las dunas 41. Con todo, muchos ni siquiera llegaron a los alfaques. En tierra firme había apostadas columnas de tanques soviéticos que aplastaban sin más los carros de refugiados que se cruzaban en su camino y barrían los convoyes con fuego de ametralladora. Cierto destacamento blindado adelantó el 19 de enero a una columna de refugiados y se dedicó a “masacrar a los pasajeros de las carretas y demás vehículos” 42.

Aun a pesar de que Prusia Oriental no alojaba ninguno de los más renombrados campos de concentración nazis, un destacamento del NKVD que inspeccionaba cierta área del bosque cercano a la aldea de Kumennen topó con los cadáveres de cien civiles agrupados en tres grupos sobre la nieve, víctimas con toda probabilidad de una columna de ajusticiados. Himmler había ordenado que se evacuasen los campos cuando se acercara el Ejército Rojo. “La mayoría son mujeres de entre dieciocho y treinta y cinco años —exponía el informe—, ataviadas con ropajes raídos que mostraban un número y una estrella de seis puntas en la manga izquierda y en la parte delantera. Algunos de los cadáveres calzaban zuecos, y al cinturón llevaban tazas y cucharas. En los bolsillos tenían comida: patatas de tamaño reducido, nabos suecos, granos de trigo... Una comisión especial de investigación formada por médicos y oficiales determinó que habían muerto por disparos efectuados a poca distancia y que todas estaban medio muertas de inanición cuando fueron ejecutadas” 43. No deja de ser significativo que las autoridades soviéticas no las identificasen como judías a despecho de la mención de las estrellas de seis puntas que llevaban cosidas a la ropa, sino como “ciudadanos de la Unión Soviética, Francia y Rumanía”. Los nazis asesinaron a un millón y medio aproximado de judíos soviéticos por el solo hecho de ser judíos, pero Stalin no quería que nada desviase la atención del sufrimiento de la madre patria 44.

4
La gran ofensiva de invierno

Cuando los generales alemanes se dirigían a sus hombres en tono amistoso acostumbraban llamarlos *Kinder*, “niños”. Este hecho procedía de un paternalismo prusiano que se había extendido al resto del estado. “El soldado es el niño del pueblo”, declaró el general Von Blumentritt hacia el final de la guerra 1. Sin embargo, suponer la existencia de un vínculo familiar entre la sociedad militar y la civil no pasaba por entonces de ser una ilusión.

Los sacrificios inútiles no hacían sino caldear cada vez más los ánimos de la población, que había comenzado a mirar con buenos ojos ideas como la de dar cobijo a los desertores. Un granjero polaco que había estado en Berlín el 24 de enero pudo presenciar a una serie de mujeres que gritaban a los oficiales y suboficiales que hacían desfilar por la calle a una columna de soldados alemanes: “¡Dejad que nuestros maridos vuelvan a casa y enviad a los faisanes dorados [los nazis de mayor antigüedad] en su lugar!” 2. Por su parte, los miembros del estado mayor hubieron de sufrir, a causa de las gruesas bandas rojas que decoraban los pantalones de sus uniformes, los dicterios de los transeúntes que gritaban al pasar por su lado: “¡Vampiros!” 3. Con todo, nada de esto quería decir que soplasen aires de revolución como sucedió en 1918, año que tanto obsesionaba a los nazis. El agregado militar sueco hizo ver que no habría revuelta alguna siempre que se mantuviese el suministro de alimentos, una idea de la que se hacía eco el siguiente dicho popular en Berlín: “La lucha no acabará hasta que Goering quepa en los pantalones de Goebbels” 4.

Pocos podían albergar ilusión alguna acerca de lo que se avecinaba. El Ministerio de Salud Pública berlinés ordenó a los hospitales que habilitasen espacio para diez mil camas destinadas a los civiles y otras diez mil para uso militar en calidad de “camas de catástrofe”5. El decreto llevaba el sello típico de la burocracia nazi: no hacía concesiones, a pesar de los efectos de los bombardeos y la escasez tanto de recursos como de personal sanitario cualificado. Habilitar espacio para camas no era tarea imposible, pero los médicos y las enfermeras ya estaban saturados de trabajo y no contaban con el personal suficiente para trasladar a los pacientes a los sótanos durante los ataques aéreos que se sucedían una noche tras otra. Entre tanto, los administradores de los hospitales se veían obligados a perder el tiempo en negociaciones con los diversos departamentos del Partido Nazi con el fin de que otorgasen a los miembros de su personal la exención de ser reclutados para la milicia Volkssturm.

Esta había nacido durante el otoño anterior a raíz de la ideología nazi y de una serie de luchas secundarias por el poder. Las sospechas que albergaba Hitler de que la plana mayor era pe ligrosa y derrotista lo decidió a arrebatarle el control de su milicia popular. Himmler, director de las Waffen SS y comandante en jefe de las tropas de reemplazo desde la conspiración de julio, se presentaba como el candidato obvio, pero el ambicioso Martin Bormann estaba resuelto a que la Volkssturm se estructurase en torno a una organización local en manos de los *Gauleiter* del Partido Nazi que se hallaban bajo sus órdenes. Puesto que ya habían sido reclutados casi todos los varones alemanes de entre diecisiete y cuarenta y cinco años, la Volkssturm se convirtió en una amalgama de adolescentes y ancianos.

Goebbels, que a la sazón era también comisario de la Defensa del Reich en Berlín, preparó a la carrera una campaña propagandística con consignas tales como: “¡La llamada del Führer es nuestra orden sagrada!”, o: “¡Cree! ¡Lucha! ¡Vence!”6. Las salas de cine proyectaban en los noticieros imágenes de ancianos y jóvenes que marchaban codo a codo, destacamentos de la Volkssturm en el momento en que recibían granadas *Panzer*faust con propulsores o juraban lealtad al Führer en filas

abarrotadas. La cámara se recreaba en los rostros de los que oían el discurso de Goebbels, y no eran pocos los partidarios que, ignorantes de la realidad militar, se dejaban convencer por tales muestras de determinación. "Todos los pueblos del mundo han urdido una conspiración en nuestra contra, pero vamos a demostrarles hasta dónde podemos llegar —escribió cierta mujer a su esposo soldado—. Ayer prestaron su juramento todos los miembros de nuestro distrito. Tendrías que haberlo visto; nunca podré olvidar la impresión que me produjo una prueba así de fuerza y orgullo. Aún no sabemos dónde los enviarán a luchar" 7.

La moral de los soldados del frente, sin embargo, no se vio elevada por todas estas iniciativas. Muchos quedaron horrorizados al saber por las cartas que les llegaban de sus hogares que se estaba entrenando para el com bate a sus padres, y en algunos casos a sus abuelos, o a sus hermanos pequeños un domingo tras otro. En realidad, la mayoría de los alemanes daban muestras de un gran escepticismo, que en parte se debía a su proverbial respeto por la especialización profesional. "El pueblo era en su mayoría de la opinión —refirió más tarde el general Hans Kissel a sus captores— de que la Volkssturm no sería capaz de afrontar la situación si no lo había logrado la Wehrmacht" 8.

La mayor parte de los miembros de la Volkssturm presentía que iba a encontrarse batallando sin sentido por puro simbolismo y sabía que sus esperanzas de contrarrestar el violento ataque de las tropas soviéticas eran nulas. Unos cuarenta batallones Volkssturm reclutados en Silesia recibieron la orden de defender sus fronteras del este y el noroeste. Se erigieron algunos emplazamientos de hormigón, pero al no contar apenas con armas antitanque, a las unidades blindadas soviéticas no les costó burlarlos.

En las zonas industriales de la Alta Silesia, el centro del "oro" del que había hablado Stalin, los directores de las compañías alemanas empezaban a sentirse cada vez más nerviosos. Temían que estallase una revuelta entre los trescientos mil trabajadores extranjeros, en su mayoría soviéticos condenados a trabajos forzados y polacos, e insistían en que se tomasen "medidas de seguridad ante los obreros foráneos enemigos" antes de que el avance del Ejército Rojo los animase a iniciar una insurrección 9. Mas los tanques del mariscal Konev estaban más cerca incluso de lo que pensaban.

Los avances soviéticos provocaron asimismo la evacuación de los campos de prisioneros de guerra y los de concentración. Tanto guardias como reclusos se vieron obligados a recorrer a pie desolados paisajes cubiertos de nieve sin tener la menor idea de cuáles eran la dirección adecuada ni el objeto de su huida. Cierto día, avanzada la tarde, una columna de prisioneros británicos pasó al lado de un nutrido grupo de presos soviéticos que cubrían sus pies desnudos con harapos dispuestos a modo de venda. "Sus rostros famélicos, pálidos —escribió Robert Kee—, contrastaban de un modo espeluznante con la espesa barba negra que los cubría. Sólo brillaban sus ojos, como si algo humano, afligido y furtivo pero humano, estuviese haciendo una última señal desesperada de socorro en nombre de la persona atrapada en su interior". Los británicos sacaron cuanto llevaban en sus bolsillos, ya fuese jabón o cigarrillos, y se los lanzaron. Uno de los paquetes de tabaco no llegó a su objetivo, y cuando se agachó para recogerlo un prisionero ruso, un guardia de la Volkssturm corrió a pisar sus dedos extendidos. Acto seguido le propinó una patada y comenzó a golpearlo con la culata de su fusil, lo que provocó "un salvaje rugido iracundo" entre la columna británica. "El guardia dejó de golpear al ruso y levantó la mirada asombrado. Tan insensibilizado estaba ante la brutalidad que en ningún momento se le había pasado por la cabeza que los seres humanos tuviesen derecho alguno a protestar". Entonces se puso a dar bramidos y a agitar el arma con ademán amenazador, aunque esto no hizo sino aumentar los abucheos y los gritos que provenían de la otra columna: Los propios guardias de ésta hubieron de acudir dando golpes para restaurar el orden y empujar a los de la Volkssturm con el fin de que volviesen con los prisioneros que se les habían asignado. "¡Dios santo! —exclamó uno de los compañeros de Kee—. Voy a perdonar a los rusos cualquier cosa que sean capaces de hacer en este país cuando lleguen. Cualquier cosa" 10.

Una vez desacreditado Goering, la lucha principal por el poder entre los dirigentes nazis tuvo como protagonistas a Bormann y Himmler. La conspiración de julio había incrementado de un modo notable la influencia de este último, al mando de las únicas organizaciones capaces de

dominar al ejérci to: las Waffen SS y la Gestapo. Por otro lado, la debilidad del estado de salud física y mental de Hitler a resultas del citado acontecimiento hacían pensar en Himmler como probable sucesor del Führer; pero el que tuviese las cualidades necesarias para ser a Hitler lo que Stalin a Lenin era, como temían muchos, harina de otro costal.

Himmler apenas parecía dar la talla en este sentido. Sus "principales rasgos físicos... eran una barbilla hundida, duros carrillos y ojos que daban más la impresión de estar vidriados que de hallarse tras unas gafas" 11. Para ser un hombre de aspecto tan frío, tan ajeno a todo tipo de humanidad, el *Reichsführer* de las SS podía resultar ingenuo y satisfecho hasta extremos asombrosos. Persuadido de ser el primero de entre los posibles sucesores al trono, Himmler cometió el grave error de subestimar a Martin Bormann, el secretario de cuello de toro y cara redonda que había urdido toda una trama hasta hacerse merecedor de la confianza de Hitler y controlar todo acceso a él. Bormann despreciaba en secreto a Himmler, a quien apodaba con sarcasmo *El Abuelo* Heinrich.

Ya hacía tiempo que sospechaba que el inverosímil creador de las Waffen SS anhelaba en su fuero interno ser comandante militar por derecho propio. Por ende, ofrecerle los medios con que satisfacer su fantasía era un buen modo de mantenerlo alejado de Berlín y del centro del poder. A principios de diciembre, y casi con toda seguridad a instancias de Bormann, Hitler nombró a Himmler comandante en jefe de un pequeño grupo de ejércitos destacado en la parte alta del Rin. El *Reichsführer* de las SS se negó a reconocer que tenía por superior al mariscal de campo Von Rundstedt, comandante en jefe del frente occidental; sin embargo, no fue capaz de darse cuenta de que, apartado como estaba en la Selva Negra del noroeste alemán, perdería de forma precipitada la influencia de que gozaba en Berlín. Kaltenbrunner, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, que había logrado dicho cargo a raíz del asesinato de Heydrich en Praga, se había visto atraído hacia la órbita de Bormann, que le permitió un acceso directo al Führer por el que podía recibir en persona sus instrucciones. Himmler tampoco se percató de que su oficial de enlace en el cuartel de Hitler, el *OberGruppenführer* ("teniente general") de las SS Otto Fegelein, también se había unido en secreto al bando de Bormann.

Mientras los dirigentes nazis conspiraban unos contra otros, el frente del Vístula se había derrumbado por completo, tal como había predicho Guderian. Las brigadas de tanques soviéticas no cesaban su ataque con el crepúsculo, sino que seguían avanzando con noche cerrada, por cuanto, en palabras de uno de sus comandantes, eran "menos vulnerables en la oscuridad. Nuestros tanques resultan aterradores por la noche"12.

Las unidades soviéticas en cabeza avanzaban unos sesenta o setenta kilómetros diarios. "Tras comprobar en el mapa la posición del enemigo —afirmaba el coronel Gusakovsky—, un general alemán podía quitarse los pantalones y meterse tranquilo en la cama. A medianoche ya habíamos llegado donde se hallaba ese general". Aun concediendo a este testimonio cierto margen de exageración jactanciosa, no cabe duda de que la velocidad del avance soviético desbarataba los planes del estado mayor alemán. Los informes acerca de la posición que tenía el enemigo al anochecer se entregaban a la cadena de mando, de tal modo que llegaba al cuartel del grupo de ejércitos a las ocho de la mañana. Entonces, el OKH debía preparar un resumen y elaborar un mapa de situación para la reunión que celebraba Hitler a mediodía y que podía alargarse. Freytag von Loringhoven, ayudante militar de Guderian, recordaba una que había durado siete horas 13. En consecuencia, las órdenes emitidas a partir de las instrucciones del Führer no llegaban a las unidades apostadas en el frente hasta veinticuatro horas después de que éstas informasen de su si tuación.

En medio de este escenario de intrigas políticas de poder, las contribuciones externas a las discusiones operacionales rara vez resultaban constructivas. Por lo general solían tener un carácter interesado, más aún cuando existía la posibilidad de marcarse un tanto ante cualquier rival. Goering parecía desposeído de toda su maquiavélica delicadeza. A pesar de que no tenía idea alguna de estrategia militar, no paraba de hablar al tiempo que inclinaba su voluminoso cuerpo sobre el mapa

e impedía así que nadie más pudiese verlo. Entonces, después de haberse puesto en ridículo, se retiraba a una silla cercana. Hitler, dando muestras de una paciencia insólita por completo, ni siquiera lo reprendía cuando se quedaba dormido ante todos los presentes. En cierta ocasión, Freytag von Loringhoven pudo observarlo en esta situación, con el rostro cubierto por un mapa, y no pudo menos de pensar en un viajante de comercio de los de antes de la guerra que sesteara en un vagón de tren.

Los conductores de los tanques soviéticos estaban tan agotados que no era extraño que se quedasen también dormidos, aunque un T-34 o tanque Stalin podía resistir mucho más que un vehículo ordinario en caso de chocar con algo. Los cascos recubiertos de piel o lona acolchados resultaban muy necesarios en el interior de aquellos monstruos de acero de movimientos bruscos. Los ocupantes se mantenían despiertos en gran medida a causa de la agitación provocada por tanta actividad. La visión de un vehículo alemán abandonado, por otra parte, les proporcionaba un intenso regocijo. “No vamos a dejar que descanse un solo segundo”, juraban 14. Por encima de todo, se regodeaban con la sorpresa con que los recibía la retaguardia alemana.

Ante la más leve señal de resistencia resuelta, los comandantes soviéticos hacían uso de su artillería pesada. Vasily Grossman observó a una serie de “disciplinados prisioneros alemanes” que marchaban por sí solos hacia la retaguardia, conmocionados aún algunos por los masivos bombardeos de la artillería. “Uno de ellos se alisa la guerrera y saluda cada vez que pasa un vehículo a su lado”, apuntó en su libreta 15.

Los ejércitos de Zhukov siguieron avanzando casi sin resistencia hacia el noroeste durante la tercera semana de enero. El 2º ejército blindado de guardias y el 5º ejército de choque continuaron luchando juntos a la derecha, mientras que el primer ejército blindado de guardias y el 8º ejército de guardias colaboraban codo con codo a la izquierda. Ni siquiera el cuartel general del frente bielorruso lograba mantenerse informado de sus avances, hasta el punto de que en ocasiones ordenaba capturar objetivos que ya habían caído en manos de su ejército. Cuando el 8º ejército de guardias del general Vasily Chuikov avistó la ciudad industrial de Lodz el 18 de enero, cinco días antes de lo planeado, el oficial decidió atacar sin consultar al cuartel general del frente, lo que a punto estuvo de hacer que sus divisiones de fusileros fuesen objeto de un bombardeo por parte de la aviación del Ejército Rojo cuando se desplegaban para entrar en combate. A la caída de la tarde, la ciudad ya estaba en su poder. Muchos de los soldados alemanes que yacían sin vida en sus calles habían muerto a manos de patriotas polacos que no dudaban en llevar a cabo sus “ejecuciones, tan despiadadas como justas” 16.

El 24 de enero, Chuikov, que a resultas de su actuación en Stalingrado estaba considerado el mejor general en lo referente a ataques urbanos, recibió órdenes de tomar Poznan (en alemán, Posen) y no pudo menos de preguntarse si el cuartel general de Zhukov sabía algo de aquella gigantesca fortaleza silesia. Al sur, el primer frente ucraniano de Konev protagonizó un avance mucho más corto hacia la frontera del Reich. En primer lugar, sus hombres consiguieron sorprender a los alemanes en Cracovia y liberaron así la ciudad intacta. Sin embargo, la celeridad con que actuaron provocó a su vez algunas complicaciones inesperadas. Los ejércitos de Zhukov y Konev habían adelantado a decenas de miles de soldados alemanes, de los cuales no eran pocos los que habían logrado escapar e intentaban desesperados dirigirse hacia el oeste, para lo cual se ocultaban durante el día en los bosques. Algunos de ellos tendían emboscadas a los hombres del Ejército Rojo con los que se topaban con la mera intención de hacerse con sus reservas de pan. Meshik, jefe del NKVD con el primer frente ucraniano de Konev, informó a Beria de que sus regimientos de fusileros encargados de la seguridad en la retaguardia se veían inmersos en tiroteos con grupos de rezagados que llegaban a los doscientos hombres 17.

Hacia el Reich se retiraron asimismo largas columnas constituidas en su mayoría de formaciones motorizadas que hacían lo posible por abrirse paso entre la masa de ejércitos soviéticos. Recibieron el nombre de “calderos errantes”, y avanzaban bien luchando, bien deslizándose de un cerco a otro, desmontando los vehículos que hallaban a su paso con el fin de poder utilizar las piezas y

destruyendo sin piedad los cañones y demás maquinaria que nunca más volverían a usarse. De estos grupos, el más famoso, a la par que el más fuerte, era el del cuerpo de *Panzer* del general Nehring. Este absorbía a los rezagados y a unidades enteras, y destruía cualquier vehículo que se estropease o quedara sin combustible. Sus miembros llegaron incluso a sacrificar dos tanques con el fin de sostener un puente y evitar que se derrumbara antes de que pasaran sobre él a toda prisa los vehículos más ligeros. De forma involuntaria, el general eligió una ruta que bordeaba la línea limítrofe entre los ejércitos de Zhukov y Konev, por lo que evitó enfrentamientos de relieve. En una breve comunicación de radio, Nehring oyó que el cuerpo Grossdeutschland del general Von Saucken iba a intentar unirse a ellos. Lo logró el 21 de enero, en medio de una espesa niebla, de tal manera que para el 27 del mismo mes ya se habían retirado a un lugar seguro más allá del río Oder.

El mismo día que Nehring cruzó el Oder, se reveló, a doscientos kilómetros al sureste, el inconcebible carácter criminal del régimen nazi. El 6 ejército de Konev descubrió la red de campos de concentración que rodeaba Auschwitz. De los bosques nevados surgieron con las metralletas al hombro soldados de reconocimiento pertenecientes a la 10ª división de fusileros, algunos montados a caballo, para toparse con el símbolo más horrible de la historia moderna.

Al darse cuenta de lo que habían encontrado, los oficiales soviéticos reclamaron la presencia de todos los equipos médicos disponibles con el fin de que atendiesen a los tres mil prisioneros enfermos, muchos de los cuales se hallaban demasiado cerca de la muerte para que pudiera hacerse nada. Cuando las SS habían empezado a evacuar los campos, nueve días antes, ya se encontraban demasiado debilitados para huir. Los oficiales soviéticos comenzaron a interrogar a algunos de los internos. Adam Kurilowicz, el ex director del sindicato polaco de trabajadores ferroviarios, que había estado recluido desde junio de 1941, les relató cómo se habían llevado a cabo el 15 de septiembre de ese año las primeras pruebas de las entonces recién construidas cámaras de gas con la ejecución de ochenta miembros del Ejército Rojo y seiscientos prisioneros polacos. El profesor Mansfeld, científico húngaro, les habló de los “experimentos médicos”, incluidas las inyecciones de ácido fénico empleadas para asesinar a ciento cuarenta niños polacos. Las autoridades del Ejército Rojo estimaron que habían muerto más de cuatro millones de personas, si bien más tarde se demostró que esta cifra resultaba exagerada en demasía. Se llamó a un fotógrafo del ejército para que tomase fotografías de una de las puertas en las que podía leerse: *Arbeit macht frei* (“El trabajo os hará libres”), cubierta de nieve, los cadáveres de los niños con los vientres hinchados, manojos de cabello humano, cuerpos sin vida boquiabiertos y esqueletos vivientes con números tatuados en los brazos. Todos estos documentos gráficos fueron enviados a Aleksandrov, el jefe de Propaganda del Ejército Rojo en Moscú; sin embargo, fuera de un reportaje publicado el 9 de febrero en el diario del Ejército Rojo, *Stalinskoe Znamya* (“La Bandera de Stalin”), la Unión Soviética ocultó cualquier noticia acerca de Auschwitz hasta el 8 de mayo, una vez acabada la guerra en Europa 18.

Cierto oficial soviético descubrió asimismo una orden procedente de Himmler en la que se mostraba de acuerdo en “atrasar la ejecución de los prisioneros rusos recluidos en campos de concentración que estén lo bastante fuertes para picar piedra”. Ese invierno se había sacado con palos y látigos a los reclusos soviéticos, “vestidos muchos con camisetas del ejército, cuando no con tan sólo la ropa interior, y con la cabeza descubierta”, bajo unas temperaturas de treinta y cinco grados bajo cero. Los pocos que regresaron con vida mostraban síntomas de congelación extrema: era imposible que sobrevivieran sin una asistencia médica de la que no disponían. El que la Wehrmacht hubiese estado proporcionando prisioneros de guerra, que estaban bajo su responsabilidad, a las SS para que los exterminasen no hizo sino endurecer aún más los corazones de un Ejército Rojo deseoso de venganza. Sus miembros llegaron incluso a descubrir merced a un intérprete del estado mayor alemán que, en al menos uno de los campos destinados a soldados soviéticos, “todos los prisioneros que llegaban recibían órdenes de desnudarse, y los que revelaban ser judíos eran ejecutados en el acto” 19. Una vez más, las autoridades rusas se interesaron en exclusiva por los crímenes cometidos contra ciudadanos y soldados soviéticos. De cualquier manera, las pruebas que los soldados del Ejército Rojo tenían ante sus ojos les transmitían un mensaje bien claro: no harían prisioneros.

Si aquellos días de enero resultaron desastrosos para la Wehrmacht, lo fueron aún más para los varios millones de civiles de Prusia Oriental, Silesia y Pomerania que habían huido de sus hogares. Las familias de granjeros que habían sobrevivido durante siglos a los rigores de los más duros inviernos se dieron cuenta de súbito, horrorizados, de cuán vulnerables eran. Hubieron de enfrentarse a unas condiciones atmosféricas inmisericordes, desposeídos de sus granjas, pasto de las llamas, y de sus reservas alimentarias, saqueadas o destruidas en la retirada. Con todo, pocos reconocieron que los agricultores polacos, rusos y ucranianos habían vivido no hacía mucho un destino idéntico a manos de sus propios hermanos, hijos y padres.

Las caravanas procedentes de las regiones situadas a lo largo del litoral báltico (Prusia Oriental y Occidental y Pomerania) se dirigieron hacia el Oder y Berlín, en tanto que las provenientes de la zona más meridional (Silesia y Wartheland) se encaminaron al Neisse, al sur de Berlín. La inmensa mayoría de los refugiados eran mujeres y niños, habida cuenta de que casi todos los hombres que quedaban habían sido reclutados para la Volkssturm. Los medios de transporte empleados iban de las carretillas de mano y los cochecitos de niño, para los que iban a pie, hasta todo tipo de carros de granja, carretas para ponis e incluso el extraño landó, rescatado de los establos de algún *Schloss* ("castillo"). Apenas había vehículos motorizados, por cuanto la Wehrmacht y el Partido Nazi los habían requisado junto con el combustible. Las columnas avanzaban penosamente y con gran lentitud, lo cual no sólo se debía al hielo y la nieve: a menudo debían detenerse porque la sobrecarga de las carretas hacía que se partiesen los ejes. Los carros de heno, llenos hasta los topes de objetos del hogar, jamón, barriles y tarros de alimento, se habían transformado en vagones cubiertos merced a una rudimentaria estructura recubierta con alfombras en el exterior. Los colcho nes colocados en el interior proporcionaban cierto alivio a las mujeres que se hallaban en los últimos meses de gestación y a las que tenían niños de pecho. A las famélicas caballerías les resultaba difícil caminar sobre superficies heladas. No faltaban los carros tirados por bueyes cuyas pezuñas desnudas estaban en carne viva por el roce de los caminos e iban dejando manchas de sangre sobre la nieve. Cuando moría alguno de estos animales, como sucedía con frecuencia, apenas si había tiempo para descuartizarlo de manera que pudiese servir de alimento, pues el temor al enemigo empujaba a los refugiados a seguir caminando sin descanso.

Por la noche, las columnas se dirigían a las aldeas situadas al borde del camino, en las que a menudo se les permitía pernoctar en los establos y los graneros de las casas señoriales. Los propietarios acogían de buena gana a los aristócratas que huían de Prusia Oriental, como si fuesen invitados que se suman a una partida de caza. Cerca de Stolp, en la Pomerania oriental, el barón Jesko von Puttkamer degolló a un cerdo con el fin de mitigar el hambre de los refugiados de una de estas caravanas. Un oficial nazi local "paticorto y panzudo" se dirigió a él para advertirle que el matar a un animal sin permiso se consideraba "un delito grave". El barón lo conminó a voz en grito a abandonar su propiedad si no quería que lo descuartizase también a él [20].

Los que habían logrado escapar de Prusia Oriental gracias al ferrocarril no gozaron de mucha mejor fortuna. El 20 de enero llegó lentamente a la estación de Stolp un tren de mercancías colmado de refugiados. "Formas apiñadas, ateridas de frío, apenas capaces de permanecer en pie o apearse al menos; vestiduras finas, convertidas la mayor parte en jirones, y unas cuantas mantas echadas sobre algunos hombros arqueados; rostros enjutos y cenicientos". Nadie decía una palabra. De los vagones se retiraron algunos hatillos tiesos que se colocaron en el andén. Contenían cadáveres de niños muertos de frío. "Del silencio se elevó el llanto de una madre que no estaba dispuesta a renunciar a lo que había perdido —anotó una testigo—. Me sentí abrumada por el horror y el pánico. Nunca había contemplado tanta miseria. Y tras esa visión nos acechaba una idea aterradora y opresiva: nosotros éramos esa gente; ése era el destino que nos esperaba"[21].

Faltaban apenas siete días para que el tiempo se tornara aún más severo, hasta el punto de hacer que las temperaturas descendiesen por la noche de diez a treinta grados bajo cero. Asimismo, durante la última semana de enero se acumuló en el suelo un manto de nieve de medio metro, amén de montículos que, en ocasiones, ni los tanques eran capaces de atravesar. No obstante, las oleadas migratorias causadas por el miedo no hicieron sino aumentar. Cuando las tropas soviéticas se dirigían a la capital silesia de Breslau, de la que Hitler había hablado como una fortaleza que debía

defenderse hasta que hubiese caído el último hombre y se hubiera gastado la última bala, los furgones dotados de altavoces instaban a los civiles a abandonar la ciudad tan aprisa como les fuera posible. Los refugiados morían pisoteados en la avalancha producida al correr hacia los trenes. No tenía sentido alguno intentar evacuar a los heridos ni a los enfermos: cada uno de éstos recibió una granada para emplearla consigo mismo o contra los rusos. El ferrocarril no era siempre el medio más seguro de transporte. Los viajes que duraban tres horas "en tiempos normales", tal como señaló un informe acerca de los refugiados, se habían alargado hasta las veintiuna horas [22].

La hermana de Eva Braun, Ilse, que vivía en Breslau, se hallaba entre los que habían huido en tren. Un coche oficial la recogió en la *Bahnhof* ("estación") Schlesischer de Berlín la mañana del 21 de enero y la llevó al hotel Adlon, en el que se alojaba Eva. Aquella noche cenaron juntas en la biblioteca de la Cancillería del Reich. La anfitriona, ajena por completo al extremo al que había llegado la desastrosa situación de la zona oriental, no dejó de charlar como si su hermana fuese a regresar a Breslau tras unas cortas vacaciones. Incapaz de contenerse, Ilse le describió a los refugiados que huían a través de la nieve aguijados por el miedo al enemigo. Se hallaba tan furiosa que no dudó en sostener que Hitler estaba arrastrando a todo el país hacia un verdadero abismo. Eva se mostró escandalizada e iracunda: ¿Cómo podía su hermana hablar así del Führer, que con tanta generosidad la había alojado en el Berghof.[*] Merecía que la pusieran contra un muro y la fusilaran [23].

El 29 de enero, según cálculos de las autoridades nazis, se dirigían al centro del Reich "unos cuatro millones de personas procedentes de las zonas evacuadas" [24]. A todas luces estaban subestimando la magnitud de la situación. La cifra se elevó a siete millones en dos semanas, y el 19 de febrero ya había llegado a ocho millones trescientos cincuenta mil [25]. A finales de enero llegaban a Berlín entre cuarenta y cincuenta mil refugiados, en su mayoría en tren. La capital del Reich no se mostraba hospitalaria con sus víctimas. "La estación de la Friedrichstrasse se ha convertido en lugar de tránsito del destino de Alemania —escribió un testigo—. Cada tren que llega descarga en el andén una nueva masa de sufrimiento amorfo" [26]. Inmersos en su desgracia, no habían reparado en el letrero que rezaba: "Se prohíbe el uso de la escalera mecánica a perros y judíos".[27] La Cruz Roja alemana no tardó en tomar medidas enérgicas para sacar a los refugiados de la estación Anhalter lo antes posible u obligar a los trenes a que circunvalasen Berlín. Las autoridades temían la proliferación de "enfermedades infecciosas como el tifus" o de una epidemia en la capital [28]. Otras dolencias que temían que los refugiados pudieran propagar eran la disentería, las fiebres paratifoideas, la difteria y la escarlatina.

Un buen ejemplo del caos provocado lo constituyen las siguientes cifras relativas a Danzig: el 8 de febrero se calculaba que la ciudad acogía a treinta y cinco o cuarenta mil refugiados, aunque debía prepararse para recibir a cuatrocientos mil. Dos días más tarde se llegó a la conclusión de que, en realidad, ya se había alcanzado esta última cifra. Las autoridades nazis, que no habían tomado medidas para afrontar un desastre que Hitler se había negado a reconocer, se vieron obligadas a recuperar el tiempo perdido si querían conservar un mínimo de credibilidad. Con este fin, organizaron una gran demostración en la que los Junkers 88 de la Luftwaffe lanzaron víveres sobre las columnas de hambrientos incomunicadas por la nieve, si bien en privado se quejaron de que aquel acto no había hecho sino "forzar de un modo aterrador" sus reservas de combustible.

Asimismo se establecieron almacenes de alimentos para los refugiados congregados en los alrededores de Danzig, aunque no tardaron en ser saqueados por los soldados alemanes que habían visto disminuidas sus raciones. De cualquier manera, la región que necesitaba ayuda con más urgencia seguía siendo Prusia Oriental, donde el primer barco destinado a evacuar a los refugiados no llegó hasta el 27 de enero, catorce días después del ataque de Chernyajovsky. Otras embarcaciones provistas de pan y leche condensada para los civiles no zarparon hasta primeros de febrero. Como era de esperar, una buena parte de la ayuda nunca llegó a su destino. Un avión con dos mil latas de leche condensada fue derribado en uno de los primeros intentos de introducir las provisiones por vía aérea.

---

[*] Residencia de Hitler en Berchtesgaden, ciudad de los Alpes Bávaros. (*N. del t.*)

Los grupos de ejércitos de Chernyajovsky y Rokossovsky habían confinado a los restos de los tres ejércitos alemanes encargados de la defensa de Prusia Oriental a diversos focos de espaldas al mar. Los ejércitos de Rokossovsky situados en el flanco izquierdo habían capturado las ciudades fortaleza de los caballeros teutones situadas en la margen oriental del Vístula, así como Marienburgo, sobre el Nogat. Este hecho empujó al 2º ejército alemán al estuario del Vístula, aunque aún conservaba el banco de arena del Frische Nehrung. Por otro lado, y habida cuenta de los treinta centímetros de hielo que cubrían la laguna de Frisches Haff, los refugiados todavía podían cruzar a pie a Danzig. Mientras tanto, el flanco derecho de Rokossovsky hubo de trasladarse a la carrera con el objeto de frustrar un intento de huida hacia el oeste por parte de los alemanes.

Hitler estaba obsesionado con la idea de mantener a toda costa la línea defensiva de los lagos Masurianos, y montó en cólera al saber que el general Hossbach, comandante del 6º ejército, había abandonado una de las piedras angulares de aquélla, la fortaleza de Lötzen, el 20 de enero. El propio Guderian quedó pasmado ante la noticia. De cualquier manera, tanto Hossbach como su superior, el general Reinhardt, estaban resueltos a romper el cerco de Rokossovsky y evitar así que se repitiese lo sucedido en Stalingrado. Su ataque, concebido a modo de ariete para posibilitar la huida también a los civiles, comenzó el 26 de enero durante una noche tan clara como fría. La repentina ofensiva aplastó al 48º ejército soviético y a punto estuvo de llegar incluso a Elbing, lugar que el 2º ejército alemán había logrado retener tras la primera escaramuza que habían protagonizado los tanques en sus calles. Sin embargo, después de tres días de lucha con frío extremo y abundante nieve, las tropas de Rokossovsky habían rechazado el ataque. Hitler degradó tanto a Reinhardt como a Hossbach, cuyas divisiones se vieron entonces obligadas a retirarse a lo que se llamó el *Kessel* (“caldero”) de Heiligenbeil, un incómodo cuadrilátero que daba la espalda al Frisches Haff y en el que se vieron también atrapados más de seiscientos mil civiles.

El tercer frente bielorruso, entretanto, había rodeado Königsberg por todo el lado terrestre. La mayor guarnición del tercer ejército de *Panzer* con que contaba la ciudad se vio, así, aislada de la península de Samland, que estaba coronada por el pequeño puerto báltico de Pillau en la salida de la laguna. En la ciudad se hallaban asimismo atrapados cerca de doscientos mil civiles sin apenas alimentos. Esto obligó a que más de dos mil mujeres y niños emprendieran cada día el arriesgado viaje a pie, sobre el hielo, hacia una Pillau ya superpoblada hasta la desesperación. Cientos de ellos llegaban incluso a aventurarse entre la nieve en dirección a las tropas soviéticas con el objeto de mendigar comida y encomendarse a su dudosa caridad. El primer vapor que zarpó de Pillau con mil ochocientos civiles y mil doscientos heridos no llegó a un lugar seguro hasta el 29 de enero 29. El *Gauleiter* Koch, tras haber condenado a los generales Reinhardt y Hossbach por intentar salir de Prusia Oriental y haber ordenado a los defensores de Königsberg a luchar hasta que no quedase un hombre con vida, huyó de su propia capital. Después de visitar Berlín, regresó a Pillau, muchísimo más segura, para organizar por todo lo alto la evacuación por mar merced a las comunicaciones de radio de la Kriegsmarine antes de volver a abandonar la ciudad.

Pillau no podía albergar embarcaciones de gran tamaño, por lo que Gdynia (o Gotenhafen), poco más al norte de Danzig, se convirtió en el principal puerto marítimo para las evacuaciones del litoral báltico. El gran almirante Dönitz no dio hasta el 21 de enero la orden de iniciar la Operación Aníbal, un plan de evacuación masiva de refugiados en la que tomaban parte cuatro barcos de grandes dimensiones. El 30 de enero zarpó con unas seis mil seiscientas personas a bordo el *Wilhelm Gustloff*, el mayor crucero alemán de la Fuerza por la Alegría, concebido para alojar a dos mil pasajeros.[*] Tenía por única escolta un torpedero de un solo motor, y la siguiente noche fue avistado por un submarino soviético de la flota del Báltico. El capitán A.I. Marinesko lanzó tres torpedos, y ninguno erró el blanco. Entonces cundió el pánico entre los exhaustos refugiados, que habían sido arrancados de sus sueños. Todos corrieron desesperados hacia los botes salvavidas,

[*] Fuerza por la Alegría: entidad nazi que se dedicaba a organizar las vacaciones de los obreros antes de la guerra. (*N. del t.).*

aislados muchos por las embestidas del mar helado (en el exterior la temperatura era de dieciocho grados bajo cero). Los botes que se habían lanzado volcaban por la acción de los refugiados que, en su desesperación, saltaban desde el costado del barco. Este se hundió en menos de una hora. Perdieron la vida al menos cinco mil trescientas personas. Los mil trescientos supervivientes fueron rescatados por una serie de barcos capitaneados por el crucero *Admiral Hipper*.Constituyó el mayor desastre marítimo ocurrido hasta entonces, aunque no tardó en verse superado por otro aún peor.[**]

Incluso en nuestros días, los historiadores rusos siguen aferrándose a la versión oficial soviética según la cual el barco transportaba "a más de seis mil soldados nazis, de los cuales tres mil setecientos eran tripulantes de submarino"30. Lo que más interesa a los rusos parece ser, más que el destino de las víctimas, el del victorioso comandante A.I. Marinesko. El NKVD denegó la recomendación de nombrarlo héroe de la Unión Soviética por haber mantenido una aventura con una ciudadana extranjera, un crimen que por poco le cuesta un juicio y una condena automática al Gulag. Hubo de llegar el año 1990 para que, "en la víspera del cuadragésimo quinto aniversario de su victoria", se le concediese a título póstumo el reconocimiento de héroe de la Unión Soviética.

Uno de los efectos secundarios de la migración masiva fue la crisis de combustible y transporte sufrida por Alemania. Los suministros de carbón se habían visto interrumpidos por la necesidad de que los vagones salvasen a los refugiados de Pomerania. En algunos lugares, los panaderos no podían cocer el pan. La situación general se había tornado tan desesperada que, "con la intención de salvar el Reich", se devolvió a la Wehrmacht y a la distribución de combustible la prioridad sobre los refugiados en el uso de los trenes de mercancías 31. Esta decisión fue tomada el 30 de enero, día en que se celebraba el duodécimo aniversario de la llegada al poder del Partido Nazi.

No faltaban los generales que, lejos de mostrar compasión por los refugiados civiles en cuanto principales víctimas de la venganza soviética ante la invasión de la Wehrmacht, los con sideraban como poco menos que una gravosa carga. Uno de los comandantes preferidos de Hitler, el general Schörner, recibió órdenes de reservar una área de treinta kilómetros situada en la margen oriental del alto Oder para las operaciones militares. El también se quejó enérgicamente de que los refugiados estaban entorpeciendo la actividad militar y solicitó del mariscal de campo Keitel una orden que hiciera "cesar enseguida las evacuaciones". Cabe imaginar que estaba dispuesto a adoptar medidas punitivas contra los civiles que huyesen del Ejército Rojo.

Las autoridades nacionalsocialistas trataban en ocasiones a los refugiados alemanes casi tan mal como a los prisioneros recluidos en campos de concentración. Los administradores locales, o *Kreisleiter*, eludían toda responsabilidad con respecto a ellos, más aún si estaban enfermos. Tres vagones de mercancías transportaron a un buen número de refugiados hacinados en vagones abiertos en dirección a Schleswig-Holstein. Uno de ellos llevaba a tres mil quinientas personas, mujeres y niños en su mayoría. "Se hallaban en un estado pésimo —aseguró un informe—, plagados de piojos y víctimas de enfermedades tales como la sarna. Tras el largo viaje quedaban aún muchos muertos en los vagones. A menudo no se ha descargado el contenido de los vagones en el lugar de destino, sino que se han enviado éstos a otro *Gau* ("distrito"). Aparte de eso, todo está en orden en Schleswig-Holstein"32.

El propio Hitler decidió que sería una buena idea llenar el "protectorado" de la Checoslovaquia ocupada con refugiados alemanes. "Está convencido —explicó un oficial— de que si los checos

[**] Un estudio reciente (SOS Wilhelm Gustloff-Die grösste Schiffekatastrophe der Geschichte, de Heinz Schön) presenta una cifra total de pasajeros que supera con mucho la oficial de 6.050, de los cuales 1.300 fueron rescatados, según las autoridades soviéticas. Schön, superviviente y cronista de la catástrofe, habla de 10.582 personas a bordo (8.956 refugiados), y de un total de muertos de 9.343. No hay duda de que la cifra oficial se queda corta, si bien la propuesta de Schön peca de lo contrario. Günter Grass propone en Im Krebsgang, novela basada en el hundimiento del buque, la de 9.000 como cifra real de las personas que viajaban en el Wilhelm Gustloff. En cualquier caso, el número de pasajeros añadido lo convierte en el mayor desastre de la historia naval, justo por delante del hundimiento de la embarcación hospital Goya, ocurrido en la misma zona el 16 de abril y en el que se salvaron 165 de un total de más de siete mil refugiados. (N. del a., extraída de las adiciones al texto que recoge en su página Web antonybeevor.com

contemplan su sufrimiento, se mostrarán menos inclinados a organizar un movimiento de resistencia”33. Este hecho demostró ser otro error de cálculo, tanto en su intención como en sus consecuencias. No habían transcurrido tres semanas cuando se recibió un informe que advertía de que los checos, ante la visión de pruebas tan evidentes de la derrota alemana, no habían dudado en organizar su propia administración, que sería dirigida por Benes 34*

El ejército no quedó al margen de la crisis del nacionalsocialismo. Hitler se convenció de que todo se solucionaría en caso de nombrar a un caudillo lo suficientemente despiadado e imbuido de su ideología para defender las fronteras orientales del Reich. El general Guderian no pudo dar crédito a sus oídos cuando el Führer decidió, el 24 de enero, que Himmler, el *Reichsführer* de las SS, sería el encargado de dirigir al nuevo grupo de ejércitos del Vístula en la zona situada entre Prusia Oriental y los restos del destrozado grupo de ejércitos de Reinhardt, en Silesia. La resolución de Hitler estuvo sin duda influida por la amenaza dirigida a Guderian días antes, relativa a su intención de aplastar “el sistema del estado mayor general” y vengarse de un “grupo de intelectuales” que presumían de “convencer a sus superiores de sus ideas”35.

Aquella tarde, el coronel Hans Georg Eismann, miembro del estado mayor, recibió órdenes de dirigirse a Schneidemühl para asumir el puesto de jefe de operaciones en el cuartel del grupo de ejércitos del Vístula. Al confesar Eismann que no había oído hablar jamás de dicho cuerpo, el general encargado de los destinos de oficiales del estado mayor le explicó que acababa de ser constituido. El coronel no quedó menos anonadado que Guderian al saber que Himmler sería su comandante en jefe 36.

Eismann no tuvo más elección que ponerse en camino hacia el este esa misma noche en un Kübelwagen, el robusto equivalente alemán del Jeep. Cuando el vehículo recorría la Reichstrasse 1 por entre la gélida oscuridad, pudo darse cuenta de “hasta qué punto habían llegado el caos y la miseria. En todas las carreteras podían verse interminables convoyes de refugiados procedentes del lado oriental”. La mayoría, extenuada, daba la impresión de estar sumida en una total falta de rumbo.

Eismann esperaba ser capaz de formarse una imagen clara de la situación al llegar a su destino; sin embargo, no tardó en darse cuenta de que el cuartel del grupo de ejércitos del Vístula era diferente de cualquier otro. En Schneidemühl preguntó a un agente de tráfico militar el camino, mas, como era de esperar, la situación del cuartel constituía un secreto bien guardado. Por suerte se encontró con el comandante Von Hase, conocido suyo, que por fin le dio las indicaciones.

El cuartel se había organizado dentro del tren especial de Himmler, el *Steiermark*, una elegante hilera de coches-cama con vagones antiaéreos añadidos. En el andén se hallaban apostados, a intervalos regulares, centinelas armados de las SS. En un “exquisito vagón comedor”, Eismann se encontró con un joven *UnterSturmführer* que lo guió a través del tren para que se reuniese con el director de las SS y comandante en jefe.

Himmler se encontraba sentado a un escritorio de su cámara. Cuando se puso en pie y le estrechó la mano en señal de bienvenida, al recién llegado le pareció “suave como la de una mujer”. Eismann, que hasta aquel momento sólo lo había visto en fotografías o a cierta distancia, lo estudió con detenimiento mientras su anfitrión lo miraba desde detrás de las gafas. El *Reichsführer* de las SS no llevaba puesto su habitual uniforme negro, sino uno gris de campaña, tal vez con el fin de subrayar la naturaleza militar de su cargo. Estaba algo fofo, y la parte alta de su cuerpo era demasiado larga. La barbilla hundida y los ojos estrechos le conferían “cierto aspecto de mongol”. Lo llevó ante una mesa más amplia con el fin de que observase el mapa de operaciones, y Eismann pudo comprobar que tenía un retraso de al menos veinticuatro horas. “¿De qué disponemos para cerrar este hueco y establecer un nuevo frente¿”, quiso saber el coronel, que no era ajeno en absoluto a las crisis exacerbadas —cuando no creadas— por el cuartel general de Hitler. No en

* Edvard Benes, presidente de Checoslovaquia en 1935-1938 y 1946-1948, y presidente del gobierno checo en el exilio durante la guerra. (*N. del t.*)

vano había sido él el oficial enviado al cerco de Stalingrado, por orden del mariscal de campo Von Manstein, con el fin de discutir la situación con el general Paulus.

Himmler le contestó con una sarta de lugares comunes irreflexivos aprendidos de su maestro: “contraataque inmediato”, “rotura del flanco enemigo”, etc. Sus respuestas partían de una profunda ignorancia militar, y Eismann no pudo menos de pensar en “un ciego que hablaba sobre el color”37. Entonces le preguntó con cuántas formaciones listas para el combate contaban. Himmler no tenía la menor idea; parecía no ser consciente de que, en la práctica, el 9º ejército no existía sino de nombre. Con todo, había algo que resultaba obvio: al *Reichsführer* de las SS no le gustaban las preguntas directas al estilo propio del estado mayor general.

El cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula, según acabó por revelarse, carecía en absoluto de oficiales preparados y, además, tampoco contaba con organización de suministro o transporte alguna ni destacamento de transmisiones. El único medio de comunicación disponible era el teléfono del jefe del estado mayor, y aparte del de carreteras que había empleado Eismann en su viaje desde Berlín, en el cuartel no había más que un mapa. Ni siquiera los oficiales del estado mayor general que habían sufrido los desastres anteriores lograban entender el grado de incompetencia e irresponsabilidad de la “*Kamarilla* de Hitler”.

Himmler, aún resuelto a lanzar un contraataque, pretendía preparar a toda prisa insólitos regimientos y batallones. Eismann le sugirió que se encargase su organización a un comandante de división dotado al menos de un estado mayor y transmisiones; pero Himmler insistió en elegir a un jefe de cuerpo de ejército para hacer que resultara más impresionante. Eligió al teniente general Demmlhuber —a quien los oficiales habían asignado el sobrenombre de Tosca debido al perfume del mismo nombre que se sospechaba que usaba—. Se reunió a un improvisado estado mayor de unidad, y al día siguiente asumió el mando Demmlhuber. Este, que contaba con más experiencia que Himmler, no se alegró demasiado de su nombramiento. La operación, si es que podía aplicársele ese nombre, resultó ser un completo fracaso y convirtió a Demmlhuber en uno de los poquísimos generales de las Waffen SS que perdieron su puesto. Esto hizo tal vez que los amantes de la ópera del estado mayor general del ejército bromearan con el hecho de que, si bien habían empujado a Tosca, al menos no se había visto obligado a saltar.[*]

Entonces llegó otro oficial de las Waffen SS para tomar el mando en cuanto jefe del estado mayor del grupo de ejércitos. Se trataba del *Brigadeführer* (“general de brigada”) Lammerding, antiguo comandante de la división de *Panzer* Das Reich de las SS. A pesar de ser un oficial respetado, tenía poca experiencia en lo referente al estado mayor, y ningún gusto para las negociaciones. Mientras tanto, el avance soviético en Schneidemühl los obligó a trasladar el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula hacia el norte, a Falkenburg. La ciudad que le había servido de sede y que Hitler había considerado un bastión junto con Poznan se abandonó a su suerte, con ocho batallones de Volkssturm, un puñado de ingenieros y cierta artillería defensiva. Seguía en pie la consigna del Führer: “Un soldado alemán nunca se retirará de donde ha estado una vez”38.

Un batallón pomeranio de laVolkssturm que se dirigía a Schneidemühl desde Stolp se cruzó con el tren *Steiermark* de Himmler. El batallón —si es que se le podía llamar así— estaba dirigido por el barón Jesko von Puttkamer, el terrateniente que había amenazado al ventrudo oficial nazi. Al igual que sus oficiales, ataviados con uniformes de la primera guerra mundial, había rescatado las vetustas pistolas empleadas en aquella contienda. Sus hombres, granjeros y tenderos en su mayoría, iban desarmados por completo e identificados tan sólo con brazaletes de la Volkssturm. Se suponía que recibirían armas una vez llegados a Schneidemühl. De súbito, el tren se vio atacado por los tanques soviéticos. El maquinista logró detenerlo y dar marcha atrás con una notable rapidez.

Una vez fuera de peligro, Puttkamer ordenó a sus hombres que salieran del tren y volvió con ellos a Stolp a través de una capa de nieve que los cubría hasta las rodillas, para lo cual colocó en la vanguardia a los más fuertes con el fin de que fueran allanando el camino a los demás. Se negaba a

[*] Al final de la ópera de Puccini, Tosca se arroja al vacío para no caer en manos de los soldados que pretenden apresarla. (N. del t.)

que los matasen por nada. A su regreso, los habitantes lo recibieron con los honores propios de un héroe en la Stephansplatz, delante del ayuntamiento. Con todo, el barón se retiró a su casa, herido en lo más íntimo, y se quitó el viejo uniforme, que había caído en deshonra “por culpa de estos Hitlers y Himmlers”39.

5
La carga sobre el Oder

Berlín parecía sumida en un estado de "histeria y desintegración" al llegar la última semana de enero[1]. Cada noche había dos alarmas de ataque aéreo, una a las ocho y otra a las once. Los refugiados provenientes de los territorios orientales relataban historias terribles acerca del destino de los que habían sido capturados por el Ejército Rojo. Hungría, el último aliado de Alemania en los Balcanes, se había puesto a todas luces de parte de la Unión Soviética, y los rumores que corrían acerca del rápido avance de los ejércitos blindados soviéticos llevaban a los ciudadanos a predecir que el frente oriental se estaba desmoronando. Los soldados rasos albergaban la esperanza de que el enemigo se limitase a fusilar a los oficiales y a los miembros de las SS, en tanto que los obreros y funcionarios de menor rango trataban de convencerse de que los rusos no les harían daño alguno.

Las noticias más precisas acerca de la situación del frente occidental llegaban de forma poco oficial a través de los empleados del ferrocarril. Estos sabían a menudo cuánto había avanzado el enemigo antes incluso que el estado mayor general. Cada vez eran más los alemanes que asumían el riesgo de sintonizar la BBC para enterarse del transcurso de los acontecimientos. En el caso de que algún vecino los denunciase a la Gestapo, se enfrentaban a una temporada en los campos de concentración. Con todo, muchos leales de Hitler y Goebbels seguían creyendo de modo apasionado y a pies juntillas lo que decían las noticias de la "Promi", la Propaganda Ministerium.

El transporte público aún no funcionaba, y los ciudadanos seguían esforzándose en llegar un día tras otro a trabajar por entre las ruinas; aunque cada vez eran más los que se las ingeniaban para dormir en apartamentos cercanos a sus lugares de trabajo. El saco de dormir se había convertido en uno de los artículos personales más indispensables. También se hacían cada vez más necesarios los catres para los familiares y amigos que llegaban huyendo del este o que habían quedado sin hogar en Berlín a resultas de los bombardeos. Los que estaban bien relacionados discutían las diferentes formas de escapar de la capital, convencidos por los rumores que hablaban de terratenientes fusilados por las buenas en Prusia Oriental a manos de los soldados soviéticos de que las clases altas se hallaban en conjunto en el punto de mira del enemigo. La propaganda soviética había apuntado casi con la misma intensidad a la erradicación del "militarismo de los Junker" y a la del nacionalsocialismo.

Los que pretendían salir de la ciudad debían andarse con ojo, por cuanto Goebbels había declarado que abandonar Berlín sin permiso equivalía a la deserción. En primer lugar, necesitaban un permiso de viaje, que no podía obtenerse sino alegando un trabajo de carácter esencial fuera de la capital.

A muchos de los que habían de trasladarse por un motivo oficial verdadero, sus colegas solían aconsejarles, llenos de envidia y en tono confidencial: "No vuelvas. Quédate allí"[2]. Casi todos soñaban con buscar asilo en un rincón rural tranquilo de los que aún poseían granjas bien aprovisionadas. Algunos coqueteaban incluso con la idea de comprar un pasaporte falso, por lo que los diplomáticos extranjeros no tardaron en adquirir de pronto una gran celebridad. Los miembros de los ministerios tuvieron mucha suerte, pues fueron evacuados hacia el sur durante las semanas siguientes[3].

Lo más amenazador de todo era la oleada de ejecuciones que estaban llevando a cabo las SS por órdenes de Himmler. El 23 de enero, mientras el Ejército Rojo abría una brecha en las antiguas fronteras del Reich, morían ejecutados en la prisión de Plötzensee varios miembros de la resistencia alemana vinculados a la conspiración de julio. Entre las víc timas se hallaban el conde Helmuth James von Moltke, Eugen Bolz y Erwin Planck, hijo del premio Nobel de física Max Planck [4].

La nueva consigna de Goebbels ("Vamos a vencer porque tenemos que vencer") provocó reacciones de desprecio y desesperación entre los no nazis, aunque a la mayoría de los alemanes ni

siquiera se le pasó por la cabeza ponerla en entredicho. Aun a despecho de que entonces sólo los más fanáticos creían en la "victoria final", muchos seguían aferrándose a esta idea porque no podían imaginar ninguna otra situación. La estrategia de la implacable propaganda de Goebbels se había consagrado, desde el momento en que la guerra en el este se había vuelto en contra de Alemania, a minar cualquier pensamiento de que existiese alguna elección o alternativa.

Goebbels, en calidad tanto de comisario del Reich para la defensa de Berlín como de ministro de Propaganda, se hallaba como pez en el agua en cuanto principal apóstol de la guerra total: visitaba a las tropas, pronunciaba discursos, pasaba revista en los desfiles de la Volkssturm y arengaba a sus miembros. La población, por lo general, llevaba mucho sin ver a Hitler, que había desaparecido de los noticiarios; lo único que habían oído de él los ciudadanos era la última emisión radiofónica, la del 30 de enero, día en que se celebraban los doce años de gobierno nazi. La voz del Führer había perdido toda su fuerza y sonaba diferente por completo. No era de extrañar, en consecuencia, que circulasen tantos rumores que lo daban por muerto o prisionero. Al pueblo no se le había dicho si se encontraba en Berchtesgaden o en Berlín, y en tanto que Goebbels visitaba a las víctimas de los bombardeos y se hacía así merecedor de una considerable popularidad, Hitler se negaba siquiera a mirar a su capital, seriamente dañada.

Su invisibilidad se debía en parte a su propia renuncia a la vida pública y en parte a la dificultad de ocultar los cambios drásticos que se hacían notar en su aspecto. Los oficiales del estado mayor que visitaban el bún ker de la Cancillería del Reich y llevaban sin verlo desde antes de la explosión del 20 de julio quedaban conmocionados. "En ocasiones adoptaba una postura tan encorvada —refiere el comandante Freytag von Loringhoven— que parecía estar jorobado"5. Sus ojos, antaño brillantes, se habían apagado, y su pálido semblante tenía un tono ceniciento. Entraba a la sala de reuniones arrastrando la pierna izquierda y daba la mano apenas sin fuerza. A menudo sostenía con la derecha la mano izquierda a fin de encubrir un ligero temblor. A pocos meses de su quincuagésimo sexto cumpleaños, el Führer tenía la apariencia de un anciano senil. Tampoco conservaba la sorprendente capacidad para reparar en los detalles y manejar las estadísticas de que se había servido para convertir en sumisos a los reticentes. Lejos de divertirse como acostumbraba enfrentando entre sí a sus seguidores, en aquellos momentos se creía rodeado por la traición.

Los oficiales del estado mayor general se daban perfecta cuenta de la atmósfera en contra del ejército cuando hacían su visita diaria al búnker procedentes de Zossen. A la llegada del amplio "Mercedes" de Guderian, los centinelas de las SS saludaban presentando armas a sus ocupantes, pero una vez en el interior, él y sus ayudantes debían entregar sus maletines para que los registrasen. Entonces se les retiraban las pistolas, y los recién llegados debían permanecer en pie mientras los guardias de las SS examinaban el contorno de sus uniformes con mirada experta en busca de bultos sospechosos.

Los oficiales del ejército también debían acordarse antes de entrar en la Cancillería del Reich de que se había prohibido saludar a la manera tradicional. Todos los miembros de la Wehrmacht debían servirse del "saludo alemán", tal como se conocía a la salva nazi. Muchos se sorprendían llevándose la mano a la gorra y se apresuraban acto seguido a extender todo el brazo. Freytag von Loringhoven, por ejemplo, no se encontraba precisamente cómodo ante tal entorno: su pre decesor había sido colgado por tomar parte en la conspiración de julio, y su primo el coronel barón Freytag von Loringhoven, también implicado, había acabado por suicidarse.

La Cancillería del Reich estaba casi vacía, pues se habían retirado todos los cuadros, tapices y muebles. Los techos tenían grietas enormes, las ventanas rotas estaban tapadas con maderos y los tabiques de contrachapado mostraban los peores daños producidos por las bombas. No hacía mucho que Freytag se había sorprendido al ver, en uno de los amplios corredores de mármol que desembocaban en la sala destinada a discutir el estado de la guerra, a dos jóvenes ataviadas con caros vestidos y peinadas con permanente. Tan frívola elegancia le resultó hasta tal punto fuera de lugar en aquel entorno, que no pudo menos de volverse a su compañero, el asistente de Keitel, y preguntarle quiénes eran. "Esa es Eva Braun". "¿Quién es Eva Braun¿". "La amante del Führer. —El asistente sonrió ante su estupor—. Y la otra es su hermana, que está casada con Fegelein"6.

Los oficiales de la Wehrmacht adscritos a la Cancillería del Reich mantenían una discreción absoluta al respecto. Casi nadie del exterior había oído hablar de ella, lo que incluía también a los miembros del cuartel general del alto mando del ejército en Zossen, que visitaban el edificio con regularidad.

Freytag conocía sin duda a Fegelein, oficial de enlace de Himmler. Lo consideraba “un ricachón espantoso de marcado acento de Múnich, aires arrogantes y muy mala educación”. Tenía por costumbre inmiscuirse en la conversación de los generales y meter las narices en todas partes. Con todo, a pesar de la profunda antipatía que le profesaba, Freytag hizo acopio de coraje para pedirle un favor. Un amigo suyo había sido uno de los muchos detenidos tras la conspiración de julio y seguía confinado en el sótano del cuartel general de la Gestapo. Tras asegurar a Fegelein que estaba persuadido casi por completo de que su amigo no había tenido nada que ver con la confabulación, le rogó que intentase al menos averiguar cuáles eran los cargos que se le imputaban. Ante su sorpresa, Fegelein se mostró dispuesto a estudiar el caso, y poco después su amigo se hallaba en libertad.

Como oficial de caballería de las SS y militar galardonado con la Cruz de Caballero por combatir a los guerrilleros en Yugoslavia, Fegelein estaba prendado de su aspecto atractivo y de una reputación no del todo buena. Gustaba, a todas luces, de hacer uso de sus muchas influencias, lo que se debía en parte a su posición de representante de Himmler y también a su proximidad al dictador. Había llegado a mantener una estrecha relación con Eva Braun, con la que bailaba y montaba a caballo. Algunos incluso les suponían una aventura, si bien se trataba de algo improbable, pues ella profesaba una verdadera devoción a Hitler y él era demasiado ambicioso para arriesgarse a coquetear con la amante del Führer. El 3 de junio de 1944, en vísperas de la invasión de los Aliados, Hitler había sido el principal testigo en los desposorios de Fegelein y Gretl, la hermana menor de Eva, lo que situaba a éste en la posición más cercana a un matrimonio dinástico en que podía hallarse nadie bajo el nacionalsocialismo.

La corte de Hitler, de marcado carácter militar, lograba ser a un tiempo austera en la superficie y profundamente corrupta, una contradicción que la retórica de la abnegación no se veía capaz de ocultar. La incompetencia y el caos que reinaban entre los señores de la guerra y los funcionarios del partido, inmersos en una constante rivalidad, se encubrían merced a una falsa unidad propiciada por la lealtad que profesaban a su dios ideológico. La mentalidad de este grupo, a despecho de sus uniformes militares, sus saludos y las dos veces que se reunían al día para discutir la situación del conflicto, no podía estar más alejada de la realidad que se vivía en el frente. Y mientras que la salud de Hitler se deterioraba a la vista de todos, las intrigas y rivalidades por escalar posiciones aumentaban a medida que se desmoronaba el Reich. Goering, Goebbels, Himmler y Bormann se veían a sí mismos como sucesores del Führer. Tal vez la simple idea de que el mundo estaba dispuesto a aceptar algún tipo de sucesión en el seno del Tercer Reich, en el supuesto de que a éste le quedase algún territorio, sirva para hacerse una idea de hasta dónde llegaba la fantasía de los dirigentes nazis.

Cuando tocaba a su fin la tercera semana de enero, el primer frente ucraniano del mariscal Konev irrumpió en Silesia tras capturar Cracovia y Radom. Con la intención de conservar las minas y las fábricas del lugar, tal como había indicado Stalin, Konev decidió iniciar una maniobra semienvolvente de la región industrial y minera que se extendía desde Katowice hasta Ratibor y dejar una ruta de escape a las fuerzas alemanas que quedaban en la zona. El tercer ejército blindado de guardias, que se había puesto en camino hacia Breslau, efectuó por orden del mariscal un marcado giro a la derecha para dirigirse a Oppeln siguiendo la margen oriental del Oder. Como si estuviese organizando una gran cacería, Konev hizo avanzar a los ejércitos 21º, 59º y 6º con el fin de expulsar a los alemanes.

La noche del 27 de enero, las divisiones del 17º ejército alemán se retiraron para huir en dirección al Oder. Fue entonces cuando el tercer ejército blindado de guardias del general Ribalko hizo uso de sus cañones y bloqueó a muchas de ellas contra el paisaje cubierto de nieve. Los

tanques soviéticos iban camuflados, por extraño que pueda parecer, con tul blanco procedente de la reserva incautada en una fábrica textil silesia que se suponía consagrada a la guerra total 7.

El "oro" de Stalin se mantuvo intacto durante los dos días siguientes. La operación resultó desastrosa para Alemania, tal como había advertido Guderian. Las previsiones de Speer relativas a la producción de armamento, que había presentado tan sólo dos semanas antes a los comandantes de cuerpos de ejército en Krampnitz, se habían ido al traste. El mismo lo reconoció, y predijo que Alemania podría resistir unas cuantas semanas a lo sumo. La pérdida de las minas, sumada a la de los altos hornos y las fábricas, constituyó con toda probabilidad un golpe más duro para la producción de Alemania que todos los bombardeos que habían llevado a cabo los Aliados en la región industrial del Ruhr durante los dos últimos años.

Quizá la parte más sorprendente de la operación fuera el hecho de que el cuartel general del Führer autorizase la retirada alemana. Hitler se había deshecho del general Harpe para poner en su lugar a su comandante favorito, el general Schörner, nazi convencido que tenía por lema: "La fuerza se consigue con el miedo", y que sólo se mostraba satisfecho cuando sus soldados temían más a sus castigos que al enemigo 8.

El 17º ejército se las arregló para retirarse, aunque fueron relativamente pocos las mujeres y los niños que lograron escapar de la Alta Silesia. Muchos, sobre todo ancianos, ni siquiera pudieron elegir. En ocasiones, las viudas se negaban a abandonar la tumba de su esposo, en tanto que otros civiles no querían salir de las granjas que habían sido propiedad de su familia durante generaciones. Tenían el convencimiento de que si se marchaban era para no volver a verlas jamás. Una mujer sueca que había logrado abrirse paso por entre las líneas soviéticas en una carreta refirió a los miembros de la embajada de su país que, si bien los soldados rusos "se habían comportado de un modo correcto" en algunos lugares, las historias difundidas por la propaganda nazi eran ciertas en su mayoría 9. Añadió, empero, que no le extrañaba a juzgar por el modo en que se habían comportado los alemanes en Rusia. Los soldados soviéticos se mostraban igual de implacables cuando sospechaban de la existencia de "guerrilleros". Los oficiales de cierta compañía de fusileros, al descubrir muerto en una de las calles de determinada aldea a un soldado ruso que la patrullaba, "ordenaron a sus hombres que liquidasen a todos los habitantes del lugar".

La rapidez con que avanzaba el primer frente ucraniano no estuvo exenta de problemas para las autoridades soviéticas. Los regimientos de fusileros del NKVD encargados de reprimir las zonas de retaguardia hubieron de entablar batalla, en ocasiones, con las unidades alemanas sorteadas por los que iban en cabeza. En estos casos, habían de reorganizarse enseguida, lo que a menudo les obligaba a consultar el libro de instrucciones del Ejército Rojo. El general Karpov, al mando de la división de fusileros de la NKVD que seguía a los combatientes, se quejó el 26 de enero a Meshik, jefe del NKVD en ese frente, de que, a causa de lo precipitado del avance, sus tres regimientos "no bastaban en absoluto para cubrir una zona tan accidentada como ésta y con áreas de bosque tan extensas"10. Iban a necesitar un número aún mayor de soldados y vehículos si querían custodiar las líneas de comunicación y los depósitos cuando cruzasen el Oder.

En el centro de las fuerzas capitaneadas por Konev, entre tanto, el 5º de guardias, ayudado por el caos que había provocado en los alemanes la maniobra de barrido de Rybalko, logró tomar el control de una cabeza de puente del Oder, cerca de Ohlau, entre Breslau y Oppeln. Por su parte, el 4º ejército blindado de guardias de Lelyushenko, a la derecha, se hizo con otra de la margen occidental del río, cerca de Steineau y al noreste de Breslau, aun cuando la primera de estas poblaciones contaba con la feroz defensa de los suboficiales de una escuela cercana. Los hombres de sus carros de combate, al parecer, habían empleado bien su tiempo antes de que comenzase la ofensiva del Vístula. Lelyushenko les había proporcionado un entrenamiento intensivo con una serie de tanques Tiger capturados durante el otoño anterior, y su artillería, elemento que no solía ser el punto fuerte de las formaciones blin dadas del Ejército Rojo, había mejorado. En ese momento se dedicaron a practicar tiro al blanco con los vapores que bajaban a favor de la corriente desde Breslau.

Los alemanes, mientras tanto, enviaban a toda prisa la 16ª división de infantería a fin de reforzar las defensas de la capital silesia, que el cuartel general del Führer había denominado "la fortaleza

Breslau". Al saber que las tropas soviéticas se habían establecido en la cabeza de puente de Steinau, Hitler ordenó a los generales Von Saucken y Nehring que contraatacasen de inmediato, aun a pesar de que sus soldados no habían tenido tiempo de recuperarse ni reponer sus pertrechos desde su arriesgada salida de Polonia.

Hubiese o no refugiados alemanes de Breslau en los vapores hundidos por los tanques de Lelyushenko, el caso es que el destino de las mujeres y los niños que habían salido de la ciudad a pie durante una evacuación acuciada por el pánico resultó terrible 11. Los hombres que a esas alturas no estaban sirviendo en la Wehrmacht se vieron reclutados por la Volkssturm y recibieron órdenes de defender la población. Por ende, sus esposas hubieron de valerse por sí mismas en todo momento de su huida. No se oía otra cosa que los altavoces de las furgonetas que instaban a los habitantes a abandonar la ciudad. Sobreponiéndose al miedo, las madres que no lograron hacerse con una plaza en los trenes abarrotados tomaron las precauciones necesarias para cuidar de sus hijos de más corta edad, como el llenar un termo con leche caliente y arropar a sus criaturas para mantenerlas tan abrigadas como fuera posible. Llevaban a sus espaldas mochilas con leche en polvo y otros alimentos, y en cualquier caso, esperaban, a tenor de lo anunciado, que la organización de bienestar social del Partido Nazi, la NSV hubiese dispuesto algún tipo de ayuda a lo largo del camino.

Llegadas a las afueras de Breslau, sin embargo, las mujeres se encontraron con que las habían dejado solas. De la ciudad salían muy pocos vehícu los motorizados, por lo que no fueron muchas las que tuvieron la suerte de poder subirse a uno. Las carreteras estaban cubiertas por una gruesa capa de nieve, y al final, las mujeres tuvieron que abandonar los cochecitos y tomar en brazos a sus pequeños. Tampoco tardaron en darse cuenta de que, a causa del viento helado, el contenido de los termos había acabado por enfriarse. Por consiguiente, sólo había una forma de alimentar a los hambrientos bebés, aunque resultaba imposible dar con un lugar resguardado en el que amamantarlos: todas las casas estaban cerradas a cal y canto, ya abandonadas, ya ocupadas por gentes que se negaban a abrir la puerta a nadie. Desesperadas, algunas madres dieron el pecho a sus hijos al abrigo de un cobertizo o de cualquier otra protección contra el viento. Sin embargo, estos intentos no solucionaban nada, pues además de que el niño no lactaba, la temperatura corporal de la madre descendía de un modo peligroso. Algunas sufrían incluso congelación de las mamas. Cierta joven describía asimismo, en una carta a su madre en la que la informaba de la muerte por hipotermia de su propio hijo, el destino de otras madres: algunas lloraban inclinadas sobre un bulto de ropa en el que se hallaba el cadáver helado de su bebé; otras permanecían sentadas en la nieve, apoyadas contra un árbol de la orilla del camino y rodeadas de niños algo mayores que, de pie, gimoteaban por el miedo, sin saber siquiera si su madre estaba inconsciente o muerta. Con temperaturas tan bajas, no era mucha la diferencia entre ambos estados.

El primer frente bielorruso de Zhukov, mientras tanto, había avanzado a una velocidad aún mayor en dirección noroeste. El mariscal ordenó a sus ejércitos blindados que evitasen las zonas de resistencia y avanzaran entre setenta y cien kilómetros diarios 12. No obstante, Stalin le telefoneó el 25 de enero por la tarde para indicarle que debía frenar la marcha. "Cuando lleguéis al Oder —le dijo— estaréis a más de ciento cin cuenta kilómetros del 2º frente bielorruso. No puedes hacerlo ahora; debes esperar a que [Rokossovsky] ponga fin a las operaciones que lleva a cabo en Prusia Oriental y despliegue a sus hombres a través del Vístula"13. A Stalin le preocupaba un posible contraataque al flanco derecho de Zhukov proveniente de las tropas alemanas apostadas en la línea costera pomerana, una zona conocida por "el balcón del Báltico". El mariscal rogó a Stalin que lo dejase continuar, dado que si esperaban otros diez días a que Rokossovsky hubiese terminado en Prusia Oriental, no harían sino conceder a los alemanes tiempo para enviar a sus hombres a la línea fortificada de Meseritz. A regañadientes, Stalin acabó por acceder, aunque seguía sin estar convencido.

Los ejércitos de Zhukov se hallaban cruzando la región que los nazis habían llamado Wartheland, la zona de Polonia occidental de la que se habían apoderado tras su invasión de 1939.

Su *Gauleiter*, Arthur Greiser, era un racista incalificable aun comparado con los extremos que resultaban normales entre los nazis. Su provincia de Warthegau había sido escenario de los desahucios más brutales que puedan imaginarse. Más de setecientos mil polacos lo perdieron todo, tanto posesiones como hogares, que fueron a parar a colonos *Volksdeutsch* procedentes de la Europa central y la del sudeste[*]. Desposeídos de sus bienes, los polacos se habían visto arrojados al gobierno general sin cobijo, alimentos ni esperanza alguna de encontrar un trabajo. El trato que recibieron los judíos fue aún peor. Más de ciento sesenta mil hubieron de realizar trabajos forzados en el diminuto gueto de Lodz 14. Los que no murieron de hambre acabaron por ser recluidos en campos de concentración. Cuando los tanques soviéticos irrumpieron en la ciudad tan sólo quedaban con vida ochocientos cincuenta.

El deseo de venganza de los polacos era tal que Serov, jefe del NKVD en el primer frente bielorruso, llegó a quejarse a Beria porque interfería en la obtención de datos por parte del servicio de espionaje. “La tropa del primer ejército polaco trata a los alemanes con especial severidad —le escribió—. A menudo los oficiales y soldados alemanes capturados ni siquiera llegan a las zonas destinadas a recluir a los prisioneros. Los fusilan por el camino. En el sector del 2º regimiento de infantería, perteneciente a la 1ª división de infantería, se capturó, verbigracia, a ochenta alemanes. De éstos, sólo dos llegaron a la zona de confinamiento; el resto había sido ejecutado. El mando del regimiento hizo algunas preguntas a los supervivientes, pero cuando los envió a su oficial de inteligencia para que los interrogase, los fusilaron antes de llegar a él”15.

La decisión tomada por Zhukov de forzar el avance con sus dos ejércitos blindados acabó por merecer la pena. Los alemanes no tuvieron siquiera la oportunidad de organizar una línea defensiva. A la derecha avanzaban los ejércitos de choque 3º, 47º y 61º así como el primer ejército polaco, en paralelo al Vístula y en dirección a la zona comprendida entre Bromberg y Schleidemühl con el fin de proteger el flanco descubierto. En el centro, el 2º ejército blindado de guardias de Bogdanov no dejaba de avanzar, seguido del 5º ejército de choque de Berzarin. A la izquierda, por fin, el primer ejército blindado de guardias de Katukov se dirigía a Poznan. Sin embargo, esta última población no era como Lodz: al llegar allí el 25 de enero, Katukov pudo comprobar que no había modo de capturarla sobre la marcha, por lo que siguió adelante tal como había ordenado Zhukov. Dejó Poznan en manos de Chuikov, que le seguía de cerca con el 8º ejército de guardias. Este hecho pareció no gustarle, lo que, a todas luces, no hizo sino aumentar la antipatía que profesaba a Zhukov.

El *Gauleiter* Greiser había huido de la capital de su provincia, a semejanza de Koch en Prusia Oriental, tras ordenar a todo el mundo que resistiese. Se había negado a permitir la evacuación de ningún civil hasta el 20 de enero, por lo que no fueron pocas las zonas en las que no pudo escapar más de la mitad de la población. Vasily Grossman, de nuevo adscrito al 8º ejército de guardias de Chuikov, podía notar cada vez con mayor claridad “a los civiles alemanes que nos observaban en secreto desde detrás de sus cortinas”16.

En el exterior había mucho que observar: “La infantería avanza con toda clase de vehículos tirados por caballos —anotó Grossman en su cuaderno—. Los muchachos fuman *majorka*, comen, beben y juegan a las cartas. Por nuestro lado pasa un convoy de carretas decoradas con alfombras. Sus conductores están sentados sobre colchones de plumas. Los soldados ya no comen sus raciones militares, sino cerdo, pavo y pollo. Por vez primera pueden verse rostros sonrosados y bien alimentados”. “Los civiles alemanes, a los que ya han alcanzado nuestros destacamentos blindados en vanguardia, se han dado la vuelta y están regresando en estos momentos. Los polacos, que aprovechan la menor oportunidad para robarles, les propinan una buena paliza antes de quitarles los caballos”. Al igual que la mayoría de los ciudadanos soviéticos, Grossman tenía poca idea de lo que había sucedido en realidad durante 1939 y 1940, y por consiguiente, de las razones que tenían los polacos para odiar hasta tales extremos a los alemanes. El tratado secreto firmado por Stalin y Hitler para dividirse el país se había ocultado en la Unión Soviética merced a una falta total de noticias al respecto.

---

[*] *Volksdeutsch*: “extranjeros de cultura y lengua alemanas”. (*N. del t.*

Grossman no guardaba en el tintero nada de lo que pasaba, por desagradable que fuese, aun sabiendo que nunca podría publicarlas: “Había aquí doscientas cincuenta de nuestras muchachas que los alemanes habían traído del *oblast* de Voroshilovgrado, del de Járkov y del de Kiev. El jefe del departamento político del ejército decía que las habían dejado casi sin ropa, cubiertas de pulgas y con los vientres hinchados del hambre. Sin embargo, un miembro del periódico del ejército me ha confiado que las jóvenes estaban bastante limpias y bien vestidas hasta que llegaron nuestros soldados y las despojaron de todo lo que poseían”.

El escritor no tardó en descubrir hasta qué punto se aprovechaban de la situación los soldados del Ejército Rojo: “Las muchachas soviéticas liberadas se quejan a menudo de que nuestros soldados las violan —anotó—. Una de ellas me dijo entre lágrimas: “Era un hombre mayor, más que mi padre”“. De cualquier manera, Grossman se negaba a creer los peores actos de los *frontoviki*: “Los soldados de primera línea de combate avanzan día y noche bajo el fuego, con el corazón puro y santo. Los miembros del escalón que los sigue son los que violan, se emborrachan y saquean lo que encuentran a su paso”.

Las batallas que se entablaban en las calles de Poznan no eran sino un anticipo de lo que les esperaba en Berlín. Grossman, que había pasado un tiempo considerable en Stalingrado durante la batalla, tenía interés en ver lo que pensaba hacer Chuikov, quien había acuñado la expresión de “la academia de lucha callejera de Stalingrado”. “El principio más importante que se siguió en Stalingrado —observó Grossman— consistió en desbaratar el equilibrio entre el poder de la maquinaria y la vulnerabilidad de la infantería. Sin embargo, ahora, las circunstancias han colocado al académico Chuikov en una situación muy semejante a la de aquella ciudad, sólo que con los papeles invertidos. Está atacando a los alemanes con violencia en las calles de Poznan, sirviéndose de una enorme fuerza mecánica y muy poca infantería”.

El novelista pasó algún tiempo con el general durante la batalla de Poznan. “Chuikov se halla sentado en una habitación fría y bien iluminada situada en la segunda planta de una casa de campo requisada. El teléfono no deja de sonar. Los mandos de las diversas unidades que luchan en las calles de Poznan no hacen más que llamar para informar de la situación”. Entre una llamada y otra, Chuikov no cesaba de jactarse de cómo había “aplastado las defensas alemanas alrededor de Varsovia”17.

“Chuikov atiende al teléfono, mira el mapa y dice: “Lo siento; voy a tener que ponerme las gafas”“.s Su rostro severo resultaba extraño con aquellos anteojos. “Lee el informe, ríe entre dientes y da unos golpecitos en la nariz a su asistente con un lápiz” 18. (Cuando estaba furioso con algún oficial, prefería emplear el puño, y no precisamente para dar golpecitos, según un miembro de su estado mayor)19. “Entonces espeta a voz en cuello a quien está al teléfono: “Si intentan avanzar hacia el oeste, dejaremos que salgan a campo abierto para aplastarlos como a cucarachas. No hay quien los libre de la muerte: no tienen escapatoria”“.

“Resulta en verdad sorprendente —señaló sarcástico el general en una de las burlas con que acostumbraba zaherir a Zhukov—, teniendo en cuenta nuestra experiencia bélica y nuestra maravillosa inteligencia, que pasásemos por alto un pequeño detalle. No sabíamos que en Poznan hubiera una fortaleza de primera clase, una de las más fuertes de Europa. Pensábamos que era una ciudad fácil de tomar sobre la marcha, y lo vamos a pagar caro”.

En tanto que Chuikov quedaba atrás para encargarse de la fortaleza de Poznan, el resto de sus hombres y el primer ejército blindado de guardias avanzaban hasta el frente situado al este del Oder. Su principal problema no era la resistencia alemana, sino sus líneas de suministros. Las vías férreas habían sido destruidas por los alemanes que se batían en retirada y, además, el ancho de vía de Polonia era diferente del empleado en la Unión Soviética. Como consecuencia, el aprovisionamiento dependía de los camiones, Studebaker estadounidenses en su mayoría. Resulta significativo el que apenas haya historiadores rusos dispuestos a admitir que, de no ser por los vehículos proporcionados por la Ley de Préstamo y Arriendo, el del Ejército Rojo habría sido mucho más lento, y los Aliados occidentales habrían tal vez llegado a Berlín antes que sus hombres.

Casi todos los soldados soviéticos tienen bien grabado en la memoria el momento en que cruzaron lo que había sido la frontera alemana antes de 1939. “Salimos en formación de un bosque —recuerda el teniente superior Klochkov, que a la sazón se hallaba en el tercer ejército de choque—, y vimos una placa clavada a un poste que rezaba: “Aquí tenéis a la dichosa Alemania”. Según entramos en el territorio del Reich de Hitler, los soldados comenzaron a mirar a todos lados con curiosidad. Las aldeas alemanas eran, en muchos sentidos, diferentes de las polacas. La mayoría de las casas estaba construida de ladrillo y piedra, y en sus jardincillos crecían árboles frutales podados con gran esmero. Las carreteras eran buenas”[20]. Klochkov, como la mayor parte de sus compatriotas, no se hacía una idea de por qué los alemanes, “que no eran precisamente gente irreflexiva”, habían arriesgado tantas vidas prósperas y tranquilas para invadir la Unión Soviética.

Más adelante, en la misma carretera que llevaba a la capital del Reich, Vasily Grossman acompañaba a parte del 8º ejército de guardias, enviado desde Poznan con el fin de que marchase en primer lugar. El departamento político había colocado pancartas al lado del camino en las que podía leerse: “¡Temblad, fascistas alemanes! ¡Ha llegado el día del juicio!”[21].

El escritor se hallaba entre ellos cuando saquearon la ciudad de Schwerin y anotó con lápiz en una libretita todo lo que vio: “No hay nada que no sea pasto de las llamas... Una anciana salta desde la ventana de un edificio devorado por el fuego... Los soldados saquean cuanto pueden... La noche está iluminada porque todo está ardiendo... En el despacho del comandante [de la ciudad], una mujer vestida de negro y con los labios muertos habla en un tono débil, casi en un susurro. Con ella hay una niña que tiene cardenales en el cuello y la cara, un ojo hinchado y terribles magulladuras en las manos. La ha violado un soldado de la compañía de señales del cuartel general, también presente; un hombre de rostro rechoncho y rubicundo y aspecto somnoliento. El comandante los está interrogando a todos”[22].

Grossman pudo ver asimismo “el horror que asomaba a los ojos de mujeres y niñas... Las mujeres alemanas están viviendo experiencias terribles. Un hombre culto relata con gestos expresivos y balbuciendo palabras en ruso que su esposa había sido violada por diez hombres ese día... Las muchachas soviéticas liberadas de los campos de concentración también están sufriendo sobremanera. Anoche algunas se escondieron en la sala habilitada para los corresponsales. A mitad de la noche nos despiertan unos gritos: uno de los corresponsales no ha podido contenerse. Después de una animada discusión, se restablece el orden”. El novelista anotó entonces lo que había oído acerca de una joven madre a la que no paraban de violar en el cobertizo de una granja. Sus familiares acudieron para rogar a los soldados que la dejasen descansar a fin de que pudiera amamantar a su hijo, que no dejaba de llorar. Todo esto sucedía al lado de un cuartel general y ante los ojos de los oficiales que se suponían responsables de la disciplina.

El martes, 30 de enero, el día que Hitler se dirigió por última vez a su pueblo, el ejército alemán se dio cuenta de súbito de que la amenaza que se cernía sobre Berlín era aún mayor de lo que había temido. Las unidades de Zhukov que iban en cabeza no sólo habían penetrado sin gran dificultad en la zona defensiva de Meseritz, sino que se hallaban lo bastante cerca del Oder para alcanzarlo con sus disparos. A las siete y media de la mañana, el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula oyó que la carretera de Landsberg estaba “llena de tanques enemigos”, por lo que hizo despegar con urgencia varios aviones de reconocimiento [23].

Himmler había insistido en enviar por tren un batallón de tanques Tiger, sin ningún otro apoyo, con objeto de restablecer la situación. Las protestas de su estado mayor cayeron en saco roto, dado que el *Reichsführer* de las SS tenía el firme convencimiento de que un batallón de Tiger se bastaba para derrotar a todo un ejército blindado soviético. Aquellos monstruos de cincuenta toneladas se hallaban aún sujetos a sus plataformas ferroviarias cuando se vieron atacados por tres o cuatro tanques del Ejército Rojo. El batallón sufrió pérdidas considerables antes de que el tren lograra retirarse a Krüstin a la carrera. Himmler quería someter a su comandante a un consejo de guerra, hasta que lo persuadieron por fin de que un tanque Tiger sujeto a un vagón no se hallaba en una buena posición para luchar [24].

Durante este tiempo de crisis extrema, Himmler imitó la orden *Ni un paso atrás* dictada por Stalin en 1942, bien que su versión no tuviese exactamente el mismo tono. Llevaba por nombre *Tod und Strafe für Pflichtvergessenheit* ("Muerte y castigo a todo el que no cumpla con su deber"), y acababa con una nota que pretendía ser edificante: "Después de severos procesos de varias semanas de duración —aseguraba—, llegará el día en que los territorios alemanes sean libres de nuevo"25. Otra orden prohibía a las mujeres, so pena de rigurosos castigos, dar de comer a los soldados en retirada, y en una de las órdenes diarias dadas al grupo de ejércitos del Vístula declaraba: "Dios, nuestro Señor, nunca ha abandonado a nuestro pueblo y siempre ha ayudado al valiente en las horas de mayor necesidad"26. Un aserto del que cabe dudar, tanto desde el punto de vista histórico como desde el teológico.

Consciente de que se estaba extendiendo a gran velocidad la noticia de la huida de algunos oficiales superiores nazis, en especial de las de los *Gauleiter* Koch y Greiser, Himm ler decidió dar ejemplo con un escalafón más bajo, y anunció, el mismo día en que publicó las otras órdenes, la ejecución del director de policía de Bromberg por abandonar su puesto. Un *Bürgermeister* que había "dejado su ciudad sin que fuese dada una orden de evacuación" fue ajusticiado en la horca a las tres de la tarde en Schwedt, a orillas del Oder, pocos días después 27.

Este duodécimo aniversario del régimen de Hitler coincidía con el segundo de la derrota en Stalingrado. Beria estaba al tanto de la conversación que habían mantenido el mariscal de campo Paulus, el general Strecker (el comandante que más resistió en el distrito industrial) y el general Von Seydlitz, recogida por micrófonos ocultos en su celda.

"Los generales alemanes capturados se encuentran muy abatidos", según referían los informes recibidos por Beria. Les había horrorizado el discurso pronunciado por Churchill en la Cámara de los Comunes hacía seis semanas. En él, el primer ministro británico apoyaba la propuesta de Stalin de que debía compensarse a Polonia con la anexión de Prusia Oriental y otros territorios. Los generales alemanes pensaban que su posición en el movimiento de liberación de Alemania controlado por los soviéticos se había tornado imposible. "En este sentido, los nazis conservan una postura más positiva que nosotros —reconoció el mariscal de campo—, dado que se aferran al territorio alemán con la intención de preservar su integridad".

Incluso el general Von Seydlitz, que había propuesto la evacuación por aire de prisioneros de guerra alemanes opuestos al régimen nazi con la intención de iniciar una revolución en el interior del Reich, era de la opinión de que "el desmembramiento de tierras alemanas para crear una barrera de seguridad es un acto inicuo". Todos los generales prisioneros comenzaban a darse cuenta de que la Unión Soviética acababa de usar a la Liga Antinazi de Oficiales Alemanes para sus propios fines.

—Me atormenta una terrible inquietud —señaló Seydlitz—, y no hago más que preguntarme si hemos elegido el camino correcto. —El régimen nazi le había motejado de "el traidor Seydlitz", amén de condenarlo a muerte *in absentia*.

—Lo único que preocupa en estos momentos a Hitler —sentenció Paulus— es cómo obligar al pueblo alemán a que haga nuevos sacrificios. La historia nunca ha visto a la mentira convertida en una arma tan poderosa en el terreno de la diplomacia y la política. A los alemanes nos ha engañado de un modo ladino un hombre que ha usurpado el poder.

—¿Qué ha hecho a Dios sentirse tan enojado con Alemania —terció Strecker— para enviarnos a Hitler? ¿Tan innoble es el pueblo alemán? ¿Merece de verdad tal castigo?

—Hace dos años de la catástrofe de Stalingrado —dijo Paulus—, y en estos momentos, toda Alemania se está convirtiendo en un gigantesco Stalingrado 28.

Las amenazas y exhortaciones de Himmler no hicieron nada por salvar la situación. Aquella misma noche llegaron al Oder los batallones de fusileros soviéticos al mando del coronel Esipenko, comandante sustituto de la 89ª división de guardias fusileros, cruzaron su helada superficie

amparados por la oscuridad y se desplegaron para formar una pequeña cabeza de puente poco más al norte de Küstrin.

Los hombres del 5º ejército de choque acaudillado por Berzarin lograron lo que Zhukov describió como “una apabullante sorpresa” al entrar en la ciudad de Kienitz avanzada la mañana del domingo, 31 de enero. “Los soldados alemanes recorrían con calma las calles de la población, y los restaurantes estaban llenos de oficiales. Los trenes que iban a Berlín aún no llevaban retraso, y las líneas telefónicas funcionaban en su totalidad” 29. La Cancillería del Reich se erigía a tan sólo cien kiló metros de distancia. El jefe de estación se acercó al coronel Esipenko para preguntarle si permitiría que partiese el tren a Berlín. El oficial soviético le respondió con igual gravedad que los servicios se interrumpirían durante un breve período, es decir, hasta el final de la guerra.

Ese mismo día, poco más al sur de Küstrin, el entusiasta coronel Gusakovsky cruzó el Oder con su 44ª brigada blindada de guardias para formar otra cabeza de puente, acción que le reportó una segunda medalla de oro en cuanto héroe de la Unión Soviética. Los soldados rusos de ambas cabezas de puente se dispusieron enseguida a cavar trincheras en el helado suelo pantanoso del Oderbruch, el terreno aluvial situado entre el río y las cumbres de Seelow, al tiempo que se enviaban con urgencia regimientos de artillería con la misión de respaldarlos. Esperaban encontrarse con un contraataque tan veloz como iracundo; pero los alemanes se hallaban tan conmocionados por lo sucedido —Goebbels seguía empeñado en hacer creer a todos que la guerra no había pasado aún de las cercanías de Varsovia— que les llevó tiempo responder con las suficientes fuerzas de tierra. Los bombarderos Focke-Wulf, empero, volaban sobre el Oder a la mañana siguiente, bombardeando las trincheras recién construidas y las posiciones de los cañones antitanque. La división antiaérea soviética que se había prometido no llegó hasta tres días después, de manera que los hombres de Chuikov, que iban dejando sus huellas sobre la delgada capa de hielo que cubría el río, resultaban vulnerables en extremo. De cualquier manera, se las arreglaron para deslizar los cañones antitanque por mediación de esquís y defender de este modo sus posiciones.

Las noticias acerca de las cabezas de puente soviéticas dispuestas en el Oder conmocionaron a la población civil del lugar en igual medida que a los soldados. Walter Beier (el joven que se había librado de que la Feldgendarmerie lo sacara del tren que provenía de Prusia Oriental cargado de soldados de permiso) disfrutaba de sus últimos días en casa, en la pequeña aldea de Buchsmühlenweg, entre Küstrin y Frankfurt del Oder. “La felicidad no duró mucho en el seno de la familia”, anotó. La noche del 2 de febrero llegó corriendo un vecino muy agitado para anunciar que en un robledal situado a poco más de quinientos metros se habían apostado unos ochocientos rusos 30.

En la zona no había tropa alguna, a excepción de un puñado de compañías de la Volkssturm armadas con fusiles y un par de bazucas, que, comandadas por un anciano director de colegio, se mantenían a una distancia prudente del enemigo. Pudieron observar a varios francotiradores rusos subidos a los robles. Desde Frankfurt se envió a toda prisa un batallón de alarma de caucasianos antisoviéticos reforzado con algunos alemanes procedentes del 6º regimiento fortaleza. Un oficial asignó a Beier, como soldado de primera línea de frente, el mando de uno de los grupos.

Mientras Beier observaba el bosque con sus hombres desde una zanja, uno de los caucasianos apuntó hacia los rusos y declaró en un alemán muy rudimentario: “Tú no disparas; nosotros no disparamos allí. No disparamos a los camaradas”. Beier informó de esto a sus superiores, que desarmaron a los caucasianos y los enviaron desde la línea del frente a cavar trincheras. Su destino, una vez capturados por el Ejército Rojo, no fue menos cruel por el hecho de haber renunciado a abrir fuego contra sus compatriotas.

A este heterogéneo grupo alemán se le unió un grupo muy joven de soldados bisoños de la división Feldherrnhalle de Panzergrenadier de las SS. La mayor parte de sus miembros se hallaba entre los dieciséis y los dieciocho años. Comenzaron a emplear sus morteros contra el robledal, uno de los pocos bosques de hoja caduca de los alrededores. Eran unos trescientos cincuenta e iban vestidos con una mezcla abigarrada de uniformes. Algunos llevaban cascos de acero; otros, quepis,

y otros, gorra con visera. Muchos no tenían otra cosa que sus uniformes de las Juventudes Hitlerianas. Se sentían orgullosos en extremo de su labor, pese a que no eran pocos los que ni siquiera podían levantar del suelo una caja llena de munición y apenas eran capaces de sostener sus fusiles contra el hombro de forma adecuada, dado que las culatas eran demasiado largas en comparación con sus brazos. Desde el primer asalto, los tiradores soviéticos los fueron derribando uno a uno con puntería certera. El comandante de la unidad cayó muerto cuando una bala le atravesó la cabeza. Sólo un puñado de ellos regresó con vida.

Beier logró deslizarse hasta la casa de sus padres para encontrarse con que habían convertido el sótano en un improvisado hospital de campaña y que todas las sábanas estaban rasgadas a fin de hacer vendajes.

Llegaron refuerzos de mayor calibre para atacar la cabeza de puente en tanto que los hombres de Chuikov avanzaban con la intención de apoderarse del canal de Reitwein, accidente que rodeaba todo el Oderbruch y la vertiente occidental de las cumbres de Seelow. El 2 de febrero, el 50º batallón de morteros pesados de las SS se dirigió al norte, hacia el borde de la cabeza de puente, y lanzó catorce mil proyectiles durante tres días con sus noches. También acudió un batallón del regimiento Kurmark de *Panzer*. El 4 de febrero, el batallón al que acababan de equipar de nuevo con tanques Panther, recibió órdenes de atacar el Reitwen Spur desde su extremo meridional. Los tanques, sin embargo, fracasaron de un modo estrepitoso, debido a que, tal como habían predicho los meteorólogos, se había iniciado el deshielo, lo que hizo que resbalaran sobre las laderas embarradas.

Las noticias que informaban de que el Ejército Rojo había cruzado el Oder conmocionaron a Berlín. "*Stalin ante portas!* —escribió en su diario Wilfred von Oven, agregado de prensa de Goebbels, el 1 de febrero—. Este es el grito de alarma que recorre como la pólvora la capital del Reich"31.

La retórica nacionalsocialista se tornó fanática, cuando no histérica. Se hizo desfilar al regimiento de guardias de la división Grossdeutschland, a cuyos miembros se dijo que debían volver a capturar las cabezas de puente del Oder para el Führer. Los autobuses urbanos de Berlín los llevaron hasta Seelow, ciudad que daba al Oderbruch 32.

Asimismo, se formó una nueva división de las SS, que fue bautizada como 30. Januar en honor al duodécimo aniversario de la toma de poder de los nazis. La médula de esta unidad estaba constituida por veteranos de las SS, aunque muchos de ellos eran heridos convalecientes. Eberhard Baumgart, antiguo miembro de la Leibstandarte de las SS que se hallaba en un campo de recuperación, recibió órdenes de desfilar junto con otros inválidos de la escuadrilla. Un teniente les habló de la nueva división, que tenía por objeto defender la capital del Reich y necesitaba de veteranos endurecidos por la guerra. Les pidió que se alistasen en calidad de voluntarios y repitió a voz en cuello el lema de las SS que había ideado Himmler: *Unsere Ehre heisst Treue, Kameraden!* ("¡Nuestro honor se llama lealtad, compañeros!")33.

Las muestras de fanatismo como ésta eran cada vez menos frecuentes, tal como reconocieron alarmados los miembros de mayor antigüedad. El 12 de febrero, el teniente Berger informó a Himmler de que su organización se estaba haciendo sumamente impopular tanto entre la población civil como entre los soldados, a quienes molestaba su "entera falta de camaradería". El ejército, según concluyó, "ya no se habla con las SS"34.

Tampoco los voluntarios de las SS lograron mantener su entusiasmo inicial a medida que se acercaban al Oderbruch, una deprimente extensión de campos anegados y diques. "¡Esto es el fin del mundo!", anunció uno de los destinados a la 30. Januar. La desesperanza se hizo aún más pronunciada cuando supieron que la nueva formación no contaba con tanques ni con cañones de asalto. "Esto no es una división —señaló el mismo soldado—, sino un montón de retales cosidos a la carrera". A causa de sus heridas aún sin curar, a Baumgart lo pusieron a hacer de oficinista en el cuartel general de la división, establecido en una alquería requisada. La joven esposa del granjero —cuyo marido se hallaba sirviendo en cualquier otro punto de Alemania— observó aturdida cómo

sacaban los muebles de su salón para instalar teléfonos de campaña y máquinas de escribir. Los nuevos ocupantes, empero, no tardaron en descubrir que el tejado de aquel edificio constituía un blanco visible para la artillería soviética.

Baumgart se encontró a sí mismo encorvado frente a una máquina de escribir, mecanografiando a duras penas informes de las entrevistas que había mantenido con tres desertores del Ejército Rojo. Al parecer, habían decidido pasarse al bando alemán tras haberse visto obligados a vadear las heladas aguas del Oder con el comandante de su división a hombros para evitar que se mojase. Los intérpretes del Volga con que contaba el cuartel general de la división le leyeron más tarde los artículos recogidos en los ejemplares capturados del *Pravda*. El comunicado que recogían al final de la conferencia de Yalta exponía lo que los Aliados pretendían hacer con Alemania. La idea de la derrota horrorizaba a Baumgart y sus camaradas. "¡No nos queda otro remedio que ganar!", se dijeron.

El 9 de febrero de 1945, el general antisoviético renegado Andrey Vlasov envió a la batalla, animado por Himmler, a su batallón de seguridad. Esta unidad rusa, parte de la división Döberitz, atacó a la 23ª división de fusileros en la cabeza de puente situada al norte de Küstrin. El batallón de guardias de Vlasov luchó bien, aun a pesar de que su intento no llevó a ninguna parte. El relato de la propaganda alemana describía a sus hombres como combatientes henchidos de "entusiasmo y fanatismo", que habían demostrado ser expertos en la lucha a corta distancia 35. Supuestamente, las unidades alemanas les atribuyeron con admiración el sobrenombre de Panzerknacker ("destrozatanques"), aunque esta afirmación bien puede ser obra de un famoso periodista metido a propagandista. Su comandante, el coronel Zajarov, y cuatro de sus hombres recibieron la Cruz de Hierro de segunda clase, y el mismísimo *Reichsführer* de las SS envió un mensaje de felicitación a Vlasov con "saludos de camarada", dado que su batallón de guardias había "luchado excepcionalmente bien"36.

Tales muestras de favor a hombres que poco antes habían sido catalogados y tratados como *Untermenschen* ("infrahumanos") constituye un buen indicio de hasta dónde llegaba la desesperación de los nazis, si bien cabe recordar que Hitler seguía sin aprobarlas. El 12 de febrero, Goebbels recibió a una delegación de cosacos "en calidad de primeros voluntarios de nuestro lado en la batalla contra el bolchevismo". Incluso se les invitó a una botella de *Weissbier* ("cerveza rubia") en su despacho. El ministro de Propaganda habló de ellos en tono elogioso como "un pueblo de granjeros—guerreros amantes de la libertad". Por desgracia, los métodos de amor a la libertad que pusieron en práctica en la Italia septentrional no proporcionaron a Berlín sino quejas de parte del consejero alemán de Asuntos Civiles acerca de la forma en que trataban a la población en el distrito de Friul. Los cosacos, sin embargo, negaron tener nada que ver con Vlasov y sus ideas de la vieja supremacía rusa, tal como hizo la mayoría de voluntarios de las SS pertenecientes a las minorías nacionales.

La respuesta del Führer al decidido avance de las brigadas de tanques soviéticas hacia Berlín había consistido en ordenar la formación de una división Parzerjagd, aunque, como sucedía a menudo a los nazis, el impresionante nombre de esta organización concebida para destruir tanques no se correspondía con la realidad, pues consistía en compañías de bicicletas formadas sobre todo de miembros de las Juventudes Hitlerianas 37. Cada uno de los ciclistas llevaba dos lanzagranadas antitanque sujetos a ambos lados de la rueda delantera y al manillar. Se daba por hecho que aquellos muchachos eran capaces de desmontar en un instante, listos para entrar en acción contra un T-34 o un tanque Stalin. Ni siquiera los japoneses enviaban a sus camicaces a la batalla montados en bicicleta.

Himmler hablaba de las bazucas como si se tratase de otra arma milagrosa comparable al V-2 y afirmaba que eran prodigiosos a la hora de luchar a corta distancia contra los tanques; sin embargo, cualquier soldado en su sano juicio habría preferido una arma de 88 milímetros para desafiar a los tanques a una distancia de medio kilómetro. El jefe de las SS se mostraba al borde de la apoplejía

ante los rumores que aseguraban que el *Panzer*faust no era capaz de atravesar el blindaje de los carros enemigos. Esa historia, en su opinión, era "ein absoluter Schwindel"38.*

Con el enemigo a tan poca distancia, parece ser que el alto mando nazi había empezado a considerar la posibilidad de suicidarse. El cuartel general del *Gau* de Berlín hizo pública una orden según la cual debía concederse prioridad absoluta a los "dirigentes políticos" a la hora de expedir permisos de armas 39. Por otra parte, un alto ejecutivo de cierta compañía farmacéutica refirió a Ursula von Kardorff y a una de sus amistades que había aparecido un "faisán dorado" en su laboratorio en busca de veneno para la Cancillería del Reich 40.

Hitler y los que lo rodeaban se encontraban, al fin, más cerca de la violencia de la guerra que ellos mismos habían provocado. La venganza por las recientes ejecuciones de presos relacionados con la conspiración de julio llegó de forma inesperada cuando aún no habían pasado dos semanas de los ajusticiamientos. La mañana del 3 de febrero, la ciudad fue víctima de ataques protagonizados por las fuerzas aéreas estadounidenses con una violencia inusitada, que provocaron la muerte de unos tres mil berlineses. El distrito en que se hallaban las redacciones de los periódicos quedó destruido casi por completo, al igual que sucedió a otras zonas de Berlín. Las bombas aliadas también hicieron blanco en objetivos nazis, como la Cancillería del Reich o la del Partido. Tanto el cuartel general de la Gestapo, situado en la Prinz—Albrechtstrasse, como el Tribunal del Pueblo quedaron seriamente dañados. Roland Freisler, presidente de esta última entidad, que había gritado a los acusados de la conspiración de julio, murió aplastado en el sótano del edificio. Las noticias animaron en cierta medida a los abatidos círculos de resistencia, bien que los rumores de que se habían minado los campos de concentración y las prisiones los hicieron preocuparse aún más por los amigos y familiares que sufrían reclusión. Sólo les quedaba la esperanza de que Himmler quisiera emplearlos como moneda de cambio. Martin Bormann escribió en su diario el día del ataque aéreo: "Afectados por los bombardeos: la nueva Cancillería del Reich, los mismísimos aposentos de Hitler, el comedor, los jardines de invierno y la Cancillería del Partido"41. Al parecer, no le preocupaba nada que no fuesen los monumentos del nazismo. Tampoco menciona a las víctimas civiles.

El acontecimiento más importante del martes, 6 de febrero, fue, a juzgar por su diario, el cumpleaños de Eva Braun. Según parece, Hitler se hallaba "de un humor excelente" mientras la observaba bailando con otros. Como de costumbre, Bormann se reunió en privado con Kaltenbrunner. El 7 de febrero, el *Gauleiter* Koch, al que a todas luces habían perdonado la huida de Königsberg después de haber ordenado que fusilasen a todo aquel que abandonara su puesto, entabló ciertas discusiones con Hitler. Aquella noche, Bormann cenó en casa de los Fegelein. Uno de los invitados era Heinrich Himmler, a quien pretendían destruir los dos dirigentes y Kaltenbrunner. La situación en el frente era desastrosa, aunque eso no fue óbice para que Himmler se sintiese, a despecho de su posición como comandante supremo del grupo de ejércitos del Vístula, capaz de relajarse lejos de su cuartel general. Acabada la cena, Bormann y Fegelein hablaron con Eva Braun. Probablemente trataron de su salida de Berlín, pues Hitler la quería fuera de peligro. La noche siguiente, ella organizó una pequeña fiesta de despedida para Hitler, Bormann y los Fegelein. Al día siguiente, viernes, 9 de febrero, partió hacia Berchtesgaden por la noche, junto con su hermana Gretl Fegelein. Hitler se aseguró de que Bormann las escoltaba en el tren.

Este último, *Reichsleiter* del Partido Nacionalsocialista, cuyos *Gauleiters* habían impedido en la mayoría de los casos la evacuación de mujeres y niños hasta que ya era demasiado tarde, no menciona en su diario estas huidas aterrorizadas de las regiones orientales. La incompetencia con la que trataron la crisis de los refugiados resulta escalofriante, aunque en el caso de la jerarquía nazi no siempre es fácil determinar dónde acababa lo irresponsable y comenzaba lo inhumano. En un informe del 10 de febrero acerca del estado de la evacuación cayeron de súbito en la cuenta de que, habida cuenta de los ochocientos mil civiles que quedaban aún por ser rescatados en el litoral báltico y los trenes y barcos de que disponían, capaces de transportar una media de mil personas,

* ("Un completo embuste". (N del t.).

“[n]o disponemos de suficientes embarcaciones, equipos rodantes ni vehículos”[42]. Con todo, nadie parecía haberse planteado que los dirigentes nazis renunciaran a sus “trenes especiales”.

6
Oriente y Occidente

La mañana del 2 de febrero, en el mismo momento en que se lanzaban los primeros contraataques alemanes contra las cabezas de puente del Oder, llegaba a Malta el buque *Quincy* de la armada estadounidense. “El crucero en que navegaba el presidente —escribió Churchill— entró majestuoso echando vapor” en el gran puerto de La Valeta, “marcado por la guerra”. El primer ministro británico subió a bordo para saludar a Roosevelt. Aunque él no advirtió que el presidente estuviese enfermo, sus colegas no pudieron menos de estremecerse al ver su aspecto agotado.

Pese al tono amistoso, si no afectuoso, del encuentro de ambos mandatarios, Anthony Eden, secretario de Asuntos Exteriores de Churchill, se mostraba preocupado. La tensión entre los Aliados occidentales a raíz de la invasión de Alemania desde el oeste había ido en aumento, y en ese momento estaban a punto de volar hacia Yalta, en Crimea, para decidir con Stalin cómo quedaría tras la contienda el mapa de la Europa central. A este respecto se hallaban también divididos, en tanto que el dirigente soviético sabía con exactitud qué era lo que quería. A Churchill y Eden les preocupaba sobremodo la independencia de Polonia; por su parte, Roosevelt tenía por objetivo prioritario el establecimiento de una Organización de Naciones Unidas para el mundo de posguerra.

El presidente y el primer ministro despegaron en aviones separados en la madrugada del 3 de febrero. Escoltados por cazas Mustang de largo alcance, y sin luces de cabina que pudiesen delatar su posición, volaron hacia el este en dirección al mar Negro acompañados de una flota de aeroplanos de transporte que llevaban a las dos delegaciones. Llegaron a Saki, cerca de Eupatoria, tras un viaje de siete horas y media, para encontrarse con Molotov y Vyshinsky, antiguo fiscal de procesos organizados con fines propagandísticos convertido a la sazón en ministro adjunto de Asuntos Exteriores. Stalin, que sufría de un terrible miedo a volar, no llegó hasta la mañana siguiente, la del domingo, 4 de febrero, procedente de Moscú en el vagón de tren verde que solía emplear y que conservaba aún parte de la decoración modernista de tiempos del zar.

Los jefes del estado mayor norteamericano se alojaron en el antiguo palacio zarista. El general George C. Marshall se encontró con que le habían destinado el dormitorio de la zarina; éste contaba con una escalera secreta que, según se decía, acostumbraba usar Rasputin. Los británicos, por su parte, se hallaban en el castillo de Alupka del príncipe Vorontsov, una extravagante construcción de mediados del siglo XIX, de estilo entre moruno y señorial escocés. Al presidente Roosevelt lo aposentaron, a fin de ahorrarle más viajes, en el palacio de Livadia, escenario del grueso de las negociaciones[1]. Tan destrozada había quedado Crimea durante los enfrentamientos y la retirada alemana que las autoridades soviéticas habían tenido que efectuar obras mayores, incluida la completa instalación de cañerías nuevas, para hacer habitables los palacios. En medio de los terribles daños provocados por la guerra, no escatimaron esfuerzo alguno para atender a sus invitados con banquetes de caviar y champán caucasiano. Churchill no pudo resistirse a la tentación de otorgar a estos fantasmales palacios costeros de verano el nombre de “la Riviera del Hades”[2]. Ni siquiera él sospechaba que todas las habitaciones contaban con micrófonos ocultos. El NKVD había llegado incluso a servirse de dispositivos direccionales para oír todo lo que se dijera en los jardines.

Stalin visitó aquella tarde al primer ministro británico, ansioso por dar la impresión de que el Ejército Rojo no tardaría en llegar a Berlín. Después fue a presentar sus respetos al presidente Roosevelt. Con él adoptó un tono más respetuoso y cambió por completo su versión de los hechos.

El dictador ruso hizo hincapié en el vigor de la resistencia alemana y las dificultades que estaba teniendo su ejército para cruzar el río Oder. Roosevelt estaba seguro de que era él, y no Churchill,

quien sabía cómo manejar al dirigente soviético, y Stalin no dejó escapar la oportunidad que se le brindaba en este sentido. El presidente creía que lo único que había de hacer era ganarse su confianza, algo que Churchill nunca podría lograr. Por ende, llegó incluso a admitir sin ambages sus desacuerdos con los británicos en lo referente a la estrategia que debían seguir para invadir Alemania. Cuando sugirió que Eisenhower debería tener un contacto directo con la *Stavka*, Stalin no dudó en acoger la idea con entusiasmo. Era muy consciente de las ventajas que suponía la franqueza del estadounidense, lograda sin dar gran cosa a cambio.

Los dirigentes estadounidenses tenían otra razón para no oponerse a Stalin: aún no sabían si iba a funcionar la bomba atómica, por lo que querían, de un modo desesperado, arrastrar a su pueblo hacia la guerra contra Japón. Todo apunta a que no se les ocurrió que esto jugaría en favor de Stalin a la hora de repartirse los despojos una vez acabada la guerra.

Durante la primera sesión, que se inició poco después, Stalin propuso en ademán cortés que fuese el presidente Roosevelt el encargado de presidir los encuentros. Llevaba la medalla de héroe de la Unión Soviética prendida en su uniforme de mariscal y los pantalones a rayas remetidos bajo las botas de suave cuero del Cáucaso, unas botas provistas de alzas, dado que el dictador era muy consciente de su corta estatura. De igual manera, procuraba evitar los focos de luz muy intensos, ya que ponían de relieve las picaduras de viruela de su rostro. Todos los retratos oficiales se retocaban a fondo con tal de disimular tales imperfecciones. El informe de la situación proporcionado por el general Antonov, jefe del estado mayor soviético, resultaba impresionante; pero, tanto sus homólogos estadounidenses como los británicos, opinaban que no era tan detallado como debiera. Sospechaban, sobre todo los últimos, que la información que compartían los Aliados tenía un solo sentido. Antonov sostuvo asimismo que la fecha de su gran ofensiva se había adelantado con el fin de poder ayudar a los ejércitos de Estados Unidos y Gran Bretaña. Por su parte, el general Marshall subrayó el efecto que estaban teniendo los bombardeos aliados en relación con la industria bélica, las comunicaciones ferroviarias y las reservas de combustible de los alemanes, así como la importancia de los recientes logros de la Unión Soviética en este sentido. El tono de la reunión se tornó casi desagradable cuando Stalin dio la vuelta de modo deliberado a lo que había dicho Churchill, lo que hizo intervenir a Roosevelt.

Aquella noche, durante la cena, la atmósfera, en general amigable, se volvió a ver amenazada a causa de los comentarios soviéticos que demostraban un total desprecio hacia los derechos de las naciones pequeñas. Roosevelt, con la esperanza de poder aligerar la tensión, confió a Stalin que en su país lo conocían de forma popular como *Uncle Joe* ("el tío Pepe"), pero el dirigente soviético, al que sus propios diplomáticos, según saltaba a la vista, no habían informado nunca de este hecho, se mostró ofendido por lo que consideraba un apodo vulgar y poco respetuoso. En esta ocasión, fue Churchill quien terció para salvar la situación proponiendo un brindis por los Tres Grandes, una autofelicitación que sabía que Stalin no dudaría en responder. Con todo, éste aprovechó la nueva oportunidad que se le brindaba para reafirmarse en su convicción de que los Tres Grandes decidirían el destino del mundo sin que las naciones pequeñas tuviesen derecho a veto. De cualquier manera, ni Roosevelt ni Churchill pararon mientes en esta insinuación.

A la mañana siguiente, lunes, 5 de febrero, los jefes del estado mayor estadounidense y del británico se reunieron con los miembros de la *Stavka*, dirigidos por el general Antonov. Estos últimos en particular querían que se ejerciese una mayor presión en Italia para impedir que las divisiones alemanas se retirasen para mantenerse en activo en Hungría. Esto resultaba perfectamente razonable y lógico por sí mismo, aunque también podía formar parte de la intención de los soviéticos de persuadir a sus aliados a concentrar sus fuerzas en una zona más meridional, bien alejada de Berlín. Sea como fuere, tanto el general Marshall, jefe de la plana mayor del Ejército Estadounidense, como el mariscal de campo sir Alan Brooke, jefe del estado mayor general del Imperio, advirtieron sin tapujos a la *Stavka* de que no podrían impedir el traslado de formaciones alemanas de un frente a otro, aunque sí aumentar los ataques aéreos a los ferrocarriles y centros de comunicación.

Aquella tarde y durante el transcurso del día siguiente se hizo obvio cuál era el quid de la conferencia. La discusión comenzó con el período inmediato al final de la guerra y el tratamiento

que se daría a la Alemania derrotada. Se calculaba que la victoria se haría realidad en cualquier momento después del verano. Roosevelt habló acerca de la Comisión Asesora Europea y las futuras zonas de ocupación. Stalin dejó bien claro que quería que se desmembrase por completo a Alemania. Entonces, el presidente estadounidense anunció sin previo aviso que las tropas de su país no permanecerían más de dos años en Europa tras la rendición alemana. Churchill quedó horrorizado en su fuero interno, pues este hecho no haría sino alentar a Stalin para que se tornase aún más obstinado, y Europa, devastada por la guerra, bien podía resultar demasiado débil para resistir ante el desorden comunista.

Stalin también puso fuera de toda duda que pretendía desmantelar la industria alemana a modo de pago inicial, en especie, de los diez mil millones de dólares que exigía la Unión Soviética en concepto de indemnización. A pesar de que no lo mencionó en la conferencia, las comisiones del gobierno compuestas por contables soviéticos torpemente embutidos en sus nuevos uniformes de coronel seguían con pormenor el avance de cada uno de los ejércitos, con el cometido de asegurarse de que se confiscaba "de forma sistemática la industria y la riqueza alemanas"3. Además, el grupo del NKVD destacado en cada uno de los cuarteles generales contaba con un equipo especializado en abrir cajas de caudales, que actuaba, a ser posible, antes de que un soldado soviético tratase de abrir la puerta con un *Panzer*faust confiscado y destruyera en consecuencia todo lo que hubiese en el interior. Stalin estaba resuelto a hacerse con cada gramo de oro que hallase a su paso.

El único aspecto de las negociaciones que apasionaba tanto a Stalin como a Churchill era Polonia. El debate no se centraba tanto en las futuras fronteras del país como en la composición de su gobierno. Churchill declaró que lograr la total independencia de Polonia, que era precisamente la razón que había llevado a Gran Bretaña a entrar en guerra en septiembre de 1939, constituía una cuestión de honor.

En su respuesta, Stalin se refirió de forma muy indirecta a las cláusulas secretas del pacto firmado por nazis y soviéticos en 1939, que habían permitido a la Unión Soviética invadir y ocupar la parte oriental de Polonia y los estados del Báltico en tanto que los nazis se hacían con la mitad occidental.[*] "Se trata de una cuestión de honor —declaró Stalin poniéndose en pie—, dado que Rusia ha cometido en el pasado muchos pecados en contra de los polacos, pecados por los que el gobierno soviético desea ofrecerles una compensación". Tras tan desvergonzado exordio, habida cuenta de que ya había comenzado la represión soviética de Polonia, Stalin abordó la médula del asunto: "Se trata también de una cuestión de seguridad, pues Polonia representa uno de los más graves problemas estratégicos de la Unión Soviética. A lo largo de la historia, ha servido a modo de corredor a todo aquel enemigo que ha atacado a Rusia". Para evitar esto, según sostenía, Polonia debía ser fuerte. "Esa es la razón por la que la Unión Soviética está interesada en crear una Polonia poderosa, libre e independiente. La cuestión polaca resulta ser una cuestión de vida o muerte para el estado soviético"4. La colosal contradicción existente entre estas dos últimas afirmaciones era más que obvia. A pesar de que nunca lo había reconocido de forma abierta, la Unión Soviética no estaba dispuesta a aceptar nada que no fuese una Polonia subyugada por completo en calidad de zona colchón. Ni Churchill ni Roosevelt fueron capaces de entender por completo la conmoción que supuso la invasión alemana de 1941 ni la determinación por parte de Stalin de no verse nunca más sorprendido por otro enemigo. No es nada descabellado presumir que los orígenes de la guerra fría se hallan en esta experiencia traumática.

Con todo, Churchill se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad cuando Stalin invocó la necesidad de asegurar las líneas de comunicación del Ejército Rojo con vistas a la cada vez más cercana batalla de Berlín. El dirigente soviético jugó sus cartas de un modo muy inteligente. El "gobierno de Varsovia", como él se empecinaba en llamar al régimen provisional de Polonia —frente a estadounidenses y británicos, que seguían refiriéndose a estos comunistas sometidos al

[*] El odio que profesaba Stalin a Polonia se remontaba a la guerra que había mantenido el país con Rusia en 1920, en la que él había recibido duras críticas por su fracaso a la hora de respaldar a Tujachesky durante la batalla del Vístula. Una vez llegado al poder, hizo que se destruyesen todos los documentos relevantes, tal como descubrió su biógrafo, el general Volkogonov, a finales de los ochenta.

control del NKVD como el "gobierno de Lublin"—, ya se hallaba establecido y, según él mantenía, gozaba de una gran popularidad. En lo concerniente a la democracia, negó que el gobierno polaco exiliado en Londres gozara de un respaldo más democrático que el apoyo con el que contaba De Gaulle en Francia. Es difícil saber con toda certeza si Churchill fue capaz de leer entre líneas lo que había callado el dirigente soviético: No debe usted llevarme la contraria en lo que atañe a Polonia, pues he mantenido el control sobre el Partido Comunista francés. Sus líneas de comunicación no se han visto afectadas por la actividad revolucionaria llevada a cabo en Francia por el movimiento de resistencia dominado por los comunistas.

Con la intención de meter aún más el dedo en la llaga en lo referente a las respectivas esferas de influencia, Stalin preguntó con aire nada ingenuo cómo andaban las cosas por Grecia. El dirigente soviético se había comprometido, a tenor del llamado acuerdo de los "porcentajes" al que se había llegado el pasado octubre y que asignaba las esferas de influencia en los Balcanes, a no causar problema alguno en Grecia y respetar el dominio británico sobre aquella zona. En Yalta, Stalin parecía estar apuntando que tanto Polonia como Francia podían considerarse una extensión del sobredicho acuerdo, pero el primer ministro británico no llegó a descifrar el mensaje. Y el mariscal de campo sir Alan Brooke sospechaba que no era, ni mucho menos, lo único que Churchill había pasado por alto.

Stalin no dejó en ningún momento que se relajara la tensión del encuentro. Aseguró que los polacos habían matado a doscientos doce soldados soviéticos. Churchill se vio obligado a reconocer que los ataques sufridos por el Ejército Rojo procedentes de la resistencia anticomunista de Polonia, la Armia Krajowa, resultaban por entero inaceptables. El primer ministro no sabía que los regimientos del NKVD encargados de la seguridad de la zona de retaguardia eran en la mayoría de los casos los agresores, pues arrestaban a cualquier miembro del movimiento clandestino y se valían en ocasiones de la tortura para obligarlos a revelar los nombres de otros compañeros o el lugar en que se encontraban los depósitos de armas. Roosevelt, que a todas luces se hallaba demasiado enfermo y agotado para intervenir, no pudo hacer otra cosa que insistir en que se celebraran elecciones libres en Polonia, una esperanza vana, por cuanto toda la maquinaria se hallaba en manos de los soviéticos. Su principal ayudante, Harry Hopkins, calculaba que Roosevelt no debía de haber asimilado más de la mitad de lo que se había dicho.

Stalin estaba convencido de haber ganado. En cuanto los delegados soviéticos creyeron que no había nada más que pusiese en peligro su dominio de Polonia, abandonaron de súbito su oposición al sistema de votos propuesto por los estadounidenses para la Organización de Naciones Unidas. El otro gran objetivo de éstos, el de lograr que Stalin se comprometiese a entrar en guerra con Japón, se alcanzó durante una reunión privada el 8 de febrero.

El dirigente soviético no demostró ser un vencedor benevolente. Cuando Churchill le participó en el transcurso de otro encuentro sus miedos de que un cambio tan radical en las fronteras polacas a expensas de Alemania provocase enormes trastornos a la población, Stalin respondió que ese hecho no constituía problema alguno, y se refirió en tono triunfal a la gigantesca ola de refugiados alemanes que huía del Ejército Rojo.

El 13 de febrero, dos días después de que concluyera la conferencia de Yalta, vino a ratificarse el poder soviético por la caída de Budapest. El final de la batalla, que había resultado terrible para la ciudad, estuvo marcado por una orgía de asesinatos, saqueos, destrucción y violaciones 5. Con todo, Hitler seguía teniendo la intención de contraatacar en Hungría con el 6º ejército de Panzer de las SS. Tenía la esperanza de aplastar al tercer frente ucraniano del mariscal Tolbujin, aunque se comportaba simplemente como el jugador compulsivo que lanza sobre el tapete las últimas fichas que le quedan, las que le habían sobrado de la ofensiva de las Ardenas.

Aquella noche, los británicos bombardearon Dresde. A la mañana siguiente, que resultó ser Miércoles de Ceniza, las fuerzas aéreas estadounidenses siguieron su ejemplo y atacaron varios objetivos menores. Se pretendía así cumplir de forma rápida la promesa hecha a la *Stavka* de entorpecer los movimientos de las tropas alemanas mediante la eliminación de las comunicaciones

ferroviarias. El hecho de que aquella semana se hubiesen lanzado ciento ochenta ataques con bombas V-1 sobre Inglaterra, lo que suponía la cifra más elevada hasta la fecha, no ayudó precisamente a ablandar los corazones de los que habían planeado la ofensiva. Dresde, ciudad sajona de belleza exquisita, no había sufrido bombardeos serios hasta entonces. Sus habitantes solían decir medio en broma que Churchill tenía una tía en la ciudad y que ésa era la razón por la que se había respetado el lugar. Sin embargo, los ataques de los días 13 y 14 de febrero fueron despiadados. El efecto fue, en cierto sentido, comparable al de la tormenta de fuego caída sobre Hamburgo, si bien la población de Dresde había aumentado de forma considerable debido a la llegada de hasta trescientos mil refugiados provenientes del este. De hecho, en la principal estación de la ciudad permanecían detenidos varios trenes llenos de pasajeros. Lo trágico es que, en lugar de soldados que atravesaban Dresde en dirección al frente, tal como había asegurado el servicio soviético de espionaje militar, se trataba de civiles que huían en sentido opuesto.

Goebbels, al parecer, tembló de ira al oír las noticias y quiso ejecutar a tantos prisioneros de guerra como civiles habían muerto en el ataque 6. La idea resultó atractiva al Führer: una medida tan extrema equivaldría a romper en pedazos la Convención de Ginebra ante los ojos de los Aliados occidentales y obligaría a sus tropas a luchar hasta el final. No obstante, el general Jodl, respaldado por Ribbentrop, el mariscal de campo Keitel y el gran almirante Dönitz, acabó por persuadirlo de que una escalada de terror como ésa no haría sino empeorar las cosas para Alemania. Goebbels, empero, sacó cuanto pudo de este “ataque terrorífico”. A los soldados que tenían familiares en la ciudad se les concedió un permiso especial 7. Hans-Dietrich Genscher recuerda a algunos de los que volvían de su visita. Todos se mostraban reacios a hablar de lo que habían visto.

La rapidez con que avanzaban estadounidenses y británicos en el frente occidental no era en nada comparable a la del Ejército Rojo. La batalla por Renania, que había comenzado durante las conversaciones de Yalta, se desarrollaba también de forma lenta y pausada. Eisenhower no tenía prisa alguna. Estaba persuadido de que la crecida de primavera convertiría al Rin en un obstáculo infranqueable hasta principios de mayo 8. Aún hubieron de pasar otras seis semanas antes de que todos sus ejércitos estuviesen disponibles en la margen occidental del río. Sólo la milagrosa captura del puente de Remagen intacto permitió acelerar el plan.

Eisenhower se hallaba muy irritado por las continuas críticas vertidas por los británicos sobre su metódica estrategia de frente ancho. Churchill, Brooke y el mariscal de campo Montgomery preferían efectuar un avance reforzado dirigido a Berlín. Los movían razones meramente políticas, pues capturar la ciudad antes de que llegase el Ejército Rojo contribuiría a restaurar el equilibrio de poder con Stalin. Con todo, en el plano militar estaban también convencidos de que la toma de la capital del Reich supondría el mayor golpe psicológico que podían asestar a la resistencia alemana y ayudaría a acortar la guerra. Los argumentos británicos en favor de una embestida única hacia el corazón de Alemania, empero, no se vieron precisamente respaldados por la actitud del insufrible mariscal de campo Montgomery. A finales de la primera semana de enero, había intentado atribuirse un mérito mayor del que le correspondía en relación con la derrota de la ofensiva alemana en las Ardenas. Esta metedura de pata, que resultaba tan falta de tacto como desagradable, hizo montar en cólera, como era de esperar, a los generales estadounidenses y dejó a Churchill en una situación harto bochornosa, por lo que no ayudó en absoluto a persuadir a Eisenhower de la conveniencia de que el mariscal de campo dirigiese una ofensiva de tal magnitud a través de la Alemania septentrional hacia Berlín.

Eisenhower no se cansaba de repetir que, como comandante supremo, no tenía el deber de preocuparse por el mundo de posguerra. Su labor consistía en poner fin a la conflagración de un modo efectivo y con el menor número de víctimas posible. Tenía la impresión de que los británicos estaban dejando que la política de posguerra determinase la estrategia militar. El futuro presidente de Estados Unidos estaba sinceramente agradecido a Stalin por los esfuerzos que estaba llevando a cabo por adelantar la fecha de la ofensiva de enero, aun cuando no tenía conciencia alguna de la intención secreta de Stalin de asegurarse el control de Polonia antes de la conferencia de Yalta.

Lo único que no deseaban los políticos de Estados Unidos era provocar a Stalin en ningún sentido. John G. Winant, embajador estadounidense en Londres, llegó incluso a negarse, al discutir

las zonas de ocupación con la Comisión Asesora Europea, a plantear la cuestión de un corredor de tierra que llegase a Berlín por si echaba a perder las relaciones del embajador soviético. La política de apaciguar a Stalin procedía de lo más alto y contaba con una amplia aceptación. El asesor político de Eisenhower, Robert Murphy, sabía por Roosevelt que “lo más importante es hacer que los rusos confíen en nosotros”. Nada podía resultar más conveniente para el dirigente soviético. La afirmación del presidente: “Puedo manejar a Stalin”, era parte de lo que Murphy reconocía como la “teoría predominante en Estados Unidos” de que la amistad individual podía determinar la política nacional. “Los diplomáticos y diseñadores de políticas rusos nunca actúan según esta tesis”, añadió 9. El ansia de los estadounidenses por que Stalin confiase en ellos los hizo cegarse ante la pregunta de hasta qué punto podían ellos confiar en él. Y estaban tratando con un hombre cuya falta de respeto por toda ley internacional lo había llevado a sugerir con relativa calma que deberían invadir Alemania a través de la neutral Suiza y “desbordar los flancos del enemigo por la barrera occidental”10.

El resentimiento de los soviéticos se debía sobre todo al hecho de que en comparación con ellos los estadounidenses y los británicos hubiesen sufrido tan poco. La Alemania nazi también daba a sus prisioneros un trato diferente por completo del que dispensaba a los que provenían del Ejército Rojo. Un informe del primer frente bielorruso referente a la liberación de un campo de prisioneros de guerra cercano a Torn subrayaba los contrastes que se daban en este sentido. Los estadounidenses, británicos y franceses tenían un aspecto saludable. “Parecían más gente de vacaciones que prisioneros de guerra —declaraba el documento—, mientras que los presos soviéticos estaban escuálidos, envueltos en mantas”11. Los prisioneros de los países occidentales no tenían que trabajar, podían jugar al fútbol e incluso recibían paquetes de comida de la Cruz Roja. Sin embargo, en la otra parte del recinto “habían muerto diecisiete mil prisioneros soviéticos, bien ejecutados, bien a causa del hambre o las enfermedades. El “régimen especial” que se había impuesto a los presos rusos consistía en trescientos gramos de pan de mala calidad y un litro de sopa hecha con raíces podridas al día. A los prisioneros sanos se les obligaba a cavar trincheras, en tanto que los débiles morían ejecutados o enterrados vivos”.

Los encargados de vigilarlos eran “traidores” procedentes del Ejército Rojo, a los que habían reclutado con la promesa de proporcionarles raciones mejores que las de sus compañeros y que trataban a “los prisioneros de guerra soviéticos con mayor crueldad que los propios alemanes”. Se decía que algunos de los guardias eran germanos del Volga. Tenían la costumbre de ordenar a los reclusos que se desnudasen para soltar después a los perros y que los atacaran. Los alemanes, al parecer, habían puesto en marcha una “masiva campaña propagandística” para persuadir a los prisioneros a que se unieran a la ROA, el ejército de antiguos soldados soviéticos con uniforme de la Wehrmacht dirigido por el general Vlasov. “Muchos ucranianos y uzbecos se han vendido a los alemanes”, afirmaba un prisionero, al que se describía como “ex miembro del partido” y “antiguo teniente superior”. Esto se debía a que los miembros del Ejército Rojo se veían despojados de toda posición por el simple hecho de dejar que los hicieran prisioneros.

Entre los castigos que se infligía a los presos soviéticos se incluía el de pasar hasta siete horas haciendo genuflexiones, “lo que destrozaba por completo a las víctimas”. También se les hacía subir y bajar corriendo escaleras que tenían apostados en los rellanos guardias provistos de porras de goma. En otro campo de prisioneros dejaban en invierno a los oficiales heridos bajo duchas frías hasta que morían de hipotermia. Los soldados soviéticos habían de sufrir asimismo el “serrucho hípico”, método de tortura del siglo XVIII que consistía en sujetar con correas a un prisionero a horcajadas sobre un caballete gigantesco. A algunos se les hacía correr para que sirviesen de blanco viviente en las prácticas de tiro llevadas a cabo por los guardias de las SS 12. Otro de los castigos recibía el nombre de *Achtung*! (“¡Atención!”). Consistía en desnudar a un preso soviético y hacer que se arrodillara en campo abierto. A cada lado había cuidadores de perros de ataque dispuestos a soltarlos en el momento en que la víctima dejase de gritar: *Achtung*! *Achtung*! *Achtung*! También se recurría a los perros cuando los prisioneros se derrumbaban después de haber sido obligados a

practicar la “marcha deportiva”, que consistía en realizar el paso de ganso a gran velocidad. Tal vez fueron las noticias acerca de este tipo de castigos las que inspiraron los tormentos similares que se proporcionaban a los presos alemanes capturados por las tropas soviéticas en sus últimos avances. Un prisionero de guerra británico fugado, un piloto de cazas que fue recogido por una unidad del primer frente ucraniano, pudo ver a un joven soldado de las SS al que obligaban a tocar el piano para sus captores rusos. Le habían dejado bien claro mediante gestos que lo ejecutarían en el preciso momento en que dejara de tocar. Logró mantenerse durante dieciséis horas antes de derrumbarse sollozando sobre el teclado. Entonces le dieron una palmada en la espalda, tras lo cual lo arrastraron al exterior para cumplir su amenaza 13.

El Ejército Rojo avanzaba hacia el territorio alemán imbuido de una turbulenta mezcolanza de rabia y alborozo. “Todos parecen tener armónicas alemanas —apuntó Grossman—, un instrumento típicamente soldadesco, por cuanto es el único que puede tocarse con el traqueteo de un vehículo motorizado o una carreta”14. También lloraban a sus camaradas. El soldado de artillería Yakov Zinovievich Aronov cayó cerca de Königsberg el 19 de febrero. Poco antes de su muerte escribió a su familia una carta en el estilo propio de un soldado: “Estamos golpeando y destrozando al enemigo, que retrocede en dirección a su guarida como una bestia herida. Vivo muy bien, y estoy vivo y sano. No pienso en otra cosa que en aplastar al enemigo y regresar a casa con todos vosotros”. Otra de sus cartas resultaba mucho más reveladora, por cuanto estaba dirigida a otro soldado, que por lo tanto podría comprenderlo mejor: “Amo tanto la vida... Y aún no he vivido: tengo tan sólo diecinueve años. Veo a diario la muerte ante mí y lucho contra ella. No dejo de luchar y, por el momento, voy ganando. Pertenezco a una unidad de reconocimiento de artillería, y puedes imaginar cómo es. Te diré, por no extenderme, que corrijo a menudo el fuego de mi batería, y sólo me siento dichoso cuando los proyectiles alcanzan su objetivo”15.

A Aronov lo mataron “una mañana de niebla prusiana”, según escribió su mejor amigo a Irina, la hermana del muchacho fallecido. Los dos habían luchado juntos de Vitebsk a Königsberg. “La guerra, Ira, ha separado a muchos amigos y derramado mucha sangre; pero los camaradas armados nos estamos vengando de las serpientes de Hitler de parte de nuestros hermanos y amigos, vengando su sangre”. Los camaradas de Aronov enterraron su cadáver “en las proximidades del bosque”. Es de suponer que el lugar en que descansan sus restos, como el de muchos otros, se señaló con un palo al que ataron un trapo rojo. Si lo hallaban los zapadores encargados, lo reemplazarían por una plaquita de madera. Había demasiados cuerpos repartidos por un territorio vasto en demasía para que pudiesen volver a enterrar en cementerios.

A los soldados del Ejército Rojo los marcó también el encuentro con esclavos que trataban de regresar a casa. Muchos de éstos eran campesinas con la frente cubierta con pañuelos atados a la cabeza y provistas de polainas improvisadas para calentarse. El capitán Agranenko, el dramaturgo, se cruzó en Prusia Oriental con una carreta cargada de mujeres. Les pidió que se identificasen. “Somos rusas; rusas”, contestaron, henchidas de gozo al oír una voz amiga. El le dio la mano a cada una de ellas, y una de las más ancianas rompió a llorar de súbito. “Es la primera vez en tres años que alguien me da la mano”, declaró16.

Agranenko también se cruzó con “una hermosa mujer de la región de Orel llamada Tatyana Jilchakova”. Regresaba a su hogar con un bebé de dos meses. En el campo de concentración alemán para esclavos en que estaba recluida había conocido a un checo y se había enamorado. Habían intercambiado votos matrimoniales, pero al llegar el Ejército Rojo, él no había dudado en alistarse voluntario para luchar contra los alemanes. “Tatyana no tiene su dirección ni le ha dado a él la suya propia, y es muy poco probable que la guerra vuelva a juntarlos de nuevo”. Con todo, su desgracia no acababa aquí, pues cabía la posibilidad de que al volver a su región natal la hicieran sufrir por haber mantenido relaciones con un extranjero.

Lo que más preocupaba a la *Stavka* a la sazón seguía siendo el amplio corredor existente a través del “balcón del Báltico”, entre el primer frente bielorruso y el flanco izquierdo del 2º frente bielorruso de Rokossovsky. El 6 de febrero, Stalin había telefoneado a Zhukov desde Yalta para

preguntar qué estaba haciendo. El mariscal le respondió que se hallaba en una reunión de mandos del ejército convocada para discutir el avance hasta Berlín desde las nuevas cabezas de puente del Oder. El dirigente le dijo entonces que estaba perdiendo el tiempo: debían hacerse fuertes en el río y después dirigirse hacia el norte para reunirse allí con Rokossovsky.

Chuikov, el comandante del 8º ejército de guardias, que parecía sentirse agraviado por Zhukov desde la batalla de Stalingrado, mostró su desprecio por el poco vigor con que había defendido el avance hasta Berlín, un amargo debate que continuó hasta bien entrada la posguerra. Chuikov sostenía que un ataque rápido a principios de febrero les permitiría hallar sin defensa la capital del Reich. Zhukov y otros, por su parte, pensaban que el agotamiento de los soldados y la seria escasez de suministros, por no hablar de la amenaza de un contraataque desde el norte que se cernía sobre su indefenso flanco derecho, hacía demasiado arriesgada la operación.

En Prusia Oriental, mientras tanto, se había logrado contener a las fuerzas alemanas, pero aún no habían sido derrotadas. Lo que quedaba del 4º ejército, tras el intento fallido de escapada de finales de enero, se veía constreñido en el *Kessel* de Heiligenbeil, con el Frisches Haff a sus espaldas. Su principal respaldo en lo referente a la artillería procedía de los cañones pesados instalados en los cruceros *Admiral Scheer* y *Lützow*, cuyos proyectiles, lanzados desde el Báltico, sobrevolaban el banco de arena del Frische Nehrung y la laguna helada.

Los restos del tercer ejército de Panzer en Königsberg estaban aislados respecto de la península de Samland; sin embargo, el 19 de febrero, un ataque conjunto desde ambas partes creó un corredor de tierra que fue en adelante objeto de una decidida defensa. Como consecuencia, se intensificó la evacuación de civiles y heridos desde el pequeño puerto de Pillau en el extremo de la península, aunque muchos de los refugiados temían escapar en barco tras los ataques con torpedos sufridos por el *Wilhelm Gustloff* y otras embarcaciones similares. En la madrugada del 12 de febrero, el barco hospital General Von Steuben fue torpedeado tras partir de Pillau con 2.680 heridos, de los cuales se ahogaron casi todos.

El 2º ejército, mientras tanto, se había visto obligado a retroceder en dirección al bajo Vístula y su estuario para defender Danzig y el puerto de Gdynia. Constituía el flanco izquierdo del grupo de ejércitos del Vístula. En el centro, en la Pomerania oriental, se estaba formando un nuevo 11º ejército de *Panzer* de las SS. El flanco derecho de Himmler en el Oder consistía en los restos del 9º ejército del general Busse, que había sido objeto de furiosos ataques en la Polonia occidental.

Himmler se aventuraba a salir en contadas ocasiones del *Steiermark*, su lujoso tren especial, que había convertido en su "cuartel general de campaña". El *Reichsführer* de las SS había tenido oportunidad de darse cuenta de que las responsabilidades del mando militar eran algo mayores que lo que había imaginado. Su "inseguridad como dirigente militar —escribió el coronel Eismann— lo hacía incapaz de presentar con determinación ante Hitler la situación operacional, y mucho menos de hacer valer su opinión"[17]. Himmler regresaba destrozado por el nerviosismo cada vez que asistía a una de estas reuniones con el Führer. Los oficiales del estado mayor parecían encontrar poco placer en la paradoja que suponía el que el temible Himmler fuese tan temeroso. La "actitud servil" que demostraba frente a Hitler y el temor a admitir el desastroso estado de sus fuerzas "fueron causa de grandes daños y supusieron considerables derramamientos de sangre innecesarios".

Himmler, buscando refugio en los agresivos lugares comunes del propio Führer, hablaba de más contraataques. Tras el fracaso de Demmlhuber, se dispuso a formar el llamado 11º ejército de Panzer de las SS. En realidad, todo el grupo de ejércitos del Vístula no contaba en un principio sino con tres divisiones de *Panzer* no muy potentes. En el mejor de los casos, las formaciones que se hallaban disponibles podían constituir un cuerpo; "pero "ejército de Panzer" —tal como observó Eismann— sonaba mucho mejor"[18]. Con todo, Himmler tenía otra razón para emplear tal nombre: la de ascender a los oficiales de las Waffen SS a comandantes de campo y a miembros del estado mayor. El teniente general Steiner fue nombrado comandante de la nueva formación. Era un soldado experto, lo que sin duda lo convertía en un candidato mucho mejor que otros oficiales superiores de las SS. Con todo, su cometido no era nada sencillo.

El general Guderian, resuelto a mantener un corredor abierto al borde de Prusia Oriental, puso de relieve durante una reunión de la primera semana de febrero la necesidad de llevar a cabo una

operación ambiciosa. Aquel día se mostró más franco aún de lo habitual, pues había bebido algo en el almuerzo ofrecido al embajador japonés 19. Quería efectuar un movimiento de tenaza desde el Oder, al sur de Berlín, y un ataque desde Pomerania que aislase a los ejércitos de vanguardia de Zhukov. Para poder reunir el mayor número posible de soldados, debía recuperarse por mar un número mayor de las divisiones atrapadas inútilmente en lugares como Curlandia, así como posponer la ofensiva en Hungría. Hitler, sin embargo, volvió a negarse.

"Debe creerme —insistió Guderian— cuando digo que no es obcecación lo que me lleva a proponer con tanto empeño la evacuación de Curlandia. No se me ocurre otra manera que pueda quedarnos de acumular reservas, sin las que no tenemos esperanza alguna de defender la capital. Le garantizo que no me mueven sino los intereses de Alemania". Hitler comenzó a temblar de ira al tiempo que se ponía en pie de un salto. "Cómo se atreve a hablarme de ese modo? —le gritó—. ¿Es que yo no estoy luchando por Alemania? ¡Toda mi vida no ha sido más que una larga batalla por Alemania!" 20.

El coronel De Macear, nuevo oficial de operaciones destacado en Zossen, que nunca había presenciado una riña como aquélla, quedó conmocionado y temió por la vida del jefe de estado mayor. Para poner fin al violento acceso de Hitler, Goering sacó a Guderian de la sala para buscar una taza de café mientras todos recuperaban la calma.

Lo que más temía Guderian era que el 2º ejército quedase aislado en su intento por mantener conectadas Prusia Oriental y Pomerania. En consecuencia, defendió la alternativa de un ataque único hacia el sur desde el "balcón del Báltico". Esta embestida contra el flanco derecho de Zhukov lograría al mismo tiempo disuadir a los soviéticos de atacar Berlín de forma inmediata. El 13 de febrero tuvo lugar en la Cancillería del Reich un último encuentro para tratar de la operación. Himmler se hallaba presente, en calidad de jefe supremo del grupo de ejércitos del Vístula, al igual que el capitán general Sepp Dietrich. Guderian llevó también a su segundo, el general Wenck, hombre de extraordinarias dotes. Dejó bien claro desde el principio que quería que la operación se iniciase en el transcurso de los dos días siguientes. Himmler se opuso, y alegó que aún no había llegado todo el combustible y las municiones. El Führer se mostró de igual parecer, y no tardó en volver a entablar una discusión con el jefe del estado mayor de su ejército. Guderian insistía en que Wenck dirigiese la operación. "El *Reichsführer* de las SS se basta para llevar solo el peso del ataque", afirmó Hitler. "El *Reichsführer* de las SS no cuenta con la experiencia necesaria ni con un estado mayor lo bastante competente para controlar el ataque sin ayuda. Por ende, es esencial la presencia del general Wenck". No le permito —gritó el Führer— que me diga que el *Reichsführer* es incapaz de cumplir con su deber" 21.

La violenta discusión tardó en amainar. Hitler deliraba de rabia y no dejaba de gritar. Guderian asegura haber levantado en ese momento la vista para fijarla en un retrato de Bismarck con casco y haberse preguntado qué pensaría el Canciller de Hierro si pudiese ver lo que estaba sucediendo en el país que había ayudado a crear. De pronto, ante su sorpresa, Hitler dejó de pasear de un lado a otro e indicó a Himmler que el general Wenck se uniría aquella noche al personal de su cuartel general para dirigir la ofensiva. Dicho esto, volvió a sentarse de forma repentina y sonrió a Guderian. "Ahora, por favor, prosigamos la reunión; el estado mayor general ha ganado hoy una batalla".

Guderian hizo caso omiso de las amonestaciones de que más tarde lo hizo objeto Keitel en la antesala por haber estado a punto, en su opinión, de provocar al Führer un ataque de apoplejía. Asimismo, le expresó sus temores de que su limitado triunfo resultase efímero.

El 16 de febrero se inició bajo la dirección de Wenck la ofensiva pomerana, conocida por la batalla de tanques de Stargard. Se habían destinado a tal efecto mil doscientos carros de combate, bien que faltaban trenes para transportarlos. La más pequeña división de *Panzer* necesitaba de al menos cincuenta trenes para trasladar a sus hombres y sus vehículos. Mucho más seria aún resultaba la escasez de munición y combustible, del que sólo contaban con el suficiente para tres días de operaciones. La lección de la ofensiva de las Ardenas parecía no haber servido de nada.

Los oficiales del estado mayor del ejército habían intentado asignar a la ofensiva el nombre en clave de *Husarenritt*, "cabalgada de los húsares", lo que en sí mismo parecía reconocer que no pasaría de ser una incursión. Con todo, las SS insistieron en ponerle un nombre mucho más

enfático: *Sonnenwende*, “solsticio”. A la postre, no fue ni una cabalgada de húsares —un repentino deshielo hizo que los vehículos blindados quedasen pronto atascados en el lodo— ni un solsticio, pues no logró cambiar casi nada. La Wehrmacht no pudo sobreponerse a las considerables pérdidas de tanques cuando contraatacó el 2º ejército blindado de guardias soviético.

La víctima de mayor rango del ataque fue el general Wenck, que se durmió al volante mientras regresaba a su cuartel general tras informar al Führer la noche del 17 de febrero y sufrió heridas graves. Lo sustituyó el general Krebs, un inteligente oficial de la plana mayor que había servido en calidad de agregado militar en Moscú antes de la Operación Barbarroja. El intento de reprimir el contraataque soviético, sin embargo, hubo de abandonarse dos días después. Lo único positivo que puede decirse de la ofensiva es que sirvió para ganar tiempo. El Kremlin se convenció de la imposibilidad de llevar a cabo un rápido ataque a Berlín hasta que se asegurase el control del litoral pomerano.

Los intentos por parte de Hitler de designar ciudades “fortaleza” y prohibir la evacuación de las tropas rodeadas no eran sino parte de un patrón suicida de sacrificio obligado y sufrimiento inútil. Sabía que estaban condenadas al fracaso, puesto que la Luftwaffe carecía de combustible y de aviones para abastecerlas; aun así, su política privó al grupo de ejércitos del Vístula de tropas con experiencia.

Königsberg y Breslau resistían aún, pero otras ciudades que Hitler consideraba fortalezas o rompeolas no tardaron en caer. En la Pomerania meridional, Schneidemühl, la más pequeña y a la vez peor defendida, lo hizo el día 14 de febrero tras una defensa desesperada. Por insólito que parezca, Hitler no tuvo queja alguna y concedió la Cruz de Caballero al comandante y a su segundo. Cuatro días más tarde, el 18 de febrero, al mismo tiempo que luchaba por salir del barro la Operación *Sonnenwende*, el general Chuikov dio la señal de asaltar la fortaleza de Poznan. Al igual que sucedió en Stalingrado, su 7º departamento había precedido al bombardeo con altavoces que emitían música lúgubre combinada con mensajes que presentaban la rendición como única vía de salvar la vida y regresar a casa. A los alemanes se les dijo que no había esperanza alguna de escapar, puesto que se hallaban en esos momentos a doscientos kilómetros de la línea de frente.

La artillería de sitio había comenzado el proceso de debilitamiento del enemigo nueve días antes, bien que la mañana del 18 de febrero se dispusieron mil cuatrocientos cañones, morteros y lanzacohetes *Katyusha* para el bombardeo de cuatro horas. Los grupos de asalto se introdujeron en la fortaleza, cuya superestructura se había encargado de derribar el fuego explosivo. Cuando persistía la resistencia ofrecida desde determinado edificio, se empleaba un obús de 203 milímetros que hacía saltar las paredes para dejar el interior al descubierto. También se hacía uso de los lanzallamas y se dejaban caer cargas explosivas por los conductos de ventilación. Los soldados alemanes que intentaban rendirse morían ejecutados por sus propios oficiales. Con todo, no cabía duda de que el fin era inminente. La noche del 22 al 23 de febrero, el general de división Ernst Gomell, al mando de las tropas, extendió la bandera con la esvástica sobre el suelo de su dormitorio para tumbarse sobre ella y suicidarse de un tiro. Los que quedaban de la guarnición capitularon.

El sitio de Breslau fue incluso más largo, pues la ciudad seguía resistiendo aun después de la caída de Berlín, lo que lo convirtió en uno de los más terribles de la guerra. El fanático *Gauleiter* Hanke estaba resuelto a que la capital de Silesia permaneciese invicta. Fue él quien empleó las furgonetas provistas de altavoces para ordenar a mujeres y niños que abandonasen la ciudad a finales de enero. Suya es, por lo tanto, la entera responsabilidad de los que murieron congelados.

La ciudad contaba con abundantes provisiones de alimento, pero escaseaban los pertrechos militares. Los intentos de lanzar munición en paracaídas no fueron sino un gasto terrible de recursos de la Luftwaffe. El coronel general Schörner, comandante supremo del grupo de ejércitos del centro, decidió entonces enviar parte del 25º regimiento de paracaidistas a finales de febrero con objeto de reforzar la guarnición. El mando del regimiento protestó enérgicamente, por cuanto no

había zona alguna en la que pudiesen aterrizar; con todo, el 22 de febrero, el batallón embarcó en Junkers 52 en Jüterbog, al sur de Berlín. A medianoche, las aeronaves se acercaron a Breslau. “Desde arriba —escribiría más tarde uno de los paracaidistas— pudimos ver cómo se abría fuego de manera indiscriminada y también fuimos objeto de una poderosa defensa antiaérea”22. Un disparo alcanzó la radio, de manera que perdieron el contacto con tierra y acabaron por aterrizar en un aeródromo cercano a Dresde. Dos noches más tarde se llevó a cabo un segundo intento. El fuego antiaéreo soviético se tornó aún más intenso mientras los aviones dedicaban veinte minutos a sobrevolar en círculos la ciudad en llamas con el fin de encontrar un lugar en el que poder aterrizar. Cayeron tres de las aeronaves, de las cuales una chocó contra la chimenea de una fábrica. (Se perdieron muchos aviones y hombres, pero, de hecho, parte de los batallones 2º y 3º del 25º regimiento de paracaidistas logró tomar tierra. De cualquier manera, la cifra de cuatro mil soldados que da Norman Davies en su Microcosm (2000, p. 18) es demasiado elevada, por cuanto un regimiento al completo no contaba ni siquiera con la mitad de hombres a esas alturas de la guerra.)

Las medidas disciplinarias de Hanke resultaron terribles, respaldadas por la máxima del general Schörner: “La fuerza se consigue con el miedo”. Las ejecuciones se llevaban a cabo de manera arbitraria. Se obligaba a trabajar incluso a niños de diez años bajo el fuego soviético de aire y tierra con el fin de despejar el terreno para improvisar una pista de aterrizaje en la ciudad. Cualquier intento de rendición por parte de aquellos que intentaban “salvar sus lastimosas vidas” conllevaba una sentencia de muerte instantánea 23. También se tomaban “resueltas medidas” contra sus familias. Schörner alegaba que “casi cuatro años de guerra asiática” habían cambiado por completo al soldado del frente: “Lo han endurecido, amén de convertirlo en un fanático de la lucha contra los bolcheviques... La campaña oriental ha dado origen al soldado político” 24.

La bravuconada que soltó Stalin en Yalta acerca de la huida de la población de Prusia Oriental y de Silesia no era cierta aún. Todavía quedaban muchos atrapados en ciudades sitiadas. Los civiles alemanes de Prusia Oriental también seguían sufriendo allá donde se encontrasen, ya fuera en Königsberg o en el *Kessel* de Heiligenbeil, bien intentasen huir en barco desde el puerto de Pillau o a pie hacia poniente, bien permanecieran en sus hogares. El deshielo de febrero hizo que la superficie congelada del Frisches Haff pudiese cruzarse tan sólo a pie y no en carreta. Las salidas hacia Danzig, Pomerania y el oeste continuaban abiertas, aunque todos sabían que el primer frente bielorruso no tardaría en atravesar aquella zona en dirección al Báltico.

Cierto oficial superior del SMERSH informó a Beria de que “una parte considerable de la población de Prusia Oriental” que había huido a Königsberg se había encontrado con que allí quedaba poco espacio para ella y aún menos comida. Podían sentirse afortunados si recibían ciento ochenta gramos de pan al día. “Las mujeres famélicas se arrastran con sus hijos por la carretera” con la esperanza de que los alimentase el Ejército Rojo. De boca de estos mismos civiles, el servicio soviético de espionaje oyó que “la moral de la guarnición de Königsberg se halla muy deteriorada. Las nuevas órdenes generales ordenan que se fusile en el acto a todo varón alemán que no se presente para servir en primera línea de frente. ... Los soldados desertan vestidos de civiles. Los días 6 y 7 de febrero se apilaron en la estación septentrional de ferrocarriles los cadáveres de ochenta soldados alemanes. Sobre ellos se erigió una pancarta que rezaba: “Eran unos cobardes, pero han muerto igualmente”“25.

Tras el fracaso de la Operación *Sonnenwende*, Danzig se vio cada vez más amenazada. La Kriegsmarine hizo grandes esfuerzos por rescatar al mayor número de civiles y heridos. En el transcurso de un solo día, el 21 de febrero, se logró evacuar a cincuenta y una mil personas. Las autoridades nazis calculaban que sólo faltaban por rescatar ciento cincuenta mil, aunque una semana más tarde descubrieron que Danzig había alcanzado en aquellos momentos una población de un millón doscientos mil habitantes, de los que quinientos treinta mil eran refugiados. Se hizo cuanto fue posible. El 8 de marzo salieron de Pomerania treinta y cuatro trenes de ganado llenos de civiles

en dirección a Mecklemburgo, al oeste del Oder. Hitler tenía la intención de trasladar a ciento cincuenta mil refugiados a Dinamarca. Dos días más tarde se dieron instrucciones al respecto: "El Führer ha ordenado que en adelante Copenhague debe ser considerado el santuario de destino"[26]. En esa misma fecha del 10 de marzo se elevó la cifra total estimativa de refugiados alemanes procedentes de las provincias orientales a once millones de almas.

Ni siquiera en esos momentos en que Danzig se hallaba plagada de temerosos refugiados que buscaban desesperados una escapatoria cesaron las abyectas labores del Instituto Médico Anatómico de la ciudad. Después de que el Ejército Rojo capturase la ciudad se envió al lugar una comisión especial encargada de investigar la fabricación de jabón y cuero a partir de los "cadáveres de ciudadanos de la Unión Soviética, Polonia y otros países muertos en campos de concentración alemanes". El profesor Spanner y el profesor auxiliar Volman habían comenzado sus experimentos en 1943, para lo cual construyeron instalaciones especiales destinadas a la producción. "El examen del edificio del Instituto Médico Anatómico reveló un total de 148 cadáveres humanos almacenados para la fabricación de jabón; de ellos, 126 pertenecían a varones, 18 a mujeres y 4 a niños. De los primeros había 80 decapitados, y otro tanto sucedía con 2 de las mujeres. Por otro lado se encontraron 89 cabezas humanas". Todos los cuerpos, así como las cabezas, se guardaban en contenedores metálicos sumergidos en una solución de alcohol y ácido fenólico. Parece ser que la mayor parte de los cadáveres provenía del campo de concentración de Stutthof, situado cerca de la ciudad. "Los ajusticiados cuyos cuerpos se empleaban para fabricar jabón eran de diversas nacionalidades, aunque predominaban los polacos, rusos y uzbecos". Era evidente que estas investigaciones contaban con aprobación oficial, dado el rango de los visitantes: "Han visitado el Instituto Médico Anatómico el ministro de Educación, Rust, y el de Sanidad, Konti. Albert Förster, *Gauleiter* de Danzig, lo hizo en 1944, cuando aún se producía jabón. Examinó todas las instalaciones del centro, y yo diría que estaba al tanto de la producción de jabón a partir de cadáveres humanos"[27]. Lo más asombroso de esta truculenta historia es que antes de la llegada del Ejército Rojo no se destruyese nada del centro, y que el profesor Spanner y sus colegas no hubieran de enfrentarse a cargo alguno tras la guerra: el procesado de cadáveres no se consideraba un acto criminal.

El campo de concentración de Stutthof recluía sobre todo a prisioneros soviéticos y a cierto número de polacos. Algunos de ellos eran soldados, y otros, judíos. En aquel lugar murieron unos dieciséis mil presos de fiebre tifoidea en seis semanas. Al aproximarse el Ejército Rojo, se ordenó a los prisioneros que eliminasen todo vestigio. Se voló entonces el crematorio y se prendió fuego a diez bloques de barracas en las que se había alojado a los judíos. Al parecer, se hizo a los soldados rasos alemanes tomar parte en las ejecuciones de prisioneros de guerra del Ejército Rojo y civiles soviéticos [28].

Ya fuese acuciada por el temor a un castigo por crímenes de guerra o por el miedo a los bolcheviques y a los trabajos forzados en Siberia, la Wehrmacht, aunque agotada, no dejaba de luchar. "Los alemanes aún no han perdido la esperanza —declaraba un informe realizado por el servicio francés de espionaje aquel mes de febrero—; no se atreven a hacerlo" [29]. Los oficiales soviéticos lo expresaron de un modo algo diferente: "La moral está por los suelos, pero la disciplina es fuerte"[30].

7
Se despejan las zonas de retaguardia

El 14 de febrero, en Prusia Oriental, un convoy de vehículos militares con distintivos del Ejército Rojo abandonaba la ruta principal de Rastenburg a Angeburg para tomar una carretera secundaria que desembocaba en un frondoso pinar. Toda la región estaba inmersa en una atmósfera de melancolía.

Desde el camino podía verse una alta valla de alambre de espino, así como una alambrada plegable. Los vehículos no tardaron en llegar a una barrera en la que un cartel en alemán rezaba: "Alto: Emplazamiento militar. Prohibida la entrada a la población civil"1. Se trataba de la entrada al antiguo cuartel general de Hitler, la Wolfsschanze.

Los camiones transportaban tropas de guardias de la 57ª división de fusileros del NKVD 2. Los oficiales que comandaban el convoy vestían uniformes del Ejército Rojo, si bien no debían lealtad alguna a su cadena de mando. En cuanto miembros del servicio de contraespionaje SMERSH, sólo respondían, en teoría, ante Stalin. En ese momento no profesaban un gran aprecio al Ejército Rojo: los vehículos destartalados que les habían proporcionado procedían de unidades que habían tenido la oportunidad de librarse de lo peor de sus equipos. A pesar de que era una práctica frecuente, el SMERSH y el NKVD no parecían agradecerlo.

Su dirigente llevaba puesto el uniforme de general. Se trataba del comisario de Seguridad Estatal del segundo rango, Viktor Semyonovich Abakumov. Beria lo había nombrado primer jefe del SMERSH en abril de 1943, poco después de la victoria de Stalingrado. Abakumov seguía de cuando en cuando la costumbre, aprendida de su dirigente, de arrestar a mujeres jóvenes para violarlas, aunque la especialidad de su jefe era la de participar con una porra de goma en las palizas que se propinaban a los prisioneros. A fin de no estropear la alfombra persa de su despacho, "se desplegaba sobre ella una sucia estera salpicada de sangre" antes de introducir al desdichado recluso 3.

A Abakumov, a pesar de que aún era jefe del SMERSH, lo había enviado Beria "para que tomase las medidas propias de la Cheka que considerara necesarias" tras el avance del tercer frente bielorruso hacia Prusia Oriental. Abakumov se había cerciorado de que el número de hombres que se hallaban directamente a sus órdenes, doce mil, fuese el más elevado de todos los adscritos a cualquier grupo armado de los que invadían Alemania. Incluso era mayor que el de los soldados que se hallaban con los ejércitos del mariscal Zhukov.

A su alrededor se extendía una capa de nieve húmeda. A juzgar por el informe que presentó a Beria, las tropas del NKVD desmontaron para bloquear la carretera mientras Abakumov y los demás oficiales del SMERSH comenzaban su inspección. Sin duda actuaron con cautela, dado que ya se había informado de la existencia de trampas explosivas alemanas colocadas en la zona de Rastenburg. A la derecha de la barrera situada en la entrada se erigían varios fortines de piedra que contenían minas y material de camuflaje. A la izquierda se hallaban los bloques de barracas en los que se habían alojado los guardias. Los oficiales del SMERSH encontraron hombreras y uniformes del batallón Führerbegleit. El temor que había invadido a Hitler el año anterior de ser capturado durante un ataque sorpresa de paracaidistas rusos lo había llevado a "convertir el batallón de guardias del Führer en una brigada surtida"4.

Siguiendo la carretera que se internaba en el bosque, Abakumov pudo ver señales a ambos lados del camino, cuyo contenido tradujo su intérprete: "Prohibido salir de la carretera" y "¡Peligro: minas!". Apuntó cada detalle con el fin de redactar un informe para Beria, que sabía que acabaría en manos de Stalin. El Jefe tenía un interés obsesivo en todos los pormenores de la vida de Hitler.

Lo que más llama la atención del informe de Abakumov, sin embargo, es el alto grado de ignorancia del que, según pone de relieve, adolecían los soviéticos en relación con aquel lugar. Este hecho resulta en especial sorprendente si se tiene en cuenta el número de generales que habían capturado e interrogado entre la rendición de Stalingrado y los albores de 1945. Al parecer, habían tardado casi dos semanas en encontrar aquel complejo de cuatro kilómetros cuadrados. El camuflaje que lo hacía invisible desde el aire resultaba sin duda impresionante: no había carretera ni callejón que no estuviese cubierto de redes verdes. Toda línea recta se había disimulado con árboles y arbustos artificiales, y las bombillas del exterior eran de color azul oscuro. Incluso los puestos de observación, que llegaban a los treinta y cinco metros de altura, se habían dispuesto de tal manera que pareciesen pinos.

Cuando se introdujeron en el primer perímetro interior, Abakumov observó las "defensas de hormigón armado, alambre de espino, campos de minas y un buen número de puntos de tiro y barracones para los guardas". Los búnkeres de la Entrada nº 1 habían sido dinamitados después de que el Führer hubiese dejado el recinto de forma definitiva el 20 de noviembre de 1944; desde entonces habían pasado menos de tres meses. Con todo, Abakumov no tenía idea de por qué habían abandonado el complejo. Llegaron a una segunda cerca de alambre de espino, a la que siguió una tercera. En el interior del recinto central encontraron una serie de búnkeres con postigos blindados unidos a un garaje subterráneo con capacidad para dieciocho coches.

"Entramos con gran cuidado", escribió Abakumov. Encontraron una caja de caudales, pero se hallaba vacía. Las habitaciones, según anotó, contaban con "un mobiliario muy sencillo". (En cierta ocasión se describió el lugar como un cruce de monasterio y campo de concentración). Los oficiales del SMERSH sólo estuvieron seguros de haber encontrado el lugar correcto al descubrir en una puerta un cartel que anunciaba: "Asistente de la Wehrmacht del Führer". La habitación de Hitler, por su parte, estaba identificada por una fotografía suya con Mussolini.

Abakumov no reveló emoción alguna por el hecho de hallarse por fin en el lugar desde el que el dirigente alemán había dirigido su despiadado ataque contra la Unión Soviética. Por el contrario, parecía mucho más preocupado por las construcciones de hormigón armado y por sus dimensiones. Todo hace pensar que, impresionado, debió de preguntarse si Beria y Stalin no estarían interesados en construir algo semejante. "Creo —escribió— que sería una buena idea hacer que nuestros especialistas inspeccionasen el cuartel general de Hitler y vieran la excelente organización de todos estos búnkeres"5. A despecho de su inminente victoria, los dirigentes soviéticos no daban la impresión de sentirse mucho más seguros que su gran enemigo.

Los destacamentos del SMERSH y las divisiones del NKVD adscritos a los diversos frentes eran, en palabras del propio Stalin, "indispensables" para enfrentarse a "todos los elementos hallados en territorio ocupado de los que cabe desconfiar". "Las divisiones no cuentan con artillería —había referido el dirigente soviético al general estadounidense Bull durante la reunión mantenida con el mariscal del aire Tedder—, pero están bien provistos de armas automáticas, carros blindados y tanquetas. También deben de haber desarrollado instalaciones para la investigación y los interrogatorios"6.

En territorios alemanes tales como Prusia Oriental y Silesia, la labor prioritaria de los regimientos de fusileros del NKVD consistía en rodear o perseguir a los rezagados alemanes con los que se cruzaban al avanzar. Las autoridades soviéticas definían a cada hombre de la Volkssturm como miembro de la Wehrmacht, pero habida cuenta de que dicho cuerpo reclutaba a todo varón de entre quince y cincuenta y cinco años, tal definición podía aplicarse a la gran mayoría de alemanes de sexo masculino. Por lo tanto, los miembros de las milicias que preferían quedarse en casa a huir en las caravanas habían de soportar en muchas ocasiones que los tratasen como a grupos de sabotaje de retaguardia, por ancianos que pudieran ser. Según los informes, las fuerzas del NKVD "ejecutaron en el acto" a más de doscientos "saboteadores y terroristas" alemanes, bien que es probable que la cifra real fuese mucho más elevada 7.

En Polonia, la descripción estaliniana de “elementos ... de los que cabe desconfiar” no afectaba a la escasa minoría de polacos que habían colaborado con los alemanes, sino más bien a todos los que respaldaban al gobierno polaco en el exilio y a la Armia Krajowa, que había organizado el levantamiento de Varsovia el año anterior. Para Stalin, la revuelta protagonizada por esta ciudad frente a los alemanes constituía “un acto criminal de política antisoviética”8. En su opinión, se trataba de un claro intento de tomar la capital polaca para el “gobierno exiliado en Londres” poco antes de la llegada del Ejército Rojo, que había luchado y perdido a sus hombres. El vergonzoso acto de traición cometido por el dirigente ruso contra Polonia y en favor de los nazis en 1939 y la masacre de oficiales polacos perpetrada por Beria en Katyn no eran, al parecer, datos que valiese la pena tener en cuenta. También hizo caso omiso del hecho de que los polacos hubiesen sufrido, en proporción, más aún que la Unión Soviética, al perder más de un 20 por 100 de su población. Stalin estaba persuadido de que Polonia y su gobierno eran suyos por derecho de conquista, y este sentimiento de propiedad lo compartía la mayoría del Ejército Rojo. Cuando las fuerzas soviéticas cruzaron la frontera alemana desde Polonia, muchos “sentimos que habíamos limpiado, por fin, nuestro propio territorio”, lo que suponía una asunción instintiva de que el país era una parte fundamental de la Unión Soviética 9.

La aseveración formulada por Stalin en Yalta de que el gobierno provisional comunista gozaba de gran popularidad en Polonia constituía, claro está, una afirmación subjetiva por completo. Las memorias de Zhukov resultan mucho más reveladoras en este sentido cuando, después de referirse a la población polaca en general, añadió: “algunos de los cuales nos guardaban lealtad” 10. Los que se oponían al gobierno soviético eran tildados de “agentes enemigos”, sin importar un ápice su historial de resistencia ante los alemanes. Se ignoraba por completo el que la Armia Krajowa fuese una fuerza aliada. En otra frase interesante, Zhukov se refería a la necesidad de controlar a sus propias tropas: “Tenemos que desarrollar aún más la labor educativa entre todos los soldados del frente de manera que no haya actos irreflexivos desde el principio de nuestra estancia”. Esta “estancia” iba a durar más de cuarenta y cinco años.

Resulta significativo para dar cuenta de hasta qué punto controlaba Beria el gobierno provisional de Polonia el nombramiento del mismísimo general Serov en cuanto “consejero” del Ministerio de Seguridad polaco el 20 de marzo, bajo el nombre de “Ivanov”11. Los consejeros no tenían un cargo mucho más elevado que el del comisario de Seguridad Estatal del segundo rango. Serov cumplía todos los requisitos exigidos por el puesto: había supervisado las deportaciones masivas desde el Cáucaso y, con anterioridad, había estado al mando de la represión en Lvov durante 1939, cuando la Unión Soviética tomó la zona oriental de Polonia y arrestó y mató a los funcionarios, terratenientes, sacerdotes y maestros que se oponían a su gobierno. Unos dos millones de polacos fueron entonces deportados al Gulag, y se inició una campaña de colectivización forzada.

La política de Stalin consistía en confundir de forma deliberada la Armia Krajowa y la fuerza ucraniana nacionalista UPA, o dar a entender cuando menos que mantenían una estrecha relación. Goebbels, mientras tanto, no dejaba escapar ejemplo alguno de resistencia por parte de las guerrillas a la ocupación soviética. Aseguraba que la de Estonia contaba con cuarenta mil hombres; la de Lituania, con diez mil, y la de Ucrania, con cincuenta mil. Llegó incluso a citar el *Pravda* del 7 de octubre de 1944, en el que se hablaba de “nacionalistas ucrano—germanos”. Todo esto aumentó aún más el afán que mostraban los regimientos del NKVD por “limpiar las zonas de retaguardia”, y constituye un buen ejemplo de cómo sacaban provecho ambos bandos de la propaganda del otro 12.

A principios de marzo se investigó asimismo otro enemigo polaco en potencia. Muy poco después de establecerse en Polonia, el SMERSH puso en marcha una “investigación de los familiares de Rokossovsky”, para saber, se supone, si alguno de ellos podía considerarse un “elemento enemigo”13. El mariscal Rokossovsky tenía sangre polaca, y es muy probable que la investigación se llevase a cabo siguiendo órdenes de Beria, que no había olvidado que aquél se había escapado de sus manos. Nikolai Bulganin, miembro político del consejo militar del 2º frente bielorruso de Rokossovsky, era el perro guardián de Stalin.

La determinación por parte del dirigente soviético de acabar con la Armia Krajowa convirtió más tarde un incidente sin importancia en un gran contratiempo para la relación de la Unión Soviética y Estados Unidos. El 5 de febrero, cuando ya estaba en marcha la conferencia de Yalta, el B-17 del teniente de las fuerzas aéreas estadounidenses Myron King hizo un aterrizaje de emergencia en Kuflevo. Allí apareció un polaco y pidió a los tripulantes que lo llevasen con ellos. Ellos lo hicieron subir antes de dirigirse a la base aérea soviética de Shchuchin, donde pudieron reparar adecuadamente el avión. Los ocupantes le proporcionaron un uniforme, y tras el aterrizaje, "el civil fingió ser Jack Smith, miembro de la tripulación", según escribió el general Antonov en su reclamación oficial. "Sólo después de que interviniese el mando soviético —seguía diciendo— reconoció el teniente King que no se trataba de un miembro de la unidad, sino de un extranjero al que no conocían y habían subido al avión para llevarlo a Inglaterra". "De acuerdo con la información de que disponemos —concluía el general ruso—, se trataba de un terrorista introducido en Polonia desde Londres."14 El gobierno de Estados Unidos se deshizo en disculpas, y llegó incluso a organizar un consejo de guerra para King en la base aérea que les había cedido la Unión Soviética y a pedir a Antonov que enviase testigos al proceso. Stalin concedió una gran importancia a este incidente, puesto que, según refirió a Averell Harriman, demostraba que Estados Unidos estaba ayudando a los polacos no comunistas a atacar al Ejército Rojo.

El 22 de marzo tuvo lugar un nuevo roce en la base que tenía la aviación soviética en Mielec, donde aterrizó un Liberator estadounidense debido a la falta de combustible. El comandante soviético, prevenido de los posibles peligros tras el incidente de King, hizo vigilar el aeroplano y obligó a los diez miembros de la tripulación, comandada por el teniente Donald Bridge, a pasar la noche en una cabaña de los alrededores. Después de dos días, éstos pidieron permiso para recuperar los efectos personales del avión. En cuanto estuvieron en el interior de la aeronave, pusieron en marcha los motores y despegaron sin hacer caso alguno a las señales que los exhortaban a detenerse. "El capitán de ingenieros soviético Melamedev, que había aceptado a la tripulación de Donald Bridge —escribió Antonov al general Reade, quien se hallaba en Moscú—, se sintió tan indignado y molesto por este pleito [sic] que se suicidó de un disparo ese mismo día"15. Su muerte, empero, pudo haberse debido más bien al enojo de los oficiales del SMERSH ante la "negligencia del oficial y los guardias a los que se había encargado la custodia del aeroplano"16. El incidente, de cualquier forma, se presentó también como "prueba" de que "los elementos enemigos están valiéndose de estos aterrizajes para transportar a territorio polaco terroristas, saboteadores y agentes del gobierno exiliado en Londres".

No es fácil determinar si las autoridades soviéticas se habían vuelto en verdad paranoicas o simplemente se habían dejado arrastrar a un estado de indignación moral imposible de superar. Cuando cierto teniente coronel norteamericano regresó a Moscú con el pase caducado después de visitar a unos prisioneros de guerra estadounidenses liberados en Lublin, el general Antonov, sin duda por órdenes de Stalin, prohibió despegar a todos los aviones de Estados Unidos que se hallaban "en la Unión Soviética o en zonas controladas por el Ejército Rojo"17.

En Prusia Oriental, los informes hablaban de "bandas alemanas de hasta mil integrantes" que atacaban la retaguardia del 2º frente bielorruso de Rokossovsky. Las unidades del NKVD organizaron "batidas a través del bosque para liquidarlas". No obstante, en la mayoría de los casos, las cuadrillas no eran más que grupos de miembros locales de la Volkssturm escondidos en la espesura. En ocasiones tendían emboscadas a los camiones, motociclistas y carretas de suministros con la intención de conseguir alimento. En Kreisburg, las tropas del NKVD descubrieron dos "hornos secretos" que hacían pan para los soldados del bosque y capturaron a las jóvenes que les llevaban alimento 18.

En una batida del 21 de febrero, el 14º cordón del 12º regimiento de guardias de frontera, dirigido por el teniente Jismatulin, se hallaba registrando una zona espesa de bosque cuando el sargento Zavgorodny se fijó en unos calcetines de lana que colgaban de un árbol. "Esto le hizo sospechar la presencia de desconocidos. Peinaron la zona y dieron con tres trincheras bien camufladas que daban a un búnker en cuyo interior encontraron tres soldados enemigos armados con fusiles"19.

Las minas y trampas explosivas seguían siendo una preocupación de primer orden. Para mejorar el despege de minas se asignaron veintidós perros a cada regimiento de guardias de frontera del NKVD 20. También se introdujeron perros rastreadores (“especializados en olisquear bandidos”, tal como exponía el informe) con el fin de proseguir la persecución de los alemanes que se escondían en los bosques de Prusia Oriental 21.

Muchos informes parecen haber sufrido cierto grado de dramatización e hipérbole por parte de mandos locales ávidos de que su labor tuviese un aspecto más importante. Uno de los que hablaban de los “terroristas entregados al SMERSH para ser interrogados” revelaba que todos estos “terroristas” habían nacido antes de 1900. Tsanava, el jefe del NKVD destinado en el 2º frente bielorruso, informó del arresto de Ulrich Behr, alemán nacido en 1906: “Confesó durante el interrogatorio que en febrero de 1945 lo había contratado en calidad de espía Hauptmann Schrap, residente del servicio de espionaje alemán. Su misión consistía en permanecer en la retaguardia del Ejército Rojo y reclutar agentes, así como en llevar a cabo actos de sabotaje, espionaje y terrorismo. Con este fin, llegó a reclutar a veinte agentes”22. En ciertas ocasiones, se describía a los rezagados o a los soldados de la milicia local de la Volkssturm como “destinados a la retaguardia por el servicio de espionaje alemán con la misión de organizar actividades de sabotaje”23. El incidente más ridículo en este sentido fue el “sabotaje de un tendido eléctrico en Hindenburg”, Silesia. Tras una minuciosa investigación en busca de los culpables resultó haber sido causado por las prácticas de tiro de la artillería soviética, cuando algunos trozos de metralla habían partido los cables.

Por otra parte, el jefe del SMERSH destinado al 2º frente bielorruso debía de estar en lo cierto cuando afirmó que sus hombres habían descubierto “una escuela de sabotaje en la aldea de Kovalyowo”24. Los nombres de todos los que allí se entrenaban eran rusos o ucranianos. Los alemanes, presas de la desesperación, habían recurrido cada vez más al uso de prisioneros soviéticos. Lo más probable es que muchos de estos rusos y ucranianos se hubiesen ofrecido voluntarios con la esperanza de poder regresar antes a sus hogares, aunque ni siquiera la rapidez con que se rindieron ante las autoridades militares soviéticas debió de servirles para salvarse, a juzgar por otros casos similares.

Todo apunta a que los destacamentos del NKVD pasaron más tiempo registrando las casas y los graneros que reconociendo las vastas zonas de bosque. Una de estas unidades dio con un grupo de ocho mujeres alemanas sentadas en el interior de un almiar. “Un sargento perspicaz” se dio cuenta de que no eran mujeres, sino “soldados ataviados con ropas de mujer”25. Informes como éste no eran poco frecuentes.

Parece ser que las familias campesinas de Prusia Oriental eran tan ingenuas como las rusas. Las patrullas que registraban las casas se encontraban con que los ocupantes no podían apartar la mirada de un objeto en particular o alejarse de él. En una de ellas, la dueña corrió a sentarse sobre un baúl; los soldados del NKVD la apartaron y encontraron a un hombre escondido en el interior. Otra patrulla observó las miradas de preocupación que lanzaba la propietaria en dirección al lecho; al retirar el colchón, los soldados pudieron ver que las tablas de la cama eran demasiado altas, así que las apartaron para toparse con un hombre vestido de mujer. En otra casa dieron con un hombre agazapado tras los abrigos que colgaban de un perchero. Para que sus pies no tocasen el suelo, se había atado con una correa por debajo de las axilas. Por lo general se recurría a los lugares más obvios para esconderse, tales como cobertizos, graneros o almiares, que los perros rastreadores no tenían mayores dificultades en descubrir. Sólo unos pocos construían refugios subterráneos. En ocasiones, las patrullas del NKVD ni siquiera se molestaban en registrar una casa; se limitaban a prenderle fuego, y a disparar a los que no morían abrasados cuando saltaban por las ventanas.

Muchos de los miembros de la Volkssturm hacían lo posible por permanecer cerca de sus granjas, en tanto que los rezagados de la Wehrmacht intentaban deslizarse a través de las líneas hasta llegar al territorio que aún conservaba su ejército. En muchos casos se vestían con los uniformes de los soldados del Ejército Rojo a los que habían matado. Si caían en manos del enemigo, lo más normal era que acabasen ejecutados en el acto. Cualquier prisionero, ya fuese

alemán, ruso o polaco, era confinado en una "prisión preliminar". Estos edificios acostumbraban ser poco más que casas requisadas a las que habían clavado alambre de espino sobre las ventanas y en cuya pared exterior habían escrito con tiza: "Cárcel. NKVD, URSS". Allí, los presos eran sometidos a interrogatorio por el SMERSH, y según la confesión obtenida, se les enviaba a un campo de concentración o a batallones de forzados.

Los jefes del NKVD tampoco dejaban de lado en ningún momento sus propios intereses. El general de división Rogatin, comandante de las tropas de la policía secreta adscritas al 2º frente bielorruso y antiguo mando del NKVD en Stalingrado, descubrió "que en algunas unidades, la mayoría de los oficiales y soldados descuidan sus deberes para enfrascarse en el recuento de los frutos de los saqueos... Se sabe que los despojos se reparten entre los miembros de los regimientos sin que lo sepa el estado mayor de la división. Los soldados venden o truecan los objetos del botín, el azúcar, el tabaco, el vino y la gasolina que toman de los conductores de las unidades soviéticas que avanzan, así como motocicletas. Esta situación de los regimientos [del NKVD], unida a la ausencia de disciplina, ha desembocado en un incremento considerable de acontecimientos que escapan por completo a la normalidad. Hay soldados que cumplen con su deber, mientras que otros dedican todo su tiempo al saqueo. Debería ponerse a trabajar a estos últimos junto con los cumplidores"[26]. Parece ser que el castigarlos estaba fuera de toda cuestión; la frase "sin que lo supiese el estado mayor de la división" resulta en este sentido harto reveladora. Los miembros del cuartel general de la división estaban probablemente indignados porque no percibían su parte del botín.

No cabe duda de que el Ejército Rojo profesaba muy poca simpatía a las "sabandijas de retaguardia" del NKVD, si bien tampoco puede negarse que el sentimiento era mutuo. La policía secreta no agradecía demasiado el tener que conformarse con las municiones y el armamento que abandonaban los alemanes y las unidades de vanguardia del Ejército Rojo. "Todo esto no hace más que potenciar los robos a gran escala por parte de bandidos y miembros de la población local. Se ha podido comprobar que los adolescentes se hacen con estos pertrechos y organizan grupos armados que aterrorizan a las gentes de los alrededores. Esto crea las condiciones favorables para el desarrollo del bandidaje"[27]. Asimismo, hubo de publicarse una orden que prohibía el uso de granadas para pescar, un ejercicio muy popular entre los soldados soviéticos, que lo practicaban en los abundantes lagos de Prusia Oriental y Polonia.

Los regimientos de fusileros del NKVD no sólo habían de enfrentarse a los rezagados alemanes y a los miembros de la Volkssturm que vivían como forajidos en los bosques, sino también a los grupos de desertores del Ejército Rojo. El 7 de marzo, cierta patrulla del NKVD del 2º frente bielorruso cayó en una emboscada tendida por un grupo de "quince desertores armados" cerca de la aldea de Dertz. En el bosque aledaño vivía otro grupo de ocho prófugos. Todos ellos habían abandonado sus puestos a finales de diciembre de 1944. Dos días más tarde, el NKVD informó de haber "encontrado más desertores que se alejaban del frente en dirección a las zonas de retaguardia". Cerca de los alrededores de Ortelsburg se refugiaba otro "grupo de bandidos". Estos habían pertenecido al tercer ejército y estaban encabezados por un capitán ucraniano, miembro del Partido Comunista y de la orden del Estandarte Rojo, que había desertado del hospital el 6 de marzo. Sus seguidores, armados con metralletas y pistolas, formaban una cuadrilla abigarrada, compuesta de hombres de Tula, Sverdlovsk, Vorónej y Ucrania, así como un polaco, tres mujeres alemanas y un compatriota de éstas del distrito de Ortelsburg.

La mayoría de los desertores, no obstante, y sobre todo los bielorrusos y ucranianos, que eran con frecuencia polacos incorporados, intentaban escabullirse hacia sus hogares en solitario o en parejas. Algunos llevaban ropa de mujer; otros se vendaban de arriba abajo y se dirigían a las cabezas de línea ferroviaria para robar los documentos de algún herido. Con objeto de frenar este tipo de añagazas, hubieron de introducirse nuevos pases especiales para los heridos [28]. En ocasiones, los soldados desaparecían sin más, sin que nadie supiera si habían desertado o muerto en batalla. El 27 de enero, en Prusia Oriental, dos tanques T-34 del 6º cuerpo blindado de guardias

salieron para llevar a cabo cierta operación y ni los carros ni los dieciséis conductores y soldados de infantería que constituían la dotación volvieron a aparecer, ni vivos ni muertos 29.

Pese al gran número de tropas del NKVD destinadas a las zonas de retaguardia, resultaba asombroso el escaso control que se ejercía sobre el personal del Ejército Rojo. "La dirección militar soviética —refería un documento del servicio de información el 9 de febrero— está preocupada por la falta de disciplina a raíz de su avance por lo que para los rusos es una región próspera" 30. Se estaban saqueando y destruyendo las propiedades de los ciudadanos, y no era extraño que se asesinara por minucias a los civiles que se requerían para llevar a cabo trabajos forzados. El caos se hacía también mayor por causa del gran número de "ciudadanos [civiles] de la Unión Soviética que vienen a Prusia Oriental con el fin de hacerse con parte del botín"31.

La muerte absurda del coronel Gorelov, héroe soviético y comandante de una brigada blindada de guardias, horrorizó a muchos oficiales del primer frente bielorruso. Se hallaba, a principios de febrero, poniendo orden en un embotellamiento a pocos kilómetros de la frontera con Alemania cuando lo abatió un grupo de soldados borrachos. "Casos así de violencia ebria no se dan, por desgracia, de forma aislada", anotó Grossman 32. Un solo regimiento del NKVD perdió cinco hombres durante las primeras diez semanas del año atropellados por conductores beodos; treinta y cuatro resultaron heridos 33.

Las jóvenes encargadas del tráfico no hacían sonar los silbatos cuando trataban de restablecer el orden en los atascos, sino que disparaban al aire sus metralletas. En la retaguardia del 2º frente bielorruso, una de ellas, llamada Lydia, llegó corriendo a la ventanilla de un vehículo que estaba bloqueando la carretera y comenzó a gritar obscenidades al conductor sin grandes resultados. Lo único que consiguió fue que el ocupante del vehículo le contestase de igual guisa. Entonces, de forma totalmente inesperada, acudió en su ayuda el mariscal Rokossovsky, hombre alto y de porte impresionante, que se había apeado de un salto de su coche oficial y empuñaba la pistola hecho una furia. Cuando lo vio el conductor, quedó paralizado por el miedo. Su oficial perdió por completo la cabeza, saltó de la cabina y corrió a esconderse tras unos matorrales 34.

La entrada de las fuerzas soviéticas en territorio alemán permitió a Stalin poner en marcha su plan de obligar a los germanos a trabajar para la Unión Soviética. El 6 de febrero se dieron órdenes de "movilizar a todos los alemanes capaces de trabajar con edades comprendidas entre los diecisiete y los cincuenta años, así como organizar batallones de trabajo de unos mil o mil doscientos hombres y enviarlos a Bielorrusia o a Ucrania para que reparen los daños de guerra"35. A los miembros de estas levas los hicieron presentarse en ciertos puntos de reunión abrigados y provistos de buenas botas. También se les indicó que debían llevar ropa de cama, mudas de ropa interior y comida para dos semanas.

A partir de los miembros de la Volkssturm recluidos en campos de concentración en calidad de prisioneros de guerra, el NKVD sólo logró reclutar a 68.680 trabajadores forzados alemanes para el 9 de marzo 36. La gran mayoría procedía de las zonas que habían dejado atrás los ejércitos de Zhukov y Konev, y muchos de ellos eran mujeres. En un principio, gran parte de los llamados batallones de trabajo se empleaba en el ámbito local para retirar escombros y ayudar al Ejército Rojo. La actitud de los soldados soviéticos para con estos civiles era de total *Schadenfreude* ("alegría del mal ajeno"). Agranenko observó a un cabo del Ejército Rojo que hacía formar a un grupo de forzados en cuatro filas para después gritarles con algo semejante a un gruñido la siguiente voz de mando en alemán macarrónico: "A Siberia... ¡que os jodan!"37.

Llegado el 10 de abril, creció con gran celeridad la proporción de civiles enviados a la Unión Soviética para hacer trabajos forzados. De éstos, se enviaron a 59.536 a las zonas más occidentales y, en particular, a Ucrania. A pesar de que aún quedaba mucho para alcanzar la cifra planeada por Stalin, sufrieron tanto como los soviéticos capturados con anterioridad por la Wehrmacht, si no más. Como cabe esperar, la situación fue mucho peor para las mujeres. Muchas de ellas se vieron

obligadas a dejar a sus hijos atrás, al cuidado de familiares o amigos. En algunos casos hubieron de abandonarlos por completo. La vida que les esperaba estaba marcada por el sometimiento no sólo a penosas labores, sino también a las eventuales violaciones a manos de los guardias, que en ocasiones iban acompañadas de infecciones venéreas. Otros veinte mil hombres se dedicaron a las “labores de desmontaje” de las fábricas de Silesia.

Por más que Stalin describiera el regimiento de fusileros del NKVD como “una gendarmería” ante el general Bull, no deja de ser asombroso lo poco que intervino este cuerpo a la hora de acabar con los saqueos, las violaciones y los asesinatos indiscriminados de civiles 38. En sus informes parece haber tan sólo un ejemplo de intervención, cuando, en abril, un grupo del 21º regimiento de guardias de frontera del NKVD arrestó a cinco soldados que habían allanado un “albergue de mujeres polacas repatriadas” 39.

Los informes que enviaban a Beria sus propios jefes dan muestra de lo poco que hacían estas tropas por proteger a los civiles ante la violencia. El 8 de marzo, Serov, representante del NKVD en el primer frente bielorruso, lo puso al corriente de la continua oleada de suicidios. El día 12, dos meses después de que comenzase la ofensiva de Chernyajovsky, el jefe del NKVD en la zona norte de Prusia Oriental le hizo saber que “los suicidios de ciudadanos alemanes, en particular las mujeres, se están convirtiendo en una práctica cada vez más extendida”. Para los que no contaban con veneno o una pistola, la forma más extendida de quitarse la vida consistía en colgarse en el desván con una cuerda atada a las vigas. Por otra parte, no eran pocas las mujeres que, incapaces de ahorcar a sus hijos, les cortaban las muñecas antes de hacer otro tanto con ellas mismas 40.

Los regimientos de fusileros del NKVD no castigaban a sus propios soldados por cometer violaciones, sino tan sólo en el caso de que contrajesen alguna enfermedad venérea de sus víctimas, a las que por lo general había contagiado un anterior violador. Al hecho de forzar a una mujer se referían con el nombre de “acto inmoral”, lo que constituía un eufemismo muy propio de Stalin 41. No deja de ser interesante el que los historiadores rusos de hoy sigan empleando circunloquios evasivos. “Los fenómenos negativos del ejército de liberación —escribe uno de ellos al hablar de las violaciones colectivas— causaron un daño considerable al prestigio de la Unión Soviética y de sus fuerzas armadas, y pudieron tener una influencia negativa en las futuras relaciones con los pueblos por los que pasaban nuestros soldados”42.

Este fragmento también reconoce de manera indirecta que hubo muchos casos de violación en Polonia. Sin embargo, resulta aún más chocante el que los oficiales y soldados del Ejército Rojo violasen también a mujeres y niñas ucranianas, rusas y bielorrusas liberadas de los campos alemanes de trabajo forzado. Muchas de las más jóvenes tenían tan sólo dieciséis años cuando las llevaron al Reich, mientras que otras no contaban más de catorce 43. Las violaciones generalizadas de mujeres arrancadas a la fuerza de la Unión Soviética socava por completo cualquier intento de justificar el comportamiento del Ejército Rojo en virtud de un deseo de venganza por la brutalidad demostrada por los alemanes durante su invasión. De este hecho no sólo dan fe los cuadernos inéditos de Vasily Grossman, sino que existe un informe muy detallado que va mucho más allá.

El 29 de marzo, el Comité Central del Komsomol (las Juventudes Comunistas) puso a Malenkov, delegado de Stalin, al corriente de un informe del primer frente ucraniano. “Este memorándum versa sobre los jóvenes capturados por los alemanes que se han visto ahora liberados por los soldados del Ejército Rojo. Tsygankov [subjefe del departamento político del primer frente ucraniano] narra un buen número de hechos extraordinarios que afectan a la inmensa felicidad de los ciudadanos soviéticos a los que se ha rescatado de la esclavitud alemana. Los jóvenes expresan su gratitud al camarada Stalin y al Ejército Rojo por su salvación”.

“La noche del 24 de febrero —relataba Tsygankov en el primero de sus muchos ejemplos—, entraron en el dormitorio de mujeres de la aldea de Grutenberg, situada a diez kilómetros al este de Els, treinta y cinco tenientes provisionales, acompañados del comandante de su batallón, y las violaron”. Tres días más tarde, “un teniente superior de tropas blindadas no identificado llegó a caballo al lugar en que las muchachas recogían el grano. Dejó su montura y se dirigió a una

muchacha de la región de Dniepropetrovsk llamada Gritsenko, Anna. “¿De dónde eres?”, le preguntó. Ella le contestó, y él le dijo que se acercase. Ante la respuesta negativa de la muchacha, el teniente sacó su pistola y le disparó, aunque no la mató. Han tenido lugar muchos incidentes similares.

»En el cuartel general de la ciudad de Bunslau hay más de cien mujeres y niñas. Viven en un edificio separado a poca distancia de la comandancia, aunque no cuentan con medida de seguridad alguna, razón por la que se dan tantos delitos y violaciones de mujeres de este dormitorio a manos de diferentes soldados que entran por la noche y las aterrorizan. El 5 de marzo, avanzada la noche, irrumpieron en él sesenta hombres, entre oficiales y tropa, pertenecientes en su mayoría al tercer ejército blindado de guardias. Muchos de ellos estaban borrachos, y atacaron y afrentaron a mujeres y muchachas. El comandante les ordenó abandonar el dormitorio, si bien los agresores lo amenazaron con sus pistolas y tuvieron una violenta riña con él... Este no es el único incidente: sucede una noche tras otra, razón por la que las que permanecen en Bunslau están asustadas y desmoralizadas, amén de muy descontentas. Una de ellas, Maria Shapoval, llegó a decir: “Me he pasado los días y las noches esperando al Ejército Rojo. Esperaba que me liberasen, y ahora nuestros soldados nos tratan peor que los alemanes. No estoy feliz de seguir con vida”“. “Resultaba difícil vivir con los alemanes —aseguró Klavdia Malaschenko—, pero esto es aún peor. Esto no es una liberación. Nos tratan de un modo terrible, y nos hacen cosas espantosas”.

“Se han dado muchos casos de delitos de este tipo —seguía refiriendo Tsygankov—. La noche del 14 al 15 de febrero, cierta compañía shraft al mando de un teniente superior rodeó una de las aldeas en las que se cuida ganado y abatió a los soldados del Ejército Rojo que custodiaban el lugar. Entonces, sus miembros se dirigieron al dormitorio femenino y comenzaron una bien organizada violación colectiva de las mujeres, que acababan de ser liberadas por nuestro ejército.

»Tampoco faltan ejemplos de mujeres afrentadas por oficiales. Tres de ellos entraron el 26 de febrero en el dormitorio del depósito del pan, y cuando intentó detenerlos el comandante Soloviev, que se hallaba a su cargo, uno de ellos, de igual graduación, le espetó: “Acabo de llegar del frente y necesito una mujer”, dicho lo cual se entregó al libertinaje en el dormitorio.

»A Lantsova, Vera, nacida en 1926, la violaron en dos ocasiones: en primer lugar, cuando atravesaron el territorio las tropas de vanguardia; después, el 14 de febrero, a manos de un soldado. Desde el 15 hasta el 22 de febrero, el teniente Isaev A.A. la obligó a dormir con él, para lo cual la golpeaba y asustaba amenazándola con pegarle un tiro. Algunos oficiales, sargentos y soldados suelen decir a las mujeres liberadas: “Tenemos órdenes de no dejar que volváis a vuestros hogares: viviréis en el norte” [es decir, en campos de concentración del Gulag]. A causa de estas actitudes ante las mujeres y las muchachas, muchas piensan que en el Ejército Rojo y en su país no las tratan como ciudadanas soviéticas, que pueden hacer lo que quieran con ellas (matarlas, violarlas, golpearlas...) y que no las dejarán regresar a casa” 44.

La idea de que las mujeres y niñas soviéticas que cumplían trabajos forzados en Alemania “se habían vendido a los germanos” estaba muy extendida en el Ejército Rojo, lo que explica en parte por qué recibían un trato tan desconsiderado 45. Las jóvenes que habían logrado sobrevivir durante la ocupación de la Wehrmacht recibieron el sobrenombre de “muñecas alemanas”. Los soldados de aviación tenían incluso una canción al respecto:

Las jóvenes sonríen a los alemanes,
y se han olvidado de sus novios.

Cuando llegan tiempos difíciles olvidáis a vuestros halcones
y os vendéis a los alemanes por un mendrugo 46.

No resulta fácil determinar el origen de ese convencimiento de que las mujeres colaboraban con el enemigo. No puede hallarse en ninguno de los comentarios hechos por agentes políticos a finales de 1944 o principios de 1945, si bien parece que con anterioridad el régimen había fomentado la idea de que cualquier ciudadano soviético trasladado a Alemania (bien en calidad de prisionero de

guerra, bien como forzado) había dado su consentimiento tácito al no suicidarse ni “unirse a los guerrilleros”. El concepto del “honor y la dignidad de la muchacha soviética” estaba reservado a las jóvenes que servían en el Ejército Rojo o en la industria bélica 47. Con todo, quizá resulte significativo el que, según una oficial, las mujeres soldados de las fuerzas armadas soviéticas comenzaban a recibir malos tratos por parte de sus compañeros varones desde el momento en que sus tropas entraban en territorio extranjero 48.

Las quejas formales de violación presentadas ante un oficial superior eran peor que inútiles. “Por ejemplo, Eva Shtul, nacida en 1926, refería: “Mi padre y dos de mis hermanos se alistaron en el Ejército Rojo al principio de la guerra. Los alemanes no tardaron en llegar y me trajeron a la fuerza a su país. He estado trabajando en una de sus fábricas, llorando y esperando el día de la liberación, hasta que llegó el Ejército Rojo y sus soldados me deshonraron. Lloré y le hablé al oficial superior de mis hermanos que servían en el ejército, y él me golpeó y me violó. Habría sido mejor que me hubiera matado”.

»Todo esto —concluía Tsygankov— propicia la creación de una atmósfera malsana y negativa entre los ciudadanos liberados; les causa descontento y recelo hacia su madre patria”. Sus recomendaciones, sin embargo, no hablaban de endurecer la disciplina del Ejército Rojo; en lugar de eso, sugería que los esfuerzos de su principal departamento político y el Komsomol debían centrarse en “mejorar la labor política y cultural con los ciudadanos soviéticos repatriados”, de tal manera que no volviesen a sus hogares con ideas negativas acerca de las fuerzas armadas soviéticas 49.

El día 15 de febrero, el primer frente ucraniano llevaba liberados 49.500 ciudadanos soviéticos y 8.868 extranjeros que hacían trabajos forzados para los alemanes, principalmente en Silesia 50. Con todo, estas cifras representaban tan sólo una pequeña parte del total. Poco menos de una semana más tarde, las autoridades soviéticas de Moscú calcularon que debían prepararse para acoger y registrar a un total de cuatro millones de antiguos soldados del Ejército Rojo y civiles deportados 51.

La primera prioridad a este respecto no eran los cuidados médicos que necesitaban los que habían sufrido los horribles rigores de los campos de concentración alemanes, sino la investigación que habría que llevar a cabo para eliminar a los traidores. La segunda prioridad era la reeducación política de aquellos que habían estado sometidos a contaminación foránea. Tanto el primer frente bielorruso como el primer frente ucraniano recibieron órdenes de organizar tres campos de reunión y tránsito bien alejados de la retaguardia, en Polonia. Cada uno de los equipos de reeducación contaba con una unidad móvil de proyección, una radio con altavoces, dos acordeones, una biblioteca dotada de veinte mil folletos del Partido Comunista, cuarenta metros de tela roja para decorar las instalaciones y una serie de retratos del camarada Stalin.

Solzhenitsyn escribió acerca de los prisioneros de guerra liberados que avanzaban con la cabeza gacha. Temían ser castigados por el simple hecho de haberse rendido. Con todo, la necesidad de refuerzos era tal que la inmensa mayoría acabó en regimientos de reserva para ser sometida a un proceso de reeducación y reciclaje, pues debía estar lista para la ofensiva final sobre Berlín. Este, sin embargo, no era más que un indulto temporal. Cuando la lucha hubiese terminado tendría lugar una nueva investigación, y ni siquiera los que mostrasen un comportamiento heroico en Berlín estaban a salvo de ser enviados a los campos de concentración.

La necesidad urgente que tenía el Ejército Rojo de “carne de cañón” hizo que se reclutase sin pensarlo dos veces a antiguos forzados sin ninguna formación militar. La mayoría de los “bielorrusos y ucranianos occidentales” de las regiones tomadas por Stalin en 1939 seguía considerándose polaca, aunque no por ello se le concedió mucha más elección al respecto.





1. (*Página anterior*) Miembros de las Juventudes Hitlerianas durante el combate mantenido en Lauban (Silesia) el día 30 de marzo.

2. Parte del cuerpo Grossdeutschland ante una inspección en un bosque de Prusia Oriental antes del violento ataque soviético del 14 de enero.



3. Miembros de la Volkssturm capturados en Insterburg, Prusia Oriental, el 22 de enero.



4. Berlineses tras un ataque aéreo de gran intensidad.



5. Una caravana de refugiados alemanes de Silesia huye del Ejército Rojo.



6. Tropas del Ejército Rojo entran en una ciudad de Prusia Oriental en enero.



7. Tropas mecanizadas soviéticas a su entrada en la población de Mühlhausen, Prusia Oriental.



8. Tropas del Ejército Rojo ocupan Tilsit.



9. Un cañón de asalto autopropulsado soviético se introduce en Danzig el 23 de marzo.



10. Un miembro de las Juventudes Hitlerianas durante un desfile de la Volkssturm presidido por Goebbels.



11. Dos soldados alemanes durante la defensa de Breslau, capital sitiada de Silesia.



12. Panzergrenadier de las SS antes de un contraataque en la Pomerania meridional.



13. Goebbels condecora a un miembro de las Juventudes Hitlerianas tras
la recuperación de Lauban, el 9 de marzo.
14. (*Página siguiente*) Mujeres y niños alemanes que intentan escapar en tren hacia poniente.



Una vez llegados al campo de concentración en el que los iban a investigar, los prisioneros soviéticos liberados formulaban un buen número de preguntas; querían saber cuál sería su condición, si gozarían de pleno derecho de ciudadanía una vez que regresasen a Rusia o si sufrirían algún tipo de privación; si los enviarían a los campos de concentración... Las autoridades soviéticas no consideraban que éstas fuesen cuestiones pertinentes; de hecho, no tardaron en atribuirlas a "la propaganda fascista, pues los alemanes habían aterrorizado a nuestros compatriotas en Alemania, y este falaz proselitismo se intensificaba a medida que la guerra tocaba a su fin" 52.

Los trabajadores políticos de los campos de concentración ofrecían charlas, sobre todo acerca de los logros del Ejército Rojo y de la retaguardia soviética, así como de los dirigentes del Partido, en especial del camarada Stalin. "También les proyectan películas soviéticas —informó el jefe del departamento político del primer frente ucraniano—. A todos les gustan mucho, y con frecuencia gritan: "¡Hurra!", más aún si aparece Stalin, y: "¡Viva el Ejército Rojo!". Después de la sesión cinematográfica, se alejan llorando de alegría. Entre los liberados, apenas si hay un puñado que haya traicionado a la madre patria". En el campo de Cracovia, tan sólo cuatro de un total de cuarenta sospechosos sufrieron arresto acusados de traición. Estas cifras, empero, se hicieron mucho mayores más adelante.

Corren historias, muy difíciles de confirmar o desmentir, que afirman que incluso hubo trabajadores forzados de la Unión Soviética ejecutados tras la liberación sin que mediase investigación alguna. Así, por ejemplo, el agregado militar sueco oyó que tras la ocupación de Oppeln en Silesia, se congregó en un mitin político a unos doscientos cincuenta de ellos. Acto seguido, se vieron rodeados de soldados del Ejército Rojo o del NKVD. Uno de ellos les preguntó a gritos por qué no se habían hecho guerrilleros, tras lo cual las tropas abrieron fuego 53.

El término "traidor de la madre patria" no sólo era susceptible de aplicarse a los soldados reclutados de los campos de concentración alemanes, sino también a los soldados del Ejército Rojo que habían sido capturados en 1941. Algunos de éstos tenían heridas tan graves que no pudieron luchar hasta el final. Solzhenitsyn alegó en su favor que llamarlos "traidores *de* la patria" en lugar de "traidores *a* la patria" constituía un lapsus freudiano muy significativo. "No la traicionaban *a ella*, sino que eran *sus* traidores. No eran ellos, aquellos desafortunados, los que habían sido desleales a su patria, sino ésta la que, calculadora, les había sido desleal a ellos" 54. El estado soviético los había traicionado por medio de su incompetencia y la falta de preparación de que dio muestras en 1941. Más tarde, se había negado a reconocer el horrible destino al que hubieron de enfrentarse en los campos de concentración alemanes; y por último, los había traicionado al hacerles creer que los había redimido el coraje mostrado durante las últimas semanas de la guerra para ordenar que los arrestasen poco después de acabada la lucha. En opinión de Solzhenitsyn, el "traicionar a los propios soldados y proclamarlos traidores" había sido la obra más sucia de la historia de Rusia.

Pocos soldados del Ejército Rojo, ya fuesen prisioneros de guerra o hubieran tenido la fortuna de no haber caído nunca en manos del enemigo, se mostraban dispuestos a perdonar a los que se habían puesto un uniforme alemán, fueran cuales fuesen las circunstancias. Se midió por el mismo rasero a los miembros de la ROA de Vlasov —conocidos como *vlasovtsy*—, los voluntarios de las SS, los guardias de campos de concentración ucranianos y caucasianos, los cosacos del cuerpo de caballería del general Von Pannwitz, los equipos de policías, los "destacamentos de seguridad" antiguerrilla e incluso los desdichados *Hiwi* (nombre con el que se conocía a los *Hilfsfreiwilligen*, o ayudantes voluntarios).

Se calcula que entre todos sumaban un millón o millón y medio de hombres. Las autoridades del Ejército Rojo insistieron en que había más de un millón de *Hiwi* trabajando para la Wehrmacht 55. A los que se capturaba —e incluso a los que se entregaban— se les abatía en el acto o poco después. "Los *vlasovtsy* y otros cómplices de los nazis solían ser fusilados en el acto —afirma la historia oficial de Rusia más reciente—. Este hecho no resulta sorprendente, ya que el código militar de la infantería del Ejército Rojo exigía que cada soldado fuese "implacable con los

desertores y traidores de la madre patria”56. También parece haber tenido que ver con el honor regional y la sed de venganza de los soldados de las diversas zonas: “Los de Orel matan a los de Orel; los uzbecos, a los uzbecos”57.

Los soldados del NKVD mostraban una falta de compasión comprensible en su búsqueda de ucranianos y caucasianos que habían ejercido de guardias en los campos de concentración y que habían dado con frecuencia muestras de una crueldad mayor aún que la de los alemanes encargados de supervisarlos 58. Con todo, el hecho de que los prisioneros de guerra del Ejército Rojo pudiesen recibir un trato igual en la práctica al de aquellos que habían vestido un uniforme enemigo formaba parte de una actitud sistemática dentro del NKVD. “Debe haber una sola forma de actuar ante cualquier prisionero, cualquiera que sea su categoría”, se dijo a sus regimientos de fusileros en el 2º frente bielorruso. Los desertores, ladrones y antiguos prisioneros de guerra debían recibir el mismo trato que “los que han traicionado a nuestro estado”59.

Si bien resulta difícil en extremo albergar cualquier tipo de simpatía en relación con los guardias de campos de concentración, la gran mayoría de *Hiwi* había sido víctima de coacción o se había sometido tras verse privada de alimento. En cuanto a las categorías intermedias, muchos de los que sirvieron en las unidades del ejército alemán o en las SS eran nacionalistas ucranianos, bálticos, cosacos o caucasianos, que odiaban al gobierno soviético de Moscú. Algunos *vlasovtsy* se habían unido sin remordimientos a su antiguo enemigo, pues tenían bien presentes las ejecuciones arbitrarias de sus amigos a manos de los oficiales y destacamentos de bloqueo del Ejército Rojo durante 1941 y 1942. Otros eran campesinos contrarios a la colectivización forzada. De cualquier manera, muchos de los soldados de Vlasov y de los *Hiwi* no eran más que personas ingenuas o mal informadas. El intérprete ruso de cierto campo de prisioneros de guerra contaba que, en cierto mitin propagandístico organizado para reclutar voluntarios, uno de los presos rusos levantó la mano para decir: “Camarada presidente, nos gustaría saber cuántos cigarrillos recibiremos al día en el ejército de Vlasov” 60. Como es de esperar, para muchos un ejército no era más que un ejército; el uniforme que hubiese que vestir era lo de menos, sobre todo si eso suponía estar bien alimentado en lugar de morir de hambre y maltratado en un campo de concentración. Todos los que siguieron este camino hubieron de sufrir mucho más de lo que nunca hubiesen imaginado. Incluso los que sobrevivieron a quince o veinte años en el Gulag tras la guerra acabaron marcados. Los que eran sospechosos de haber colaborado con el enemigo no recuperaron sus derechos civiles hasta el quincuagésimo aniversario de la victoria, celebrado en 1995 61.

Entre las cartas encontradas en poder de los prisioneros de guerra rusos que habían servido en el ejército alemán, casi con toda certeza en calidad de *Hiwi*, hay una de alguien que apenas sabía escribir, garabateada en una de las guardas arrancadas de un libro alemán. “Camaradas soldados —decía—, nos entregamos a vosotros y os pedimos un gran favor: decidnos, por favor, por qué estáis matando a los rusos encerrados en las prisiones alemanas. Resulta que nos capturaron y nos llevaron a trabajar para sus regimientos, y lo hicimos sólo por no morir de hambre. Ahora resulta que llevan a esas personas al lado ruso, a su propio ejército, y los fusiláis. ¿Por qué?, os preguntamos. ¿Es porque el mando soviético traicionó a esas personas en 1941 y 1942?”62.

8
Pomerania y las cabezas de puente del Oder

En febrero y marzo, mientras seguía en pie la cruenta lucha por las cabezas de puente del Oder situadas frente a Berlín, Zhukov y Rokossovsky aplastaron el "balcón báltico" de Pomerania y Prusia Occidental. Durante la segunda y la tercera semanas de febrero, los cuatro ejércitos de Rokossovsky dispuestos a través del Vístula dirigieron su ofensiva hacia el sur de Prusia Occidental. Entonces, el día 24, los ejércitos del flanco derecho de Zhukov y del izquierdo de Rokossovsky presionaron hacia el norte en dirección al Báltico con el fin de partir en dos Pomerania.

La formación alemana más vulnerable era el 2º ejército, que, con todo, se las había arreglado para mantener abierta la última ruta terrestre que partía de Prusia Oriental a lo largo del banco de arena del Frische Nehrung en dirección al estuario del Vístula. Su flanco izquierdo se hallaba al otro lado del Nogat, en Elbing, y mantenía parte de sus fuerzas en el castillo de los caballeros teutónicos de Marienburgo, lo que lo convertía en el más expuesto de los que componían el grupo de ejércitos del Vístula.

El ataque de Rokossovsky se inició el 24 de febrero. El 19º ejército avanzó en dirección noroeste hacia el área comprendida entre Neustettin y Baldenburg; sin embargo, sus tropas se vieron debilitadas por la ferocidad del enfrentamiento, por lo que no tardaron en vacilar. Rokossovsky se deshizo del comandante del ejército, añadió al ataque un cuerpo blindado y los obligó a proseguir. La combinación de los tanques y los cuerpos 2º y 3º de guardias de caballería culminó en breve con la caída de Neustettin, la "piedra angular" de la línea defensiva pomerana 1.

La caballería soviética representó un papel decisivo en la reducción de Pomerania. Capturó sin ayuda alguna varias ciudades, como la localidad costera de Leba, tomada por sorpresa. El 2º cuerpo de guardias de caballería, que constituía el extremo derecho del primer frente bielorruso de Zhukov, se hallaba al mando del teniente general Vladimir Viktorovich Kryukov, ingenioso adalid casado con la cantante popular favorita de Rusia, Lydia Ruslanova.

El ataque de Zhukov hacia el norte, a unos cincuenta kilómetros al este de Stettin, comenzó de forma decidida el 1 de marzo. Lo llevó a cabo una fuerza mucho más poderosa, formada por el tercer ejército de choque y el primer y 2º ejércitos blindados de guardias. Las debilitadas divisiones alemanas no tenían la menor posibilidad. Las brigadas de tanques que formaban la retaguardia avanzaron de forma decidida y cargaron contra ciudades en las que los civiles, desprevenidos, no pudieron sino verlas llegar horrorizados. El tercer ejército de choque y el primer ejército polaco las seguían con el cometido de consolidar sus victorias.

El 4 de marzo, el primer ejército blindado de guardias llegó al Báltico cerca de Kolberg. El coronel Morgunov, al mando de la 45ª brigada blindada de guardias, que fue la primera unidad en alcanzar el mar, envió botellas de agua salada a Zhukov y a Katukov, comandante de su ejército, lo que vino a confirmar lo dicho por este último: "El éxito del avance —había referido a Grossman— está determinado por nuestro enorme potencial mecanizado, que en estos momentos es mayor que nunca. Si avanzamos a velocidad de gigante, habrá pocas pérdidas y lograremos dispersar al enemigo"2.

El 2º ejército al completo y parte del tercer ejército de *Panzer* alemanes se vieron aislados por entero del Reich. Además, como de forma intencionada para acentuar la catástrofe del Báltico, llegaron noticias de que Finlandia, siempre bajo la enorme presión a que la estaba sometiendo la Unión Soviética, había acabado por declarar la guerra durante la víspera a su antigua aliada, la Alemania nazi. Entre los que se hallaban aislados al este del envite de Zhukov se encontraba la

división Carlomagno de las SS, que contaba con un número de hombres mucho menor que los doce mil iniciales, apostada, junto con otras tres divisiones alemanas, cerca de Belgard. Siguiendo órdenes del general Von Tettau, se disponían a intentar abrir una salida en dirección noroeste hacia el litoral báltico, en la desembocadura del Oder. El comandante de la división Carlomagno, el *Brigadeführer* de las SS Gustav Krukenberg, atravesó en silencio con los mil franceses a su cargo los pinares cubiertos de nieve 3. Parte de este grupo mal avenido de intelectuales de derecha, trabajadores y aristócratas reaccionarios a los que no unía otra cosa que una feroz convicción anticomunista resultó ser a fin de cuentas la última defensa con que contó la Cancillería de Hitler en Berlín.

El Führer, no obstante, demostraba profesar poca simpatía a los defensores de su Reich. Cuando el comandante del 2º ejército, el coronel general Weiss, advirtió a los miembros de su cuartel general de que la bolsa del Elbing, que ya había costado tanta sangre, no podría resistir mucho más, Hitler se limitó a responder: “Weiss es un mentiroso, igual que todos los generales”4.

La segunda fase de la campaña pomerana se inició casi de inmediato, tan sólo dos días después de que el primer ejército blindado de guardias llegase al mar. El mando de éste se transfirió a Rokossovsky de forma temporal. Zhukov le telefoneó para expresarle su deseo de que el ejército de Katukov regresase “en el mismo estado en que te lo has encontrado”5. La operación consistía en un gran movimiento rotatorio hacia el flanco izquierdo destinado a alcanzar desde poniente la Pomerania oriental y Danzig mientras que la formación más fuerte de Rokossovsky, el 2º ejército de choque, atacaba desde el sur, siguiendo una línea paralela al Vístula.

El comandante del 2º ejército soviético de choque, el coronel general Fedyuninsky, no quitaba ojo al calendario. En el transcurso de la guerra le habían herido en cuatro ocasiones, y siempre había sucedido el día 20 del mes, razón por la que nunca se movía de su cuartel general llegada esa fecha. Fedyuninsky no creía que debieran despilfarrarse los recursos obtenidos al saquear Prusia. Hizo que sus soldados cargasen cabezas de ganado, pan, arroz, azúcar y queso en diversos trenes que enviaron a Leningrado con el fin de compensar a sus ciudadanos del sufrimiento que les había reportado el terrible sitio de la ciudad.

El avance de Fedyuninsky aisló a los defensores alemanes del castillo de Marienburgo, que habían contado con la ayuda de las andanadas del crucero pesado *Prinz Eugen*, situado en el Báltico. Abandonaron la fortaleza la noche del 8 de marzo, dos días antes de que, tal como había advertido Weiss, cayese Elbing. El 2º ejército alemán, amenazado desde el este y el sur, acudió para defender Danzig y Gdynia con objeto de permitir la evacuación del mayor número posible de refugiados civiles y heridos que atestaban los puertos.

El 8 de marzo, cuando tan sólo habían pasado dos días desde el inicio del avance en dirección oeste hacia Danzig, las fuerzas soviéticas ocuparon la ciudad de Stolp sin encontrar oposición alguna. Dos días después, el primer ejército blindado de guardias y el 19º ejército alcanzaron Lauenburg. Una columna de refugiados que huía de los puertos se vio alcanzada por una brigada de tanques. Las mujeres y los niños corrieron, tambaleándose por entre la nieve, a guarecerse en el bosque, en tanto que los carros blindados aplastaban sus precarios vehículos bajo sus orugas. Con todo, tuvieron más suerte que otras caravanas.

No muy lejos de Lauenburg, los soldados del Ejército Rojo descubrieron otro campo de concentración; en este caso se trataba de uno de mujeres, y los equipos médicos se dispusieron de inmediato a tratar a las supervivientes.

El destino de las familias pomeranas no fue muy distinto del que sufrieron las de Prusia Oriental. Himmler había prohibido evacuar a la población civil del este de Pomerania, por lo que un millón doscientos mil habitantes quedaron aislados a raíz del avance hacia el norte del 4 de marzo, que tenía por objeto la costa báltica. También carecían, al igual que en Prusia Oriental, de noticias de lo que sucedía. Con todo, la mayor parte de las familias había oído rumores y, en lugar de confiar en las autoridades nazis, se preparó para la llegada del Ejército Rojo.

Las familias de terratenientes —"las gentes del feudo", como las llamaban los aldeanos— sabían que lo más probable era que acabasen fusiladas, por lo que sus arrendatarios las exhortaron a huir por su propio bien. Entonces se dispusieron carros y coches de caballos. Cerca de Stolp, Libussa von Oldershausen, hijastra del barón Jesko von Puttkammer, el noble que se había negado a sacrificar a los miembros de la Volkssturm local en Schneidemühl, estaba encinta de nueve meses. El carpintero de la finca construyó un bastidor sobre el que se dispuso la extensa alfombra de la biblioteca a fin de proporcionar al vehículo en que huirían cierto refugio ante la nieve. En el interior se tumbaría, sobre un colchón, la embarazada.

A primera hora del 8 de marzo despertaron a Libussa unos golpes en la puerta. "¡A la caravana! —gritaron desde el otro lado—. ¡Arriba, rápido! Hemos de irnos cuanto antes" 6. Se vistió tan aprisa como pudo y embaló sus joyas. La finca estaba ya abarrotada de refugiados, y algunos comenzaron a saquear las habitaciones sin dar tiempo siquiera a que se hubiese marchado la familia.

Ante la sorpresa de muchas familias pomeranas, y a semejanza de lo sucedido en Prusia Oriental, los prisioneros de guerra franceses que trabajaban en sus haciendas insistieron en acompañarlas en lugar de quedarse a esperar a que los liberara el Ejército Rojo. El ruido sordo del fuego de artillería podía oírse desde la distancia a medida que las tropas se acercaban a las carretas modificadas y otros vehículos tirados por caballos. Se dirigían hacia el este, en dirección a Danzig; sin embargo, ni siquiera la ventaja con que contaban pudieron evitar que las brigadas blindadas de Katukov adelantasen en pocos días a sus carretas.

Libussa se despertó a mitad de la noche tras haber oído que no tendrían tiempo de llegar a un lugar seguro. A la luz del cabo de una vela, pudo ver a su padrastro ataviado con el uniforme y las medallas. Su madre también se había vestido. Habida cuenta de que no tenían forma alguna de evitar que el Ejército Rojo les cortara el paso, habían decidido suicidarse. Lo ocurrido en Nemmersdorf y los relatos de las atrocidades perpetradas en Prusia Oriental, más cercanos en el tiempo, los habían hecho convencerse de que no debían dejarse atrapar vivos. "Ha llegado la hora —observó el barón—. Los rusos no tardarán más de una hora o dos". Libussa los acompañó al exterior, con la intención de hacer otro tanto; pero en el último momento cambió de idea de forma repentina. "Quiero ir con vosotros, pero no puedo. Llevo dentro al bebé: a mi bebé. Está dando pataditas con mucha fuerza: quiere vivir, y yo no puedo matarlo".

Su madre le hizo saber que la comprendía y que pensaba quedarse junto a ella. El barón, entre perplejo y consternado, no tuvo más remedio que deshacerse de su uniforme y su pistola: la única esperanza de sobrevivir que les quedaba radicaba en confundirse con el resto de refugiados antes de que llegara el Ejército Rojo, de tal manera que no descubriesen su condición de "señores".

El primer indicio de la llegada de las tropas soviéticas lo constituyó una bengala de alarma lanzada desde una plantación de abetos. No tardó en seguirla el rugir de los motores de los tanques. Los árboles más pequeños quedaron aplastados cuando comenzaron a surgir del bosque, semejantes a monstruos, los carros de combate. Dos de ellos hicieron sonar su armamento más potente con la intención de intimidar a los aldeanos, tras lo cual se desplegó un grupo de soldados con metralletas para registrar las casas. Las cortas ráfagas que disparaban al entrar en las habitaciones a fin de atemorizar a los que se hallaban en el interior provocaron una lluvia de yeso. Aquéllos no eran precisamente los conquistadores que habían esperado los alemanes. Sus ajados uniformes pardos, manchados y rasgados, las botas hechas pedazos y los cabos que hacían las veces de correa de sus armas no se parecían en nada a los victoriosos miembros de la Wehrmacht que proyectaban los noticieros durante las primeras etapas de la guerra.

Las labores de saqueo se realizaban a paso ligero, al tiempo que los soldados soviéticos gritaban *Uri! Uri!* mientras corrían de un lado a otro haciéndose con los relojes que hallaban. Pierre, su prisionero de guerra francés, insistía en vano en recordarles su condición de aliado, hasta que le propinaron un golpe en el estómago con la culata de un fusil. Entonces registraron los equipajes y los hatillos de los refugiados hasta que oyeron las voces de sus oficiales, que los llamaban desde el exterior. Tras rellenar de despojos el hueco abierto entre la pechera y la chaqueta acolchada, salieron corriendo para volver a unirse a sus vehículos blindados.

Los civiles, temblando a causa de una mezcla de terror y alivio por haber sobrevivido a su primer encuentro con el temido enemigo, no tardaban en enfrentarse a la segunda oleada de soldados, que en este caso consistía en un destacamento de caballería. Estos contaban con algo más de tiempo, lo que quería decir que podrían cometer a su antojo las violaciones que quisieran. La puerta se abrió de golpe y dio paso a un grupito de hombres del Ejército Rojo que entró para tomar a sus víctimas.

Hitler había degradado al general Weiss, comandante del 2º ejército, por haber advertido al cuartel general del Führer de que Elbing no iba a ser capaz de resistir, y había asignado su puesto al general Von Saucken, antiguo comandante de los cuerpos Grossdeutschland.

El 12 de marzo se convocó a Von Saucken a la Cancillería del Reich para comunicarle su nuevo nombramiento. El antiguo soldado de caballería entró en la habitación con un monóculo y la Cruz de Caballero con espadas y hojas de roble en el cuello. Se trataba de un hombre esbelto y elegante, un conservador a ultranza que despreciaba sin tapujos a la *braune Bande* de los nazis. Hitler pidió a Guderian que lo pusiese al corriente de la situación de Danzig. Después informó a Von Saucken de que estaría a las órdenes del *Gauleiter* Albert Förster. El general le devolvió la mirada. "No tengo ninguna intención —repuso— de acatar órdenes de un *Gauleiter*".

No sólo se había atrevido a contradecir de modo categórico al dirigente nazi, sino que tampoco se había dirigido a él como *Mein Führer*. Incluso Guderian, que había reñido con Hitler en más ocasiones que la mayoría, sintió un estremecimiento. Con todo, los presentes quedaron aún más sorprendidos por la aquiescencia del dirigente. "De acuerdo, Saucken —asintió con voz débil—; el mando recaerá por entero sobre usted" 7.

El general voló a Danzig al día siguiente. Estaba resuelto a retener los dos puertos a fin de permitir que pudiese escapar el mayor número posible de civiles. Se calculaba que la población de la ciudad había aumentado a un millón y medio de habitantes, de los cuales al menos cien mil estaban heridos. En medio del caos, las SS comenzaron a atrapar a los rezagados al azar para colgarlos de diversos árboles por desertores. El suministro de alimentos era escaso hasta la desesperación. Un barco cargado de veintiuna mil toneladas de víveres había topado con una mina para acabar hundiéndose con las provisiones de seis días que transportaba a Danzig y Gdynia 8.

La Kriegsmarine no sólo dio muestras de una valentía y una tenacidad extraordinarias durante la evacuación, sino que siguió prestando el apoyo de su artillería una vez en el mar a despecho de los constantes ataques aéreos y la amenaza de los torpedos lanzados por los submarinos soviéticos de la flota del Báltico. Los cruceros *Prinz Eugen* y *Leipzig*, así como el vetusto acorazado *Schlesien*, empleaban todo su armamento en su empeño por defender las dos ciudades del ataque del Ejército Rojo. Sin embargo, no pudieron evitar que, el 22 de marzo, las tropas soviéticas rompiesen por la mitad la línea defensiva de Danzig-Gdynia, situada entre ambos puertos, que no tardaron en ser víctima del fuego de artillería que fue a sumarse con precisión a los interminables ataques de la aviación soviética.

Los bombarderos castigaron las ciudades y las zonas portuarias, mientras que los Shturmovik soviéticos trataban de igual modo los objetivos militares y civiles, ya fuesen iglesias o búnkeres, como si tuviesen órdenes de derribar cualquier edificio que se elevase del suelo de forma visible. Los heridos que esperaban en los muelles para embarcar quedaron acribillados en sus camillas. Las decenas de miles de mujeres y niños que temían perder su lugar en las colas de evacuación resultaban blancos perfectos. No había tiempo para ayudar ni compadecer a heridos y muertos. Sólo se recogía a los niños, que quedaban huérfanos en cuestión de instantes. Con el incansable tableteo de los cañones de 88 milímetros y el ruido de las baterías ligeras antiaéreas, nadie podía oírlos llorar.

Las abigarradas tripulaciones de la Kriegsmarine, valiéndose de toda embarcación disponible —gabarras, pinazas, remolcadores y lanchas rápidas— iban y venían sin descanso para transportar a los civiles y los heridos al pequeño puerto de Hela, situado en el extremo de la península contigua.

Desde mar adentro, los destructores les proporcionaban todo el apoyo antiaéreo de que eran capaces. Los marineros apenas flaqueaban, aun cuando incluso un disparo errado era suficiente para

volcar algunas de las embarcaciones más pequeñas. El 25 de marzo, una joven de la resistencia polaca proporcionó al general Katukov un plano del sistema defensivo de Gdynia. En un principio, el oficial soviético pensó que se trataba de un ardid, si bien resultó ser auténtico. Mientras sus tropas luchaban a las afueras de la ciudad, la Kriegsmarine no cejaba en su empeño por evacuar al mayor número posible de refugiados antes del final, para lo que en ocasiones había incluso que acelerar el ritmo. Sus botes hubieron de enfrentarse a una nueva arma, pues los tanques de Katukov habían aprendido a emplear su artillería contra objetivos marinos, lo que hacía su labor aún más peligrosa.

Parte de una sección de la Grossdeutschland que había escapado, en medio de escenas propias de una pesadilla, de la evacuación final de Memel, en la punta más al noreste de Prusia Oriental, se encontró inmersa en una experiencia casi idéntica. Decididos a refugiarse bajo las bóvedas de una bodega, sus miembros se encontraron con un médico que asistía un alumbramiento a la luz de un par de faroles. "Si el nacimiento de un niño es por norma un acontecimiento gozoso —escribió uno de ellos—, éste en particular no hacía sino añadir tensión a la tragedia general. Los gritos de la madre habían perdido toda significación en un mundo hecho de gritos, y el llanto del niño parecía indicar que se arrepentía de haber nacido"9. Mientras se abrían camino en dirección al puerto, los soldados albergaron la esperanza de que el niño muriese, por su propio bien. El avance soviético hacia Gdynia estaba marcado por un horizonte de llamas rojas que se recortaban contra un espeso humo negro. El ataque final había comenzado, y cuando cayó la noche del 26 de marzo, el Ejército Rojo ya se hallaba en posesión de la ciudad y el puerto.

El saqueo de Gdynia y el trato que hubieron de sufrir los supervivientes conmovió incluso a las autoridades militares soviéticas. "El número de los acontecimientos extraordinarios es cada vez mayor —informó el departamento político con su proverbial léxico eufemístico—, y otro tanto sucede con los fenómenos inmorales y los crímenes militares. Entre nuestras tropas se dan fenómenos vergonzosos y dañinos en lo político cuando, bajo el estandarte de la venganza, algunos oficiales y soldados cometen atrocidades y saqueos en lugar de cumplir con actitud honesta y desinteresada su deber para con la madre patria"10.

Poco más al sur, mientras tanto, Danzig se hallaba igualmente bajo un terrible ataque proveniente del oeste, que obligaba a los defensores a retroceder paso a paso. El 28 de marzo cayó la ciudad, de lo que se derivaron terribles consecuencias para la población civil que aún no había sido evacuada. Lo que quedaba de las tropas de Von Saucken se retiró hacia levante hasta llegar al estuario del Vístula, donde permaneció sitiado hasta el final de la guerra.

Para los oficiales alemanes, sobre todo los pomeranos y rusos, la pérdida de la ciudad hanseática de Danzig, de sus magníficos edificios antiguos rematados por gabletes escalonados, fue un verdadero desastre. Comportaba la total desaparición de la vida de la Alemania báltica. Con todo, mientras lloraban la destrucción de una cultura de tanta raigambre, cerraban los ojos ante los horrores del régimen que con tanta eficiencia habían respaldado en sus objetivos bélicos. Tal vez no tuviesen conocimiento de la fabricación de jabón y piel a partir de cadáveres que se llevaba a cabo en el Instituto Médico Anatómico de Danzig; pero sí que sabían de la existencia del campo de concentración de Stutthof, situado en la desembocadura del Vístula, dado que las tropas de la Wehrmacht, y no sólo las SS, habían estado involucradas en la matanza de sus prisioneros, perpetrada al saber que se acercaba el Ejército Rojo.

Prusia Occidental y Pomerania no sufrieron quizá tanto como Prusia Oriental, pero el destino de los civiles no dejó por ello de ser terrible. Su cultura se vio reducida a cenizas tanto como sus iglesias y demás edificios antiguos.

El comandante soviético de Lauenburg se quejó al capitán Agranenko de que resultaba "del todo imposible frenar la violencia"11. Este último pudo comprobar que los soldados del Ejército Rojo no se molestaban en emplear los eufemismos oficiales con que se designaban las violaciones, tales como "violencia contra la población civil" o "inmoralidad", sino que se limitaban a usar el término *joder*. Un oficial cosaco le confió que las mujeres alemanas eran "demasiado orgullosas", de tal

manera que había que "ponerse a horcajadas" sobre ellas 12. Otros protestaban porque parecían "caballos de tiro". En Glowitz pudo observar que algunas "empleaban a los niños a modo de pantalla". Los soldados soviéticos volvieron a dar muestra de una mezcla en extremo desconcertante de violencia irracional, lujuria alcohólica y espontánea amabilidad para con los menores.

Las más jóvenes, desesperadas por escapar a la atención de los soldados, se frotaban el rostro con ceniza y hollín, se cubrían la frente con los pañuelos propios de las campesinas, se arrebujaban para ocultar sus cuerpos y cojeaban por el lado de la carretera como viejas decrépitas. Sin embargo, este disfraz no garantizaba en absoluto su seguridad, habida cuenta de que muchas ancianas tampoco se hallaban a salvo de violación.

Las mujeres alemanas desarrollaron sus propias fórmulas verbales en relación con las experiencias por las que habían pasado. Muchas decían: "Tuve que ceder"; una de ellas refirió que había tenido que ceder trece veces. "Su horror parecía teñido de una pincelada de orgullo por cuanto había soportado", señaló sorprendida Libussa von Oldershausen 13. De cualquier manera, eran muchas más las mujeres traumatizadas por sus espantosas vivencias. Algunas sufrían ataques catatónicos; otras se suicidaban, aunque, al igual que sucedió a Libussa von Oldershausen, las embarazadas solían rechazar esta última vía de escape, llevadas del deber instintivo que habían contraído con sus bebés aún nonatos.

Algunas tuvieron la ocurrencia de salpicarse el rostro de puntos rojos para simular las erupciones de los aquejados de tifus. Otras aprendieron la palabra que designaba en ruso esta enfermedad y cómo se escribía en cirílico para clavar carteles en sus puertas y dar así a entender que la casa estaba infectada. En las zonas más remotas había comunidades enteras escondidas en alquerías alejadas de las rutas principales. Dejaban siempre a un centinela cerca de la carretera, provisto de una linterna por la noche o una camisa con la que hacer señales por el día en caso de que las tropas soviéticas dejasen el camino para dirigirse al escondite. Entonces, las mujeres corrían a esconderse, y se llevaban las aves domésticas y los cerdos a corrales ocultos en el bosque. En la Guerra de los Treinta Años debieron de tomarse precauciones similares para sobrevivir, pues eran, con toda probabilidad, antiguas como la misma guerra.

De todos los indicios de lucha con que se toparon los refugiados al verse obligados a volver a casa tras la caída de Danzig, los peores eran los "callejones cadalso", en los que las SS y la Feldgendarmerie habían ahorcado a los desertores. Al cuello tenían letreros que rezaban cosas como: "Estoy aquí colgado por no creer en el Führer"14. Libussa von Oldershausen y su familia, forzados a volver a su hogar una vez caídos en manos del enemigo los dos puertos, pudieron ver también a un par de miembros de la Feldgendarmerie capturados y ahorcados por los soviéticos. El camino de regreso estaba sembrado de vehículos inservibles que los tanques rusos habían tirado a la cuneta, así como de equipaje saqueado y esparcido por el camino: ropa de cama, vajilla, maletas y juguetes. Los cuerpos sin vida de caballos y cabezas de ganado que yacían a los lados de la carretera tenían tiras de carne cortadas de sus ijares.

Muchos pomeranos murieron asesinados durante la primera semana de ocupación. Cerca de la aldea de los Puttkamer lanzaron a una pareja de ancianos a las heladas aguas del estanque del lugar, donde ambos perdieron la vida. Asimismo, ataron a un hombre a un arado y lo obligaron a tirar de él hasta que se derrumbó. Sus torturadores lo remataron con las metralletas. A herr Von Livonius, propietario de una finca en Grumbkow, lo descuartizaron para echar sus miembros a los cerdos 15. Los terratenientes que habían formado parte de la resistencia contra los nazis no tuvieron un destino mucho mejor. Eberhard von Braunschweig y su familia, convencidos de no tener nada de lo que temer, esperaron la llegada del Ejército Rojo en su casa señorial de Lübzow, cerca de Karzin. Con todo, su reputación y los numerosos arrestos a que lo había sometido la Gestapo sirvieron de muy poco: los soldados sacaron a rastras a toda la familia para fusilarla. De cuando en cuando, los aldeanos y prisioneros franceses salían, en un gesto de valentía, a la defensa de algún terrateniente que había sabido ganarse su estima, pero los más hubieron de enfrentarse solos a su destino.

No había nada que pudiera predecirse. En Karzin, la anciana frau Von Puttkamer se fue a la cama cuando los ruidos de los disparos y los motores de los tanques comenzaban a ser audibles.

Poco después, un joven soldado soviético abrió la puerta, ebrio como una cuba tras la captura de la aldea contigua, y le indicó que se levantara para dejarlo dormir en su lugar. Ella se negó y le dejó bien claro que aquél era su lecho, pero que estaba dispuesta a darle una almohada para que pudiese dormir sobre la alfombra. Entonces juntó las manos y empezó a hacer sus plegarias. El intruso, demasiado embotado para discutir, se echó a dormir donde le habían indicado.

Inmediatamente después de la captura de Pomerania, el capitán Agranenko, siempre dispuesto a recoger material como buen dramaturgo, viajó por los diversos escenarios de la batalla tomando apuntes. Pudo observar que cuando garabateaba en su cuadernillo, los soldados lo miraban temerosos, convencidos de que debía de ser miembro del NKVD.

El 23 de marzo, en Kolberg, le llenó de regocijo la repentina irrupción del tiempo primaveral: "Los pájaros cantan, las flores se abren: la naturaleza se muestra indiferente a la guerra"16. Observaba a los soldados del Ejército Rojo que, en su intento por aprender a montar las bicis que habían saqueado, iban y venían con peligrosos tambaleos. De hecho, los mandos del frente hubieron de dictar órdenes que les prohibían montar en bicicleta por la carretera dado el gran número de soldados que habían muerto atropellados. La rápida invasión de Pomerania había supuesto la liberación de miles de trabajadores y prisioneros extranjeros, y por la noche, sus fogatas bordeaban las carreteras. Por el día, proseguían el largo camino a pie que los llevaba a sus hogares. La mayoría había confeccionado banderas nacionales con el fin de poner de relieve su identidad no germana. Agranenko y otros oficiales se encontraron a un grupo de lituanos que agitaba su bandera. "Les hicimos saber —escribió— que su bandera nacional era ya de color rojo". No cabe duda de que, al igual que la mayoría de los rusos, Agranenko consideraba natural que la Unión Soviética se hubiese anexionado los estados bálticos, aunque ninguno de ellos se diese cuenta de que formaba parte del protocolo secreto del pacto firmado por nazis y soviéticos.

En tanto que los trabajadores y prisioneros extranjeros liberados enarbolaban sus banderas, los alemanes llevaban brazaletes blancos y enormes banderas del mismo color sacadas de sus casas con el fin de poner de relieve su rendición. Sabían que cualquier muestra de resistencia y aun de resentimiento no haría sino acarrear más problemas. El alcalde que habían nombrado los soviéticos en Köslin, un joyero judío de cincuenta y cinco años llamado Usef Ludinsky, llevaba un bombín y un brazalete rojo cuando leía las proclamas de las autoridades militares desde las escaleras del ayuntamiento. Los habitantes alemanes escuchaban en silencio. En Leba, la caballería que había tomado la ciudad se había hecho con todos los relojes, de manera que, todas las mañanas, el *Bürgermeister* debía recorrer las calles haciendo sonar una campana al tiempo que gritaba: Nach Arbeit! ("A trabajar!"), a fin de despertar a los habitantes movilizados por las autoridades soviéticas 17.

En Stargard, Agranenko observó a un conductor de tanque con su casco forrado de piel que se acercaba a las tumbas recién cavadas en la plaza opuesta al tribunal de justicia. El joven se puso a leer uno a uno los nombres de las tumbas, lo que hacía pensar que estaba buscando a alguien en concreto. Entonces se detuvo ante una de las sepulturas, se descubrió e hizo una reverencia. Hecho esto, tiró bruscamente de su metralleta y disparó una larga ráfaga. Eran las salvas en honor de su comandante, que se hallaba enterrado a sus pies.

Agranenko también tuvo oportunidad de charlar con jóvenes controladoras de tráfico. "Aún falta mucho para nuestra boda —le dijeron—. Ya hemos olvidado incluso que somos mujeres, ahora que nos hemos convertido en soldados". Parecían convencidas de ser parte de esa generación de posguerra condenadas a la soltería por los nueve millones de víctimas del Ejército Rojo.

Mientras los ejércitos de Zhukov habían estado destruyendo el "balcón del Báltico", el primer frente ucraniano del mariscal Konev seguía combatiendo en Silesia. El principal obstáculo con que contaban era la ciudad fortaleza de Breslau, a orillas del Oder, cuya defensa dirigía su fanático *Gauleiter*, Karl Hanke. De cualquier manera, el mariscal soviético no deseaba perderse la operación

de Berlín, por lo que decidió sitiar la ciudad, tal como había hecho Zhukov en Poznan, y avanzó a través del río desde las cabezas de puente del Steinau y el Ohlau. Su objetivo era el Neisse, afluente meridional del Oder, desde el que pensaba lanzar su ataque al sur de Berlín.

El 8 de febrero, los ejércitos de Konev arremetieron desde las dos cabezas de puente situadas a ambos lados de Breslau. La embestida principal, efectuada desde la del Steinau, tuvo por objeto el ejército al que habían bautizado como 4º de *Panzer*, cuya línea de defensa no tardó en desmoronarse. Para hacer más rápido el avance desde la cabeza de puente del Ohlau, Konev desvió entonces el tercer ejército blindado de guardias de Rybalko. De ese modo, el 12 de febrero tenían rodeada la ciudad de Breslau, en la que habían quedado atrapados más de ochenta mil civiles.

El 4º ejército blindado de guardias de Lelyushenko avanzó hacia el Neisse, cuyas riberas alcanzó seis días más tarde. Durante este tiempo, las tropas de carros de combate pudieron comprobar que eran pocos los habitantes que quedaban en la retaguardia. En ocasiones, el párroco de alguna aldea salía a recibirlos con una carta por la que los ciudadanos pretendían "participar su amistad a los rusos", y el primer frente ucraniano observó que de cuando en cuando los médicos alemanes "se ofrecían para prestar asistencia a nuestros heridos"[18].

Lelyushenko se encontró entonces con una sorpresa desagradable al saber que los restos de los cuerpos Grossdeutschland y el 24º cuerpo de Panzer de Nehring estaban atacando sus líneas de comunicación y el destacamento de retaguardia. Tras dos días de lucha, empero, los alemanes hubieron de retroceder. Como consecuencia, Konev obtuvo el control total sobre más de cien kilómetros del Neisse, de modo que aseguró la línea de la que partiría hacia Berlín y, a un tiempo, hizo que Breslau quedase rodeada. Con todo, la lucha que mantenían con el 17º ejército alemán al sur de la cabeza de puente del Ohlau se prolongó durante lo que quedaba de febrero y marzo.

Los nazis habían dado por sentado que el hecho de combatir en suelo alemán avivaría el fanatismo de la resistencia de forma automática. Sin embargo, parece que no siempre fue así. "La guerra en territorio alemán está minando por completo nuestra moral —admitió un prisionero de la 35ª división de infantería a su interrogador soviético—. Nos dicen que luchemos hasta morir, pero esto se ha convertido en un verdadero callejón sin salida"[19].

El general Schörner tuvo la idea de lanzar un contraataque, el día 1 de marzo, contra la ciudad de Lauban. Logró tomar por sorpresa al tercer ejército blindado de guardias, y así volvió a ocupar la ciudad. Goebbels no cabía en sí. El 8 de marzo se dirigió en coche a Görlitz, seguido de un grupo de fotógrafos del Ministerio de Propaganda, para pronunciar en la plaza del mercado una serie de discursos en los que se deshizo en parabienes ante un desfile de tropas regulares y miembros de la Volkssturm y las Juventudes Hitlerianas. Goebbels otorgó la Cruz de Hierro a algunos de estos últimos ante las cámaras, tras lo cual fue a visitar los tanques soviéticos destruidos durante la batalla.

Al día siguiente se lanzó una nueva operación ideada por Schörner para reconquistar una ciudad. Esta vez le tocó el turno a Striegau, a cuarenta kilómetros al oeste de Breslau. Las fuerzas alemanas que la recuperaron aseguraron haber encontrado a tan sólo unos cuantos supervivientes civiles, desquiciados a raíz de las atrocidades cometidas por los hombres de Konev, y juraron matar a todo soldado del Ejército Rojo que cayera en sus manos. De cualquier manera, el comportamiento de las tropas alemanas a la sazón no era precisamente intachable. Las autoridades nazis no mostraban desconcierto alguno ante los informes en que se describía cómo mataban a golpes de pala a los prisioneros soviéticos, aunque estaban horrorizadas ante el número cada vez mayor de documentos que hablaban de lo que Bormann llamó "el saqueo por parte de los soldados alemanes de las zonas evacuadas"[20]. Este ordenó a los oficiales, a través del mariscal de campo Keitel, que aleccionasen a sus soldados al menos una vez por semana acerca de cuál era su deber para con los civiles alemanes.

En Silesia, la lucha era encarnizada, y ambos bandos imponían una disciplina castrense brutal a sus propios hombres. El general Schörner había declarado la guerra a los enfermos fingidos y los rezagados, a los que ahorcaba al lado de la carretera sin que mediase siquiera un consejo de guerra sumario. Según los soldados del 85º batallón de zapadores que habían caído prisioneros, en la ciudad de Neisse se habían ejecutado veintidós penas capitales sólo durante la segunda quincena de

marzo. “El número de sentencias de muerte dictadas por huir del campo de batalla, desertar, autolesionarse, etc. aumenta de semana en semana —informó el primer frente ucraniano a raíz de las confesiones de los prisioneros—. Las sentencias se leen en presencia de todos los soldados”21.

Los especialistas soviéticos en propaganda del cuartel general del 7º departamento del frente no tardaron en descubrir en los interrogatorios que podían explotar el rencor que albergaban los soldados alemanes contra sus comandantes. Merced a las comunicaciones deficientes y las súbitas retiradas, resultaba sencillo hacerles creer que sus mandos habían huido y los habían dejado atrás. Así por ejemplo, la 20ª división de *Panzer*, tras verse rodeada cerca de Oppeln, comenzó a recibir octavillas que proclamaban: “¡El coronel general Schörner deja plantados a sus hombres en Oppeln! Ha tomado su vehículo oficial blindado para echar a correr como un poseso en dirección al Neisse”22. Las tropas alemanas también sufrían sobremodo a causa de los piojos, pues no habían podido cambiarse de ropa interior ni visitar una ducha de campaña desde diciembre. Todo lo que tenían era “un polvo para piojos inútil por completo”. Además, no habían percibido paga alguna por los meses de enero, febrero y marzo, y la mayoría ni siquiera había recibido una carta de su familia desde antes de las Navidades.

La disciplina se tornó asimismo más severa en el bando soviético. Los contratiempos militares se consideraban el fruto de haber incumplido la Orden nº 5 de Stalin, acerca del carácter vigilante del soldado. Al coronel V, que estaba al mando de las tropas soviéticas en Striegau, se le acusó de “negligencia criminal” por el solo hecho de que habían cogido desprevenido a su regimiento y, pese a que sus soldados lucharon bien, la ciudad quedó abandonada. “Este vergonzoso acontecimiento fue investigado a fondo por el consejo militar del frente, y el culpable recibió un castigo estricto”23. No se dice cuál fue la sentencia que se dictó al coronel V., pero, a juzgar por la de otro proceso, no sería de extrañar que hubiese consistido en una prolongada estancia en el Gulag. Al teniente coronel V y el capitán D. se les juzgó frente a un tribunal militar cuando el segundo dejó cerca de unas casas su batería de cañones de campaña, en lugar de buscar una posición correcta, para “marcharse a descansar”, expresión eufemística que se empleaba con frecuencia entre los soviéticos para indicar la indisposición por ebriedad. Entonces los alemanes lanzaron un contraataque sorpresa; los cañones no pudieron emplearse y el enemigo “causó serios daños”24. El capitán fue expulsado del Partido y hubo de cumplir una condena de diez años en el Gulag.

Los oficiales, al igual que los soldados, sentían que sobre ellos pendía la terrorífica sombra del destacamento del SMERSH. Profesaban un enorme resentimiento a sus miembros, que, después de todo lo que habían sufrido, de las heridas y de los camaradas que habían perdido, anhelaban acusarlos por traición o cobardía sin arrostrar siquiera por sí mismos los peligros del frente. Había una canción samizdat acerca del SMERSH, al que aún se seguían refiriendo los soldados por el nombre de Departamento Especial que tenía antes de 1943:

El primer trozo de metal hizo un agujero en el tanque del combustible; aún no sé cómo, pero logré salir de un salto del T-34, y entonces me llamaron los del Departamento Especial.

—¿Por qué no te has quemado jun to con el tanque, hijo de perra?

—En el próximo ataque —respondí— no dudaré en quemarme 25.

Los soldados del primer frente ucraniano no sólo estaban agotados tras todas las batallas y avances; también estaban sucios, infestados de piojos y cada vez más enfermos de disentería. Gran parte del problema radicaba en el hecho de que la salud y la seguridad no constaban entre las prioridades del Ejército Rojo. La ropa interior no se lavaba nunca; el agua de beber se hervía en contadas ocasiones y, a pesar de la normativa, nunca se le añadía cloro. Por encima de todo, la comida se preparaba en unas condiciones atroces de insalubridad. “El ganado se sacrifica de modo incorrecto sobre sucios lechos de paja dispuestos al borde de la carretera —señalaba cierto informe— antes de enviarlo al comedor. Las salchichas se elaboran sobre una mesa mugrienta, y quien se encarga de hacerlo lleva una guerrera llena de porquería”26.

Las autoridades habían parado mientes en el peligro del tifus durante la segunda semana de marzo, a pesar de que durante el invierno se habían podido identificar en Polonia tres variantes de la

enfermedad. Ni siquiera los miembros del NKVD habían escapado a la amenaza que ésta suponía. Entre uno y dos tercios sufrían pediculosis, lo que hace pensar que la proporción era mucho mayor entre los soldados de primera línea del frente. La situación sólo empezó a mejorar cuando se estabilizó el frente de Silesia y cada regimiento pudo montar su *banya*, o establecimiento de baños, tras las trincheras, que los soldados podían visitar tres veces al mes, cifra que se consideraba más que adecuada. La ropa interior debía tratarse con un líquido especial conocido como SK, que sin duda contenía una cantidad aterradora de productos químicos. Asimismo, se dieron órdenes de vacunar a todos los soldados contra las fiebres tifoideas y la poliomielitis, aunque probablemente no hubo tiempo para tanto. El 15 de marzo, presionado por Stalin, Konev dio comienzo al asalto de la Silesia meridional.

El flanco izquierdo del primer frente ucraniano aisló a los treinta mil soldados alemanes dispuestos alrededor de Oppeln gracias al avance hacia el sur, en dirección a Neustadt, desde la cabeza de puente de Ohlau. Este ataque se combinó con otro efectuado a través del Oder, entre Oppeln y Ratibor, para completar el cerco. En muy poco tiempo, los ejércitos 59º y 21º rodearon a la 20ª división de las SS y a la 1ª de infantería. Los especialistas en propaganda del 7º departamento de los ejércitos soviéticos enviaron a un grupo de presos alemanes "antifascistas" en un intento de persuadir a las tropas rodeadas de que las prisiones soviéticas no eran tan malas como habían oído; sin embargo, muchos de estos enviados murieron abatidos por orden de los oficiales.

Lo único que los alemanes encontraban divertido en aquellas fechas era el modo en que recogían los estonios y ucranianos alistados en las SS las octavillas impresas en alemán y se las mostraban a los *Landser* para que se las tradujesen. Estos lo encontraban gracioso porque la persona que estuviese en posesión de una de esas hojas, aunque sólo fuese para enrollar un cigarrillo o limpiarse el trasero, se arriesgaba a que lo condenaran a muerte 27. El 20 de marzo, cerca de la aldea de Rinkwitz, los soldados del Ejército Rojo capturaron y fusilaron a una serie de oficiales del estado mayor de la 20ª división estonia de las SS que quemaban documentos de forma precipitada. Algunos de éstos, que no se habían quemado por completo y habían volado a merced del viento, pudieron recuperarse en los patios traseros de las casas de los campesinos: eran informes en los que se recogían órdenes y sentencias dictadas por los tribunales militares de las SS.

Los empeños de los alemanes por romper desde fuera el anillo soviético que rodeaba el *Kessel* de Oppeln fueron rechazados, y la mitad de los treinta mil soldados que se hallaban atrapados fueron abatidos. Konev recibió el apoyo de un ataque llevado a cabo más al sudeste por el 4º frente ucraniano, que se encontraba a poca distancia. El 30 de marzo, el ejército y el 4º blindado de guardias tomaron Ratibor, con lo que el primer frente ucraniano dominaba prácticamente la totalidad de la Alta Silesia.

A despecho de la constante pérdida de territorio alemán, la dirección nazi no se mostraba dispuesta a cambiar de actitud, y el ostentoso título del grupo de ejércitos del Vístula pasó de ser poco convincente a meramente ridículo. Aun así, sin embargo, no resultaba tan absurdo como el nuevo puesto al oeste del Oder que habían asignado a su comandante en jefe.

El cuartel general de Himmler se instaló a noventa kilómetros al norte de Berlín, en un bosque cercano a Hassleben, población del sudeste de Prenzlau. La distancia que lo separaba de la ciudad ponía al *Reichsführer* de las SS a salvo de cualquier posible bombardeo de la aviación enemiga. El campamento consistía en barracones corrientes de madera rodeados por un alto vallado de alambre de espino; la única excepción la constituía la *Reichsführerbaracke*, una construcción especial, mucho más amplia y de decoración onerosa. "El dormitorio —señaló uno de los oficiales de su plana mayor—, construido en madera rojiza, era muy elegante y contaba con toda una colección de muebles y una alfombra de color verde pálido, que lo hacían asemejarse más al tocador de una gran dama que a la habitación de un hombre que dirigiese a los soldados en la batalla"28.

En la entrada tenía incluso un enorme tapiz de Gobelinos de imitación que representaba una escena "nórdica". Todo, hasta la costosa porcelana, procedía de las fábricas de las SS. En eso había quedado, pensaban los oficiales, la práctica que hacían los dirigentes nazis de la "guerra total" de la que tanto se vanagloriaba Goebbels. Tras un baño, una sesión con su masajista y el desayuno,

Himmler se encontraba listo para trabajar a las diez y media de la mañana. Aun en una situación de crisis, había órdenes de respetar sus horas de sueño y no perturbarlas ni siquiera en el caso de que hubiese de tomar una decisión urgente. En realidad, él no quería otra cosa que otorgar medallas. Disfrutaba sobremanera con este tipo de ceremonias, en las que podía reafirmar su preeminencia sin realizar ningún esfuerzo a cambio. Al parecer de Guderian, su único sueño consistía en que a él le concedieran la Cruz de Caballero.

Sus actuaciones en las reuniones celebradas en la Cancillería del Reich para discutir la situación de la guerra seguían siendo, en comparación, de una incompetencia rayana en lo grotesco. Según su oficial de operaciones, el coronel Eismann, Himmler repetía en ellas con una asiduidad cada vez mayor las palabras *Kriegsgericht* y *Standgericht*, "consejo de guerra" y "consejo de guerra celebrado en el propio campo de batalla", a modo de mortífero mantra. La retirada significaba falta de voluntad, lo que sólo podía curarse adoptando las medidas más severas disponibles. Tampoco dejaba de hablar de los "generales incompetentes y cobardes"29. De cualquier modo, y fuera cual fuese la culpa de estos últimos, se acababa por enviarlos a casa o destinarlos a otro puesto: quienes morían abatidos eran los soldados que se retiraban.

El *Standgericht*, la versión sumaria de los consejos de guerra, constituía, como cabe esperar, el método por el que se decantaba el cuartel general del Führer. En principio ya se había esbozado. Poco después de que el Ejército Rojo llegase al Oder, a principios de febrero, Hitler había copiado la orden Ni un paso atrás emitida por Stalin en 1942, y lo había hecho con la creación de destacamentos encargados de bloquear la huida. El párrafo 5 disponía lo siguiente: "Los tribunales militares tomarán las medidas más estrictas posibles basadas en el principio de que los que temen una muerte honrosa en la batalla no merecen sino la mezquina muerte de los cobardes"30.

A ésta siguió más tarde la orden del Führer del 9 de marzo, en la que establecía el *Fliegende Standgericht*, el consejo de guerra móvil de campaña. Estaba dotado de tres oficiales superiores, dos clérigos, máquinas de escribir y demás material de oficina; aunque lo más importante era "1 Unteroffizier und 8 Mann als Exekutionskommando" ("un suboficial y ocho hombres que formaban parte de un pelotón de fusilamiento") 31. La máxima por la que se guiaban era sencilla: "La justicia de la piedad no ha lugar". La organización debía estar en activo al día siguiente, lista para juzgar a todos los miembros de la Wehrmacht y las Waffen SS. Además, la guerra relámpago lanzada por Hitler contra sus propios soldados se extendió a la Luftwaffe y a la Kriegsmarine por medio de una orden firmada por el general Burgdorf, que dio instrucciones a sus miembros de asegurarse de que quien presidía cada juicio se hallaba "anclado con firmeza a la ideología de nuestro Reich".

Martin Bormann, llevado de la intención de que el Partido Nazi no quedase a la zaga, publicó asimismo una orden dirigida a los *Gauleiter* a fin de que reprimieran "la cobardía y el derrotismo" con sentencias de muerte dictadas en consejos de guerra sumarios 32.

Cuatro días después de que se expidiese la orden por la que instituía el *Fliegende Standgericht*, el Führer libró un nuevo mandato, redactado seguramente por Bormann, acerca de la implantación de la ideología nacionalsocialista en el ejército: "Es deber prioritario de aquel que guía a los soldados el hacerlos activos y fanáticos en lo político; él es ante mí el principal responsable de su conducta nacionalsocialista" 33.

Para Himmler, quien predicaba una actitud despiadada frente a los indecisos, la presión del mando resultó ser abrumadora. Sin poner al corriente a Guderian, se retiró aquejado de gripe al sanatorio de Hohenlychen, a unos cuarenta kilómetros al oeste de Hassleben, para quedar al cuidado de su médico personal. Al conocer la situación caótica que reinaba en su cuartel general, Guderian se dirigió en coche a Hassleben. El mismísimo Lammerding, jefe del estado mayor de Himmler, le rogó que hiciese algo. Al saber que el *Reichsführer* de las SS se hallaba en Hohenlychen, Guderian se dispuso a visitarlo, persuadido de cuál era la táctica que debería adoptar. Señaló que las numerosas responsabilidades de Himmler —*Reichsführer* de las SS, jefe de la policía alemana, ministro del Interior y comandante en jefe de las tropas de reemplazo y del grupo de ejércitos del Vístula— suponían para él un exceso de trabajo nada saludable. En consecuencia, le recomendó abandonar el mando del grupo de ejércitos. Saltaba a la vista que Himmler estaba deseando hacerlo pero no se atrevía a comunicárselo al propio Führer, y Guderian no dudó en aprovechar la

oportunidad. "¿Me autoriza, en tal caso, a informarlo de su parte?", le preguntó. Himmler no pudo rechazar una oferta así, por lo que esa misma noche, Guderian participó a Hitler de la situación y recomendó para el cargo al general Gotthardt Heinrici. Este se hallaba al mando del primer ejército de *Panzer*, que a la sazón luchaba contra Konev frente a Ratibor. Hitler, reacio a admitir que el de Himmler había sido un nombramiento desastroso, cedió a regañadientes.

Heinrici se dirigió a Hassleben para tomar posesión de su cargo. Himmler, al enterarse de su llegada, regresó para ponerlo al corriente de la situación con un pomposo informe por el que pretendía justificarse, y el nuevo mando hubo de escuchar su interminable perorata hasta que sonó el teléfono. Fue Himmler quien contestó. Al otro lado se hallaba el general Busse, comandante del 9º ejército, que le comunicó el terrible error que se había cometido en Küstrin y que había acabado con la pérdida del corredor que daba en la fortaleza. Himmler no dudó un instante en tender el teléfono a Heinrici diciéndole: "Usted es el nuevo comandante en jefe del grupo de ejércitos; a usted le corresponde dar las órdenes más relevantes"34. Así fue como dejó el cargo el *Reichsführer* de las SS con una premura indecente.

La lucha en los puentes del Oder situados a cada lado de Küstrin había sido atroz. Si las tropas soviéticas capturaban una aldea y encontraban en una casa uniformes nazis de las SA o cruces gamadas, a menudo asesinaban a todo el que hallasen en su interior. Con todo, los habitantes de una de estas poblaciones ocupada por el Ejército Rojo y liberada después merced a un contraataque alemán "no tuvieron nada negativo que alegar en contra de los militares rusos"35.

Cada vez era mayor el número de soldados alemanes y jóvenes reclutas que se mostraban poco dispuestos a morir por una causa perdida. El comandante Juhlin—Dannfel, agregado militar sueco, recibió un informe de un compatriota que se dirigía en coche de Küstrin a Berlín y que decía haber pasado por "veinte controles de la Feldgendarmerie que tenían por misión capturar a los que desertaban del frente"36. Otro sueco que atravesó la misma zona habló de la escasez de las tropas alemanas y refirió que "los soldados parecían apáticos debido al cansancio"37.

Las condiciones habían sido muy penosas. El Oderbruch era una zona pantanosa salpicada de diques. Cavar en ella trincheras para defenderse de la artillería y los ataques aéreos resultaba una experiencia desesperanzadora, por cuanto en la mayor parte de los lugares apenas había que ahondar un metro para dar con agua. Febrero no se presentó tan frío como de costumbre, aunque este hecho no contribuyó en gran medida a disminuir los casos de pie de trinchera. Amén de la falta de soldados con experiencia, los principales problemas a los que se enfrentaba el ejército alemán consistían en la escasez de munición y la de combustible para sus vehículos. Así, por ejemplo, en la división de las SS 30. Januar, los Kübelwagen del cuartel general sólo podían usarse en casos de emergencia, y estaba prohibido que las baterías de artillería disparasen sin permiso: el suministro diario de munición estaba limitado a dos proyectiles por cañón.

El Ejército Rojo cavó trincheras en forma de salchicha curvada para alojar las armas de fuego, así como hoyos individuales de protección. Sus francotiradores se apostaron entre la maleza o entre las vigas de casas en ruinas. Valiéndose de elaboradas técnicas de camuflaje, permanecían en sus puestos durante seis u ocho horas sin moverse. Sus objetivos prioritarios eran, por este orden, los primeros oficiales y los que transportaban provisiones. Los soldados alemanes no podían moverse a la luz del día, y al restringir todo movimiento a la caída de la noche, los grupos de reconocimiento soviético podían penetrar en las poco defendidas líneas alemanas y tomar a cualquier soldado desafortunado que se hallase solo con el fin de que lo interrogasen los oficiales del servicio de información. Los oficiales de observación de artillería adelantados también se escondían como los francotiradores; de hecho, gustaban de considerarse francotiradores a larga distancia, si bien sus armas eran de mayores dimensiones.

Una de las especialidades más impresionantes del Ejército Rojo que resultó de gran utilidad en las cabezas de puente del Oder consistía en construir puentes a unos veinticinco o treinta centímetros por debajo de la superficie del agua, lo que les proporcionaba vados muy difíciles de localizar por los pilotos de bombarderos Focke-Wulf y Stuka de la Luftwaffe 38.

Mientras que Goebbels seguía predicando la victoria final en calidad de ministro de Propaganda, en cuanto *Gauleiter* y comisario de Defensa del Reich por Berlín ordenaba que se construyese todo tipo de parapetos dentro de la ciudad y en sus alrededores. Se puso en marcha a decenas de miles de berlineses famélicos, mujeres en su mayoría, para que dedicaran las pocas fuerzas que pudiesen quedarles a cavar fosos para los tanques. A pesar de los castigos a que se sometía a los derrotistas, comenzaron a circular rumores de resentimiento frente a la burocracia nazi, a la que se tachaba de incompetente y se reprochaba el que perdiese tiempo en la organización de una defensa sin sentido 39. "En toda la guerra —escribió desdeñoso un oficial del estado mayor— no he visto jamás un foso para tanques, ya sea nuestro o del enemigo, que resulte útil para impedir un ataque con carros blindados"40. El ejército se oponía a estas barreras que se construían sin sentido por órdenes del Partido Nazi, por cuanto entorpecían el tráfico militar que salía en dirección a las cumbres de Seelow y provocaban un gran caos al sumarse al aluvión de refugiados que llegaban a la ciudad procedentes de los pueblos situados al oeste del Oder.

Los granjeros de Brandeburgo que debían quedarse atrás por haber sido llamados a las filas de la Volkssturm encontraban cada vez más difícil el continuar con sus labores agrícolas, pues se había ordenado a todo *Ortsbauernführer*, o dirigente local campesino del Partido Nazi, que requisase sus carros y sus caballos para dedicarlos al transporte de heridos y munición 41. Se confiscaron incluso las bicicletas a fin de equipar a la división llamada "de caza de tanques". Con todo, resultaba aún más significativa en relación con la pérdida de pertrechos por parte de la Wehrmacht durante la desastrosa retirada desde el Vístula la necesidad de recurrir a las armas de la Volkssturm.

El batallón 16/69 de esta milicia se hallaba en Wriezen, al borde del Oderbruch, cerca de la primera línea del frente. Contaba, a lo sumo, con ciento trece hombres, de los que treinta y dos se encontraban llevando a cabo labores defensivas en la retaguardia y catorce estaban enfermos o heridos. El resto guardaba las barricadas antitanque y los puentes. Disponían de tres tipos de ametralladora —incluidas varias de origen ruso—, un lanzallamas al que le faltaban piezas esenciales, tres pistolas españolas y doscientos veintiocho fusiles de seis naciones diferentes. Es de suponer que el informe acerca del estado de sus armas en que se basa esta descripción era cierto, dado que la administración de distrito de Potsdam había advertido de que un informe falso era "equivalente a un crimen de guerra"42. Sin embargo, no eran pocos los casos en que no se entregaban ni siquiera tan inútiles arsenales, puesto que los *Gauleiter* nazis decían a los miembros de la Volkssturm que renunciasen tan sólo a las armas que habían recibido de la Wehrmacht en primer lugar.

Los dirigentes del Partido Nazi sabían por informes de la Gestapo que la población civil se mostraba cada vez más dispuesta a expresar el desdén que les profesaban por ordenar a otros que muriesen mientras que ellos no movían un dedo. Los refugiados, en particular, "criticaban con severidad la conducta de personalidades destacadas"43. Para rebatir estos argumentos se llevó a cabo un buen número de actos militares de cara al público. Los dirigentes del *Gau* de Brandeburgo hicieron pública una serie de llamamientos en los que pedían más voluntarios de entre los miembros del partido dispuestos a luchar bajo el lema: "¡Mejor el aire fresco del frente que el de las habitaciones recalentadas!"44. El doctor Ley, jefe de la organización del Partido Nazi, se presentó en el cuartel general del Führer con un plan para reunir un Freikorps Adolf Hitler con "cuarenta mil voluntarios fanáticos"45. Pidió a Guderian que hiciese al ejército entregar ochenta mil ametralladoras cuanto antes. El general le prometió proporcionárselas una vez que se hubiesen alistado los miembros de la nueva formación, sabedor de que la propuesta no era más que una bravuconada. Ni siquiera Hitler parecía impresionado.

Durante los últimos meses, Goebbels había comenzado a alarmarse ante el retiro de Hitler de la escena pública. Por fin lo persuadió a que visitara el frente del Oder, aunque sólo fuese para poder captar el momento con las cámaras de sus noticieros. La visita, que se efectuó el 13 de marzo, se

mantuvo en el más estricto secreto. Se dispusieron patrullas de las SS para que vigilasen todas las rutas por las que había de pasar el Führer, rutas que no flanquearon hasta los instantes que precedieron a la llegada de su convoy. En realidad, Hitler no llegó a encontrarse con un solo soldado raso. Se había convocado sin más explicaciones a los comandantes de formación a una vieja casa solariega cercana a Wriezen que había pertenecido a Blücher. Todos quedaron asombrados ante la visión del decrépito Führer. Uno de los oficiales escribió acerca de su "rostro blanco como la cal" y "sus ojos brillantes, que me hicieron pensar en los de una serpiente"46. El general Busse, con gorra de campaña y gafas, ofreció una presentación formal de la situación que se vivía en el frente de su ejército. Cuando Hitler habló de la necesidad de mantener la línea defensiva del Oder, dejó bien claro, según el testimonio de otro oficial, "que las armas y pertrechos que teníamos eran los últimos disponibles"47.

El esfuerzo que le supuso el hablar ante los comandantes debió de resultar agotador para el Führer, dado que en el viaje de vuelta a Berlín no dijo una palabra. Según su conductor, permaneció todo el camino sentado, "perdido en sus cavilaciones"48. Ese fue su último viaje: jamás volvería a salir con vida de la Cancillería del Reich.

9
Objetivo: Berlín

El 8 de marzo, cuando la operación pomerana había alcanzado su etapa de mayor virulencia, Stalin hizo regresar de súbito a Zhukov a Moscú. Aquél no era precisamente el momento más adecuado para apartar de su cuartel general a un comandante del frente. El mariscal se dirigió directamente en coche desde el aeropuerto central a la *dacha* en que el dirigente soviético se recuperaba del agotamiento y la tensión provocados por el conflicto.

Una vez que Zhukov lo puso al corriente de la operación pomerana y de la lucha en las cabezas de puente del Oder, Stalin lo condujo al exterior para dar un paseo por los terrenos que rodeaban su residencia y hablarle de su infancia. Cuando regresaron para tomar té, el recién llegado quiso saber si el dirigente sabía algo de su hijo, Yakov Djugashvili, prisionero de los alemanes desde 1941. Entonces, Stalin lo había repudiado por dejarse atrapar vivo; pero a esas alturas de la guerra, su actitud parecía diferente. No respondió enseguida la pregunta de su invitado. "Yakov —observó al fin— no saldrá vivo de su confinamiento. Esos asesinos acabarán por fusilarlo. Por lo que hemos podido averiguar, lo tienen aislado e intentan persuadirlo a traicionar a su madre patria. —Tras otra larga pausa, dijo con firmeza—: No; Yakov preferiría cualquier tipo de muerte antes que traicionar a la patria" 1.

Cuando decía "lo que hemos podido averiguar", se refería, claro está, a lo que había podido averiguar Abakumov. Las noticias más recientes acerca de su hijo se las debían al general Stepanovic, mando de la gendarmería yugoslava liberado por las tropas del propio Zhukov a finales de junio para ser apresado de inmediato por el SMERSH y sometido a interrogatorio. Stepanovic había estado con anterioridad en el campo penitenciario X—C de Lübeck con el teniente Djugashvili. Según el primero, Yakov se había conducido "de un modo independiente y digno" 2. Se negaba a levantarse cuando los oficiales alemanes entraban en su cuarto, y les daba la espalda si le hablaban. Los alemanes le habían encerrado en una celda de castigo y, a pesar de la entrevista que había publicado la prensa del Reich, él insistía en no haber contestado nunca a ninguna de sus preguntas. Tras haberse producido una fuga en el campo, lo habían sacado de allí para llevárselo a un destino desconocido. Hoy siguen sin estar del todo claras las circunstancias de su muerte, si bien la versión más extendida afirma que se lanzó contra la valla de seguridad para obligar a los guardias a abatirlo. Tal vez Stalin hubiese cambiado su actitud respecto de su propio hijo, pero seguía sin mostrar compasión alguna por los cientos de miles de prisioneros soviéticos que, en la mayoría de los casos, habían sufrido un destino peor aún que el de Yakov.

Stalin cambió entonces de tema para confiar a Zhukov que estaba "muy satisfecho" con los resultados de la conferencia de Yalta 3. Roosevelt había mantenido una postura muy amistosa. Entonces entró Poskrebyshev, el secretario del dirigente soviético, con unos papeles que éste debía firmar. Era la señal que indicaba a Zhukov que debía marcharse, aunque también había llegado el momento de que Stalin explicase la razón que lo había llevado a convocarlo a Moscú de forma tan apremiante. "Dirígete a la *Stavka* —le ordenó— y mira con Antonov los cálculos relativos a la operación Berlín. Nos volveremos a encontrar aquí, mañana, a la una".

Antonov y Zhukov, conscientes de que debía de haber algún motivo que justificase tanta urgencia, pasaron la noche trabajando. A la mañana siguiente, Stalin cambió el lugar y el sitio de la reunión. Se dirigió a la ciudad, pese a su estado de salud, de manera que pudiese celebrarse en la *Stavka* para que asistieran Malenkov, Molotov y otros miembros del Comité de Defensa Estatal.

Antonov expuso el plan. Cuando hubo acabado, Stalin dio su aprobación y le pidió que cursase las órdenes pertinentes para que se elaborara una programación detallada.

Zhukov reconoció en sus memorias que "cuando estábamos trabajando en la operación Berlín tuvimos en cuenta las acciones de nuestros aliados". Llegó incluso a admitir que les preocupaba que "el mando británico siguiese acariciando el sueño de capturar la capital del Reich antes de que pudiera llegar a ella el Ejército Rojo"[4]. Lo que pasa por alto, no obstante, es que el 7 de marzo, un día antes de que Stalin lo convocase a Moscú con tanta precipitación, el Ejército estadounidense se había hecho con el puente de Remagen, y el dirigente soviético había visto enseguida las implicaciones de la velocidad con que habían abierto los Aliados occidentales una brecha en el Rin.

Los británicos nunca habían ocultado a Stalin su deseo de llegar a Berlín en primer lugar. Durante la visita de Churchill a Moscú en octubre de 1944, el mariscal de campo sir Alan Brooke comunicó al dirigente soviético que, tras el cerco del Ruhr, "el eje principal del avance aliado se dirigiría entonces a Berlín", y el primer ministro había hecho hincapié en este punto. Tenían la intención de aislar a unos ciento cincuenta mil alemanes en Holanda y, después, dirigirse "con firmeza hacia Berlín"[5]. Stalin no había hecho comentario alguno sobre la cuestión.

El dictador soviético contaba con una razón de peso para que fuese el Ejército Rojo el encargado de ocupar Berlín. En mayo de 1942, tres meses antes del inicio de la batalla de Stalingrado, había convocado en su *dacha* a Beria y a los principales físicos nucleares del país. Había montado en cólera al saber por sus espías que Estados Unidos y Gran Bretaña estaban trabajando en la bomba de uranio, y culpó a los científicos rusos de no haber tomado en serio la amenaza, a pesar de que fue él quien había rechazado el primer informe al respecto, por considerarlo una "provocación"[6]. Este llegó a Stalin a través del traidor británico John Cairncross en noviembre de 1941, y su reacción fue idéntica a la que le había provocado seis meses antes la advertencia de la invasión alemana.

Durante los tres años siguientes se aceleró de forma drástica el programa soviético de investigación nuclear, que no tardó en conocerse por el nombre en clave de Operación Borodino, gracias a la detallada información proporcionada por simpatizantes comunistas como Klaus Fuchs, miembro del Proyecto Manhattan. El propio Beria asumió la supervisión de los experimentos nucleares de Molotov y acabó por someter al equipo científico del profesor Igor Kurchatov al estricto control del NKVD.

La principal desventaja de que adolecía, sin embargo, el programa soviético consistía en la falta de uranio, por cuanto aún no se habían encontrado en la Unión Soviética yacimientos de dicho mineral. Las principales reservas de Europa se hallaban en Sajonia y Checoslovaquia y, por lo tanto, estaban bajo control nazi. Con todo, parece ser que la información acerca de estos depósitos no era nada precisa antes de que el Ejército Rojo alcanzara Berlín. A instancias de Beria, el Comité de Compra Soviético en Estados Unidos solicitó al Consejo Estadounidense de Producción Bélica la venta de ocho toneladas de óxido de uranio. Tras consultar con el general de división Groves, director del Proyecto Manhattan, el gobierno autorizó el suministro de unas cantidades puramente simbólicas, sobre todo con la esperanza de averiguar qué se proponía la Unión Soviética.

En 1945 se confirmó la existencia de algunos yacimientos en Kazajstán, si bien en cantidades insuficientes. Por ende, la única esperanza con que contaban Stalin y Beria de hacer que su proyecto alcanzase la celeridad que pretendían radicaba en hacerse con las reservas alemanas de uranio antes que los Aliados occidentales. Beria había descubierto mediante una serie de científicos soviéticos que habían trabajado en el Instituto de Física Kaiser Wilhelm de Dahlem, barrio del suroeste berlinés, que era en este centro en el que los alemanes estaban llevando a cabo las investigaciones atómicas, en un búnker forrado de plomo y conocido como la Casa del Virus, nombre en clave que pretendía desalentar a los curiosos [7]. Cerca de este recinto se hallaba el Blitzturm, o "torre del rayo", que albergaba un ciclotrón capaz de generar un millón y medio de voltios. Beria, empero, ignoraba que la mayoría de los científicos, el equipo y el material del instituto, incluidas siete

toneladas de óxido de uranio, había sido evacuada a Haigerloch, en la Selva Negra. Con todo, un malentendido de la burocracia alemana había hecho que acabase en Dahlem, en lugar de en Haigerloch, un envío aún mayor del metal radiactivo. Por lo tanto, la carrera no había sido por completo en vano.

Los dirigentes nazis no habían albergado en ningún momento la menor duda de que la lucha por la capital del Reich constituiría el punto culminante del conflicto. "Los nacionalsocialistas —no se había cansado nunca de repetir Goebbels— ganarán juntos en Berlín o morirán juntos en Berlín". Tal vez sin saber que estaba parafraseando a Karl Marx, acostumbraba a declarar que "quien posea Berlín poseerá Alemania"8. Stalin, por otra parte, sabía sin lugar a dudas cómo acababa la cita de Marx: "... y quien controle Alemania, controlará Europa". Saltaba a la vista, sin embargo, que los dirigentes militares estadounidenses no estaban familiarizados con tales aforismos europeos. Quizá fue precisamente esta ignorancia de la política europea del poder lo que hizo que Brooke pronunciase aquella severa opinión tras desayunar con Eisenhower en Londres, el 6 de marzo, por motivos de trabajo: "No cabe duda de que [Eisenhower] es una persona sumamente atractiva y, al mismo tiempo, [posee] un cerebro limitadísimo desde el punto de vista estratégico"9. El problema, que Brooke no fue capaz de reconocer por completo, radicaba en que, a esas alturas, los estadounidenses no miraban a Europa con mirada estratégica, sino guiados de un único objetivo: ganar la guerra a Alemania cuanto antes, con el menor número posible de víctimas, y poder centrarse así en Japón. Al igual que su presidente, los jefes de estado mayor y otros oficiales de su ejército, Eisenhower no supo mirar hacia delante y se equivocó de medio a medio al juzgar la personalidad de Stalin. Este hecho irritó a sus colegas británicos y desembocó en la mayor grieta que se había abierto en la alianza occidental. Algunos oficiales británicos llegaron incluso a referirse a la deferencia que profesaba al dirigente ruso con la expresión: "¿Quieres probar, Joe¿", el reclamo que empleaban las prostitutas londinenses para atraer a los soldados estadounidenses 10.

El 2 de marzo, Eisenhower se comunicó con el general de división John R. Deane, oficial de enlace estadounidense en Moscú. "En vista del rápido progreso de su ofensiva —le indicó—, ¿existe la posibilidad de que los soviéticos cambien alguna parte importante de los planes que expusieron a Tedder [el 15 de enero]¿". Entonces le preguntó si habría "una tregua en las operaciones desde mediados de marzo hasta mediados de mayo". No obstante, a Deane le resultó imposible obtener del general Antonov una información fiable al respecto. Cuando por fin revelaron sus intenciones, confundieron adrede a Eisenhower para ocultar su determinación de tomar Berlín antes que ningún otro aliado 11.

En las diferencias de opinión acerca de la estrategia que habían de seguir, las personalidades representaron sin duda alguna un papel de gran relevancia. Eisenhower sospechaba que la insistencia de Montgomery para que le permitiese dirigir un único ataque certero y contundente hacia la capital del Reich se debía en exclusiva a sus ambiciones de *prima donna*. Este último tampoco había hecho gran cosa por disimular su convencimiento de que él sería el comandante de operaciones mientras que Eisenhower iba a quedar relegado a la posición de mera figura decorativa. Por encima de todo, la imperdonable fanfarronería de que dio muestras Montgomery tras la batalla de las Ardenas había sustentado la mala opinión que tenía de él Eisenhower. "Su relación con Monty resulta más bien insoluble —escribió en su diario el mariscal de campo sir Alan Brooke tras el encuentro del 6 de marzo a la hora del desayuno—, por cuanto sólo es capaz de ver su lado más negativo"12. De cualquier manera, los estadounidenses pensaban, por la razón que fuese, que Montgomery era la peor opción para dirigir un envite rápido. Resultaba tan pedante en los detalles acerca del estado mayor que tardaba más que ningún otro general en organizar un ataque.

El 21º grupo de ejércitos de Montgomery, destacado en el norte, se enfrentaba en Wesel a la mayor concentración de tropas alemanas que era posible a la sazón. Por lo tanto, planeó con gran pormenor la acción de cruzar el Rin, respaldada por operaciones anfibias y aéreas a gran escala. Sin embargo, los acontecimientos ocurridos más al sur acabaron por adelantarse a esta minuciosa planificación. La respuesta frenética de Hitler al rápido refuerzo de la cabeza de puente de Remagen

por parte del primer ejército estadounidense consistió en ordenar toda una serie de contraataques masivos. Esto dejó sin defensa otros sectores del Rin, por lo que el tercer ejército de Patton, que había estado evacuando el Palatinado con una desenvoltura que recordaba al príncipe Ruperto, aquel caudillo inglés de caballería, no tardó en cruzar el río y disponerse en diversos puntos al sur de Coblenza.

Una vez que el 21º grupo de ejércitos de Montgomery hubo cruzado también el río, la mañana del 24 de marzo, Eisenhower, Churchill y Brooke se reunieron eufóricos en su ribera. Montgomery creía que el primero de éstos le permitiría cargar en dirección noreste hacia el litoral báltico, hacia Lübeck y, tal vez, Berlín. Enseguida hubo de desengañarse.

El general Hodges había estado organizando la cabeza de puente de Remagen, y Patton, en un tiempo notablemente corto, logró disponer su cabeza principal al sur de Maguncia. Eisenhower les ordenó que hicieran converger sus ataques en dirección este antes de que el primer ejército de Hodges girase a la izquierda para rodear el Ruhr desde el sur. Entonces destacó, para gran consternación de Montgomery, al 9º de Simpson de su 21º grupo de ejércitos y ordenó a aquél dirigirse hacia Hamburgo y Dinamarca en lugar de hacia Berlín. El 9º ejército estadounidense debía llevar a cabo la parte septentrional de la operación del Ruhr a fin de rodear al grupo de ejércitos del mariscal de campo Model, que se hallaba defendiendo la única región industrial que continuaba en posesión de Alemania. El mayor golpe a las esperanzas que aún albergaban los británicos de embestir en dirección noroeste hacia Berlín lo supuso la decisión tomada por Eisenhower el 30 de marzo de concentrar todas sus fuerzas en la Alemania central y meridional.

El 12º grupo de ejércitos de Bradley, al que se había sumado el 9º ejército, había de cruzar el centro de Alemania en cuanto se hubiese hecho con el Ruhr para dirigirse a Leipzig y Dresde. En el sur, el 6º grupo de ejércitos del general Devers marcharía hacia Baviera y Austria septentrional. Entonces, ante la indignación de los jefes británicos de estado mayor, a los que nadie había pedido su opinión acerca del relevante cambio de objetivos que había sufrido el plan en general, Eisenhower puso a Stalin al corriente de los detalles a finales de marzo sin decirles nada a ellos o a su asistente británico, el mariscal jefe de aviación Tender 13. Esta comunicación, conocida como SCAF-252, se convirtió en una herida lacerante en la relación entre los dos aliados.

Eisenhower desvió el peso de su ataque hacia el sur debido en parte al convencimiento de que Hitler retiraría sus ejércitos hacia Baviera y el noroeste de Austria para intentar la defensa última de una *Alpenfestung*, o "fortaleza alpina". Más tarde, en sus memorias, reconoció que Berlín tenía "una gran importancia política y psicológica en cuanto símbolo del poder que aún conservaba Alemania", aunque seguía pensando que "no era el objetivo lógico ni el más conveniente para las fuerzas de los Aliados occidentales"14. Justificaba su decisión aduciendo que las tropas que tenía el Ejército Rojo en el Oder se hallaban mucho más cerca, y que el esfuerzo logístico habría hecho que se retrasasen sus ejércitos centrales y meridionales, así como su objetivo de encontrarse con el Ejército Rojo y partir Alemania en dos.

Tan sólo habían pasado seis días desde que Churchill había expresado en la ribera del Rin su deseo de que "nuestros ejércitos avancen sin encontrar gran resistencia y lleguen al Elba, o incluso a Berlín, antes que el Oso"15. El primer ministro estaba consternado: daba la impresión de que a Eisenhower y Marshall no los preocupara otra cosa que apaciguar a Stalin. Las autoridades soviéticas se habían mostrado furiosas por el hecho de que los cazas estadounidenses hubieran derribado algunos de sus aviones en una refriega aérea, una reacción que contrastaba sobremanera con la postura mantenida por Stalin en enero, cuando había señalado a Tedder que ese tipo de accidentes eran inevitables en una guerra. El incidente había tenido lugar el 18 de marzo, entre Berlín y Küstrin. Los pilotos de cazas de las fuerzas aéreas estadounidenses estaban convencidos de haber entablado batalla con ocho aviones alemanes y afirmaban haber destruido dos Focke-Wulf 190. La aviación del Ejército Rojo, por su parte, aseguraba que las ocho aeronaves eran soviéticas; que habían caído seis de ellas, y que habían muerto dos de sus pilotos, mientras que un tercero se encontraba herido de gravedad. El error se achacó a la "acción criminal de los individuos de las fuerzas aéreas de Estados Unidos"16.

Por irónico que resulte, fueron los estadounidenses los que, por mediación de Allen Dulles, miembro de la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos) de Berna, provocaron el mayor enfrentamiento con la Unión Soviética por esas fechas. Con él se había puesto en contacto el *OberGruppenführer* de las SS Karl Wolff para concertar un armisticio en el norte de Italia. El alto mando soviético insistió en participar en las conversaciones, pero Estados Unidos se negó por temor a que Wolff se echase atrás. Se trató de un gran error, y Churchill reconoció que la inquietud de la Unión Soviética estaba por entero justificada. Stalin temía a ojos vista que se acordase por separado la paz en el frente occidental. La idea de una Wehrmacht resucitada por los suministros estadounidenses se convirtió en una pesadilla que no dejaba de acosarlo, aun cuando no tenía lógica ninguna. La inmensa mayoría de las formaciones más formidables de Alemania había quedado destruida, capturada o rodeada, y ni siquiera en el caso de que los estadounidenses les hubiesen suministrado todo el armamento del mundo podrían haber hecho de la Wehrmacht de 1945 la máquina de combate que era en 1941.

Stalin sospechaba asimismo que el elevado número de tropas que se rendían a los estadounidenses y los británicos al oeste de Alemania ponía de relieve algo más que su temor de convertirse en prisioneros del Ejército Rojo. A su parecer, formaba parte de un intento deliberado de abrir el frente occidental y permitirles así llegar a Berlín en primer lugar. En realidad, la razón de rendiciones tan masivas radicaba en la negativa de Hitler a permitir retirada alguna. Si hubiese replegado sus ejércitos para defender el Rin tras la desastrosa derrota de las Ardenas, los Aliados se habrían tenido que enfrentar a una situación muy difícil. Sin embargo, el Führer no lo hizo, y esto les permitió capturar a un buen número de divisiones al oeste del Rin. De un modo similar, la obstinada defensa del Ruhr llevada a cabo por el mariscal de campo Model estaba también llamada al fracaso. “Debemos mucho a Hitler”, observaría más tarde Eisenhower 17.

Sea como fuere, Churchill estaba persuadido de que, mientras no estuviesen más claras las intenciones de Stalin al respecto de la Europa central de posguerra, Occidente tenía la obligación de aferrarse a todas las cartas de que dispusiera para negociar con él. Los informes más recientes de lo que sucedía en Polonia hablaban de arrestos en masa de figuras prominentes poco dispuestos a respaldar el dominio soviético y ponían de relieve que Stalin no estaba dispuesto a permitir la creación de un gobierno independiente. Molotov también se había tornado agresivo en extremo, y se negaba a permitir la entrada de representantes occidentales en Polonia. De hecho, la interpretación global que hacía del acuerdo de Yalta era muy diferente de lo que habían entendido británicos y estadounidenses que eran “la letra y el espíritu” de lo convenido.

La anterior confianza de Churchill, basada en la no interferencia de Stalin en Grecia, había comenzado a desmoronarse. Sospechaba que había sido víctima, junto con Roosevelt, de un engaño de grandes magnitudes. Con todo, el primer ministro parecía seguir sin darse cuenta de que el dirigente soviético juzgaba a los demás con el mismo rasero que aplicaba a su persona. Se diría que había actuado dando por hecho —a raíz de los comentarios que había hecho Churchill en Yalta acerca de que tendría que responder ante la Cámara de los Comunes con respecto al caso de Polonia— que tan sólo necesitaba que se diese al país un barniz de democracia para acallar las críticas hasta que se hubiese organizado todo de manera irreversible. Stalin, por lo tanto, no pudo menos de mostrarse airado ante las renovadas protestas del primer ministro británico en lo tocante a su comportamiento en Polonia.

Las autoridades soviéticas no ignoraban los desacuerdos que separaban a los Aliados occidentales en lo político y en lo militar, bien que no conocían de forma directa todos los detalles. La grieta se hizo aún más grande tras la comunicación SCAF-252 de Eisenhower a Stalin. El primero, afligido por la iracunda reacción de Gran Bretaña, escribiría más tarde que los jefes de estado mayor de las fuerzas combinadas le habían permitido, tras la visita de Tedder a Moscú en enero, que se pusiese en contacto directo con Moscú “para tratar cuestiones de carácter puramente militar”. “Avanzada la campaña —escribió—, la interpretación que yo había hecho de esta autorización se vio cuestionada con aspereza por el señor Churchill, que apeló a la máxima secular de que las actividades políticas y militares nunca pueden separarse por completo”18. En cualquier

caso, la idea de Eisenhower de que Berlín había dejado de ser "un objetivo importante en particular" ponía de relieve una asombrosa ingenuidad de su parte 19.

La ironía, empero, radica en que su decisión de evitar la capital del Reich era correcta casi con toda seguridad, aunque la hubiese tomado por razones equivocadas por entero. Para Stalin, el que el Ejército Rojo capturase Berlín no era una cuestión de negociar posiciones tras la guerra: lo consideraba algo mucho más importante. Si alguna fuerza de los Aliados occidentales hubiese cruzado el Elba en dirección a Berlín, no cabe duda de que la aviación soviética, e incluso la artillería, si hubiera habido la distancia necesaria, se habría apresurado a disuadirla. Stalin no habría tenido remordimiento alguno a la hora de condenar a sus aliados y acusarlos de temeridad criminal. Mientras que Eisenhower subestimaba de forma preocupante la importancia de Berlín, Churchill, por su parte, hacía otro tanto con la determinación de Stalin por apoderarse de la ciudad a cualquier precio y también con el verdadero escándalo moral con que se habría encontrado cualquier intento occidental de arrebatar el botín al Ejército Rojo.

A finales de marzo, mientras los jefes de estado mayor británicos y estadounidenses discutían acerca de los planes de Eisenhower, la *Stavka* se hallaba ultimando en Moscú los detalles finales del plan de "la operación Berlín". Zhukov salió de su cuartel general la mañana del 29 de marzo con el fin de regresar en avión a la capital soviética, aunque el mal tiempo le obligó a aterrizar en Minsk poco después del mediodía. Pasó la tarde hablando con Ponomarenko, secretario del Partido Comunista de Bielorrusia, y dado que las condiciones atmosféricas no mejoraban, prosiguió su viaje en tren.

La tensión en el Kremlin era extrema. Stalin estaba convencido de que los alemanes harían todo lo posible por llegar a un acuerdo con los Aliados occidentales con tal de mantener a raya al Ejército Rojo en el este. Las conversaciones que habían mantenido los estadounidenses en Berna con el general Wolff acerca de un posible alto el fuego en la Italia meridional parecían confirmar sus peores sospechas. Con todo, las intensas sospechas del alto mando soviético no tenían en cuenta el fanatismo de Hitler. Los que lo rodeaban no habrían dudado en hacer propuestas de paz, pero él sabía que tras cualquier rendición no le esperaba ningún futuro: sólo la humillación y la horca. No podría haber acuerdo alguno si no mediaba algún tipo de golpe que derrocase al Führer.

Zhukov, que iba a ser el responsable de la toma de Berlín, compartía con Stalin el temor de que los alemanes abriesen su frente a británicos y estadounidenses. El 27 de marzo, dos días antes de salir de Moscú, el corresponsal de la agencia de noticias Reuters en el 21º grupo de ejércitos escribió que las tropas de los Aliados occidentales que se dirigían al corazón de Alemania no estaban encontrando apenas resistencia a su paso, lo que hizo saltar la alarma en Moscú.

"El frente alemán occidental se ha derrumbado por completo —fue lo primero que dijo Stalin a Zhukov cuando éste llegó por fin a Moscú—. Parece que los hombres de Hitler no quieren tomar medida alguna para frenar el avance de los Aliados, aunque, al mismo tiempo, están reforzando los grupos de que disponen en los ejes principales en nuestra contra". El dirigente soviético señaló el mapa y vació la ceniza de su pipa antes de observar: "Creo que vamos a tener una lucha seria".

Zhukov le mostró el mapa que había confeccionado en el frente el servicio de información, y Stalin lo miró con detenimiento.

—¿Cuándo pueden empezar a avanzar nuestras tropas sobre el eje berlinés? —quiso saber.

—El primer frente bielorruso estará listo para avanzar en el plazo de dos semanas —repuso Zhukov—. Todo hace pensar que el primer frente ucraniano estará preparado al mismo tiempo. Según la información de que disponemos, el 2º frente bielorruso permanecerá liquidando al enemigo en Danzig y Gdynia hasta mediados de abril.

—Bien —respondió Stalin—. Tendremos que empezar sin esperar al frente de Rokossovsky. —Se dirigió a su escritorio y, tras hojear algunos papeles, tendió una carta al mariscal—. Lee esto —le dijo.

Según Zhukov, se trataba de "una misiva de apoyo proveniente del extranjero" que avisaba al alto mando soviético de una serie de negociaciones secretas que estaban llevando a cabo los Aliados

occidentales y los nazis. Con todo, afirmaba que los estadounidenses y los británicos habían declinado la propuesta alemana de firmar con ellos la paz por separado, bien que “no cabía descartar” la posibilidad de que Alemania les abriese la ruta hacia Berlín.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó Stalin. Sin esperar respuesta alguna, siguió diciendo—: No creo que Roosevelt vaya a violar lo acordado en Yalta, pero Churchill... Ese es capaz de cualquier cosa [20].

A las ocho de la mañana del 31 de marzo, Averell Harriman y sir Archibald Clerk Kerr, embajadores de Estados Unidos y Gran Bretaña, se dirigieron al Kremlin en compañía del general Deane para reunirse con Stalin, el general Antonov y Molotov. “Se entregó a Stalin el texto del mensaje contenido en la SCAF-252 [de Eisenhower] en inglés y en ruso —informó Deane aquella misma noche—. Después de que Stalin lo hubiese leído, señalamos en el mapa las operaciones que se describían en la citada comunicación. Stalin reaccionó de inmediato y observó que le parecía un buen plan, pero que, claro está, no pensaba comprometerse de forma definitiva sin consultar antes a su estado mayor. Prometió darnos una respuesta al día siguiente. Daba la sensación de estar impresionado de un modo favorable con la dirección del ataque en el centro de Alemania y del secundario que se llevaría a cabo en el sur. Hicimos hincapié en lo que urgía conocer la opinión de Stalin a fin de concertar los planes del modo adecuado... Stalin se mostró muy impresionado con el número de prisioneros capturados durante el mes de marzo y aseguró que eso ayudaría a acabar en breve con la guerra”. El dirigente soviético habló entonces de cada uno de los frentes, a excepción del más importante, el del Oder. Según sus cálculos, “no debía de haber más de un tercio de los alemanes dispuesto a luchar”. Después volvió a referirse al citado mensaje para señalar que “lo que había planeado Eisenhower en relación con sus principales esfuerzos tenía mucho de positivo, por cuanto lograba el objetivo más importante, que era el de partir Alemania por la mitad”. “En su opinión, los últimos reductos alemanes se hallarían con toda probabilidad en las montañas de la Checoslovaquia occidental y Baviera”[21]. El dirigente soviético tenía sin duda un gran interés en fomentar la idea de que el último bastión alemán se encontraba en el sur.

A la mañana siguiente, 1 de abril, Stalin recibió a los mariscales Zhukov y Konev en su amplio estudio del Kremlin, dotado de una extensa mesa de reuniones y los retratos de Suvorov y Kutuzov colgados en la pared. Los generales Antonov, jefe del estado mayor, y Shtemenko, jefe de operaciones, se hallaban también presentes. “¿Sois conscientes del cariz que está tomando la situación?”, preguntó a los dos mariscales. Ellos asintieron con un gesto de cautela, informados como estaban por los documentos que habían llegado a sus manos. “Léeles el telegrama”, ordenó Stalin al general Shtemenko.

Se trataba de un mensaje, procedente al parecer de uno de los oficiales de enlace del Ejército Rojo en los cuarteles del SHAEF, que sostenía que Montgomery iba a dirigirse a Berlín y que el tercer ejército de Patton también tenía planeado desviarse de su camino hacia Leipzig y Dresde con la intención de atacar la capital del Reich desde el sur. La *Stavka* ya estaba al corriente de la posibilidad de un plan de lanzar divisiones de paracaidistas sobre la ciudad ante un eventual desmoronamiento repentino del régimen nazi. Ni que decir tenía que todo esto formaba parte de una conspiración aliada que tenía por objeto llegar a Berlín en primer lugar con el pretexto de ayudar al Ejército

Rojo. Con todo, resulta difícil descartar la posibilidad de que Stalin hiciese falsificar el telegrama para presionar a Zhukov y Konev.

—Así que —dijo con la mirada fija en sus dos mariscales— ¿quién va a tomar Berlín?, ¿los Aliados, o nosotros?

—Lo tomaremos nosotros —repuso de inmediato el mariscal Konev—, y lo haremos antes que los Aliados.

—Se te ve muy decidido, ¿verdad? —replicó Stalin con un asomo de sonrisa—. Y ¿cómo crees que vas a poder organizar tus efectivos? El grueso de tus fuerzas se encuentra en el flanco meridional [tras la operación de Silesia], y vas a tener que esforzarte para reagruparlas.

—No te preocupes, camarada Stalin —dijo Konev—. El frente adoptará todas las medidas que se estimen necesarias. —No había duda del deseo que albergaba el mariscal de derrotar a Zhukov en su empuje hacia Berlín, y Stalin, que disfrutaba promoviendo la rivalidad entre sus subordinados, se hallaba a todas luces satisfecho 22.

Antonov presentó el plan global, tras lo cual Zhukov y Konev expusieron los suyos. El dirigente soviético sólo corrigió una cosa: no estaba de acuerdo con la línea de demarcación que había trazado la *Stavka* entre los dos frentes. Se inclinó hacia delante con un lápiz en la mano y dibujó una línea al este de Lübben, a sesenta kilómetros de la capital alemana en dirección sureste. “En caso de que nos encontremos —explicó dirigiéndose a Konev— con una resistencia decidida al avanzar hacia Berlín, lo que sin duda sucederá... el primer frente ucraniano debería estar listo para atacar desde el sur con sus ejércitos blindados”23.

Stalin dio su visto bueno a los planes y ordenó que la operación estuviese preparada “con la mayor brevedad posible y, en cualquier caso, antes del 16 de abril” 24.

“La *Stavka* —según recoge la historia oficial rusa— trabajó con la mayor celeridad posible, temerosa de que los Aliados fuesen más rápidos que las tropas soviéticas y se apoderaran antes de Berlín”25. Debían coordinar un buen número de factores: en la operación para tomar la capital del Reich iban a participar dos millones y medio de hombres, 41.600 cañones y morteros, 6.250 tanques y cañones de asalto autopropulsados, y 7.500 aviones. No hay duda de que Stalin se sentía satisfecho por el hecho de estar concentrando con este fin una fuerza mecanizada más poderosa que la que había empleado Hitler para invadir toda la Unión Soviética.

Tras la reunión principal del 1 de abril, Stalin contestó al mensaje de Eisenhower que le había proporcionado información tan detallada acerca de las futuras operaciones de Estados Unidos y Gran Bretaña. El dirigente soviético comunicó al mando supremo estadounidense que su plan coincidía “por completo” con el del Ejército Rojo. Acto seguido, aseguró al confiado general aliado que Berlín había “perdido toda su relevancia estratégica” y que el mando soviético enviaría contra ella tan sólo fuerzas de segunda fila, de tal manera que el grueso del Ejército Rojo estuviese disponible para unirse en el sur con los Aliados occidentales. El avance de las fuerzas principales, según afirmó, comenzaría aproximadamente durante la segunda quincena de mayo. “Sin embargo, el plan podrá experimentar ciertas modificaciones, según las circunstancias”26. Fue la mayor inocentada de la historia.*

---

* El 1 de abril se celebra en algunos países algo semejante a nuestro Día de los Inocentes. (*N. del t.*)

10
La *Kamarilla* y el estado mayor general

Cierta noche, durante la fase final del violento ataque soviético a Pomerania, el general Von Tippelskirch organizó en Mellensee una recepción para agregados militares extranjeros. Estos acudieron sobre todo porque se trataba de una buena oportunidad para oír algo que no fuese la versión oficial de los acontecimientos, que apenas creía nadie. La capital vivía obsesionada con los rumores. No eran pocos los convencidos de que Hitler se estaba muriendo de cáncer y de que la guerra no tardaría en acabar. Muchos murmuraban, con una justificación algo mayor, que los comunistas alemanes estaban aumentando sus actividades a medida que avanzaba el Ejército Rojo; y también se hablaba de un motín en la Volkssturm.

Los oficiales alemanes que asistieron a la recepción discutían acerca de la catástrofe pomerana, que achacaban a la falta de reservas. Según el comandante Juhlin—Dannfel, agregado militar sueco, todas las conversaciones acababan por expresar la esperanza de que se entablasen negociaciones serias con Gran Bretaña. "Los británicos son en parte responsables del destino de Europa —le dijeron—, y tienen el deber de evitar que la cultura alemana quede aniquilada por un aluvión rojo". Los oficiales alemanes seguían creyendo, al parecer, que si Gran Bretaña no hubiese resistido con tanto empecinamiento en 1940 y Alemania hubiese concentrado toda la fuerza de la Wehrmacht en la Unión Soviética durante 1941, el resultado habría sido radicalmente distinto. "Algunos de los que se hallaban presentes —concluía Juhlin—Dannfel— se tornaron sentimentales, por lo que la reunión se convirtió en algo muy triste" 1.

Las ilusiones de los oficiales alemanes, bien que diferentes de las de los que pertenecían al círculo del Führer, no estaban menos arraigadas. Lo que les pesaba de verdad acerca de la invasión de la Unión Soviética era que Alemania no hubiese salido victoriosa. Para vergüenza del ejército alemán, sólo una pequeña minoría de oficiales había sentido sincera indignación ante las actividades del Einsatzgruppen ("grupo especial de operaciones") de las SS y otras formaciones paramilitares. En el transcurso de los nueve últimos meses se habían extendido en los círculos castrenses actitudes antinazis, surgidas en parte por la crueldad con que se había reprimido a los conspiradores de julio, aunque sobre todo por la ingratitud y los prejuicios de que a todas luces hacía objeto el Führer al ejército en general. El odio extremo que sentía por el estado mayor general y sus intentos de cargar la culpa de sus propias intromisiones catastróficas sobre los hombros de los comandantes de operaciones se acogían con gran resentimiento. Asimismo, la preferencia que otorgaba a las Waffen SS en lo tocante a armamento, hombres y ascensos propiciaba un gran resentimiento hacia la guardia pretoriana nazi.

Un jefe de la Kriegsmarine puso a Juhlin—Dannfel al corriente de una reunión reciente en la que una serie de oficiales superiores discutieron la posibilidad de lanzar un ataque a la desesperada sobre el frente oriental para obligar al Ejército Rojo a regresar a la frontera de 1939. "Si el intento resultase —le refirió el oficial de marina—, proporcionaría la oportunidad que necesitamos para iniciar las negociaciones. Pero para hacerlo habría que derrocar a Hitler y poner a Himmler en su lugar en calidad de garante del orden"2. Esta idea no sólo delataba una tremenda falta de imaginación, sino que ponía de relieve que los oficiales berlineses de la Wehrmacht no tenían gran conocimiento de cómo se estaban desarrollando las cosas en el frente. La operación del Vístula y el Oder había acabado con la capacidad del ejército alemán de lanzar ninguna otra ofensiva y

mantenerla. En realidad, la única pregunta que faltaba responder era cuántos días le llevaría al Ejército Rojo llegar a Berlín desde el frente del Oder, la línea que, según habían empezado a oír horrorizados, se convertiría en la futura frontera de Polonia.

Los acontecimientos que hicieron colmar el vaso de las riñas entre Hitler y Guderian estaban relacionados con la ciudad fortaleza de Küstrin, un lugar más bien lúgubre situado entre las dos cabezas de puente más importantes del Oder y que se consideraba la puerta de entrada a Berlín. Se hallaba en la confluencia de los ríos Oder y Warthe, a ochenta kilómetros al este de la capital, y la atravesaba la Reichstrasse I, la carretera principal que conectaba Berlín con Königsberg.

Küstrin era el centro de operaciones de ambas partes. Zhukov quería hacer confluir en ella las dos cabezas de puente del norte (el 5º ejército de choque de Berzarin) y el sur (el 8º ejército de guardias de Chuikov) a fin de preparar una amplia zona donde hacer formar los ejércitos para la futura ofensiva de Berlín. Hitler, mientras tanto, había insistido en lanzar desde Frankfurt del Oder un contraataque con cinco divisiones para rodear desde el sur el ejército de Chuikov.

Guderian había intentado detener el plan de Hitler, sabedor de que no contaba con el apoyo aéreo ni de artillería necesarios para un proyecto de tales dimensiones, ni tampoco con carros blindados. El desastre del 22 de marzo, el día en que Himmler había pretendido dar una lección a Heinrici en el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula, tuvo lugar cuando se trasladaron las divisiones para dar inicio a la ofensiva. La 25ª división de Panzergrenadier se retiró del corredor del Küstrin antes de que estuviese listo su reemplazo. El 5º ejército de choque de Berzarin y el 8º de guardias de Chuikov reaccionaron al punto y no dejaron pasar la oportunidad, de tal manera que Küstrin no tardó en quedar aislada.

De cualquier manera, Guderian seguía manteniendo la esperanza de que surgiesen negociaciones de paz que salvaran a la Wehrmacht de la destrucción total. El 21 de marzo, un día antes de la pérdida del corredor de Küstrin, se había dirigido a Himmler en el jardín de la Cancillería del Reich, donde había estado "paseando con Hitler por entre los escombros". El Führer los dejó solos para que pudiesen hablar, y Guderian señaló sin ambages que había desaparecido toda posibilidad de ganar la guerra.

—Lo único que debe preocuparnos ahora es cuál es la manera más rápida de poner fin a tantas matanzas y bombardeos sin sentido. Si se hace excepción de Ribbentrop, usted es el único que aún posee contactos en los países neutrales, y dado que el ministro de Asuntos Exteriores no está dispuesto a proponer a Hitler que se pongan en marcha las negociaciones necesarias al respecto, debo rogarle que se sirva de ellos y venga conmigo a hablar con Hitler para instarle a que proponga un armisticio.

—Querido coronel general —repuso Himmler—, aún es temprano para eso [3]. Él insistió en sus peticiones, pero su colega no había perdido el temor que profesaba al Führer, tal como pensaba Guderian, o bien había decidido jugar sus cartas con gran precaución. Uno de los hombres de confianza con que contaba en las SS, el *Gruppenführer* Von Alvensleben, sondeó al coronel Eismann, del grupo de ejércitos del Vístula, y le dijo en el más estricto de los secretos que Himmler quería entablar conversaciones con los Aliados occidentales a través del conde Folke Bernadotte, miembro de la Cruz Roja sueca. Eismann respondió que, en primer lugar, consideraba que ya era muy tarde para que cualquier dirigente occidental se aviniese a considerar condición alguna y, además, que Himmler se le asemejaba "el hombre menos apto con que contaba Alemania para llevar a cabo ese tipo de negociaciones"[4].

Durante la noche del 21 de marzo, poco después de la conversación de Guderian y Himmler, el Führer recomendó al jefe de su estado mayor un permiso por enfermedad, debido a su afección cardíaca. Él repuso que, habida cuenta de la convalecencia del general Wenck tras su accidente de coche y la herida que había recibido el general Krebs en el bombardeo de Zossen seis días atrás, no podía abandonar su puesto. Guderian asegura que, mientras hablaban, entró un ayudante de Hitler para comunicarle que Speer deseaba verlo (si bien debe de haber confundido la fecha o la ocasión, por cuanto este último no se hallaba en Berlín en aquel momento). Hitler se negó hecho una furia.

"Siempre que alguien solicita verse conmigo a solas —se quejó a Guderian según éste— es porque tiene algo desagradable que decirme. Vienen para animarme, y no hacen más que hundirme aún más. ¡No los soporto! Todos sus memorandos comienzan con la misma frase: "La guerra está perdida". Y eso es lo que quiere decirme ahora Speer. Siempre guardo sus informes bajo llave, sin leer". Con todo, Nicolaus von Below, su ayudante, sostiene que este testimonio es falso y que Hitler sí los leyó. Sin embargo, tal como había demostrado su reacción ante la pérdida del puente de Remagen, el dictador sólo tenía una respuesta frente al desastre: culpar a los otros. Ese día, el 8 de marzo, Jodl había acudido en persona a la reunión para informarle de que había fracasado la voladura del puente. "Hitler se hallaba tranquilo —refiere un oficial del estado mayor que había estado presente—, bien que sólo le hizo falta un día para montar en cólera"5. Ordenó la ejecución sumaria de cinco oficiales, decisión que horrorizó a los miembros de la Wehrmacht.

Tampoco las Waffen SS tardaron en darse cuenta de que no se hallaban libres de la ira del Führer. Este supo por Bormann o Fegelein, deseosos ambos de derribar a Himmler, que las divisiones de la sobredicha organización destacadas en Hungría habían estado retirándose sin recibir órdenes al respecto. A modo de castigo humillante, Hitler decidió que se despojase a sus miembros, incluidos los de su guardia personal, la Leibstandarte Adolf Hitler, de sus preciados brazaletes de división. El *Reichsführer* se vio obligado a hacer que se cumpliera la orden. "Su misión en Hungría —observa Guderian con poco pesar— no le hizo atraerse el afecto de sus Waffen SS"6.

El ataque procedente de Frankfurt del Oder, al que Hitler se había negado a renunciar, tuvo lugar el 27 de marzo. El general Busse, comandante del 9º ejército, era, a su pesar, el encargado de organizarlo. La operación resultó ser un fracaso —que, además, costó caro a las fuerzas alemanas—, a pesar de que arrancó tomando por sorpresa al 8º ejército de guardias soviético. Las tropas blindadas y de infantería alemanas acabaron masacradas en campo abierto a manos de la artillería y la aviación soviéticas.

Al día siguiente, durante los noventa minutos de viaje por carretera que hubo de hacer de Zossen a Berlín para discutir la situación de la guerra, Guderian dejó bien claras sus intenciones a su ayudante, el comandante Freytag von Loringhoven. "Hoy pienso planteárselo sin tapujos", le refirió en el asiento trasero del enorme "Mercedes" oficial 7.

La atmósfera de la Cancillería del Reich ya era tensa antes de que el general Burgdorf anunciara la llegada de Hitler del modo acostumbrado: *Meine Herren, Der Führer kommt!* 8 Ante esta señal, todos se ponían firmes y hacían el saludo nazi. En aquella ocasión se hallaban presentes Keitel y Jodl, y también el general Busse, a quien había convocado Hitler para que, junto con Guderian, diese explicaciones del fracaso de Küstrin.

Mientras que Jodl comparecía con su proverbial "rostro frío como el hielo, exento de toda emoción", Guderian se hallaba impregnado de cierto espíritu violento 9. El humor de Hitler no había mejorado, precisamente, tras oír que los tanques del general Patton habían llegado a las afueras de Frankfurt del Meno. Se pidió al general Busse que expusiera su informe, y la impaciencia del dirigente nazi fue en aumento mientras lo presentaba. De súbito, preguntó por qué había fracasado el ataque y, antes de que Busse o cualquier otro tuviesen oportunidad de contestar, se enzarzó en una nueva invectiva contra la incompetencia del cuerpo de oficiales y el estado mayor general. En esta ocasión, culpó a Busse por no haber empleado la artillería.

Guderian intercedió en su favor y aseguró al Führer que el interpelado se había servido de todos los proyectiles de que disponía. "¡En ese caso, debería usted haberse encargado de que recibiese más munición!", le espetó Hitler a voz en cuello. Freytag von Loringhoven observó cómo el rostro del general se tornaba rojo de ira mientras defendía a Busse. El jefe del estado mayor achacó entonces la derrota a la negativa del dictador de retirar las divisiones destacadas en Curlandia a fin de destinarlas a la defensa de Berlín. La riña no tardó en alcanzar una intensidad aterradora. "Hitler palidecía por momentos —señala Freytag von Loringhoven— al tiempo que se encendía el rostro de Guderian" 10.

La alarma cundió entre los que presenciaban la disputa. Freytag von Loringhoven salió de la sala de reuniones para hacer una llamada urgente al general Krebs a Zossen. Lo puso al corriente de la situación y sugirió la necesidad de interrumpir el encuentro con alguna excusa. Este se mostró de acuerdo, y Freytag von Loringhoven regresó a la sala a fin de informar a Guderian de que Krebs debía hablar con él sin tardanza alguna. Este mantuvo la conversación durante diez minutos hasta asegurarse de que el jefe del estado mayor se había calmado. Cuando volvió a presentarse ante Hitler, Jodl se hallaba informando de la situación en el oeste. El Führer exhortó entonces a los presentes a abandonar la sala y dejarlo solo con el mariscal de campo Keitel y el general Guderian. Tenía la intención de comunicar a este último la necesidad de que abandonase Berlín y se retirase a cuidar su salud. "De aquí a seis semanas, la situación será muy crítica. Entonces, lo necesitaré con urgencia". Keitel quiso saber dónde iría de permiso, y Guderian, que sospechaba lo que lo movía a hacer tal pregunta, le respondió que aún no había pensado nada.

Los oficiales del estado mayor en Zossen y en el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula quedaron conmocionados por lo ocurrido ese día. El que Hitler hubiese destituido a Guderian los dejó sumidos en una profunda tristeza. Ya estaban padeciendo lo que el coronel De Maizière describía como "una mezcla de energía nerviosa y trance" y la sensación de "tener cada uno que llevar a cabo su labor con el convencimiento de que no serviría para nada" 11. La actitud desafiante que mostraba Hitler ante toda lógica militar los había llevado a la desesperación. El carisma del dictador se basaba, según la conclusión a la que habían llegado al fin, en una *kriminelle Energie* y una indiferencia absoluta ante el bien y el mal. El grave trastorno de personalidad de que adolecía, bien que no puede definirse exactamente como una enfermedad mental, lo había perturbado sin duda. Se había identificado hasta tal extremo con el pueblo alemán que creía que todo el que se opusiera a él se estaba enfrentando también a ése; si debía morir, el pueblo alemán no sería capaz de sobrevivir sin él.

El general Hans Krebs, ayudante de Guderian, fue nombrado jefe del estado mayor en su lugar. "Este hombre bajito, con gafas y algo patizambo —escribió un oficial— se hallaba siempre sonriente y poseía cierto aire de fauno"12. Contaba con un ingenio agudo y con frecuencia sarcástico, y tenía una anécdota o un chiste para cada momento. Krebs, que era oficial de estado mayor y no comandante en el campo de batalla, constituía el arquetipo de "segundo de a bordo", que era precisamente lo que quería Hitler. Había sido agregado militar en Moscú en 1941, poco después de que Alemania invadiese la Unión Soviética, y poseía la distinción —poco común para un oficial de la Wehrmacht— de que Stalin le hubiese propinado una palmada en la espalda. "Debemos seguir siendo amigos, ocurra lo que ocurra", le había dicho en ese momento el dirigente soviético mientras despedían al ministro de Asuntos Exteriores japonés sobre el andén de una estación moscovita a principios de 1941. "No me cabe duda", respondió él tras recobrarse de su asombro 13.

Con todo, los comandantes de operaciones no sentían respeto alguno por el carácter oportunista de Krebs. Lo conocían como "el hombre que puede convertir lo negro en blanco" 14.

Tras la marcha de Guderian, Freytag von Loringhoven pidió que lo enviasen a una división de primera línea de frente; pero Krebs lo instó a quedarse con él. "La guerra ha terminado de todos modos —le indicó—. Quiero que me ayudes en esta última fase" 15. Freytag von Loringhoven se sintió obligado a acceder. Pensaba que Krebs "no era nazi" y que si se había negado a participar en la conspiración de julio era porque estaba convencido de que fracasaría. Sin embargo, otros hablan de cómo lo persuadió el general Burgdorf, viejo compañero de academia militar, a unirse al círculo de Bormann y Fegelein. Es de suponer que Bormann dio por hecho que la lealtad de Krebs garantizaría la obediencia del ejército. El primero de estos dos, hombre de cuello de toro y cara redonda, parecía estar reuniendo prosélitos para el día, cada vez más cercano, en que, según esperaba, se pondría en el lugar del Führer. Parece ser que había pensado en Fegelein, su compañero favorito en la intimidad de la sauna, en la que casi con toda seguridad presumían de sus numerosas conquistas respectivas, como futuro *Reichsführer* de las SS.

Los oficiales del estado mayor de Zossen y del grupo de ejércitos del Vístula miraban a la corte del Tercer Reich a un tiempo fascinados y horrorizados. También estaban pendientes del tratamiento que profesaba Hitler a los que lo rodeaban en caso de que pudiese inferirse de él algún cambio en favor de alguno de ellos y, por lo tanto, en la lucha por el poder. Hitler se refería al desacreditado Goering como Herr *Reichsmarschall* en un intento de señalar la poca dignidad que pudiera quedarle. A pesar de que seguía tuteando a Himmler, el *Reichsführer* de las SS había perdido poder desde que gozó de su momento de gloria tras la conspiración de julio. En calidad de comandante de las Waffen SS y de la Gestapo, parecía ser el único contrapeso con que se contaba a la sazón frente al ejército.

Goebbels, a pesar de que su talento para la propaganda resultaba esencial para la causa nazi cuando ésta comenzaba a eclipsarse, aún no gozaba del alto grado de aceptación e intimidad de que había disfrutado antes de mantener una aventura amorosa con cierta actriz checa. Horrorizado ante la idea de que uno de los miembros más relevantes del Partido Nazi considerase el divorcio, Hitler se había puesto de parte de Magda Goebbels. El *Reichsminister* de Propaganda se vio obligado a defender los valores familiares del régimen.

El almirante Dönitz contaba con el favor de Hitler a causa de su entera lealtad y porque éste consideraba que su nueva generación de submarinos constituía el arma más prometedora para obtener la venganza. En los círculos navales alemanes se conocía a Dönitz como *Hitlerjunge Quex* —el joven nazi que protagonizaba una famosa película propagandística—, por ser “el portavoz de su Führer”16. Con todo, era Bormann quien parecía ser el miembro mejor colocado de la *Kamarilla*. Hitler se refería a este ayudante indispensable y principal administrador como “querido Martin”.

Los oficiales tampoco perdían de vista la enconada lucha que mantenían los herederos de la *Kamarilla*. Himmler y Bormann se tuteaban, si bien “no era mucho el respeto que se profesaban”17. También observaban de cerca a Fegelein, “que metía sus sucias manos en todo”, hacía cuanto estaba a su alcance por acabar con Himmler, cuya amistad había buscado —y conseguido— en otro tiempo. Éste, a todas luces ajeno a la traición, permitía que su subordinado lo tutease, sin duda por ser el presunto cuñado del Führer.

Eva Braun ya había regresado a Berlín con la intención de acompañar hasta el final a su adorado Führer. La idea extendida de que su vuelta de Baviera tuvo lugar mucho más tarde y que nadie en absoluto la esperaba no se sostiene frente a la anotación que puede leerse en el diario de Bormann, en la entrada del 7 de marzo: “Por la noche, Eva Braun salió en un tren del servicio postal”18. Si él conocía sus movimientos por adelantado, cabe pensar que Hitler tampoco los ignoraba.

El 13 de marzo, día en el que murieron a causa de los ataques aéreos dos mil quinientos berlineses mientras que otros ciento veinte mil quedaron sin hogar, Bormann ordenó, “por razones de seguridad”, que se trasladase al interior del Reich a los prisioneros retenidos en las zonas cercanas al frente 19. No está del todo claro si esta disposición aceleró también la evacuación que llevaban a cabo las SS de los campos de concentración amenazados por el avance de las tropas enemigas. Los asesinatos de prisioneros enfermos y la ejecución masiva de los supervivientes constituyen con toda probabilidad los episodios más espantosos de la caída del Tercer Reich. Los que se hallaban demasiado débiles para caminar y los que estaban considerados peligrosos en lo político morían por lo general ahorcados o abatidos por las SS o la Gestapo. En ocasiones se hacía uso aun de la Volkssturm local para formar pelotones de fusilamiento. Con todo, el mayor número de los que recibían el calificativo de “peligrosos” lo formaban quizá los hombres y mujeres condenados por escuchar una emisora de radio extranjera. La Gestapo y las SS también reaccionaban de forma brutal ante los saqueos, y en especial si éstos se debían a trabajadores extranjeros. Los ciudadanos alemanes solían recibir el perdón. En este frenesí de represalias, fueron tal vez los trabajadores forzados italianos los que sufrieron más que cualquier otro grupo nacional, lo que se debía tal vez al deseo que albergaban los alemanes de vengarse de un antiguo aliado que se había cambiado de bando 20.

Poco después de emitir la orden de evacuación de los prisioneros, Bormann voló el 15 de marzo a Salzburgo, donde visitó las minas de la zona durante los tres días siguientes, tal vez con el propósito de elegir un lugar en el que esconder el botín nazi y las posesiones personales de Hitler. Regresó a Berlín el día 19, tras viajar en un tren nocturno. Más tarde, Hitler dio la orden que acabaría por conocerse como "Nerón" o "de tierra quemada" y por la que las tropas en retirada debían prender fuego a todo lo que pudiese ser útil al enemigo. No deja de ser una irónica coincidencia el que se dictara justo después del viaje de Bormann para ocultar el botín de los nazis.

Fue el último memorándum de Albert Speer el que dio pie de un modo súbito a que Hitler insistiera en poner en marcha hasta el final la política de tierra quemada. Cuando aquél trató de persuadir al Führer a primera hora de aquella mañana de que no deberían volarse los puentes de forma innecesaria, dado que su destrucción no haría sino "eliminar cualquier posibilidad de supervivencia del pueblo alemán", la respuesta del dirigente dejó ver el desprecio que sentía por éste 21. "Esta vez —le dijo— el memorándum obtendrá una contestación por escrito. Si se pierde la guerra, el pueblo también estará perdido [y] no será necesario preocuparse por sus necesidades de supervivencia elemental. Por el contrario, es mejor que destruyamos incluso estas cosas, puesto que la nación ha demostrado ser débil, y el futuro pertenece por entero al poderoso pueblo del este. Los que, de cualquier manera, sobrevivirán a la batalla van a ser los incapaces, porque los mejores estarán muertos" 22.

Speer, que había viajado directamente al cuartel general del mariscal de campo Model, en el Ruhr, a fin de convencerlo de que no destruyera el sistema ferroviario, recibió la respuesta escrita de Hitler la mañana del 20 de marzo. "Todas las instalaciones militares, de transporte, comunicación y suministro, así como los recursos materiales con que cuenta el territorio del Reich", debían ser destruidas. Se relevó al *Reichsminister* Speer de toda responsabilidad a este respecto y se rescindieron de forma inmediata sus órdenes para la conservación de las fábricas. Speer había empleado un inteligente argumento antiderrotista al alegar que éstas y otras estructuras no debían ser destruidas porque podían volver a capturarse durante un contraataque; pero Hitler había descubierto su táctica. Uno de los aspectos más chocantes de este episodio fue el que hiciera darse cuenta precisamente entonces a Speer de que el Führer era un "criminal".

Aquél había estado visitando el frente desde el cuartel general del mariscal de campo Model y regresó a Berlín el 26 de marzo. Entonces lo convocaron a la Cancillería del Reich.

"He recibido informes de que ya no te encuentras en armonía conmigo —comunicó Hitler a su antiguo protegido—. Es evidente que ya no crees en que podamos ganar la guerra". Quería concederle un permiso. Speer sugirió que sería mejor dimitir, pero al Führer no le pareció una buena idea 23.

Aun destituido oficialmente, Speer logró frustrar a los *Gauleiter* que querían poner en práctica la orden del dictador, ya que seguía teniendo el control del suministro de explosivos. Con todo, el 27 de marzo, Hitler volvió a emitir una nueva orden en que insistía en la "total aniquilación por medio de explosivos, fuego o desmantelamiento" de todos los sistemas de ferrocarril y de transporte en general, así como de comunicación, incluido el teléfono, telégrafo y la radio. Speer, que regresó a Berlín durante las primeras horas del 29 de marzo, se puso en contacto con una serie de generales favorables a sus ideas, incluido el recién depuesto Guderian, y de los *Gauleiter* menos fanáticos con objeto de seguir frustrando la manía de Hitler por la destrucción. Guderian le advirtió, con una "risa fúnebre", que no "perdiera la cabeza"24.

Esa noche, Hitler empezó por avisar a Speer de que su conducta era comparable a una traición. Volvió a preguntarle si seguía creyendo que la guerra podía ganarse. El contestó que no, y el Führer aseguró que era "imposible negar la esperanza de una victoria final"25. Habló de las decepciones que había sufrido durante su trayectoria militar, uno de los temas que gustaba de repetir y que también confundía su propio destino con el de Alemania. Pidió con encarecimiento a Speer que se "arrepintiese y tuviera fe", y le otorgó cuarenta y ocho horas para que intentara volver a creer en la victoria. A todas luces nervioso por la posibilidad de perder a su ministro más competente, Hitler no pudo esperar a que expirara el plazo. Le telefoneó a su despacho del Pariserplatz, y Speer regresó al búnker de la Cancillería del Reich.

—¿Y bien? —le exigió el dictador.

—Mi Führer, mi apoyo sigue siendo incondicional —respondió él, decidido de pronto a mentir.

Hitler se emocionó. Sus ojos se llenaron de lágrimas al tiempo que estrechaba su mano con ademán afectuoso.

—Pero sólo seré de ayuda —prosiguió Speer— si se confirma mi autoridad en lo referente a la aplicación de tu decreto del 19 de marzo.

El dirigente nazi no dudó en mostrarse de acuerdo y le pidió que preparara una autorización para firmarla. En este documento, Speer reservaba casi todas las decisiones de demolición para el Ministerio de Armamento y Producción Bélica o, lo que es igual, para sí mismo. Hitler debió de tener la impresión de que le estaban engañando; con todo, parece que lo que más necesitaba era tener de nuevo a su lado a su ministro preferido.

Bormann, entretanto, no dejaba de emitir órdenes acerca de cuestiones muy diversas y a través de los *Gauleiter*. Llegó a su conocimiento que los médicos ya estaban practicando abortos a un buen número de víctimas de violaciones que llegaban en calidad de refugiadas desde las provincias orientales. El 28 de marzo decidió que debía regularizarse esta situación, y emitió una orden con el membrete de: “¡Altamente confidencial!”. Por él, cualquier mujer que solicitase abortar por las citadas circunstancias debía primero someterse a interrogatorio por un oficial de la Kriminalpolizei a fin de que se estableciera la probabilidad de que en realidad hubiera sido forzada, como afirmaba, por un soldado del Ejército Rojo. Sólo entonces podría contar la operación con el visto bueno de las autoridades 26.

Sus esfuerzos por evitar toda destrucción innecesaria convirtieron a Speer en un visitante asiduo del cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula, situado en Hassleben. Allí pudo comprobar que las ideas del general Heinrici coincidían por entero con las suyas. Cuando le interrogaron los estadounidenses tras la derrota, Speer aseguró haber sugerido al teniente general Kinzel, jefe de la plana mayor de Heinrici, la posibilidad de retirar el grupo de ejércitos del Vístula al oeste de Berlín con la intención de salvar a la ciudad de una destrucción aún mayor 27.

Heinrici recibió entonces órdenes que lo hacían responsable de la defensa de Berlín, de modo que trabajó junto con Speer en busca del mejor modo de salvar de la demolición el mayor número de puentes. Esta tarea resultaba importante por partida doble, dado que las redes de suministro de agua constituían una parte integral de su construcción. Según uno de los muchos admiradores con que contaba en el estado mayor general, Heinrici, que a la sazón contaba cincuenta y ocho años, era “a nuestros ojos el ejemplo perfecto de un oficial prusiano tradicional”28. No hacía mucho que le habían concedido la Cruz de Caballero con espadas y hojas de roble. Este “soldado entrecano” era un hombre desaliñado que no renunciaba a una zamarra de campaña y unas polainas de piel de la primera guerra mundial en sustitución del elegante uniforme del estado mayor general. Su ayudante intentaba persuadirlo en vano a encargar al menos una guerrera nueva.

El general Helmuth Reymann, oficial de escasa imaginación al que se había dado el mando de la defensa de Berlín, había planeado la demolición de todos los puentes de la capital del Reich. Por lo tanto, Speer volvió a servirse, ayudado de Heinrici, de la mala reputación con que contaba cualquier actitud derrotista para preguntar a Reymann si creía en la victoria. Este, por descontado, no pudo menos de asentir. Entonces, el arquitecto del Reich lo indujo a aceptar la fórmula intermedia propuesta por Heinrici: restringir sus planes de demolición a los puentes más exteriores situados en la línea de avance soviética y dejar intactos los del centro de la capital. Tras el encuentro que mantuvieron, Heinrici confió a Speer que no tenía intención alguna de hacer de la de Berlín una batalla prolongada. Tan sólo esperaba que el Ejército Rojo llegase cuanto antes y tomase desprevenidos a Hitler y a los demás dirigentes nazis.

El cuartel general del estado mayor de Hassleben se vio invadido por un goteo constante de visitas, más o menos deseadas. El *Gauleiter* Greiser, que había alegado tener en Berlín asuntos que

reclamaban su presencia cuando abandonó a su suerte la población sitiada de Poznan, había aparecido por el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula y pululaba por sus instalaciones con aire decaído. Decía querer trabajar allí en calidad de ayudante. Hildebrandt y Störz, *Gauleiter* de Mecklemburgo y Brandeburgo, también acudieron para exigir que se les informase de la situación. En realidad, la pregunta que querían formular era: *Wann kommt der Russe?* ("¿Cuándo vienen los rusos?"), bien que no se atrevían, ya que era una clara muestra de derrotismo 29.

Goering también visitaba con frecuencia el cuartel general, procedente de su ostentosa mansión de Karinhall. Alardeaba de los logros de la Sonderstaffel, la cuadrilla especial de aviación encabezada por el teniente coronel Baumbach, célebre as del Stuka, y encargada de derribar los puentes soviéticos y los diversos pasos que daban en las cabezas de puente del Oder mediante el lanzamiento de bombas dirigidas por radio, un invento reciente a la sazón. Los miembros de la Kriegsmarine hicieron también navegar río abajo lo que ellos llamaban *Sprengboote*, una versión explosiva de los barcos incendiarios isabelinos. Sin embargo, ni los ataques procedentes del aire ni los que provenían del río lograron hacer ningún daño duradero. Los ingenieros soviéticos, eso sí, hubieron de hacer tremendos sacrificios para llevar a cabo las reparaciones en las frías aguas. Muchos de ellos perdieron la vida por la hipotermia o al ser arrastrados por la corriente. El coronel Baumbach reconoció ante los oficiales del estado mayor que no tenía sentido continuar con su labor: valía más la pena distribuir el combustible de los aviones entre las unidades blindadas. Este, que no compartía, según el coronel Eismann, las ambiciones de prima donna del resto de ases de la aviación, se mostraba realista, a diferencia del *Reichsmarschall*.

La vanidad de Goering era tan absurda como su responsabilidad. De acuerdo con un oficial perteneciente al estado mayor del grupo de ejércitos del Vístula, sus ojos parpadeantes y las pieles que adornaba su uniforme de diseño especial lo hacían más semejante a una "alegre mujer que va al mercado" que a un mariscal del Reich 30. Goering insistía en llevar a cabo rondas de inspección cargado de todas sus medallas y sus charreteras de gruesos hilos dorados, y pasaba las horas enviando mensajes a los comandantes del ejército para quejarse de que sus hombres no lo habían saludado con la corrección necesaria.

Durante una de las sesiones de planificación celebradas en Hassleben, describió a sus dos divisiones de paracaidistas destacadas en el frente del Oder como *Übermenschen* ("superhombres"). "Debéis atacar con mis dos divisiones —declaró— si queréis mandar al diablo a todo el ejército ruso". Goering no fue capaz de reconocer que muchos de los oficiales ni siquiera eran paracaidistas, sino personal de la Luftwaffe al que habían transferido para realizar tareas de combate en las que no tenían experiencia alguna. Su querida 9ª división de paracaidistas sería la primera en desmoronarse llegado el ataque.

Goering y Dönitz pretendían reunir a más de treinta mil hombres procedentes de unidades base de la Luftwaffe y la Kriegsmarine con el fin de enviarlos a combatir. El hecho de que no hubiesen recibido prácticamente ninguna formación no parecía suponerles ningún obstáculo. Se formó una división de infantería de marina, comandada por un almirante y respaldada tan sólo por un oficial del ejército encargado de asesorarla en lo referente a las tácticas y los procedimientos propios de un estado mayor. Para no quedar atrás en la constante competitividad que caracterizaba las fuerzas armadas, las SS habían formado más batallones policiales y una brigada motorizada del estado mayor del cuartel general de las Waffen SS. Se conoció con el nombre de los Mil y Un Caballeros. Los nombres en clave de esta organización se tornaron curiosamente exóticos a medida que se acercaba el fin del Tercer Reich. Así, el destacamento antitanque de esta brigada recibió la denominación de Suleika, y el batallón de reconocimiento, el de Harem.

El 2 de abril, uno de los oficiales del estado mayor de Himmler propuso desde el tren especial de éste que se sumasen otros cuatro mil "colaboradores del frente" a la cifra de veinticinco mil que habían de llegar del Reichspost. La cúpula nazi estaba intentando lograr el objetivo de Der 800.000 Mann—Plan"31. El cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula argumentó que, si no había armas suficientes para equipar a todos aquellos hombres carentes de formación, resultarían mucho peor que inútiles. Con todo, las autoridades nazis se hallaban preparadas para repartir entre ellos algunas bazucas y dar a cada uno una granada para que pudiesen al menos llevarse consigo a un

puñado de enemigos. "Era muy sencillo —escribió el coronel Eismann—; no se trataba más que de una orden de asesinato en masa"32.

El propio Partido Nazi intentó mantener viva la idea del Freikorps Adolf Hitler. Bormann seguía aún discutiéndolo "con el doctor Kaltenbrunner" el miércoles, 28 de marzo 33. Los miembros de las SS se mostraban puntillosos en extremo en lo referente a títulos académicos, así como encantados de poder desplegar sus conocimientos de historia en un momento en que el doctor Goebbels sacaba a relucir todos y cada uno de los ejemplos que encontraba de fortuna militar adversa para sus bombardeos propagandísticos. Habida cuenta de que empleaba hasta la saciedad los nombres de Federico Ii el Grande y de Blücher, Kaltenbrunner recomendó al Ministerio de Propaganda que recurriese a la derrota del rey Darío de Persia 34.

Los dos ejércitos del grupo del Vístula recibieron promesas irrealizables de parte de la cúpula nazi. El llamado tercer ejército de *Panzer* del general Haso von Manteuffel, destacado en el frente del Oder al norte del 9º ejército, tenía poco más que una única división blindada. La mayor parte de sus divisiones consistía también en batallones compuestos y de soldados bisoños. El 9º ejército del general Busse era un batiburrillo muy similar. Contaba incluso con una compañía de cañones de asalto cuyos miembros vestían uniformes propios de la tripulación de un submarino.

Este sector del frente del Oderbruch estaba en su mayoría en manos de unidades en formación a las que enviaban con una pequeña ración de pan, longaniza seca y tabaco, si bien algunos soldados eran tan jóvenes que recibían caramelos en su lugar. En las aldeas que se hallaban detrás de la línea de frente se instalaron cocinas de campaña, y a los bisoños se les enviaba adelante con el fin de que comenzasen a cavar sus trincheras. Un camarada, escribió uno de ellos, no era sino "un compañero de sufrimiento"35. No podía decirse que fuesen una unidad en el sentido que suele atribuirse al término en jerga militar. Nadie, ni siquiera los oficiales, sabía cuáles eran sus deberes ni qué se suponía que debían hacer. Por lo tanto, se limitaron a cavar y a escapar. Los chistes se hacían eco de su estado de ánimo. Uno de los más extendidos, según refirió a su interrogador soviético un cautivo, decía: "La vida es como el pañal de un niño: corta y llena de mierda"36.

Los soldados alemanes que contaban con la experiencia suficiente para saber que había que ser tonto para estar incómodo se sentían orgullosos de sus acogedores "búnkeres de tierra", de unos dos metros por tres y cubiertos de una capa de tierra de hasta un metro sostenida por una armazón de pequeños troncos de árboles. "Mi refugio subterráneo principal era un lugar muy grato —escribió un soldado—. Lo había convertido en una habitacioncita a la que no faltaba la mesa y un banco"37. Los colchones y los edredones obtenidos en las casas cercanas proporcionaban los detalles finales que convertían aquellos refugios en verdaderos hogares.

Dado que la luz y el humo de las hogueras llamaban la atención de los francotiradores, los soldados no tardaron en dejar de afeitarse y lavarse. Las raciones comenzaron a empeorar a finales de marzo. La mayoría de los días, cada soldado recibía medio *Kommissbrot* —pan del ejército, duro como una piedra— y algo de estofado o sopa, que llegaban al frente de noche, coagulados por el frío, procedentes de una cocina de campaña situada más allá de la retaguardia. Si tenían suerte, los soldados recibían una botella de cuarto de litro de aguardiente por persona y, en raras ocasiones, *Frontkämpferpäckchen*, paquetes de reducido tamaño destinados a los que combatían en primera línea de frente y que contenían pastel, dulces y chocolate. El problema principal al que se enfrentaban era, sin embargo, la escasez de agua potable limpia, lo que comportaba que muchos soldados sufriesen de disentería y que las trincheras tuvieran un aspecto sórdido.

Los rostros de los jóvenes reclutas no tardaron en quedar demacrados a causa del cansancio y la tensión. Los ataques de los bombarderos Shturmovik con tiempo despejado, el "concierto de mediodía" de la artillería y el fuego de mortero y los bombardeos al azar hacían mella en los combatientes. De cuando en cuando, la artillería soviética apuntaba a cualquier edificio, por si contenía un puesto de mando, y disparaban proyectiles de fósforo. No obstante, la experiencia más aterradora para los jóvenes y los inexpertos eran las cuatro horas de guardia nocturna. Todos temían una incursión soviética que los capturasen para "cantar".

Por el día no se movía un alma. Un francotirador soviético derribó a Pohlmeyer, uno de los compañeros de Gerhard Tillery en el regimiento Potsdam de cadetes, de un tiro en la cabeza

mientras salía de su trinchera. Otterstedt, que intentó ayudarlo, corrió la misma suerte. Nunca lograban ver el fogonazo, de manera que no tenían ni idea de la procedencia del disparo. Los alemanes de aquel sector, empero, tenían también su propio francotirador, “un tipo demente por completo” que vestía, cuando no estaba de servicio, un sombrero de copa negro de director de pompas fúnebres y frac, al que prendía su Cruz Dorada germánica, una condecoración vulgar conocida por “el huevo frito”38. Sus excentricidades se toleraban probablemente debido a sus ciento treinta victorias. Tenía la costumbre de tomar posición en un granero contiguo a la primera línea de frente, para que los observadores dotados de binoculares le transmitiesen desde sus trincheras la situación de los diversos blancos. Cierto día en el que no había ningún movimiento, el observador le comunicó la presencia de un perro que corría por entre las posiciones rusas. Un solo disparo bastó para derribar al animal.

La munición escaseaba hasta tal punto que por la mañana se hacía necesario informar de las cifras exactas. Los comandantes de compañía con experiencia declaraban un gasto mayor del que habían hecho a fin de acumular sus propias reservas para el gran ataque, que sabían que no tardaría en llegar. Los comandantes alemanes de formación se mostraron cada vez más intranquilos a medida que marzo tocaba a su fin. Tenían la sensación de que los soviéticos estaban jugando con ellos “como el gato con el ratón”, de tal modo que mataban dos pájaros de un tiro. Así, la batalla por las cabezas de puente del lado occidental del Oder no sólo constituía un trampolín que impulsaría al Ejército Rojo hacia Berlín, sino que estaba hostigando al 9º ejército alemán y obligándolo a consumir sus escasas municiones antes del gran ataque. Los cañones de la artillería alemana, que contaban con menos de un par de proyectiles por pieza y por día, no podían permitirse responder al fuego de las baterías enemigas, de manera que los artilleros soviéticos podían apuntar a voluntad a blancos específicos, listos para el bombardeo de apertura. El inicio de la principal ofensiva contra las cumbres de Seelow en dirección a Berlín era sólo cuestión de tiempo.

Los soldados pasaban el día recuperando horas de sueño o escribiendo a sus familiares, aunque desde finales de febrero era poco el correo que alcanzaba su destino. Los oficiales veían al menos una ventaja en este derrumbamiento del servicio postal, pues evitaban el considerable número de suicidios entre los soldados que recibían noticias desastrosas de sus hogares, relativas a los destrozos provocados por los bombardeos o a la muerte de miembros de la familia. Los soldados alemanes capturados referían a sus interrogadores soviéticos —bien que es imposible saber si decían la verdad o sólo pretendían atraerse su benevolencia— que su propia artillería lanzaba proyectiles por detrás de sus trincheras para advertirlos del castigo que les acarrearía la retirada.

Los soldados sabían que los iban a aplastar, por lo que sólo les quedaba rezar por que alguien diese la orden de retirada. Cuando el comandante de cualquier sección llamaba al cuartel general de la compañía desde el teléfono de campaña y no recibía respuesta, el pánico no tardaba en extenderse por sus filas. La mayoría daba por hecho que los habían abandonado los mismos comandantes que los exhortaban a luchar hasta el final, aunque no querían arriesgarse a acabar en manos de la Feldgendarmerie. La mejor solución consistía, por ende, en enterrarse en un búnker e implorar al cielo que los atacantes soviéticos les diesen la oportunidad de rendirse antes de lanzarles una granada. De cualquier manera, aun si se aceptaba su rendición, quedaba siempre el riesgo de un contraataque alemán. En tal caso, a cualquiera que se hubiese sometido al enemigo le esperaba la ejecución sumaria.

A pesar de todas sus carencias en lo referente a personal bien formado y a munición, el ejército alemán acorralado podía seguir siendo un oponente peligroso. El 22 de marzo, el 8º ejército de guardas de Chuikov lanzó un ataque en Gut Hathenow, situado en la llanura aluvial desprovista de árboles cercana a la estribación de Reitwein. Entonces se dio la alarma a la 92ª brigada de cañones de asalto en formación y a la 30ª división de infantería Döberitz. No tardaron en desplegarse al ver a los tanques T-34. El sargento mayor Weinheimer daba a gritos órdenes de disparar: “Alineen... Perforantes... Apunten... ¡Fuego!”. Gerhard Laudan recargaba el cañón tan pronto como éste retrocedía. La dotación había establecido un buen ritmo de disparo, de manera que en cuatro minutos lograron alcanzar cuatro T-34. Sin embargo, un fogonazo súbito hizo perder la visión a los ocupantes. Lo siguió un violento estallido que hizo temblar al vehículo blindado. Laudan se golpeó

la cabeza con la plancha de acero. Oyó a su comandante gritar: “¡Fuera!”. Forcejeó con la escotilla para abrirla y lanzarse al exterior, pero su equipo de auriculares y micrófono, que había olvidado desconectar, se lo impidió. Cuando logró salir sin más heridas que algunas leves, se encontró con que sus compañeros se hallaban parapetados tras el propio vehículo. En medio del caos provocado por las cargas de los tanques enemigos, las posibilidades de que los rescatasen o pudieran recuperarse parecían nulas; pero, en ese momento, el soldado Klein, conductor del vehículo, se encaramó en éste y se introdujo por una de sus escotillas. Ante su asombro, todos oyeron el rugido del motor. Regresaron a sus puestos, y el carro comenzó a recular despacio. Pudieron comprobar que el proyectil enemigo había hecho impacto en el blindaje cercano al cañón, bien que, por fortuna, había un hueco entre la coraza exterior y la plancha de acero del interior, lo que les había salvado. “Por una vez, la “suerte del soldado” estaba de nuestra parte”, comentó Laudan 39. Aún fueron capaces de llevar el vehículo a la base de reparaciones de la brigada, situada en Rehfelde, al sur de Strausberg.

Tanto en el frente del Oder como en el del Neisse, los oficiales que se hallaban ante el primer frente ucraniano albergaban sentimientos encontrados. “Los oficiales tienen dos opiniones de la situación —señalaban en un informe los interrogadores soviéticos—: la oficial y la propia, que comparten tan sólo con los amigos más allegados”. Tenían el firme convencimiento de que habían de defender a la madre patria y a sus familias, pero eran bien conscientes de que la situación no permitía concebir esperanza alguna. “Debe hacerse la distinción entre los diversos regimientos —refirió cierto teniente al miembro del 7º departamento que lo interrogaba en el cuartel general del 21º ejército—. Las unidades regulares son fuertes, poseen una buena disciplina y un elevado espíritu de lucha. Sin embargo, en los grupos de combate que se han lanzado juntos a la ligera, la situación es muy diferente: la disciplina es horrible, y los soldados abandonan sus posiciones presas del pánico en cuanto ven asomar a las tropas rusas”.

“Ser oficial —escribió otro teniente alemán a su prometida— significa tener que estar en todo momento oscilando como un péndulo entre la Cruz de Caballero, una cruz de abedul y un consejo de guerra.”40

11
Los preparativos del golpe de gracia

El 3 de abril, el mariscal Zhukov regresó del aeropuerto central de Moscú a su cuartel general. El aeroplano de Konev despegó casi a la misma hora. Había empezado la carrera final. El plan consistía en lanzar la ofensiva el 16 y tomar Berlín el 22, día en que se celebraba el cumpleaños de Lenin. Zhukov estaba en contacto con la *Stavka* de forma permanente, aunque todas sus comunicaciones con Moscú estaban controladas por el NKVD, que había destinado a su cuartel general la 10ª compañía especial de comunicaciones.

"La operación Berlín... concebida por el ingenioso comandante en jefe, el camarada Stalin", tal como lo expresó de forma harto diplomática el departamento político del primer frente ucraniano, no era un mal plan 1. El problema consistía en que la cabeza de puente más importante de las que había capturado el primer frente bielorruso se hallaba tras el mejor accidente geográfico de toda la región en cuanto a su carácter defensivo: las cumbres de Seelow, cuyo poder había subestimado Zhukov, según admitiría más tarde.

Las tareas que habían de llevar a cabo los estados mayores de los dos frentes principales que tomaban parte en la operación eran colosales. A través de Polonia se habían dispuesto a la carrera vías férreas del ancho de los trenes rusos, así como puentes provisionales sobre el Vístula, a fin de transportar los millones de toneladas de suministros que se requerían, entre proyectiles de artillería, cohetes y demás munición, combustible y comida.

También hacía falta reponer y rehacer la principal materia prima con que contaba el Ejército Rojo: su mano de obra. Las víctimas de las operaciones del Vístula y el Oder, así como las de la pomerana, no habían sido elevadas en relación con lo acostumbrado en las tropas soviéticas, sobre todo si se tienen en cuenta los gigantescos avances. Sin embargo, las divisiones de fusileros de Zhukov y Konev, que contaban con una media de cuatro mil hombres, no habían tenido aún la oportunidad de rellenar los vacíos que habían dejado las bajas 2. Para el 5 de septiembre de 1944 se habían transferido al Ejército Rojo un total de 1.030.494 criminales provenientes del GULAG 3. Entre ellos no faltaban los que habían sido sentenciados por no acudir a su puesto de trabajo, mientras que los presos políticos, o *zeky*, acusados de traición o de llevar a cabo actividades antisoviéticas, se consideraban demasiado peligrosos para destinarlos siquiera a las compañías *shtraf*.

A principios de la primavera de 1945 se volvió a recurrir al Gulag en busca de hombres para el ejército, haciendo uso una vez más de la promesa de que el prisionero podría lavar su condena con su sangre. De hecho, se calculaba que era tal la necesidad de refuerzos que a finales de marzo, a poco más de dos semanas de la ofensiva contra Berlín, el Comité de Defensa Estatal promulgó un decreto que disponía que se proporcionara una amplia gama de prisioneros procedentes de cada *oblast*, del NKVD e incluso de casos pendientes en manos de los procuradores 4.

No es seguro que la idea de trocar una muerte en el Gulag ("muerte de perros para los perros", como se conocía) por una heroica motivase a la mayoría de estos prisioneros, aun cuando cinco de ellos alcanzaron la distinción de héroes de la Unión Soviética, incluido uno de los más famosos de la guerra, Aleksandr Matrosov, que, según decían, se lanzó contra una tronera alemana 5. La vida en los campos de concentración les había enseñado a no pensar en nada que no fuese el día que tenían por delante. Lo único que tal vez pudiese llamarles la atención era un cambio completo de la rutina que seguían en el Gulag y la posibilidad de dar muestras de mal comportamiento. Algunos de

estos soldados llegaron de verdad a "redimir su culpa con su sangre", ya fuese con compañías *shtraf* o en unidades encargadas de despejar los campos de minas 6. Al parecer, los que se hallaban en compañías de zapadores lucharon mucho mejor que los de las unidades *shtraf*, lo cual no resulta sorprendente.

Tampoco se trató mucho mejor a los prisioneros de guerra liberados, que habían sobrevivido a las terribles condiciones de los campos de concentración alemanes. En octubre de 1944, el Comité de Defensa Estatal había decretado que, una vez que los hubiesen liberado, debían ser trasladados a unidades especiales de reserva de los distritos militares para que se sometieran a una investigación del NKVD y el SMERSH. Los que eran enviados de los batallones de reserva a las unidades de primera línea de frente aún no se habían recuperado de las experiencias sufridas, y habían de soportar que los tratasen como a sospechosos. Los mandos del frente no hacían nada por ocultar la intranquilidad que les provocaba el reincorporar "soldados que eran ciudadanos soviéticos liberados de la esclavitud fascista". Su "moral" se había visto muy mermada por la "falsa propaganda fascista" durante su prolongado cautiverio 7. Con todo, era poco probable que los métodos empleados por los agentes políticos lograran curarlos de sus peores impulsos. Les leían órdenes del camarada Stalin, les mostraban películas de la Unión Soviética y la "Gran Guerra Patria" y les animaban a relatar "las terribles atrocidades de los bandidos alemanes".

"Estos hombres eran importantes para el ejército —escribió el departamento político del primer frente ucraniano—, porque estaban henchidos de un rabioso odio hacia el enemigo y porque anhelaban vengarse de todas las atrocidades y abusos que habían sufrido. Sin embargo, aún no estaban acostumbrados a la estricta disciplina militar". Este informe reconocía que los prisioneros liberados tendían a ser aficionados a la violación, el asesinato, el saqueo, la ebriedad y la deserción. Al igual que muchos de los criminales del Gulag, estaban embrutecidos por las experiencias vividas.

En el 5º ejército de choque, la 94ª división de guardias fusileros recibió un total de cuarenta y cinco antiguos prisioneros de guerra cuando faltaban tan sólo cinco días para que tuviese lugar la operación del Oder. "Todos los días —escribió uno de ellos— paso dos horas hablándoles de la madre patria, de las atrocidades de los alemanes y de la ley al respecto de la traición a la patria. Los distribuimos entre los diferentes regimientos a fin de evitar la posibilidad de que haya en la misma compañía dos personas que hayan estado juntas en Alemania o procedan de la misma región. Día tras día, hora tras hora, se nos informa de su moral y su comportamiento. Para hacer que odien a los alemanes, empleamos fotografías en las que sus soldados abusaban de nuestra población civil, incluidos niños, y les mostramos el cuerpo mutilado de uno de los nuestros"8.

La desconfianza que se profesaba a los antiguos prisioneros de guerra estaba basada en el miedo estalinista de que todo el que había pasado algún tiempo fuera de la Unión Soviética, en cualquier circunstancia, había estado expuesto a influencias antisoviéticas. El hecho de haber estado en un campo alemán de prisioneros implicaba haber recibido la "constante influencia de la propaganda de Goebbels": "No conocían la verdadera situación en que se hallaban la Unión Soviética y el Ejército Rojo". Esto hace pensar que las autoridades temían los recuerdos de la catástrofe de 1941, y cualquier asociación de ésta con la dirección del camarada Stalin debía ser eliminada a toda costa. Los agentes políticos se echaban también las manos a la cabeza ante una pregunta que al parecer formulaban "con frecuencia" los prisioneros de guerra liberados: "¿Es verdad que todo el equipo empleado por el Ejército Rojo se ha comprado a los Estados Unidos y que eso es obra del camarada Stalin¿" 9.

El NKVD también estaba preocupado. "La mala supervisión y la actitud poco seria de los mandos" habían hecho imposible controlar los casos de indisciplina, la transgresión de las leyes estatales y el "comportamiento inmoral"10. Incluso los oficiales estaban implicados: "El territorio liberado por el Ejército Rojo está lleno de elementos enemigos, saboteadores y otros agentes". La actitud poco seria de los comandantes los había llevado al extremo de colocar cortinas en las ventanillas laterales de los coches del estado mayor, lo que supuestamente servía para ocultar la presencia de una "mujer de campaña", una amante que provenía por lo general de la unidad médica o de señales destinada a cada uno de sus cuarteles generales. A pesar de que esta última se trataba

de una costumbre permitida de forma tácita por Stalin, el NKVD había ordenado que se "descorriesen [las cortinillas] al llegar a los controles"[11].

El adoctrinamiento constituía la primera prioridad tanto para los agentes políticos como para el NKVD, que se hallaba al cargo de "comprobar la capacidad de lucha para la batalla"[12]. Según este criterio, la "preparación política" era la más importante de todas las categorías. Se organizaron seminarios especiales de propaganda para soldados de habla no rusa del primer frente bielorruso, coincidiendo con la llegada, a finales de marzo, de un nuevo reclutamiento. Esto incluía a polacos de la "Ucrania occidental" y la "Bielorrusia oriental" y también a moldavos. Muchos de estos reclutas, empero, habían presenciado los arrestos masivos y las deportaciones efectuados de 1939 a 1941 por el NKVD, por lo que se resistían a un adoctrinamiento que se centraba en la abnegación de inspiración comunista de los soldados del Ejército Rojo. "Muestran cierto escepticismo ante la doctrina —señalaba alarmado el informe de cierto departamento político—. Cuando se habló de la proeza del sargento Varlamov, héroe de la Unión Soviética que bloqueó con su cuerpo una tronera del enemigo, algunos comentaron que era imposible"[13].

La calidad de la formación militar dejaba, sin duda alguna, mucho que desear. "Un buen número de pérdidas no operacionales se deben a la ignorancia de los oficiales y el modo poco eficaz en que instruyen a los soldados", confirmaba un informe del NKVD. En una sola división murieron veintitrés soldados y resultaron heridos sesenta y siete en no más de un mes por causa del mal uso de las metralletas. "Esto pasa porque las amontonan o las cuelgan sin quitarles siquiera los cargadores". Otros soldados sufrieron heridas por trastear con armas o granadas antitanque con las que no estaban familiarizados. Tampoco faltaban los desavisados que ponían en las granadas detonadores erróneos ni los que "golpeaban con objetos duros las minas y los proyectiles" [14].

Los zapadores del Ejército Rojo, por otra parte, necesitaban arriesgarse y prepararse a menudo para la escasez de provisiones. Se enorgullecían de reciclar los contenidos de los proyectiles que no habían llegado a explotar y de las minas alemanas que retiraban por la noche. Su lema particular seguía siendo: "Un error, y se acabaron las cenas"[15]. Solían extraer el explosivo, calentarlo y enrollarlo en un lateral del muslo, cual si fueran muchachas cubanas trabajando en una fábrica de puros, para introducirlo por fin en una de sus propias cajas de minas de madera, que los detectores de minas alemanes no podían encontrar. Su coraje y su habilidad eran objeto de un respeto extremo por parte de las unidades de fusileros y de la dotación de los tanques, que raras veces se mostraban dispuestos a admitir el mérito de otra arma o unidad que no fueran las suyas propias.

El programa de odio al enemigo había comenzado a finales del verano de 1942, momento de la retirada de Stalingrado y la publicación de la orden estaliniana Ni un paso atrás. También fue la época del poema de Anna Ajmatova "Ha llegado la hora del valor". En febrero de 1945, las autoridades soviéticas adaptaron sus palabras: "Soldado del Ejército Rojo: Ahora pisas suelo alemán. ¡Ha llegado la hora de vengarse!"[16]. De hecho, quien había cambiado en primer lugar su contenido fue Ilya Ehrenburg, quien en 1942 escribió: "No contéis los días; no contéis las millas: contad tan sólo el número de alemanes que habéis abatido. Matad al teutón: eso es lo que reza vuestra madre. Matad al teutón: eso es lo que llora vuestro suelo ruso. No vaciléis; no os detengáis: Matad".

La Unión Soviética ha aprovechado la menor oportunidad para poner de relieve la magnitud de las atrocidades perpetradas por los alemanes. Según cierto informador francés, las autoridades del Ejército Rojo exhumaron los cadáveres de unos sesenta y cinco mil judíos masacrados cerca de Nikolayev y Odessa, para después ordenar que se dispusieran a lo largo de la carretera más transitada por las tropas. Cada doscientos metros se erigió un cartel que rezaba: "Mirad cómo tratan los alemanes a los ciudadanos soviéticos"[17].

Los forzados a los que se había liberado se emplearon también a modo de ejemplo de la crueldad de los alemanes. Se obligó a las mujeres, procedentes sobre todo de Ucrania y Bielorrusia, a contar a los soldados hasta qué punto se habían visto maltratadas. "Nuestros hombres montaban en cólera —recordaba un agente político, que añadía enseguida—: Para ser justos, había alemanes que

trataban bastante bien a sus trabajadores; pero eran los menos, y el espíritu del que estábamos imbuidos entonces hizo que recordásemos sólo los peores ejemplos”[18].

“En todo momento intentábamos aumentar el odio hacia los alemanes —declaraba un informe del departamento político del primer frente ucraniano y fomentar la venganza apasionada”. Se imprimieron y se hicieron circular entre la tropa los mensajes provenientes de trabajadores forzados que se encontraron en las aldeas. “Nos han metido en un campo de concentración —decía una de estas cartas—, en un barracón oscuro y gris, donde nos obligan a trabajar de sol a sol y nos dan de comer sopa de nabo y un trozo diminuto de pan. Nos insultan constantemente; así ha ido pasando nuestra juventud. Tomaron a todos los jóvenes de la aldea (incluso niños que no pasaban de los trece años) para llevarlos a su dichosa Alemania, donde no hacemos sino sufrir, descalzos y famélicos. Corren rumores de que “nuestra gente” se acerca. Apenas podemos esperar. A lo mejor vemos pronto a nuestros hermanos y ponen fin a nuestro sufrimiento. Las niñas vienen a verme, y nos sentamos juntas a hablar de ello. Nos preguntamos si sobreviviremos a este tiempo inclemente y si volveremos a ver a nuestras familias. Nuestra vida en Alemania es terrible. Zhenya Kovakchuk”. Otra de las cartas de la misma remitente recogía la letra de lo que ella llamaba “la canción de las niñas esclavas”:

Se acabó la primavera; ha llegado el verano:
nuestras flores se abren en el jar dín,
y yo, una muchacha tan joven,
paso mis días en un campo alemán [19].

Otro método para difundir el odio que empleaban los agentes políticos era el “marcador de la venganza”. “Se entrevistaba a los soldados y oficiales de cada regimiento para sacar a relucir las atrocidades y los actos de “saqueo y violencia de las bestias de Hitler”. Así, por ejemplo, en cierto batallón se elaboró un “marcador de la venganza” en un cartel en el que se leía: “Nos estamos vengando de la muerte de 775 familiares, del secuestro y esclavitud en Alemania de 909, de la quema de 478 casas y de la destrucción de 303 granjas”... En todos los regimientos del [primer] frente [bielorruso, se convocaron “reuniones de venganza” que provocaron un gran entusiasmo. Las tropas de nuestro frente se han convertido, al igual que los soldados de todo el Ejército Rojo, en los nobles vengadores encargados de castigar a los invasores fascistas por todas sus monstruosas atrocidades y sus malvadas obras”[20].

“En nuestro comedor había una pintada enorme —recordaba una muchacha del cuartel general del primer frente bielorruso— que decía: “¿Has matado ya a un alemán? ¡Pues mátalo!”. Estábamos muy influidos por los llamamientos de Ehrenburg, y teníamos mucho de lo que vengarnos”. A sus padres los habían matado en Sebastopol. “El odio era tan grande que resultaba difícil controlar a los soldados”[21].

Mientras las autoridades militares soviéticas se dedicaban a promover la ira de sus soldados con vistas a la ofensiva final, su 7º departamento de propaganda trataba de persuadir a los soldados alemanes a los que se enfrentaban de que recibirían un buen trato en caso de que decidieran rendirse.

De cuando en cuando, de las incursiones llevadas a cabo por las compañías de reconocimiento resultaba la captura de una saca de correo militar alemán llena de cartas procedentes de las familias de los soldados. Los comunistas alemanes o los “antifas” (prisioneros de guerra antifascistas adscritos al departamento) se encargaban de leerlas y analizarlas. También se incautaba la correspondencia de todos los prisioneros con el mismo fin. Lo que más interesaba era el estado de ánimo de la población civil y los efectos de los bombardeos estadounidenses y británicos, amén de cualquier referencia a la escasez de comida y, en especial, la falta de leche para los niños. Esta información se hacía llegar a las autoridades superiores, aunque también se recopilaba con la

intención de elaborar panfletos propagandísticos, que se editaban merced a una imprenta móvil asignada a los diversos cuarteles generales del ejército 22.

Una de las mayores prioridades de los interrogatorios efectuados a los informadores capturados, a los desertores y a otro tipo de prisioneros giraba en torno a las armas químicas. A las autoridades militares soviéticas les preocupaba —lo cual no deja de ser comprensible— que Hitler pudiese emplear este tipo de defensa a modo de recurso desesperado, más aún cuando la cúpula nazi no dejaba de hablar de "armas milagrosas". A Suecia llegaron informes que aseguraban que a las tropas especiales se les estaba distribuyendo armamento químico en cajas alargadas que contaban con la siguiente inscripción: "Usar sólo bajo expresa orden del Führer"23. El agregado militar sueco oyó que lo único que les impedía emplearlas era el miedo de matar a todo el que estuviese en las inmediaciones. Si eso es cierto, quiere decir que se habían distribuido suministros de gases nerviosos sarín y tabun procedentes del centro de investigación de armamento químico situado en la gigantesca ciudadela de Spandau 24 (Si bien el centro de investigación se hallaba en el distrito berlinés de Spandau, la fabricación del sarín y el tabun se llevaba a cabo en Dyhernfurth (Silesia), a unos cuarenta kilómetros de Breslau. Norman Davies (2002, p. 26, n. 40) sospecha que durante el sitio de esta última población se emplearon suministros de tabun procedentes de Dyhernfurth contra las tropas soviéticas. El 5 de febrero se organizó una incursión contra el complejo en que se fabricaban las armas químicas, guiada por el comandante general Max Sachsenheimer, que tenía por objeto requisar las instalaciones y vaciar en el Oder los tanques de tabun antes de que el Ejército Rojo pudiese determinar su finalidad y tomar muestras del líquido para analizarlas (véase Duffy, pp. 129-132). Al parecer, el mariscal de campo *Kessel*ring confió al teniente general de las SS Wolff que los asesores de Hitler lo estaban instando a hacer uso de las *Verzweiungswaffen*, o "armas de la desesperación"25.

Albert Speer, al ser interrogado pocas semanas más tarde por los estadounidenses, se mostró dispuesto a reconocer que los fanáticos nazis habían "abogado por la guerra química" durante esa fase del enfrentamiento 26. Con todo, y a pesar de que las fuentes soviéticas aseguren que en febrero se había llevado a cabo un ataque con gas lanzado desde aviones y morteros contra las tropas apostadas cerca de Gleiwitz, la escasez de datos que ofrecen sugiere que no fue más que una falsa alarma o un intento de llamar la atención sobre este tipo de amenaza. Se ordenó a los soldados que llevasen máscaras de gas durante al menos cuatro horas al día y que durmiesen con ellas por lo menos una noche. Se distribuyeron prendas de papel y medias protectoras, así como máscaras de lona para los caballos. También se dio orden de proteger la comida y las fuentes de agua, y también de preparar los sótanos y bodegas de los cuarteles generales contra posibles ataques con gas. Sin embargo, sigue sujeto a discusión hasta qué punto se hizo caso de esas instrucciones del Ejército Rojo, más aún teniendo en cuenta que el responsable de la "disciplina química" era el NKVD.

El entrenamiento con las bazucas incautadas a los alemanes se tomó mucho más en serio. Se había capturado un número considerable de ellos, y en cada batallón de fusileros se formaron grupos de "expertos en lanzagranadas". Los agentes políticos acuñaron para ellos el lema, más bien predecible, de: "Vence al enemigo con sus propias armas". La instrucción consistía en lanzar una de estas granadas propulsadas por un cohete contra un carro de combate inservible o un muro situados a unos treinta metros. En el tercer ejército de choque, los instructores del Komsomol los repartían para enseñar a los tiradores selectos a apuntar con ellos. El sargento Belyaev, del tercer cuerpo de fusileros, disparó a un muro que se hallaba a cincuenta metros. Cuando se disipó la polvareda, pudo comprobar que, antes de chocar con la pared de detrás, el proyectil había abierto un agujero lo bastante ancho para colarse por él a gatas. La mayoría de los que probaban el Panzerfaust quedaban igual de impresionados, conscientes de la ventaja que les reportaría en la lucha que les esperaba en Berlín, no en cuanto arma antitanque, sino como instrumento con el que agujerear paredes para pasar de una casa a otra 27.

12
A la espera del ataque final

Durante los primeros días de abril, mientras Berlín esperaba la última embestida soviética a lo largo del Oder, la atmósfera de la capital se tornó una mezcla de agotamiento febril, terribles presentimientos y desesperación.

"Ayer —informó a Estocolmo el agregado militar sueco—, el bienintencionado Von Tippelskirch nos invitó a pasar otra noche en Mellensee, adonde acudí más por curiosidad que por cualquier otra razón. No esperaba oír gran cosa de interés, dado que ahora todo sucede con mucha rapidez. La velada resultó bastante trágica. El aire estaba preñado de desesperanza. La mayoría de los asistentes ni siquiera pretendía mantener las apariencias, sino que presentaba la situación tal como se estaba desarrollando. Algunos se mostraban sentimentaloides y buscaban consuelo en la botella"[1].

Sólo los nazis convencidos de que cualquier forma de rendición equivalía a la ejecución conservaban una determinación fanática. Y al igual que Hitler, estaban resueltos a asegurarse de que todos los demás compartiesen el mismo sino que ellos. En septiembre de 1944, cuando los Aliados occidentales y el Ejército Rojo habían comenzado a avanzar hacia el Reich a gran velocidad, la cúpula nazi pretendía combatir a su implacable enemigo aun más allá de la derrota, por lo que decidió crear un movimiento de resistencia al que bautizó con el nombre en clave de Werwolf.

El nombre estaba inspirado en una novela de Hermann Löns ambientada en la Guerra de los Treinta Años. Su autor, nacionalista extremo muerto en 1914, era objeto de devoción por parte de los nazis. En octubre de 1944, cuando comenzó a ponerse en práctica la idea, el teniente general de las SS Hans Prützmann recibió el nombramiento de *Generalinspekteur für Spezialabwehr* ("inspector general de defensa especial"). Había estudiado las tácticas de guerrilla soviética durante su estancia en Ucrania, por lo que se le ordenó regresar de Königsberg para establecer un cuartel general en la capital del Reich. Con todo, al igual que sucedió con muchos proyectos nazis, las facciones rivales pretendían crear sus propias organizaciones o hacer caer bajo su dominio las que ya existían, por lo que aun dentro de las SS existían dos diferentes: la Werwolf y la Jagdverbände de Otto Skorzeny. La cifra se eleva a tres si incluimos a la inactiva versión de la Gestapo y la SD que recibía el nombre en clave de Bundschuh.

En teoría, los programas de instrucción incluían técnicas de sabotaje con latas de sopa de rabo de buey Heinz rellenas de explosivo plástico, que hacían explotar con detonadores en forma de lápiz capturados a los británicos. Se ingenió toda una gama de artículos e incluso prendas de vestir confeccionados con nipolit, lo que incluía impermeables con forros explosivos. A los reclutas de la Werwolf se les enseñaba a matar a los centinelas con una soga de un metro aproximado provista de un nudo corredizo o una pistola Walther con silenciador. Los documentos incautados revelan cuáles eran sus consignas: "¡Torna el día en noche y la noche en día! Ataca al enemigo allí donde lo encuentres. ¡Hay que ser astuto! Roba armas, munición y raciones. Mujeres que nos apoyáis, respaldad la batalla de la Werwolf siempre que os sea posible". Debían operar en grupos de entre tres y seis hombres, cada uno de los cuales recibiría raciones para sesenta días. "Se hizo especial hincapié en las reservas de gasolina y petróleo" en cuanto objetivos. Las autoridades nazis solicitaron dos mil radios y cinco mil equipos explosivos, aunque no fueron muchos los que estuvieron listos a tiempo. Se recogieron las bombas incendiarias que habían dejado caer los aviones estadounidenses y se obligó a los que se hallaban recluidos en campos de concentración a inspeccionarlas y extraer el material para que pudiese ser reutilizado.

El día 1 de abril se emitió a las ocho de la tarde un llamamiento para que el pueblo alemán se uniese a la Werwolf "Todo bolchevique, todo inglés, todo estadounidense que pise nuestro suelo deberá convertirse en objetivo de nuestro movimiento... Cualquier alemán, cualesquiera que sean su profesión o su posición social, que se ponga al servicio del enemigo y colabore con él sentirá el peso de nuestro brazo vengador... Para nosotros sólo queda un lema: "Conquista o muere""2. Pocos días después, Himmler dio una nueva orden: "Debe abatirse a todos los varones que habiten en una casa en que se despliegue la bandera blanca. No debe perderse un solo segundo en ejecutar estas medidas. Todo hombre mayor de catorce años será considerado responsable de sus actos"3.

El verdadero objetivo de la Werwolf, tal como confirmó un documento con fecha del 4 de abril, se desprendía de la obsesión de los nazis con 1918: "Conocemos los planes del enemigo, y sabemos que tras la derrota no habrá ninguna oportunidad de que Alemania vuelva a levantarse como hizo tras 1918* 4. La amenaza de matar a todo el que colaborase con los Aliados tenía la intención de evitar una "política Stresemann", con lo que se hacía referencia a la firma de Gustav Stresemann del Tratado de Versalles en 1919. El Partido Nazi estaba sustentado sobre la humillación de aquella derrota, y en esos momentos tenía un gran interés en hacer regresar a Alemania su recuerdo.

Se envió a los muchachos de las Juventudes Hitlerianas a zonas seleccionadas, en las que les ordenaron que enterrasen sus explosivos antes de ponerse en contacto con el *Kreisleiter* nazi local para que los albergase y les proporcionara raciones. Se dio a cada uno de ellos una misión sin especificar y se les dijo que regresasen a casa como si no hubiera sucedido nada. A medida que se acercaba el final, la instrucción se tornó muy precipitada, de manera que cada vez resultaba más probable que acabasen volando por los aires ellos mismos en lugar de sus objetivos.

Al final, la Werwolf no logró gran cosa, aparte de llevar a cabo un par de asesinatos (los de los alcaldes de Aachen y Krankenhagen) e intimidar a los civiles. Las Juventudes Hitlerianas escribieron con tiza en las paredes consignas tales como: "Traidor, ve con ojo; la Werwolf te observa". Tanto Skorzeny como Prützmann parecen haber perdido la ilusión que tenían depositada en el proyecto a medida que se acercaban los Aliados, al menos si se da crédito a lo referido por el primero durante su interrogatorio (Prützmann se suicidó tras una breve entrevista). En cualquier caso, Himmler cambió también de parecer a mediados de abril, cuando concibió la idea de realizar las negociaciones vía Suecia. Entonces dio a Prützmann instrucciones de reducir la actividad de la Werwolf "a mera propaganda"5. El único problema era que la emisora de la organización, dominada por Goebbels, seguía ordenando la acción de guerrilla.

En el frente oriental, los rápidos avances del Ejército Rojo desde enero hasta marzo hicieron que apenas se pudiese instruir o equipar a tiempo a ninguno de los grupos, y los únicos rezagados eran por lo general miembros de la Volkssturm que habían quedado aislados. La propaganda de la Werwolf se limitó a centrar su acostumbrada paranoia en el SMERSH y en los regimientos de fusileros del NKVD de modo urgente. En la zona occidental, los Aliados pudieron comprobar que la organización no era sino un fiasco. Los búnkeres preparados para sus operaciones tan sólo contaban con víveres "para diez o quince días", y del fanatismo de los miembros de las Juventudes Hitlerianas que capturaban no quedaba indicio alguno. Eran "poco más que jóvenes infelices y asustados". Pocos recurrieron a las cápsulas de suicidio que les habían proporcionado "para escapar a los rigores del interrogatorio y, sobre todo, al incentivo de cometer un acto de traición". Muchos de ellos habían aprovechado para marcharse a casa cuando sus superiores los enviaron a preparar actos terroristas.

No falta quien haya señalado que el conjunto del proyecto Werwolf no encajaba con el carácter nacional. "Los alemanes no somos una nación de guerrilleros —escribió en su diario una anónima berlinesa—. Seguimos a un dirigente capaz de dar órdenes". Había viajado a la Unión Soviética poco antes de que los nazis se hicieran con el poder y, en el transcurso de largas discusiones mantenidas en sus trenes, pudo comprobar que los rusos hacían chistes acerca de la falta de espíritu revolucionario del pueblo alemán. "Los camaradas alemanes sólo tomarían al asalto una estación ferroviaria —dijo uno de ellos— si lograsen comprar billetes que les permitieran acceder a los andenes"6.

También hay informes que indican que, si bien al margen del programa de la Werwolf, se había trasladado a la Kriminalpolizei a miembros de la Gestapo con el convencimiento de que los Aliados occidentales querrían readmitirlos una vez que se instalase un gobierno militar. Parece ser que, a medida que se hacía más real la posibilidad de un derrumbamiento final, los creyentes fanáticos volvían la mirada con mayor rapidez hacia la supervivencia. Algunos miembros de las SS, a fin de librarse de ser perseguidos, hacían todo cuanto estaba en sus manos por obtener para sí los documentos falsos que se habían elaborado para los miembros de la Werwolf. Otros se procuraban uniformes de la Wehrmacht y cartillas de fallecidos con la intención de proporcionarse una nueva identidad. Los soldados alemanes se sentían indignados al saber que muchos oficiales de las SS, organización que había llevado a cabo ejecuciones al azar por deserción, estaban preparando su propia huida. Los prisioneros de guerra refirieron a los estadounidenses durante los interrogatorios que muchos sastres habían recibido órdenes de coser una gran P en toda una serie de chaquetas de tal modo que los miembros de las SS que intentaban ocultarse pudieran camuflarse como trabajadores polacos.

La cúpula nazi, empero, no sólo contaba con los “consejos de guerra volantes” y los escuadrones de ejecución de las SS para aterrorizar a los soldados e impulsarlos a seguir combatiendo. Los relatos de atrocidades que hacía circular el Ministerio de Propaganda eran inagotables. Se contaban, verbigracia, historias de mujeres que castraban a los soldados heridos. El ministerio poseía también sus propios escuadrones, tanto en Berlín como en lugares cercanos al frente del Oder, que se encargaban de pintar consignas en las paredes como si se tratase de la expresión espontánea de la población civil. “¡Creemos en la victoria!”; “Nunca nos rendiremos”, o “Protejamos a nuestras mujeres y nuestros hijos de las bestias rojas” eran algunos de ellos 7. Había, de cualquier manera, un grupo que podía hacer públicos sus sentimientos sin miedo a las represalias: los heridos alemanes que habían perdido las manos o los brazos que gritaban *Heil Hitler!* al tiempo que “levantaban los muñones en ademán ostentoso”8.

El hombre que había de realizar la tarea menos envidiable a la sazón era el teniente general Reymann, el oficial al que habían nombrado comandante del Area Defensiva del Gran Berlín. Se enfrentaba al apogeo del caos de la organización de los nazis. El general Halder, el jefe del estado mayor destituido en 1942, se mostraba cáustico al respecto al escribir más tarde que ni Hitler ni Goebbels, comisario del Reich para la defensa de la capital, quisieron “pensar en defender la ciudad hasta que fue demasiado tarde. En consecuencia, lo único que caracterizó la labor fue un cúmulo de improvisaciones” 9.

Reymann era la tercera persona a la que se había otorgado el puesto desde que Hitler declarara a principios de febrero que Berlín era una fortaleza. Se encontró con que debía tratar con el Führer, con Goebbels, con el ejército de reemplazo de Himmler, con la Luftwaffe, con el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula, con las SS, con las Juventudes Hitlerianas y también con la organización local del Partido Nazi, que controlaba a la Volkssturm. A pesar de que había ordenado que debía disponerse la defensa de Berlín, Hitler se negó a destinar tropa alguna para tal labor. En lugar de eso, se limitó a asegurar a Reymann que se le proporcionarían las fuerzas suficientes en caso de que el enemigo alcanzase la capital. Ni él ni Goebbels parecían dispuestos a enfrentarse a la realidad de la derrota. Este último, en particular, había logrado persuadirse de que podría contenerse al Ejército Rojo en el Oder.

La población de la ciudad a principios de abril rondaba los tres millones o los tres millones y medio de habitantes, incluidos unos ciento veinte mil niños. Cuando el general Reymann planteó el problema de la necesidad de alimentar a estos últimos, Hitler lo miró de hito en hito para decirle: “En Berlín ya no quedan niños de esa edad”, lo que hizo comprender al general que su comandante supremo había perdido todo contacto con la realidad 10. Goebbels, entre tanto, insistía que aún contaban con enormes reservas de leche condensada y que, en caso de que la capital resultase sitiada, podrían llevarse vacas al centro de la población. Al preguntar Reymann con qué pensaban alimentar a estos animales, Goebbels no fue capaz de dar una respuesta. Para empeorar aún más las

cosas, todos los almacenes de alimentos estaban situados en las afueras de la ciudad y constituían un objetivo fácil de capturar por parte del enemigo. Sin embargo, no se hizo nada para trasladar a un lugar más céntrico las provisiones, ya fuesen civiles o militares.

Reymann y el jefe de su estado mayor, el coronel Hans Refior, sabían que Berlín no podía albergar esperanzas de resistir con las fuerzas de que disponían, por lo que recomendaron a Goebbels que se permitiese abandonar la ciudad a los civiles y, en especial, a las mujeres y los niños. "Las SS y el mando de la policía de la región de Spree están organizando de un modo excelente la evacuación de la zona —repuso el ministro de Propaganda—; daré la orden de evacuar la capital cuando proceda"11. Esto dejaba bien claro que no había considerado en ningún momento con seriedad las implicaciones logísticas que suponía el hacer salir de Berlín a una masa de gente de tales dimensiones por carretera o ferrocarril, por no hablar de la necesidad de alimentarlos durante el viaje. Apenas quedaban trenes en funcionamiento ni vehículos con el combustible suficiente para transportar a los débiles y los enfermos. El grueso de la población habría tenido que salir a pie. Uno no puede menos de sospechar que, al igual que sucedió a Stalin al principio de la batalla de Stalingrado, Goebbels no deseaba evacuar a los civiles con la esperanza de lograr así que los soldados defendiesen la ciudad con mayor desesperación.

Desde el cuartel general regional del distrito berlinés, un edificio de sólida construcción situado en el Hohenzollerndamm, Reymann y su estado mayor intentaban averiguar con cuántos soldados y cuántas armas contaban. El coronel Refior descubrió enseguida que el título de "Area Defensiva de Berlín" no tenía significación alguna. No era más que otra expresión, como la de "fortaleza", acuñada en el cuartel general del Führer, que aún se pretendía que debía defenderse hasta la muerte. Pudo comprobar que tratar con "una burocracia tan miope y empecinada podía llenar de canas la cabeza de cualquiera"12.

Tan sólo para defender el perímetro exterior se necesitaban diez divisiones. De hecho, el Area Defensiva de Berlín contaba, en teoría, con una sola división de artillería antiaérea, nueve compañías del regimiento de guardias Grossdeutschland, un par de batallones policiales, otros dos de zapadores y veinte de la Volkssturm que habían sido reclutados, aunque sin recibir instrucción alguna. Si el enemigo rodeaba la ciudad, se reclutarían otros veinte batallones más. Con todo, pese a que la milicia popular berlinesa estaba formada sobre el papel por sesenta mil hombres, estaba dividida en Volkssturm I, que poseía algunas armas, y la Volkssturm Ii, que no tenía ninguna. En muchos casos, los antiguos oficiales regulares al mando de éstas enviaban a sus soldados desarmados a casa cuando veían al Ejército Rojo acercarse a la ciudad; sin embargo, era raro que los comandantes pertenecientes al funcionariado del Partido Nazi diesen siquiera muestras de la humanidad más elemental. Uno de los *Kreisleiter* nazis estaba persuadido de que lo único que debía hacer era mantener a los hombres alejados de la influencia de sus esposas, las *Muttis* ("mamaítas"), que podían minar su voluntad de resistir 13. De cualquier manera, estaba condenado al fracaso: a los hombres de la Volkssturm no se les habían asignado raciones alimentarias, por lo que no tenían más opción que recurrir a sus familias para que les proporcionaran comida. Sea como fuere, los comandantes a cargo de la defensa no tardaron en darse cuenta de que los veteranos de la primera guerra mundial eran los únicos que tenían "cierto sentido del deber"14. El resto, o al menos la mayoría, se escabullía en cuanto se presentaba la menor oportunidad.

La unidad que contaba con un mayor número de armas para defender Berlín era la 1ª división de artillería antiaérea; con todo, no estuvo bajo el mando de Reymann hasta el principio de la batalla. Esta unidad de la Luftwaffe tenía por bases las tres gigantescas torres de hormigón antiaéreas con que contaba la ciudad (el búnker del Zoo, en el Tiergarten, el Humboldthain y el Friedrichshain) y contaba con un impresionante arsenal de cañones de 128, 88 y 20 milímetros, así como con la munición necesaria para hacerlos funcionar. La artillería de Reymann, por el contrario, consistía en cañones obsoletos de diversos calibres tomados durante la guerra a franceses, belgas y yugoslavos. Por lo general, cada una de estas piezas no disponía de más de media docena de proyectiles, aunque era frecuente que ni siquiera se llegase a esta cifra. La única pauta con que contaban para dirigir la defensa de la ciudad era una orden de antes de la guerra, que Refior describió como una "obra maestra del arte burocrático alemán"15.

El Partido Nazi berlinés habló de movilizar a ejércitos de civiles para que colaborasen en la defensa de la ciudad, construyendo un "anillo a modo de barrera" con un radio de treinta kilómetros y otro que siguiera el perímetro de la capital. Con todo, el mayor número de hombres que logró reunirse en un día fue de setenta mil; por lo general ni siquiera superaba los treinta mil. El transporte y la escasez de herramientas se convirtieron en el problema principal, si no se tiene en cuenta el hecho de que la mayoría de las fábricas y las oficinas de Berlín seguían funcionando como si no pasara nada.

Reymann nombró al coronel Lohbeck, oficial de ingenieros, para que se hiciese cargo del caos que había provocado el Partido en los trabajos de defensa, y llamó a la escuela de ingeniería militar de Karlshorst para que les proporcionasen equipos de demolición. Los oficiales del ejército se mostraban nerviosos ante los esfuerzos que estaba llevando a cabo Speer por salvar de la destrucción los puentes del interior de Berlín, pues no podían borrar de su memoria las ejecuciones de oficiales del puente de Remagen. Los zapadores de Reymann supervisaron la Organización Todt y el servicio laboral del Reich, que estaban mucho mejor equipados que los civiles que trabajaban obligados por las autoridades, si bien no lograron obtener combustible ni piezas de repuesto para las excavadoras mecánicas. La mayoría de los diecisiete mil prisioneros de guerra franceses procedentes de Stalag III D se empleó como mano de obra en la ciudad. Su misión consistía en crear barricadas y cavar trincheras individuales en el pavimento de las esquinas. Con todo, aún se discute acerca de hasta qué punto fueron de utilidad, habida cuenta sobre todo de que entre los prisioneros franceses de los alrededores de Berlín había muchos a los que se acusaba de ser *arbeitsunlustig* ("poco inclinados a trabajar") y de escapar de los campos de concentración, por lo general para visitar a las mujeres alemanas 16.

Los intentos de ponerse en contacto con los comandantes de operaciones, que en teoría debían proporcionar tropas en condiciones de luchar en defensa de la ciudad, distaron mucho de ser provechosos. Cuando Refior fue a visitar al jefe del estado mayor de Heinrici, el teniente general Kinzel, en el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula, éste se limitó a echar un vistazo a los planes que le presentó para la defensa de la capital y a observar: "A estos dementes de Berlín deberían dejarlos cocerse en su propia salsa"17. El jefe de estado mayor del 9º ejército, el general de división Hölz, los consideró irrelevantes por razones distintas. "El 9º ejército —señaló con un aire que a Refior le pareció demasiado histriónico— resiste al enemigo en el Oder. Si fuese necesario, sucumbiremos aquí; pero jamás nos retiraremos" 18.

Ni Reymann ni Refior llegaron a darse cuenta por completo a la sazón de que el general Heinrici y su estado mayor del grupo de ejércitos del Vístula habían concebido planes bien diferentes de los de la cúpula nazi. Tenían la esperanza de evitar una defensa a la desesperada de la capital, por el bien de la población civil. Albert Speer había sugerido a Heinrici que el 9º ejército debería retirarse del Oder y dar un rodeo para evitar Berlín. Este se mostró de acuerdo en un principio, convencido de que la mejor manera de impedir una batalla en el interior de la población sería ordenar a Reymann que enviase a todas sus tropas hacia el Oder en el último momento y despejar así a la capital de sus defensores.

El hecho de que los nazis hubiesen recurrido a niños que en ocasiones no pasaban de los catorce años para usarlos de carne de cañón constituía otra razón de peso para evitar luchar en la ciudad. Había tantas fotografías de hijos muertos en Rusia enmarcadas en las paredes de los hogares berlineses que sobre la población parecía elevarse una plegaria por que el régimen se derrumbase antes de que las autoridades pudieran enviar a esos niños a la batalla. Algunos no se amedrentaban a la hora de hablar sin rodeos de infanticidio al referirse al modo en que se explotaba el fanatismo de los ingenuos miembros de las Juventudes Hitlerianas o en que se obligaba a niños atemorizados a vestir de uniforme mediante amenazas de ejecución. Los maestros de escuela de mayor edad también se arriesgaban a que los denunciasen por aconsejar a sus alumnos acerca de cómo tenían que evitar la recluta. La sensación de amargura se hizo aún mayor tras el discurso pronunciado por Goebbels pocas semanas antes. "El Führer —recordó a los ciudadanos— afirmó en cierta ocasión:

"Toda madre que dé a luz un niño habrá colocado una piedra con la que construir el futuro de nuestro pueblo"“19. Con todo, en aquellos momentos resultaba evidente que tanto Hitler como Goebbels estaban a punto de deshacerse de las vidas de esos niños por una causa que no tenía futuro alguno.

Erich Schmidtke, un muchacho de catorce años, de Prenzlauerberg, fue reclutado en calidad de "ayudante de artillería antiaérea" para manejar cañones y recibió órdenes de presentarse en el cuartel de Hermann Goering, situado en Reinickendorf. Su madre, cuyo marido se hallaba atrapado en Curlandia con el ejército, se hallaba preocupada, como era de esperar, y lo acompañó hasta allí con una pequeña maleta. El, por su parte, estaba más sobrecogido que asustado. Después de tres días en el cuartel, el muchacho y sus compañeros hubieron de unirse a la división que se estaba congregando en el Reichssportsfeld, al oeste de la ciudad, cerca del estadio olímpico. Sin embargo, mientras se dirigían al punto de encuentro, recordó que, cuando lo destinaron al frente oriental, su padre le dijo que desde ese momento le tocaba a él cuidar de la familia. En consecuencia, decidió desertar y esconderse hasta el final de la guerra. La mayoría de los compañeros que se unieron a la división encontró la muerte en la batalla 20.

La llamada división de las Juventudes Hitlerianas, reunida por el director de la organización, Artur Axmann, también recibía instrucción en el Reichssportsfeld acerca del uso del Panzerfaust. Axmann los aleccionaba sobre el heroísmo espartano y hacía lo posible por inspirarles un odio inquebrantable al enemigo y una lealtad firme a Adolf Hitler. "Sólo hay dos caminos: el de la victoria y el de la derrota", les decía. Muchos de ellos se sentían entusiasmados en extremo por la misión suicida que les esperaba. Reinhard Appel pensaba en el corneta de Rilke cargando contra los turcos, tal como hicieron los miembros de la generación perdida de 1914 al alistarse voluntarios.[*]

El hecho de que el Reichssportsfeld alojase asimismo a un destacamento de muchachas Blitzmädel ayudó sin duda a elevar el atractivo romántico de la situación.

Los dirigentes nazis se encontraban también por estas fechas preparando un Wehrmachthelferinnenkorps de tropas auxiliares femeninas. Las jóvenes habían de hacer un juramento de lealtad que empezaba con las siguientes palabras, que lo hacían semejante a una ceremonia religiosa matrimonial: "Prometo obedecer a Adolf Hitler, Führer y comandante en jefe de la Wehrmacht, y serle fiel"21. Para alguien que tal vez había desviado su orientación sexual hacia la persecución del poder, este hecho debía de constituir una forma sustitutiva de fantasía.

En el distrito ministerial de la Wilhelmstrasse, los funcionarios del gobierno trataban de convencer a cualquier diplomático que permaneciese en la ciudad de que estaban "descifrando telegramas cruzados entre Roosevelt y Churchill antes de que transcurriesen dos horas desde su envío". Mientras tanto, circulaban rumores de que se estaban formando tropas de asalto comunistas en la parte "roja" de la ciudad, situada al este, con la intención de exterminar a los miembros del Partido Nazi. "Por la cúpula se está extendiendo un sentimiento de desesperación —informó a Estocolmo el agregado militar sueco—; sus miembros están cada vez más resueltos a vender caras sus vidas"22. En realidad, los únicos grupos de sabotaje existentes provenían del otro lado de las líneas del frente, al introducirse entre las filas alemanas que se dirigían a Berlín miembros de la Freies Deutschland, controlados por los soviéticos y ataviados con uniformes de la Wehrmacht. Las misiones que llevaron a cabo no pasaban, por lo general, de cortar cables. Más tarde aseguraron que su grupo de resistencia Osthafen había hecho volar un depósito de municiones en Berlín, bien que distaba mucho de ser cierto.

El 9 de abril, las SS asesinaron a una serie de célebres oponentes al régimen en diversos campos de concentración. Se había dado orden de ejecutarlos con el fin de asegurarse de que morían antes de que pudiera liberarlos el enemigo. En *Dachau* dieron muerte a Johann Georg Elser, el comunista que había intentado asesinar a Hitler en la cervecería Bürgerbräukeller el 8 de noviembre de 1939. Dietrich Bonhoeffer, el almirante Canaris y el general Oster fueron ejecutados en Flossenbürg, y Hans von Dohnanyi, en Sachsenhausen.

---

[*] Se refiere a *El canto de amor y muerte del corneta Cristóbal Rilke*, de Rainer Maria Rilke. (*N. del t.*

Die Vergeltung kommt! ("¡La venganza está cerca!"), había proclamado la consigna propagandística con que recibieron los nazis las armas V. Con todo, esta frase carecía de sentido para los oficiales que esperaban el ataque decisivo en el frente del Oder. Era la venganza soviética la que se acercaba en ese momento, y sabían que no contaban con armas milagrosas que pudiesen salvarlos. Muchos, objeto de una tremenda presión procedente de sus superiores, mentían a sus hombres más aún que ante otras derrotas similares y les prometían las citadas armas o les hablaban de fisuras en la coalición de sus enemigos o de la llegada de refuerzos. Todo esto contribuiría al derrumbamiento de la disciplina al final de la batalla.

Incluso entre los soldados y oficiales de las Waffen SS podían observarse muestras de resentimiento sin precedente alguno. Eberhard Baumgart, el clérigo que acompañaba a la división 30. Januar de las SS, regresó al cuartel general para redactar cierto informe y se encontró con que los centinelas no estaban dispuestos a dejarlo pasar. Con un vistazo a través de las ventanas pudo imaginarse el porqué: "Pensé que estaba soñando —escribió más tarde— al ver un remolino de relucientes uniformes de gala, vestidos de mujeres emperejiladas, música, ruido, risas, chillidos, humo de cigarrillo y entrechocar de vasos". Al día siguiente, su estado de animo no mejoró precisamente cuando Georg, el intérprete del Volga, le mostró una caricatura publicada en el *Pravda* en que se representaba a Hitler, Goering y Goebbels participando en una bacanal en la Cancillería del Reich. Debajo podía leerse: "Cada día que logra resistir el soldado alemán nos alarga la vida"23.

En lugar de armas milagrosas, la Volkssturm y otras unidades improvisadas recibían pertrechos inútiles, como la *Volkshandgranate* 45, una "granada de mano popular" que consistía en una pequeña carga explosiva rodeada de una capa de hormigón y provista de un detonador nº 8. Resultaba más peligrosa para quien la lanzaba que para su objetivo 24. Cierto destacamento de cadetes que se enfrentaba a un ejército blindado de guardias recibió fusiles arrebatados al ejército francés en 1940; a cada soldado, además, le correspondían sólo cinco balas. Las proverbiales bravatas de los nazis los seguían llevando a crear unidades de nombres impresionantes, tales como el Sturmzug, un "pelotón de asalto" que carecía de las armas necesarias para asaltar nada, o la Panzerjagdkompanie, que se suponía que debía cazar tanques a pie.

La formación que más razones tenía para temer las consecuencias de ser capturada era la 1ª división del ejército ruso de liberación del general Vlasov. Había sido idea de Himmler el destinarla al frente del Oder, tras el esfuerzo que le supuso convencer a Hitler, al que seguía sin gustarle la idea de emplear a soldados eslavos. El estado mayor general alemán había respaldado durante un estadio anterior de la guerra la propuesta de reunir un ejército ucraniano formado por un millón de hombres, aunque el Führer vetó el plan, resuelto a mantener la separación entre *Herrenmensch und das Sklavenvolk*. Más tarde, el terrible tratamiento de que hicieron objeto Rosenberg y el *Gauleiter* Koch al pueblo de Ucrania puso fin a las esperanzas de la Wehrmacht.

A principios de abril, el general Vlasov llegó al cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula acompañado por un oficial de enlace y un intérprete a fin de tratar algunos asuntos con el general Heinrici. Vlasov era un hombre alto y más bien demacrado, de "ojos inteligentes" clavados en un rostro descolorido. Tenía una de esas barbillas que parecen grises incluso recién afeitadas 25. Después de que el recién llegado diera alguna muestra de optimismo, Heinrici le preguntó sin rodeos cómo actuaría en combate una división que acababa de formarse. Los oficiales alemanes tenían miedo de que aquellos voluntarios rusos se negasen a luchar contra sus compatriotas en el último momento. El régimen nazi estaba condenado a la destrucción, y los hombres de Vlasov no contaban con muchos incentivos salvo, quizá, la desesperación.

El ex soviético no quiso engañar a Heinrici y le confió que su plan había consistido en formar al menos seis divisiones —diez a lo sumo, si había suerte— a partir de los prisioneros de guerra recluidos en los campos de concentración. El problema consistía en que las autoridades nazis no quisieron aceptar la idea hasta que era demasiado tarde. Por otro lado, era consciente del riesgo que comportaba la propaganda soviética destinada a sus hombres, aunque no por ello dejaba de pensar

que debería permitírseles demostrar su buena disposición atacando una de las cabezas de puente del Oder.

El general Busse eligió para ellos un sector de escasa relevancia situado en Elrenhof, al sur de Frankfurt del Oder. Los grupos soviéticos de reconocimiento procedentes del 33º ejército identificaron su presencia de inmediato, lo que dio pie a un bombardeo propagandístico a través de los altavoces. El avance de los *vlasovtsy* comenzó el 13 de abril. Durante dos horas y media de lucha, la 1ª división logró crear una cuña de quinientos metros de profundidad, pero el fuego de la artillería soviética era tan violento que no pudieron seguir avanzando. Su comandante, el general Bunyachenko, al no observar indicio alguno de la aviación o la artillería que, según pensaba que le habían prometido los alemanes, debían prestarles su respaldo, replegó a sus hombres sin hacer caso de las órdenes de Busse 26. La división de Vlasov perdió a trescientos setenta hombres, incluidos cuatro oficiales. Busse estaba furioso, y a instancias suyas, el general Krebs ordenó que se retirara a la división del frente y se la despojara de sus armas para que pudiesen emplearse para "mejores fines"27. Los *vlasovtsy* dieron muestras de un profundo resentimiento y culparon de su fracaso a la falta de apoyo de la artillería. Tal vez nadie les había advertido de que las baterías alemanas reservaban sus últimas municiones para el ataque principal.

Durante las dos primeras semanas de abril continuaron los enfrentamientos esporádicos en las cabezas de puente. Los ataques soviéticos tenían por objeto hacerlos más violentos. Del otro lado del Oder, la actividad era aún más intensa. En total hubo veintiocho ejércitos soviéticos dedicados a reagruparse y desplegarse en quince días. El coronel general Popov, comandante del 70º ejército, tuvo que dar órdenes a los comandantes de los diversos cuerpos sin siquiera haber recibido las instrucciones finales de parte de sus superiores.

Los diversos ejércitos contaban con muy poco tiempo para cubrir grandes distancias. Según el reglamento soviético de batalla, las columnas mecanizadas debían recorrer ciento cincuenta kilómetros al día; sin embargo, la 20ª división de fusileros del 49º ejército logró hacer 358 en tan sólo veinticinco horas 28. Los soldados del tercer ejército de choque, que se había desviado para encargarse de la operación pomerana, temían no poder retroceder a tiempo y "llegar a Berlín cuando todos los demás estuviesen recogiendo sus gorras [para volver a casa]"29. Ningún *frontovik* que se preciase quería perderse el punto culminante de la guerra, consciente de los celos que inspiraban las formaciones del primer frente bielorruso en el resto del Ejército Rojo.

A pesar de que los verdaderos *frontoviki* estaban resueltos a contemplar la victoria en Berlín, el número de desertores aumentó a medida que se acercaba la ofensiva. La mayoría de los que desaparecieron eran reclutas de las recientes llamadas a filas. Entre ellos había sobre todo polacos, ucranianos y rumanos. El mayor número de deserciones comportó también un aumento en los actos de bandidaje, saqueo y violencia de que era víctima la población civil. "Algunos desertores confiscan las carretas de los ciudadanos locales, las cargan con diversos bienes y, haciendo ver que son vehículos que pertenecen al ejército, se trasladan de la zona del frente a la retaguardia"30.

Los regimientos de fusileros del NKVD que se hallaban tras el primer frente ucraniano arrestaron a 355 desertores durante los primeros días de abril 31. El primer frente bielorruso se hallaba aún más preocupado por la disciplina, tal como revela un informe del 8 de abril: "Muchos soldados siguen haraganeando en las zonas de retaguardia y se describen como miembros separados de sus unidades. En realidad no son sino desertores, dedicados al saqueo, los asaltos y la violencia. Hace poco se detuvo a seiscientas personas en el sector del 11º ejército. Todas las carreteras están atestadas de vehículos empleados por el personal militar para llevar a cabo tanto misiones legítimas como de saqueo. Los saqueadores dejan sus carros en las calles y los patios mientras vagan por los almacenes y los aposentos en busca de objetos que llevarse. No son pocos los oficiales, soldados y suboficiales que han perdido toda apariencia de miembros del Ejército Rojo. Se están pasando por alto desviaciones serias del uniforme reglamentario, de manera que resulta difícil distinguir entre un soldado y un oficial e incluso entre un soldado y un civil. También han tenido lugar peligrosos casos de desobediencia para con los oficiales superiores"32.

Los regimientos de fusileros del NKVD y el SMERSH seguían ocupados reuniendo sospechosos; sin embargo, en opinión de Beria, se mostraban muy poco selectivos y demasiado entusiastas. Habían enviado a 148.540 prisioneros a los campos de concentración con que contaba en la Unión Soviética el NKVD, aunque "apenas la mitad está en condiciones de llevar a cabo trabajos físicos". Se habían limitado a recluir a "los que fueron arrestados cuando se despejaron las zonas de retaguardia del Ejército Rojo"[33]. De cualquier manera, había prioridades que seguían siendo inmutables. Así, los patriotas polacos aún se consideraban tan peligrosos como los nazis. Los regimientos del NKVD, por su parte, no dejaban de encontrarse con grupos reducidos de rezagados alemanes que intentaban atravesar a hurtadillas las líneas del Ejército Rojo tras las batallas de Pomerania y Silesia. Estos tendían de cuando en cuando una emboscada a algún vehículo en busca de comida, y las autoridades soviéticas respondían, al igual que habían hecho los propios alemanes en la Unión Soviética, destrozando la aldea más cercana y ejecutando a sus ocupantes [34].

Los oficiales y soldados del Ejército Rojo gozaban de un humor tenso pero confiado. Pyotr Mitrofanovich Sebelev, segundo en el mando de cierta brigada de ingenieros, acababa de verse ascendido a teniente coronel a la edad de veintidós años. "Hola, papá, mamá, Shura y Taya —escribió en una carta del 10 de abril—: En este momento nos rodea un silencio extraño y, por tanto, inquietante. Ayer pude asistir a un concierto. Sí, que no os sorprenda: ¡Un concierto! Estuvo interpretado por artistas de Moscú, y logró animarnos. No podemos dejar de desear que la guerra se termine cuanto antes, aunque creo que eso depende sobre todo de nosotros. Ayer ocurrieron dos cosas de las que quiero hablaros. Me dirigí a la primera línea de frente con un hombre de las zonas de retaguardia. Salimos del bosque para subir a un montículo arenoso y tumbarnos allí. Ante nosotros, el Oder mostraba una larga lengua de arena, ocupada por los alemanes. Detrás del río, se erigía la ciudad de Küstrin, una localidad como otra cualquiera. De súbito comenzó a salpicarnos la arena húmeda al tiempo que oíamos un disparo: el enemigo nos había visto y había empezado a atacarnos desde su posición.

»Hace dos horas, nuestras tropas de reconocimiento me han traído a un cabo alemán, que al verme ha hecho entrechocar sus talones para preguntarme enseguida a través del intérprete: "¿Dónde estoy, señor oficial, entre las tropas de Zhukov, o en la banda de Rokossovsky?". No he podido menos de reírme y contestarle: "Estás con las tropas del primer frente bielorruso, al mando del mariscal Zhukov. Pero ¿por qué llamas banda a las tropas del mariscal Rokossovsky?". El respondió: "Las llamamos así porque no siguen las reglas cuando luchan".

»Otra noticia: Mi ayudante, Kolya Kovalenko, recibió una herida en el brazo y se escapó del hospital. Lo he reprendido por eso, pero él ha soltado sin más una maldición antes de decir: "Me estás privando del honor de ser uno de los primeros que entre en Berlín con nuestros muchachos".... Adiós. Besos a todos. Vuestro Pyotr"[35].

Lo que más preocupaba a la mayoría de los que se habían comprometido de verdad era la rapidez con que avanzaban los Aliados occidentales. El departamento político del 6º ejército informó de que entre los soldados había quien decía: "Nuestro avance es demasiado lento, y los alemanes acabarán por entregar su capital a los ingleses y los estadounidenses"[36].

Los miembros del Komsomol que servían en el 4º ejército blindado de guardias preparaban la ofensiva organizando charlas en las que los soldados expertos pudiesen hablar a los recién llegados acerca de la realidad de la batalla. También ayudaban a los analfabetos a escribir cartas para sus familiares. Estaban muy orgullosos de haber podido comprar un tanque T-34 con su propio dinero. Su Komsomolets ya había "destruido varios carros de combate y otros vehículos blindados del enemigo, amén de aplastar a un buen número de Fritzs bajo sus cadenas"[37]. En las reuniones del Partido se recordaba a los miembros que "todo comunista tiene el deber de censurar el saqueo y la ebriedad"[38].

Mientras tanto, los regimientos de artillería prestaban "especial atención a sustituir a las víctimas". Preveían que las pérdidas aumentarían sobremanera una vez llegados a Berlín, dado que la artillería dispararía al descubierto [39]. Por ende, cada uno de los miembros de la dotación de los

cañones habría de entrenarse a fondo en las tareas del resto, y cada regimiento preparaba una reserva de artilleros capaces, listos para sustituir a las víctimas.

Para mantener el secreto, "se envió a la población local a veinte kilómetros por detrás de la primera línea del frente", se impuso el silencio a los equipos de radio y se colocaron carteles en cada teléfono de campaña que advertían: "No habléis de aquello que debéis callar" 40.

Los preparativos alemanes, por su parte, hacían hincapié en las represalias que se llevarían a cabo contra todos los que no cumpliesen su deber y también contra sus familias, sin importar cuál fuese su rango. Se hizo saber que el general Lasch, comandante de Königsberg, había sido condenado a muerte, por lo que sería ahorcado *in absentia* y se arrestaría a su familia en virtud de la ley de *Sippenhaft*, que establecía que se persiguiese a los familiares de quienes habían traicionado a la causa nacionalsocialista.

La agonía definitiva de Prusia Oriental afectó a la moral de los berlineses tanto como la amenaza procedente del Oder. El 2 de abril, la artillería soviética comenzó una descarga destinada a debilitar las defensas del enemigo en el centro de Königsberg. El teniente superior de artillería Inozemtsev menciona en la entrada de su diario dedicada al día 4 de abril sesenta proyectiles procedentes de su batería que habían reducido cierta construcción fortificada a "un montón de piedras"41. El NKVD puso especial cuidado en asegurarse de que nadie escapaba. "Los soldados rodeados en Königsberg se están vistiendo con ropas de civiles con el fin de escapar. Deben comprobarse con mayor atención los documentos de los habitantes de Prusia Oriental"42.

"La aviación está siendo muy efectiva —escribió Inozemtsev el 7 de abril—. Estamos haciendo un gran uso de los lanzallamas, de manera que si en un edificio queda tan sólo un alemán, acaba por salir atemorizado por el fuego, sin que haya que luchar por un piso o una escalera. Todos tienen muy claro que la toma de Königsberg se recordará en adelante como ejemplo clásico de cómo se debe asaltar una gran ciudad". Al día siguiente fue abatido su camarada Safonov, y el regimiento disparó una salva a la ciudadela 43.

La destrucción fue terrible. Miles de soldados y miembros de la población civil quedaron enterrados a causa de los bombardeos. Había un "olor a muerte en el aire —escribió Inozemtsev— debido a la descomposición de miles de cadáveres bajo los escombros". Los heridos llenaban toda bodega que aún pudiera utilizarse, y el general Lasch sabía que no había esperanza alguna. El 11º ejército de guardias y el 43º ejército se habían abierto camino hasta el interior de la ciudad. Incluso el *Gauleiter* sustituto de Koch instó a que se abandonara, aunque se había cortado cualquier vía de comunicación con la península de Samland. Se organizó entonces un contraataque con el fin de abrir una salida, pero se derrumbó en medio del caos la noche del 8 de abril. El bombardeo había bloqueado muchas de las rutas que daban en la línea de partida. La cúpula del Partido Nazi local había corrido la voz entre la población, sin que Lasch lo supiera, de que se congregasen y se prepararan para la fuga, pero su concentración no pasó inadvertida a los oficiales de observación de la artillería soviética, que no dudaron en masacrar a los civiles.

Al día siguiente, el humo que envolvía la ciudad era tan espeso que sólo podían verse los haces luminosos de los cohetes *Katyusha*. Los civiles que seguían con vida colgaban sábanas de las ventanas para indicar su rendición e intentaban incluso arrebatar a los soldados alemanes sus fusiles. Lasch era consciente de que había llegado el final. No podía esperar ayuda alguna del Reich ni quería imponer un sufrimiento aún mayor a los refugiados y los habitantes de la ciudad. Sólo las SS querían seguir luchando, aunque todos sus empeños eran inútiles. La mañana del 10 de abril, Lasch y otros oficiales alemanes llegaron en calidad de enviados al cuartel general del mariscal Vasilevsky a fin de parlamentar. La guarnición de unos treinta mil soldados que quedaban con vida marchó entonces para ser apresada. Los soldados del Ejército Rojo, que habían logrado de algún modo dar con almacenes de alcohol, no tardaron en despojar a los prisioneros de los relojes y de cualquier otro objeto de utilidad que poseyeran. Nadie puso freno a las violaciones de mujeres y niñas que perpetraron en la ciudad en ruinas.

Inozemtsev recorrió la capital de Prusia Oriental envuelta en humo. “Un Bismarck de bronce observa con un solo ojo, pues un proyectil le ha arrancado parte de la cabeza, a la muchacha soviética que dirige el tráfico, los vehículos del Ejército Rojo y las tropas montadas que pasan frente a él. Diríase que se está preguntando: “¿Qué hacen aquí los rusos? ¿Quién ha permitido esto?”“44.

El final de Prusia Oriental y Pomerania recibió un terrible colofón: la noche del 16 de abril se hundió el hospital flotante Goya, con siete mil refugiados a bordo, tras ser alcanzado por un submarino soviético. Constituyó el mayor desastre de la historia marítima, dado que tan sólo se salvaron 165 personas 45.

El ataque a Berlín parecía inminente. El 6 de abril, el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula anotó en su diario de combate: “En el frente del 9º ejército se percibe la actividad incesante del enemigo: ruido de motores y orugas de tanque procedentes del sector de Reitwein, al suroeste de Küstrin, y al noreste, cerca de Kienitz”46. Calculaban que el ataque se produciría en el plazo de dos días.

Sin embargo, cinco días más tarde seguían esperando. El general Krebs comunicó desde Zossen a Heinrici el día 11: “El Führer estima que la ofensiva rusa contra el grupo de ejércitos del Vístula tendrá lugar el 12 o el 13 de abril”47. Al día siguiente, Hitler dijo a Krebs que telefonease a Heinrici para insistir en que “el instinto del Führer lo ha persuadido de que el ataque se producirá en realidad de aquí a uno o dos días, o sea, el 13 o el 14 de abril”48. El dictador alemán había intentado predecir el año anterior la fecha exacta de la invasión de Normandía, pero no lo había logrado. De nuevo parecía querer asombrar a sus admiradores con una extraordinaria demostración de clarividencia. Debía de ser uno de los pocos modos que le quedaban para tratar de mostrar algún tipo de dominio sobre los acontecimientos.

La noche del 12 de abril, la Filarmónica de Berlín hizo su última interpretación. Albert Speer, que se había encargado de organizarla, invitó al gran almirante Dönitz y también al ayudante de Hitler, el coronel Von Below. La iluminación de la sala era adecuada para la ocasión, a pesar de los cortes en el suministro eléctrico. “El concierto nos hizo regresar a otro mundo”, escribió Below 49. El programa incluía el Concierto de violín de Beethoven, la Octava sinfonía de Bruckner (que Speer afirmó más tarde que era la señal con que avisaba a la orquesta de que debía escapar de Berlín de inmediato tras la interpretación si querían evitar que los reclutasen para la Volkssturm) y el final del *Götterdämmerung* de Wagner. A pesar de que Wagner no hizo regresar a los presentes al tiempo real, el momento de evasión duró muy poco. Hay quien dice que, tras el concierto, el Partido Nazi había dispuesto a miembros de las Juventudes Hitlerianas uniformados y cargados con cestos de cápsulas de cianuro para que las ofreciera a la audiencia a la salida 50.

El 14 de abril, cuando aún no se había hecho realidad el ataque, Hitler hizo llegar una “Orden del día” al grupo de ejércitos del Vístula. Como era de esperar, recordaba que “todo aquel que no cumpla con su labor será tratado como un traidor a nuestro pueblo”. Proseguía con una laberíntica distorsión de la historia en la que hablaba del modo en que se había repelido a los turcos frente a Viena: “Los bolcheviques seguirán esta vez la antigua suerte de los asiáticos”51. En realidad, Viena acababa de caer en manos de las hordas orientales sin que hubiese esperanza de volver a retomarla.

Al día siguiente, un berlinés de dieciséis años llamado Dieter Borkovsky describió lo que había presenciado en un tren S-Bahn atestado procedente de la estación de Anhalter. “El rostro de los ocupantes estaba lleno de terror, ira y desesperación. Nunca había oído maldiciones como las de aquel día. De pronto distinguimos una voz por encima del ruido que gritaba: “¡Silencio!”, y vimos a un soldado bajito y sucio con dos Cruces de Hierro y la Cruz Dorada alemana. En una de sus mangas llevaba una insignia con cuatro tanques metálicos, lo que significaba que había derribado cuatro tanques de combate luchando a poca distancia. “Tengo que deciros algo —gritó, y el vagón quedó sumido en silencio—. Aunque no queráis escucharme, dejad de quejaros. Hemos de ganar esta guerra; no podemos perder nuestro valor. Si dejamos que la ganen otros y nos hacen sólo una parte de lo que hemos hecho nosotros en los territorios ocupados, no quedará un solo alemán vivo

de aquí a pocas semanas”. El silencio de aquel vagón era tal que podía oírse el vuelo de una mosca” 52.

13
Estadounidenses en el Elba

A medida que se acercaban los ejércitos aliados al corazón de Alemania por ambas direcciones, los berlineses aseguraban que los optimistas estaban “aprendiendo inglés, y los pesimistas, ruso” [1]. El ministro nazi de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, que no tenía ningún sentido del humor, anunció en una cena diplomática que “Alemania ha perdido la guerra, pero aún conserva la potestad de decidir frente a quién perder” [2]. Esta era precisamente la idea que tanto inquietaba a Stalin a principios de abril.

Una vez que el grupo de ejércitos B de Model se encontró rodeado con más de trescientos mil hombres en el Ruhr el día 2, las divisiones del 9º ejército estadounidense de Simpson comenzaron su precipitado avance en dirección al Elba, al otro lado de Berlín. Sus miembros estaban convencidos, al igual que su comandante, de que tenían por objetivo la capital del Reich. Tras el tira y afloja que había protagonizado con los británicos, Eisenhower había dejado abierta la toma de Berlín como algo muy posible. En la segunda parte de las órdenes de Simpson se pedía al 9º ejército que explotasen “la menor oportunidad de establecer una cabeza de puente en el Elba” y se prepararan para “proseguir el avance hacia Berlín o hacia el noreste”.

Su 2ª división blindada (apodada *Infierno sobre Ruedas*) era la más poderosa del ejército de Estados Unidos. Contaba con un buen número de rudos sureños que se habían alistado durante la Depresión. Su comandante, el general de división Isaac D. White, había trazado su ruta a la capital con mucha antelación. Tenía el propósito de cruzar el Elba cerca de Magdeburgo. El 9º ejército usaría la autopista que llevaba a Berlín a modo de línea central de avance. Su rival más cercano en la carrera hacia la ciudad era la 83ª división de infantería, conocida por *El Circo Revoltijo*, dada la extraordinaria variedad de vehículos y equipo capturados a los que se había dado una capa de pintura verde aceituna rematada con una estrella blanca. Ambas divisiones llegaron al río Weser el día 5 de abril.

Más al norte, la 5ª división blindada avanzaba en dirección a Tangermünde, y en el flanco más pegado a la izquierda del frente de Simpson progresaban las divisiones de infantería 84ª y 10ª hacia el Elba, a ambos lados del lugar en que confluía con el Havel. El ritmo del avance disminuía de cuando en cuando por la acción de esporádicos focos de resistencia, constituidos por lo común por destacamentos de las SS, bien que la mayoría de las tropas alemanas no dudaba en rendirse dando muestras de alivio. Las dotaciones estadounidenses sólo se detenían para repostar o reparar sus vehículos. Hacía mucho que no se lavaban ni se afeitaban, y la adrenalina liberada por el avance había reemplazado casi por completo al sueño. La 84ª división se retrasó al recibir órdenes de tomar Hannover, aunque estuvo lista para reanudar la marcha cuarenta y ocho horas más tarde. Estando en esta ciudad, el 8 de abril recibió su comandante, el general de división Alexander Bolling, la visita de Eisenhower.

—Alex, ¿adónde vais a ir? —le preguntó.

—General, tenemos la intención de seguir avanzando. Tenemos paso franco hacia Berlín y nada puede detenernos.

—Seguid —lo animó el comandante supremo al tiempo que posaba una mano en su hombro—. Os deseo toda la suerte del mundo. No dejéis que nada os detenga.

Bolling lo tomó como una evidente confirmación de que su objetivo no era otro que Berlín [3].

A la izquierda del 9º ejército estadounidense, el 2º ejército británico del general Dempsey había alcanzado Celle y estaba a punto de liberar el campo de concentración de Belsen. Mientras tanto, a la derecha de Simpson, el primer ejército del general Hodges se dirigía a Dessau y Leipzig. El 3º del general George Patton se abría paso en el punto más alejado y en dirección a la cordillera de Harz, para lo cual había de rodear Leipzig por el sur. El jueves, 5 de abril, Martin Bormann apuntó en su diario: "Bolcheviques cerca de Viena; estadounidenses en la Selva de Turingia"[4]. No era necesario ningún otro comentario acerca de la desintegración del Imperio alemán.

La velocidad del avance de Patton llevó consigo un efecto secundario no deseado: las SS, ayudadas en muchas ocasiones por la Volkssturm local, llevaron a cabo una serie de masacres contra los prisioneros de campos de concentración y quienes realizaban trabajos forzados. En la fábrica de Thekla, que montaba alas de aeronave a tres kilómetros al noreste de Leipzig, las SS y algunos miembros de la Volkssturm confinaron a trescientos prisioneros en un edificio aislado. Tras cerrar todas las ventanas, los de las SS lanzaron bombas incendiarias en el interior. Los que lograron escapar del edificio murieron acribillados por las ametralladoras. Sobrevivieron tres franceses. En el patio de la prisión de Leipzig murieron ejecutados más de cien prisioneros aliados, presos políticos franceses en su mayoría. Por otra parte, se obligó a una columna de seis mil quinientas mujeres de diversas nacionalidades procedentes del grupo de fábricas HASAG, a dos kilómetros al nordeste de Leipzig, a ponerse en camino hacia Dresde. Allí se dirigían cuando las vio un equipo de reconocimiento aéreo de los Aliados. Los guardias de las SS abatían a las que se encontraban demasiado débiles para caminar y las hacían rodar para abandonarlas en la cuneta. Las prendas de vestir a rayas blancas y azules de los campos de concentración "marcaban la ruta y el calvario de aquellas desgraciadas"[5].

En la Alemania meridional, entre tanto, el 6º grupo de ejércitos del general Devers (formado por el 7º ejército del general Patch y el primer ejército francés, al mando del general De Lattre de Tassigny) se encontraba atravesando la Selva Negra. Su flanco izquierdo avanzaba hacia Suabia. Tras la captura de Karlsruhe, se dirigieron a Stuttgart. Eisenhower, preocupado aún por la fortaleza alpina, pretendía que los dos ejércitos se dirigiesen hacia el sureste, en dirección a la zona de Salzburgo, para encontrarse con las fuerzas soviéticas desplegadas en el valle del Danubio.

La población civil alemana observaba con asombro a los soldados estadounidenses. Arrellanados en sus Jeep, fumando o mascando chicle, no guardaban ningún parecido con la imagen que tenían los germanos de un militar. Sus vehículos verde aceituna (color que estaba presente aun en los tanques) llevaban rótulos con nombres de muchachas. Con todo, había costumbres que demostraron ser universales entre la soldadesca. Las tropas de la Wehrmacht habían saqueado cuanto habían podido durante su retirada y habían dado paso a los libertadores.

El pillaje de los Aliados comenzó, al parecer, antes incluso de cruzar la frontera alemana. "A juzgar por los hallazgos que se han llevado a cabo —afirmaba un informe estadounidense acerca de la situación en las Ardenas—, puede decirse sin temor a equivocaciones que las tropas de Estados Unidos han saqueado a gran escala la propiedad civil belga"[6]. Había tenido lugar un buen número de voladuras de cajas de caudales por mediación de explosivos. A medida que las fuerzas estadounidenses avanzaban hacia la Alemania central y meridional, su policía militar había ido erigiendo señales en la entrada de las aldeas que rezaban: "Se prohíbe conducir con exceso de velocidad, saquear y confraternizar con la población"[7]. Sin embargo, tuvieron poco éxito en todos los sentidos.

Más al norte, un oficial de los Scots Guards, más tarde convertido en juez, escribió que el nombre en clave del cruce del Rin, Operación Rapiña, no podía haber sido más apropiado. Describía hasta qué punto constituían las ventanas rotas "un paraíso para el saqueador". "No podía hacerse gran cosa para evitarlo más allá de restringir el pillaje a los artículos de menor tamaño. Los tanques eran los que salían mejor parados, por cuanto podían transportar desde máquinas de escribir hasta equipos de radio... Yo me encontraba maldiciendo a mis hombres por saquear las casas en lugar de evacuarlas cuando me di cuenta de que llevaba dos pares de binoculares incautados"[8].

Los que actuaban por su cuenta, como sucedía con los equipos del SAS, el servicio aéreo de operaciones especiales, lograron rizar el rizo de la ambición. Cierto oficial comentó que "Monty era muy estirado en lo referente al pillaje"9. El mariscal de campo Alexander mantenía, por lo que se ve, una actitud "mucho más relajada". En una o dos ocasiones se robaron a punta de pistola piezas de joyería fina en casas de campo alemanas durante incursiones que habrían dejado pasmado al mítico Raffles.* Un grupo del SAS descubrió más tarde un escondrijo de pinturas dispuesto por la esposa de Goering. El comandante del escuadrón insistió en que lo dejasen escoger a él primero, tras lo cual dejó que eligieran sus oficiales. Entonces desmontaron los lienzos de sus bastidores y los enrollaron para introducirlos en tubos de mortero.

La actitud ante la guerra variaba de un ejército a otro. Los estadounidenses y canadienses idealistas pensaban que tenían el deber de salvar al viejo mundo para regresar a sus hogares lo antes posible. Sus camaradas más cínicos se interesaron con espíritu comercial en el mercado negro. A los oficiales regulares franceses, en particular, les movía la venganza por las humillaciones de 1940 y el deseo de restaurar el orgullo nacional. En el ejército británico, sin embargo, cualquier oficial recién llegado habría podido pensar que estaba allí para tomar parte en "una lucha a vida o muerte por la democracia y la libertad del mundo", pero se encontraba con que la guerra se trataba "más bien como un incidente en la historia del regimiento que lo enfrentaba a un oponente más o menos noble"10. Huelga decir que nada se aleja más del modo en que la concebían los rusos.

El súbito avance protagonizado en el centro por los estadounidenses dio pie a una mezcla de sospecha e indignación moral en el Kremlin. La cúpula soviética, que tanto había protestado por la lentitud de que daban muestra los Aliados occidentales a la hora de iniciar un segundo frente, comenzaba a sentirse angustiada por la idea de que pudiesen llegar a Berlín antes que ellos. En lo tocante a las fuerzas aéreas, lo cierto era que las tropas alemanas temían más a los Typhoon y los Mustang que a los Shturmovik; aunque este detalle se pasó por alto en Moscú, tal vez de modo deliberado. A Stalin, que nunca fue dado a buscar explicaciones naturales, le costaba encajar el que los germanos prefirieran rendirse a los Aliados occidentales antes que a la Unión Soviética, que prometía y practicaba la venganza de forma mucho más brutal.

"Los ocupantes estadounidenses de carros de combate están disfrutando de las excursiones a las pintorescas montañas de la cordillera de Harz", escribió Ilya Ehrenburg en el *Krasnaya Zvezda* 11. Los alemanes se rendían, según lo expresó con amargura, "con una persistencia fanática". Se comportaban con los norteamericanos, seguía diciendo, como si perteneciesen a "un estado neutral". Con todo, lo que más indignó a Averell Harriman fue su aserto de que los estadounidenses estaban "llevando a cabo su conquista con las cámaras"12.

Stalin, tal vez juzgando a los demás por el rasero que empleaba consigo mismo, sospechaba que los Aliados occidentales, debían de sentirse tentados, en su afán por alcanzar primero la capital del Reich, a negociar con la facción nazi. En ningún momento dudó que los contactos que mantuvieron en Berna Allen Dulles y el teniente general de las SS Wolff en torno a una rendición en Italia constituían la prueba irrefutable de su perfidia. En realidad, Dulles también había recibido propuestas de un representante de Kaltenbrunner que aseguraba que las SS querían organizar un golpe en contra del Partido Nazi y de los miembros intransigentes de la organización que pretendían continuar con la guerra. Una vez logrado esto, las SS podrían "hacer que se transfirieran de forma pacífica las funciones administrativas a las potencias occidentales"13. El enviado de Kaltenbrunner habló también de abrir el frente occidental a estadounidenses y británicos en tanto que se enviaba a las tropas alemanas al este; es decir: proponía el escenario exacto que tanto atemorizaba a Stalin. Por suerte, el dirigente soviético no supo nada de esto hasta más tarde, aunque sí que había oído que las fuerzas aerotransportadas estadounidenses y británicas estaban listas para lanzarse sobre Berlín en caso de que se derrumbara de súbito el poder de los nazis. De hecho, a la 10ª división

* Ladrón de guante blanco creado por el novelista británico Ernest William Hornung (1866-1921), cuñado de sir Arthur Conan Doyle. (*N. del t.*)

aerotransportada se le había asignado como zona de descenso el aeródromo de Tempelhof, mientras que la 82ª podía emplear el de Gatow, y los británicos, el de Oranienburg. Con todo, y puesto que se había decidido que las tropas se detuvieran en el Elba, toda la operación quedó suspendida. En cualquier caso, esta eventualidad no tenía relación alguna con ninguna tentativa de paz por parte de los alemanes. Desde la declaración que habían hecho durante la conferencia de Casablanca, en la que insistían en la rendición incondicional de Alemania, ni Roosevelt ni Churchill habían llegado a considerar en serio ningún acuerdo secreto con la cúpula nazi.

Todo el optimismo de que dieron muestras Roosevelt y Eisenhower durante febrero y marzo en relación con la posibilidad de ganarse la confianza de Stalin demostró ser infundado la primera semana de abril. Como ya se ha visto, en el polémico mensaje que envió al dirigente soviético el 28 de marzo, Eisenhower le había comunicado sus planes de forma detallada y precisa, bien que no recibió nada a cambio. De hecho, el 1 de abril, Stalin lo había engañado deliberadamente al asegurarle que Berlín había perdido toda su importancia estratégica. Asimismo, mantenía que la ofensiva soviética tendría lugar con toda probabilidad durante la segunda mitad de mayo (en lugar de a mediados de abril), que el Ejército Rojo concentraría su ataque más al sur para unirse a sus fuerzas y que a Berlín se enviarían tan sólo “fuerzas secundarias”.

Eisenhower, que ignoraba que lo estuvieran engañando, comunicó a Montgomery de forma concisa que la capital del Reich se había convertido “en poco más que un lugar geográfico”. Respaldado firmemente por el general Marshall, siguió rechazando los argumentos de Churchill, según los cuales los estadounidenses y los británicos deberían “dar la mano a los rusos tan al este como sea posible”. La razón era, sin más, que no podía aceptar la idea que tenía el primer ministro de que, mientras permaneciera bajo bandera alemana, Berlín estaba llamada a ser “el enclave más decisivo de toda Alemania”. Eisenhower se había empecinado en que era más importante el eje Leipzig-Dresde, que partía el país en dos, y estaba persuadido de que Stalin era de su misma opinión.

Eisenhower también negó estar influido por las añagazas de Stalin en lo tocante a Polonia. Los peores temores de Churchill fueron a confirmarse cuando, a finales de marzo, el NKVD arrestó y envió a Moscú a los dieciséis dirigentes de partidos democráticos polacos a los que habían invitado a reunirse con Zhukov amparados por un salvoconducto. Con todo, a pesar de que Eisenhower hubiese mordido el anzuelo, el dirigente soviético distaba mucho de estar relajado. Tal vez pensaba, en un gesto de auténtica paranoia estaliniana, que el general estadounidense estaba simulando haber caído en la trampa para engañarlo a su vez. Sea como fuere, lo cierto es que estaba a todas luces resuelto a hacer que los norteamericanos se sintiesen culpables. En una violenta comunicación dirigida a Eisenhower y fechada el 7 de abril, Stalin volvió a recargar las tintas en lo referente a las proposiciones que había hecho Alemania por mediación de Dulles en Suiza. También hizo hincapié en que el Ejército Rojo se estaba enfrentando a muchas más divisiones enemigas que los Aliados occidentales. “[Los alemanes] siguen luchando de un modo salvaje contra los rusos en pos de algún cruce checoslovaco desconocido que necesitan tanto como un cadáver una cataplasma —escribió al presidente—, pero entregan sin oponer resistencia alguna ciudades del centro de Alemania tan relevantes como Osnabrück, Mannheim o Cassel. ¿No cree usted que se trata de un comportamiento harto extraño e incomprensible?”.

Por irónico que parezca, la insensata decisión que tomó Hitler de mantener al 6º ejército de *Panzer* de las SS cerca de Viena cuando la amenaza se cernía sobre Berlín no hizo sino respaldar la teoría de la fortaleza alpina. El comité mixto de información del SHAEF reconoció el 10 de abril que “no hay indicio alguno de que la estrategia del alto mando alemán tenga por objetivo último ocupar el llamado “reducto nacional”“14. Con todo, seguían diciendo que la finalidad de este bastión era prolongar la guerra hasta el invierno con la esperanza de que las disputas internas hiciesen caer a los Aliados occidentales y la Unión Soviética. Ese mismo día, empero, un informe diferente dio al traste con esta idea, arraigada hasta extremos extraordinarios. “El interrogatorio de varios generales y oficiales alemanes capturados no hace mucho revela que ninguno ha oído hablar del reducto nacional. Todos consideran que el plan es “ridículo e irrealizable”“15.

Ni Stalin ni Churchill se daban cuenta de que el presidente de Estados Unidos no estaba en condiciones de leer sus telegramas, y menos aún de redactar una respuesta en persona. El 30 de marzo, Viernes Santo, Roosevelt había sido trasladado en tren a Warm Springs, Georgia, en lo que fue su último viaje en vida. Cuando lo llevaron a la limusina apenas si estaba consciente, y los que lo vieron quedaron conmovidos por su estado. Moriría antes de que transcurrieran dos semanas, y su vicepresidente, Harry Truman, se convertiría en el nuevo presidente de Estados Unidos.

El 11 de abril, los estadounidenses llegaron a Magdeburgo. Al día siguiente cruzaron el Elba al sur de Dessau. Se trazaron planes con la idea de que llegarían a Berlín en menos de cuarenta y ocho horas. Este cálculo no era improbable, dado que en el lado occidental de la capital quedaban pocas unidades de las SS.

Ese mismo día, los alemanes se vieron sorprendidos por la ferocidad de cierta emisión de la radio gubernamental francesa procedente de Colonia: dein Lebensraum ist jetzt dein Sterbensraum" ("Alemania, tu espacio vital se ha convertido en tu espacio mortal")16. Se trataba del tipo de comentario que hubieran podido esperar de Ilya Ehrenburg.

El escritor ruso publicó ese día su último artículo —y el más polémico— acerca de la guerra en el *Krasnaya Zvezda*. Se titulaba "Khvatit" ("Basta"). "Alemania está agonizando de un modo miserable —decía—, sin patetismo ni dignidad. Recordemos los pretenciosos desfiles celebrados en el Sportpalast de Berlín, donde Hitler afirmaba a voz en grito que conquistaría el mundo. ¿Dónde está él ahora? ¿En qué agujero se esconde? Ha conducido a Alemania a un precipicio, y ahora prefiere no dejarse ver". Por lo que a Ehrenburg respectaba, "Alemania no existe; tan sólo es una gavilla colosal de malhechores".

Se trata del mismo artículo en que Ehrenburg comparaba con amargura la resistencia alemana en el este con las rendiciones que se estaban produciendo en el oeste. Evocaba "las terribles heridas infligidas a Rusia", de las que los Aliados occidentales no querían saber nada. Mencionaba después el puñado de atrocidades que perpetraron los alemanes en Francia, como la masacre de Oradour. "Sucedió en cuatro aldeas de Francia. ¿Cuántas hay así en Bielorrusia? Dejad que os recuerde el caso de las aldeas de la región de Leningrado..."17.

La retórica incendiaria de Ehrenburg hacía que, a menudo, lo que escribía no coincidiese con su propia opinión. En el citado artículo, justificaba de forma implícita el pillaje ("Al fin y al cabo las mujeres alemanas pierden abrigos de pieles y cucharas que son fruto de un robo"), cuando en el lenguaje del Ejército Rojo el saqueo implicaba también violación. Sin embargo, no hacía mucho que había sermoneado a los oficiales de la academia militar de Frunze y había criticado los actos de pillaje y destrucción protagonizados por las tropas soviéticas, que achacaba al nivel cultural "extremadamente bajo" de los soldados. La única referencia que hacía a las violaciones, no obstante, consistía en decir que éstos "no rechazaban "los cumplidos" de las mujeres alemanas"18. Abakumov, director del SMERSH, informó a Stalin de las "incorrectas opiniones" de Ehrenburg, y el dirigente ruso las consideró "dañinas en lo político". Este informe, unido a otro de características similares sobre la situación de Prusia Oriental, obra del conde Von Einsiedel, del Comité Nacional para una Alemania Libre, controlado por el NKVD, dio pie a una serie de acontecimientos y discusiones que desembocaron en una importante reconsideración de la política soviética.

El tono y el contenido del artículo de Ehrenburg publicado el 12 de abril no eran más feroces que sus anteriores diatribas; sin embargo, y para escándalo del autor, fue objeto de duras críticas procedentes de lo más alto que marcaban un cambio en la línea del Partido. Más tarde, Ehrenburg reconoció resentido que su función de flagelo de los alemanes lo convertía en el mejor candidato para protagonizar el sacrificio simbólico que exigían las circunstancias. La cúpula soviética había acabado por darse cuenta, más bien tarde, de que el terror que inspiraban en la población civil los violentos ataques del Ejército Rojo hacía aumentar la resistencia del enemigo e iba a complicar la ocupación soviética de Alemania una vez finalizada la guerra. En palabras del propio Ehrenburg, querían minar la voluntad de seguir luchando del enemigo "al prometer inmunidad a todos y cada uno de los que habían acatado las órdenes de Hitler"19.

El 14 de abril, Georgy Aleksandrov, principal ideólogo del comité central y jefe de la propaganda soviética, respondió en el *Pravda* con un artículo titulado “El camarada Ehrenburg simplifica demasiado”[20]. En un fragmento visiblemente importante, que sin duda estaba revisado por Stalin, si no lo había dictado él, Aleksandrov rechazaba la explicación que proponía Ehrenburg a la rápida rendición del frente occidental y su descripción de Alemania en cuanto “una gavilla colosal de malhechores”. En tanto que algunos oficiales alemanes “luchan por el régimen antropófago, otros lanzan bombas a Hitler y a su camarilla [los autores de la conspiración de julio] o persuaden a sus compatriotas a deponer las armas [el general Von Seydlitz y la Liga de Oficiales Alemanes]. La Gestapo persigue a los que se oponen al régimen, y las proclamas que hace al pueblo para que los denuncien demuestran que no todos los alemanes son iguales. Es el gobierno nazi el que está desesperado por apelar a la idea de unidad nacional, y la propia intensidad con que lo hace constituye una prueba evidente de la poca unidad que existe entre su pueblo”. Aleksandrov citaba asimismo la observación de Stalin: “Los Hitlers van y vienen, pero el pueblo alemán permanece”, un lema acuñado en una fecha tan temprana como la del 23 de febrero de 1942, aunque sólo se empleó de verdad a partir de 1945.

La radio moscovita emitió el artículo de Aleksandrov, y el *Krasnaya Zvezda* lo reimprimió. Desolado, Ehrenburg se vio relegado de la escena política. La carta de protesta contra tal injusticia que envió a Stalin nunca recibió respuesta. Con todo, lo más probable es que el escritor no llegara a darse cuenta de que le habían denunciado debido a otras críticas al Ejército Rojo y a la incapacidad de los oficiales a la hora de dominar a sus hombres. Había informado acerca de un general soviético que reprendió a uno de sus soldados por cortar un trozo de piel de un sofá cuando podía ser empleado por alguna familia de la Unión Soviética; el amonestado le respondió: “Tal vez le llegue a tu esposa, pero seguro que a la mía no se lo enviarán”, antes de seguir destrozando el asiento. Sin embargo, la acusación más seria que le hizo Abakumov fue la de haber dicho a los oficiales de la academia de Frunze: “Los rusos que regresan de la “esclavitud” tienen buen aspecto. Las muchachas están bien vestidas y alimentadas. Nuestros artículos periodísticos acerca de la esclavitud de los que han sido arrastrados a Alemania no resultan convincentes”[21]. Si Ehrenburg no hubiese contado con un buen número de prosélitos apasionados en el Ejército Rojo, no hay duda de que habría acabado confinado en una de las instalaciones del Gulag.

Mientras tanto, los departamentos políticos destinados en el frente veían la situación con intranquilidad. Emitieron informes acerca de algunos oficiales que respaldaban a Ehrenburg y seguían creyendo “que habría que ser implacables con los alemanes y con esos Aliados occidentales que coquetean con ellos”[22]. La política del Partido, sin embargo, era muy clara: “Ya no estamos persiguiendo a los alemanes que habían invadido nuestro país y convertido el: “Mata a todo alemán con el que te cruces”, en un lema justo por entero. En lugar de eso, lo que hemos de hacer ahora es castigar al enemigo con corrección por todas sus obras abominables”. A pesar de que los agentes políticos citaban el dicho estaliniano: “Los Hitlers van y vienen...”, éste no pareció tener un gran influjo sobre la tropa. “Muchos soldados me preguntaban —refirió uno de los agentes— si Ehrenburg seguía escribiendo, y me decían que buscaban sus artículos en cada periódico que caía en sus manos”.

Este cambio de política ocurrido poco antes de la gran ofensiva llegó demasiado tarde para los soldados imbuidos de los odios personales y propagandísticos de los últimos tres años. Uno de los comentarios más reveladores —bien que de modo no intencionado— fue el del general Maslov, comandante de una de las divisiones de Zhukov, que describió el llanto de los niños alemanes mientras buscaban con desesperación a sus padres en una ciudad en llamas. “Lo que resultaba más sorprendente —escribió— era que llorasen de un modo idéntico a como lo hacían nuestros propios niños”[23]. En realidad, eran pocos los soldados u oficiales soviéticos capaces de imaginar que los alemanes fuesen seres humanos. Después de que la propaganda nazi hubiera deshumanizado a los eslavos para relegarlos a la condición de *Untermenschen*, los servicios soviéticos habían persuadido a sus ciudadanos de que todos los alemanes eran bestias voraces.

Las autoridades rusas tenían otra razón para preocuparse ante el avance de los Aliados occidentales: temían que la mayor parte de los ejércitos polacos 1º y 2º acabase por querer unirse a las fuerzas que prestaban obediencia al gobierno exiliado en Londres. El 14 de abril, Beria entregó a Stalin el informe del general Serov, el jefe de la unidad del NKVD que acompañaba al primer frente bielorruso de Zhukov. "En relación con el rápido avance de los Aliados en el frente occidental —indicaba Serov—, se está extendiendo un humor malsano entre los soldados y oficiales del primer ejército polaco". El SMERSH había tomado medidas al respecto, lo que dio pie a un buen número de arrestos en masa.

"Los órganos de información del primer ejército polaco —seguía diciendo han descubierto y puesto bajo control [sic] a casi dos mil antiguos soldados del ejército del general Anders y miembros de la Armia Krajowa, así como a soldados que tuviesen familiares cercanos en el sobredicho ejército"24. La "actitud hostil" que mostraban estos polacos ante la Unión Soviética quedó subrayada por el hecho de que hubiesen ocultado su verdadera dirección a las autoridades rusas a fin de evitar represalias contra sus familiares. Serov tampoco mencionaba el hecho de que, dado que se había transferido de forma directa a cuarenta y tres mil miembros de las fuerzas comunistas polacas desde los campos de concentración del Gulag, no era improbable que el sentimiento que profesaban a la Unión Soviética no fuese del todo fraternal 25. Por otro lado, a los miembros de la Armia Krajowa detenidos en Polonia por las tropas del NKVD se les daba la posibilidad de elegir entre un campo de trabajos forzados en Siberia y el ejército comunista: *W Sibir ili w Armiju?*26.

Los informadores del SMERSH habían advertido a sus dirigentes de que los soldados polacos sintonizaban con regularidad la "radio de Londres". También comunicaron que las tropas polacas estaban convencidas de que "el ejército de Anders se dirige a Berlín desde el otro bando, acompañando al ejército inglés". "Cuando se reúnan las tropas polacas —según dejó escapar un oficial ante uno de los informadores—, la mayoría de nuestros soldados y oficiales se pasará al ejército de Anders. Ya hemos sufrido demasiado a manos de los soviéticos en Siberia". "Después de la guerra, cuando Alemania esté acabada —refirió al parecer el jefe de estado mayor de cierto batallón a otro de los informadores—, seguiremos luchando contra Rusia. Tenemos tres millones de hombres al mando del general Anders con los ingleses". "Están lanzándonos a la cara su "democracia"", señaló un comandante de la 2ª brigada de artillería. "En cuanto nuestras tropas se reúnan con los hombres de Anders, podéis despediros del gobierno provisional [controlado por el Soviet]. El de Londres se hará de nuevo con el poder, y Polonia volverá a ser lo que fue antes de 1939. Inglaterra y Estados Unidos ayudarán a nuestra nación a liberarse de los rusos". Serov culpaba a los mandos del primer ejército polaco "por no fortalecer su labor política explicativa".

Mientras que el tercer y 9º ejércitos estadounidenses avanzaban hacia el Elba, en el Ruhr se dominaba al foco de resistencia constituido por el grupo de ejércitos B del mariscal de campo Model, sobre todo mediante ataques aéreos. Model era uno de los pocos comandantes del ejército que gozaba de la plena confianza de Hitler. Los otros generales, no obstante, lo consideraban "extremadamente grosero y sin escrúpulos"27. Los soldados lo conocían por el apodo de *der Katastrophengeneral*, debido a su costumbre de presentarse en un sector cuando las cosas iban muy mal. El Ruhr, en cualquier caso, fue su última catástrofe. Se negó a huir del lugar, y el 21 de abril, cuando sus tropas comenzaban a rendirse en masa, se suicidó de un disparo, que era exactamente lo que esperaba Hitler de sus comandantes.

Mucho antes del final, el coronel Günther Reichhelm, jefe de operaciones del grupo de ejércitos B, salió en avión de la bolsa del Ruhr junto con otros miembros clave. De las diecisiete aeronaves, sólo tres llegaron a Jüterbog, el aeródromo situado al sur de Berlín. A Reichhelm lo llevaron al cuartel general del OKH en Zossen, donde se derrumbó a causa del agotamiento para no despertarse hasta que se sentó en su cama el antiguo segundo de Guderian, el general Wenck. Este, que había tenido que volver a la vida activa antes de recuperarse por completo del accidente de coche que

sufrió durante la Operación *Sonnenwende*, acababa de ser nombrado comandante en jefe del 12º ejército y sospechaba que esta nueva formación existía más sobre el papel que en la realidad, a pesar de tener una misión bien definida: defender la línea del Elba frente a los estadounidenses.

"Vas a venirte conmigo en calidad de jefe del estado mayor", le dijo Wenck. Sin embargo, Reichhelm debía informar primero de la situación del grupo de ejércitos B, destacado en el foco de resistencia del Ruhr. Jodl le ordenó que acudiera al búnker de la Cancillería del Reich, donde se encontró con Hitler, Goering y el gran almirante Dönitz. Comunicó al Führer que el grupo de ejércitos B se había quedado sin munición y que los carros de combate que les quedaban no podían moverse por falta de combustible. Hitler mantuvo un prolongado silencio. "El mariscal de campo Model era mi mejor mariscal de campo", dijo al fin. Reichhelm pensó que el dirigente nazi había terminado por comprender que la guerra había llegado a su fin, pero no fue así. El Führer prosiguió: "Vas a ser jefe del estado mayor del 12º ejército. Debes mantenerte al margen de las estúpidas directrices del estado mayor general; debes aprender de los rusos, que vencieron con la sola fuerza de voluntad a los alemanes que llegaron a las puertas de Moscú".

Entonces, Hitler indicó que el ejército alemán debía comenzar a talar árboles de las montañas de Harz a fin de detener el avance de Patton y lanzar allí una guerra de guerrillas. Pidió mapas de escala 1:25.000, que eran los empleados por quienes comandaban una compañía, para ilustrar su propuesta. Jodl trató de desengañarlo, pero Hitler insistió en que conocía bien la cordillera. Aquél, por lo común moderado, no pudo menos que responder con aspereza: "Yo no conozco en absoluto la zona, pero sí la situación". Reichhelm observó que Goering se había quedado dormido en una silla con el rostro tapado por un mapa, y se preguntó si no estaría drogado por completo. Por fin, Hitler le pidió que se uniese al 12º ejército, no sin antes pasar por el campo de Döberitz, donde podría hacerse con doscientos vehículos todoterreno Kübelwagen, de la casa Volkswagen, para sus tropas.

Reichhelm salió de allí aliviado, con la sensación de haber escapado de un manicomio. En Döberitz logró hacerse con tan sólo una docena de vehículos. Encontrar a Wenck y el cuartel general del 12º ejército le resultó aún más difícil. Por fin dio con el primero en la escuela de zapadores de Rosslau, en la orilla del Elba opuesta a Dessau. Descubrió, para deleite suyo, que el jefe de operaciones era un viejo amigo, el coronel barón Hubertus von HumboldtDachroeden. Según había podido oír, parte del 12º ejército estaba formado por "jóvenes soldados de asombrosa voluntad que habían recibido una instrucción de tan sólo medio año en diversas escuelas de oficiales", así como por un buen número de suboficiales con experiencia en el frente que regresaban del hospital. Ambos jefes profesaban una gran admiración al comandante de su ejército, Wenck, un hombre joven, flexible y muy bueno en su oficio, "capaz de mirar a la cara a los soldados"28.

Si bien el cuartel general era improvisado y contaba con pocos equipos de radio, se encontraron con que podían servirse de la red telefónica local, que aún funcionaba bien. El ejército estaba mejor abastecido que la mayoría merced a la base de municiones de Altengrabow y a una serie de gabarras y botes inmovilizados en el Havelsee. Wenck se negó a seguir la política de tierra quemada del Führer, y evitó la destrucción de la planta de electricidad de Golpa, al sureste de Dessau, una de las principales en lo referente al suministro eléctrico de Berlín. Siguiendo órdenes de Wenck, la división de infantería Hutten dejó a un grupo de guardias con la misión de impedir que algún fanático intentase volarla.

La principal tarea del 12º ejército consistía en prepararse ante un ataque del 9º ejército estadounidense "a lo largo de la autopista Hannover-Magdeburgo y a ambos lados de ésta"29. Se esperaba que los norteamericanos establecieran una cabeza de puente en la margen oriental del Elba para dirigirse desde ella a Berlín. El primer ataque, empero, tuvo lugar antes de lo que se preveía. "El 12 de abril llegó el primer informe del contacto que hablaba de que el enemigo intentaba cruzar cerca de *Schönebeck* y Barby". La división de infantería Scharnhorst trató de contraatacar con un batallón y algunos cañones de asalto al día siguiente. Entonces ofrecieron una fiera resistencia, pero comprobaron asimismo que el enemigo —sobre todo las fuerzas aéreas estadounidenses— era demasiado poderoso.

Reichhelm cayó en la cuenta de que si los norteamericanos pensaban cruzar el Elba en masa, no habría "otra posibilidad que la rendición". El 12º ejército no podría haber seguido luchando "durante más de uno o dos días"30. Humboldt compartía por entero esta opinión. Los estadounidenses cruzaron el río en varios puntos, de manera que el sábado 14 de abril, el SHAEF pudo registrar: "El 9º ejército ha ocupado Wittenberge, a cien kilómetros al norte de Magdeburgo. Tres batallones de la 83ª división de infantería han cruzado el Elba a la altura de Kameritz, hacia el sureste de Magdeburgo"31. Mientras tanto, la 5ª división blindada había alcanzado el río en un frente de veinticinco kilómetros alrededor de Tagermünde. El día 15, el 12º ejército de Wenck lanzó un decidido contraataque contra la 83ª división de infantería cerca de Zerbst, pero fue rechazado.

Las cabezas de puente situadas a lo largo del Elba representaban, al parecer, un problema más que una oportunidad para Eisenhower. Se puso en contacto con el general Bradley, al mando del grupo de ejércitos, para pedir su opinión acerca de la posibilidad de seguir avanzando hasta Berlín. Quería saber cuántas víctimas pensaba que tendrían en caso de que hubieran de enfrentarse a la toma de la ciudad. Bradley estimó que el número podría ascender a cien mil (una cifra que, tal como admitió él mismo más adelante, resultaba demasiado elevada). Luego añadió que se trataba de un precio sumamente alto para un objetivo que no les reportaría otra cosa que prestigio y que, a fin de cuentas, habrían de abandonar una vez que Alemania se rindiera. Todo esto coincidía por completo con lo que Eisenhower había pensado, bien que más tarde mantuviera que "la futura división de Alemania no tuvo ninguna influencia en nuestros planes militares relativos a la conquista final del país"32.

A Eisenhower le preocupaba asimismo la extensión de sus líneas de comunicación. El 2º ejército británico se hallaba al borde de Bremen; el 1º estadounidense, cerca de Leipzig, y las unidades de Patton en cabeza, no lejos de la frontera checoslovaca. Las distancias eran tan grandes que a las unidades de vanguardia hubo que abastecerlas con aviones Dakota. También había que alimentar a un número elevado de civiles, incluidos los reclusos de cárceles y campos de concentración. Por lo tanto, se necesitaba una cantidad considerable de recursos. Al igual que muchos otros, Eisenhower no estaba en absoluto preparado para los horrores de los campos de concentración. La visión de tanto sufrimiento inimaginable dejó a muchos marcados durante años por lo que podríamos llamar "culpabilidad del libertador", una variante de la culpabilidad del superviviente.

Los comandantes del frente occidental apenas tenían idea de la situación del oriental; no llegaron a apreciar hasta qué punto deseaba el ejército alemán dejar entrar a los estadounidenses en Berlín antes de que pudieran llegar las tropas soviéticas. "Los soldados y los oficiales —observó el coronel De Maizière, del OKH— creían que era mucho mejor ser atacados por el oeste. Los miembros de la Wehrmacht, agotados, lucharon hasta el final con la única intención de dejar a los rusos el menor territorio posible"33. El instinto de Simpson y el de sus comandantes del 9º ejército demostraron ser mucho más certeros que el del comandante supremo. Calcularon que habría focos de resistencia, pero que no sería difícil evitarlos al atacar la capital del Reich, que quedaba a menos de cien kilómetros de distancia.

La 83ª división de infantería ya había erigido un puente capaz de soportar a los carros de la 2ª división blindada, y durante la noche del sábado, 14 de abril, los vehículos pudieron pasar a un ritmo continuo. Las fuerzas de la cabeza de puente, que a la sazón se extendían hasta Zerbst, comenzaron a aumentar con gran rapidez. El entusiasmo de las tropas estadounidenses resultaba contagioso. Esperaban ansiosas la orden de avanzar. Sin embargo, a primera hora del domingo, 15 de abril, su comandante, el general Simpson, recibió órdenes de presentarse ante el general Bradley en el cuartel general de su grupo de ejércitos, situado en Wiesbaden. Este último fue a recibirlo al aeródromo. Se dieron la mano casi sin que Simpson hubiera tenido tiempo de bajar del avión, y sin más preámbulo, Bradley le comunicó que el 9º ejército debía detenerse en el Elba: tenía órdenes de

no avanzar hacia Berlín. “¿De dónde diablos ha sacado eso¿”, quiso saber Simpson. “Me lo ha dicho Ike”,* fue la respuesta.

El primero, a un tiempo aturdido y desalentado, regresó a su cuartel general sin saber cómo iba a comunicar la noticia a sus comandantes y sus soldados 34.

Las órdenes de no moverse del Elba, que se sumaron a la inesperada muerte del presidente Roosevelt, supusieron un duro golpe para la moral de los estadounidenses. Roosevelt había fallecido el 12 de abril, aunque la noticia no se dio a conocer hasta el día siguiente. Goebbels se mostró extático cuando lo supo al regresar de una visita al frente cercano a Küstrin. Lo primero que hizo fue telefonear al búnker de la Cancillería del Reich para comunicárselo a Hitler. “¡Mi Führer, te felicito! —le dijo—. Roosevelt ha muerto. Está escrito en las estrellas que la segunda mitad de abril será para nosotros un momento decisivo. ¡Este viernes, 13 de abril, es el día en que cambiará nuestra suerte!”35.

Pocos días antes, Goebbels había leído a Hitler la *History of Friedrich Ii of Prussia*, de Thomas Carlyle, para intentar sacarlo de su depresión. En concreto, se trataba del pasaje en que Federico el Grande está pensando, acosado por el desastre de la Guerra de los Siete Años, en envenenarse cuando, de súbito, le informan de la muerte de la zarina Isabel. “Había sucedido el milagro de la casa de Brandeburgo”. Los ojos de Hitler se habían llenado de lágrimas al oír esas palabras. Goebbels no creía en cartas astrológicas, pero estaba dispuesto a usar cualquier cosa con tal de levantar el espíritu decaído del Führer, y había logrado provocarle un arrebato de optimismo. Recluido en su búnker, el dirigente nazi miraba apasionadamente a un retrato de Federico el Grande que había hecho que le bajaran. Al día siguiente, 14 de abril, en la orden del día que dio al ejército, se dejó llevar por completo de su exaltación: “En este momento en que el Destino ha eliminado al mayor criminal de guerra que ha visto la historia sobre la faz del planeta, los acontecimientos de este conflicto se han tornado decisivos”36.

Este no fue el único hecho simbólico relacionado con Federico el Grande de esos días, si bien Hitler nunca lo mencionó. Esa misma noche, los bombarderos aliados lanzaron un ataque masivo sobre Potsdam. Un miembro de las Juventudes Hitlerianas que había ido a refugiarse en un sótano notó que los muros que lo rodeaban “se balanceaban como lo haría un barco”37. Las bombas destruyeron buena parte de la vieja ciudad, incluida la Garnisonkirche, hogar espiritual de la casta militar y la aristocracia prusiana. Ursula von Kardorff rompió a llorar en plena calle al conocer la noticia. “Con ella se ha derrumbado todo un mundo”, escribió en su diario 38. De cualquier manera, muchos oficiales se negaban a reconocer la responsabilidad que había tenido la cúpula militar alemana por el hecho de respaldar a Hitler. Era improbable que el hablar del honor de un oficial alemán cuando la liberación de los campos de concentración estaba poniendo de relieve la naturaleza del régimen por el que habían luchado despertase algún sentimiento de compasión, ni siquiera de parte de sus más nobles oponentes.

* *Ike*: hipocorístico con que se conocía a Eisenhower y que dio pie, más adelante, al célebre eslogan de su campaña presidencial: *I like Ike*. (*N. del t.)*

14
En vísperas de la batalla

El Ejército Rojo, a pesar de todos sus empeños y el talento con que contaba para el camuflaje, no podía esperar esconder el colosal ataque que estaba a punto de desencadenarse en los frentes del Oder y el Neisse. El primer frente bielorruso de Zhukov y el 1º ucraniano de Konev debían atacar el 16 de abril. El 2º frente bielorruso de Rokossovsky no tardaría en seguirlos, desde el norte, tras atravesar el bajo Oder. Las fuerzas soviéticas contaban con un total de dos millones y medio de hombres, respaldados por 41.600 cañones y morteros pesados, 6.250 carros y cañones de asalto autopropulsados y cuatro ejércitos del aire 1. Nunca antes se había congregado tal cantidad de potencia de fuego.

El 14 de abril, la operación de reconocimiento que se inició desde la cabeza de puente de Küstrin tuvo un éxito tremendo. El 8º ejército de guardias de Chuikov logró hacer retroceder a la 20ª división de Panzergrenadier entre dos y cinco kilómetros según el lugar. Se dice que Hitler se enfureció tanto que dio órdenes de que se despojase de sus medallas a todos los miembros de la división hasta que hubiesen vuelto a recuperar el terreno perdido 2.

Esta extensión de la cabeza de puente ayudó también a aumentar las fuerzas. Aquella noche, el primer ejército blindado de guardias comenzó a mover sus brigadas a través del Oder protegido por la oscuridad. “Durante la noche tuvo lugar un movimiento constante de carros de combate, cañones, Studebaker cargados de munición y columnas de soldados”3. Las jóvenes que dirigían el tráfico agitaban sus discos con desesperación, instando a los tanques a colocarse ante la línea marcada con cintas blancas. Los altavoces del 7º departamento hacían que resonasen por todos lados la música y las exhortaciones propagandísticas con el fin de tapar el ruido producido por los motores de los tanques; aunque los alemanes sabían lo que estaba pasando.

Durante todo el 15 de abril, los soldados del Ejército Rojo observaron las posiciones alemanas “hasta que nos dolieron los ojos” por si acudían refuerzos de última hora o tenía lugar cualquier otro cambio. Sobre los montículos del Oderbruch habían empezado a aparecer algunas flores de abril, aunque en el río seguían flotando grandes trozos de hielo, así como ramas y maleza que se enredaban entre los escombros de un viaducto en ruinas. En los pinares de la ribera oriental, “misteriosamente silenciosos” por el día, las ramas cortadas servían de camuflaje a miles de vehículos blindados y cañones.

Más al sur, en el frente del Neisse, en el primer frente ucraniano, se organizaban actividades políticas sin descanso hasta el último momento. “Los miembros activos del Komsomol enseñaban a los jóvenes soldados a amar sus tanques y a intentar emplear todo el potencial de sus potentes armas”4. Saltaba a la vista que nadie había asimilado el mensaje de Aleksandrov, ni siquiera los departamentos políticos. El mensaje de venganza de la última consigna no dejaba lugar a dudas: “No habrá compasión: han sembrado vientos y están a punto de recoger tempestades”5.

El primer frente ucraniano se hallaba más preocupado por la falta de disciplina radiofónica. Incluso los regimientos del NKVD habían estado “transmitiendo mensajes sin cifrar, empleando códigos anticuados y haciendo caso omiso a las señales”6. Las unidades menores tenían prohibido usar la radio para transmitir: sus aparatos sólo podían recibir mensajes 7. La preocupación acerca de los errores de seguridad era aún mayor la noche del 15 de abril, dado que los cuarteles generales estuvieron recibiendo nuevas longitudes de onda y códigos hasta finales de mayo de 1945 8.

Aun a pesar de que se había dicho a los oficiales que no dieran órdenes cuando quedaran tres horas para el ataque, el SMERSH estaba decidido a que no hubiese deserciones de última hora por

parte de los soldados del Ejército Rojo, lo que podría poner en alerta al enemigo. El representante del SMERSH que acompañaba al primer frente bielorruso ordenó a todos los agentes políticos que supervisaran a todos los hombres apostados en primera línea para identificar a los que pareciesen sospechosos de ser “inestables en lo moral y lo político”9. En una operación anterior, el SMERSH había arrestado a los que habían sido acusados de hacer comentarios negativos acerca de las granjas colectivas 10. Se colocó un cordón especial para evitar “que nuestros hombres huyan a territorio alemán” e impedir que el enemigo pudiese capturar a ninguno de sus soldados para interrogarlo. Sin embargo, todo fue en vano: el 15 de abril, un miembro del Ejército Rojo capturado por los alemanes al sur de Küstrin confesó que la gran ofensiva iba a dar comienzo a primera hora del día siguiente.

Dada la proximidad de la derrota, los alemanes contaban con razones aún más justificadas para temer que sus soldados desertaran o se rindiesen a la primera oportunidad. El grupo de ejércitos del Vístula dio órdenes, firmadas por Heinrici, de separar a los hombres procedentes de una misma región, porque raras veces hacían algo por evitar la deserción de un paisano 11. Cierto oficial del regimiento de guardias de la Grossdeutschland al mando de un batallón improvisado pudo observar que sus jóvenes soldados tenían pocas intenciones de luchar por el nacionalsocialismo. “Muchos deseaban que los hiriesen con tal de ser enviados al hospital de campaña”. Permanecían en sus puestos movidos de una “obediencia de cadáver” inspirada por el temor a una ejecución sumaria 12. Después de que un altavoz soviético informase sobre la situación desde las líneas del Ejército Rojo, los oficiales se escandalizaron al ver que los soldados empezaban a gritar al enemigo pidiendo detalles. Querían saber si se les enviaría a Siberia y cómo se trataba a los civiles en las zonas de Alemania que habían ocupado.

Varios comandantes del 4º ejército de *Panzer*, que se hallaba ante el primer frente ucraniano de Konev, confiscaron todos los pañuelos blancos a fin de evitar que sus hombres los empleasen para rendirse. En ocasiones, enviaban a los soldados que descubrían intentando desertar a cavar trincheras en zonas sin protección o en tierra de nadie. Muchos anhelaban poder escabullirse hacia la espesura del bosque con la intención de rendirse sin ser vistos y librar así a sus familias del castigo decretado por las órdenes de Hitler.

Los comandantes alemanes al cargo de una compañía lo intentaron todo para persuadir a sus soldados a que resistiesen. Algunos les informaron de la muerte de Roosevelt la noche del 14 de abril. Según les dijeron, eso quería decir que ya no habrían de sufrir los ataques de los tanques estadounidenses. Les aseguraron que, de hecho, las relaciones entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética se habían corrompido hasta tal punto que los norteamericanos y los británicos estaban dispuestos a unirse a Alemania para rechazar a los rusos. Los reservistas de la 39ª división de seguridad destacada cerca de Guben se encontraron con que las tropas de las SS pertenecientes a la división 30. Januar se acercaban a ellos para hablarles de la conexión existente entre la muerte de Roosevelt y el milagro que salvó a Federico el Grande como si se tratara de algo de inspiración divina. Esto no pareció convencerlos en absoluto; sin embargo, los soldados alemanes seguían resistiendo con la esperanza de que el Führer lanzase un contraataque masivo el 20 de abril, día de su cumpleaños, con sus “armas maravillosas” secretas.

Algunos oficiales, tan enojados como resentidos, se las ingeniaron para recordar a los veteranos los horrores del frente oriental y lo que comportaría el que los rusos lograran avanzar hasta Berlín. “No puedes imaginar —escribió a su esposa un teniente superior— el odio tan grande que se ha despertado aquí. Te prometo que les vamos a ajustar las cuentas. Esos violadores de mujeres y niños van a descubrir una nueva experiencia. Resulta difícil creer lo que han hecho esas bestias. Hemos jurado solemnemente que cada uno de nosotros matará a diez bolcheviques. Que Dios nos ayude a lograrlo”13.

El grueso de los reclutas de escasa formación recién llegados al frente resultaba mucho más difícil de convencer: lo único que pretendían era sobrevivir. Un coronel de la 30ª división de infantería Döberitz dio el siguiente consejo a uno de sus comandantes de batallón: “Debemos mantener el frente a toda costa: usted es el responsable. Si intenta huir un puñado de sus hombres, es su deber abatirlos; si por el contrario ve huir a un número mayor de soldados y no es capaz de detenerlos ante lo desesperado de la situación, mejor será que se mate usted mismo”14.

En las cumbres de Seelow, aparte de algún bombardeo por parte de la aviación, reinaba la "calma que precede a la tempestad"[15]. Los soldados alemanes que se habían visto desplazados desde la primera línea de frente inspeccionaban y limpiaban sus armas, después de haber comido y haberse aseado. Algunos se habían sentado a escribir una carta a su familia, por si acaso volvía a funcionar el servicio postal. Los hogares de muchos de ellos se hallaban ya en manos del enemigo, y otros ni siquiera sabían dónde se encontraba su familia.

El teniente superior Wust envió a sus mecánicos principiantes de la Luftwaffe por tandas a la cocina de campaña (o *Gulaschkanone*), que habían montado en la aldea situada tras la segunda línea de trincheras. El permanecía en una trinchera de artillería con el sargento mayor de su compañía, oteando por encima de los árboles el Oderbruch y las posiciones soviéticas que iban a lanzar el ataque. De pronto, sintió un escalofrío. "Dígame una cosa —ordenó al tiempo que se volvía en dirección a su *Kompanietruppführer*— ¿Usted también tiene frío?". "No tenemos frío, herr *Oberleutnant* —respondió el otro—: tenemos miedo".

En Berlín, a salvo tras las líneas, Martin Bormann envió a los *Gauleiter* un mensaje propio de la víspera de la batalla en el que les ordenaba ajustar las cuentas a los "gallinas"[16]. En el centro de la ciudad se volcaban los tranvías para rellenarlos de ladrillos y escombros e improvisar de este modo barricadas. Se reclamó la presencia de la Volkssturm. Algunos de sus miembros llevaban los cascos de color azul grisáceo del ejército francés e incluso sus uniformes. Era lo poco que quedaba del botín de las grandes victorias germanas de 1940 y 1941.

Hitler no era el único que evocaba la Guerra de los Siete Años. El *Pravda* ya había publicado un artículo que rememoraba orgulloso la entrada de los rusos en Berlín el 9 de octubre de 1760, encabezados por cinco regimientos de cosacos. "Las llaves de la ciudad se llevaron entonces a San Petersburgo para que se custodiasen de forma permanente en la catedral de Kazansky. Deberíamos tener presente este ejemplo histórico y cumplir las órdenes de nuestra madre patria y del camarada Stalin"[17]. El 8º ejército de guardias del general Chuikov recibió una serie de llaves de gran tamaño recortadas en cartón para que recordasen aquel acontecimiento mientras se preparaban para atacar.

También se distribuyeron banderas rojas, un símbolo más moderno que se repartió entre las divisiones que protagonizarían el ataque para que las erigiesen sobre los edificios berlineses más significativos. Esto se indicaría también en una gran maqueta de la ciudad que habían elaborado los ingenieros del frente. Se esperaba que la "competición socialista" empujase a los hombres a realizar un sacrificio aún mayor. Quienes gozarían de una mayor gloria serían aquellos que tomasen el Reichstag, el objetivo seleccionado por Stalin para representar la conquista total de la "guarida de la bestia fascista". Aquella noche, el Partido Comunista recibió en calidad de miembros a más de dos mil soldados del primer frente bielorruso en lo que puede considerarse un bautismo secular colectivo.

A pesar de que los comandantes soviéticos no albergaban la menor duda de que lograrían romper las filas alemanas, se hallaban preocupados en extremo ante la posibilidad de que los estadounidenses y los británicos llegasen primero a Berlín, eventualidad que consideraban peor aún que una humillación. Berlín pertenecía a la Unión Soviética, tanto por derecho de conquista como por ser la potencia que más había sufrido. El comandante de cada uno de los ejércitos tenía bien claro qué era lo que pensaba el *Verjozny*, su comandante en jefe, que esperaba impaciente en el Kremlin. Sin embargo, no sabían hasta qué punto estaba preocupado. Algunos informes poco precisos publicados en diarios occidentales afirmaban que ciertas unidades de vanguardia estadounidenses habían llegado a Berlín el 13 de abril, aunque se habían retirado tras las protestas de Moscú [18].

Sólo Zhukov, Konev y algunos de sus colegas más allegados sabían que la estrategia de toda la operación Berlín estaba destinada a rodear la ciudad en primer lugar para mantener al margen a los estadounidenses y los británicos. Con todo, ni siquiera los dos comandantes eran conscientes de la

importancia que concedían Stalin y Beria a la toma de los institutos de investigación nuclear y, en especial, el Instituto Kaiser Wilhelm de Física, situado en Dahlem.

En vísperas de la batalla, Stalin mantenía desde Moscú el escudo que se había construido a golpe de mentiras. El general Deane informó de otra sesión celebrada en el Kremlin en un comunicado destinado en exclusiva a Eisenhower. Tras una larga reunión en la que se discutieron "otras cuestiones" (el futuro despliegue de las fuerzas soviéticas en Extremo Oriente en la lucha contra los japoneses), "Harriman sacó a colación el anuncio que habían hecho los alemanes acerca de la inmediata reanudación del ataque a Berlín que pensaban llevar a cabo los rusos. El mariscal [Stalin] declaró que, en efecto, pretendían poner en marcha una ofensiva (que no sabían hasta qué punto la podrían culminar con éxito), aunque el punto en el que concentrarían la mayor parte de sus fuerzas era, tal como ya había referido a Eisenhower, la ciudad de Dresde"19.

Stalin y su entorno debieron de disimular muy bien su nerviosismo, pues ni Deane ni Harriman tuvieron la sensación de que los estuvieran engañando. La noche de antes, el general Antonov no había pasado por alto, en su reunión con la *Stavka*, una línea del último mensaje de Eisenhower en que hablaba de evitar la confusión entre las fuerzas occidentales y el Ejército Rojo. Quiso saber de inmediato "si este hecho suponía algún cambio en las zonas de ocupación sobre las que ya habían llegado a un acuerdo". Cuando se le aseguró que se refería a las zonas tácticas, lo que no comportaba cambio alguno en las de ocupación, "Antonov pidió la confirmación de Eisenhower a este respecto". El jefe de estado mayor ruso quiso entonces verificar que "una vez completadas las operaciones tácticas, las fuerzas angloamericanas se retirarían de la zona de ocupación soviética acordada". El 16 de abril obtuvo la confirmación a través de un comunicado de Eisenhower.

Lo que más urgía a los soldados del Ejército Rojo era un buen afeitado que los hiciese presentables en su papel de conquistadores. Mientras quedaban aún bastantes horas de sol, los que no estaban de servicio se dedicaron a rasurarse con navajas de afeitar mientras se miraban a duras penas en fragmentos rotos de espejo. Por la noche, pocos podían conciliar el sueño. "Algunos escribían a sus familias cubriendo las linternas con sus abrigos", según describía un oficial del tercer ejército de choque 20. Las cartas acostumbraban ser breves y poco informativas. "Recuerdos desde el frente —decía una de las más típicas—. Sigo vivo y estoy sano. No estamos lejos de Berlín. Se están produciendo batallas de gran violencia, pero no tardará en llegar la orden de avanzar hacia la capital. Tenemos que asaltarla; veremos si para entonces sigo vivo"21.

Muchos no escribían a sus padres ni a sus prometidas, sino a amigas que habían conocido por correspondencia. Miles de jóvenes que habían sido enviadas a trabajar a fábricas de armamento de los Urales o Siberia enviaban cartas a los soldados del frente para combatir la soledad. En determinado estadio de la relación se intercambiaban fotografías, aunque no era el atractivo sexual lo que los impulsaba a escribir. Para los soldados, una mujer que esperase en cualquier lugar de su país era lo único que quedaba para recordarles que aún podía existir la esperanza de llevar una vida normal. El sargento Vlasienko, del primer frente ucraniano, escribió a una de ellas una canción a modo de epístola. Concordaba con la melodía de *Zemlyanka*, la célebre tonada de tiempos de guerra, ambientada en un búnker helado, "a tan sólo cuatro pasos de la nieve":

El farol aleja la oscuridad
e ilumina el camino de mi pluma.
Tú y yo estamos cerca gracias a es ta carta,
como un hermano y su hermana.

Te añoro desde el frente
y me encontraré contigo cuando aca ben estos días de lucha,
en lo más profundo de nuestra pa tria,
si es que sobrevivo.

Y si ocurre lo peor,
si los días de mi vida están conta dos,
recuérdame de cuando en cuando,
recuérdame con una palabra amable.

Me despido por ahora.
Ha llegado la hora de atacar a los alemanes
y quiero llevar tu nombre conmigo
aunque sea en mi grito de combate:¡Ura! 22

Espérame, una de las canciones más populares de la guerra, estaba basada en el poema que hizo célebre a Konstantin Simonov en 1942. Evocaba la superstición casi religiosa de los miembros del Ejército Rojo consistente en que si la novia del soldado permanecía fiel, éste no moriría. Las autoridades le dieron el visto bueno tan sólo porque hacía más fuerte el patriotismo militar. Muchos soldados guardaban el poema escrito en un trozo de papel dentro del bolsillo izquierdo del pecho, y lo leían en silencio a modo de plegaria en los momentos que precedían a los ataques.

La canción *Echarpe azul*, que describía la despedida de una fiel muchacha a su amante soldado, se hizo objeto de una lealtad tan intensa que muchos soldados la añadían al grito de batalla oficial, que quedaba así: *Za Rodinu, za Stalina, za Siny Pla tochek!* ("¡Por la madre patria, por Stalin, por el echarpe azul!"). Por otra parte, muchos miembros del Komsomol seguían llevando consigo recortes de periódico con la fotografía de Zoya Kosmodemyanskaya, la joven guerrillera de la organización "torturada hasta la muerte por los alemanes"23. No eran pocos los que escribían: "Por Zoya", en sus tanques o aeronaves.

Por el contrario, otro de los poemas de Simonov fue tachado de "indecente", "vulgar" y "pernicioso para la moral". Llevaba el irónico título de *Liricheskoe* ("Lírico"):

Recuerdan los nombres durante una hora.
Los recuerdos aquí no duran mucho.
El hombre dice: "Guerra...", y
abraza a una mujer con abandono.
Se muestra agradecido a la que con tal facilidad,
sin querer siquiera que la llamase "amor",
reemplazó con su cuerpo el de otro que está lejos.

Ella se mostraba tan compasiva como podía serlo ante los amados de otras mujeres,
y los abrigó en los malos tiempos con la generosidad de su cuerpo sin compromiso.
Y los que esperan la hora de lan zarse al ataque,
los que quizá nunca vivirán para ver el amor,
sienten consuelo al recordar que ayer
los rodeaban al menos los brazos de alguien 24.

Por más que las autoridades desaprobaran las canciones y los poemas que versaban sobre novias infieles, los iconoclastas no dejaban de idear versiones procaces de tonadas que contaban con la aprobación oficial. Así, la lacrimógena *Noche oscura*, acerca de la mujer de un soldado que "seca en secreto sus lágrimas" de pie ante la cuna de su hijo vio este verso transformado en: "toma en secreto estreptocida", medicamento soviético empleado durante la guerra para combatir las enfermedades venéreas.

Las canciones patrióticas oficiales nunca tuvieron en realidad una buena acogida. La única excepción fue la "Canción de los artilleros", procedente de la película *A las seis de la tarde tras el final de la guerra*. Esta se proyectó a los soldados del frente poco antes de la batalla de Berlín, y giraba en torno a un oficial de artillería que había logrado sobrevivir para encontrarse en Moscú con su amor verdadero durante las celebraciones de la victoria. Con todo, si bien podía resultar positivo

para la moral en cierto sentido, lo cierto es que no ayudaba en absoluto a los soldados ante el miedo, muy natural por otra parte, a enfrentarse a la muerte cuando la lucha estaba a punto de acabar.

Había otras canciones que se centraban en lo que esperaba a los soldados tras el final de la guerra, como la que compusieron los del 4º ejército blindado de guardias:

Pronto volveremos a casa.
Las muchachas saldrán a recibirnos
y las estrellas de los Urales bri llarán para nosotros.
Algún día recordaremos estos tiem pos.
Kamenets—Podolsk y los Cárpatos azules;
el tronar de los carros de combate;
Lvov y la estepa tras el Vístula.
No podrás olvidar este año:
hablarás de él a tus hijos.
Algún día, recordaremos estos tiempos 25.

Los soldados del Ejército Rojo experimentaban una necesidad irresistible de acabar la guerra, y cuanto más cerca estaban de la victoria, más grandes eran sus deseos de sobrevivir. Con todo, los hombres querían ganar de forma desesperada una medalla que poder llevar a casa, lo que les otorgaría un gran prestigio en su comunidad y en especial dentro de su propia familia. Sea como fuere, había algo que temían aún más que el hecho de sucumbir cuando la guerra tocaba a su final y después de haber sobrevivido tanto tiempo contra todo pronóstico: perder los brazos o las piernas. A los veteranos mutilados, o *samovar,* se les trataba como si fueran desechos.

Tras la puesta de sol del 15 de abril, el coronel Kalashnik, jefe del departamento político del 47º ejército, envió al capitán Vladimir Gall y al joven teniente Konrad Wolf a primera línea de frente para que entrevistasen a los primeros prisioneros. Koni Wolf era alemán, hijo del dramaturgo comunista Friedrich Wolf, que había formado parte de los que emigraron a Moscú en 1933, cuando los nazis se hicieron con el poder. Su hermano mayor, Misha, llegó a ser famoso durante la guerra fría como Markus Wolf, jefe del espionaje de la Alemania Oriental.

Era prácticamente de noche cuando los dos amigos se abrieron camino a través del bosque armados tan sólo con pistolas. A su alrededor se hallaban camuflados tanques y hombres. A medida que avanzaban por entre los árboles, los dos jóvenes oficiales podían sentir las “fuerzas ciclópeas [que] se concentraban” en torno a ellos, aun a pesar de que la oscuridad no les permitiese ver gran cosa. “Parecía una enorme presa que estuviese a punto de abrir sus compuertas”, recuerda Gall 26.

Había otros ocupados en labores mucho más peligrosas. Así, los zapadores se habían introducido al caer la noche en tierra de nadie a fin de limpiarla de minas. “Habíamos puesto al corriente a toda la infantería de lo que estábamos haciendo —observa el capitán Shota Suljanishvili, del tercer ejército de choque—; sin embargo, cuando regresaba uno de mis zapadores, cierto soldado de infantería le lanzó una granada. Se había dormido, y le entró un ataque de pánico al oír pasos. Sentí tanta rabia que estuve a punto de matarlo a golpes. Para mí, todos los hombres valían su peso en oro, y en especial los que despejaban las minas” 27.

Los que ya se habían hecho con un reloj anhelaban mirar la hora por saber cuántos minutos faltaban para el ataque. Sin embargo, no se permitía el uso de luces, y resultaba difícil pensar en nada más.

15
Zhukov en la estribación del Reitwein

La vista del Oderbruch y de la escarpadura de Seelow que tenía el general Chuikov, comandante del 8º ejército de guardias, desde su puesto de mando adelantado de la estribación del Reitwein era inmejorable. No le agradó en absoluto que el mariscal Zhukov decidiera unírsele para observar desde allí el bombardeo de apertura y el primer ataque. Chuikov ordenó al capitán Merezhko, oficial del estado mayor que había estado con él desde Stalingrado, regresar al Oder y guiar hasta aquella posición al comandante del frente y a sus acompañantes.

Iracundo, el general comprobó que el convoy de vehículos de Zhukov podía verse desde una gran distancia, dado que todos llevaban los faros encendidos. La animadversión que profesaba Chuikov al mariscal se remontaba casi con toda certeza al invierno de 1942. Al parecer, estaba convencido de que la heroica actuación de su 6º ejército en Stalingrado no había recibido la atención que merecía, mientras que Zhukov había acaparado todo el interés. También se sentía molesto por sus comentarios, mucho más recientes, acerca del tiempo que había tardado en capturar la fortaleza de Poznan, en tanto que sus propias observaciones en torno al fracaso a la hora de avanzar hacia Berlín a principios de febrero hubieron sin duda de enojar a Zhukov.

Por debajo de ellos, en el Oderbruch, las trincheras parecían vivas por el traqueteo que producían los pucheros al hervir, según recuerda un oficial. A todos llegaba el olor de la sopa que servían los cocineros para alimentar a los soldados antes del ataque. En las trincheras de vanguardia, cavadas en el suelo frío y empapado, los hombres sorbían su ración de vodka. En los puestos de mando, los teléfonos de campaña no dejaban de sonar, y los mensajeros corrían sin descanso de un lado a otro 1.

Zhukov llegó acompañado de su comitiva, que incluía a los generales Kazakov, su comandante de artillería, y Telegin, director del departamento político del frente. Los guiaron a lo largo de un sendero que subía por uno de los costados del ramal y daba en el búnker que habían cavado los ingenieros de Chuikov a un lado del pequeño acantilado sobre el que se erigía el puesto de observación. “Las manecillas del reloj nunca habían ido tan lentas —señalaría más tarde el mariscal—. Con objeto de rellenar de algún modo los minutos que quedaban, decidimos beber té, caliente y fuerte, que había preparado una muchacha soldado en el mismo búnker. Recuerdo, sin saber exactamente por qué, su nombre no era ruso: se llamaba Margo. Bebimos en silencio, sumido cada uno de nosotros en sus propios pensamientos” 2.

El general Kazakov disponía de 8.983 piezas de artillería, a razón de doscientos setenta cañones por kilómetro en los sectores de avance o, lo que es igual, un cañón de campaña cada cuatro metros aproximadamente. Había obuses de 152 y de 203 milímetros, morteros pesados y regimientos de lanzacohetes *Katyusha*. El primer frente bielorruso contaba con unas reservas de siete millones de proyectiles, de los que se lanzaron 1.236.000 el primer día. Este exceso de artillería y la aplastante superioridad de sus fuerzas habían tentado a Zhukov a subestimar la magnitud del obstáculo al que se enfrentaban.

Zhukov gustaba de visitar en persona la primera línea de frente a fin de estudiar el terreno antes de una ofensiva de cierta envergadura; sin embargo, en esta ocasión había dependido en gran medida de las fotografías de los equipos de reconocimiento, guiado sobre todo por la presión

constante a que lo había sometido Stalin. La visión vertical que le proporcionaban tales documentos no lograba revelar que las cumbres de Seelow, que dominaban la cabeza de puente que había situado en el Oderbruch, constituían un accidente geográfico mucho más formidable de lo que él había estimado. Por otra parte, estaba ilusionado con una nueva idea: habían dotado a las primeras líneas con ciento cuarenta y tres reflectores con la intención de cegar a los defensores alemanes en el momento del ataque.

Tres minutos antes de que la artillería comenzara, según lo previsto, a preparar el ataque, el mariscal y sus generales se alinearon en el exterior del búnker para subir el escarpado sendero que llevaba al puesto de observación, oculto por redes de camuflaje en la cima del acantilado. Por debajo de ellos se extendía el Oderbruch, oscurecido por la neblina que precedía al amanecer. Zhukov miró su reloj: eran exactamente las cinco de la mañana, hora de Moscú es decir, las tres, hora de Berlín.

"Toda la zona se iluminó por la acción de miles y miles de cañones, morteros y nuestros legendarios *Katyusha*". En toda la guerra no se había visto un bombardeo tan intenso. Los soldados de artillería del general Kazakov trabajaban a un ritmo frenético. "Un trueno aterrador hacía temblar cuanto nos rodeaba —escribió el comandante de cierta batería del tercer ejército de choque—. Tal vez se dé por sentado que a quienes servimos en la artillería no pueda asustarnos una sinfonía como aquélla. Sin embargo, en esta ocasión, yo también deseé llevar tapones en los oídos. Tenía la sensación de que mis tímpanos estaban a punto de reventar"[3]. Los artilleros habían de recordar la necesidad de mantener la boca abierta a fin de equilibrar la presión de sus oídos.

Al estruendo de la primera descarga, algunos reclutas alemanes se despertaron en sus trincheras convencidos de que se trataba de otro *Morgenkonzert* ("concierto matutino"), que era el nombre con que se conocía el fuego de hostigamiento que tenía lugar de madrugada. Sin embargo, los soldados que poseían experiencia en el frente oriental habían adquirido cierto *Landserinstinkt* que les hizo saber que se trataba del gran ataque. Los suboficiales daban órdenes a voz en grito para que sus hombres se colocaran de inmediato en sus puestos: *Alarm! Sofort Stellung beziehen!* [4] Los que sobrevivieron no olvidan la opresión en las entrañas ni la sequedad de la boca. "Ahora sí que estamos perdidos", murmuraban para sí.

Los pocos que se hallaban atrapados en las trincheras de la zona que sirvió de blanco a la artillería y aun así vivieron para contar el terrible bombardeo sólo pudieron emplear más tarde palabras como "infierno" o "terremoto". Muchos perdieron por completo el sentido del oído. "En cuestión de segundos —recordaba Gerd Wagner, del 27º regimiento de paracaidistas— murieron mis diez camaradas"[5]. Cuando él recobró la conciencia, se encontró herido en el humeante cráter formado por un proyectil. Apenas fue capaz de arrastrarse hasta la segunda línea. Pocos lograron escapar con vida de aquella descarga, que aplastó trincheras y enterró a sus ocupantes, tanto vivos como muertos. Ahora que ha pasado más de medio siglo, siguen hallándose cuerpos de cuando en cuando.

Los que sintieron la tierra temblar desde la retaguardia buscaron enseguida sus binoculares o los periscopios de la trinchera. El comandante del 50º batallón de Panzer pesados escrutó el horizonte con el periscopio de su tanque Tiger. "Toda la porción de cielo que abarcaba al este el campo de visión estaba en llamas", señaló [6]. Otro observador habló de "granjas y aldeas consumidas por el fuego, nubes de humo que se extendían hasta donde llegaba la mirada"[7]. Un clérigo del cuartel general no pudo hacer otra cosa que decir: "¡Dios santo, ya están aquí esos cabrones!"[8].

Nada quedaba ya del cordial guerrero alemán que acuñó la máxima: *Krieg ist Krieg und Schnaps ist Schnaps* ("La guerra es la guerra, y el aguardiente, aguardiente"). En ocasiones, los supervivientes no sólo quedaban desorientados por entero, sino también destrozados en lo emocional y lo psicológico. Tras el bombardeo, cierto corresponsal de guerra de la compañía de propaganda de las SS se encontró con un soldado que vagaba aturdido en un bosque tras haber arrojado su arma. Al parecer, aquélla era su primera experiencia en el frente oriental, después de haber pasado la mejor parte de la guerra "afeitando oficiales en París"[9].

Aun a pesar de que apenas quedaba un metro cuadrado en las posiciones alemanas ante las cumbres de Seelow que hubiese quedado sin remover, las víctimas no eran tan numerosas como

pudiera haberse esperado. El general Heinrici, avisado por el soldado del Ejército Rojo al que habían apresado al sur de Küstrin para someterlo a interrogatorio, había llevado al grueso de las tropas del 9º ejército a la segunda línea de trincheras. En el sector situado al sur de Frankfurt del Oder, que se enfrentaba al 33º ejército, no tuvieron tanta suerte. Los destacamentos de Volkssturm y de Hungría recibieron órdenes de ocupar las posiciones de vanguardia de la división 30. Januar de las SS. "El cuartel general sacrificó a estos hombres usándolos como carne de cañón", escribió más tarde el teniente de las SS Helmuth Schwarz, a fin de preservar a las unidades regulares. La mayoría de los miembros de la Volkssturm eran veteranos de la primera guerra mundial, y muchos no tenían uniformes ni armas 10.

Zhukov se sentía tan alentado por la falta de resistencia de que habían dado muestra los alemanes que dio por hecho que estaban acabados. "Parecía que del lado enemigo no había quedado una sola alma con vida tras treinta minutos de bombardeo", escribió más tarde. Dio la orden de iniciar el ataque general. "Miles de bengalas de todos los colores surcaron el aire" 11. Era la señal convenida para que entrasen en acción las jóvenes que manejaban los ciento cuarenta y tres reflectores colocados a razón de uno cada doscientos metros.

"Todo el horizonte estaba tan iluminado como si fuese de día —escribió aquella noche un coronel de zapadores ruso en una carta a su familia—. Del lado de los alemanes, todo estaba cubierto de humo y gruesos surtidores de tierra que se elevaban en terrones. Por el cielo volaban enormes bandadas de pájaros aterrorizados por el constante zumbido y el tronar de las explosiones. Debíamos taparnos los oídos para evitar que nos reventasen los tímpanos. En ese momento, los tanques comenzaron a rugir y se encendieron reflectores a lo largo de toda la línea de frente con la intención de cegar al enemigo. Entonces, todos empezaron a gritar por doquier: *Na Berlin!"* 12.

Algunos soldados alemanes, influidos en exceso por la propaganda de las *Wunderwaffen*, dieron por sentado que los reflectores constituían una nueva arma concebida para dejarlos ciegos. En el otro bando, por el contrario, los destacamentos que atacaban debieron de haber sospechado incluso que se trataba de una nueva forma de bloqueo para impedir la retirada. El capitán Suljanishvili, del tercer ejército de choque, observó que "la luz resultaba tan cegadora que hacía imposible el darse la vuelta y no permitía más movimiento que el de seguir adelante" 13. Con todo, esta invención, de la que Zhukov estaba tan orgulloso, hizo más por desorientar a los atacantes que por deslumbrar a los defensores, habida cuenta de que la luz se reflejaba en el humo y el polvo provocados por el bombardeo. Los comandantes de las tropas de vanguardia hicieron correr hacia atrás la orden de que apagasen los reflectores, pero no tardó en llegar una contraorden para que volvieran a encenderse, lo que no hizo sino ir en detrimento de la visión de los soldados. De cualquier manera, Zhukov cometió otro error mucho más grave: El bombardeo intensivo que lanzó sobre la primera línea apenas había hecho otra cosa que castigar trincheras abandonadas en su mayoría. En sus memorias, sin embargo, no reconoce este hecho, ni tampoco que supusiese para él una sorpresa muy desagradable la intensidad del fuego alemán una vez que comenzó de verdad el ataque. Esto hubo de ser humillante para él, dado que durante la principal sesión informativa anterior a la batalla fueron varios los oficiales que le recomendaron concentrar el fuego en la segunda línea.

El avance procedente de la principal cabeza de puente de Küstrin comenzó con el 8º ejército de guardias de Chuikov situado a la izquierda y el 5º de choque de Berzarin, a la derecha. Cuatro días antes, Zhukov había modificado, con el consentimiento de Stalin, el plan de la *Stavka* para hacer que el primer ejército blindado de guardias de Katukov respaldase a las fuerzas de Chuikov y juntos se abrieran paso a través de los barrios meridionales de Berlín. A la derecha de Berzarin se hallaban el 2º ejército blindado de guardias, el tercer ejército de choque y el 47º ejército.

En el extremo del flanco derecho de Zhukov, el primer ejército polaco y el 6º ejército no contaban con nada parecido a una cabeza de puente. Hubieron de cruzar el Oder bajo el fuego enemigo. Los batallones que iban en cabeza empleaban vehículos anfibios (DUKW estadounidenses conducidos por muchachas), aunque la mayor parte de las tropas cruzaron en botes comunes. Las víctimas fueron muchas: los botes de asalto comenzaron a hacer agua, y algunos se hundieron "con

las consiguientes bajas” 14. La resistencia alemana tampoco era desdeñable. Así, cuando uno de los batallones de la 12ª división de fusileros cruzó el río, “sólo ocho hombres lograron alcanzar la margen occidental del Oder”. Del terror que provocó la operación da buena cuenta el comentario que señala que “algunos agentes políticos se mostraban indecisos a la hora de cruzarlo”. La frase codificada viene a decir que deberían haber empleado más sus pistolas.

En el extremo del flanco izquierdo, el 33º ejército y el 6º ejército debían avanzar desde sus cabezas de puente, situadas respectivamente al sur y al norte de Frankfurt del Oder, con objeto de aislar la ciudad y la guarnición que alojaba.

Una vez que surgieron en el cielo nublado las bengalas de colores, los fusileros soviéticos se pusieron en pie para avanzar. Zhukov, que no era precisamente un general sentimental, envió a los miembros de la infantería a través de los campos de minas que habían de ser despejados antes de dar paso a los ejércitos armados. “¡Oh! Qué terrible resulta ver a una persona saltar por los aires por causa de una mina antitanque”, recordaba un capitán. Con todo, el avance del 8º cuerpo de guardias progresó de forma aceptable al principio. La falta de resistencia animaba a las tropas. Los Shturmovik del 1º ejército del aire volaban bajo rugiendo sobre sus cabezas para atacar las posiciones sobre la escarpadura, mientras que los regimientos de bombarderos más pesados del 18º ejército aéreo se dirigían a atacar otros objetivos y centros de comunicación más alejados. Aquel día hubo seis mil quinientas salidas en el sector del primer frente bielorruso, aunque la mala visibilidad que provocaban la neblina del río y la espesa capa de humo y polvo de las explosiones hacía difícil que pudieran distinguir sus objetivos. Como consecuencia, las posiciones defensivas recibieron un daño relativamente menor a raíz de los bombardeos. Por desgracia para el 9º ejército alemán, que sufría ya una penosa escasez de munición, los soviéticos volaron un almacén de proyectiles de gran relevancia situado en AltZeschdorf, al oeste de Lebus.

Las tropas que se vieron sorprendidas al descubierto fueron, claro está, las más vulnerables. La compañía de la Volkssturm de Erich Schröder, un hombre de cuarenta años al que habían llamado a filas tan sólo diez días antes, corrió al frente en camiones a las siete de la mañana al recibir la orden de máxima alerta 15. No tuvieron siquiera tiempo de cavar trincheras antes del ataque. Su mando pudo recordar dos explosiones de bomba casi simultáneas. Una de sus esquirlas le amputó un dedo gordo del pie; otra se introdujo en su pantorrilla izquierda, y una tercera le alcanzó la región lumbar. Intentó avanzar cojeando para ponerse a cubierto. La mayoría de los vehículos en los que acababan de llegar estaba en llamas, y las granadas que aún quedaban en su interior comenzaron a explotar. Por fin lo llevaron en uno de los vehículos que habían quedado intactos a un hospital de campaña en Fürstenwalde; sin embargo, aquella noche, una dura incursión aérea soviética destruyó todo el edificio excepto el sótano en que lo habían cobijado.

Los bisoños reclutas alemanes y los que se hallaban en período de instrucción habían sido presa del pánico ante el bombardeo y los reflectores. Sólo los más experimentados se hallaban en condiciones de abrir fuego, si bien el problema radicaba en cómo identificar cualquier objetivo en la mezcla impenetrable de bruma, humo y polvo que flotaba en el aire a consecuencia del impacto de los proyectiles. Los defensores podían oír a los rusos llamándose a medida que avanzaban, pero les resultaba imposible verlos. También lograron percibir en la distancia los motores de los tanques rusos que se esforzaban por avanzar. Aun las anchas orugas de los T-34 tenían problemas con el lodo de la llanura aluvial anegada. Los supervivientes de las unidades de vanguardia que habían abandonado sus armas huían en dirección al segundo escalón gritando: *Der Iwan kommt!* (¡Que vienen los rusos!”). Un joven soldado que corría en este sentido vio a alguien ante él y le gritó la advertencia; sin embargo, la figura que se volvió resultó ser un soldado del Ejército Rojo. Ambos saltaron para ponerse a cubierto y comenzaron a dispararse. El muchacho alemán logró, ante su sorpresa, matar al ruso.

El suelo había quedado tan fragmentado por la acción del bombardeo que los cañones antitanque y la artillería de división soviéticos tenían serios problemas a la hora de seguir a la infantería. Las que se veían más afectadas en este sentido eran las baterías *Katyusha* montadas en camiones. Con todo, los regimientos de guardias encargados de dispararlas miraban con satisfacción a los primeros prisioneros alemanes que llegaban a la retaguardia y se encogían al ver el arma que más había atemorizado a la Wehrmacht.

Algo que tampoco debieron de pasar por alto los prisioneros fueron los tremendos embotellamientos que provocaban los vehículos atascados en el barro y que esperaban a que atacasen el 8º ejército de guardias y el 5º de choque de Berzarin. De cualquier manera, el avance de aquella mañana había sido muy lento. Zhukov, situado en el puesto de observación de la estribación del Reitwein, comenzaba a perder la paciencia y no hacía otra cosa que blasfemar y amenazar a los comandantes con degradarlos o enviarlos a una compañía *shtraf*. Había mantenido una airada discusión con el general Chuikov delante de los oficiales del estado mayor a causa del atasco que sufría el 8º ejército de guardias en el Oderbruch, a los pies de la escarpadura. Mediado el día, el mariscal, cada vez más desesperado, temeroso sin duda ante la perspectiva de la próxima conversación radiotelefónica que mantendría con Stalin, decidió cambiar el plan de la operación. En un principio, los ejércitos blindados no debían avanzar hasta que la infantería hubiese roto la línea defensiva alemana y llegado a las cumbres de Seelow; sin embargo, él determinó que no podían esperar. Chuikov se mostró horrorizado, pues preveía el caos que se produciría a raíz de este hecho; con todo, Zhukov no tenía intención alguna de ceder. A las tres de la tarde llamó a la *Stavka* para hablar con Stalin. Este observó tras escuchar su informe: “Así que has subestimado al enemigo en el eje berlinés. Pensaba que a estas alturas estarías en las inmediaciones de la capital, y aún no habéis pasado de las cumbres de Seelow. Hay que reconocer que Konev ha empezado con mayor éxito” 16. Al parecer, se tomó muy bien el cambio de planes efectuado por Zhukov, aunque éste sabía perfectamente que todo dependía de los resultados.

Katukov recibió por la tarde órdenes de atacar con el primer ejército blindado de guardias en dirección a Seelow, en tanto que el 2º de Bogdanov debía cerrar contra el sector de Neuhardenberg. Este movimiento prematuro de los tanques impedía que se acercase a las primeras líneas, a causa del estado del suelo, la artillería de apoyo a corto alcance que habían estado pidiendo las divisiones de fusileros a fin de enfrentarse a los puntos de resistencia. Tal como había predicho Chuikov, se impuso el caos en la zona, debido a los miles de vehículos blindados que se apiñaban en la cabeza de puente. Organizar las distintas formaciones y unidades se convirtió en una pesadilla para los encargados de dirigir el tráfico.

A la derecha, los tanques de Bogdanov se vieron muy afectados tanto por la acción de los cañones atrincherados por debajo de Neuhardenberg como por la de los feroces contraataques provenientes de pequeños grupos armados con lanzagranadas. Al día siguiente, un pelotón de cañones de asalto dirigido por el sargento primero Gernert, de la 11ª brigada de instrucción surgió de súbito de entre el humo en el Oderbruch, cerca de Neutrebbin, y entabló combate con un grupo nutrido de carros de combate soviéticos. “Su valentía, digna de mención, y el modo inteligente en que dirigió a sus hombres salvó el flanco de la brigada”, escribió el general Heinrici para respaldar la concesión de una Cruz de Caballero 17. Con todo, llegado el día de firmarla, 28 de abril, habían dejado de existir la brigada y, de hecho, el 9º ejército, al menos en cuanto a formación que pudiera reconocerse como tal.

Al final, las brigadas de los ejércitos blindados que se hallaban en cabeza llegaron al fondo de las cumbres de Seelow y comenzaron el ascenso. Los motores chirriaban debido al esfuerzo. En algunos lugares, la pendiente era tan escarpada que los comandantes de las distintas unidades se veían obligados a buscar rutas alternativas, lo que hizo a menudo que tropezaran con un punto de resistencia alemán.

Las brigadas de vanguardia de Katukov situadas a la izquierda recibieron su revés más desagradable cuando avanzaban en dirección a la carretera de Dolgelin-Friedersdorf, al sudeste de Seelow. Allí tuvo lugar un demoledor enfrentamiento cuando se encontraron con los tanques Tiger del 50º batallón de Panzer pesados de las SS que defendían la línea de combate. Las brigadas

blindadas soviéticas quedaron inmovilizadas por la acción de profundas zanjas, lo que provocó un buen número de víctimas.

En el centro, mientras tanto, entre Seelow y Neuhardenberg, la 9ª división de paracaidistas de la que tanto se vanagloriaba Goering no había logrado resistir el ataque. Al comenzar el bombardeo aquella mañana, el 27º regimiento de paracaidistas había trasladado su cuartel general del castillo de Gusow, en la cresta, a un búnker situado en el bosque que había a sus espaldas. Hauptmann Finkler permaneció en el caserón, en contacto a través del teléfono de campaña. Podía ver poca cosa de la que informar por entre el humo, aunque la oleada de jóvenes miembros de la Luftwaffe que llegaban corriendo desde el frente tras abandonar sus armas le bastaba para imaginar el derrumbamiento que estaba teniendo lugar allí. Por fin llegó un teniente para advertirle que las tropas soviéticas estaban avanzando hacia el borde de la aldea. El coronel Menke, comandante del regimiento, ordenó un contraataque inmediato. Finkler logró reunir a una decena de hombres del cuartel general de vanguardia y se lanzó con ellos a atacar directamente al enemigo. Casi todos los paracaidistas fueron abatidos. Finkler y el teniente encontraron un cazatanques Hetzer abandonado y se refugiaron en su interior.

Al coronel Refior, jefe del estado mayor del general Reymann, no le sorprendió en absoluto que los despertase en el cuartel general para la defensa de Berlín instalado en el Hohenzollerndamm un "fragor sordo, continuo y ondulante procedente del este"[18].

La intensidad del bombardeo era tal que en los distritos orientales de Berlín, a sesenta kilómetros de la zona en que se hallaban los objetivos, el efecto era semejante al de un terremoto de baja intensidad. Las casas temblaban, los cuadros se caían de las paredes y los timbres del teléfono sonaban sin que nadie estuviese llamando. "Ya ha empezado", murmuraban nerviosos los transeúntes. Nadie albergaba ilusión alguna acerca de lo que aquello significaba. A la luz grisácea de aquella mañana nublada, "las mujeres y las niñas se arracimaban en grupos apretados al oír temerosas los distantes ruidos del frente"[19]. La pregunta más frecuente era si los estadounidenses llegarían a Berlín a tiempo para salvarlas.

La confianza en la línea defensiva del Oder de la que tanto alarde habían hecho las autoridades se vio minada por la agitación de que era presa la capital, donde se ultimaban los detalles de las barricadas y los puntos defensivos. Goebbels pronunció un discurso tan apasionado como poco convincente acerca de la nueva oleada de mongoles que acabarían por estrellarse contra los muros de la ciudad. De cualquier manera, lo que preocupaba a los berlineses de un modo más inmediato era el modo de llenar sus despensas antes de que comenzase el sitio de la ciudad. Nunca antes habían sido tan largas las colas en el exterior de las panaderías y las tiendas de alimentación.

Mientras que la cúpula se empecinaba en negar la realidad, alguien tuvo aquella mañana, por fortuna, la sensata idea de ordenar que trasladasen la sección infantil del hospital de Potsdam a un lugar más alejado de la capital. El centro había quedado destruido casi por completo durante la incursión aérea que habían lanzado los Aliados la noche del 14 de abril, y la devastación había sido mayor a causa del desdichado proyectil que fue a impactar en un tren de municiones que se hallaba en la estación. Entonces se trasladó a los niños enfermos al palacio Cecilienhof, merced a una ambulancia de la Cruz Roja alemana tirada a duras penas por dos famélicos caballos por entre las calles sembradas de escombros. El príncipe heredero, hombre de edad más bien avanzada, lo había abandonado pocas semanas antes, aunque en sus bodegas seguían refugiándose varios antiguos oficiales del viejo ejército prusiano. No tenían ni idea de que Potsdam estaba destinada a convertirse en parte de la zona de ocupación soviética.

La mañana del 16 de abril, las enfermeras oyeron que debían llevar a los niños en dirección sursuroeste hacia Heilstätten, cerca de Beelitz. Casi todos los hospitales de Berlín, incluidos el Charité, el AugusteViktoria y la clínica RobenKoch, hubieron de trasladarse al mismo complejo, un cuartel construido de piedra y camuflado que ya había hecho las veces de hospital durante la primera guerra mundial. Allí había pasado dos meses a finales de 1916 el propio Hitler a consecuencia de una herida. Con todo, los niños enfermos aún no se encontraban fuera de peligro.

Cuando los estaban sacando de los autobuses que los habían llevado hasta el lugar, alguien gritó: “¡A cubierto! ¡Un avión!”. Entonces apareció a una altura que apenas rebasaba la de los árboles un biplano soviético (el vetusto Po-2, avión fumigador que los alemanes conocían como “molinillo de café”) y abrió fuego.

En el cuartel general subterráneo de Zossen, los teléfonos no dejaban de sonar. El general Krebs, agotado, tomaba fuerzas de la botella de vermut que guardaba en la caja fuerte de su despacho. Comoquiera que la artillería y la aviación soviéticas habían destruido los puestos de mando y cortado los hilos del teléfono, quedaban pocos cuarteles generales de los que recibir informes; aunque las llamadas de los ministros y del general Burgdorf provenientes del búnker de la Cancillería del Reich iban en aumento. Todo el que se hallaba en el distrito gubernamental de Berlín quería conocer las noticias. Los oficiales del estado mayor, sin embargo, tenían la mente puesta en los que se encontraban en el frente y en lo que debían de estar pasando.

En la reunión celebrada a las once de la mañana, los oficiales querían saber cuáles eran los planes de evacuación. Todos sabían que el hecho de estar situado al sur de Berlín convertiría Zossen en un lugar vulnerable en extremo una vez que el primer frente ucraniano lograra atravesar el Neisse. No faltaron los comentarios cáusticos acerca de la predicción que había hecho Hitler de que el ataque sobre Berlín era una maniobra falsa que pretendía desviar la atención del verdadero objetivo del Ejército Rojo: Praga. Heinrici se había horrorizado al saber que Hitler había llegado a transferir tres divisiones acorazadas al mando del recién ascendido mariscal de campo Schörner.

El general Busse, comandante del 9º ejército, las necesitaba de un modo desesperado en calidad de fuerzas de reserva destinadas a los contraataques. Sus tres cuerpos (el 10º cuerpo de ejército, a la izquierda; el 5º cuerpo de Panzer del general Helmuth Weidling, en el centro, y el 11º cuerpo blindado de las SS, a la derecha) sufrían una notable escasez de carros blindados. Parecían destinados a llevar a cabo una defensa estática hasta quedar destrozados. El 5º cuerpo de montaña de las SS, destacado al sur de Frankfurt del Oder, se enfrentó al 6º ejército a pesar de encontrarse entre las dos fuerzas soviéticas principales y logró contenerlo.

En el Oderbruch y las cumbres de Seelow, la batalla continuaba de un modo caótico. Dada la falta de visibilidad, los soldados habían de matar al enemigo a corta distancia. Un miembro del regimiento de guardias de la Grossdeutschland escribió más tarde que aquella zona pantanosa era más “un matadero que un campo de batalla”[20].

“Nos movíamos por un terreno lleno de cráteres a causa de los proyectiles —escribió aquella noche el oficial soviético de zapadores Pyotr Sebelev en una carta a su familia—. Por todos lados había cañones y vehículos alemanes aplastados, tanques envueltos en llamas y un buen número de cuerpos sin vida que nuestros hombres arrastraban hasta un lugar acordado a fin de enterrarlos. El tiempo está nublado. Está lloviznando, y nuestra aviación de vuelo raso recorre de cuando en cuando la primera línea de frente del enemigo. Muchos de los alemanes se han rendido: no quieren luchar ni dar su vida por Hitler”[21].

Otros oficiales del Ejército Rojo se mostraban más exultantes. El capitán Klochkov, del tercer ejército de choque, describía el suelo “cubierto de cadáveres de los guerreros de Hitler, esos que tanto alardeaban”. Luego añadía: “Ante el asombro de nuestros soldados, algunos cuerpos se ponían en pie tambaleantes desde el fondo de las trincheras y levantaban las manos”[22]. De cualquier manera, su relato parecía no tener en cuenta sus propias bajas. El primer frente bielorruso perdió a un número de soldados que casi triplicaba el de los defensores alemanes.

Las investigaciones posteriores acerca de aquel día de lucha señalan numerosos errores que se produjeron del lado soviético. El 5º ejército de choque, por ejemplo, sufrió al parecer un claro caso de “mala organización”. La disciplina era escasa en lo referente a la radio, y las comunicaciones eran tan defectuosas que “los comandantes no sabían lo que sucedía y transmitían información falsa”. Para colmo de males, el tráfico excesivo de mensajes codificados hizo que los cuarteles generales no pudiesen dar abasto a descifrar todos los que se recibían. Por lo tanto, sufrieron demora muchos de los que tenían carácter urgente. Los comandantes, por otro lado, afirmaban

haber tomado objetivos a los que ni siquiera habían llegado, y resulta difícil determinar si esto era fruto de la confusión o de la terrible presión que ejercían los altos mandos, siempre ávidos de resultados. Zhukov gritaba órdenes a través del teléfono de campaña al comandante de uno de los ejércitos, y éste, guiado del espíritu fanfarrón tan extendido en el ejército soviético, vociferaría aún más al hablar por teléfono con el comandante de alguno de los cuerpos o divisiones a su cargo. El general al mando del 2º cuerpo de guardias fusileros se hizo muy popular al informar al general Berzarin de que sus soldados habían tomado cierta aldea y avanzado dos kilómetros más allá de ésta “cuando no era cierto”.

En la 248ª división de fusileros, un comandante perdió a su regimiento; en otra, se envió a un batallón en la dirección errónea, por lo que sus componentes llegaron tarde al ataque. Una vez iniciada la ofensiva, los regimientos perdieron contacto mutuo debido a la niebla y el humo. Tampoco lograban ver los emplazamientos de los cañones alemanes, que “seguían operando mientras avanzaba la infantería, lo que dio pie a un buen número de bajas”. También se ha achacado parte de la culpa a la mentalidad de los comandantes, que no pensaban sino en avanzar, en lugar de concentrarse en el mejor modo de destruir al enemigo. Este problema se atribuyó a la falta de miembros del Partido motivados más que a la incansable presión que recibían del mando supremo.

Muchos cayeron también a causa del fuego de su propia artillería de apoyo, lo cual no era la primera vez que sucedía. En cierta ocasión se achacó al hecho de que “con frecuencia los comandantes son incapaces de manejarse con los diversos aparatos técnicos”, lo que tal vez incluía la brújula de reflexión o el equipo de radio. Durante el primer día, el 16 de abril, la 266ª división de fusileros sufrió graves pérdidas a manos de su propia artillería cuando alcanzaba el límite de la vegetación arbórea. Al día siguiente, tanto la 248ª como la 301ª corrieron la misma suerte. Sea como fuere, el 5º ejército de choque aseguró haber tomado treinta y tres mil prisioneros, pero no dijo nada de sus propias víctimas.

El 8º ejército de guardias, mientras tanto, sufría “serios inconvenientes”, lo que no era sino el eufemismo que solía emplearse para referirse a la incompetencia capaz de desembocar en la catástrofe. Sin embargo, la culpa era de Zhukov y no de Chuikov. “El fuego de apertura tuvo el efecto deseado en la primera línea del frente enemigo, y permitió a la infantería atravesarla; con todo, nuestra artillería no fue capaz de destruir las posiciones desde las que disparaba el enemigo, en especial las de las cumbres de Seelow; ni siquiera lo consiguió la aviación”. Tampoco faltaron los casos en que los aviones soviéticos bombardeaban a sus propias tropas. Esto se debió en parte a que los batallones de fusileros que iban en cabeza no “sabían cuáles eran las bengalas correctas que debían emplear para señalar el lugar en que se hallaba nuestra línea de frente”. Si tenemos en cuenta que la señal convenida consistía en una bengala blanca y otra amarilla, y que se habían suministrado muy pocas de estas últimas, tales errores no resultan sorprendentes 23.

El informe también menciona que la artillería no logró avanzar para respaldar la línea de vanguardia de la infantería, pero esto se debió a que quienes planificaron el ataque no previeron que el bombardeo masivo convertiría el suelo anegado en un lugar apenas practicable. Los servicios médicos se hallaban abrumados a todas luces, y “en algunos regimientos, la evacuación de los heridos del campo de batalla adolecía de una organización pésima” 24. El artillero de una ametralladora hubo de pasar veinticuatro horas tumbado antes de que fueran a ayudarlo. Los heridos de la 27ª división de guardias fusileros quedaban “sin ayuda médica alguna durante cuatro o cinco horas”, y el puesto de primeros auxilios contaba tan sólo con cuatro mesas de operaciones.

Al sur de Frankfurt del Oder, al 33º ejército no le fue fácil avanzar frente al 5º cuerpo de montaña de las SS. También ellos parecen haber tenido problemas con la escasez de asistencia médica para sus heridos. Los oficiales hubieron de obligar a punta de pistola a los prisioneros alemanes a evacuar a los heridos soviéticos hacia la retaguardia y regresar con reservas de munición. Estos procedimientos horrorizaron al departamento político del ejército, que más tarde criticaría a sus propios agentes por no haberse encargado de llevar en persona a los prisioneros alemanes, adoctrinarlos y “enviarlos de nuevo a las filas de sus camaradas para que los desmoralizasen”. La prioridad que otorgaban a sus propios heridos las autoridades del Ejército Rojo no era demasiada, y por más trabajo que hubiera en un hospital de campaña, el SMERSH nunca se

abstenía de retirar a un médico de una operación a fin de que examinase casos de heridas que se sospechaban infligidas por el propio paciente, ya que, una vez comenzada la batalla, "se volvían más frecuentes"25[*].

Es evidente que la batalla de las cumbres de Seelow no constituyó una de las mejores hazañas del mariscal Zhukov, aunque, si bien la planificación y el mando de la operación dejaron mucho que desear, en ningún momento cabe dudar del coraje, la energía y el sacrificio de que dieron muestras los soldados y oficiales del Ejército Rojo. Este heroísmo con mayúsculas —bien diferente de la versión huera de que se sirvió la propaganda para adoctrinar en lo moral a las generaciones futuras— no logró, por desgracia, disminuir la insensibilidad de los comandantes superiores ni de la cúpula política soviética. En este sentido, resulta revelador el modo en que se referían a los soldados de forma velada durante las conversaciones telefónicas. Así, los mandos solían decir: "¿Cuántas cerillas se han quemado?" o "¿Cuántos lápices se han despuntado?", para preguntar por las estimaciones referentes a las bajas 26.

En lo que respecta al bando alemán, poco más podían hacer el general Heinrici, comandante en jefe del grupo de ejércitos del Vístula, y el general Busse dadas las circunstancias. Los supervivientes de la batalla aún los bendicen por haber salvado un número tan alto de vidas al hacer que se replegase la mayoría de las tropas desde las posiciones más adelantadas poco antes del bombardeo. Con todo, algunos jefes del ejército seguían creyendo en Adolf Hitler. A la anochecida del 16 de abril, el coronel Hans-Oscar Wöhlermann, comandante de la artillería del 5º cuerpo de Panzer, fue a ver a su superior, el general Weidling, a Waldsieversdorf, al noroeste de Müncheberg. El cuartel general del cuerpo estaba situado en la casa de recreo de una familia alemana. El primer piso estaba iluminado por la sola luz de una vela. Weidling, que no albergaba ilusión alguna acerca del modo en que estaba dirigiendo Hitler la guerra, dijo sin ambages lo que pensaba. Wöhlermann lo miraba conmovido tras su monóculo. "Sentí una gran consternación —escribió más tarde— al ver que aun un soldado tan dedicado y temerario como aquél, nuestro viejo *Hueso Duro de Roer*, como lo llamaban en el regimiento, había perdido la fe en nuestro más alto guía 27.

Su conversación se vio interrumpida de forma brusca por un bombardeo. Entonces llegaron informes acerca de la brecha que se había abierto entre ellos y el decimoprimer cuerpo blindado de las SS, situado a la derecha. También los pusieron al corriente de la que se estaba abriendo a la izquierda y que amenazaba con romper su enlace con el 10º cuerpo del general Berlin. El muro del que había hablado Goebbels contra el que se estrellarían las hordas de mongoles comenzaba a desmoronarse con gran celeridad.

Aquella noche debió de ser una de las peores de la vida de Zhukov. Las miradas de todo el ejército y, lo que es aún más importante, de todo el Kremlin se hallaban pendientes de las cumbres de Seelow, que él había sido incapaz de tomar. Sus ejércitos, por lo tanto, no podrían cumplir la misión de hacerse con "Berlín durante el sexto día de la operación"28. Uno de los regimientos de fusileros de Chuikov había alcanzado las afueras de la ciudad de Seelow, y algunos de los tanques de Katukov se hallaban casi en la cima en determinado punto; sin embargo, era evidente que Stalin no estaba satisfecho con eso.

El dirigente soviético, que había dado la impresión de estar bastante tranquilo durante la conversación que había mantenido con Zhukov aquella tarde, montó en cólera cuando éste le informó por radio, poco antes de medianoche, de que no habían ocupado las cumbres. Stalin lo responsabilizó de aquel fracaso, puesto que había modificado el plan de la *Stavka*.

—¿Estás seguro de que podrás capturar mañana la línea de Seelow? —preguntó.

---

[*] El personal médico tuvo una experiencia tan negativa, que no fueron pocos los miembros que abandonaron la medicina tras la guerra. (Senyavskaya, 1995, p. 24)

—Mañana, 17 de abril, antes de que acabe el día —contestó Zhukov haciendo lo posible por mantener la calma— habremos roto la defensa de las cumbres de Seelow. Estoy convencido de que, cuanto mayor sea el número de tropas que envíe el enemigo para defenderlas, más fácil nos resultará tomar Berlín. Es mucho más fácil destruir un ejército en campo abierto que en una ciudad fortificada.

Stalin no parecía muy convencido. Tal vez estaba pensando en los estadounidenses que podían llegar desde el suroeste más que en las fuerzas alemanas situadas al este de la capital.

—Estamos pensando —señaló— en ordenar a Konev que envíe los ejércitos blindados de Rybalko y Lelyushenko hacia Berlín desde el sur, y a Rokossovsky, que se dé más prisa en cruzar para poder atacar desde el norte.

Dicho esto, colgó con un cortante: *Do svidaniya* (“Hasta luego”) 29.

No hubo de pasar mucho para que el general Malinin, jefe de estado mayor de Zhukov, descubriese que Stalin había pedido ya a Konev que enviase a sus ejércitos blindados contra el flanco meridional de Berlín.

Los soldados rusos se mostraban despreciativos ante los ríos de la Europa occidental, tanto en 1945 como en 1814. Los consideraban insignificantes comparados con las grandiosas corrientes fluviales de la madre patria. Con todo, cada uno de los que habían tenido que cruzar poseía una significación especial, por cuanto marcaba el avance de su lucha implacable contra el invasor. “Ni siquiera cuando me hirieron en el Volga, cerca de Stalingrado —observó el teniente Maslov—, perdí el convencimiento de que regresaría al frente y acabaría por ver el maldito Spree” 30.

La anchura del Neisse entre Forst y Muskau era aproximadamente la mitad de la del Oder. No obstante, cruzar un río frente a las tropas enemigas en posición no era tarea fácil. El mariscal Konev decidió que la mejor táctica que podía seguir su primer frente ucraniano consistía en mantener al enemigo ocupado y cegarlo mientras sus unidades más importantes atravesaban el cauce.

El bombardeo de la artillería se inició a las seis de la mañana, hora de Moscú; las cuatro, hora de Berlín. Para ello se apostaron doscientos cuarenta y nueve cañones por kilómetro, lo que suponía la mayor concentración de toda la guerra, que además se vio intensificada por un poderoso ataque del 2º ejército del aire. “El zumbido de los aviones y el tronar de los cañones y las bombas que hacían explosión eran tan potentes que apenas dejaban oír a un camarada que estuviese gritando a un metro de distancia”, observó un oficial. Además, la descarga se prolongó durante mucho más tiempo que la de Zhukov, pues duró un total de ciento cuarenta y cinco minutos. “El dios de la guerra está tronando a gusto hoy”, señaló el comandante de cierta batería aprovechando una pausa 31. La dotación de los cañones hacía su trabajo impelida por el placer de la venganza e incitada por las órdenes de sus comandantes: “A la guarida de los fascistas... ¡fuego! Al poseso de Hitler... ¡fuego! Por la sangre y el sufrimiento de los nuestros... ¡fuego!”32.

A fin de contemplar la batalla, Konev había abandonado el cuartel general del frente —situado cerca de Breslau, donde aún no había cesado el sitio de la capital silesia— para dirigirse al puesto de observación del 13º ejército del general Pujov. Consistía en un refugio subterráneo y una serie de trincheras dispuestos al borde de un pinar que crecía sobre un despeñadero de cara al río. Apostados a una distancia de las posiciones enemigas que les permitía cubrirlas con armas de poco alcance, observaban por mediación de los periscopios de las trincheras a los alemanes de la margen occidental del Neisse 33. Con todo, la amplia visión de los acontecimientos que les permitía su situación llegó a su fin con la segunda fase del bombardeo, que tuvo lugar cuando irrumpieron a gran velocidad los pilotos del 2º ejército del aire del general Krasovsky, volando raso en dirección a la orilla occidental del río y lanzando bombas de humo. De este modo, crearon una pantalla que se extendía a lo largo de trescientos noventa kilómetros e impidió que los defensores del 4º ejército de *Panzer* determinasen enseguida el lugar del que provenía el ataque principal. Konev tuvo mucha suerte, pues la pantalla se extendió gracias a un golpe de viento en lugar de dispersarse con demasiada rapidez.

Las unidades de vanguardia avanzaron con gran celeridad, provistas de sus botes de asalto, y se introdujeron en el río remando con todas sus fuerzas. “Los botes de asalto se lanzaron —informó el primer frente ucraniano— antes de que callaran los cañones. Los activistas del Partido Comunista y los miembros del Komsomol hicieron lo posible por situarse a la cabeza de las embarcaciones, desde donde gritaban a sus camaradas consignas alentadoras como: “¡Por la madre patria! ¡Por Stalin!”“[34]. Cuando se llevaron a cabo los primeros desembarcos en la ribera occidental, se dispusieron banderitas rojas con objeto de animar al siguiente escalón. Algunos batallones comenzaron a cruzar a nado, algo que los veteranos ya habían hecho en varias ocasiones durante el avance a través de Ucrania. Otros pudieron hacer uso de los vados que habían señalado las unidades de reconocimiento, de tal manera que cruzaron con las armas sujetas por encima de sus cabezas. Los zapadores responsables de preparar los primeros transbordadores y pontones saltaron al agua y comenzaron a abrirse paso en dirección a la margen opuesta. Algunos de los cañones antitanque de 85 milímetros no tardaron en seguir a los primeros batallones de fusileros, tras lo que se establecieron las primeras cabezas de puente.

El bombardeo masivo dejó a pocos alemanes en las posiciones más adelantadas capaces de ofrecer una resistencia eficaz. Muchos fueron víctimas de una seria neurosis de guerra. “No teníamos lugar alguno en que escondernos —refirió a sus captores el *Obergefreiter* (“cabo”) Karl Pafflik—. El aire estaba infestado de silbidos y explosiones. Sufrimos pérdidas inimaginables. Los supervivientes corrían de un lado a otro por entre las trincheras y los búnkeres como posesos en un intento de salvarse. El terror nos había dejado mudos”[35]. Muchos aprovecharon el humo y el caos para rendirse. Al menos veinticinco hombres del 500º regimiento Straf, que tenían mejores razones que nadie para desertar, se entregaron en grupo. Los soldados alemanes levantaban las manos, uno a uno o en tandas, para gritar en ruso macarrónico: “Ivan, no dispara: somos prisión”[36]. Cierto desertor del 500º regimiento Straf comunicó a sus interrogadores el comentario que se había hecho célebre en Berlín: “La única promesa que ha mantenido Hitler es la que hizo antes de subir al poder: Dadme diez años y no reconoceréis Alemania”. Otros *Landser* se quejaban de que sus oficiales les habían mentido cuando les prometieron cohetes V-3 y V-4 .

Una vez que se tendieron los cables sobre el río, los transbordadores hicieron cruzar los primeros tanques T-34 para que respaldasen a la infantería. Las formaciones de ingenieros del primer frente ucraniano tenían planeados al menos ciento treinta y tres puntos de cruce en los principales sectores del ataque. Les habían responsabilizado de toda la operación llevada a cabo para atravesar el Neisse. Los que se hallaban adscritos a los ejércitos blindados de guardias 3º y 4º habían recibido órdenes de tener el equipo listo para el siguiente río, el Spree. Poco después del mediodía, cuando ya estaba colocado el primero de los puentes de sesenta toneladas que debían disponerse en el área del 5º ejército de guardias, comenzaron a cruzar los elementos de vanguardia del 4º ejército blindado de guardias de Lelyushenko. Durante esa tarde cruzó el grueso de las fuerzas que quedaban en la margen oriental para continuar el avance. Las brigadas de carros de combate, que tenían orden de proseguir la marcha a la mayor velocidad que les fuera posible, se hallaban listas para combatir el contraataque del 4º ejército de *Panzer*, encabezado por la 21ª división de Panzer. En la parte meridional del sector también habían cruzado con éxito el 2º ejército polaco y el 52º soviético y se hallaban de camino a Dresde, tal como se les había ordenado.

Konev tenía razones de peso para sentirse satisfecho con el primer día de la ofensiva. Las unidades de vanguardia se encontraban a medio camino del río Spree. El único defecto que le achacaron con posterioridad fue que la evacuación de los heridos había sido “lenta hasta extremos insoportables”[37]. Con todo, y al igual que la mayor parte de los demás comandantes, no se mostró alterado en exceso. A medianoche, informó a Stalin mediante conversación radiotelefónica que el avance del primer frente ucraniano se estaba desarrollando según lo esperado. “Zhukov está teniendo problemas —observó Stalin, que acababa de hablar con el mariscal—. Haz que Rybalko [3º ejército blindado de guardias] y Lelyushenko [4º ejército blindado de guardias] se dirijan a Zehlendorf [el distrito berlinés situado en el extremo suroeste de la ciudad]. Ya sabes: tal como acordamos en la *Stavka*”[38]. Konev recordaba demasiado bien el encuentro; en especial, no olvidaba el momento en que el dirigente soviético suprimió la frontera que lo separaba de Zhukov en

Lübben, de manera que dejó abierta la posibilidad de que el primer frente ucraniano atacase Berlín desde el sur.

El que Stalin eligiese Zehlendorf en cuanto punto de referencia resulta muy interesante. No hay duda de que pretendía espolear a Konev para que se pusiera en marcha cuanto antes hacia el área suroeste de Berlín, dado que ésta era la zona más cercana a la cabeza de puente que habían establecido los estadounidenses en Zerbst. Quizá tampoco fuese una coincidencia el que el distrito situado inmediatamente detrás de Zehlendorf fuera el de Dahlem, donde se erigían las instalaciones de investigación nuclear del Instituto Kaiser Wilhelm.

Tres horas antes, durante la reunión celebrada en la *Stavka* a las nueve de la noche, el general Antonov, sin duda a instancias de Stalin, había vuelto a engañar a los estadounidenses cuando éstos mencionaron los informes alemanes acerca de una ofensiva general contra Berlín. “[Antonov] dijo —afirmaba el comunicado que llegó al Departamento de Estado de Washington— que, en realidad, los rusos están efectuando un reconocimiento a gran escala del sector central del frente a fin de descubrir detalles acerca de las defensas alemanas”39.

16
Seelow y el Spree

Tras las dos conversaciones telefónicas que mantuvieron con Stalin la medianoche del 16 de abril, Zhukov y Konev intensificaron su competición. Este no dudó en recoger el guante, incitado por Stalin. Aquél, pese al desconcierto que le había provocado el revés de las cumbres de Seelow, estaba persuadido de que Berlín le pertenecía por derecho.

El cielo nublado y la llovizna dejaron paso el martes, 17 de abril, a un tiempo más agradable, que permitió a los bombarderos Shturmovik atacar con mayor precisión las posiciones alemanas que quedaban sobre las cumbres de Seelow. Los pueblos, las pequeñas aldeas y las granjas individuales diseminados desde el Oderbruch hasta la escarpadura seguían envueltos en llamas. La artillería y la aviación soviéticas cerraban contra cualquier edificio por si acaso alojaba un puesto de mando, lo que traía consigo un olor fortísimo a carne chamuscada —humana, sobre todo en las aldeas, y de ganado en las granjas—. El bombardeo de los caseríos y los posibles depósitos y cuarteles generales se tradujo en una terrible matanza de animales incapaces de escapar para evitar ser quemados vivos.

Tras las confusas líneas alemanas, los hospitales de campaña se hallaban a rebosar de heridos, de manera que los médicos no daban abasto para atenderlos a todos. Una herida en el estómago podía resultar tan agradable como una sentencia de muerte a suertes, ya que requería una intervención quirúrgica demasiado larga. A los que más urgía el tratamiento era a aquellos que estaban en condiciones de seguir luchando. De hecho, se destinó a una serie de oficiales para que recorriesen las instalaciones sanitarias a fin de reincorporar a los heridos capaces de disparar una arma.

La Feldgendarmerie improvisaba controles policiales con objeto de capturar a los rezagados, tanto a los sanos como a los que tuvieran lesiones leves, pues se les podía obligar a regresar al combate en compañías improvisadas. En cuanto se lograba reunir un grupo más o menos nutrido, los enviaban a las primeras líneas. Además de “perros de traílla”, los soldados también llamaban a los miembros de la Feldgendarmerie *Heldenklauen*, o “garras épicas”, porque si bien no luchaban, hacían lo posible por agarrar a todo el que se retiraba.

Su celo brutal los llevaba a apresar a menudo a hombres que intentaban de verdad volver a incorporarse a sus batallones y que, en consecuencia, acababan formando parte de una misma unidad junto con rezagados y miembros de las Juventudes Hitlerianas que no contaban más de quince o dieciséis años y de los cuales algunos vestían aún pantalones cortos. Para los soldados aún impúberes, se habían fabricado cascos de menor tamaño, aunque no en cantidades suficientes. Sus rostros tensos y pálidos apenas podían verse bajo los cascos que les caían muy por debajo de las orejas. Un grupo de zapadores del tercer ejército de choque soviético que tenía la misión de despejar un campo de minas se vio sorprendido por una docena de alemanes surgidos de una trinchera con la intención de rendirse. De pronto, apareció un muchacho que se hallaba oculto en un búnker. “Llevaba puestas una larga gabardina y una gorra —recordaba el capitán Suljanishvili—. Hizo una ráfaga de disparos con su metralleta, pero al ver que yo no caía, dejó caer el arma y rompió a sollozar, haciendo lo posible por gritar: *Hitler kaputt, Stalin gut!* Yo me eché a reír y le di un solo golpe en la cara. Pobres niños: me daban tanta pena...”[1].

Los más peligrosos de las Juventudes Hitlerianas eran a menudo los que habían visto sus hogares y a sus familias destrozados en el este a manos del Ejército Rojo. Para ellos, la única vía posible parecía ser la de morir en la batalla después de haberse llevado consigo al mayor número posible de bolcheviques a los que tanto odio profesaban.





15. (*Página anterior*) Refugiados hambrientos recogen nueces de haya en un bosque cercano a Potsdam.
16. Eva Braun tras la boda del *Gruppenführer* («general de división») Hermann Fegelein (*centro*) y su hermana Gretl (*derecha*); Berchtesgaden, junio 1944.



17. Médicos del Ejército Rojo atendiendo a los supervivientes de Auschwitz.





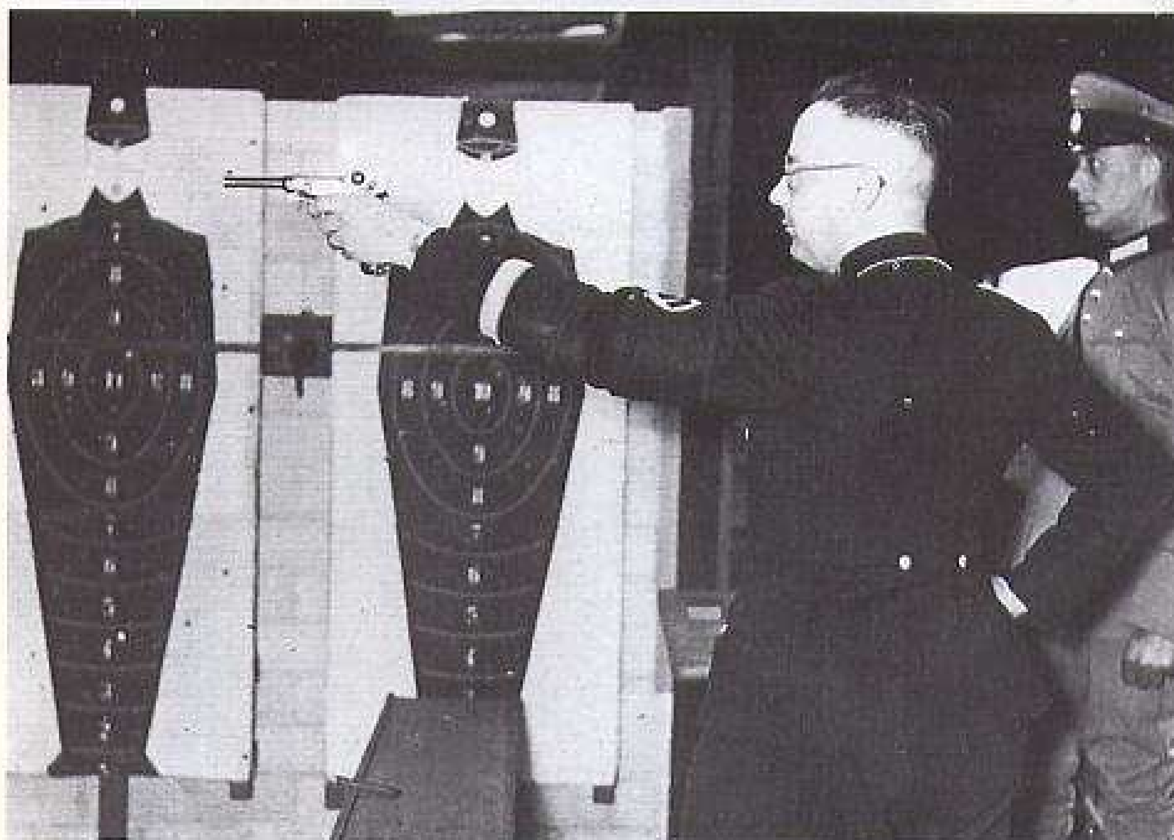
18-19. Un ingeniero alemán (*izquierda*) tras suicidarse con su familia (*derecha*) antes de la llegada del Ejército Rojo.



20. Soldado alemán ahorcado por orden del general Schörner, que tenía por lema: «La fuerza se consigue con el miedo». En el cartel puede leerse: «Todo el que lucha puede morir; todo el que traiciona a su madre patria debe morir. *¡Teníamos que morir!*».



21. Pelotón antitanque de las Juventudes Hitlerianas con lanzagranadas prendidos a las bicicletas.



22. El *Reichsführer* de las SS, Heinrich Himmler, que raras veces empuñaba un arma y que, no obstante, soñaba con ser dirigente militar.



23. El mariscal Stalin y Winston Churchill en Yalta.



24. Un T-34 del 1.er frente bielorruso del mariscal Zhukov cruzando el Óder.





25. (*Página anterior*) Zapadores soviéticos construyen un puente sobre el Óder para preparar el asalto a Berlín.
26. (*Arriba*) Soldados del Ejército Rojo recuperan un cañón antitanque en la llanura aluvial anegada del Óder.



27. Mujeres soviéticas liberadas por el Ejército Rojo de los trabajos forzados que llevaban a cabo cerca de Berlín.



28. Un cementerio improvisado entre las ruinas de Berlín.



29. Hitler acaricia a uno de sus defensores más jóvenes bajo la mirada de Artur Axmann, director de las Juventudes Hitlerianas.

La calidad combativa del ejército alemán aún no se había derrumbado por completo, según pudieron comprobar, a un precio muy elevado, Zhukov y sus hombres. El bombardeo efectuado por la artillería y la aviación el día 17 de abril, al que siguió un renovado avance por parte de los ejércitos blindados de Katukov y Bogdanov, tampoco obtuvo el éxito que el mariscal había prometido a Stalin. Los tanques antiaéreos de 88 milímetros y la infantería antitanque provista de lanzagranadas lograron inmovilizar buena parte de los carros blindados. A mediodía, en cuanto las brigadas blindadas de Katukov se trasladaron a Dolgelin y a Friedersdorf, hubieron de enfrentarse al contraataque lanzado por los tanques Panther que quedaban de la división blindada Kurmark.

El decimoprimer cuerpo de carros de combate del general Yushchuk logró, por otra parte, rodear Seelow, población por la que pasaba la Reichstrasse I, la vieja carretera prusiana que conectaba Berlín con la capital de Prusia Oriental, Königsberg, a la sazón en ruinas. Sin embargo, los tanques de Yushchuk no tardaron en encontrarse bajo fuego enemigo procedente de la artillería del vecino 5º ejército de choque. Esto desembocó en una riña "muy poco refinada" con el cuartel general de Berzarin 2. Las tropas blindadas no fueron las únicas que sufrieron. "Por lo que opina la infantería —señalaba con mucho tacto un informe acerca de la batalla—, la artillería no está disparando a objetivos concretos, sino sobre una área más general" 3.

En la confusión que dominaba la lucha alrededor de Seelow, los tanques de Yushchuk fueron objeto de reiterados ataques con bazucas disparadas a corta distancia. Sus soldados respondieron fijando a las torretas y los costados de sus carros de combate colchones de muelles que encontraron en las casas de los alrededores. Esta improvisada armadura acolchada hacía que la carga de los bazucas explotase antes de alcanzar el casco de la torreta.

Los T-34 y los tanques Stalin de ambos ejércitos blindados de guardias "planchaban" toda trinchera que encontrasen a su paso, aunque la mayoría se hallaban, para entonces, abandonadas. En la parte más septentrional del Oderbruch, el tercer ejército de choque, respaldado a su derecha por el 47º ejército, hizo retroceder a las unidades de vanguardia del 10º cuerpo, regimientos compuestos, en muchos casos, de jóvenes bisoños y aspirantes a oficial. El regimiento Potsdam, que se había vuelto a reunir cerca de Neutrebbin, se replegó por detrás de las márgenes pantanosas del Alto Oder, que en aquel punto contaban con una anchura de casi diez metros. Tan sólo quedaban en pie treinta y cuatro muchachos.

De nuevo oyeron el ruido de motor de los tanques. "A los de la infantería nos volvieron a coger de pardillos. Se suponía que debíamos detener el avance de los rusos mientras el resto de las fuerzas se replegaba hacia el oeste"4. Sólo quedaron unos pocos cañones de asalto autopropulsados para enfrentarse a los tanques soviéticos. La artillería de la división, tras agotar la poca munición de que disponía, había hecho estallar sus cañones antes de marcharse. Como cabe esperar, muchos miembros de la infantería se habían mezclado entre los que se retiraban. La disciplina empezaba a desmoronarse, aguijada por febriles rumores que aseguraban que habían empezado el alto el fuego los Aliados occidentales.

En el centro, la 9ª división de paracaidistas se hallaba destrozada por completo. Su comandante era el humillado general Bruno Bräuer, que había dirigido el asalto aéreo a Heraklion en Creta. Se trataba de un hombre elegante que usaba una larga boquilla para los cigarrillos, y había llegado a comandar la guarnición de la isla griega. Con todo, y a pesar de la descabellada presunción de que hacía gala Goering en lo referente a sus guerreros sobrehumanos, a los que se habían proporcionado los cascos sin borde propios de los paracaidistas a fin de que dieran la imagen requerida, los soldados que estaban a las órdenes de Bräuer formaban parte, en realidad, del personal de tierra de la Luftwaffe. La mayoría ni siquiera había saltado en su vida de un aeroplano, y mucho menos había entrado en acción. Cuando comenzaron el bombardeo y el asalto, los oficiales se vieron incapaces de controlar a sus hombres, presas del pánico, en especial al ser sometidos al ataque con cohetes *Katyusha*.

El coronel Menke, comandante del 27º regimiento de paracaidistas, había muerto cuando los T-34 irrumpieron en la zona cercana a su cuartel general. Sólo a media mañana del 17 de abril logró recuperarse en cierta medida la división, al llegar las fuerzas blindadas de respaldo en forma de tanques Panther, Mark Iv y de media oruga. Con todo, volvieron a derrumbarse de nuevo poco

después. Wöhlermann, comandante de artillería del 5º cuerpo, dio con Bräuer y lo encontró “destrozado por completo a causa de la huida de sus hombres”5. Este era una persona de natural neurótico, por lo que acabó sufriendo un síncope y lo relevaron del mando. Sin duda no fue un hombre afortunado: poco después de la guerra, lo juzgaron y lo condenaron en Atenas por atrocidades cometidas en Creta de las que era responsable otro general, y murió ejecutado en 1947.

Ribbentrop llegó sin avisar al cuartel general de Weidling a las seis y media de la tarde y pidió que lo pusieran al corriente de la situación. Dio la casualidad de que en ese momento hizo también su aparición Wöhlermann. “Este es mi comandante de artillería, que acaba de llegar del frente —indicó Weidling. El aludido fue obsequiado por un blando apretón de manos por parte del ministro de Asuntos Exteriores—. El podrá informarlo de la situación”. Entonces, tras indicar a su subordinado que no omitiera detalle alguno, Weidling se sentó al lado de Ribbentrop para escuchar lo que tenía que decir. El informe de Wöhlermann “tuvo un efecto devastador sobre el ministro”. Ribbentrop formuló un par de preguntas con una voz ronca, apenas audible. No pudo hacer más que referirse de forma evasiva a un posible cambio de la situación en un período de “doce horas” y aludir de un modo poco claro a una serie de negociaciones con estadounidenses y británicos 6. Tal vez fue esta afirmación la que movió al general Busse a enviar el siguiente mensaje: “Aguanten otros dos días; después, todo quedará resuelto”. Esta sugerencia de un trato con los Aliados occidentales constituyó la última mentira de la cúpula nazi.

Los rezagados procedentes de la llanura aluvial del Oder se replegaron hacia el bosque que crecía en la vertiente más pronunciada de la escarpadura de Seelow, y no fueron pocas las veces que encontraron ante ellos formaciones soviéticas blindadas y de infantería. Tampoco era extraño que los grupos de soldados nerviosos disparasen a su propio bando, lo que sucedió asimismo a la artillería y la aviación soviéticas, que siguieron bombardeando a sus hombres tanto como a los alemanes. La Luftwaffe hizo entrar en combate aquel día tantos cazas Focke-Wulf como le fue posible con la intención de contrarrestar el ataque, y a la caída de la tarde, los aviones alemanes cerraron contra los pontones que se habían tendido sobre el Oder, pero todo fue en vano 7. Cierto informe de una fuente sin identificar aseguraba que “los pilotos alemanes se lanzaban en picado contra los bombarderos rusos, lo que hacía que ambos... cayeran a tierra envueltos en llamas”8. De ser cierto, este testimonio estaría indicando una clara inversión de papeles desde que, en 1941, los pilotos soviéticos sacaban el valor de la desesperación para embestir a los atacantes de la Luftwaffe durante el primer día de la Operación Barbarroja.

Lo que resulta aún más asombroso es el empleo que, según otros informes, se hizo de un escuadrón kamikaze contra los puentes que habían instalado los soviéticos a través del Oder. Al parecer, la Luftwaffe acuñó su propio término al respecto: *Selbstopfereinsatz,* o “misión de sacrificio”. Los pilotos del escuadrón Leónidas, que tenía su base en Jüterbog y mandaba el teniente coronel Heiner Lange, firmaron, según parece, una declaración que concluía con las palabras: “Sobre todo, soy muy consciente de que la misión culminará con mi muerte”. La noche del 16 de abril tuvo lugar un baile de despedida para los pilotos de la base en el que participaron muchachas de la unidad de señales. La fiesta se cerró con una última canción. El general de división Fuchs, comandante de la base, hizo “lo posible por contener las lágrimas”.

A la mañana siguiente se lanzó contra los treinta y dos “puentes colocados por encima y por debajo del nivel del agua” que habían reparado o construido los ingenieros soviéticos la primera de las llamadas “misiones totales”. Los alemanes se sirvieron de toda una variedad de aviones (Focke-Wulf 190, Messerschmitt 109 y Junkers 88), que dependía tan sólo de lo que estuviese disponible. Uno de los pilotos de la “misión de sacrificio” que volaría al día siguiente era Ernst Beichl, encargado de pilotar un Focke-Wulf que transportaba una bomba de quinientos kilogramos. Tenía por objetivo el pontón construido cerca de Zellin. Más tarde, las unidades de reconocimiento aéreo informaron de su destrucción, aunque la cifra de diecisiete puentes destruidos en tres días que se sostuvo parece exagerada en extremo. El otro objetivo que fue alcanzado de verdad fue el viaducto de Küstrin. De cualquier manera, treinta y cinco pilotos con sus aparatos siguen siendo un precio muy elevado para logros tan limitados y temporales. Esto, sin embargo, no impidió que el general

de división Fuchs enviase sus nombres “al Führer, por su inminente quincuagésimo sexto cumpleaños”, en una felicitación especial. Este tipo de regalos eran los que él más agradecía 9.

Al final hubo de abandonarse de súbito toda la operación cuando los ejércitos blindados del mariscal Konev avanzaron de forma inesperada hacia Berlín desde el sureste, lo que supuso una amenaza para su base de Jüterbog.

La suerte siguió favoreciendo al primer frente ucraniano de Konev una vez cruzado el Neisse. El 13º ejército y el 5º de guardias habían logrado romper la segunda línea defensiva del enemigo, y aun cuando la encarnizada lucha no había cesado en ninguna de las dos orillas, el general soviético ordenó a sus primeras brigadas de carros de combate que se dirigiesen con la mayor premura posible al trayecto del río Spree situado entre Cottbus y Spremberg. El renovado bombardeo de la artillería y los aviones Shturmovik había sumido en violentas llamas grandes extensiones de pinares. Este tipo de incendios resultaba peligroso para los tanques que llevaban las reservas de combustible en depósitos sujetos a la parte trasera. Sin embargo, era de vital importancia que avanzasen con rapidez, por cuanto tenían la oportunidad de romper la barrera del Spree antes de que el 4º ejército de Panzer tuviese tiempo de reorganizar una nueva línea de defensa. Las tropas de Konev comenzaban a vislumbrar la victoria. Los miembros del 4º ejército blindado de guardias estaban convencidos de que “si los alemanes no han podido resistir en el Neisse, no serán capaces de nada”10. Los comandantes inspeccionaron las armas antes del asalto, y dieron con un joven comunista que tenía la suya oxidada. “¿Cómo piensas disparar con esto? —le gritó el oficial—. ¡Deberías estar dando ejemplo a tus compañeros, y tienes el arma sucia!”11.

Cualquier avance decidido hacia Berlín corría el riesgo de provocar una respuesta de los alemanes en forma de ataque a sus líneas de comunicaciones. Konev, por lo tanto, desvió el 5º ejército de guardias de Zhadov hacia la izquierda en dirección a Spremberg y el 3º hacia la derecha con la intención de obligar al enemigo a retroceder a Cottbus.

Aquella noche, cuando llegaron al Spree las brigadas que iban al frente del tercer ejército blindado de guardias, su comandante, el general Rybalko, orgulloso de haberlas acaudillado desde el frente, no esperó siquiera a que llegase el equipo de construcción de puentes. Seleccionó un punto que le pareció poco profundo y ordenó a uno de sus tanques que cruzase sin más el río, que en aquella parte medía unos cincuenta metros de ancho. El agua se elevó por encima de las cadenas, pero no sucedió nada. Entonces lo siguieron los demás carros de la brigada uno tras otro, vadeando el río como si fuesen una unidad de caballería. Sin embargo, a diferencia de la caballería, pudieron hacer caso omiso de las ametralladoras que les disparaban desde la otra orilla. Así cruzaron, durante la noche, los dos ejércitos blindados al completo.

Konev sabía que sus tanques darían con los lagos, pantanos, ríos y pinares difíciles de atravesar en la región de Lusacia; con todo, si avanzaban con rapidez, apenas encontrarían resistencia en las carreteras que llevaban a Berlín. El 4º ejército de *Panzer* alemán ya había empleado su reserva operacional en un intento de tomar la segunda línea, en tanto que los comandantes que permanecían en la capital debían de estar más preocupados por la amenaza que suponían los ejércitos de Zhukov.

Konev había llegado a una conclusión similar a la de este último; a saber: que sería más fácil atacar al enemigo en el campo de batalla que más tarde, en la ciudad. Con todo, no hizo mención alguna de este hecho cuando habló con Stalin aquella noche desde su puesto de mando de vanguardia, un castillo situado sobre una pequeña colina desde el que se divisaba más allá de los pinares que rodeaban el lugar.

Casi había acabado de informar a Stalin cuando éste le interrumpió de súbito.

—Zhukov sigue teniendo problemas. Aún está intentando atravesar las defensas enemigas. —Siguió una pausa prolongada que Konev no estimó conveniente romper—. ¿Sería posible —prosiguió el dirigente soviético— trasladar las tropas móviles para que atacasen Berlín a través del hueco formado en el sector de tu frente?

Tal vez no se tratara de una propuesta seria, sino de una maniobra que tenía por objeto obligar a Konev a exponer su propio plan.

—Camarada Stalin —respondió—, eso llevará demasiado tiempo y hará mayor la confusión... La situación de nuestro frente se desarrolla de un modo favorable, tenemos fuerzas suficientes y podemos dirigir ambos ejércitos blindados hacia Berlín. —Entonces dijo que pensaba avanzar a través de Zossen, donde, según sabían ambos, se hallaba el cuartel general del OKH.

—Muy bien —concluyó Stalin—. Estoy de acuerdo: Dirige tus ejércitos hacia Berlín.

En el distrito gubernamental berlinés, nadie sabía qué hacer en el transcurso del 17 de abril, aparte de redactar declaraciones enardecedoras combinadas con más amenazas de ejecución. “Ninguna ciudad alemana podrá ser declarada ciudad abierta —rezaba la orden que había enviado Himmler a todos sus comandantes militares—. Defenderemos con todos los medios de que dispongamos cada aldea y cada ciudad, por pequeña que sea. Todo alemán que incumpla este evidente deber para con la nación perderá tanto su vida como su honor”12. Pasó por alto el hecho de que la artillería alemana se hallase casi sin munición, los tanques estuvieran siendo abandonados por la falta de combustible y los propios soldados carecieran de alimento.

La burocracia nazi, aun en los niveles más bajos, no cambió un ápice ante el peligro de aniquilamiento. La pequeña ciudad de Woltersdorf, situada al sur de la Reichstrasse I, que desembocaba en Berlín, hubo de afrontar una terrible invasión de refugiados ese mismo día. Con todo, las autoridades locales seguían sin dejar salir de las poblaciones sino a los “desempleados y a los que no sean aptos para servir en la Volkssturm”, y aun así, tan sólo si poseían “confirmación escrita de la localidad de acogida” acerca de la disponibilidad de un lugar donde refugiarse 13. Asimismo, cada uno de los interesados debía obtener el permiso del *Kreisabschnittsleiter*, el jefe de distrito nazi. El espíritu local de resistencia, sin embargo, distaba mucho de ser fanático. El pelotón de emergencia de la Volkssturm, verbigracia, pidió permiso para que lo eximieran de su deber.

Las fuerzas de Konev se hallaban a la sazón a menos de ochenta kilómetros al suroeste de los centros de mando del OKH y el OKW, que tenían su base en Zossen. De cualquier manera, ni el 4º ejército de *Panzer* ni el grupo de ejércitos del centro del mariscal de campo Schörner habían informado de que los ejércitos 3º y 4º blindados de guardias estuviesen cruzando el Spree en masa ni de que no hubiera más reservas disponibles para detenerlos. Los oficiales de estado mayor de Zossen tenían puesta la mirada en la batalla por las cumbres de Seelow.

El general Heinrici ya había enviado a la mayor parte de la reserva de su grupo de ejércitos (el tercer cuerpo blindado de las SS, Germanische) a respaldar al 9º ejército de Busse, que se hallaba acosado por el enemigo. La 11ª división de las SS, la Nordland, recibió órdenes a mediodía del 17 de abril para trasladarse al sur de Seelow. La Nordland consistía sobre todo en soldados daneses y noruegos, aunque también contaba con suecos, finlandeses y estonios. Algunos han sugerido que había incluso un puñado de británicos en sus filas, aunque parece más que improbable. Estaba comandada por el *Brigadeführer* Joachim Ziegler, y la conformaban unos cincuenta vehículos blindados, adscritos sobre todo al batallón de reconocimiento y al de *Panzer* Hermann von Salza. El resto de los hombres se hallaba sobre todo con los regimientos Danmark y Norge de Panzergrenadier, así como con un batallón de zapadores. La Nordland, evacuada del cerco de Curlandia para ser destinada a la encarnizada batalla por el estuario del Oder, al este de Stettin, había sufrido algo menos de quince mil bajas desde principios de aquel año, de las cuales cuatro mil quinientas consistían en muertos o desaparecidos 14.

Heinrici envió a otra formación extranjera de las Waffen SS, la división Nederland, aún más al sur. Su destino era el sureste de Frankfurt del Oder y Müllrose, adonde llegaría bajo el mando del 5º cuerpo de montaña de las SS. Las relaciones entre las SS y la Werhmacht se hallaban encendidas. A Himmler lo había hecho montar en cólera el que Heinrici hubiese de despojar de sus divisiones más potentes al cuerpo de Steiner. Y la propia Nordland, tan reticente a servir a las órdenes de un mando del ejército, tampoco hizo gran cosa por unirse con prontitud a su nueva formación.

El miércoles, 18 de abril, el cielo amaneció teñido de rojo por el este. Los que seguían luchando por conservar las cumbres de Seelow no auguraban nada bueno. De hecho, no hubo de pasar mucho para que oyeran el ruido profundo y áspero de los motores de los tanques y el que producían las orugas al moverse. Poco después comenzaron los ataques aéreos. Los aviones Shturmovik volvieron a bombardear en picado a la columna de la Nordland mientras se hallaba aún a cierta distancia del frente, lo que hizo que los Panzergrenadier de las SS que iban en camiones abiertos sufriesen una lluvia de tierra. Ziegler se había adelantado para informar a Weidling en su cuartel general de que sus vehículos se habían quedado sin combustible y de que era ése el motivo por el que estaba tardando tanto la división en llegar hasta donde él los esperaba. A Weidling se lo llevaban los demonios.

Zhukov disfrutaba también de un humor peligroso aquella mañana. Sabía ya que los ejércitos blindados de Konev habían recibido permiso para dirigirse al norte en dirección a Berlín. Durante la conversación que habían mantenido por la noche, Stalin también había mencionado la posibilidad de desviar el 2º frente bielorruso de Rokossovsky para que se dirigiese a la capital del Reich una vez que hubiese cruzado el Oder en dirección norte. El Verjovny lo había provocado aún más al ofrecer a la *Stavka* consejos sobre cómo debería dirigir su ejército. Las órdenes que dio Zhukov a los comandantes de sus ejércitos aquella mañana eran inflexibles: habían de hacer un reconocimiento en persona de su frente e informar de la situación exacta. La artillería debía avanzar con el fin de tomar los puntos de resistencia alemanes en campo abierto; había que acelerar la acción y no cesar ni de día ni de noche. De nuevo fueron los soldados los que hubieron de pagar con sus vidas los errores cometidos por un comandante orgulloso sometido a la presión de su superior.

Tras otra potente descarga de la artillería y más incursiones aéreas, los derrengados ejércitos de Zhukov volvieron a atacar a primera hora de aquella mañana. El 47º ejército, situado a la derecha, atacó Wriezen. El tercer ejército de choque se adelantó hasta la carretera que conectaba esta última población con Seelow, aunque se encontró con una resistencia decidida en los alrededores de Kunersdorf. El 5º ejército de choque y el 2º ejército de guardias blindado lograron avanzar por la carretera situada al norte de Neuhardenberg, aunque también hubieron de detenerse. El 8º ejército de guardias blindado de Chuikov y el 1º de Katukov, entre tanto, siguieron castigando la ciudad de Seelow y el sector de Friedersdorf—Dolgelin. Chuikov montó en cólera por el avance casi nulo que había efectuado el vecino 6º ejército, situado a su izquierda, lo que dejó su flanco expuesto de un modo harto peligroso. Con todo, y por fortuna para él, todas las fuerzas de Busse se hallaban ya trabadas en combate.

En realidad, ninguno de los flancos extremos de Zhukov había tenido demasiado éxito. Al sur de Frankfurt, el 33º ejército seguía oprimiendo las defensas de la división 30. Januar en el 5º cuerpo de montaña de las SS, mientras que en el extremo norte del Oderbruch, el 6º ejército soviético y el 1º polaco no habían sido capaces de avanzar hasta después de la toma de Wriezen.

El avance decisivo llegó de súbito poco más abajo de Seelow, en la Reichstrasse I. A las diez menos veinte de la mañana del 19 de abril, el coronel Eismann recibió en el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula el mensaje de que “los grupos armados de vanguardia del enemigo habían logrado penetrar en Diedersdorf”, y se dirigían a Müncheberg por la Reichstrasse I. La infantería había comenzado a huir. Veinte minutos más tarde, ante la insistencia de Heinrici, Eismann telefoneó al coronel De Maizière, que se hallaba en el OKH, para informarse de lo que había sucedido a la 7ª división de *Panzer*, a la que necesitaba para tapar el hueco que se abría entre el flanco izquierdo del 9º ejército y el derecho del tercer ejército de Panzer.

A mediodía, Busse se puso en contacto telefónico con Heinrici. “Ha llegado el momento crítico”, le hizo saber 15. Las dos embestidas principales llegaban del suroeste de Wriezen y a través de la Reichstrasse I. Busse tenía bien claro que su ejército se estaba desmoronando. Los ejércitos de choque 3º y 5º estaban abriendo una brecha en el frente establecido entre Wriezen y Seelow. Media docena de kilómetros al oeste de esta última población, cerca de la aldea de Alt Rosenthal, los alemanes lanzaron un contraataque con fuerzas blindadas y de infantería. El comandante Andreev, de la 248ª división de fusileros, perteneciente al 5º ejército de choque, dejó a dos de sus compañías

encargadas de contener el envite, mientras atacaba con otra a los alemanes desde la retaguardia tras un rodeo. “Su batallón liquidó a ciento cincuenta y tres hombres, entre soldados y oficiales, y a dos tanques”.

Esta fue una batalla implacable. En Hermersdorf, al suroeste de Neuhardenberg, la infantería soviética pasó al lado de un T-34 que seguía ardiendo después de que lo hubiese alcanzado un *Panzer*faust. Un soldado alemán apostado en una trinchera individual les gritó pidiendo ayuda: una granada caída en su agujero le había volado los pies, y le faltaban las fuerzas para salir de él. Sin embargo, los hombres del Ejército Rojo lo dejaron allí, a despecho de sus gritos, en venganza por la muerte de la dotación del tanque [16].

A las cuatro y veinte de la tarde, Goering, furioso ante el colapso de la 9ª división de paracaidistas, telefoneó al cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula para ordenar que el general Bräuer fuese destituido inmediatamente del mando. A las siete menos cuarto el general Busse llamó por teléfono al general Heinrici. La partición de su ejército era inevitable. “Qué sector —preguntó— es más importante desde el punto de vista del mando: ¿el norte o el sur¿”.

A las ocho menos diez de la tarde, el oficial de enlace de la Luftwaffe informó al estado mayor de operaciones del grupo de ejércitos del Vístula de que sus aviones habían destruido cincuenta y tres aparatos enemigos y cuarenta y tres carros de combate, así como diecinueve de los que no tenía confirmación. Alguien de la plana mayor añadió dos signos de admiración con lápiz en el diario de guerra como muestra de escepticismo ante tal afirmación. La lucha era violenta, pero las cifras que proporcionaban los alemanes de las pérdidas causadas al Ejército Rojo eran, sin duda alguna, muy exageradas. El diario nazi *Der Angriff* afirmaba que en ese único día se habían destruido “426 tanques soviéticos”[17]. De cualquier manera, sí es cierto que los rusos sufrieron muchas más bajas que los alemanes. La desesperación de Zhukov por capturar las cumbres de Seelow le habían hecho perder a más de treinta mil hombres, mientras que en el bando alemán las muertes no superaron las doce mil.

Los prisioneros alemanes que se dirigían a la retaguardia quedaban intimidados al ver avanzar las interminables columnas de tanques, cañones autopropulsados y demás vehículos dotados de orugas. “Y éste es el ejército —pensaron algunos— que, según decían, estaba dando los últimos resuellos en 1941” [18]. Los soldados soviéticos de infantería que marchaban por el otro lado de la carretera los saludaban gritando: *Gitler kapuuutt!,* al tiempo que se pasaban un dedo por la garganta en un gesto muy elocuente.

Uno de los prisioneros alemanes mostró su convencimiento de que algunos de los muertos que encontraban en su camino eran “soldados soviéticos aplastados por sus propios tanques”. Asimismo, vio a una serie de rusos probando en la pared de una casa medio derruida los bazucas que habían capturado. Otros despojaban de sus abrigos a los muertos de su propio ejército, y en cierta aldea vieron a un par de soldados disparando a un nido de cigüeña. Las prácticas de tiro parecían indispensables aun después de la batalla. Algunos de los prisioneros a los que habían llevado al magnífico castillo de Neuhardenberg se sintieron alarmados cuando, tras ver una “soberbia lámpara de araña”, los miembros de su escolta levantaron sus metralletas y le lanzaron varias ráfagas. Cierto jefe de su ejército les reprendió, “pero su admonición no pareció tener mucho efecto”.

“En la ciudad de Gusow —refirió un destacamento del 5º ejército de choque— liberamos a dieciséis mujeres soviéticas. El soldado Tsynbaluk reconoció a una muchacha que era paisana suya y se llamaba Tatyana Shesteryakova. Esta informó a los hombres de lo mucho que habían sufrido durante su esclavitud. También mencionaron que antes de huir, su antigua dueña, frau Fischke, les dijo: “Para nosotros, los rusos son peor que la muerte”“[19]. Los departamentos políticos sostenían que los soldados del Ejército Rojo se sentían airados al ver las consignas de “propaganda fascista” pintadas en las paredes que advertían de la necesidad de defender a las mujeres alemanas frente a los bolcheviques.

Al sur de Berlín, Konev tuvo un momento de inquietud el 18 de abril. Alarmado por la brecha abierta en el Spree, el mariscal de campo Schörner, comandante en jefe del grupo de ejércitos del centro, lanzó un contraataque cerca de Görlitz contra el flanco del 52º ejército, que se dirigía hacia Dresde. Sin embargo, el fracaso de Schörner a la hora de concentrar sus fuerzas (la urgencia de la situación lo llevó a hacer que atacasen de forma gradual) hizo que al 52º ejército no le costase demasiado rechazarlas. En un primer momento, el 2º ejército polaco no hubo de detener su avance. Sin embargo, los constantes ataques de los días siguientes les frenaron de un modo considerable.

Konev siguió empujando al 13º ejército a través del Spree tras sus dos ejércitos blindados. Durante todo este tiempo, el 3º de guardias de Gordov mantuvo su presión sobre los alemanes alrededor de Cottbus, y el 5º de guardias de Zhadov siguió atacando Spremberg, con lo que afianzaba la brecha. Konev dio también órdenes a su estado mayor de reunir todos los camiones que les fuera posible. Las formaciones de vanguardia del 28º ejército se encontraban ya, a modo de refuerzo, atravesando el Neisse, y su intención era hacerlas avanzar con más celeridad para que respaldasen a las fuerzas blindadas que marchaban hacia Berlín. Antes de que acabase el día, el tercer ejército blindado de guardias de Rybalko se hallaba ya a treinta y cinco kilómetros del Spree, mientras que Lelyushenko, que había encontrado menos resistencia en su camino, había dejado el río a cuarenta y cinco kilómetros.

Por la tarde, el general Reymann, comandante del Area Defensiva de Berlín, había recibido órdenes de sacar de la ciudad a todas las unidades de la Volkssturm para que se reuniesen con el 9º ejército y reforzaran la línea defensiva. Reymann quedó horrorizado por la idea de que fuesen a dejar sin protección a la ciudad. Cuando Goebbels confirmó la orden en calidad de comisario del Reich para la defensa de Berlín, el general le advirtió de que “defender la capital del Reich resulta una labor impensable en estos momentos”[20]. Reymann no se había dado cuenta de que era eso mismo lo que querían Speer y Heinrici a fin de salvar Berlín. Después de todo, al oeste se enviaron menos de diez batallones y algunos cañones antiaéreos, que salieron de la ciudad a primera hora de la mañana siguiente. Con la noticia de esta orden se extendió, a decir de Speer, la asunción de que “Berlín se convertiría de verdad en una ciudad abierta”[21].

El general Weidling descubrió exasperado que había de recibir a otro engreído visitante de Berlín. Esta vez se trataba de Artur Axmann, el director de las Juventudes Hitlerianas. Aquél trató de persuadirle del carácter inútil de enviar a la batalla muchachos de quince y dieciséis años armados con lanzagranadas. Con esta iniciativa no lograrían sino “sacrificar niños en pos de una causa condenada al fracaso”. Axmann, empero, sólo estuvo dispuesto a admitir que “sus jóvenes no habían recibido la suficiente instrucción”[22]. A pesar de que garantizó a Weidling que no los emplearía, no hizo nada en absoluto por retirarlos del combate. Una muestra aún más escalofriante de la desesperación de los nazis durante ese día fue la decapitación de treinta presos políticos confinados en el centro de Plötzensee.

En el flanco septentrional del 9º ejército, el 101º cuerpo se había retirado, el 18 de abril, en menor grado que sus vecinos. Con todo, eso quería decir que muchos de sus regimientos no tardaron en encontrarse con que las tropas soviéticas se encontraban ya a la altura de su retaguardia. Cierto destacamento, formado por los restos de un regimiento de aspirantes a oficial, envió a un par de sus miembros al cuartel general aquella noche para saber qué había pasado con sus raciones. Ambos regresaron sin resuello y presas de la conmoción. “Los rusos se están comiendo nuestra cena en estos momentos”, dijeron [23]. Ninguno de ellos tenía la menor idea de por qué punto había logrado penetrar el enemigo ni dónde se encontraba entonces la primera línea de frente. Tomaron sus pertrechos y retrocedieron por entre la oscuridad. Pasaron al lado de un pueblo en llamas. Las nubes reflejaban el intenso resplandor rojo del fuego.

Aquella noche, un ataque masivo con cohetes *Katyusha* destruyó e hizo arder la aldea de Wulkow, detrás de Neuhardenberg. Casi todas sus casas se hallaban repletas de soldados alemanes que habían caído dormidos del agotamiento. Quemados y presas del pánico, los supervivientes presentaban un estado terrible. El batallón de reconocimiento Nordland también sufrió un ataque similar. Perdió más hombres en pocos momentos que en la encarnizada lucha alrededor de Stettin que habían mantenido semanas atrás.

El 19 de abril, el 9º ejército comenzó a disgregarse en tres direcciones, tal como había temido el general Busse. La toma de Wriezen por parte del Ejército Rojo y el avance del 3º de choque hacia el oeste, en dirección a la meseta que se extendía por detrás de Neuhardenberg, obligaron al 101º cuerpo a retroceder hacia Eberswalde y los campos situados al norte de Berlín. El 5º cuerpo de Panzer de Weidling comenzó a replegarse en el centro en dirección oeste hacia la capital del Reich. A la derecha, el decimoprimer cuerpo blindado de las SS hizo otro tanto en dirección sursuroeste, hacia Fürstenwalde. A la división Kurmark no le quedaba más de una docena de tanques Panther.

Aquel día, el primer ejército blindado de guardias y el 8º de guardias avanzaron desde Seelow hacia la importantísima ciudad de Müncheberg a través de la Reichstrasse I. Los restos de la 9ª división de paracaidistas, que se había reunido el día anterior, volvieron a huir aterrorizados con gritos de: *Der Iwan kommt!* [24]. El batallón de reconocimiento de la división Nordland de las SS, que había llegado por fin al frente, reunió a algunos de los paracaidistas, les proporcionó munición y los llevó de nuevo a la batalla para llevar a cabo un contraataque que no careció de éxito en un principio.

La retirada por la Reichstrasse I no tardó en convertirse, a lo largo de un tramo considerable por ambos lados, en un cúmulo de desorden y miseria. “¿Sois los últimos?”, era la pregunta de rigor, que al parecer recibía siempre la misma respuesta: “Los rusos nos vienen pisando los talones”. Los soldados de todas las armas y servicios se hallaban mezclados, ya pertenecieran a la Wehrmacht o a las SS. Los más agotados se dejaban caer bajo un árbol con las piernas extendidas. La población local, al saber del derrumbamiento del frente, inundó las carreteras en busca de refugio en la capital. Los soldados adelantaban de cuando en cuando a algunos refugiados obligados a detenerse a causa de la rotura de un eje o una rueda de su carro, una eventualidad que entorpecía en ocasiones el tráfico militar. Los oficiales, de pie en los Kübelwagen, gritaban a los desafortunados que retirasen el vehículo de la carretera u ordenaban hacerlo a cualquier grupo de soldados que estuviesen descansando. Durante la retirada, los oficiales pudieron comprobar que cada vez debían sacar la pistola con más frecuencia si querían que obedeciesen sus órdenes.

La Feldgendarmerie y los grupos de las SS no cejaban en su empeño de buscar desertores. No se llevó a cabo registro alguno de las ejecuciones realizadas en las cunetas, aunque sí se conservan testimonios que sugieren que fueron muchos, incluidos algunos miembros de las Juventudes Hitlerianas, los que murieron ahorcados en los árboles del sector del 10º cuerpo de las SS ante la menor prueba, por poco convincente que ésta fuese. Es difícil emplear para describir estos actos otra palabra que no sea “asesinato”. Las fuentes soviéticas mantienen que en 1945 fueron objeto de ejecuciones sumarias por cobardía veinticinco mil soldados y oficiales alemanes. Esta cifra es, casi sin duda, demasiado elevada, aunque tampoco parece que haya de reducirse a menos de diez mil [25].

Las ejecuciones de las SS resultan aún más imperdonables si se tiene en cuenta que las formaciones de esta organización recibieron órdenes de replegarse “y volver a reunirse en Schleswig-Holstein”, cerca de la frontera danesa, que no era precisamente el mejor lugar desde el que combatir a los rusos [26]. Al parecer, no sabían que el 2º ejército británico había llegado ese mismo día al Elba, a su paso por Lauenburg, población situada al sureste de Hamburgo.

El 19 de abril resultó ser otro hermoso día de primavera, que permitió a la aviación soviética una visibilidad perfecta. Cada vez que aparecían los Shturmovik para lanzar sus proyectiles, la carretera quedaba vacía al arrojarse a la cuneta todos los que transitaban por ella. Las mujeres y las niñas de

los pueblos cercanos, temerosas del Ejército Rojo, imploraban a los grupos de soldados que las llevasen con ellos: *Nehnat us mit, nehmt uns bitte, bitte mit!* Con todo, había quien, aun viviendo cerca del frente, parecía incapaz de comprender la magnitud del inminente desastre. Un tal Herr Saalborn escribió al alcalde de Woltersdorf el 19 de abril para exigir una confirmación de que, de acuerdo con el artículo 15 del *Reichsleitungsgesetz* (versión del 1 de septiembre de 1939), le sería devuelta la bicicleta que le había requisado la Volkssturm 27.

Lo que quedaba de los batallones de soldados bisoños y aspirantes a oficial del 10º cuerpo se vieron obligados a retirarse hacia el oeste "aldea por aldea", en dirección a Bernau, poco más al norte de Berlín. La mayoría había perdido más de tres cuartos de sus fuerzas. Los soldados estaban extenuados, hambrientos y confundidos en extremo. Se sumían en un sueño profundo cada vez que paraban a descansar, hasta el punto de que sus oficiales hubieron de despertarlos a patadas en varias ocasiones ante la necesidad de reemprender la marcha. Nadie sabía lo que estaba sucediendo en ninguno de los bandos, ni siquiera en el frente o en la retaguardia. Las radios y los teléfonos de campaña habían quedado abandonados. Tampoco quedaban esperanzas de restablecer una línea de frente eficaz, a despecho de los grandes esfuerzos que hacían los oficiales de mayor experiencia, que se hacían con cualquier rezagado de otras unidades para incorporarlo a la suya, por pequeña que ésta fuese.

El general Heinrici hubo de centrar su atención en la línea defensiva de la zona septentrional del Oder, situada entre la costa del Báltico y el canal de Hohenzollern, en el extremo norte del Oderbruch. El general Von Manteuffel, que había sobrevolado en un avión ligero de reconocimiento el área en que se hallaban los ejércitos de Rokossovsky, no tuvo dificultad alguna en divisar los preparativos del enemigo. El 2º frente bielorruso hubo de enfrentarse a una labor asombrosa. Al norte de Schwedt, las aguas del Oder se dividían en dos canales, rodeados de suelo pantanoso. Esa noche del 19 de abril, Rokossovsky informó a Stalin de que la ofensiva comenzaría al despuntar la mañana siguiente y estaría precedida de un potente bombardeo por parte de la aviación y la artillería.

Rokossovsky era el que peor lo había pasado de todos los comandantes al mando de un frente, por cuanto había tenido que trasladar sus tropas desde Danzig y el estuario del Vístula. Este tremendo problema logístico había llevado a Zhukov a informar a Stalin, el día 29 de marzo, de lo que suponía. "Bueno, pues tendremos que dar inicio a la operación sin esperar al frente de Rokossovsky —fue su respuesta—. El que llegue con unos días de retraso no será ningún contratiempo"(28). Salta a la vista que en aquel momento a Stalin no le preocupaba demasiado esta eventualidad; sin embargo, a mediados de abril, cuando los ejércitos de Rokossovsky se tornaron necesarios para preparar la toma de Berlín, lo embargó una inquietud mucho mayor.

17
El último cumpleaños del Führer

El viernes, 20 de abril, amaneció tan buen día como los tres anteriores. Era el quincuagésimo sexto cumpleaños de Adolf Hitler, y cuando esta fecha coincidía con unas condiciones atmosféricas benignas, no era extraño que los transeúntes que no se conocían de nada intercambiasen saludos referidos al "clima del Führer" y el milagro que conllevaba. En aquellos momentos, empero, tan sólo los nazis más empecinados se atrevían a insinuar que su dirigente pudiese tener poderes sobrenaturales. Sobre los edificios en ruinas se enarbolaron banderas del Partido, y por toda la ciudad se dispusieron pancartas que proclamaban: *Die Kriegsstadt Berlin grüst den Führer!* ("La ciudad fortaleza de Berlín saluda a su Führer").

Antaño las felicitaciones de cumpleaños inundaban la Cancillería del Reich llegado ese día. Habían pasado seis años desde que el doctor Lutz Heck, profesor del parque zoológico berlinés, le enviara "con mis más cordiales plácemes" un huevo de avestruz de un kilo y doscientos treinta gramos para que lo hiciese revuelto 1.

Sin embargo, en 1945 fueron pocos las cartas y los paquetes, lo que no se debió del todo al desmoronamiento del servicio postal. El Zoo de Berlín también estaba medio en ruinas, y muchos de los animales morían de inanición.

Los bombarderos estadounidenses y británicos no olvidaron en ningún momento la fecha. Las sirenas sonaron por la mañana para anunciar la llegada de los escuadrones que se acercaban en masa para felicitar al Führer con una incursión especialmente dura. Podría decirse que la tripulación de las fuerzas aéreas de Estados Unidos y la RAF llevaban a cabo una celebración doble, puesto que el acercamiento de las fuerzas soviéticas convertía aquél en el penúltimo bombardeo sobre la capital del Reich.

A Goering lo despertó aquella mañana en Karinhall, la casa de campo que poseía al norte de Berlín, la descarga que abría la ofensiva de Rokossovsky. Fuera había un convoy de camiones de la Luftwaffe (que en esos momentos eran necesarios para llevar a cabo labores más urgentes) cargados con el botín que había reunido. Un destacamento de motoristas lo escoltaría en dirección al sur. El *Reichsmarschall* dedicó unas pocas palabras a los soldados y les saludó al partir.

El oficial de ingenieros, quien había dispuesto los explosivos que harían volar por los aires Karinhall, lo acompañó al lugar donde había colocado eldado que Goering había insistido en que él mismo volaría el lugar. La explosión provocó grandes nubes de polvo al derribar aquel desmesurado monumento a la vanidad. Entonces, sin mirar atrás, al parecer, caminó hasta su enorme limusina para que lo condujese a Berlín. Necesitaba estar en la Cancillería del Reich a mediodía para felicitar al Führer por su cumpleaños.

Himmler había regresado al sanatorio de Hohenlychen la noche anterior, y a medianoche hizo que le llevaran champán a fin de brindar por el Führer. Había concertado sendas reuniones con el conde Folke Bernadotte, de la Cruz Roja, y con Norbert Masur, representante del Congreso Judío Mundial, que habían volado en secreto al aeródromo de Tempelhof ese mismo día. Ambos daban por hecho que querría hablar de la posible liberación de los prisioneros. Sin embargo, lo que pretendía Himmler era establecer una línea de comunicación con los Aliados occidentales. El *Reichsführer* de las SS, aunque seguía profesando una convencida lealtad a Hitler, estaba persuadido de ser la única persona que podría sustituirlo, por lo que se erigió en el dirigente con el

que podrían negociar los Aliados. Lo único que tenía que hacer era convencer a los judíos de que ambas partes necesitaban superar “la Solución Final”.

Goebbels, el único miembro de la cúpula nazi dispuesto a permanecer con el Führer en Berlín hasta el final, por amargo que pudiera ser éste, emitió un discurso de cumpleaños aquella mañana en que pedía a todos los alemanes que creyeran ciegamente en su líder, que lograría a la postre guiarlos hacia el final de las dificultades.

“No pude menos de preguntarme si estaba loco —escribió en su diario Ursula von Kardorff— o planeaba algún tipo de estratagema a sangre fría”2.

Goering, Ribbentrop, Dönitz, Himmler, Kaltenbrunner, Speer, Keitel, Jodl y Krebs llegaron a la Cancillería del Reich después del mediodía y entraron en sus vastas estancias recubiertas de reluciente mármol y dotadas de puertas que llegaban casi al techo. Este monumento casi cinematográfico al poder más impresionante presentaba a esas alturas cierto aspecto ordinario que le confería su estado medio derruido, bien que no había perdido su profundo aire siniestro.

Muchos de los que habían ido a felicitar a Hitler coincidían en que semejaba tener veinte años más de los que cumplía. Lo instaron a tomar la carretera que lo llevaría a Baviera: aún estaba a tiempo. El les aseguró convencido que los rusos estaban a punto de sufrir la derrota más sangrienta de su historia ante Berlín.

Dönitz, a quien el Führer había encomendado el mando de la Alemania septentrional, fue objeto de una afectuosa despedida; pero Goering, que se ofreció a organizar la resistencia en Baviera, recibió un trato mucho más distante. Según referiría Speer a sus interrogadores estadounidenses antes de que hubiese transcurrido un mes, el dirigente nazi se sentía “defraudado por el carácter cobarde de Goering y el resto”3. Hitler siempre se había convencido de que sus seguidores más allegados eran hombres de valor.

La principal pregunta que se planteó durante la reunión de ese día era cuánto faltaba para que el Reich quedase partido en dos al sur de Berlín.

El territorio sin ocupar era cada día menor: los británicos se hallaban en el brezal de Luneburgo y avanzaban hacia Hamburgo. Los estadounidenses se encontraban en el curso medio del Elba, a la altura de la frontera checoslovaca, y se dirigían a Baviera. El primer ejército francés marchaba hacia la Alemania meridional. Al sureste, el Ejército Rojo se hallaba al oeste de Viena y los Aliados de Italia se dirigían hacia el norte a través del valle del Po. De nuevo surgió el asunto de la salida de Berlín por parte de la jerarquía nazi.

“Ante la sorpresa de todos los presentes —señaló Speer—, Hitler anunció que se quedaría en Berlín hasta el último momento, y que sólo entonces volaría al sur”. A los de su entorno les había sorprendido que “la discusión acerca de la evacuación hubiese tenido un carácter general”. Tras el encuentro, los demás miembros de la cúpula comenzaron a inventar “todo tipo de pretextos” a fin de salir de Berlín por motivos oficiales. Himmler, Ribbentrop y Kaltenbrunner partieron en diferentes direcciones. Se destacó a algunos de los componentes del estado mayor de la Cancillería del Reich para que se dirigiesen a Berghof al día siguiente. “Cumpleaños del Führer, aunque por desgracia nadie estaba para celebraciones —anotó Bormann en su diario—. La avanzadilla tiene órdenes de volar hacia Salzburgo”4.

Aquella tarde, en los jardines de la arruinada Cancillería del Reich, el dirigente nazi recorrió con ciertas dificultades una fila de miembros de las Juventudes Hitlerianas en formación. Algunos se habían visto galardonados con la Cruz de Hierro por atacar a los tanques soviéticos. Hitler no pudo hacer entrega por sí mismo de condecoración alguna, y para evitar que su brazo izquierdo temblase de un modo demasiado obvio, lo agarró con la mano derecha a la espalda. De cuando en cuando, podía permitirse liberarlo por unos instantes. Entonces, con una intensidad que se diría propia de un pederasta reprimido, se demoraba en dar un cachete en la mejilla aquí, un tironcito de oreja allá, inconsciente de la sonrisa salaz que se dibujaba en su rostro.

Después de recibir a los miembros más allegados de su entorno aquella noche en la diminuta salita de estar del búnker, Hitler se fue a dormir mucho antes de lo que acostumbraba.

Eva Braun, mientras tanto, subió con los demás a las salas de la Cancillería del Reich. Bormann y el doctor Morell eran algunos de los componentes de aquel grupo, extraño y poco afortunado para

una fiesta. Se había dispuesto una de las amplias mesas redondas diseñadas por Speer con comida y bebida. Bebieron champán e hicieron lo posible por bailar, pese a que sólo disponían de una grabación para el gramófono: "Las rosas rojas te hablan del amor". Según la secretaria de Hitler, Traudl Junge, había demasiadas risas histéricas. "Era horrible. No fui capaz de soportarlo, y al poco rato bajé de nuevo para irme a la carpa"5.

El asunto de la evacuación era extremadamente delicado. El domingo, 15 de abril, Eva Braun había mencionado a Hitler que el doctor Karl Brandt, que había sido su cirujano, se trasladaba con su familia a Turingia. Quedó aterrada cuando vio a Hitler estallar de ira, gritando que había elegido un lugar que estaban a punto de tomar los Aliados occidentales, lo que sin duda podía considerarse traición. Se pidió a Bormann que investigase el caso y entrevistase a "Eva Braun y al doctor Stumpfegger", el devoto cirujano de las SS que había sustituido a Brandt 6.

Eva Braun calificó el asunto de "trampa sucísima" en una carta dirigida a su mejor amiga, Herta Ostermayr 7. A pesar de que se hallaba físicamente en el centro del poder, no parecía haber entendido la realidad nacionalsocialista.

Al día siguiente se acusó a Brandt de derrotismo. Axmann encabezaba el tribunal que lo condenó a muerte. Sin embargo, la ejecución de la sentencia parece haberse pospuesto por mediación de los enemigos de Bormann, incluido Himmler, que al menos se había dado cuenta de que éste había estado mancillando su nombre en el tribunal.

Brandt se libró de ser ajusticiado por los nazis, bien que más tarde fueron los Aliados quienes lo sentenciaron a muerte.*

Brandt, que había sido asiduo del círculo de Obersalz, redactó un ingenioso documento acerca de "Las mujeres del entorno de Hitler" para sus raptores estadounidenses del centro de interrogatorios Ashcan ("Cubo de Basura"). El Führer, según él, no había llegado a casarse porque quería "mantener con vida en los corazones del pueblo alemán la leyenda mística de que, mientras siguiera siendo soltero, quedaría siempre la posibilidad de que cualquiera de entre los millones de mujeres alemanas acabase por lograr la alta distinción de encontrarse al lado de Hitler". Al parecer, el dirigente nazi llegó incluso a hablar de esto ante Eva Braun. En 1934, también anunció en su presencia: "Cuanto más grande sea el hombre, más insignificante habría de ser la mujer" 8.

Brandt creía que la relación entre estos dos tenía más que ver con la de un padre y una hija que con la de un profesor y una estudiante. Con todo, tuviese o no razón en este sentido, había algo que no dejaba lugar a dudas: *La maîtresse sans titre* del Führer distaba muchísimo de ser ninguna marquesa de Pompadour: nunca intrigaba a favor o en contra de los miembros de la corte. Sin embargo, tras años de tener que esconderse como una criada a fin de mantener el mito del celibato del Führer de cara al pueblo alemán, no resultaba sorprendente que de vez en cuando actuase en el papel de gran señora. Según Brandt, trataba a su hermana, Gretl, joven fácil de manejar a la que había casado con Fegelein, "casi como a su doncella personal".

La cuestión de la sexualidad de Hitler ha sido objeto de muchísima especulación durante los últimos años. De cualquier manera, resulta difícil dudar de que reprimía su lado homosexual en beneficio de su imagen en tanto viril caudillo del pueblo alemán. Esta represión explica en gran medida su maníaca energía y su afán por crear mitos. Algunos miembros de su entorno doméstico insisten en afirmar que nunca llegó a copular con Eva Braun; sin embargo, su doncella personal está persuadida de lo contrario, por cuanto aquélla tomaba píldoras para suprimir su ciclo menstrual cuando llegaba a la residencia de Berghof. La horrible halitosis que sufrió el dirigente nazi hacia el final de su vida debió de haberlo hecho aún menos atractivo en lo físico que antes, aunque Eva Braun, al igual que otras amigas íntimas, seguía locamente enamorada de él. No hay ninguna prueba

* En octubre de 1944, después de que Brandt hubiese acusado al doctor Morell de proporcionar drogas peligrosas a Hitler, la disputa se resolvió nombrando a Brandt comisario del Reich de Sanidad. Los Aliados lo responsabilizaron de haber llevado a cabo asesinatos por eutanasia y experimentos médicos con prisioneros, sin que valiera de nada el que él alegase no haber tenido a la sazón ningún control sobre los establecimientos en que se realizaban.

concluyente a favor o en contra, pero el beso apasionado que más tarde le daría Hitler cuando ella se negó a abandonar el búnker y a buscar la seguridad de Baviera hace que se tambalee la teoría de que nunca hubo ninguna forma de contacto sexual entre ellos.*

A semejanza del propio Führer, a Eva Braun le fascinaba el atractivo del cinematógrafo. Al parecer, las películas se hallaban entre los principales temas de conversación cuando estaban juntos. Una de las mayores frustraciones del aislamiento de ella debió de ser el no poder mezclarse en las recepciones oficiales con las estrellas de la pantalla a las que invitaba Goebbels por añadir un toque de sofisticación a su acostumbrada colección de esposas de miembros del Partido. Tal vez Eva Braun concibiese su relación con Hitler como algo encaminado a un final de cine. A pesar de que sus últimas cartas no estuviesen teñidas de un tono melodramático, se había hecho con un papel magnífico: el de la heroína que, tras sufrir años de humillación y abandono a la sombra del hombre que ama, ve rehabilitada su fama en un final en el que se reconoce su devoción.

El 15 de abril se había trasladado todo su mobiliario a una habitación contigua a la de Hitler en el mundo subterráneo de la Cancillería del Reich, y desde entonces durmió allí.

"Tenía siempre un aspecto inmaculado —escribió el ayudante de Hitler de la Luftwaffe, Nicolaus von Below—. Era encantadora y servicial, y no dio muestras de flaqueza ni en los últimos instantes"9. El temor de que las capturasen vivas los soldados rusos la llevaron, al igual que a las secretarias de Hitler, a practicar tiro con pistola en el patio en ruinas del Ministerio de Asuntos Exteriores. Orgullosas de su destreza, no dudaban en desafiar a los oficiales del búnker a competir con ellas.

"Ya ha empezado a llegar a nosotros el ruido de los cañones desde el frente —escribió Eva Braun a Herta Ostermayr—. Me paso la vida en el búnker. Como puedes imaginarte, dormimos poquísimo. Sin embargo, soy tan feliz... Sobre todo en estos momentos en que puedo estar a su lado... Ayer telefoneé a Gretl, tal vez por última vez. A partir de hoy, no habrá manera de comunicarse. Con todo, tengo una fe inquebrantable en que todo saldrá bien, y él está por lo general lleno de esperanza"10.

Aquella mañana, las berlinesas de a pie salieron a la calle para hacer cola en busca de alimentos tras el bombardeo aéreo. El sonido del fuego de artillería en la distancia no hacía sino confirmar sus sospechas de que aquélla sería la última oportunidad con que contaban para aprovisionarse.

El sol levantó los ánimos de muchos.

"De pronto, uno cae en la cuenta de que estamos en primavera —escribió una joven aquella tarde—. A través de los escombros negros del fuego llega el perfume de las lilas procedente de jardines sin dueño" 11.

La desesperación con que buscaban las noticias hacía que alrededor de los quioscos se agrupase una pequeña multitud a la espera del muchacho de los periódicos. En realidad, éstos se habían reducido a una sola página, impresa por ambas caras, más propagandística que informativa. La única sección útil era la del comunicado diario de la Wehrmacht, que, pese a sus evasivos circunloquios, podía dar una idea, a partir de las ciudades citadas, de hasta dónde había avanzado el enemigo. Aquel día se mencionaba la localidad de Müncheberg, a diecisiete kilómetros al oeste de Seelow siguiendo la Reichstrasse I, lo que indicaba sin lugar a dudas que los rusos habían logrado abrirse paso hasta allí.

Por el momento, no obstante, era mayor la obsesión por los alimentos. A Berlín habían llegado rumores de que los compatriotas atrapados en Silesia se habían visto obligados a comer raíces y hierba. Los rusos, según se decía en la cola de las tiendas, también los harían morir de hambre a ellos. En aquel momento sólo tenían utilidad los productos que pudieran comerse o beberse, amén

---

* Otro testimonio que parece confirmar la naturaleza sexual de su relación durante los primeros tiempos procede de Albert Speer, quien puede considerarse tal vez el confidente masculino más cercano a Eva Braun. Según indicó éste a Gitta Sereny, aquélla había acudido a él llorando cierto día para decirle: "El Führer me acaba de pedir que me busque a otro hombre, porque él ya no puede satisfacerme". (Sereny, 2000, p. 278).

de los objetos que pudieran trocarse por comida. Ese día en concreto, los berlineses habían de recibir "raciones críticas", es decir, cierta cantidad de salchichas o tocino, guisantes, judías o lentejas secos, arroz, azúcar y manteca, a modo de reconocimiento indirecto por parte de las autoridades de que la ciudad se hallaba sitiada.

El suministro de agua, gas y electricidad sufría serias restricciones cuando no estaba cortado, por lo que los berlineses se enfrentaban a una existencia harto primitiva. Muchos de ellos ya habían visto su dieta limitada a patatas medio podridas cocinadas sobre un fuego diminuto cercado por tres ladrillos sobre el suelo de su balcón. Las amas de casa prudentes comenzaron a hacer maletas con las provisiones esenciales para llevarlas al sótano a fin de sobrevivir a la batalla que se avecinaba. Y todo esto tras ochenta y tres incursiones de la aviación aliada desde principios de febrero. Las decididas muestras de vida normal que suponía el que los ciudadanos siguiesen yendo a diario a sus oficinas semiderruidas por las bombas cesaron de súbito.

Según el mariscal Zhukov, aquella tarde del 20 de abril, "la artillería de largo alcance del 79º cuerpo de fusileros, perteneciente al tercer ejército de choque, comenzó a disparar sobre Berlín"(12). Con todo, fueron pocos los berlineses que se dieron cuenta en realidad. Zhukov, al parecer, no tenía ni idea de que era el cumpleaños de Hitler. Estaba desesperado por demostrar que había atacado Berlín antes que Konev, así que puso a los cañones a disparar a distancias enormes y consiguió alcanzar tan sólo los distritos situados más al noreste.

Aquella noche, cuando oyó hablar de que uno de los ejércitos blindados de Konev avanzaba hacia Berlín desde el sur, envió sendos mensajes urgentes a Katukov y Bogdanov, comandantes de los ejércitos blindados de guardias 1º y 2º respectivamente, para encomendarles "una labor histórica: entrar en Berlín antes que nadie e izar la bandera de la victoria"13. Debían enviar la mejor brigada de cada cuerpo a fin de que alcanzaran las afueras de la capital del Reich a las cuatro de la madrugada del día siguiente, tras lo cual habían de informarle de inmediato para que pudiese comunicar la noticia a Stalin cuanto antes y éste la transmitiera a la prensa. En realidad, la primera de sus brigadas de carros de combate no llegó a Berlín hasta la noche del 21 de abril.

Al sureste de la ciudad, mientras tanto, el mariscal Konev apremiaba a sus dos ejércitos blindados para cruzar el Spreewald. Su interés se centraba sobre todo en el tercer ejército blindado de guardias, que se dirigía al área meridional de Berlín. El cuerpo blindado de Ribalko, que se hallaba a la cabeza, trató a mediodía de cerrar contra Baruth, población situada a tan sólo veinte kilómetros al sur de Zossen, pero falló el primer intento. "Camarada Rybalko —le comunicó Konev—, vuelves a entrar en batalla como una manguera: una brigada lucha mientras el resto espera. Te ordeno que cruces la línea de Baruth—Luckenwalde a través de un pantano y haciendo uso de diversas rutas en un orden de batalla extenso. Infórmame cuando lo hayas logrado" 14. El interpelado tomó la ciudad apenas transcurridas dos horas.

El 4º ejército blindado de guardias de Lelyushenko, situado más al suroeste, se dirigía, siguiendo una ruta más o menos paralela, a Jüterbog y después a Potsdam. Stalin seguía preocupado por el hecho de que los estadounidenses pudieran volver a avanzar de pronto. Aquel día, la *Stavka* advirtió a Zhukov, Konev y al mariscal Rokossovsky de la posibilidad de que se toparan con los Aliados occidentales y les proporcionó una serie de señales de reconocimiento 15. Sin embargo, ni Konev ni la *Stavka* se dieron cuenta, al parecer, de que su primer frente ucraniano se iba a encontrar, al avanzar desde el sureste, con el 9º ejército de Busse, que en esos momentos intentaba batirse en retirada alrededor de la zona meridional de Berlín. Al igual que Zhukov, Konev se había obsesionado con la capital del Reich.

Aquella noche envió un mensaje a los comandantes de sus dos ejércitos blindados: "Personal. A los camaradas Rybalko y Lelyushenko. Orden categórica de entrar en Berlín esta noche. Informad cuando se haya ejecutado. Konev" 16.

La retirada alemana de las cumbres de Seelow durante el 19 y el 20 de abril acabó con cualquier vestigio de primera línea de frente. Sin fuerzas, los rezagados retrocedían tan rápido como les era posible e improvisaban en algunos casos grupos de batalla para entablar combates pequeños aunque feroces allá donde fuesen amenazados. El cuartel general del 9º ejército informó a Heinrici de sus *Auffanglinien* o "líneas decontención", pero en el mapa no eran más que marcas muy delgadas que representaban los empeños de un oficial de estado mayor por imponer un asomo de orden en medio del caos [17].

El 5º ejército de choque de Berzarin había llegado a las afueras de Strausberg la noche del 19 de abril. Las fuerzas alemanas en retirada se encontraron, para empeorar aún más las cosas, con que todas las carreteras que se dirigían al oeste estaban bloqueadas por refugiados cada vez más aterrorizados. Cuando los T-34 llegaron al aeropuerto de Werneuchen, la batería defensiva antiaérea bajó sus cañones de 88 milímetros a fin de poder enfrentarse a los que atacaban por tierra. Con todo, durante toda esta lucha al oeste de Berlín, "los soldados teníamos bien claro —escribió uno de los que participaron en ella— que la batalla no podía durar"[18].

Durante la mañana del 19 de abril, la división Nordland estuvo luchando en el área noroeste de Müncheberg, desde donde se había visto obligado a retirarse a la carrera el cuartel general de Weidling. El regimiento Norge retrocedía desde Pritzhagen, mientras que el Danmark, situado más al sur, en el bosque de Buckow, se había mezclado con los miembros de las Juventudes Hitlerianas y lo que quedaba de la 18ª división de Panzergrenadier.

Weidling les ordenó que contraatacasen desde el bosque, pero fracasaron. El batallón de reconocimiento de la Nordland se hallaba rodeado casi por completo y muy mermado. El destacamento de las Juventudes Hitlerianas sufría peor suerte, aislado del resto en una parte incendiada del bosque. Los carros de combate soviéticos permanecieron prudentemente fuera del alcance de los lanzagranadas. "Entonces, los tanques comenzaron a disparar a las copas de los árboles —informó el cabo interino Becker— de modo que las ramas desbrozadas empezaron a caer sobre nuestras posiciones y a golpearnos"[19].

Los supervivientes hubieron de retroceder en dirección a Strausberg siguiendo estrechas carreteras que atravesaban los pinares. La infantería rusa no tardó en proseguir a través de las trincheras, seguidos de los carros de combate que los cubrían. Las Waffen SS escandinavas tan sólo disponían de armas de infantería y un par de morteros. En cierto momento apareció un cañón de asalto aislado e intentó atacar a los T-34. Lo destruyeron enseguida. Con todo, de entre los árboles surgió un Tiger II que salvó la situación tras destrozar a los dos T-34.

Lo que quedaba del batallón de reconocimiento se volvió a reunir en un bosque cercano a Strausberg. Los soldados vendaron sus heridas, arreglaron sus vehículos de modo provisional y limpiaron sus armas. Esta escena de desolación no impidió al *Sturmbannführer* ("comandante") de las SS Saalbach pronunciar un discurso acerca del cumpleaños del Führer y de la significación de la batalla contra el bolchevismo en que se hallaban envueltos.

El *Obersturmbannführer* ("teniente coronel") de las SS Langendorf, que se encontraba herido, fue trasladado al hospital de campaña de las SS. Oyó el discurso de Goebbels en honor del aniversario de Hitler mientras lo operaba el cirujano. Este, miembro de las SS, murmuró: "Ahora, que se las arreglen". Las enfermeras eran voluntarias holandesas, flamencas, danesas y, sobre todo, noruegas. Una de estas últimas, según señaló Langendorf, había encontrado a su amante de las Waffen SS entre los heridos graves que acababan de entrar. "Lo abrazó, colocó la cabeza del joven sobre su regazo y permaneció con él hasta que murió de una herida de consideración que tenía en el cráneo"[20]. Al igual que todos los fascistas y nacionalsocialistas extranjeros alistados en las SS como voluntarios, habían perdido sus países y acababan de perder la causa por la que luchaban. Este hecho, combinado con el odio visceral que profesaban al bolchevismo, los convirtió en formidables combatientes durante la batalla de Berlín.

Durante la mayor parte de aquel día, los regimientos Danmark y Norge se aferraron al aeródromo de Strausberg y lo defendieron frente a los tanques de Katukov. El *Obersturmbannführer* Klotz, comandante del primero, sucumbió al recibir su vehículo un impacto directo. Sus hombres lo depositaron en la capillita de un cementerio cercano, sin tener siquiera

tiempo de enterrarlo, pues hubieron de proseguir su retirada hacia el suroeste rumbo a la circunvalación de la autopista que desembocaba en Berlín.

La Nordland evitó las carreteras principales durante la retirada. La Reichstrasse I estaba sumida en el caos, sobre todo el tramo cercano a Rüdersdorf, por el que se dirigían hacia el oeste cientos de vehículos.

De cuando en cuando bloqueaban la autopista carros de granja llenos de refugiados que a menudo sufrían el fuego de las ametralladoras de los aviones Shturmovik. Los soldados, que no habían recibido ración alguna durante cinco días, allanaban las casas abandonadas por sus propietarios. Algunos estaban tan cansados que, tras comer lo que encontraban, caían rendidos en cualquier lecho con los uniformes llenos aún de pellas de barro de las trincheras. En estos casos se sumían en un sueño tan profundo que sólo los despertaba la llegada del enemigo. Cierto miembro de las Juventudes Hitlerianas estaba tan derrengado que, tras un largo sueño, se despertó sobresaltado para encontrarse con que a su alrededor se había librado toda una batalla.

Los oficiales intentaban restablecer el orden a punta de pistola. Un comandante se paró ante un cañón antiaéreo autopropulsado que transportaba heridos hacia la retaguardia y ordenó a quien lo conducía que lo dirigiese de nuevo contra el enemigo. La dotación le comunicó que los cañones habían sido alcanzados y estaban inservibles. Con todo, el oficial los instó a descargar a los heridos. Algunos miembros de la Volkssturm que se hallaban cerca gritaron: “¡Disparadle! ¡Matadlo!”, ante lo que el comandante decidió retroceder. La autoridad de un oficial, por respaldada que estuviese por las metralletas de la Feldgendarmerie, no tenía demasiado peso en una retirada como aquélla.

El caos de las carreteras se hizo aún mayor por obra de los rumores y el pánico. Hubo gritos de: *Der Iwan kommt!* que resultaban ser falsos, mientras que en otras ocasiones aparecían de verdad los carros de combate soviéticos después de haberlos adelantado. Los soldados alemanes afirmaban que uno de los “traidores de Seydlitz” conducía por entre las tropas en retirada dando órdenes de replegarse hasta Potsdam, en el otro extremo de Berlín. Esto bien pudo ser cierto, por cuanto el 7º departamento del Ejército Rojo estaba enviando a sus prisioneros “antifascistas” con el fin de hacer que los riesgos fuesen mínimos.

No hay duda de que los soldados soviéticos se sentían como en casa luchando por entre el pinar situado al oeste de la capital, aun a pesar de que el calor de la estación hiciera que quienes vestían aún la *ushanka* de piel o una chaqueta acolchada envidiaran a los que ya se habían puesto el uniforme de verano. “Cuanto más se acerca uno a Berlín —observó uno de ellos—, más se parece la zona al campo que rodea a Moscú”[21]. Con todo, algunos de los hábitos del Ejército Rojo no hacían sino frenar su avance.

Así, el 20 de abril, Müncheberg sufrió un duro saqueo “a manos sobre todo de oficiales y hombres de regimientos especiales [es decir, blindados y de artillería]... En un día se llegó a arrestar a más de cincuenta soldados. Algunos de ellos fueron enviados a compañías de fusileros. Estaban robando ropa, zapatos y otros artículos ante la mirada de toda la población local. Según señalaron, se habían entregado al pillaje porque deseaban poder enviar cosas a sus hogares”[22].

Mientras que el 56º cuerpo de *Panzer* de Weidling se batía en retirada en dirección a los distritos occidentales de Berlín, lo que quedaba del 101º cuerpo se había replegado hacia el área de Bernau, al norte de la capital, durante la noche del 19 de abril. Los heridos yacían abandonados en las cunetas, dado que no eran muchos los vehículos que aún disponían de combustible. Todo apunta a que muchos de ellos murieron en el mismo lugar en que los habían dejado sus compañeros a consecuencia de los bombardeos.

La mayor parte de las tropas de Bernau estaba formada por oficiales bisoños y mecánicos de regimientos improvisados. Apenas se les había alojado en las diversas escuelas y casas cuando se desplomaron y se echaron a dormir. Un grupo de aprendices de señales encontró un cuartel abandonado. Sin embargo, la madrugada del 20 de abril, cuando atacó el 122º cuerpo de fusileros del 47º ejército, hubo de recorrer las instalaciones un sargento para despertarlos a patadas y obligarlos a salir a fin de que defendieran la ciudad. “Todo era inútil”, comentaría uno de sus

comandantes años más tarde 23. Con todo, la Wehrmacht seguía luchando porque nadie había dicho a sus soldados que dejaran de hacerlo.

La lucha por Bernau, última acción defensiva real anterior a la batalla de Berlín, fue caótica y breve. Los oficiales alemanes al mando de los jóvenes bisoños no tardaron en darse cuenta de que no podrían evitar el total desmoronamiento de sus fuerzas. Muchos de los combatientes escaparon, para lo cual se escabulleron en solitario o en pequeños grupos. Cuando el 47º ejército tomó la ciudad, una de las baterías de la 30ª brigada de guardias de artillería disparó una salva de victoria dirigida hacia la capital del Reich 24. Entre tanto, el 2º ejército blindado de guardias atravesó los suburbios del noreste de la ciudad, en el exterior del anillo de circunvalación de la autopista. Muchos soldados soviéticos habían oído hablar de él en cuanto colosal prodigio de la ingeniería, aunque los que habían sido testigos de las maravillas estalinistas no pudieron menos de manifestar su desdén.

El 7º departamento empleaba cada vez a un número mayor de prisioneros en calidad de agentes encargados de promover los actos de deserción. El frente del tercer ejército de choque envió a cinco soldados de un batallón de la Volkssturm a reencontrarse con sus camaradas el 20 de abril. “Al día siguiente regresaron con casi todo el batallón”25. No obstante, a pesar de las promesas del departamento político, muchos soldados rusos parecían vivir con la obsesión de encontrar a soldados de las Waffen SS con los que poder vengarse. Con aire acusador, gritaban en alemán: *Du SS!* (“¡Tú, SS!”), y los soldados que dejaban escapar una risa de asombro corrían el riesgo de que los abatiesen sin más. A algunos de los que habían caído en manos del NKVD los acusaba el SMERSH de ser miembros de la Werwolf y los obligaba a confesar que les habían sido dadas “sustancias químicas con las que envenenar pozos y ríos”26.

El general Busse no tardó en replegarse hacia el suroeste con más de la mitad del 9º ejército (el 11º cuerpo de Panzer de las SS, el 5º cuerpo de montaña de la misma organización y la guarnición de Frankfurt del Oder) en dirección al Spreewald, a pesar de que había recibido del búnker del Führer órdenes de no abandonar nunca la línea defensiva del Oder.

La tendencia obsesiva que tenía Hitler a lanzar contraataques sin ton ni son volvió a manifestarse la noche del 20 de abril, en el mismo instante en que Zhukov y Konev exhortaban a los comandantes de sus ejércitos blindados a avanzar con más rapidez. El dirigente nazi ordenó al general Krebs que atacase desde el oeste de Berlín a los ejércitos de Konev a fin de evitar un cerco. La fuerza que se esperaba que hiciese “retroceder a la fuerza” al tercer y el 4º ejércitos blindados de guardias consistía en la división Friedrich Ludwig Jahn, compuesta de muchachos que se hallaban en diversos destacamentos del servicio de empleo del Reich, y la llamada “formación blindada de Wünsdorf”, una remesa de media docena de tanques provenientes de la escuela de instrucción de dicha localidad 27.

Aquel día se envió asimismo un batallón policial al área de Strausberg “para capturar a los desertores y ejecutarlos, así como para abatir a todo soldado que se retire sin que se lo hayan ordenado”. Con todo, incluso los hombres a los que se había encomendado esta misión empezaron a desertar mientras se dirigían a cumplirla. Uno de los que se entregó a los rusos declaró a su interrogador que “en Berlín se escondían unos cuarenta mil desertores aun antes de que se produjese el avance soviético. Ahora, el número crece como la espuma”. Según afirmaba, la policía y la Gestapo eran incapaces de controlar la situación 28.

18
El vuelo de los faisanes dorados

La mañana del sábado, 21 de abril, poco después de que hubiese terminado la última incursión de los aviones aliados, el cuartel del general Reymann, situado en el Hohenzollerndamm, se convirtió en un enjambre de uniformes pardos. Los funcionarios superiores del Partido Nazi habían acudido en bandada a aquel lugar con objeto de obtener la autorización que necesitaban para abandonar Berlín. El que los "faisanes dorados" hubiesen de solicitar permiso del ejército era un hecho sin precedentes. Goebbels había ordenado, en calidad de comisario del Reich para la defensa de Berlín, que "no abandone Berlín nadie que esté en condiciones de llevar una arma" 1. Y el cuartel general para la defensa de Berlín era el único organismo que podía proporcionar una exención al respecto.

"Las ratas están abandonando el barco", fue la reacción inevitable del coronel Von Refior, jefe de estado mayor de Reymann. Este último y sus oficiales experimentaron una satisfacción fugaz ante aquel espectáculo. Se firmaron más de dos mil pases para los "guerreros de sillón" del Partido, que siempre se habían mostrado dispuestos a condenar al ejército por retirarse. Reymann aseguró sin rodeos que se sentía feliz de dar el visto bueno a tales documentos, por cuanto a la defensa de la ciudad le convenía deshacerse de cobardes como aquéllos.

De esta idea se hizo eco dos días más tarde, con gran fuerza, la emisora Werwolfsender, portavoz especial de Goebbels en Königswusterhausen, al hacer un llamamiento a "los miembros de la Werwolf de Berlín y Brandeburgo" para que se levantasen contra el enemigo. Así, afirmaba que los cobardes y los traidores ya habían abandonado Berlín. "El Führer no ha huido al sur del país: continúa en la capital, y junto a él se encuentran aquellos que él considera dignos de luchar a su lado en esta hora histórica... En este momento, soldados y oficiales del frente, no sólo estáis peleando en la batalla final y más decisiva del Reich, sino también coronando la revolución nacionalsocialista. Sólo se han quedado los revolucionarios dispuestos a luchar de un modo inflexible" 2. El discurso pasaba por alto de manera deliberada el número mucho mayor de miembros remisos de la Volkssturm y de reclutas a los que se obligaba a batallar ante la amenaza de la horca o el pelotón de fusilamiento.

A las nueve y media de la mañana, un par de horas después de que acabase la última incursión aérea de los Aliados, dio comienzo un bombardeo intensivo por parte de la artillería.

El ayudante de Hitler en las SS, Otto Günsche, informó de que el Führer apareció sin afeitar y hecho una furia en el pasillo del búnker que hacía las veces de antesala pocos minutos después de haberse despertado. "¿Qué ocurre? —gritó al general Burgdorf, al coronel Von Below y a Günsche—. ¿De donde vienen esas bombas¿".

Burgdorf respondió que el centro de Berlín se hallaba bajo el fuego de la artillería pesada soviética. "¿Ya están tan cerca los rusos¿", preguntó Hitler, a todas luces sorprendido 3.

El general Kazakov había hecho avanzar a las divisiones de artillería que iban en cabeza y a todas las demás baterías de cañones pesados, dotadas de obuses de 152 y 203 milímetros. Los proyectiles llevaban pintadas como: "Para la rata de Goebbels"; "Por Stalingrado"; "Para el panzón de Goering", o "¡Por los huérfanos y las viudas!"4. Los agentes políticos impelieron a la dotación de los cañones a mantener el bombardeo a un ritmo frenético. Los jefes de la artillería se sentían orgullosos en especial, y hacían comentarios satisfechos acerca del "sangriento dios de la guerra", expresión que se había convertido en un eufemismo casi universal con que designar al conjunto de las armas pesadas soviéticas 5. Desde esa mañana hasta el 2 de mayo se lanzaron un millón ochocientos mil proyectiles durante el asalto a la ciudad 6.

Las víctimas fueron muchas, sobre todo entre las mujeres, que hacían cola bajo la llovizna en espera de sus “raciones críticas”. En el Hermannplatz, al suroeste de Berlín, los cuerpos caían destrozados mientras los ciudadanos aguardaban en fila ante los almacenes Karstadt. Muchos otros murieron en las colas de las bombas de agua. Cruzar la calle se redujo a una carrera apresurada de un refugio poco seguro a otro. La mayoría lo dejó por imposible y regresó a los sótanos.

Con todo, algunos aprovecharon lo que parecía la última oportunidad de enterrar la plata y otros objetos de valor en el jardín o en un huerto cercano. Los incesantes bombardeos y la azarosa caída de los proyectiles no tardó en obligar al grueso de la población a regresar a los subterráneos.

En las bodegas y los refugios antiaéreos se habían desarrollado subculturas características a lo largo de dos años de implacables incursiones de die Amis por el día y die Tommys por la noche.[*] La “tribu de los sótanos” como se llegó a llamar desde el entorno periodístico a estos curiosos microcosmos de sociedad, dio origen a toda una variedad de personajes, ya fuese en distritos notables por su riqueza o por su pobreza 7. Según parece, cada una de las bodegas contaba con su propio pelmazo, que por lo general era un nazi que trataba de justificar su creencia en el Führer y en la victoria final. Por alguna razón, algunos berlineses habían empezado de pronto a referirse a Hitler como “ése”, lo que no era necesariamente un término despectivo.

Los ciudadanos se aferraban a fetiches y talismanes. Cierta mujer llevaba consigo la pierna ortopédica de repuesto de un hijo que se hallaba aún atrapado en el sitio de Breslau.

Muchas tribus de los sótanos desarrollaron una superstición o teoría particular de supervivencia. Así, por ejemplo, había quien creía que con arrollarse una toalla alrededor de la cabeza lograría sobrevivir a un impacto casi directo. Otros estaban convencidos de que si se inclinaban hacia delante al oír la primera explosión evitarían destrozarse los pulmones.

Toda excentricidad del carácter hipocondríaco alemán llegó, al parecer, a su máxima expresión. Cuando sonaba la señal que indicaba que había pasado el peligro, en los sótanos y refugios comenzaban a resonar las risas nerviosas y los chistes de rigor. Uno de los favoritos entre las mujeres mayores y más escandalosas decía: “Más vale tener a un *Russki* sobre el vientre que a un Ami sobre la cabeza”.

En el transcurso del día, en tanto que se retiraban destrozadas las unidades alemanas y los rezagados, Hitler siguió insistiendo en que Busse debía mantener una línea de frente que llevaba dos días desmoronándose. Lo que quedaba de su ala izquierda, el 101º cuerpo, se había visto obligado a salir del área de Bernau. Wolfram Kertz, del regimiento de guardias Grossdeutschland, fue herido cerca del cruce de la autopista en Blumberg, al noreste de Berlín. Del millar aproximado de hombres de dicho regimiento, sólo habían llegado cuarenta a la capital del Reich. Se había pasado a depender en gran medida del *Soldatenglück*, o “suerte del soldado”. Kertz estaba apoyado contra el muro de una iglesia cuando lo encontraron los rusos. Al ver la Cruz de Caballero que pendía de su cuello, le preguntaron: *Du General?* 8 Entonces lo subieron en un carro tirado por caballos y lo llevaron a uno de sus cuarteles generales para interrogarlo. Allí, un jefe del Ejército Rojo le preguntó si Hitler seguía con vida y si sabía algo de un posible contragolpe de los alemanes y los estadounidenses en contra de los soviéticos.

Es evidente que esta idea provenía de la paranoia que se había extendido en el Kremlin. En realidad, los estadounidenses estaban combatiendo a los alemanes allá donde los encontraban, lo que no excluía el eje berlinés. Sus tropas de tierra y los aviones Mustang de sus fuerzas aéreas lanzaban continuos ataques contra la división Scharnhorst del 12º ejército, al norte de Dessau, en respuesta a las inesperadas incursiones de la Luftwaffe a los cruces y cabezas de puente del Elba. Peter Rettich, que estaba al mando de un batallón de dicha división, se había quedado con tan sólo cincuenta hombres el 21 de abril 9.

---

[*] Respectivamente, soldados estadounidenses y británicos. (*N del t.)*

En el centro del 9º ejército, lo que quedaba del 56º cuerpo blindado de Weidling retrocedió también a través del lado oriental del anillo de circunvalación de la autopista berlinesa. En las cunetas de ambos lados de las amplias autovías yacían los cadáveres, víctimas la mayoría de las ametralladoras de los aviones Shturmovik.

Tanto las carreteras principales como las secundarias quedaron obstaculizadas por refugiados con carretillas, cochecitos y recuas de caballos de granja. Los soldados se veían rodeados de civiles anhelantes de información relativa al avance del enemigo, bien que a menudo los militares tampoco conocían con exactitud la situación. En los cruces había piquetes de la Feldgendarmerie, que no cejaba en su empeño de atrapar a los rezagados y formar con ellos compañías improvisadas. También había ahorcados en los árboles que flanqueaban la carretera, con una pancarta en el pecho que rezaba: "Yo era un cobarde". Los soldados a los que enviaban a defender las casas que había a cada lado de la carretera eran los más afortunados, por cuanto recibían de los propietarios alimento y agua caliente con la que poder afeitarse y lavarse por vez primera en mucho tiempo.

En Petershagen, cierta compañía de la Nordland comandada por el *Sturmbannführer* Lorenz y respaldada por un puñado de vehículos de reconocimiento se preparaba para defenderse frente al 8º ejército de guardias cuando quedó destrozada por un ataque masivo con cohetes *Katyusha*. Hay quien afirma que los soldados soviéticos habían rellenado las cabezas con una versión improvisada del napalm, que hizo arder, e incluso estallar, los vehículos de reconocimiento. Los supervivientes, presas del pánico, saltaron al interior de los que no habían sufrido daños y se alejaron, abandonando a su propia suerte a los heridos, que en ocasiones sufrían terribles quemaduras. Sólo se quedaron a socorrerlos Lorenz y su operador de radio, que cargaron a los que tenían más probabilidades de sobrevivir en el único camión semioruga que quedaba para llevarlos al hospital de campaña más cercano. Este se hallaba en un granero situado en una hondonada cercana a un puesto de mando. Lorenz tuvo "un mal presentimiento", que vino seguido de otro ataque con *Katyusha* por parte de la artillería de los guardias soviéticos del que casi nadie salió ileso. El propio Lorenz recibió una herida de metralla en el hombro derecho [10].

Cerca de allí, Gerhard Tillery, uno de los supervivientes de un batallón de aspirantes a oficial, vio a un coronel de su división en el exterior de un establo hípico de Hoppegarten. "Intentad llegar a casa sanos y salvos —dijo para sorpresa del soldado—. Ya no vale la pena quedarse aquí"[11]. Sin embargo, Tillery no pudo seguir su consejo tan pronto como hubiese querido, pues su nueva compañía improvisada se hallaba al mando de un joven oficial de artillería muy decidido pero sin experiencia alguna en el ámbito de la infantería. Les hizo retroceder hasta Mahlsdorf, donde tomaron posiciones defensivas en un cementerio. Tillery y otros dos compañeros recibieron órdenes de recoger la comida que les ofreciera la población civil del lugar en la calma que precedió al inicio de un nuevo ataque. Regresaron con los alimentos dentro de un par de lecheras. Tillery pudo ver a su derecha a algunos miembros de la Volkssturm y un batallón policial. Sabían que los rusos no tardarían en aparecer, avanzando a tientas y disparando sus morteros hacia cualquier lugar que pudiese servir de posición defensiva.

Allí, en el lado oriental de Berlín, los restos del 9º ejército alemán se enfrentaban al 5º ejército de choque y al 8º de guardias de Chuikov. Entonces, Zhukov envió a este último más al sur, hacia el Spree. Quería que su ejército y el 1º blindado de guardias de Katukov, que aún luchaban juntos, entrasen en Berlín desde el suroeste, con la esperanza de adelantarse a los empeños de Konev por atacar la capital desde tal dirección. El 21 de abril avanzaron algunas de las brigadas blindadas de Katukov con la infantería del 8º cuerpo de guardias y lograron capturar Erkner, no muy al sur de Rüdersdorf.

A fin de rodear el flanco meridional de Berlín, Zhukov había enviado al 47º ejército hacia Spandau y al 2º blindado de guardias hacia Oranienburg. Stalin, que seguía presionándolo, le envió el siguiente mensaje: "Dada la lentitud de nuestro avance, los Aliados se están acercando a Berlín, y no tardarán en tomar la ciudad"[12]. Las brigadas blindadas que iban en cabeza, y que, según se supone, habían llegado a la capital del Reich la noche anterior, se encontraban aún a las afueras a la caída de la tarde del 21 de abril. Zhukov se negaba a reconocer que avanzar de forma tan precipitada en aquel entorno con carros de combate comportaría grandes pérdidas, por cuanto no

había casa de las que daban a la carretera, ni huerto o jardín, ni siquiera arbustos en los que no pudiera esconderse un miembro de las Juventudes Hitlerianas o de la Volkssturm armado con un lanzagranadas. Los regimientos de fusileros de los ejércitos de choque 3º y 5º llegaron también aquella noche a los distritos de Malchow y Hohenschönhausen, situados al noreste de la ciudad.

A veinte kilómetros al sur de Berlín, en el gigantesco cuartel general subterráneo de Zossen, el ambiente se hallaba cargado de tensión. El día anterior, cuando había surgido la amenaza de la llegada de los tanques soviéticos procedentes del sur, el general Krebs había enviado al pequeño destacamento de defensa del OKH a investigar en vehículos de reconocimiento. Al segundo ayudante de Krebs, el capitán Boldt, lo despertó el teléfono a las seis de la mañana del 21 de abril. El teniente Kränkel, al mando del destacamento de defensa, acababa de ver a cuarenta tanques soviéticos subir por la carretera de Baruth en dirección a Zossen, y estaba a punto de enfrentarse a ellos. Boldt sabía que los carros ligeros de Kränkel no tenían probabilidad alguna de vencer a los T-34. Informó a Kerbs, quien telefoneó a la Cancillería del Reich con la intención de pedir permiso para trasladar el cuartel general. Hitler se negó. Poco antes de la reunión de las once de la mañana en la que se discutiría la situación de la guerra pudieron oírse con claridad los tanques que hacían tronar sus cañones a lo lejos. Un oficial del estado mayor observó que los rusos podían llegar a Zossen en cuestión de media hora. Volvió a llegar un mensaje de Kränkel por el que informaba del fracaso de su ataque y lo elevado de sus pérdidas. No quedaba nada con que detener a los tanques enemigos.

El general Krebs salió de su oficina. “Si están listos, caballeros...”, fueron las palabras con que dio comienzo a la última reunión de oficiales del estado mayor general de Alemania. A los participantes no les resultó nada fácil mantener sus pensamientos alejados de su inminente captura a manos de las fuerzas blindadas soviéticas y de los campos de prisioneros que los esperaban en Rusia. De pronto cesó el fragor del bombardeo: los tanques se habían detenido al norte de Baruth al quedarse sin combustible. Por fin, a la una de la tarde, telefoneó el general Burgdorf desde la Cancillería del Reich para ordenar que trasladasen el cuartel general del OKH a una base de la Luftwaffe situada en Eiche, cerca de Potsdam. Sus compañeros del OKW, en el búnker contiguo, debían dirigirse a la base de carros blindados de Krampnitz. La decisión se tomó justo a tiempo.

Un convoy más nutrido de vehículos y personal no esencial salió de Zossen y emprendió un azaroso viaje al suroeste para seguir después hasta Baviera. No sabían nada de las brigadas blindadas de Lelyushenko, que avanzaban delante de ellos. De cualquier manera, el ataque que sufrieron provenía de una de las últimas salidas de la Luftwaffe, ya que los pilotos confundieron sus vehículos con los del enemigo. La caravana menor se dirigía mientras tanto a Potsdam siguiendo una ruta paralela a la de los tanques de Lelyushenko.

Avanzada la tarde, los soldados soviéticos entraron en el campamento oculto en Zossen con tanta cautela como estupor. Los dos complejos, conocidos como Maybach I y Maybach II, se hallaban uno al lado del otro, escondidos tras árboles y redes de camuflaje. Lo que los llenó de sorpresa no fue la gran cantidad de papeles que volaban de un lado a otro en el interior de los bajos edificios de hormigón pintados en zigzag, sino la visita guiada que les ofreció el conserje. Los condujo a un laberinto de búnkeres subterráneos con galerías provistos de generadores, mapas de situación, filas enteras de teléfonos y teletipos. Lo que más los maravilló fue la central telefónica, que había mantenido en contacto a los dos cuarteles generales supremos con las unidades de la Wehrmacht en los tiempos en que el Tercer Reich se había extendido desde el Volga hasta los Pirineos y del Cabo Norte noruego al Sáhara. Además del conserje, los únicos que quedaban en el lugar eran cuatro soldados encargados de defenderlo. Tres de ellos se rindieron de inmediato, y el cuarto no pudo porque estaba borracho por completo.

De súbito sonó un teléfono, que contestó uno de los soldados rusos. Quien llamaba era, claro está, un jefe del ejército alemán que preguntaba qué estaba sucediendo. “Ha llegado Ivan”, respondió en ruso el soldado antes de mandarlo al infierno.

Al tiempo que los oficiales del estado mayor de Krebs se dirigían con una prisa indecorosa al lado occidental de Berlín, se extendió el rumor de que el general Weidling había trasladado asimismo su cuartel general a Döberitz, al norte justo de Potsdam. Todo esto desembocó dos días más tarde en una escena propia de comedia negra cuando Hitler quiso en primer lugar ejecutarlo por traición y cobardía, y acabó por nombrarlo comandante de la defensa de la capital del Reich.

Hitler tomó el bombardeo soviético de Berlín como la afrenta personal que, a juzgar por las consignas con que habían decorado los rusos en sus proyectiles, pretendía ser. Su reacción instintiva consistió en culpar a la Luftwaffe por permitir que sucediera. Amenazó al general Koller con ejecutarlo, aunque no era la primera vez que lo hacía. El hecho de que las fuerzas aéreas apenas contasen ya con aparatos que pudieran ser de utilidad y no dispusiesen siquiera de combustible no le importó en absoluto. Estaba convencido de que la ira le proporcionaba inspiración. Los intentos de rodear la ciudad que estaban llevando a cabo los soviéticos desde el norte dejaban al descubierto su flanco derecho, por lo que decidió ordenar un contraataque y hacerlos trizas. Recordó, merced al mapa de situación, que el tercer cuerpo de las SS Germanische, al mando del teniente general Felix Steiner, se hallaba al noroeste de Eberswalde, y se negó a aceptar que Heinrici hubiese destinado ya la mayor parte de sus divisiones a ayudar al 9º ejército. El cuerpo de Steiner, a decir del cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula, consistía tan sólo en "tres batallones y unos cuantos tanques"13.

Ajeno a la realidad, Hitler comenzó a hablar del Destacamento Militar Steiner, presuntuoso título que resultaba ambicioso aun para él. Sostenía que, en cualquier caso, podría reforzarse con todas las unidades del 101º cuerpo que se habían replegado al norte de Berlín. Pensó incluso en la guardia de la Luftwaffe que servía a Goering en Karinhall, bien que éstos ya habían partido. Había que hacer luchar a todo soldado de tierra, marinero o piloto que pudiera reunirse, y el comandante que refrenase a sus hombres se arriesgaba a ser ejecutado en el plazo de cinco horas. Hitler había considerado siempre sagrada la máxima de Federico el Grande: "Aquel que lance a su último batallón hacia la lucha será el vencedor". A su imaginación se le hacía cierto que el apostar de forma insensata las vidas de los demás era señal de grandeza.

Al recibir la llamada telefónica del búnker del Führer, Steiner quedó pasmado por la orden de atacar. Tras poner en orden sus ideas, llamó a Krebs para recordarle cuál era la situación real, pero éste se hallaba casi al lado de Hitler. De cualquier manera, ya era demasiado tarde. Steiner recibió una orden oficial para lanzar un contraataque en dirección al flanco derecho del primer frente bielorruso. También lo amenazaron con ejecutarlo junto con sus oficiales si se negaba a obedecer. Cuando lo supo Heinrici poco después, no dudó en telefonear a la Cancillería del Reich para protestar ante tamaña locura. Krebs lo informó de que ya se había tomado una decisión y de que no podía hablar con el Führer, que se hallaba demasiado ocupado en esos momentos.

Durante el transcurso de esa noche de disparates, Hitler retiró al general Reymann el mando de la defensa de Berlín. El general Burgdorf había convencido a Hitler de su incompetencia, y Goebbels le había tomado antipatía desde que se negó a trasladar su cuartel general al búnker del Zoo, contiguo al suyo, del que disfrutaba en calidad de comisario del Reich para la defensa de Berlín. Al final, a Reymann lo hicieron comandante de una raquítica división de Potsdam que llevaba el título de grupo de ejércitos del Spree. Se barajaron dos nombres para sustituirlo, pero fueron rechazados. Entonces Hitler eligió a un tal coronel Käther, que tenía en su haber como principal mérito para desempeñar el cargo que resultaba ser *Führungsoffizier* jefe del Partido Nazi, el remedo nacionalsocialista del comisario militar soviético. Käther se vio ascendido a general de división y luego a teniente general, aunque el nombramiento se canceló al día siguiente. En consecuencia, Berlín se hallaba sin comandante en el preciso momento en que el Ejército Rojo accedía al extrarradio de la ciudad.

A Zhukov, el ritmo del avance le seguía pareciendo demasiado lento. El domingo, 22 de abril, había sido la fecha fijada para capturar la capital del Reich; sin embargo, las divisiones que iban en

cabeza seguían en la periferia de la ciudad. Aquella mañana envió el siguiente mensaje a los comandantes de sus ejércitos: “La defensa de Berlín cuenta con una organización débil, pero nuestras tropas progresan con gran lentitud”[14]. Entonces ordenó “seguir avanzando las veinticuatro horas del día”[15]. De cualquier manera, aquel día era el aniversario del nacimiento de Lenin, lo que animó a que los departamentos políticos distribuyeran un número mayor de banderas rojas destinadas a izarse sobre los edificios más importantes como símbolo de la victoria.

A los rusos no les impresionó gran cosa la visión del Spree. Un oficial lo describió como “un riachuelo sucio y cenagoso”[16]. Con todo, y de igual manera que había subestimado el poder defensivo de las cumbres de Seelow, Zhukov pasó por alto la red de ríos, canales y lagos que se extendía en aquella área boscosa de Brandeburgo. El avance, de cualquier modo, no llevó demasiado tiempo gracias a la pericia de las compañías de reconocimiento en lo referente a los ataques efectuados a través de ríos, adquirida durante los dos años anteriores, así como a la destreza en la construcción de puentes y la valentía de que daban muestras los zapadores soviéticos. El primer ejército blindado de guardias se preparaba para construir un pontón que atravesara el Spree relativamente cerca de Köpenick.

El 8º ejército de guardias estaba obligando, en colaboración con las fuerzas blindadas, al 56º cuerpo de Weidling a replegarse en dirección a la ciudad sin siquiera darse cuenta. A su derecha, el 5º ejército de choque avanzaba en dirección al extrarradio oriental, y más arriba, el 3º recibió órdenes de hacer otro tanto en dirección al septentrional para después dirigirse hacia el centro. A la derecha de éste se hallaba el 2º ejército blindado de guardias, que debía entrar a la ciudad a través de Siemensstadt para encaminarse a Charlottenburg. Por último, el 47º ejército se dirigió, tras dejar anonadados a los prisioneros de guerra franceses recluidos en Oranienburg con sus carros y sus camiones cisterna tirados por camellos, más hacia el oeste a fin de rematar el cerco de la mitad septentrional de la ciudad.

A primera hora de la mañana de aquel domingo, el general Weidling convocó a los comandantes de sus divisiones con objeto de discutir con ellos la situación. Todos excepto uno querían abrirse camino en dirección sur para unirse al general Busse y a los otros dos cuerpos del 9º ejército. Quien no estaba de acuerdo con esta idea era el general de brigada Ziegler, de la división Nordland de las SS, que no hizo nada por ocultar, ante la indignación de Weidling, sus deseos de volver a reunirse con Steiner. Nadie sabe si esto se debió en exclusiva a la actitud tribal de las SS o si pretendía asimismo replegar a sus voluntarios escandinavos hacia la fortaleza de que disponía la organización cerca de la frontera danesa.

La Nordland prosiguió su defensa de Mahlsdorf y de la entrada de Berlín a través de la Reichstrasse I. En Friedrichsfelde, uno de sus destacamentos logró reunir a un grupo de prisioneros de guerra franceses y los obligó a cavar trincheras a punta de pistola. Tras una serie de ataques a mitad del día, la división se replegó en dirección a Karlshorst. Uno de sus destacamentos se atrincheró al lado del hipódromo, donde establecieron posiciones de morteros. Con todo, no hubo de pasar mucho para que se encontraran acosados por un fuego intenso de proyectiles soviéticos que “estallaban en las tribunas y en los bloques de establos”[17].

Por entonces se había cumplido casi una semana desde que los soldados habían visto sus últimos víveres de reserva, que en ocasiones no consistían sino en una lata de queso fundido, un Dauerbrot, o “pan de larga duración”, y una cantimplora de café o té. En esos momentos, lo mejor que podían esperar era una lata de carne de cerdo olvidada en los anaqueles de una casa abandonada que abrían a golpes de bayoneta. Estaban sucios y sin afeitar, y tenían los ojos inyectados en sangre.

Las condiciones eran aún peores para el grueso del 9º ejército, que se hallaba al sureste de aquéllos. Las órdenes de mantener la línea de frente del Oder emitidas por Hitler no tenían sentido. Lo que quedaba del 11º cuerpo de *Panzer* de las SS, el 5º de montaña de la misma organización y la guarnición de Frankfurt comenzó a batirse en retirada hacia el Spreewald en diversas direcciones. Los hombres avanzaban en grupo o en solitario: quedaban pocas unidades formadas, y apenas

ninguna era capaz de recibir órdenes del cuartel general de Busse. Los vehículos quedaban abandonados en el camino en cuanto se quedaban sin combustible.

De cuando en cuando se quedaba en la retaguardia un destacamento encargado de cubrir a los que iban delante. Con todo, la resistencia no duró. Reinhard Appel, uno de los miembros de las Juventudes Hitlerianas que recibieron la instrucción en el estadio olímpico, formaba parte de un grupo destacado para reemplazar a los soldados de las SS pertenecientes a la división 30. Januar, que se hallaba cerca de Müllrose. Un sargento veterano, lleno de condecoraciones del frente oriental, le salvó la vida: Mientras avanzaban las tropas soviéticas, Appel se había levantado para lanzar una granada en un intento desesperado de vender cara su vida. El sargento lo aferró por el brazo y le arrancó el proyectil de la mano mientras le indicaba a gritos que era una insensatez hacerse el valiente en una posición con tan pocas esperanzas como aquélla, pues los rusos se limitarían a aniquilar a todo el que se encontrara en el búnker. Entonces ató a un palo un pañuelo blanco y levantó los brazos en señal de rendición al ver aparecer a los soldados soviéticos armados de metralletas. Con gritos de: *Voina kaputt!* ("Se acabó la guerra") y Gitler kaputt!, los rusos se abalanzaron sobre ellos para despojarlos de sus armas y, tras arrojar éstas a un lado, de sus relojes. Entonces hicieron marchar a los jóvenes y al viejo sargento en dirección este, hacia el Oder.

A ochenta kilómetros a sus espaldas, habían llegado a Königswusterhausen la noche anterior los destacamentos de reconocimiento del tercer ejército blindado de guardias. Esto quería decir que habían avanzado ciento setenta y cuatro kilómetros en menos de seis días. Del 8º ejército de guardias de Chuikov, que se encontraba en la ribera septentrional del Müggelsee, los separaba una red de lagos conectados por vías navegables. Los dos ejércitos soviéticos y esta barrera suponían el cerco efectivo del 9º ejército alemán del general Busse.

El mariscal Konev, avisado por mediación del reconocimiento aéreo del cúmulo de tropas enemigas que se encontraba en el Spreewald, situado a su derecha, aceleró el avance en camiones del 28º ejército 18. Estas divisiones tenían la misión de rellenar el hueco que había quedado entre el tercer ejército de guardias de Gordov, que estaba acabando de eliminar a las fuerzas alemanas apostadas en torno a Cottbus, y el tercer ejército blindado de guardias, que avanzaba hacia Berlín. Konev decidió reforzar el ejército blindado de Rybalko con un cuerpo de artillería ("un poderoso martillo") que acelerase el proceso y una división antiaérea.

Para la noche del 22 de abril, los tres cuerpos de Rybalko habían alcanzado el canal de Teltow, en el borde meridional del perímetro defensivo de Berlín. Los defensores de la ciudad quedaron "sorprendidos por completo al encontrarse cara a cara con los tanques rusos"19. Un informe del tercer ejército blindado de guardias describió su llegada como algo tan inesperado "como la nieve a mediados de verano" en un desacostumbrado estilo poético 20.

Las comunicaciones alemanas eran tan malas que ni siquiera el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula sabía nada de este avance, y "no se hizo nada por retirar las provisiones" que se guardaban en un gran almacén de la Wehrmacht en el lado meridional del canal. "Por el contrario, ni siquiera cuando el primer tanque ruso se hallaba a pocos centenares de metros permitió el administrador que se distribuyesen las raciones entre los soldados de la Volkssturm de la orilla septentrional del canal porque no se había rellenado un certificado de regulación". En lugar de eso, prendió fuego a las provisiones.

El 9º cuerpo mecanizado había avanzado a través de Lichtenrade, el 6º cuerpo blindado de guardias había capturado Teltow y, poco más a su izquierda, el 7º había tomado Stahnsdorf. Más al oeste, a tan sólo diez kilómetros de Potsdam se encontraba parte del 4º ejército blindado de guardias de Lelyushenko. Algo más lejos, otros dos de sus cuerpos serpeaban cerca del extremo occidental de Berlín, a menos de cuarenta kilómetros del 47º ejército de Zhukov, que se acercaba procedente del norte.

Los prisioneros franceses recluidos en Stalag III, cerca del canal de Teltow, disfrutaban de un momento de calor propio de la primavera cuando echaron a correr hacia el perímetro de alambre de espino. "A las cinco de la tarde, más o menos —recordó uno de ellos— apareció el primer soldado

ruso. Caminaba erguido, con aire desenfadado, y llevaba la metralleta a la altura de la cintura, lista para disparar. Recorría la cuneta de la carretera, y ni tan sólo se molestó en mirar a nuestro campo de concentración" 21. Mas no hubo de pasar mucho tiempo antes de que se introdujeran en el lugar los oficiales soviéticos. Entonces ordenaron a los presos soviéticos que formaran filas, tras lo cual les repartieron fusiles y metralletas con la intención de que entrasen en acción de inmediato.

Otro prisionero de guerra francés que se encontraba en la zona sureste de la ciudad vio a "un miembro de las Juventudes Hitlerianas de trece o catorce años, con el rostro infantil a pesar del casco, metido en una trinchera individual y aferrado con gesto torpe a un bazuca". El muchacho parecía tener la certeza de que aquel agujero se convertiría en su tumba al día siguiente.

Durante el rápido avance que habían protagonizado en dirección norte, las brigadas blindadas de Konev habían adelantado a un buen número de carros cargados de civiles; de entre ellos no eran pocos los que, vistos de cerca, resultaban ser soldados alemanes con los uniformes ocultos. Los soldados que consiguieron escabullirse hacia el oeste a través de la retaguardia del 4º ejército blindado de guardias de Lelyushenko hicieron correr la voz de su avance. Además de los tres cuerpos que rodeaban la capital del Reich desde el oeste, el 5º cuerpo mecanizado de guardias avanzaba en dirección al Elba, listo para bloquear cualquier intento por parte del 12º ejército alemán de Wenck de reunirse con el 9º de Busse.

En el complejo hospitalario improvisado en el cuartel cercano a Beelitz—Heilstätten, la hermana Ruth Schwarz, que había colaborado en la evacuación de los niños enfermos de Potsdam, quedó horrorizada al saber el 21 de abril que los rusos habían llegado a Jüterbog, por lo que se encontraban a menos de cuarenta kilómetros. Por las diversas salas se distribuyeron entonces raciones de chocolate, embutido y pan tostado. En cada una de las habitaciones de las enfermeras dormían al menos cuatro de ellas, con la esperanza de que eso las protegiese cuando llegaran los soldados rusos. Sus "corazones latían aterrorizados" ante las noticias del avance soviético.

El 22 de abril oyeron que el Ejército Rojo había llegado a Schönefeld, a tan sólo diez kilómetros. La madre superiora Elisabeth von Cleve, que había llegado con parte del estado mayor y los pacientes adultos desde Potsdam, dispuso un altar con velas e hizo que llevasen a cientos de enfermos para llevar a cabo una ceremonia improvisada a fin de proporcionarles consuelo. Cuando cantaron *Ein feste Burg ist unser Gott*, los ojos de los presentes se llenaron de lágrimas. Al parecer, su única esperanza radicaba en los rumores de que Beelitz—Heilstätten había sido declarada zona internacional bajo supervisión suiza. Sin embargo, ésta también se desvaneció a la mañana siguiente, cuando oyeron que las tropas soviéticas habían llegado a Beelitz y se habían lanzado a "saquear, quemar y violar". "Busqué enseguida mis tijeritas para las uñas por si se presentaba la emergencia más espantosa", recordaba la hermana Ruth Schwarz. Las enfermeras, por su parte, siguieron con su trabajo 22.

Las autoridades militares soviéticas tenían sus propios problemas en las zonas de retaguardia. Los grupos de oficiales y soldados alemanes a los que habían evitado en las cumbres de Seelow intentaban escabullirse en dirección oeste. Buscaban comida con desesperación, y tendían emboscadas a los carros de aprovisionamiento tirados por caballos e incluso a soldados individuales del Ejército Rojo, a quienes robaban las bolsas del pan 23.

En esos momentos en que se aproximaba el punto culminante de la guerra, los regimientos de fusileros del NKVD seguían reaccionando con sus sospechas y su desmesura acostumbradas. "El 22 de abril —declaró uno de estos regimientos—, Maria Mazurkevich, cocinera del Ejército Rojo, se encontró a una serie de oficiales de cierta división para la que había trabajado con anterioridad, y subió en el coche con ellos. Eso quiere decir que ha desertado, por lo que estamos haciendo todo lo posible por encontrarla"24. Esto sucedía en un momento en que apenas se hacía nada por detener las violaciones, el pillaje e incluso el asesinato.

Vasily Grossman, que regresaba al primer frente bielorruso desde Moscú, llegó a través del cuartel general de Zhukov en Landsberg. "Los niños juegan a los soldados en la terraza de una casa —apuntó en su cuaderno—. Esto sucede en el mismo instante en que se derrumba en Berlín el

imperialismo alemán, y aquí, los niños, armados de espadas de madera y palos, con sus largas piernas, el cabello corto en la nuca y el flequillo intonso, gritan, saltan, brincan y hacen gestos de apuñalarse unos a otros... Es algo eterno, que nunca podrá eliminarse de la condición del ser humano". Con todo, este espíritu pesimista no duró mucho, pues el escritor encontró Brandeburgo bañado por los rayos del sol y quedó impresionado por las casas de campo cercanas a la capital del Reich. "Todo —anotó— está cubierto de tulipanes, lilas, manzanos, ciruelos..., y los pájaros cantan: la naturaleza parece no sentir lástima por los últimos días del fascismo". Observó una columna de antiguos prisioneros de guerra que avanzaban en carros, a pie, ayudándose de bastones, empujando cochecitos y carretillas. También desplegaban banderas nacionales. "Los poilus franceses se las han ingeniado para conservar sus pipas", señaló 25.[*]

Uno de los signos de la caída del fascismo fue el desmoronamiento cada vez más acelerado de los servicios propagandísticos alemanes. El 21 de abril callaron la Agencia Transoceánica de Noticias y la emisora Reichsender Berlin. Al día siguiente, los nacionalistas irlandeses que respaldaban el nacionalsocialismo en la Irland—Redaktion culparon a británicos y estadounidenses de estar reduciendo Europa a una zona de influencia soviética. Esta fue su última emisión, dado que la transmisora de Nauen cayó en manos del enemigo dos días después.

Cada vez era mayor el número de berlineses que se arriesgaban a sintonizar la BBC en sus equipos de radio e incluso se atrevían a comentar sus noticias. Con todo, los cortes de electricidad estaban imponiendo una censura sobre las emisiones extranjeras más efectiva que la que jamás había logrado el estado policial. Londres tenía poca idea de la gran ofensiva soviética, pero su anuncio de la liberación del campo de concentración de Sachsenhausen-Oranienburg, situado a poca distancia del norte de Berlín, daba buena cuenta del avance del Ejército Rojo y de su intención de rodear la ciudad. La descripción de los horrores con que se habían encontrado allí los soviéticos permitía también hacerse una idea de las acciones de venganza a las que habría de enfrentarse la capital del Reich. De cualquier manera, nada fue capaz de impedir a la mayor parte de los berlineses persuadirse de que las historias que se narraban acerca de los campos de concentración formaban parte de la propaganda del enemigo.

Aparte de las emisiones que podían recibirse en las radios que funcionaban con pilas y algunos carteles que informaban sobre las raciones, la mayoría de las noticias circulaba de boca en boca, con lo que cada vez se hacía más difícil distinguir la verdad de los simples rumores. La ciudad se vio inundada de una irrealidad propia de una pesadilla mientras esperaba a su destino en aquel día de brillante sol primaveral e intensos chubascos.

Las comparaciones con su reciente posición en cuanto capital imperial de la Europa ocupada resultaban inevitables una vez que sus grandiosos edificios quedaron reducidos a meras fachadas cuyas ventanas superiores permitían divisar el cielo a su través. Por otra parte, la decadencia del poder militar mecanizado quedó subrayada por la visión de los soldados alemanes que conducían carros de heno tirados por pequeños caballos polacos.

El constante ruido de fondo provocado por el bombardeo de la artillería de Kazakov puso a prueba los nervios de los ciudadanos. Estos pudieron comprobar que la expresión de "el tronar de los cañones" no era uno de los lugares comunes rimbombantes propios de la guerra, sino una descripción precisa por completo. El ruido se extendía y retumbaba por todos lados —y sobre todo en los patios traseros de los edificios— como si se tratara de una tormenta. Todos tenían miedo, aunque las mujeres tenían más motivos para estar aterrorizadas. Una mujer anónima señaló en su diario que a pesar de que las mujeres discutían en las colas de racionamiento cada uno de los avances del enemigo, había siempre algo en lo que todas estaban de acuerdo: "A ninguna se le ocurría hablar de "eso"". "Vivimos tiempos extraños —añadía en el libro mayor que le hacía las veces de diario—. Estamos viviendo el proceso de creación de la historia, cosas que un día

[*] Poilu: "peludo", adjetivo francés que se empleaba para designar a los soldados de esta nacionalidad que lucharon en la primera guerra mundial. Aquí, el uso se hace extensivo a los combatientes de la segunda. (*N. del t.*)

podremos leer en los manuales. Con todo, mientras los vivimos, todo acaba disolviéndose en preocupaciones y miedos de segundo orden. La historia es muy pesada. Mañana iré a buscar ortigas e intentaré encontrar carbón”26.

Hitler, por otra parte, ya se había dado cuenta de que la historia era lo único que le quedaba, bien que su idea de historia se hallaba fatalmente dominada por un obsesivo deseo de inmortalidad. A diferencia de Himmler, no hizo nada por cambiar su imagen por mediación de concesiones. Por el contrario, intensificó su adicción al derramamiento de sangre y la destrucción. Una de las razones principales que lo llevó a permanecer en Berlín es fácil de comprender: la Caída de Berchtesgaden no sonaba ni mucho menos como la Caída de Berlín. Tampoco ofrecía imágenes tan espectaculares de monumentos hechos añicos y edificios en llamas.

Durante la noche del 21 de abril, Hitler estuvo a punto de sufrir un síncope tras ordenar el contraataque de Steiner. Su médico, Morell, lo encontró tan decaído que sugirió reanimarlo con una inyección. El se puso hecho una furia: estaba convencido de que los generales pretendían drogarlo con morfina y enviarlo a Salzburgo en un avión. Parece ser que, cuando no se hallaba reunido para discutir la situación de la guerra, pasaba la mayor parte del día y de la noche en el búnker, sentado en su habitación y sumido en sus pensamientos, a menudo con la mirada fija en el retrato de Federico el Grande, que se había convertido en un icono para él.

Durante la mayor parte de la mañana del 22 de abril, Hitler pidió con aire febril noticias acerca del ataque de Steiner desde el norte. Entonces dijo al general Koller, jefe del estado mayor de la Luftwaffe, que enviase a algunos aviones para que comprobaran que las tropas de aquél habían comenzado a moverse. Se puso en contacto con Himmler por ver si sabía algo, pero éste no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo. Al igual que su camaleónica eminencia, el *Grüppenführer* Walter Schellenberg, Himmler seguía obsesionado con la idea de llevar a cabo en secreto acuerdos con los Aliados occidentales por mediación del conde Bernadotte. El *Reichführer* de las SS se limitó a dar con cautela una respuesta optimista a la que el dirigente nazi se aferró como si fuera un hecho.

En la reunión celebrada a mediodía, empero, Hitler tuvo la certeza de que Steiner no se había movido. Las fuerzas soviéticas, además, habían roto el anillo defensivo al norte de la ciudad. El Führer comenzó a gritar a voz en cuello, convencido de que las SS se habían sumado a la traición del ejército. Se hallaba más alterado aún que durante sus discusiones con Guderian, y acabó por desplomarse en un sillón, exhausto y gemebundo. Por primera vez reconoció de forma abierta que la guerra estaba perdida. Keitel, Jodl, Krebs y Burgdorf estaban conmovidos. El dirigente nazi siguió diciendo que, ya que no podía morir luchando, debido a la debilidad que lo aquejaba, se pegaría un tiro a fin de evitar caer en manos del enemigo.

Trataron de persuadirlo a que se trasladara a Berchtesgaden, aunque él ya se había decidido. Ordenó a Keitel, Jodl y Bormann que se dirigieran al sur, mas ellos se negaron. También les dijo que todo el que quisiera marcharse podía hacerlo: él pensaba quedarse en Berlín hasta el final, y quería que se anunciase de forma oficial.

Se convocó a Goebbels a la Cancillería del Reich a fin de que intentara convencerlo de que debía marcharse, aunque éste era la última persona que podría hacerlo, pues él mismo había decidido ya que se quedaría. Estuvo un tiempo hablando a solas con Hitler en su habitación e intentando que se calmara. Entonces salió para comunicar a los que esperaban en el exterior que el Führer le había pedido que llevase a su familia al búnker. Todo apuntaba a que durante la conversación había dicho al dirigente nazi que había decidido junto con su esposa, Magda, que ambos se suicidarían después de acabar con las vidas de sus seis hijos.

Los que lo aguardaban angustiados vieron con sorpresa a Hitler salir de su habitación más calmado. Jodl había sugerido que se hiciese regresar al 12º ejército del general Wenck, que en aquellos momentos se enfrentaba a los estadounidenses en el Elba, para que socorrieran a la capital del Reich. Al Führer le pareció buena idea. “El mariscal de campo Keitel —escribió Jodl— recibió órdenes de coordinar las acciones del 12º ejército y del 9º, que estaba intentando romper su

cerco”[27]. Keitel se ofreció a marcharse de inmediato, pero Hitler insistió en que tomase asiento mientras los sirvientes le llevaban algo para comer, así como algunos emparedados para el viaje, media botella de coñac y chocolate a modo de víveres de reserva. Luego, el mariscal de campo salió en dirección al cuartel general de Wenck, y Jodl tomó el camino de la nueva base del OKW en Krampnitz, al norte de Potsdam.

El debate acerca del grado de cordura o locura de Hitler nunca se resolverá por completo. Con todo, el coronel De Maizière, que se hallaba presente aquella noche del domingo, 22 de abril, y que lo había observado con atención durante numerosas reuniones, estaba persuadido de que “su enfermedad mental consistía en una identificación hipertrófica con el pueblo alemán”[28]. Tal vez esto pueda proporcionar una explicación de por qué estaba convencido de que la población de Berlín debía compartir con él su suicidio. Sin embargo, también daba la impresión de que las víctimas entre sus propios hombres le producían igual placer que las que se producían en el bando enemigo. “¡Las pérdidas nunca pueden ser demasiado altas! —había gritado al mariscal de campo Von Reichenau en 1942, cuando éste le informó del considerable número de bajas sufrido por la Leibstandarte Adolf Hitler de las SS—. Al fin y al cabo, no hacen sino sembrar las semillas de la gloria futura”[29].

La operación Seraglio, nombre con que se conocía a la evacuación a Berchtesgaden, comenzó a acelerarse. Se organizó una partida que debería salir hacia esta ciudad al día siguiente. El almirante Von Puttkammer, ayudante naval de Hitler, tenía la misión de destruir todos los documentos públicos que Hitler guardaba en la residencia de Berghof. Julius Schaub, ayudante personal del Führer, que se había ocupado de todos los papeles de la Cancillería del Reich y del búnker construido bajo ésta, debía hacer otro tanto con toda su correspondencia privada. Dos de las cuatro secretarias habían sido ya enviadas al sur. El doctor Morell, que al parecer estaba temblando de miedo, se las ingenió para sumarse a la partida, y tomó consigo un baúl lleno de informes médicos sobre el dictador.

Los servicios de información de los Aliados oyeron rumores mucho más extravagantes relativos a la huida de Berlín. El Departamento de Estado en Washington recibió una advertencia de su embajada en Madrid, según la cual “los jefes están planeando llegar a Japón tras hacer escala en Noruega, adonde les llevarán aviones Heinkel 177. Allí les espera una serie de aeroplanos (Viling, seguramente) que volará a Japón sin escalas”[30]. No cabe duda de que se trataba de una ilusión de los nazis que había en España y que hablaban también de submarinos que tenían la misión de llevar comida a Alemania y tal vez de sacar de allí a los dirigentes nazis. “En Suiza existen varios hospitales en los que se ingresa a alemanes haciendo ver que están enfermos o heridos. En realidad, se trata de personalidades importantes a las que hay que salvar”. La afirmación de que “hay aviones alemanes camuflados que siguen trayendo [a España] a personas destacadas”, sin embargo, se acercaba mucho más a la verdad [31]. Pierre Laval, antiguo primer ministro de la Francia de Vichy, se hallaba entre los que volaron de Alemania a Barcelona en Junkers que no portaban identificación alguna. Franco se sintió obligado a devolverlo a Francia, aunque hubo cierto número de alemanes que lograron asilo.

El éxodo hizo que quedasen habitaciones libres en la Cancillería del Reich y en el búnker de debajo. El comandante Freytag von Loringhoven, que se había trasladado a este último junto con el general Krebs, observó que el sistema de ventilación funcionaba bien. Sin embargo, en la diminuta sala de reuniones, el aire se tornaba casi irrespirable cuando se metían quince o veinte personas. Hitler era el único que tomaba asiento. Los otros se hallaban de pie, aunque en ocasiones estuviesen casi dormidos. El bombardeo comenzó a provocar el resquebrajamiento de las paredes, por cuyas grietas se filtraba el polvo que flotaba en el aire. Puesto que en el búnker inferior del Führer estaba terminantemente prohibido fumar, los que ansiaban un cigarrillo debían subir como podían al búnker superior. A pesar de estos inconvenientes, el refugio y los sótanos de la Cancillería del Reich contaban con una “soberbia reserva” de alimento y alcohol [32]. Las generosas provisiones de bebidas no contribuyeron a aclarar los pensamientos. “En el búnker —recuerda el coronel De

Maizière— reinaba una atmósfera de desintegración. Uno veía por todos lados ebriedad y abatimiento, así como hombres de todos los rangos que actuaban de un modo frenético. La disciplina había dejado de existir”33. Esta disipación contrastaba de un modo asombroso con la idea que tenían los nazis de los valores familiares, lo que se puso de relieve con la llegada de frau Goebbels y sus seis hijos. Con todo, ambas tenían en común los mismos rasgos de sentimentalismo, autocompasión y brutalidad.

Freytag von Loringhoven se hallaba en el rellano inferior de las escaleras de hormigón cuando vio de súbito a Magda Goebbels descender por ellas seguida de su prole. Tenía todo el aspecto de una dama. Helga, Hilde, Helmut, Holde, Hedda y Heide, los seis hijos del matrimonio, tenían edades comprendidas entre los cinco y los doce años. Todos sus nombres empezaban por la misma letra, lo que no pretendía imitar a los buques de guerra, sino honrar el lugar del alfabeto que ocupaba el nombre del Führer. Bajaron las escaleras como escolares que caminasen en doble fila. Sus semblantes pálidos contrastaban con sus abrigos oscuros. Helga, la mayor, tenía un aspecto muy triste, aunque no lloró en ningún momento. Hitler conocía la decisión que habían tomado Joseph y Magda Goebbels de matar a sus hijos antes de suicidarse, y la aprobaba. Esta muestra de lealtad total lo llevó a obsequiarla con su propia insignia dorada del Partido Nazi, que siempre llevaba prendida a su guerrera. La llegada de los niños al búnker cayó como un jarro de agua sobre la ebriedad de los presentes. Todos los que los veían entrar eran conscientes de que morirían a manos de sus padres para formar parte del Führerdämmerung, “el ocaso del Führer”.

Tras este terrible revuelo emocional de primeras horas de la tarde, Hitler permaneció en la pequeña sala de estar de su búnker con Eva Braun. Entonces convocó a las dos secretarias que quedaban, Gerda Christian y Traudl Junge, a su especialista en dietética austríaca, Constanze Manzialy, y a la secretaria de Bormann, Elsa Krüger. Hitler les dijo que debían prepararse para salir en dirección a Berghof al igual que las demás. Eva Braun sonrió y se dirigió hacia él. “Sabes que nunca voy a abandonarte —le dijo—. Yo me quedo a tu lado”. Entonces bajó la cabeza para besarlo en la boca delante de todos, algo que asombró a los que lo conocían.

Traudl Junge y Gerda Christian manifestaron su intención de quedarse también, y Hitler las miró con cariño. “Ojalá mis generales hubieran sido tan valientes como vosotras”, observó, tras lo cual les repartió píldoras de cianuro a modo de regalo de despedida 34.

Supuestamente, Eva Braun mecanografió una última carta a su mejor amiga, Herta Ostermayer, que iría acompañada de todas sus joyas. Uno de los hombres que estaban a punto de volar hacia el sur se encargaría de llevar el paquete. En la carta refería a Herta que las joyas debían distribuirse de acuerdo con su última voluntad. Lo que sacasen por ellas ayudaría a los amigos y familiares a mantener la cabeza “por encima del agua” durante los días que se avecinaban.

“Perdóname si la carta resulta un poco confusa —escribió—, pero tengo alrededor a los seis hijos de Goebbels y no hay forma de que se estén callados. ¿Qué más te puedo decir? No logro entender cómo ha acabado todo así, pero en estos momentos resulta imposible seguir creyendo en Dios”35.

19
La ciudad de los bombardeos

El 23 de abril, la estación emisora que controlaban los nazis en Praga afirmó que la decisión que había adoptado Hitler de permanecer en la capital del Reich confería a "la batalla una significación europea"[1]. Esa misma mañana, el titular del diario del tercer ejército de choque rezaba: "¡Alégrate, Madre Patria! ¡Ya estamos en las calles de Berlín!". El nacionalsocialismo reivindicaba una causa internacional, en tanto que el comunismo internacional se había vuelto profundamente patriótico.

Para la población civil de la capital, las causas ideológicas habían dejado de tener sentido: lo que importaba bajo el bombardeo no era otra cosa que sobrevivir. Con todo, aún quedaba por llegar lo peor: el general Kazakov se dirigía a la estación de Schlesicher, situada al este de la ciudad, con un cargamento de cañones de asedio de 600 milímetros que transportaba a través de las vías de ferrocarril a las que habían dotado de un ancho especial. Cada proyectil pesaba media tonelada [2].

Uno de los refugios más amplios de la ciudad, aparte de las tres torres antiaéreas, era el búnker de la estación de Anhalter, cercana a la estación principal. Estaba construido de hormigón armado y contaba con tres plantas por encima del nivel de la calle y otras dos subterráneas. Sus muros llegaban a alcanzar un grosor de cuatro metros y medio. Las autoridades habían proporcionado asientos y mesas de pino, así como provisiones de emergencia de sardinas en lata, aunque ni aquéllos ni éstas habían durado demasiado, habida cuenta de la escasez de combustible y alimentos. La gran ventaja con que contaba el búnker de Anhalter era su comunicación directa con los túneles del U-Bahn, aun cuando los trenes hubiesen dejado de funcionar, ya que los refugiados tenían la posibilidad de caminar los cinco kilómetros que los separaban de la NordBahnhof sin necesidad de exponerse.

Las condiciones en el interior del búnker se tornaron insoportables cuando hubieron de embutirse más de doce mil personas en tres mil seiscientos metros cuadrados. La aglomeración era tal que nadie habría sido capaz de llegar a los lavabos ni siquiera si hubiesen estado abiertos. Una mujer afirmaba haber pasado seis días en un mismo escalón. Para un pueblo tan acostumbrado a la higiene como el alemán, aquélla fue una experiencia durísima; no obstante, los cortes en el suministro de agua convirtieron el aplacar la sed en una prioridad mucho más acuciante. En el exterior de la estación había aún una bomba en funcionamiento, y las jóvenes que se hallaban cerca de la entrada se arriesgaban de cuando en cuando a salir corriendo con un cubo para recoger agua. Muchas de ellas fueron abatidas, dado que la estación era un objetivo prioritario para la artillería soviética. Sin embargo, las que regresaban con vida se hacían objeto de la eterna gratitud de los que se hallaban demasiado débiles para poder buscarla en persona, o intercambiaban sorbos de agua por alimento a los que no tenían valor para correr aquel riesgo por sí mismos.

En las barreras antitanque erigidas en las principales intersecciones se habían apostado miembros de la Feldgendarmerie para comprobar los documentos de quien pasase y arrestar y ejecutar a todo aquel que pretendiera desertar. En los sótanos era cada vez mayor el número de oficiales y soldados alemanes que aparecían con ropas de paisano. "De pronto la deserción se presenta como algo natural, casi encomiable", escribió en su diario una mujer aquella mañana del lunes, 23 de abril [3]. Recordó a los trescientos espartanos de Leónidas que murieron en las Termópilas y de los que tanto había oído hablar en la escuela. "Tal vez haya trescientos alemanes aquí y allí dispuestos a comportarse de modo similar, pero no lo harán tres millones. Cuanto mayor es la multitud, menores resultan las oportunidades de un heroísmo propio de libro de texto. Por naturaleza, las mujeres

tampoco apreciamos en gran medida estas hazañas: somos sensatas, prácticas y oportunistas. Preferimos a los hombres vivos".

Cuando salió en busca de carbón aquella misma mañana a través de las vías del S-Bahn, se encontró con que ya habían bloqueado el túnel que daba al sur a modo de defensa ante los rusos que se hallaban en el extremo meridional de la ciudad. Los civiles que había a su alrededor le dijeron que en la otra boca del túnel habían ahorcado a un hombre acusado de deserción. Al parecer, los pies del ajusticiado habían quedado a poca distancia del suelo, y algunos niños se habían estado entreteniendo en dar vueltas al cadáver para dejar después que girase sobre sí mismo.

Al volver a casa, quedó horrorizada ante la visión de "niños de expresión tierna que asomaba bajo enormes cascos de acero... diminutos y escuálidos, vistiendo uniformes demasiado grandes para ellos". Se preguntó por qué se sentía tan indignada ante "tal abuso de la infancia", mientras que si hubiesen sido algunos años mayores habría experimentado una pena mucho menor, y llegó a la conclusión de que al enviar a la batalla a seres humanos que aún no habían madurado se había transgredido alguna ley de la naturaleza, que vela por la supervivencia de las especies. El que se hubiese dado este paso era "un claro síntoma de locura".

Tal vez a modo de efecto secundario de esta ley que vinculaba la muerte a la madurez, la llegada del enemigo a la periferia de la ciudad hizo que los jóvenes soldados se desesperaran por perder la virginidad. Las muchachas, conscientes del elevado riesgo que corrían de ser violadas, preferían darse a casi cualquier muchacho alemán antes que a un soldado soviético borracho y casi con seguridad violento. En el centro de emisiones del Grossdeutscher Rundfunk, sito en la Masurenallee, dos tercios de las quinientas personas que formaban la plantilla eran mujeres jóvenes, y de éstas había muchas que no pasaban de los dieciocho años. Durante la última semana de abril se extendió por las instalaciones de la emisora una "verdadera sensación de desmoronamiento", lo que llevó a los empleados a beber desaforadamente y a fornicar de un modo indiscriminado en medio de los ejemplares que componían el archivo sonoro [4]. Tampoco era escasa la actividad sexual entre personas de edades diferentes que aprovechaban la falta de luz de los sótanos y los búnkeres. El efecto afrodisíaco del peligro de muerte no es desconocido en cuanto fenómeno histórico.

Cierto periodista noruego que describía la atmósfera de la ciudad afirmó que los muchachos y muchachas de uniforme se entregaban sin más "a sus impulsos" llevados por "un agitado anhelo de placer"[5]. Con todo, esto ponía de relieve una gran falta de comprensión, sobre todo en el caso de las jóvenes que se enfrentaban a la posibilidad de que las violasen. De cualquier modo, aparte de los que se ayuntaban en los alrededores del búnker del Zoo y los rododendros del Tiergarten, que empezaban a florecer en medio de las ruinas, otros muchos se limitaban a abrazarse llevados de una imperiosa necesidad de que los tranquilizaran.

El otro instinto que salía a la superficie en aquellos momentos consistía en acumular provisiones como lo haría una ardilla. Gerda Petersohn, secretaria de Lufthansa que contaba diecinueve años, se hallaba en su casa de Neukölln, a no mucha distancia de una estación del S-Bahn en la que, según se supo en el vecindario, se hallaba detenido un vagón de aprovisionamiento de la Luftwaffe. Las mujeres no tardaron en correr a saquearlo y se abalanzaron sobre el contenido de las cajas y cajones a fin de coger todo lo que pudieran. No lejos de donde se hallaba, Gerda vio a una mujer cargada de papel higiénico. En ese mismo momento dio inicio un ataque de la aviación rusa, que hizo uso de las ametralladoras y dejó caer pequeñas bombas. Gerda rodó bajo un vagón, pero la mujer del papel higiénico murió. "¡Vaya una cosa por la que morir!", pensó Gerda. Lo último que cogió antes de volver corriendo al edificio de apartamentos en que vivía fue un paquete de raciones de emergencia para pilotos que contenía Schoka-Cola y tabletas de malta. Estas resultaron ser muy útiles en un sentido inesperado por completo [6].

Cierto relato describe de un modo dramático el saqueo de los almacenes Karstadt en la Hermannplatz, en los que los compradores que hacían cola habían caído destrozados ante el primer bombardeo de la artillería, efectuado el 21 de abril. Según esta relación, las tropas de las SS permitieron a la población civil tomar cuanto quisiera antes de hacer volar el edificio. Se cuenta que

la explosión acabó con la vida de muchos saqueadores demasiado ansiosos. Pero en realidad, cuando la división Nordland de las SS tomó el almacén pocos días después, no mostró intención alguna de volarlo, dado que necesitaban las torres gemelas del edificio como puestos de observación desde los que poder informarse del avance soviético en Neukölln y el aeródromo de Tempelhof.

Una vez que falló el suministro de electricidad y dejó de funcionar la radio, los rumores se convirtieron en las únicas noticias disponibles. De este modo, por la capital del Reich circulaban más noticias falsas que verdaderas. Una de ellas afirmaba que el mariscal de campo Model no se había suicidado, sino que había sido objeto de un arresto secreto por parte de la Gestapo. La cortina de humo que había creado el propio régimen con sus mentiras había logrado que casi todo resultara creíble, por inexacto que fuese 7.

El 7º departamento del primer frente bielorruso lanzó sobre Berlín un verdadero bombardeo propagandístico al lanzar desde sus aviones panfletos en los que se aseguraba a los soldados alemanes que “no tiene sentido seguir luchando”. La reclusión en una penitenciaría soviética era el único modo que tenían de salvar la vida, una vida que, por otra parte, no merecía la pena perder por el gobierno fascista. Otras octavillas constituían “salvoconductos” que podrían mostrar a los soldados del Ejército Rojo en el momento de la rendición. A decir del departamento, la operación fue todo un éxito, por cuanto “casi un 50 por 100 de los alemanes que se rendían en Berlín” tenía en su poder una de estas hojas y las enseñaban a sus captores soviéticos. En total se lanzaron casi cincuenta millones de octavillas de noventa y cinco tipos diferentes. Y los soldados y civiles alemanes a los que enviaban de vuelta los rusos al otro lado de la línea de frente distribuyeron otro millón seiscientos sesenta mil aproximadamente. Durante la operación de Berlín se hizo regresar para infiltrarse en la ciudad a 2.365 civiles. También se hizo otro tanto con 2.130 prisioneros de guerra alemanes, de los que regresaron 1.845 que reportaron un total de 8.340 presos más. Esta táctica se consideró tan provechosa que el comandante del tercer ejército de choque llegó a ordenar la puesta en libertad masiva de los cautivos alemanes bajo la supervisión de los oficiales políticos 8.

Los antiguos prisioneros de guerra que habían recibido adoctrinamiento —y que las autoridades alemanas conocían por el nombre de Seydlitz-truppen— regresaban a la capital del Reich con cartas que habían escrito a sus familias los presos recién capturados. El cabo Max S., por ejemplo, escribió a sus padres: “Amantísima familia: Ayer me hicieron preso los rusos. Nos habían dicho que fusilaban a sus prisioneros, pero no es cierto: de hecho, los tratan de maravilla. Me han alimentado y me han hecho entrar en calor. Me encuentro muy a gusto. La guerra no tardará en acabarse, por lo que pronto volveremos a vernos, querida familia. No os preocupéis por mí: estoy vivo y gozo de buena salud”.

El estilo de las frases y las fórmulas empleadas en la carta sugieren que la dictó un oficial ruso; con todo, el efecto que tuvieron misivas como ésta al transmitirse de manera oral fue mayor que el de decenas de miles de panfletos.

Una de las octavillas que cayeron sobre la capital estaba dirigida a las berlinesas. “La camarilla fascista tiene miedo de las represalias —rezaba— por lo que desea prolongar la guerra. Sin embargo, las mujeres no tenéis de qué preocuparos: nadie va a tocaros”. Entonces las instaba a que persuadiesen a los soldados y oficiales alemanes a rendirse 9. Dado que los oficiales políticos no ignoraban el rastro de violaciones en masa que había dejado el Ejército Rojo en los albores de su avance a través del territorio alemán, la promesa no dejaba de resultar sobrecogedora, incluso para alguien acostumbrado a la propaganda bélica. Los activistas soviéticos habían organizado también emisiones de radio protagonizadas por “mujeres, actores, sacerdotes y profesores” para garantizar a sus oyentes que no recibirían daños de ningún tipo.

Cierta “carta de los habitantes de Friedrichshafen a la guarnición de Berlín” constituyó un mensaje mucho más efectivo. “Un día después de que llegase el Ejército Rojo, la vida volvió a ser normal —decía—. Se reanudaron los suministros alimentarios. Los habitantes de Friedrichshafen os dicen que no confiéis en la falsa propaganda de Goebbels acerca del Ejército Rojo”10. El temor a la

inanición, sobre todo la que pudiesen sufrir los niños, fue al parecer mayor para muchas mujeres que el que podían tenerle a la posibilidad de ser violadas.

El mariscal de campo Keitel, que había abandonado el búnker del Führer la noche de antes con los emparedados, el chocolate y el coñac que le había proporcionado un solícito Hitler, había salido de la capital en dirección suroeste, y tuvo la suerte de no encontrarse con ninguno de los tanques de Lelyushenko. En primer lugar se dirigió al cuartel general del 20º cuerpo, instalado en Wiesenburg, a tan sólo treinta kilómetros de la cabeza de puente que poseían los estadounidenses en Zerbst. El cuerpo de ejército del general Köhler consistía principalmente en divisiones de las llamadas "jóvenes", sobre todo de las que habían sido reclutadas para llevar a cabo una instrucción premilitar en el servicio de empleo del Reich. Sus componentes distaban mucho de estar preparados, aunque no carecían de ánimos, tal como había podido comprobar enseguida el general Wenck.

Durante la madrugada del 23 de abril, Keitel se trasladó al cercano cuartel general del 12º ejército, situado en un centro de ingeniería forestal. Lo recibieron el general Wenck y el coronel Reichhelm, jefe de su estado mayor. El abismo que separaba al mariscal de campo y al general no podía ser mayor. El primero era un hombre presuntuoso, vano, estúpido, brutal y servil para con su Führer; Wenck, que tenía un aspecto juvenil a pesar de su cabello plateado, era inteligente en extremo, y sus colegas y soldados lo tenían en gran estima. El coronel Reichhelm decía de su visitante que era "un excelente sargento, pero no un mariscal de campo"11. Se trataba de una crítica liviana: de todos los generales que respaldaban a Hitler de modo incondicional, Keitel era el más odiado en cuanto principal "enterrador del ejército"12. El mariscal de campo comenzó a sermonear a Wenck y a Reichhelm acerca de la necesidad de que el 12º ejército salvase al Führer en Berlín. Hablaba de un modo campanudo y altisonante, como si se hallara en un mitin del Partido Nazi, al tiempo que agitaba el bastón propio de su rango. "Lo dejamos hablar y le vimos marcharse", diría más tarde el coronel. Sin embargo, Wenck tenía en mente una idea distinta: atacaría en dirección a Berlín, tal como le habían ordenado; pero no con el fin de salvar a Hitler. Tenía la intención de abrir a la fuerza un corredor desde el Elba con objeto de que tanto soldados como civiles pudiesen escapar de una lucha absurda y del Ejército Rojo. Lo que había planeado era una *Rettungsaktion* u "operación de rescate".

Hitler, que no confiaba en ningún general, insistió en que la orden que había dado al 12º ejército debía emitirse por radio y dirigirse a los *Soldaten der Armee Wenck!*13. Probablemente fue la única vez en toda la historia en que se hicieron públicas de forma deliberada las órdenes militares en medio de una batalla. Este anuncio fue seguido por el de la estación de radio Werwolfsender, según el cual "el Führer ha ordenado desde Berlín que las unidades que luchan [con los] estadounidenses se transfieran de inmediato al este con la misión de defender Berlín. Dieciséis divisiones están] trasladándose en estos instantes, y se espera [que] llegarán (a) Berlín [en] cualquier momento"14. La intención del mensaje consistía en hacer creer a la población de la capital que los estadounidenses habían comenzado a respaldar a los alemanes frente al Ejército Rojo. Dio la casualidad de que aquel día los norteamericanos cesaron de súbito su actividad aérea sobre la zona central del Elba, lo que supuso un alivio enorme a los soldados del 12º ejército.

Wenck y su estado mayor sabían que Keitel era tan fantasioso como Hitler. Cualquier sugerencia de abordar a dos ejércitos blindados soviéticos cuando carecían de tanques que pudiesen entrar en combate resultaba grotesca. "Así que nos inventamos nuestras propias órdenes", indicaba el coronel Humboldt, su jefe de operaciones. El plan de Wenck consistía en dirigirse a Potsdam con un destacamento mientras el grueso del ejército avanzaba en dirección este, al sur de Berlín, con objeto de reunirse con Busse y ayudar a escapar a su 9º ejército. "Estábamos en contacto radiofónico con Busse y sabíamos dónde se encontraba"15. Por lo tanto, sólo dejarían una reducida fuerza de cobertura peleando contra los estadounidenses.

Se dieron de inmediato órdenes detalladas, y ese mismo día, el general Wenck se dirigió en un Kübelwagen al lugar en que se hallaban los jóvenes soldados para arengar a los que iban a avanzar hacia el noreste, en dirección a Potsdam, y también a los que debían atacar hacia Treuenbrietzen y

Beelitz, cuyo complejo hospitalario se estaba viendo amenazado. “Muchachos, tenéis que entrar de nuevo en batalla —les dijo—. Ya no se trata de Berlín; ya no se trata del Reich” 16. Su misión consistía en salvar a los ciudadanos de la lucha y de los rusos. Hans-Dietrich Genscher, joven zapador del 12º ejército, describió sus emociones como “un profundo sentimiento de lealtad; un marcado sentido de la responsabilidad y la camaradería”17. El liderazgo de Wenck logró tocar la fibra sensible de los soldados, aun cuando las reacciones de éstos variasen entre los que creían en las operaciones humanitarias y los que estaban más ansiosos por arremeter contra los rusos que contra los Aliados occidentales. “Así que... ¡media vuelta! —escribió Peter Rettich, comandante de batallón de la división Scharnhorst, que había tomado esta voz de los estadounidenses—. Y paso ligero hacia el este, donde atacaremos a los rusos”18.

El otro general alemán que resultó de vital importancia en la batalla de Berlín fue Helmuth Weidling, comandante del 5º cuerpo blindado. Este semejaba una versión docta de Erich von Stroheim, aunque con pelo.

La mañana del 23 de abril, Weidling telefoneó al búnker del Führer para emitir su informe. El general Krebs le respondió “con notable frialdad” y lo puso al corriente de que había sido condenado a muerte. En un alarde de valor moral y físico, se presentó en el búnker de la Cancillería aquella misma tarde. Hitler se mostró impresionado a todas luces, hasta el punto de que decidió convertir en comandante de la defensa de la capital al hombre al que había querido ejecutar por cobardía. Tal como observó el coronel Refior, fue una “tragicomedia” típica del régimen 19.

El 56º cuerpo de *Panzer* de Weidling se hallaba muy mermado. Sólo conservaba fragmentos de la 9ª división de paracaidistas. De la división blindada Müncheberg no quedaban más que restos, y si bien la 20ª división de Panzergrenadier se encontraba en mejores condiciones, su comandante, el general Scholz, se había suicidado poco antes de entrar en Berlín. Sólo quedaban en situación de luchar las divisiones Nordland y la 18ª de Panzergrenadier 20. Weidling decidió reservar esta última para un posible contraataque, en tanto que distribuyó las otras formaciones alrededor de los diversos sectores defensivos para que actuasen a modo de *Korsettstangen* (“ballenas de corsé”).

La defensa de la ciudad se había organizado en ocho sectores, designados por letras que iban de la A a la H. Cada uno de ellos estaba al mando de un general o un coronel, aunque pocos tenían experiencia alguna en el frente. Dentro del perímetro defensivo se había establecido un anillo que recorría la línea circular del S-Bahn. El área más interior se hallaba delimitada por el canal de Landwehr al sur y por el río Spree al norte. Los únicos puntos reales de resistencia eran las tres torres antiaéreas de hormigón: la del búnker del Zoo, la del Humboldthain y la del Friedrichshain. Disponían de una gran cantidad de munición para sus cañones de 128 y 20 milímetros así como de buenas comunicaciones, dotadas de cables telefónicos subterráneos. Su mayor problema era que se hallaban atestadas con millares de heridos y civiles.

Weidling se encontró con que debía defender Berlín del ataque de un millón y medio de soldados soviéticos con tan sólo cuarenta y cinco mil hombres de la Wehrmacht y las SS aproximadamente, entre los que se incluía su propio cuerpo, y pocos más de cuarenta mil miembros de la Volkssturm. Casi la totalidad de los sesenta carros de combate que había en la ciudad procedía de las formaciones del propio general. También se suponía que había un batallón Panzerjagd dotado con vehículos Volkswagen equipados con un soporte para seis cohetes antitanque, aunque nadie lo había visto nunca. En el centro del distrito gubernamental, el general de brigada Mohnke estaba al mando de más de dos mil hombres procedentes de su base en la Cancillería del Reich 21.*

La amenaza más inmediata a la que se enfrentó Weidling la tarde del 23 de abril fue el asalto al este y el sureste de la ciudad por parte del 5º ejército de choque, el 8º de guardias y el 1º blindado

* Según los cálculos soviéticos, el número de soldados que participaron en la defensa de Berlín fue de ciento ochenta mil. Esta cifra se debe a que el Ejército Rojo incluyó a todos los que tomaron prisioneros una vez acabada la batalla, ya fuesen miembros desarmados de la Volkssturm, policías de la ciudad, empleados del ferrocarril o miembros del servicio de empleo del Reich. La propaganda, claro está, también influyó

de guardias. Aquella noche se ordenó a los tanques que aún estaban en condiciones de luchar que regresaran al aeródromo de Tempelhof para repostar. Allí, en medio de un campo de cazas destrozados de la Luftwaffe, de los que la mayoría eran Focke-Wulf, los carros de combate llenaron sus depósitos en un almacén situado cerca de un gigantesco edificio administrativo. Recibieron órdenes de preparar un contraataque hacia el sureste, en dirección a Britz, por lo que se les unieron algunos tanques Tiger II y algunos lanzacohetes Nebelwerfer. Con todo, la principal arma antitanque de que disponían era el "Stuka de a pie", expresión jocosa con que se designaba al lanzagranadas.

Después de visitar el 12º ejército, Keitel regresó a la Cancillería del Reich a las tres de la tarde y, junto con Jodl, fue a ver a Hitler por última vez. Al volver al cuartel general provisional del OKW en Krampnitz, oyeron que las fuerzas soviéticas (en concreto el 47º ejército) se aproximaban desde el norte, por lo que se abandonó el campamento a primeras horas de la mañana.

El búnker del Führer siguió siendo un lugar ajetreado el resto de la tarde, una vez que se hubo marchado Weidling. El informe de Keitel en torno a su visita al 12º ejército supuso para Hitler una nueva inyección de fantasía optimista. Como un adicto sin esperanzas, volvió a convencerse de que el Ejército Rojo podía ser derrotado. Entonces, ante la sorpresa de todos y, hasta cierto punto, la suya propia, regresó a Berlín Albert Speer con la intención de ver al dictador por última vez. La despedida del día del cumpleaños de Hitler no lo dejó demasiado satisfecho, por cuanto se encontraba rodeado de otros muchos. A pesar de que había cambiado lo que sentía por quien era a un tiempo su Führer y su mecenas, seguía experimentando una responsabilidad egoísta por su extraordinaria amistad, que algunos han calificado de homosexual.

Speer había hecho el trayecto en coche desde Hamburgo, intentando evitar las carreteras atestadas de refugiados, hasta que se encontró con que su ruta estaba bloqueada. El Ejército Rojo había llegado a Nauen. Entonces regresó a un aeropuerto de la Luftwaffe, donde requisó un FockeWulf biplaza de entrenamiento con el que voló hasta el aeródromo de Gatow, situado en el lado oeste de Berlín. Desde allí lo había llevado al centro un aeroplano de observación Fieseler Storch que aterrizó con el crepúsculo cerca de la puerta de Brandeburgo, situada en el eje este-oeste [22]. Eva Braun, que siempre había adorado a Speer, no cabía en sí de gozo cuando lo vio, lo que se debía en parte a que había predicho su retorno. Incluso Bormann, que lo odiaba por causa de los celos, parecía encantado con su llegada, y le dio la bienvenida desde el fondo de las escaleras. Speer era, con toda probabilidad, la única persona capaz de persuadir a Hitler de que abandonase Berlín a esas alturas, y para Bormann, que no compartía la fascinación por el suicidio que profesaban todos los que tenía alrededor —sobre todo Goebbels—, ésa era la única esperanza de salvar su propio pellejo.

El Führer, según pudo observar Speer, se hallaba tranquilo, como un anciano que se resigna a morir. Le hizo algunas preguntas acerca del almirante Dönitz, y Speer tuvo de inmediato la sensación de que pensaba nombrarlo su sucesor. Hitler le pidió también su opinión acerca del dilema de volar a Berchtesgaden o permanecer en Berlín, y él le contestó que era mejor acabar con todo en Berlín antes que en su casa de campo, en la que "será más difícil crear una leyenda"[23]. Al dictador pareció tranquilizarlo el que Speer se mostrase de acuerdo con su decisión. Entonces habló de su suicidio y de la determinación de morir con él de que había dado muestras Eva Braun.

Speer se encontraba aún en el búnker aquella noche del 23 de abril cuando entró Bormann atropelladamente con un mensaje que había enviado Goering desde Baviera. A éste le había hablado el general Koller —que a su vez lo sabía por un tercero— del colapso sufrido por Hitler el día de antes y de su declaración de que pensaba quedarse en Berlín y pegarse un tiro. Goering seguía siendo el sucesor legal, y debió de haber temido que Bormann, Goebbels o Himmler le arrebatasen el puesto. Sin duda ignoraba que Dönitz se había convertido en el heredero, aunque aún estaba sin ungir. Goering había pasado más de medio día discutiendo la situación con una serie de asesores y con el general Killer, que había llegado desde Berlín aquella mañana con una versión muy poco precisa de lo que se había dicho en el búnker del dirigente nazi. Fue entonces cuando redactó el

texto que se transmitió a Berlín aquella noche: "*Mein Führer*! En vista de tu decisión de permanecer en tu puesto de la fortaleza de Berlín, ¿estás de acuerdo en que yo asuma de inmediato la total dirección del Reich, con plena libertad de acción tanto en el interior como en el extranjero, en cuanto lugarteniente tuyo, siguiendo las directrices de tu decreto del 29 de junio de 1941? Si no recibo respuesta alguna para las diez de esta noche, daré por sentado que has perdido tu libertad de acción, consideraré válido tu decreto y actuaré en interés de nuestro país y nuestro pueblo. Ya sabes lo que siento por ti en ésta, la hora más dura de toda mi vida. Las palabras no bastan para expresar lo que pienso. Que Dios te proteja y te traiga aquí enseguida a pesar de todo. Siempre leal: Hermann Goering"[24].

A Bormann no le debió de resultar complicado despertar las sospechas de Hitler. Un segundo telegrama de Goering, dirigido en este caso a Ribbentrop, a quien citaba para discutir algunos asuntos, le ayudó a persuadir al dirigente nazi del carácter pérfido de sus intenciones. Acto seguido, Bormann se ofreció para escribir una respuesta. Goering, en consecuencia, fue objeto de una dura reprimenda que lo despojaba de todas sus responsabilidades, títulos y poderes de mando. Con todo, se le ofreció la opción de abandonar todos sus cargos por motivos de salud, lo que lo dejaría libre de acusaciones mucho más graves. Goering no podía hacer otra cosa que asentir. Aun así, se convirtió en un prisionero de hecho, ya que la residencia de Berghof quedo rodeada por una guardia de las SS que cumplía órdenes de Bormann. Para más humillación, se selló la cocina, para evitar, en teoría, que el *Reichsmarschall* caído en desgracia pudiera envenenarse.

Después de este dramático incidente, Speer fue a visitar a Magda Goebbels, a quien encontró pálida a consecuencia de un ataque de anginas, tumbada en el lecho de un diminuto cuarto de hormigón. Goebbels no los dejó solos ni un momento. Más tarde, cuando Hitler se hubo retirado cerca de la medianoche, llegó un ordenanza con un mensaje por el que Eva Braun pedía a Speer que fuera a visitarla. Pidió champán y pasteles para los dos, y ambos comenzaron a hablar del pasado: de Munich, de las vacaciones en que habían esquiado juntos y de la vida en la residencia de Berghof. A Speer siempre le había gustado ella ("una muchacha sencilla de Munich, alguien insignificante"), y en esos momentos la admiraba por la "dignidad y serenidad casi alegre de que daba muestras"[25]. El ordenanza regresó a las tres de la mañana para anunciar que Hitler había vuelto a levantarse, y Speer la dejó para despedirse de un modo definitivo del hombre que le había hecho famoso. Aquel adiós duró apenas unos instantes, durante los cuales el Führer se mostró brusco y distante. Para él, su antiguo predilecto había dejado de existir.

En algún momento de aquella noche, Eva Braun escribió su última carta a su hermana Gretl Fegelein. "Hermann no está con nosotros —decía refiriéndose al marido de ésta—. Salió en dirección a Nauen para encontrarse con un batallón o algo por el estilo. —Ignoraba que el viaje de Fegelein a Nauen no era sino un encuentro secreto con Himmler (finalmente suspendido) que formaba parte del plan de hacer la paz con los Aliados occidentales—. Quiere luchar por una salida en lugar de seguir resistiendo en Baviera, al menos durante un tiempo". Se equivocaba de medio a medio: su cuñado había llegado demasiado alto para estar dispuesto a verse reducido al papel de un simple guerrillero.

Eva Braun, práctica sin dejar de ser espiritual, pasaba luego a hablar de asuntos más mundanos. Pidió a Gretl que destruyera toda su correspondencia privada. "Bajo ningún concepto deben encontrarse las facturas de Heise". Este último era su sastre: al parecer, no quería que el público supiera lo extravagante que había sido a expensas del Führer. De nuevo volvió a preocuparse por la distribución de sus joyas. "Mi reloj de diamantes, por desgracia, lo están reparando", escribió [26]. Gretl debía localizar al sargento de las SS Stegemann, que al parecer se había encargado de llevarlo a un relojero, casi con toda certeza judío, "evacuado" del campo de concentración de Oranienburg en uno de los últimos paseos en que se fusilaba a los reclusos.

20
Falsas esperanzas

Los berlineses, aterrorizados, no pudieron menos de creer a Goebbels cuando les prometió que el ejército de Wenck acudiría en su ayuda. También se les alentó a creer en los rumores que afirmaban que los estadounidenses iban a unirse a la batalla en contra de los rusos. Muchos oyeron aviones sobrevolar la ciudad la noche del 23 de abril sin lanzar bombas. Según se dijeron unos a otros, debían de ser norteamericanos que lanzaban paracaidistas. Sin embargo, lo cierto es que las dos divisiones de las fuerzas aéreas de Estados Unidos nunca llegaron a embarcar.

Casi todas las tropas que llegaban a Berlín a la sazón no eran ni estadounidenses ni alemanas, sino francesas. A las cuatro de la mañana del martes, 24 de abril, el general de brigada Krukenberg se despertó al sonar el teléfono en el campo de maniobras de las SS cercano a Neustrelitz, que servía de base a los restos de la división Carlomagno desde el desastre de Pomerania. La llamada provenía del cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula. Era evidente que el general Weidling había informado a Heinrici de sus intenciones de retirar al general de brigada Ziegler del mando de la Nordland. Krukenberg recibió órdenes de trasladarse a Berlín de inmediato. No se le dio explicación alguna: sólo se le dijo que se presentara ante el general de división Fegelein, que se hallaba en la Cancillería del Reich. El oficial del estado mayor le advirtió también de la conveniencia de llevar consigo escolta, dado que podría resultar problemático llegar hasta la capital del Reich 1.

Enseguida despertaron a Henri Fenet, comandante del batallón superviviente, y él hizo otro tanto con sus hombres. Krukenberg se atavió con el largo abrigo de piel gris propio de un general de las Waffen SS para dirigirse a los oficiales y soldados reunidos. Pidió voluntarios para que lo acompañaran a Berlín. Si bien la inmensa mayoría parecía dispuesta a hacerlo, Krukenberg y Fenet hubieron de elegir a noventa, dado que era éste el número de hombres que podrían transportar los vehículos disponibles. Muchos de ellos eran oficiales, incluido el capellán castrense de la división, monseñor conde Mayol de Lupé. Tras la guerra, Krukenberg aseguró que ninguno de ellos era nacionalsocialista. Esto tal vez sea cierto en un sentido estricto, aunque el fascismo francés se hallaba más cerca del nazismo que su variante italiana o española. En cualquier caso, estos voluntarios que estaban dispuestos a morir en las ruinas del Tercer Reich eran fanáticos antibolcheviques, ya creyeran en la nueva Europa o en la *vieille France*.

Los que habían sido elegidos llenaron sus bolsillos y mochilas de munición y tomaron consigo los lanzagranadas que quedaban en el batallón. A las ocho y media de la mañana, mientras formaban en la carretera a fin de subir a sus vehículos vieron llegar de pronto al *Reichsführer* de las SS, conduciendo su propio “Mercedes” abierto. Himmler pasó a su lado sin ni siquiera reconocer a sus tropas. No llevaba guarda ni escolta. Hubieron de pasar varios años para que Krukenberg cayese en la cuenta de que Himmler debía de estar regresando a su retiro de Hohenlychen desde Lúbeck. La noche anterior se había reunido con el conde Bernadotte, representante de la Cruz Roja sueca.

La columna de dos vehículos blindados destinados al transporte de personal y tres camiones atestados se puso en marcha hacia Berlín. Habían oído que los tanques soviéticos habían llegado ya a Oranienburg, por lo que Krukenberg decidió tomar una ruta más hacia el oeste. No les iba a ser fácil llegar a la capital. De hecho, todo el mundo estaba siguiendo el sentido contrario, ya fueran destacamentos en formación, rezagados, refugiados o trabajadores extranjeros. Muchos soldados de la Wehrmacht se mofaban de los voluntarios de la Carlomagno y les decían que se habían

equivocado de dirección. Algunos les indicaban dándose golpecitos en la sien que estaban cometiendo una locura; otros les gritaban que la guerra estaba a punto de acabar. Incluso se encontraron con el destacamento de señales de la división Nordland. El oficial al mando afirmó haber recibido órdenes de dirigirse a SchleswigHolstein. Krukenberg, que había estado desconectado de la situación, no tenía forma alguna de verificar la veracidad de tal aserto. Además, no sabía nada de la riña que se había producido entre Ziegler y Weidling.

Tras el ataque de un caza soviético de vuelo rasante que acabó con la vida de uno de sus hombres, y después de oír a media distancia fuego de artillería, Krukenberg hizo que sus vehículos tomaran pequeñas carreteras que había conocido siendo oficial en Berlín antes del conflicto. La ruta, empero, se tornó cada vez más difícil, dada la profusión de barricadas y puentes destruidos por la acción de los explosivos. Por lo tanto, acabó por ordenar a los camiones que regresaran a Neustrelitz. Se quedó con los dos vehículos blindados para el transporte de personal, aunque la inmensa mayoría de los voluntarios franceses hubieron de continuar el camino a pie durante otros veinte kilómetros.

Llegaron al área del Reichssportfeld, contigua al estadio olímpico, a las diez de la mañana. Los hombres, derrengados, descubrieron un almacén de suministros de la Luftwaffe, aunque la mayoría no bebió más que un chocolate especial para pilotos rociado con bencedrina. Pocos lograron dormir. Krukenberg, acompañado de su ayudante, el capitán Pachur, atravesó entonces un Berlín aparentemente desierto a fin de presentarse ante Fegelein, que lo esperaba en la Cancillería del Reich. Entre los voluntarios franceses se extendió el rumor de que el mismísimo Hitler tenía la intención de salir para pasar revista a las tropas donde se encontraban.

Su jefe más directo, Himmler, que había pasado frente a ellos aquella misma mañana, acabó por fin de cruzar su particular Rubicón. “El fiel Heinrich”, como lo llamaban divertidos los miembros de la corte del Führer, estaba condenado al fracaso como conspirador: tenía poco talento para tramar una conjura, amén de escasa convicción para con su causa. La única ventaja con que contaba era que Hitler nunca iba a imaginar que el *Reichsführer* de las SS, que se jactaba de haber inventado el lema de la organización: “Mi honor es la lealtad”, pudiera trocarse en un traidor.

A decir de Speer, Himmler seguía furioso por la orden, dictada por Hitler, de despojar a las divisiones de las Waffen SS destacadas en Hungría de sus brazaletes. Con todo, si el Führer lo hubiese convocado a su lado o le hubiera dado alguna indicación de que lo apreciaba por encima de Martin Bormann, sus ojos se habrían llenado de lágrimas, y él no habría dudado en renovar su promesa de devoción al dictador en el acto. Como consecuencia, se veía paralizado por la indecisión. Sin embargo, el mayor error de cálculo que cometió Himmler en sus empeños por entablar negociaciones con el enemigo consistió en creer que resultaba vital para los Aliados occidentales, “por cuanto era el único capaz de mantener el orden” 2.

Durante los dos primeros encuentros que había mantenido con el conde Bernadotte, Himmler no se atrevió a llevar la conversación más allá de la puesta en libertad de los prisioneros recluidos en campos de concentración. “El *Reichführer* ha perdido todo contacto con la realidad”, refirió el conde a Schellenberg tras la reunión que siguió al cumpleaños de Hitler 3. Himmler se negó a seguir el consejo de Schellenberg, que lo instó a deponer o incluso a asesinar al hombre a quien había profesado tanta fidelidad.

Schellenberg sí logró persuadirlo de que no regresara al búnker para ver a Hitler el 22 de abril después de conocer por mediación de Fegelein el ataque de frenesí que había sufrido el Führer aquella tarde, pues tenía la convicción de que en el momento en que su jefe volviera a ver al dictador se vendría abajo toda su determinación. Himmler ofreció a través de un intermediario a su batallón de guardias de las SS para que colaborasen en la defensa de Berlín, y Hitler aceptó de inmediato y mostró en el mapa el lugar en que debería desplegarse dicha unidad: el Tiergarten, al lado de la Cancillería del Reich. También dio órdenes para que se trasladase a los prisioneros más importantes (los *Prominenten*) de tal modo que pudieran ser ajusticiados en el momento de la derrota.

La noche del 23 de abril, Himmler y Schellenberg se reunieron con Bernadotte en Lúbeck. El primero, consciente ya de la resolución que había adoptado Hitler de suicidarse en Berlín, se determinó por fin a ocupar su lugar y comenzó en serio las negociaciones. Por ende, pidió a Bernadotte que intercediese por él ante los Aliados occidentales a fin de establecer un alto el fuego en el frente del oeste. A cambio, se comprometió a que todos los prisioneros escandinavos fueran enviados a Suecia. Resultaba muy típico de la extraña relación que mantenía Himmler con la realidad el que su preocupación más inmediata consistiera en saber si debía saludar a Eisenhower con una inclinación de cabeza o con un apretón de manos cuando se encontrase con él.

Para los últimos judíos que quedaban en cautividad en Berlín, la llegada del Ejército Rojo significó el fin de doce años de pesadillas o bien la ejecución en el último momento. Hans Oskar Löwenstein, detenido en Potsdam, fue conducido al campo de tránsito de la Schulstrasse, en el hospital judío de Berlín situado en el distrito septentrional de Wedding. Hacinados en sus dos plantas se hallaban seiscientos reclusos a los que alimentaban con mondas de patata y remolacha cruda con una pequeña cantidad de *Wassersuppe* o “sopa de agua”. Entre ellos había muchos medio judíos, como él mismo, a los que los nazis llamaban *Mischlinge* (“mestizos”). También había miembros de la categoría privilegiada de judíos que gozaban de la protección de los nazis, o *Schutzjziden*, entre los que se incluían, verbigracia, los que habían organizado los juegos olímpicos de Berlín. Los judíos extranjeros procedentes de países neutrales que seguían allí recluidos, en especial los sudamericanos, se mantenían con vida gracias a los familiares que, desde el otro lado del Atlántico, habían estado enviando café a la administración de las SS.

El comandante del campo, el teniente coronel Doberke, había recibido órdenes de fusilar a todos sus prisioneros, aunque no lograba ocultar su nerviosismo. Un portavoz de los presos le propuso un trato sencillo: “La guerra ha acabado; si nos salvas la vida, nosotros salvaremos la tuya”. Los reclusos prepararon una extensa declaración, que firmaron entre todos y en la que daban fe de que el *Obersturmbannführer* Doberke había salvado sus vidas. Dos horas después de entregar el documento, vieron que las puertas se hallaban abiertas y que los guardias de las SS habían desaparecido. Con todo, la liberación no les reportó la alegría que esperaban: los soldados soviéticos violaron a las muchachas y las mujeres del campo de concentración ignorando el que hubiesen sufrido persecución por parte de los nazis 4.

Mientras los ejércitos soviéticos avanzaban hacia el interior de Berlín, se veían jaleados por “una verdadera Internacional” de “prisioneros de guerra soviéticos, franceses, británicos, estadounidenses y noruegos” que iban a su encuentro y a los que se habían unido mujeres y niñas llevadas a Alemania para hacer trabajos forzados. El mariscal Konev, que llegó a Berlín desde el sur, quedó impresionado al ver que caminaban por los surcos que habían hecho las orugas de los tanques, sabedores de que al menos estarían libres de minas 5.

Grossman, que entró desde el este, vio también a “centenares de barbados campesinos rusos con mujeres y niños”, y no pasó por alto “cierta expresión de lúgubre desesperanza en los rostros de los “tíos” de luengas barbas y devotos viejos de pueblo. Eran los *starosty* [dirigentes de aldea nombrados por los alemanes] y los rústicos policiales que habían hecho todo el camino a Berlín y, una vez allí, no tenían más remedio que ser “liberados”“6. “Una anciana se aleja a pie de Berlín —anotó el escritor en su cuaderno—. Lleva un pequeño echarpe sobre la cabeza, lo que le confiere el aspecto de una verdadera peregrina que se abriese camino por entre las extensas tierras rusas. En el hombro lleva apoyado un paraguas, de cuyo puño hay colgada una enorme sartén de aluminio”7.

A pesar de que Hitler aún no podía aceptar por completo la idea de trasladar a las tropas del frente occidental a fin de que se enfrentaran al Ejército Rojo, Keitel y Jodl reconocieron que no quedaba otra alternativa. El personal de operaciones de la Wehrmacht dictó órdenes en consecuencia. Las

sospechas de Stalin, combinadas con la política de venganza soviética, se habían convertido en algo semejante a una profecía que se satisfacía por sí misma.

Stalin también se hallaba preocupado por su pesadilla polaca. No tenía intención alguna de ceder en lo tocante al gobierno provisional. Por lo que a él respectaba, la cuestión no tenía más vuelta de hoja, y los deseos del pueblo polaco no contaban gran cosa. “La Unión Soviética —escribió al presidente Truman el 24 de abril— tiene el derecho de hacer lo posible por que en Polonia exista un gobierno propicio a la Unión Soviética”. Esto, claro está, quería decir bajo un estricto control soviético. “También es necesario tener en cuenta el hecho de que Polonia linda con la Unión Soviética, algo que no puede decirse de Gran Bretaña y Estados Unidos”8. En un momento en que Berlín se encontraba prácticamente rodeada y los Aliados occidentales habían quedado fuera del cerco, Stalin no tenía razón alguna para andarse con delicadezas. Pese a todas las acusaciones que habían vertido con anterioridad sobre las fuerzas aéreas estadounidenses, los soviéticos no mostraron tan sólo un atisbo de arrepentimiento después de que seis de sus cazas atacasen aquella tarde a dos aviones norteamericanos y destruyeran a uno de ellos 9.

Stalin seguía presionando a sus dos mariscales y aguijando su rivalidad. Desde el amanecer del 23 de abril, el límite entre el primer frente bielorruso de Zhukov y el 1º ucraniano de Konev se extendió hasta Lübben, aunque fue para girar en dirección norte hacia el centro de Berlín. El límite derecho de Konev subía hasta la estación de Anhalter. El cuerpo blindado de Rybalko, que se hallaba en Mariendorf, sobre el canal de Teltow, estaba a cinco kilómetros exactos al sur. Zhukov no tuvo noticia de que el ejército de aquél había llegado a la capital hasta ya avanzado el día 23, cuando se puso en contacto con él un oficial de enlace proveniente del primer ejército blindado de guardias de Katukov, que se acercaba desde el este. El mariscal quedó horrorizado.

Desde su llegada al canal de Teltow la noche del 22 de abril, los tres cuerpos de Rybalko habían tenido un día para prepararse a fin de llevar a cabo un asalto general a través de su cauce. Sus márgenes de hormigón y los almacenes de la orilla septentrional, que no estaban desprovistos de defensa, daban la impresión de ser una barrera formidable. Por otra parte, a pesar de que los destacamentos de la Volkssturm apostados al otro lado distaban mucho de poder oponer una resistencia decidida al tercer ejército blindado de guardias, habían recibido el apoyo de la 18ª y la 20ª divisiones de Panzergrenadier a modo de “ballena de corsé”. Las formaciones de artillería encargadas de efectuar el avance principal habían partido dos días antes; sin embargo, la carretera de Zossen sufría tal atasco (provocado por todo tipo de vehículos, incluidos carros de suministro tirados por caballos) que era difícil avanzar con rapidez. Si la Luftwaffe hubiera contado a la sazón con algún aparato servible, la ruta habría presentado un blanco perfecto. La 48ª división de guardias fusileros llegó a tiempo de prepararse para establecer una serie de cabezas de puente a través del canal, donde se hizo lo posible para instalar de inmediato la artillería. No era una labor sencilla, pues hizo falta emplazar casi tres mil cañones y morteros pesados la noche del 23 de abril. Esto suponía una concentración de seiscientas cincuenta mil piezas por kilómetro de frente, incluidos obuses de 152 y 203 milímetros.

A las seis y veinte de la mañana del 24 de abril comenzó el bombardeo del canal, en el que se concentró una potencia de fuego aún mayor que la de los cruces del Neisse o el Vístula. Konev llegó al puesto de mando de Rybalko cuando casi había acabado. Desde la azotea de un bloque de oficinas de ocho plantas, un puñado de comandantes del primer frente ucraniano observaba a la artillería pesada demoliendo los edificios del otro lado del canal y a las oleadas de bombarderos de su ejército de apoyo aéreo. La infantería comenzó a cruzar con embarcaciones de asalto plegables y botes de remos de madera. A las siete de la mañana ya habían llegado al otro lado los batallones de fusileros y habían establecido una cabeza de puente. Poco después del mediodía se colocaron los primeros pontones y comenzaron a cruzarlos los tanques.

La presión a la que se hallaban sometidos los defensores de Berlín apostados en la esquina del sureste de la ciudad ya era considerable antes de que las fuerzas soviéticas cruzaran el canal de Teltow. Al amanecer del 23 de abril, algunas de las unidades de fusileros de Chuikov destacadas al

sur de Köpenick lograron cruzar tanto el Spree como el Dahme en dirección a Falkenberg. Habían descubierto toda una variedad de embarcaciones, desde botes de remos cortos hasta lanchas de recreo. Durante ese día y la noche siguiente, las divisiones de guardias fusileros de Chuikov y las brigadas blindadas de Katukov en cabeza avanzaron en dirección a Britz y Neukölln. El 28º cuerpo de guardias fusileros afirmaba que los civiles estaban tan asustados y mostraban una actitud tan servil que "no dejaban de hacernos la pelota"10. Durante la madrugada del 24 de abril, un cuerpo del 5º ejército de choque logró cruzar, respaldado por lanchas cañoneras de la flotilla de Dneper, el Spree por un punto situado al norte del parque de Treptow.

Al amanecer del día 24, casi todos los cuerpos de Weidling que quedaban y que habían repostado la noche anterior en el aeródromo de Tempelhof lanzaron contraataques frente a esta doble amenaza. Aun a pesar de que los Tiger II del batallón de Panzer pesados de la Nordland Hermann von Salza dejaron fuera de combate a varios tanques Stalin, las fuerzas enemigas eran abrumadoras. "En el transcurso de tres horas —escribió el comandante de división del 5º ejército de choque— las SS lanzaron tres ataques, y en las tres ocasiones se vieron obligados a batirse en retirada dejando el suelo plagado de cadáveres vestidos con uniformes negros. Los Panther y los Ferdinand estaban en llamas. A mediodía, nuestra división pudo avanzar de nuevo. Nos hicimos con todo el parque de Treptow, y al anochecer llegamos a la línea circular [del S-Bahn]"11. "Fue una lucha sangrienta —apuntó un combatiente del bando alemán—, amarga, sin piedad"12. Fue también un enfrentamiento sin escrúpulos. Los agentes políticos afirmaron a las tropas soviéticas que "Vlasov y sus hombres están participando" en la batalla de Berlín, lo que era falso por Completo 13. A la sazón, casi todos los miembros de su ejército se hallaban en la zona de Praga.

En tanto que los ejércitos blindados de Konev forzaban la línea de frente del canal de Teltow, su retaguardia se encontró amenazada. Por un lado, las tropas de Wenck avanzaban desde el oeste en dirección a Treuenbrietzen y Beelitz; por el otro, desde su derecha, el 9º ejército intentaba salir de su cerco en los bosques del sureste de Berlín.

El general Luchinsky ya había empezado a hacer girar parte de su 28º ejército en dirección este a fin de enfrentarse al 9º ejército alemán, siguiendo más o menos la línea de la autopista Berlín—Cottbus. La *Stavka*, por su parte, que había hecho poco por cerrar contra dicho ejército aislado, reaccionó al fin con celeridad. El mariscal Novikov, jefe de la aviación soviética, había ordenado que se supervisara la concentración de los ejércitos del aire 2º, 16º y 18º que se enfrentarían a los ochenta mil soldados alemanes que avanzaban a través de los bosques. Lo que aún no sabían los mandos del Ejército Rojo era si intentarían regresar luchando a la capital del Reich o tratarían de escapar en dirección oeste con la intención de reunirse con el 12º ejército del general Wenck.

La mañana del 24 de abril se hicieron realidad las peores pesadillas de las enfermeras que prestaban servicio en el complejo hospitalario de Beelitz-Heilstätten. De súbito, el suelo comenzó a vibrar al tiempo que crecía el ruido de los motores y las orugas de los tanques. Una de las columnas blindadas de Lelyushenko, tras apartar, por lo que parece, a la fuerza a los representantes de la Cruz Roja, entraron directamente en las instalaciones. Las dotaciones de los tanques asaltaron el primer bloque armadas con metralletas. Por el momento, sólo estaban interesados en los relojes, y no dejaban de gritar: *Uri! Uri!* Sin embargo, después llegaron noticias de violaciones, saqueos y asesinatos al azar en la propia Beelitz, por lo que las enfermeras y los pacientes adultos se prepararon para lo peor. Los niños procedentes del hospital de Potsdam tenían poca idea de lo que estaba sucediendo 14.

Las enfermeras no sabían que estaban a punto de ser rescatadas por los jóvenes soldados de Wenck. Hitler, por otra parte, se había convencido de que el ejército de aquél los salvarían a él y a Berlín. El llamado destacamento militar de Steiner apenas volvió a ser objeto de mención alguna en el búnker del Führer. El leal almirante Dönitz comunicó que, en respuesta de la llamada de Hitler, iba a enviar a todos los marineros de que disponía para que sirvieran en la lucha por la suerte de Alemania en

Berlín. El plan de llevarlos al centro de la ciudad mediante aterrizajes de emergencia efectuados por Junkers 52 hacía pensar que la realidad contaba tan poco para él como la vida de sus marineros.

Era evidente que no había muchos en el búnker con esperanzas de que alguien pudiera llegar hasta ellos, a juzgar por la sorpresa que causó la aparición a medianoche del general de brigada Krukenberg. Cuando finalmente lo llevaron a ver al general Krebs, a quien había conocido en 1943 con el grupo de ejércitos del centro, éste manifestó al punto su estupor. Le dijo que durante las últimas cuarenta y ocho horas se había ordenado a un buen número de oficiales y unidades que se dirigieran a Berlín. "Usted es el único que lo ha hecho"15.

Pese a todos los esfuerzos y la inversión que había supuesto su construcción, el búnker del Führer carecía de las instalaciones adecuadas para enviar mensajes. En consecuencia, el comandante Freytag von Loringhoven y el capitán Boldt disponían de un único método para conocer la situación del avance soviético y poder comunicarlo en las reuniones celebradas con Hitler: telefonear a los apartamentos civiles erigidos en la periferia de la ciudad después de encontrar sus números en la guía de Berlín. Si respondía uno de los habitantes, le preguntaban si había observado indicio alguno del avance de las tropas. Por otra parte, si quien contestaba era un ruso —lo que hacían por lo general con una sarta de maldiciones—, la conclusión era evidente. En lo tocante a la situación europea, habían de obtener en secreto los últimos informes elaborados por la agencia Reuters a través de Heinz Lorenz, secretario jefe de prensa del Führer. Freytag von Loringhoven se encontró de pronto con que todos los que habían hecho caso omiso de su llegada al búnker habían acabado por mostrarles una gran simpatía con tal de poder acceder a la única fuente de información en la que podían confiar de un modo razonable.

La mayoría de los ocupantes del búnker no tenía nada que hacer. Casi todos se pasaban el día holgazaneando, bebiendo y merodeando por los pasillos mientras discutían si era mejor suicidarse con arma de fuego o con cianuro. Por regla general, se daba por sentado que nadie iba a salir vivo de allí.

A pesar del frío y la humedad, las condiciones del búnker seguían siendo muchísimo mejores que las que se vivían en cualquier otro sótano o refugio antiaéreo de Berlín. Los ocupantes disponían de agua y de la luz eléctrica que suministraban los generadores, y no sufrían escasez de alimento ni bebida. Las cocinas de la Cancillería del Reich aún podían usarse, por lo que seguían sirviéndose guisos en todo momento 16.

Los berlineses habían comenzado a referirse a su ciudad como *Reichsscheiterhaufen* (la "pira funeraria del Reich"). Entre la población civil ya se habían dado las primeras víctimas de la lucha callejera y los saqueos domiciliarios. El capitán Ratenko, oficial procedente de Tula que servía en el 2º ejército blindado de guardias de Bogdanov, llamó a la puerta de un sótano en Reinickendorf, distrito del noroeste de Berlín, y al ver que nadie la abría, la derribó de una patada. Le respondió una ráfaga de metralleta que acabó con su vida. Los soldados del 2º ejército blindado de guardias que le acompañaban comenzaron a disparar a través de la puerta y las ventanas hasta matar al agresor, que al parecer era un joven oficial de la Wehrmacht vestido de civil, y también a una mujer y un niño. "El edificio fue rodeado por nuestros hombres y reducido a cenizas", observaba el informe.

El SMERSH sintió un interés inmediato por la cuestión de los oficiales ocultos de la Wehrmacht. Organizó un grupo especial de búsqueda, provisto de un sabueso que había sido miembro del Partido Nazi desde 1927 y que prometió encontrar a los oficiales, sin duda a cambio de su propia vida. En total capturaron veinte, entre los que se incluía un coronel. "Otro oficial mató a su mujer antes de suicidarse cuando el SMERSH llamó a su puerta", según establecía el informe 17.

Los soldados del Ejército Rojo decidieron hacer uso de la red telefónica, más por diversión que para obtener información. Así, no era extraño que, mientras registraban los apartamentos, se detuviesen para marcar un número al azar. Siempre que contestaba una voz alemana, anunciaban su presencia con un inconfundible acento ruso. Este hecho "sorprendía extraordinariamente a los berlineses", tal como escribió un agente político 18. Tampoco hubo de pasar mucho tiempo antes de

que el departamento político del 5º ejército de choque comenzara a informar de la existencia de "fenómenos anormales", expresión que abarcaba desde el pillaje hasta las víctimas ocasionadas por conductores ebrios, y "fenómenos inmorales"[19].

Muchos de los *frontoviki* de verdad daban muestras de una conducta irreprochable. Cuando cierto destacamento de zapadores del tercer ejército de choque irrumpió en un apartamento se encontró con una "pequeña babushka" que les comunicó que su hermana se hallaba enferma en el lecho. Casi con toda seguridad, tenía la intención de protegerla de ser violada, aunque los zapadores no parecieron darse cuenta de este hecho: se limitaron a proporcionarle alimento y se fueron sin más [20]. Otros *frontoviki*, empero, podían ser despiadados. Este hecho se ha descrito como consecuencia de la "violencia impersonal de la propia guerra" y una tendencia compulsiva a tratar a las mujeres como "sustitutos de la derrota del enemigo"[21]. Cierto historiador ha señalado que las tropas soviéticas desataron una ola de violencia que pasaba en ese momento más o menos rápido, aunque el proceso no tardaba en volver a empezar en cuanto se trasladaba allí una nueva unidad [22].

El 24 de abril, el tercer ejército de choque se sirvió de su 5ª división de avance de la artillería en un sector estrecho en el que habían resistido con dureza los alemanes. Los cañones pesados destruyeron diecisiete casas y mataron a ciento veinte defensores. Los atacantes soviéticos mantenían que, en cuatro de esas casas, los alemanes habían desplegado banderas blancas para indicar que se rendían y habían vuelto a disparar más tarde. Este hecho se tornó frecuente en la batalla. Algunos soldados, en especial los miembros de la Volkssturm, pretendían rendirse y agitaban un pañuelo blanco de forma subrepticia, en tanto que los más fanáticos seguían luchando.

Los alemanes lanzaron un contraataque con tres cañones de asalto, aunque al parecer fue frustrado por el heroísmo del soldado de reconocimiento Shulzhenok. Este se apostó, tras recuperar tres bazucas, en una casa en ruinas. Un proyectil alemán que estalló cerca de él le ensordeció y le cubrió de escombros; pero eso no le impidió cargar contra los cañones de asalto a medida que se acercaban. Envolvió en llamas al primero y dañó al segundo, lo que hizo que éste se retirara de un modo precipitado. Esta acción le reportó la dignidad de héroe de la Unión Soviética, aunque al día siguiente "murió a manos de un terrorista vestido de civil"[23]. Habida cuenta de las condiciones en que se hallaban los combatientes, bien podría haberse tratado de un miembro de la Volkssturm mal equipado, aunque el concepto soviético de terrorista no difería en gran medida de la definición empleada por la Wehrmacht durante la Operación Barbarroja.

No lejos de donde sucedía todo esto, el escritor Vasily Grossman detuvo su todoterreno en el distrito de Weissensee, al noreste de Berlín, en el eje del tercer ejército de choque. El vehículo no tardó en quedar rodeado de niños que le pedían caramelos y miraban con curiosidad el mapa que tenía abierto sobre sus rodillas. El escritor no pudo menos de sorprenderse ante el coraje que demostraban. Deseaba en verdad echar un vistazo al lugar. "Lo que más se contradice con la idea que tenemos de Berlín en cuanto cuartel militar es la profusión de jardines y huertos en flor —observó—. Cuando callan los truenos provocados en el cielo por la artillería puede oírse el canto de los pájaros"[24].

El 25 de abril, día en que Krukenberg abandonó la castigada Cancillería del Reich, amaneció frío y con el cielo despejado. La zona oriental de Berlín seguía tan callada y vacía que causaba extrañeza. En el cuartel general de Weidling, situado en el Hohenzollerndamm, la seguridad distaba de ser estricta. Los centinelas tan sólo exigían que se presentase la cartilla militar como identificación. Weidling le refirió que su maltratado cuerpo de Panzer se había visto dividido a fin de reforzar destacamentos de las Juventudes Hitlerianas y unidades mal armadas de la Volkssturm. No había, de cualquier modo, la menor esperanza de que ninguno de ellos luchara con decisión. Krukenberg debía hacerse cargo del sector defensivo C, localizado al sureste de la capital, que incluía la 11ª división de Panzergrenadier de las SS Nordland. Tenía la impresión de que Ziegler, a quien habían retirado el mando de la Nordland, estaba acusado de no mantener a sus hombres unidos.

Los relatos acerca de la degradación de Ziegler varían de un modo considerable. El coronel Refior, jefe de estado mayor de Weidling, creía que aquél "tenía órdenes secretas de Himmler para

replegarse hacia Schleswig-Holstein", y fue ésa la razón por la que lo arrestaron [25]. Ziegler parecía ser en verdad uno de los pocos comandantes de las SS consciente de que no tenía sentido seguir luchando. Poco antes de su destitución, había concedido al *HauptSturmführer* ("capitán") Pehrsson permiso para dirigirse a la embajada sueca y averiguar si sus oficiales pensaban negarse a ofrecer ayuda a los suecos que quedaban para que pudieran regresar a su país.

Un testigo afirma que a Ziegler le arrestó esa misma mañana en su cuartel general de la Hasenheidestrasse, poco más al norte del aeródromo de Tempelhof, un general de brigada de las SS respaldado por una escolta armada de metralletas que selló las inmediaciones del cuartel general de la división y acompañó al detenido hasta el vehículo que los esperaba. Saludó a los asombrados oficiales que había en la entrada y les presentó sus respetos con un: Meine Herren, alles Gute! ("Señores, vayan con Dios"). Entonces lo llevaron bajo arresto a la Cancillería del Reich. "¿Qué demonio está pasando aquí? —exclamó uno de los oficiales, el comandante Vollmer—. Nos hemos quedado sin mando?"[26]. En su relación de los hechos, sin embargo, Krukenberg habla de un relevo normal en el que Ziegler condujo por sí mismo hasta la Cancillería del Reich [27].

En cualquier caso, el interregno no duró demasiado. Poco después del mediodía llegó Krukenberg, seguido más tarde de los hombres de Fenet, los miembros del batallón Carlomagno. El primero se horrorizó al saber que los regimientos Norge y Danmark de Panzergrenadier no contaban a la sazón entre los dos con muchos más soldados que un solo batallón. Los heridos, que habían sido trasladados al hospital de campaña instalado en una bodega del Hermannplatz, tampoco tenían muchas posibilidades de sentirse en buenas manos. Los depositaban "sobre una mesa manchada de sangre cual el tajo de un carnicero [28].

En el momento en que Krukenberg tomaba posesión de su nuevo cargo se estaba abandonando en medio del terror la última cabeza de puente del canal de Teltow, en Britz. Los restos de sus regimientos Norge y Danmark esperaban con impaciencia cerca de su cauce al transporte motorizado, que estaba teniendo dificultades para llegar hasta ellos a través de las calles bloqueadas por los escombros. En el preciso instante en que llegaron por fin los camiones se oyó un grito de alarma: *Panzer durchgebrochen!* Esta exclamación provocó un aumento del "terror a los tanques" al que ni siquiera escaparon los curtidos veteranos, así como un caótico ir y venir precipitado de vehículos que se convertían de este modo en blanco fácil de los dos T-34 que habían atravesado las líneas defensivas. Los camiones que lograron escapar llevaban soldados colgados incluso de los laterales.

Mientras huían hacia el norte por la Hermannstrasse, pudieron ver una pintada garabateada en el muro de una casa que rezaba: "¡los traidores de las SS están alargando la guerra!". No les quedó duda alguna de quiénes eran los responsables: "Los comunistas alemanes se están moviendo. Nos preguntábamos si también tendríamos que luchar con un enemigo que atacaba desde dentro" [29].

Los carros soviéticos no tardaron en cerrar también contra lo que quedaba de la división blindada Müncheberg en el aeródromo de Tempelhof, entre los fuselajes destrozados de los aviones de caza Focke-Wulf. El sobrenombre de "trasto" que daban a los aeroplanos en el Ejército Rojo parecía por fin preciso por entero. Las explosiones y los crujidos provocados por el fuego de la artillería y los tanques, interrumpidos de cuando en cuando por los aullidos de los cohetes *Katyusha*, llegaron hasta el puesto de mando de la Nordland. De hecho, Krukenberg recibió una herida leve en el rostro por la esquirla de un proyectil.

Habida cuenta de que los grupos de combate soviéticos habían penetrado de un modo decidido en Neukölln, Krukenberg preparó una posición alternativa en la Hermannplatz. Las torres gemelas de los almacenes Karstadt proporcionaban unos excelentes puestos de observación desde los que era posible llevar cuenta del avance de cuatro ejércitos soviéticos: el 5º de choque, desde el parque de Treptow; el 8º de guardias y el 1º blindado de guardias, desde Neukölln, y el 3º blindado de guardias de Konev, desde Mariendorf.

Krukenberg apostó a la mitad de los franceses que se hallaban a las órdenes de Fenet en el lado opuesto del Hermannplatz, armados de lanzagranadas y listos para contrarrestar un ataque de carros

blindados soviéticos. Fenet contaba con más de cien miembros de las Juventudes Hitlerianas adscritos a su grupo a los que habían dado instrucciones de disparar sus bazucas tan sólo a corta distancia y apuntando a la torreta, pues era la mejor forma de inutilizar a la dotación.

Durante las últimas horas de aquella tarde y toda la noche, los hombres de Fenet acabaron con catorce carros soviéticos. Una muestra denodada de resistencia podría tomar por sorpresa al enemigo y retenerlo. En el puente de Halensee, situado en el extremo oeste del Kurfürstendamm, tres jóvenes de un batallón perteneciente al Servicio de Trabajo del Reich armados con una sola ametralladora lograron repeler el ataque durante cuarenta y ocho horas.

La batalla del aeródromo de Tempelhof habría de extenderse un día más, durante el cual la artillería soviética y los lanzacohetes *Katyusha* no dejaron de disparar a los edificios administrativos. En el interior, los gritos de los heridos resonaban en los pasillos, llenos de humo y olor de productos químicos en llamas. “El silencio que siguió al final del bombardeo constituyó un preludio al rugir de las máquinas y el traqueteo de las orugas que anunciaban un nuevo ataque por parte de los carros de combate”30.

Mientras el maltratado cuerpo de ejército de Weidling se retiraba en dirección al centro aquella tarde del 25 de abril, Hitler insistió a su comandante, al que había convocado en su búnker, en que las cosas acabarían por tornarse en su favor. “La situación debe mejorar —le dijo—. Desde el suroeste vendrá a Berlín el 12º ejército del general Wenck para asestar, junto con el 9º ejército, un golpe aplastante al enemigo. Las tropas al mando de Schörner van a venir desde el sur, y sus ataques harán que cambien las tornas”31. Para subrayar lo desastroso de la situación en que se hallaba todo el frente oriental, el general Von Manteuffel acababa de informar de que el 2º frente bielorruso de Rokossovsky había destrozado sus líneas defensivas al sur de Stettin. El general de división Dethleffsen, del estado mayor del OKW, también hubo de visitar aquel día el búnker del Führer para encontrarse con un hombre “que se engañaba a sí mismo en un estado rayano en la hipnosis”32.

Aquella noche, el general Krebs advirtió a Krukenberg de que la Nordland se replegaría al día siguiente hacia el sector defensivo Z (de Zentrum). Esta operación estaba dirigida desde el Ministerio del Aire, un bloque de edificios situado en la Wilhelmstrasse, al norte del cuartel general de la Gestapo. Cuando Krukenberg regresó para establecer contacto, se encontró con que los sótanos estaban atestados de personal de la Luftwaffe sin supervisión y ocioso por completo. Entonces subió al Teatro Estatal de la Opera, que se hallaba en la avenida Unter den Linden, a unos cuantos cientos de metros de la embajada soviética abandonada. Era allí donde había regresado Dekanozov poco después del amanecer del día 22 de junio de 1942 tras conocer por Ribbentrop que la Wehrmacht había invadido la Unión Soviética. En esos momentos, en la avenida no podía verse una sola alma. Krukenberg estableció su propio cuartel general en los sótanos del teatro, donde un grandioso sillón de formas semejantes a las de un trono que había pertenecido al antiguo palco real le proporcionó la oportunidad de disfrutar cómodamente de un sueño de dos horas. El enemigo les permitió disfrutar de una paz relativa aquella noche, puesto que no apareció biplano U-2 alguno para lanzar sus pequeñas bombas sobre el sector.

Con la caída de Berlín a la vuelta de la esquina, el cuartel general que tenía instalado el SHAEF en Reims remitió aquel día una petición a la *Stavka* de Moscú: “El general Eisenhower desea enviar un mínimo de veintitrés corresponsales de guerra acreditados a Berlín tras la toma de la ciudad por parte del Ejército Rojo. En realidad pretende enviar, si es posible, un número mayor, ya que, en su opinión, “la caída de Berlín constituirá una de las más grandes noticias del mundo”“33.

El Kremlin no dio respuesta alguna. Era evidente que Stalin no quería periodistas en la capital del Reich, más aún si se trataba de los incontrolables occidentales. De cualquier manera, iba a acabar teniendo problemas con ellos de un modo inesperado por completo.

Durante ese día, la principal estación emisora nazi, la Deutschlandsender, se mantuvo en silencio 34. Sin embargo, la fecha del 25 de abril se haría famosa por un acontecimiento que no tardó en conocerse en todo el mundo: en Torgau, a orillas del Elba, se reunieron elementos destacados de la 58ª división de guardias fusileros del general Vladimir Rusakov y soldados de la 6ª división estadounidense. La Alemania nazi, por lo tanto, había quedado partida por la mitad. Enseguida se emitieron mensajes que recorrieron ambas cadenas de mando, desde Bradley a Eisenhower en el SHAEF, por un lado, y desde Konev al general Antonov en la *Stavka*, por el otro. Acto seguido se informó a los dos jefes de estado, y Stalin y Truman intercambiaron telegramas en los que acordaban hacer público lo sucedido. La primera reacción de Eisenhower fue la de enviar a los periodistas, decisión de la que más tarde habría de arrepentirse.

El general Gleb Vladimirovich Baklanov, comandante del 34º cuerpo, mandó organizar un típico banquete soviético, para el que el departamento político proporcionó metros y más metros de tejido rojo a fin de decorar mesas y estrados. Se erigieron grandes retratos de Stalin y se improvisaron otros más pequeños de Truman, lo que fue a sumarse a algunas interesantes variaciones en las barras y estrellas de la bandera estadounidense. Se suministraron ingentes cantidades de alcohol y se envió a Torgau a las soldados más atractivas del 5º ejército de guardias ataviadas con uniformes nuevos.

El general Baklanov estaba preparado para la acostumbrada ronda de brindis soviéticos por la victoria, la paz y la amistad entre las naciones, y la eterna destrucción de la bestia fascista. Sin embargo, el grupo de bulliciosos periodistas estadounidenses dispuestos a animar la celebración lo cogió por completo desprevenido. Los soldados del Ejército Rojo tampoco quedaron sin su buena ración de vodka, por lo que la seguridad no fue tan efectiva como de ordinario.

A mitad del acto, cuando los oficiales soviéticos bailaban "con las hermosas soldados rusas", Andrew Tully, del *Boston Traveller* "comentó en tono jocoso" a Virginia Irwin, del *Saint Louis Post Dispatch*: "¿Por qué no seguimos hasta Berlín?". "De acuerdo", respondió ella.

Ambos se escabulleron de la fiesta y condujeron en un todoterreno hasta el Elba, donde mostraron a los soldados rusos que manejaban el transbordador sus identificaciones del SHAEF. Entonces gritaron: "Jeep!", al tiempo que movían los brazos imitando el gesto de nadar.

Los desconcertados centinelas, a los que nadie había dado instrucciones ante el supuesto de tal situación, les dejaron montar en la embarcación y les cruzaron junto a su vehículo. Los periodistas contaban con un mapa que llegaba hasta el Luckenwalde. Ante el temor de que los "trataran de un modo sumario como espías" en un frente tan poco estable, robaron una de las banderas improvisadas de Estados Unidos que habían colocado los rusos en Torgau y la ataron a un lateral del todoterreno. Cuando algún centinela desconfiado o un controlador del tráfico les hacía señales para que parasen, ellos gritaban: *Amerikansky*!, y desplegaban una amable sonrisa. "No dejes de sonreír", advirtió Tully a Virginia Irwin.

Llegaron a Berlín antes de que se hiciera de noche, y allí se encontraron con el comandante Kovalesky, joven oficial de pelo cano. Se dirigieron a él en un francés titubeante. El ruso se mostró receloso en un principio, pero quedó convencido cuando dijeron: "Nous sommes correspondents de guerre. Nous voulons aller [à] Berlin".[*] El desdichado Kovalesky, que ignoraba que aquel viaje no estuviera autorizado y que más tarde lo harían responsable de las consecuencias, los llevó a su puesto de mando, situado en una casa medio derruida. En un gesto de típica hospitalidad rusa, pidió a su ordenanza, "un fiero mongol que tenía la mejilla izquierda surcada por una gran cicatriz", que ofreciera a sus invitados agua caliente. A Virginia Irwin le proporcionaron asimismo un bote al que le quedaba un cuarto de agua de colonia, un espejo roto y polvos faciales. Entonces ordenó que se dispusiera un improvisado banquete. La mesa se iluminó con velas sujetas por botellas de leche vacías, se colocaron flores propias de la primavera en un tarro y se dio inicio a la celebración con

[*] "Somos corresponsales de guerra; queremos ir a Berlín", en francés en el original. (N del t.)

platos de salmón ahumado, pan negro de Rusia, cordero cocinado con fuego de carbón, “cantidades enormes de puré de patatas salpicado de grasa animal”, queso y bandejas de pasteles rusos. “Con cada brindis, los oficiales soviéticos se ponían en pie, daban un taconazo, hacían una profunda reverencia y vaciaban sus vasos de vodka. Además, había coñac y una bebida tan potente como la dinamita y que el comandante describió tan sólo como “alcohol"“. A cada plato seguía una ronda de brindis “por el difunto presidente Roosevelt, egregio varón, por Stalin, por el presidente Truman, por Churchill, por el Ejército Rojo y por el Jeep estadounidense”.

Los dos periodistas regresaron a Torgau al día siguiente, eufóricos por su proeza. Tully lo describió como “la mayor locura que jamás he cometido”. Era evidente que no había imaginado siquiera las consecuencias que se derivarían. Las autoridades militares estadounidenses no cabían en sí de rabia, aunque su cólera no era nada en comparación con la de las autoridades soviéticas. Este hecho quedó demostrado por los mensajes intercambiados entre Reims, Washington y Moscú. Eisenhower, exasperado, decidió que, puesto que habían entrado en Berlín de forma ilegal, sus historias no podrían publicarse si no se entregaban antes a Moscú para que pasasen por la censura de los soviéticos. En un momento en que los acontecimientos se sucedían con tanta rapidez, esto comportaba, claro está, que resultarían poco actuales en el momento en que aparecieran. Lo que más irritaba a Eisenhower era su convencimiento de que su excursión a Berlín había dado al traste con la propuesta de introducir en la capital un número mayor de periodistas cuando se produjese la rendición. Con todo, los que más sufrieron fueron tal vez los confiados rusos que habían ayudado y agasajado a Tully y a Irwin. Al parecer, incluso los oficiales que participaron en las celebraciones de Torgau fueron objeto de sospecha por parte del NKVD durante las purgas de posguerra, por cuanto habían estado en contacto con extranjeros capitalistas 35.

Stalin quería que Berlín quedara rodeado lo antes posible por un cordón sanitario, lo que comportaba la ocupación urgente de todo el territorio hasta el Elba, que se había designado en cuanto parte de la futura zona soviética. Los ejércitos de Konev que no estaban participando en el ataque de Berlín ni en la lucha contra los ejércitos alemanes 9º y 12º recibieron órdenes de dirigirse hacia el oeste. Las tropas llegaron al Elba durante los días 24 y 25 de abril, en otros muchos puntos diferentes de Torgau. También alcanzaron sus márgenes unidades del 5º ejército de guardias, el 32º cuerpo de guardias fusileros al mando del general Rodimtsev, famoso en Stalingrado, y el 4º cuerpo blindado de guardias. El primer cuerpo de guardias de caballería del general Baranov fue más allá. Por petición especial del compinche de Stalin, el mariscal de caballería Semyon Budenny, Konev le había asignado una labor específica: el servicio soviético de información había oído que los sementales del criadero más importante de la Unión Soviética, situado en el Cáucaso septentrional, que habían sido embarcados en dirección a Alemania en 1942, se hallaban al oeste del Elba, cerca de Riesa. La caballería de guardias cruzó el río, los localizó y los recuperó, como si se hubiera tratado de una incursión fronteriza a través del Río Grande.

A fin de satisfacer la impaciencia que mostraba Stalin por tener detalles de Berlín, el general Serov, representante del NKVD en el primer frente bielorruso, proporcionó un informe detallado a más no poder acerca de las condiciones de la ciudad. Beria lo dejó en el escritorio de Stalin el día 25 de abril. Serov observaba que la destrucción era mucho mayor a medida que se avanzaba hacia el centro de la ciudad, en el que no eran pocas las edificaciones que seguían en llamas a causa de los bombardeos de la artillería soviética. “En las paredes de muchos edificios puede verse con frecuencia la palabra “Pst” [es decir, silencio] escrita con letras enormes”36. Los berlineses, al parecer, lo explicaban como un intento por parte del gobierno nazi de acallar las críticas hacia sus empeños militares en aquel momento de crisis. De cualquier manera, los ciudadanos ya se estaban preguntando cuál sería la nueva forma de gobierno que se iba a instaurar en la capital. Con todo, “de diez alemanes a los que preguntamos si podrían ejercer de *Bürgermeister*, ni siquiera uno se mostró dispuesto, para lo que pretextaban diversas excusas insignificantes —escribió—. Parecían tener miedo de las consecuencias que podría reportarles el asumir tal responsabilidad. Por lo tanto, resulta necesario escoger *Bürgermeister* de entre los prisioneros de guerra retenidos en nuestros campos

que proceden de Berlín”. Se trataba, sin duda, de antifascistas selectos que habían sido objeto de una intensa formación política.

“Los interrogatorios de los milicianos de la Volkssturm capturados revelaron un hecho interesante: cuando se les preguntó por qué no había entre ellos soldados regulares ni oficiales, dijeron que tenían miedo a causa de lo que habían hecho en Rusia. Por lo tanto, tienen la intención de rendirse ante los estadounidenses, mientras que los de la Volkssturm, al no ser culpables de nada, pueden entregarse ante nuestras tropas”. Serov no perdió tiempo alguno colocando un cordón en el interior de Berlín y alrededor de la ciudad; en su lugar, empleó a los regimientos 105º, 157º y 333º de guardias de frontera del NKVD.

Lo que sorprendió tal vez en mayor medida al general fue el estado de las defensas de la capital. “En el interior de la zona de diez o quince kilómetros que rodea a Berlín no se han encontrado dispositivos serios de defensa permanentes. Hay trincheras de artillería y fosos para los cañones, y las autopistas tienen algunos sectores minados. A la entrada de la ciudad hay algunas trincheras, aunque menos que las que pueden verse en cualquier otra ciudad de las que ha tomado el Ejército Rojo”. Los interrogatorios de los miembros de la Volkssturm revelaron hasta qué punto eran escasas las tropas regulares apostadas en la capital y la munición de que disponían, así como lo poco dispuestos a luchar que se mostraban los milicianos. Serov descubrió asimismo que la defensa antiaérea alemana casi había dejado de ser efectiva, por lo que la aviación soviética no había tenido gran problema en arrasar la ciudad. Evidentemente, todas estas observaciones se mantuvieron en secreto. Las narraciones de la propaganda habían de hacer hincapié en el carácter formidable del enemigo al que se enfrentaban en Berlín.

Al tiempo que evitaba cualquier comentario controvertido desde el punto de vista político, Serov indicó la razón por la que los alemanes no habían abandonado la resistencia. “Tras interrogar a los prisioneros y a la población civil, quedó claro que sigue profesándose un miedo terrible a los bolcheviques”. Beria, guiado de un interesante razonamiento lógico, empleó la necesidad de cambiar “la actitud de las tropas del Ejército Rojo con relación a los prisioneros y ciudadanos alemanes” como pretexto para revisar la administración militar de los asuntos civiles 37. Así, recomendaba que, “a fin de crear una atmósfera normal en las zonas de retaguardia del Ejército Rojo que opera en territorio alemán”, debería nombrarse un comandante delegado de cada frente para que se encargase de los asuntos no militares. Huelga decir que, en cada caso, el cargo recaería sobre el jefe residente del NKVD: Serov en el caso del primer frente bielorruso, el general Meshik, en el del primer frente ucraniano, y Tsanava, en el del 2º frente bielorruso. Debían guiarse por el principio de que “el comandante delegado de frente debe ser a un tiempo representante del NKVD de la URSS y responsable ante el NKVD de la URSS en lo referente a la labor de eliminar a los elementos enemigos”. No necesitaba añadir el punto principal: no tenían responsabilidad alguna ante la cadena de mando militar en un momento en que tanto Stalin como Beria estaban preocupados por lo que pudieran hacer los generales orgullosos de su triunfo.

La necesidad de actuar estaba justificada por el hecho de que los estadounidenses estuviesen ya preparados para administrar su zona de ocupación, mientras que la Unión Soviética no había hecho nada. “Para vuestra información: en el territorio occidental de Alemania, los Aliados han creado el puesto de comandante delegado especial de tropas aliadas encargado de los asuntos civiles: el general de división Lucius Clay, que hasta que fue nombrado para el cargo ocupó el puesto de jefe delegado de la oficina encargada de movilizar los recursos militares de EE.UU”. Beria quedó sin duda impresionado al oír que éste tendría trabajando a sus órdenes a tres mil funcionarios que contaban con una formación especial y “experiencia económica y administrativa”. Los que llevaban a cabo la misma labor en el bando soviético, bajo el control del NKVD, cumplirían sin duda unos requisitos diferentes. El informe acababa con la frase acostumbrada: “Quedo en espera de una decisión. Beria”.

21
La lucha en la ciudad

Los civiles que debían administrar los delegados de Beria no conocían demasiado la realidad del gobierno soviético. Por otra parte, tenían preocupaciones más urgentes en un momento en que la batalla se estaba librando en sus calles, sus apartamentos e incluso los sótanos en los que se refugiaban. Lo único positivo que trajo la madrugada del jueves, 26 de abril, fue una tormenta que estalló acompañada de una lluvia tan violenta que fue capaz de extinguir algunos de los fuegos. Por extraño que pueda resultar, este hecho no hizo sino aumentar el olor a quemado, en lugar de disminuirlo.

Las víctimas entre la población civil habían sido numerosas. Como si fueran miembros de la infantería napoleónica, las mujeres que hacían cola en busca de alimento se limitaban a cerrar filas después de que la explosión de un proyectil hubiese diezmado la fila en que se hallaban. Nadie se atrevía a perder su puesto en la hilera. Se decía que las mujeres limpiaban sin más la sangre que había salpicado sus cartillas de racionamiento y seguían resistiendo. “Se mantienen en pie como muros —anotó una berlinesa en su diario—, y son las mismas que no hace mucho corrían a refugiarse en los búnkeres en cuanto se anunciaba la aparición de tres aviones de caza sobre el cielo de la Alemania central”1. Las mujeres hacían cola por una ración de mantequilla o embutido, en tanto que los hombres sólo salían a la calle por esperar su turno para conseguir un trago de aguardiente. Resulta simbólico: ellas estaban preocupadas por la supervivencia inmediata, mientras que ellos necesitaban escapar de las consecuencias de su guerra.

Los fallos en el suministro de agua comportaban más colas peligrosas. Las mujeres esperaban en fila con cubos y jarras esmaltadas ante la bomba de agua más cercana, escuchando el constante chirrido metálico de la juntura oxidada de su manubrio. Pudieron darse cuenta de que los bombardeos las habían hecho cambiar. De sus labios surgían de un modo natural juramentos y comentarios insensibles que antes no se habrían atrevido a pronunciar. “Durante todos estos días —confió a su diario la misma mujer— he estado notando que no son sólo mis sentimientos, sino los de todas las mujeres los que han cambiado respecto de los hombres. Nos dan lástima su aspecto cargado de patetismo y su falta de fuerzas. El sexo débil. Bajo la superficie parece estar creciendo cierta decepción entre las mujeres. El mundo nazi del macho dominante que glorifica al hombre fuerte se está tambaleando, y con él se viene abajo el mito del “hombre”“.

El régimen nazi, que nunca había querido que las mujeres quedasen mancilladas por la guerra, pues de hecho intentaba evitar todo aquello que interfiriese con la crianza de los niños, afirmaba llevado de la desesperación del momento que las jóvenes estaban luchando al lado de los hombres. En una de las pocas estaciones de radio que seguían emitiendo podía oírse el siguiente llamamiento, destinado a mujeres y niñas: “Tomad las armas de los soldados heridos o caídos y participad en la lucha. ¡Defended vuestra libertad, vuestro honor y vuestra vida!”2. Los que lo oían desde fuera de Berlín quedaban conmovidos ante una “consecuencia tan extrema de la guerra total”. Con todo, fueron muy pocas las que tomaron las armas. La mayoría eran auxiliares adscritas a las SS. De cualquier manera, también hubo algunas que se encontraron atrapadas en la lucha, ya por causa de circunstancias extraordinarias, ya por un temerario arrebato romántico. Así, con el fin de estar con su amado, Ewald von Demandowsky, la actriz Hildegard Knef se puso un uniforme y se unió a él en Schmargendorf para defender, con su compañía improvisada, las áreas de carga.

En los sótanos de bloques de apartamentos, las diferentes parejas evitaban mirarse a los ojos mientras daban cuenta de su comida. Parecían familias que coincidiesen en el mismo compartimiento del tren durante un viaje largo y consumieran sus provisiones unas en frente de otras fingiendo gozar de cierta privacidad. Con todo, cuando llegaban noticias de que un cuartel había quedado abandonado, desaparecía cualquier apariencia de urbanidad. Los ciudadanos respetuosos con la ley se trocaban en frenéticos saqueadores de almacenes. Cada hombre, mujer o niño se preocupaba tan sólo de sí mismo y de cualquier cosa que pudiera agarrar. Una vez que todos se hallaban con sus cajas en el exterior, se efectuaban trueques de un modo espontáneo con las ilícitas ganancias de cada uno. A la sazón no había un precio fijado para los bienes del mercado negro: dependía del capricho o de la necesidad particular: una barra de pan por una botella de aguardiente, una pila de linterna por un trozo de queso. Los comercios abandonados se convertían también en objeto de pillaje. Aún estaban vivos los recuerdos, tanto populares como personales, del invierno berlinés de 1918. Había surgido una nueva generación de "hámsteres" que almacenaban alimento para una inminente catástrofe.

La muerte por inanición, sin embargo, no era el peligro más importante. Muchos no estaban preparados para el impacto de la venganza soviética, por mucha propaganda que hubiesen oído. "No teníamos idea de lo que iba a pasar", recuerda la secretaria de Lufthansa Gerda Petersohn 3. Los familiares que habían servido de soldados en el frente oriental nunca llegaron a mencionar lo que se había hecho a la población soviética. Y a pesar de que la incesante propaganda advertía a las berlinesas del peligro de violación, muchos se tranquilizaban pensando que, si bien debía de representar un riesgo en el campo, en el ámbito urbano, delante del resto de ciudadanos, no podía darse de un modo tan generalizado.

Gerda, la muchacha de diecinueve años que había tomado las tabletas de malta de la Luftwaffe del vagón saqueado en Neukölln, tenía cierto trato con otra muchacha de su edad que vivía en el mismo edificio. Se llamaba Carmen, y había pertenecido al Bund Deutscher Mädel, organización femenina equivalente a las Juventudes Hitlerianas. Tenía fotografías de gran tamaño de los ases de la Luftwaffe colgadas en las paredes de su dormitorio y había llorado como una Magdalena tras la muerte de Molders, el más famoso de todos.

La noche del 25 de abril reinaba un silencio poco común mientras el Ejército Rojo avanzaba hacia Neukölln. Los habitantes del edificio se hallaban a cubierto en el sótano cuando sintieron vibrar el suelo por la acción de un tanque que se acercaba por su calle. Poco después, un soplo de aire fresco hizo parpadear la luz de las velas y les indicó que se había abierto la puerta. La primera palabra que oyeron en ruso fue: Stoi! Entonces irrumpió un soldado del Asia central armado con una metralleta y les arrebató los anillos, los relojes y las joyas. La madre de Gerda la había ocultado bajo un montón de ropa sucia. Más tarde entró un segundo soldado joven e indicó a la hermana de Gerda que quería que lo acompañase, pero ella apretó a su bebé contra su regazo y bajó la mirada. El soldado dijo a un hombre que también se refugiaba en el sótano que la instara a obedecer, pero éste fingió que no lo entendía. El intruso pretendía llevarla a un cuartito contiguo a la bodega, por lo que siguió apuntándole. Sin embargo, ella seguía con el bebé en el regazo, sin moverse. El joven, desconcertado, perdió la paciencia y salió con brusquedad.

Cuando llegó la mañana del 26 de abril, salieron del refugio para descubrir que se habían librado por muy poco. Oyeron historias terribles acerca de lo que había sucedido durante la noche. A la hija de un carnicero, que contaba tan sólo catorce años, la habían abatido cuando trataba de resistirse. La cuñada de Gerda, que vivía a poca distancia de su casa, había sido víctima de una violación colectiva a manos de los soldados, y la familia al completo había decidido ahorcarse. Los padres habían muerto, pero la cuñada de Gerda salvó la vida porque un vecino cortó la cuerda y la llevó al apartamento de los Petersohn. Todos pudieron ver las marcas que le había dejado la soga en el cuello. A la joven le dio un ataque de histeria cuando reconoció a los que la rodeaban y cayó en la cuenta de que sus padres habían muerto mientras que a ella la habían salvado.

Durante la noche siguiente, las familias del edificio decidieron evitar el sótano y hacinarse en una única sala de estar a fin de ser más y sentirse así más seguros. Allí había más de veinte mujeres y niños reunidos. Frau Petersohn se arriesgó a esconder a Gerda, a su otra hija y a su nuera bajo una

mesa provista de un tapete que llegaba casi hasta el suelo, y no hubo de pasar mucho tiempo antes de que Gerda oyese voces que hablaban en ruso, tras lo cual vio unas botas del Ejército Rojo tan cerca de la mesa que podría haberlas tocado con tan sólo alargar el brazo. El soldado sacó a tres jóvenes a rastras de la habitación. Una de ellas era Carmen, y Gerda pudo oírla gritar. Se sintió extraña: Carmen estaba gritando su nombre y ella no lograba saber por qué. Los gritos acabaron por convertirse en sollozos.

Mientras los soldados seguían ocupados con sus víctimas, frau Petersohn tomó una determinación. “Van a volver”, murmuró a las tres que se escondían bajo la mesa. Les indicó que la siguieran y las llevó escaleras arriba hasta el piso más alto, afectado por las bombas, en el que aún vivía una señora mayor. Gerda pasó la noche acurrucada en el balcón, resuelta a saltar y perder la vida si los rusos llegaban a por ella. Sin embargo, su preocupación más inmediata consistía en evitar que llorase el bebé de su hermana. De pronto recordó las tabletas de malta de la Luftwaffe, e introdujo una en la boca de la niña cada vez que ésta se mostraba intranquila. Cuando llegó el amanecer vieron manchurrones en su rostro, pero la táctica había funcionado.

Las mañanas eran más seguras, pues los soldados soviéticos estaban durmiendo después de pasar la noche entregados al placer o habían de regresar al combate, de manera que las tres regresaron a su propio apartamento. Allí, en lo que podría considerarse una versión grotesca de Ricitos de Oro, descubrieron que los rusos se habían servido de sus propios lechos. Las hermanas descubrieron asimismo el uniforme de la Wehrmacht de su hermano, que los intrusos habían tendido en el suelo con gran cuidado antes de defecar sobre él.

Gerda buscó a Carmen para intentar ofrecerle algún tipo de consuelo, pero también con la esperanza de descubrir por qué había estado gritando su nombre sin cesar. En cuanto su vecina clavó en ella sus ojos, Gerda pudo observar en ellos una amarga hostilidad. Su actitud quedó clara de inmediato: “¿Por qué a mí y no a ti¿”. Por eso había gritado su nombre. Desde aquel día, nunca más volvieron a dirigirse la palabra.

A pesar de que parece haber existido una pauta que puede considerarse general, el curso de los acontecimientos cuando llegaron las tropas soviéticas resultaba impredecible en todo momento. En otro distrito, los civiles oyeron aterrorizados un golpe en la puerta de su búnker una vez desvanecido el ruido propio de la lucha. Entonces entró un soldado del Ejército Rojo con una metralleta. *Tag, Russki!*, los saludó alegremente, tras lo cual se alejó sin siquiera quitarles los relojes. Dos horas más tarde entró un grupo de soldados mucho más agresivos, que atraparon a Klaus Boeseler, un adolescente de catorce años que pasaba del metro ochenta y tenía el cabello rubio. Du SS¿, gritó uno de ellos, con una entonación que afirmaba más que preguntar. Parecían tan decididos a ejecutarlo, que el muchacho estaba aterrorizado. Con todo, los que compartían sótano con él lograron al final persuadir a los soldados mediante signos de que no era más que un colegial 4.

Dada su estatura, no había hora del día en que Boeseler no tuviese hambre. Así que no le arredraba el tener que trocear un caballo abatido por un proyectil con la intención de llevar su carne a casa para que su madre la conservara en vinagre. Los soldados soviéticos no salían de su asombro ante la velocidad con la que los berlineses, criados en una ciudad y que no eran “ni kulaks ni terratenientes”, fuesen capaces de descuartizar un caballo hasta dejarlo en los huesos 5. Sabedor de que los rusos profesaban un gran cariño a los críos, Boeseler llevó a su hermana de trece años a visitar un vivac de soldados soviéticos instalado no lejos de donde ellos vivían. Estos les dieron una barra de pan, a lo que añadieron una porción de mantequilla. Al día siguiente les ofrecieron sopa. Pero más tarde oyó casos de violaciones colectivas en el vecindario, así que no dudó en esconder a su madre y a una vecina en la carbonera durante tres días.

La limpieza a la que estaban acostumbrados los alemanes hubo de sufrir en gran medida. Todos tenían las ropas y la piel cubiertas de polvo de yeso y ladrillo, y no podían permitirse desperdiciar agua para lavarse. De hecho, los berlineses prudentes habían estado hirviendo parte de la que tenían

para conservarla en recipientes herméticos, conscientes de que en los días por venir, el poseer una fuente fiable de agua que pudiera beberse se convertiría en la primera necesidad.

Los pocos hospitales que habían quedado en Berlín sin evacuar se hallaban tan atestados de víctimas que no podían aceptar a nuevos heridos. La situación había empeorado aún más por el hecho de que las salas hubieran de limitarse a las que existían en los sótanos. Durante los días en que se producían bombardeos, el personal no había tenido problema alguno a la hora de bajar a los pacientes cuando oía sonar las sirenas; sin embargo, el incesante fuego de artillería hacía inútil todo aviso. Una mujer que acudió a uno de ellos a prestar sus servicios no pudo ver otra cosa que caos y "rostros céreos envueltos en vendas manchadas de sangre"6. Cierto cirujano francés que estaba interviniendo a compatriotas prisioneros de guerra describía el modo en que habían de trabajar, en un sótano, sobre una mesa de madera, "casi sin antisépticos y con los instrumentos apenas hervidos". No había siquiera agua para lavar la ropa que empleaban, y la iluminación dependía de dos bicicletas y sus dinamos 7.

Dada la imposibilidad de recibir ayuda oficial, muchos soldados y civiles heridos debían ser atendidos por madres e hijas en las bodegas de las casas. Esto, sin embargo, resultaba peligroso, por cuanto los rusos reaccionaban ante la presencia de cualquier soldado en un sótano como si todo el lugar constituyese una posición defensiva. Para evitar esta situación, las mujeres acostumbraban despojar a los heridos de sus uniformes y proporcionarles ropas que sobraran en la vivienda mientras quemaban las militares. Otro peligro surgía cuando los milicianos de la Volkssturm, al decidir escabullirse para regresar a su hogar poco antes de la llegada de los rusos, llevaban consigo la mayoría de sus armas y su munición. Las mujeres que las encontraban no perdían el tiempo en deshacerse de ellas, aunque se decía que los soldados del Ejército Rojo ejecutaban a todos los habitantes de un edificio en el que se hubieran encontrado armas 8.

Los corrillos se habían convertido de nuevo en el mejor lugar para intercambiar información, puesto que las noticias oficiales resultaban poco fiables. El *Panzerbär*, hoja informativa que tomaba su nombre de "Oso blindado" del símbolo de Berlín, sostenía que se habían recuperado ciudades como Oranienburg. Como quiera que las emisoras de radio habían caído en manos del enemigo, el Ministerio de Propaganda de Goebbels, o "Promi", como lo llamaban los berlineses, había tenido que limitarse a distribuir octavillas. "¡Berlineses! Resistid; el ejército de Wenck avanza para socorrernos. Unos días más, y Berlín volverá a ser libre" 9. En un momento en que se acercaban al centro de la ciudad varios ejércitos soviéticos, cada vez eran menos los que estaban convencidos de que un solo ejército alemán bastase para liberarla. Muchos, sin embargo, seguían aferrándose a la idea de que los americanos se disponían a rescatarlos, aun cuando el cerco de la capital del Reich que había llevado a cabo Stalin hubiese dado al traste con cualquier esperanza que pudiera albergarse al respecto.

El coronel Sebelev, ingeniero adscrito al 2º ejército blindado de guardias, destacado en Siemensstadt, al noroeste de la ciudad, logró sacar tiempo para escribir a su familia. "En este momento estoy sentado con mis oficiales en el quinto piso de un edificio, escribiendo las órdenes que serán transmitidas a las diversas unidades. Los encargados de las señales y los mensajeros van y vienen sin descanso. Nos dirigimos al centro de Berlín, entre el tiroteo, los incendios y el humo que lo cubre todo. Los soldados corren de un edificio a otro y se arrastran con cautela a través de los patios. Los alemanes estaban disparando a nuestros tanques desde ventanas y puertas; pero la dotación de los carros del general Bogdanov ha adoptado una táctica muy inteligente que consiste en avanzar por la acera en lugar de por el centro de la calle, de manera que los de la derecha disparan con fusiles y ametralladoras hacia la izquierda, y los de la izquierda, hacia la derecha. Así que los alemanes están huyendo de ventanas y puertas. En los patios de las casas, los soldados de los servicios de apoyo distribuyen desde los vehículos alimentos a la población de la ciudad, que está muerta de hambre. Los alemanes tienen un aspecto famélico, y se ve que han sufrido mucho. Berlín no es una ciudad bonita: sus calles son estrechas, y está llena de barricadas, tranvías estropeados y otros vehículos. Las casas están vacías porque todos se han refugiado en los sótanos.

Por aquí nos alegra saber que ya estáis sembrando trigo. Sería feliz si pudiese plantar patatas, tomates, pepinos, calabazas... Adiós. Recibid un beso y un abrazo de vuestro Pyotr”10.

Sebelev no mencionaba que las tácticas seguidas por el Ejército Rojo no habían sido muy inteligentes en un principio, ni tampoco hablaba del gran número de pérdidas. Zhukov estaba desesperado por acelerar su avance, por lo que envió a sus dos ejércitos de tanques directamente al interior de la ciudad, lo que hizo que los carros blindados circularan en fila india por el centro de la calle. Incluso el 8º de guardias de Chuikov, que se preciaba de su pasado glorioso en la lucha callejera de Stalingrado, cometió en los primeros momentos un sinnúmero de errores. Los papeles, claro está, se hallaban invertidos por completo en esta ocasión, pues el Ejército Rojo era el atacante dotado de una gran superioridad mientras que la Wehrmacht había de defender su territorio por medio de emboscadas.

Las Waffen SS no tenían intención alguna de apostarse tras las barricadas que se habían improvisado en las inmediaciones de las esquinas, pues eran conscientes de que no constituían obstáculos muy efectivos, y de que serían los primeros en ser destrozados por el fuego enemigo. Preferían colocar fusileros en las ventanas de los pisos más altos o en las azoteas de los edificios, por cuanto a los tanques les sería imposible elevar tanto sus cañones. Sin embargo, las emboscadas con bazucas se llevaban a cabo desde los sótanos y las ventanas abiertas en las bodegas, dado que resultaba muy difícil apuntar con precisión un Panzerfaust desde lo alto. Los miembros de las Juventudes Hitlerianas los imitaron con entusiasmo, y los milicianos de la Volkssturm (los que habían conocido la primera guerra mundial y continuaban en sus puestos) no tardaron en seguir la misma estrategia. Los soldados soviéticos se referían a estos dos grupos como “totales”, ya que eran el resultado de una “movilización total”; los oficiales de la Wehrmacht, por su parte, los llamaban “potaje”, porque eran una mezcla de carne rancia y verduras frescas 11.

Las pérdidas sufridas por los tanques, en especial en el primer ejército blindado de guardias, obligaron a cambiar de táctica de un modo precipitado. La primera de las “nuevas estrategias” consistía en cubrir a cada uno de los carros con soldados armados de metralletas que disparaban a cada una de las ventanas o cualquier otro tipo de abertura que se hallara ante el avance de los vehículos 12. Sin embargo, había tantos hombres agarrados al tanque que resultaba muy difícil girar la torreta. Entonces recurrieron de nuevo a la táctica de recubrir los vehículos con colchones y objetos de metal para hacer que las bazucas explotaran antes de tiempo. Con todo, la solución que se adoptaba cada vez más era la de emplear cañones pesados, sobre todo obuses de 152 y 203 milímetros, a fin de hacer volar las barricadas y los edificios a su alcance. El tercer ejército de choque también hacía un uso constante de sus cañones antiaéreos para disparar a las azoteas de los edificios 13.

Las estrategias de la infantería se basaban en gran medida en las indicaciones de Chuikov, que habían experimentado cierta evolución desde la época de Stalingrado y hubieron de ponerse al día de un modo precipitado tras el asalto a Poznan. Comenzaban con el siguiente precepto: “Las operaciones ofensivas que se llevan a cabo con formaciones de relieve como si se hallasen en condiciones de combate normales no tienen posibilidad alguna de prosperar”14. Y así fue precisamente como comenzaron a actuar los dos ejércitos blindados. Chuikov hacía hincapié, y con razón, en la necesidad de un reconocimiento detallado, tanto en lo referente al acercamiento como en lo que respectaba a las posibles rutas que podía tomar el enemigo para huir. El humo o la oscuridad debían emplearse para cubrir el avance de la infantería hasta que se encontrara a menos de treinta metros de su objetivo, pues de lo contrario, las pérdidas serían demasiado elevadas.

Los grupos de asalto debían consistir en seis o siete hombres, respaldados siempre por grupos de refuerzo y de reserva listos para enfrentarse a un contraataque. Los de asalto debían estar armados, como sucedió en Stalingrado, con “granadas, metralletas, machetes y palas afiladas que puedan emplearse a modo de hacha en la lucha cuerpo a cuerpo”. Los de refuerzo habían de contar con armas más pesadas, como ametralladoras y armamento antiaéreo. Debían disponer de zapadores equipados con explosivos y picos que pudieran emplearse para reventar muros y poder pasar así de

una casa a otra. El peligro radicaba en que, en cuanto el agujero estuviese abierto, cabía la posibilidad de que un soldado alemán se adelantara y lanzase una granada desde el otro lado. Con todo, la mayoría de los hombres del Ejército Rojo no tardó en darse cuenta de que los lanzagranadas abandonados por la Volkssturm ofrecían los mejores medios para este "avance de lado a lado", puesto que la onda expansiva era suficiente para aplastar a cualquiera que se encontrase en el interior de la habitación que cerraba el muro.

Mientras algunos de los grupos de asalto se abrían paso de casa en casa a nivel del suelo, otros avanzaban de tejado en tejado, y otros, de bodega en bodega a fin de sorprender a quienes tendían emboscadas con bazucas a los carros. El empleo de lanzallamas tenía consecuencias terribles. Los zapadores, por su parte, juntaban secciones de vía de tren con dinamita con la intención de que actuasen a modo de metralla llegado el momento del ataque final 15.

La presencia de civiles no comportaba diferencia alguna. Las tropas del Ejército Rojo los obligaban sin más a salir de los sótanos, a punta de pistola y los sacaban a la calle sin importar la intensidad del fuego cruzado o los bombardeos. No eran pocos los oficiales soviéticos que, frustrados por la confusión, pretendían evacuar a la fuerza a todos los civiles alemanes, que era precisamente lo que había intentado el 6º ejército alemán durante la batalla de Stalingrado. "No teníamos tiempo de distinguir quién era quién —decía uno de ellos—. En ocasiones nos limitábamos a lanzar granadas al interior de las bodegas y seguíamos avanzando"16. Por lo general, se acostumbraba a justificar estas acciones aduciendo que los oficiales alemanes se estaban vistiendo con ropas de paisano para ocultarse entre las mujeres y los niños. Con todo, por lo que contaban los civiles podía colegirse que los soldados y oficiales que pretendían esconderse en un sótano o un refugio debían deshacerse antes no sólo de su uniforme, sino también de sus armas: hubo muy pocos casos auténticos de miembros de las tropas alemanas que se ocultasen entre la población civil con la intención de atacar al Ejército Rojo desde la retaguardia.

Chuikov exhortaba a emplear un estilo implacable a la hora de despejar las casas: "Lanzad vuestra granada y seguid adelante. Para ello deberéis tener velocidad, cierto sentido de la orientación, una gran iniciativa y energía, dado que en cualquier momento sucederá lo inesperado. Os encontraréis en un laberinto de habitaciones y pasillos llenos de peligros. Malo. Lanzad una granada en cada rincón. Seguid. Disparad con vuestras metralletas a cualquier resto de techo que quede en pie. Cuando entréis en la siguiente habitación, lanzad otra granada y acabad de limpiarla después con la metralleta. No desperdiciéis un solo momento".

Todo esto podía funcionar en el caso de los soldados con experiencia. Sin embargo, muchos de los jóvenes oficiales que se habían graduado tras breves cursos no tenían ni idea de cómo controlar a sus hombres ante un entorno poco familiar. Por otro lado, tras la batalla del Oder y el inflexible avance de veinticuatro horas ordenado por Zhukov, la mayor parte de las tropas del frente soviético estaba agotada, y el cansancio hacía que reaccionaran con mayor lentitud, lo cual resultaba muy peligroso. En ocasiones se colocaban de modo incorrecto las espoletas de los morteros, de tal manera que la bomba explotaba en el interior del tubo: otras veces, los soldados que intentaban usar las granadas alemanas acababan a menudo lisiados e infligían a sus camaradas daños similares.

Los casos de bajas soviéticas causadas por fuerzas de su propio bando eran aún más numerosos si se consideran en conjunto sus ejércitos. Pese a la acción de los biplanos U-2 encargados de localizar las baterías de cañones, no era extraño que la artillería y las baterías de *Katyusha* que apoyaban a un ejército bombardeasen a otro a medida que se aproximaban al centro de la capital. Se daban "casos frecuentes de ataques entre unidades distintas de nuestras propias tropas", según escribió el general Luchinsky, comandante del 28º ejército, que apoyaba al tercer ejército blindado de guardias de Rybalko 17. Además, todo el humo que se extendía por el campo de batalla urbano llevaba a que los tres ejércitos de aviación adscritos a los frentes de Zhukov y Konev bombardeasen con frecuencia a otras unidades del Ejército Rojo. La situación se hizo especialmente delicada al sur de la ciudad, donde los regimientos aéreos que apoyaban al primer frente ucraniano habían cerrado en varias ocasiones contra el 8º ejército de guardias. Chuikov no pudo menos de protestar ante Zhukov y exigirle la retirada de los "vecinos".

La batalla del aeródromo de Tempelhof, librada contra el 8º ejército de guardias y el primer ejército blindado de guardias, continuó durante la mayor parte del 26 de abril. El contraataque que llevó a cabo la división blindada Müncheberg la dejó con tan pocos tanques que hubieron de luchar en solitario, respaldados por pequeños grupos de infantería y miembros de las Juventudes Hitlerianas armados con lanzagranadas. Los supervivientes lograron mantenerse hasta la caída de la tarde. El comandante Saalbach hizo retroceder hasta la estación de Anhalter a los vehículos que quedaban del batallón de reconocimiento de la Nordland. Los carros blindados de la división que seguían en pie, ocho tanques Tiger del batallón Hermann von Salza y varios cañones de asalto, recibieron órdenes de avanzar hasta el Tiergarten.

La mañana dio comienzo con un bombardeo intensivo. "Pobre centro de la ciudad", escribió en su diario una mujer mientras veía alejarse a la artillería desde Prenzlauerberg [18]. El ataque del Klein Tiergarten presentó una dureza particular. Una vez que las explosiones habían removido todo el suelo, resultaba difícil imaginar el parque como lugar de recreo favorito de los niños.

Chuikov y Katukov ordenaron a sus fuerzas que avanzasen hacia el Belle—Allianceplatz —plaza que debía su nombre a la batalla de Waterloo y que, por irónico que resulte, estaba defendida por franceses de las SS— y la estación de Anhalter, el punto en que se separaba el avance de los dos frentes. La rivalidad con las tropas de Konev se había hecho más intensa, aunque se enmascaraba con chascarrillos. Así, uno de los comandantes del cuerpo de Chuikov había referido a Vasily Grossman: "Ahora no debería asustarnos tanto el enemigo como nuestros propios vecinos. He ordenado que se empleen los tanques que han ardido a fin de bloquear el avance de éstos e impedir así que lleguen al Reichstag. No hay nada más deprimente en Berlín que enterarte del éxito de tu vecino"[19].

Chuikov no se lo tomó tan a la ligera. Durante los dos días siguientes hizo avanzar a su flanco izquierdo ante el frente del tercer ejército blindado de guardias con la intención de que le cortasen el paso que los llevaría al Reichstag. Ni siquiera puso sobre aviso a Rybalko, de manera que fue responsable, con casi toda certeza, de la muerte de muchos de sus propios hombres bajo el fuego de la artillería del primer frente ucraniano.

Los cohetes *Katyusha* ("rayos caídos del cielo") siguieron empleándose tanto en calidad de arma psicológica como para objetivos sectoriales [20]. A primera hora de la mañana del día 26 de abril, el coronel Refior, jefe del estado mayor para la defensa de Berlín, se despertó bruscamente del breve sueño del que disfrutaba en el cuartel general del Hohenzollerndamm a causa de una rápida secuencia de proyectiles de largo alcance (que los rusos llamaban "marco"). "Las viejas liebres de primera línea de frente", según apuntó Refior, sabían que se trataba del "saludo" que precedía a una descarga de cohetes *Katyusha*, y si su cuartel general se hallaba dentro de su radio de acción, había llegado la hora de trasladarse [21]. El general Weidling ya había elegido el Bendlerblock, antiguo cuartel general del ejército situado en la Bendlerstrasse en el que habían ejecutado al coronel conde Von Stauffenberg tras el fracaso de la conspiración de julio. Disponía de refugios antiaéreos bien equipados y estaba cerca de la Cancillería del Reich, donde se requería la presencia de Weidling varias veces a lo largo del día.

En las profundidades del Bendler block, a su estado mayor le costaba saber si era de día o de noche. Se mantenían despiertos gracias al café y los cigarrillos. Los generadores, por su parte, les proporcionaban luz de manera ininterrumpida; pero el aire era húmedo y estaba cargado. En ningún momento dejaban de atender las llamadas de socorro provenientes de los comandantes de los diversos sectores, aunque ya no quedaban tropas de reserva.

Aquella noche, Weidling presentó a Hitler un informe por el que recomendaba una salida masiva de Berlín con el objeto de evitar una mayor destrucción y un mayor número de víctimas. Su plan consistía en hacer que la guarnición escoltase al Führer y huyese en dirección oeste para reunirse con los restos del grupo de ejércitos del Vístula. Allí los esperaría una punta de lanza formada por

los tanques que quedasen en condiciones de luchar, que sumaban unos cuarenta, y el grueso de las divisiones de combate. A éstos los seguiría el Führergruppe, en el que irían el propio Hitler y su estado mayor de la Cancillería del Reich junto con otros *Prominenten*. La retaguardia consistiría en una única división reforzada. La salida tendría lugar la noche del 28 de abril. Cuando Weidling hubo terminado, el dirigente nazi meneó la cabeza. "Su propuesta es del todo correcta —observó—; pero ¿qué sentido tiene? No tengo ninguna intención de vagar por los bosques: me quedaré aquí y caeré al frente de mis tropas. Usted, por su parte, seguirá organizando la defensa"22.

Lo inútil de la situación quedaba bien resumido en las consignas que se habían pintado en las paredes de los edificios: "Berlín sigue siendo alemana". Uno de éstos había sido tachado, y debajo podía leerse garabateado con caracteres cirílicos: "Sin embargo, yo ya estoy aquí, en Berlín. Firmado: Sidorov".

El Ejército Rojo no había llegado sin más a la capital alemana, sino que estaba estableciendo una administración provisional encargada de hacer funcionar de nuevo los servicios esenciales. Zhukov, que seguía sin conocer el plan de Beria de hacer que el NKVD dirigiera los asuntos civiles, acababa de nombrar al coronel general Berzarin, al mando del 5º ejército de choque, comandante de Berlín. En el siglo XVIII, el mariscal Suvorov había insistido en que quien comandaba el primer ejército que entraba a una ciudad debía convertirse en comandante de ésta, y el Ejército Rojo mantenía esta tradición. Es de suponer que los celos que sentía Chuikov por su rival debieron de ser intensos 23.

Grossman visitó a Berzarin en su cuartel general el día 26 de abril. "El comandante de Berlín —escribió en su libreta— es un hombre grueso, de taimados ojos castaños y cabello encanecido de forma prematura. Es muy inteligente, equilibrado y astuto"24. Aquel día tuvo lugar "la creación del mundo". Se convocó a los *Bürgermeister* de la ciudad y a los directores del suministro de electricidad, agua y gas, del alcantarillado, el metro y el tranvía, a los propietarios de fábricas y a algunas figuras públicas. "Todos recibieron un nombramiento en esta oficina. Los subdirectores se convirtieron en directores; los jefes de empresas regionales, en magnates de relevancia nacional". Grossman quedó fascinado por los signos más que por las palabras: el "arrastrar los pies, los saludos, los susurros". Aparecieron antiguos comunistas alemanes de antes del ascenso al poder de los nazis, con la esperanza de que se les concediera un nombramiento. "Un viejo pintor de brocha gorda muestra su tarjeta del Partido [Comunista de Alemania], del que ha sido miembro desde 1920. Los que trabajan al cargo de Berzarin apenas expresan reacción alguna antes de decirle: "Toma asiento".

Al igual que otros rusos que se hallaban presentes, Grossman quedó anonadado cuando un *Bürgermeister* al que le habían pedido que proporcionase cuadrillas de trabajadores a fin de despejar las calles, preguntó: "¿Cuánto van a cobrar?". Habida cuenta del modo en que habían sido tratados los ciudadanos soviéticos llevados a Alemania para hacer trabajos forzados, la respuesta parecía evidente. "Aquí todos parecen tener una idea muy elevada de cuáles son sus derechos", observó Grossman. Con todo, la población civil quedó conmovida al día siguiente, 27 de abril, cuando las tropas soviéticas reunieron a dos mil mujeres alemanas en los distritos meridionales de la ciudad y las llevaron al aeródromo de Tempelhof para que despejaran de piezas de artillería las pistas de aterrizaje. La aviación del Ejército Rojo pretendía poder usarlo como base antes de veinticuatro horas.

Durante la retirada hacia el centro, o sector Z, la batalla se intensificó. Siempre que los alemanes lograban poner fuera de combate a un tanque soviético por medio de una bazuca, el comandante soviético local intentaba tomar represalias con un ataque con cohetes *Katyusha*. Sin embargo, vengarse con un arma de tal alcance era comparable a ejecutar rehenes en respuesta a un ataque guerrillero.

Las tropas soviéticas capturaron a un reducido grupo de Panzerfaust de las SS francesas. El suboficial francés mantuvo que eran trabajadores forzados que se habían visto obligados a vestir un

uniforme alemán cuando el Ejército Rojo lanzó su ofensiva sobre el Oder. Tuvieron suerte de que se les creyera: a esas alturas, los soviéticos no sabían nada de los tatuajes de las SS.

Aquella noche tuvo lugar uno de los grotescos melodramas tan característicos de la caída del Tercer Reich. El general Ritter von Greim, a quien Hitler había convocado desde Munich a fin de que se hiciese cargo de la Luftwaffe en sustitución de Goering, llegó en camilla a la antesala del búnker: tenía una pierna herida por causa del fuego antiaéreo soviético. Lo acompañaba su amante, Hanna Reitsch, piloto de pruebas adepta al Führer. Mientras estaban completando en un Fieseler Storch la última etapa de su viaje, azaroso en extremo, los habían alcanzado sobre el Grunewald. Ella, que más o menos llegaba por el hombro al herido Greim, se las arregló para hacer aterrizar el reducido aparato cerca de la puerta de Brandeburgo, lo que sin duda constituyó una hazaña que requería un coraje y una pericia considerables. De cualquier manera, esto no cambia en nada el que Hitler, al empecinarse en llevar a cabo el simbólico relevo, hubiese estado a punto de matar al hombre al que quería ascender al mando supremo de una organización que había dejado de existir en la práctica.

Al día siguiente, 27 de abril, el general Krebs siguió el ejemplo de los dirigentes nazis que engañaban a las tropas a su cargo. A pesar de mostrarse evasivo en lo referente a las negociaciones, aseguró que “los estadounidenses podrían cruzar los noventa kilómetros que separan el Elba de Berlín en el menor espacio de tiempo posible, tras lo cual todo iba a mejorar”25.

Todos estaban obsesionados con los refuerzos, sin importar cuál fuese su número ni su efectividad. Mohnke comunicó exaltado a Krukenberg la llegada de una compañía de marinos que había tomado posiciones en los jardines del Ministerio de Asuntos Exteriores de la Wilhelmstrasse. El último se sintió aún más alentado al saber que se habían asignado para respaldar a la Nordland ocho cañones de asalto procedentes del 503º batallón de Panzer pesados. Entre otros refuerzos se hallaba asimismo un grupo de letones de las SS. Esto llevó a Krukenberg a proclamar que su sector no tardaría en contar con representantes de toda Europa. Teniendo en cuenta que en 1945 la mitad de las Waffen SS no era de procedencia alemana, este hecho no resultaba en absoluto extraordinario. Por otro lado, al provocarse una guerra civil internacional por todo el mundo, tal como habían hecho entre ellos comunistas y fascistas mediante la manipulación sin escrúpulos de las corrientes alternativas, la caída de Berlín se convirtió en una pira anunciada para los restos de la extrema derecha europea.

El cuartel general de división de Krukenberg quedó reducido a un vagón de metro de la estación Stadmitte desprovisto de luz eléctrica y teléfono. Si sus hombres seguían resistiendo era porque habían desvalijado un comercio de ultramarinos del cercano Gendarmenmarkt. Su capacidad para luchar dependía a la sazón de las ingentes cantidades de lanzagranadas procedentes del arsenal improvisado en los sótanos de la Cancillería del Reich. Al carecer de otras armas y municiones, los franceses, al igual que muchos otros soldados, los estaban empleando en los combates que se entablaban a corta distancia en las casas tanto como en su función habitual de armas antitanque. El capitán Pehrsson llegó con cuatro vehículos blindados para el transporte de personal arrebatados al Ejército Rojo y dos de los carros semioruga originales de la Nordland dispuesto a custodiar la Cancillería del Reich. Los otros los habían ido volando a medida que quedaban sin combustible o se estropeaban durante su retirada desde Neukölln.

En el sector Z, los soldados heridos se enviaban al hospital de campaña que se había establecido en los sótanos del hotel Adlon. Los soldados de las SS eran trasladados a otro, situado en los de la Cancillería del Reich y administrado por médicos y cirujanos de la propia organización. Al final de la batalla había hacinados en su interior más de quinientos heridos. Un tercer hospital, el Thomaskeller Lazarett, semejaba más bien “un matadero”. Al igual que los civiles, los hospitales de campo militares carecían de comida y agua, así como de anestésicos.

El avance soviético hacia Berlín se estaba llevando a cabo de un modo irregular en extremo. En el noroeste, el 47º ejército, que había completado el cerco de la ciudad al encontrarse con el 4º blindado de guardias de Konev, se estaba aproximando a Spandau. Sus oficiales ignoraban por completo que la ciclópea ciudadela albergase equipos de investigación acerca de los gases tabun y sarín. El lugar se encontraba también en medio de una dura batalla en el aeródromo de Gatow, donde la Volkssturm y los cadetes de la Luftwaffe se defendían con los cañones antiaéreos de 88 milímetros apostados tras aviones inservibles.

En el norte, el 2º ejército blindado de guardias apenas había avanzado desde Siemensstadt, mientras que el tercer ejército de choque había llegado a la barrera septentrional que lo separaba del Tiergarten y de Prenzlauerberg, tras rodear el poderosísimo búnker antiaéreo del Humboldthain, que dejaron atrás como objetivo para su artillería pesada y sus bombarderos. Siguiendo el sentido de las agujas del reloj, el 5º ejército de choque hizo otro tanto con el búnker del Friedrichshain mientras se dirigía a los distritos orientales de la ciudad. El grueso de sus fuerzas se hallaba entre la Frankfurterallee y la margen meridional del Spree una vez que su 9º cuerpo hubo cruzado hasta Treptow.

Por otro lado, el 8º ejército de guardias y el primer ejército blindado de guardias habían llegado desde el sur al canal del Landwehr el 27 de abril y habían logrado abrir una brecha. El canal constituía el último obstáculo de relieve anterior al distrito gubernamental y se hallaba a menos de dos kilómetros de la Cancillería del Reich, bien que todos los ejércitos de Zhukov estaban obsesionados con el objetivo estaliniano del Reichstag. En el suroeste, el tercer ejército blindado de guardias acababa de entrar en Charlottenburg, con parte de su flanco izquierdo actuando a modo de cuña a través del Grunewald para atacar a los restos de la 18ª división de Panzergrenadier.

Las tropas del Ejército Rojo llegaron a Dahlem el 24 de abril, y al día siguiente habían tomado el Instituto de Física Kaiser Wilhelm. La lucha, con baterías de cohetes *Katyusha* y carros de combate que avanzaban en medio de espaciosas casas de campo y ordenadas calles flanqueadas por hileras de árboles, estuvo caracterizada por los más extraños contrastes. Las tropas de primera línea de frente encabezaban una caravana formada por los ubicuos carros tirados por rechonchos ponis e incluso camellos de carga.

Nada demuestra que los comandantes del ejército de Rybalko —y ni siquiera el propio general— hubiesen recibido información acerca de la importancia del instituto. Con todo, no debieron de pasar por alto la gran cantidad de tropas del NKVD y de especialistas que aislaron de la Boltzmannstrasse el complejo en tan sólo dos días.

Dado que la única desventaja con que contaban los intentos de la Unión Soviética de emular las investigaciones del Proyecto Manhattan era la escasez de uranio, la importancia que concedieron Stalin y Beria a proteger los laboratorios de investigación y el material almacenado en ellos fue considerable. Por otra parte, también estaban interesados en encontrar científicos alemanes capaces de procesar el preciado metal. Los preparativos de Beria para la toma de Berlín habían sido muy prolijos. El coronel general Majnev se hallaba al frente de la comisión especial. El encargado de supervisar el elevado número de soldados del NKVD desplegados con la misión de proteger los laboratorios y las existencias de uranio no era otro que el general Jrulev, jefe de las operaciones de la zona de retaguardia para todo el Ejército Rojo. El jefe de metalurgia del NKVD, el general Avraami Zavenyagin, había establecido una base a las afueras de Berlín, y una serie de científicos de los principales equipos de investigación supervisaba el transporte de materiales y el desmantelamiento de los laboratorios.

La comisión del NKVD redactó un informe al respecto: amén de todo el instrumental del Instituto Kaiser Wilhelm, encontraron "doscientos cincuenta kilos de metal de uranio, tres toneladas de óxido de uranio [y] veinte litros de agua pesada. Las tres toneladas de óxido de uranio que habían llegado a Dahlem por error constituyeron en verdad un regalo llovido del cielo. Al informar a Stalin de la acción que habían llevado a cabo, Beria y Malenkov le recordaron —bien que no hacía mucha falta— una de las razones más importantes por las que habían de actuar con tanta celeridad: el Instituto Kaiser Wilhelm se encontraba "en el futuro territorio aliado". "Habida cuenta de la extrema importancia que tienen para la Unión Soviética el instrumental y los materiales arriba

mencionados —escribieron—, te rogamos que ordenes desmontar y evacuar los instrumentos y otros artículos de estas empresas e institutos para enviarlos a la Unión Soviética".

El Comité Estatal de Defensa autorizó por lo tanto a "la comisión del NKVD encabezada por el camarada Majnev" a "enviar al laboratorio nº 2 de la Academia de Ciencias y al Departamento Especial de Metalurgia del NKVD de la Unión Soviética todo el instrumental, los materiales y los archivos del Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín".

Los hombres de Majnev lograron reunir al profesor Peter Thiessen y el doctor Ludwig Bewilogua y los trasladaron en avión a Moscú 26. Sin embargo, las figuras más relevantes del instituto (Werner Heisenberg, Max von Laue, Gerlag von Weizsäcker y Otto Hahn, al que habían concedido el premio Nobel de química tan sólo unos meses antes) se hallaban fuera de su alcance, ya que se encontraban en manos de los británicos, que los habían alojado en Farm Hall, centro concebido para interrogar a científicos alemanes situado en East Anglia.

También se desmontaron otros laboratorios e institutos de menor importancia, y se envió a un número elevado de científicos capturados a un recinto especial del campo de concentración de Sachsenhausen. El profesor barón Von Ardenne, por su parte, se ofreció voluntario para servir a la Unión Soviética. El general Zavenyagin lo persuadió a escribir "una solicitud dirigida al Consejo de Comisarios Populares de la USSR en la que hiciese constar que deseaba trabajar con los físicos rusos y poner el instituto y a sí mismo a disposición del gobierno soviético".

Los científicos de Beria y Kurchatov contaban por fin con el uranio suficiente para empezar a trabajar en serio, así como con los expertos capaces de procesarlo. No obstante, a su parecer, seguían necesitándose con desesperación cantidades mayores. El general Serov, jefe del NKVD en Berlín, recibió órdenes de centrar sus esfuerzos en hacerse con los yacimientos de uranio de Checoslovaquia y, sobre todo, de Sajonia, al sur de Dresde. La presencia en la región del inflexible tercer ejército del general George Patton debió de preocupar sobremanera a las autoridades soviéticas, lo que también puede explicar por qué se mostraban tan nerviosos ante la duda de si las fuerzas estadounidenses se retirarían a las zonas de ocupación acordadas con anterioridad.

En Dahlem, algunos de los oficiales de Rybalko fueron a visitar a la hermana Kunigunde, madre superiora de Haus Dahlem, clínica de maternidad y orfelinato. Ella les informó de que no tenía escondidos soldados alemanes. Los oficiales y sus hombres se comportaron de un modo irreprochable; de hecho, los primeros llegaron incluso a prevenirla ante las tropas del segundo escalón, que no tardarían en llegar. Su advertencia resultó estar justificada por completo, aunque las oportunidades de escapar eran nulas. Monjas, muchachas jóvenes, mujeres ancianas, embarazadas y madres que acababan de alumbrar fueron víctimas de impías violaciones 27. Una mujer comparó lo sucedido allí con "los horrores propios de la Edad Media". Otras pensaban más bien en la Guerra de los Treinta Años 28.

La pauta que seguían los soldados en estos casos parecía ser común a todos los ejércitos soviéticos que participaron en la toma de Berlín, y consistía en alumbrar con linternas el rostro de las mujeres que se apiñaban en los búnkeres a fin de elegir a sus víctimas. Este proceso de selección hace pensar en un cambio definitivo con respecto a la violencia indiscriminada de que dieron muestras en Prusia Oriental. A esas alturas, los soldados soviéticos trataban a las mujeres alemanas más como botín sexual de guerra que como trasunto de la Wehrmacht con el que desahogar su ira.

Los expertos en la materia definen a menudo la violación como un acto de violencia que poco tiene que ver con el sexo. Sin embargo, esta definición responde a un planteamiento hecho desde la perspectiva de la víctima. Para entender el crimen, empero, debemos ver las cosas desde el punto de vista de quien lo perpetra, sobre todo en este segundo estadio en el que la violencia extrema demostrada en enero y febrero había dado paso a unos actos de violación menos exasperados. Todo apunta a que los soldados involucrados sentían estar satisfaciendo una necesidad sexual después de todo el tiempo que habían pasado en el frente. En este sentido, la mayor parte de los violadores no daba muestras de violencia gratuita, siempre que la mujer no se resistiese. En las semanas siguientes tuvieron lugar un tercer e incluso un cuarto estadio en este proceso, como tendremos oportunidad de

ver. Con todo, el punto primordial consiste en que, en un contexto bélico, las tropas indisciplinadas que han perdido el miedo a ser castigadas pueden volver con gran rapidez a una sexualidad masculina primitiva, que tal vez se identifique incluso con el tipo que atribuyen los biólogos a la tendencia del macho de una especie concreta a propagar su semilla tanto como le sea posible. Lo que distingue la violencia incoherente de Prusia Oriental de la idea de pillaje carnal presente en Berlín no hace sino subrayar la imposibilidad de elaborar una definición global del crimen. Por otra parte, este hecho tiende a sugerir la existencia de una zona oscura en la sexualidad del hombre susceptible de salir a la superficie de un modo demasiado sencillo, sobre todo en tiempos de guerra, en los que desaparecen todas las restricciones sociales y disciplinarias. También depende mucho de la cultura militar de cada ejército nacional. Tal como muestra el ejemplo del Ejército Rojo, la práctica de la violación colectiva puede llegar a ser incluso una forma de proceso de unión emocional.

Los agentes políticos soviéticos seguían hablando de “violencia bajo el pretexto de la venganza”29. “Cuando entramos en Berlín —refirió el departamento político del primer frente bielorruso—, algunas de las tropas se abandonaron al pillaje y la violencia contra la población civil. Los agentes políticos intentaron controlarlo, y organizaron encuentros dedicados a cuestiones como la de “el honor y la dignidad del guerrero del Ejército Rojo”, “los saqueadores son el peor enemigo del Ejército Rojo” o “cómo entender de un modo correcto el problema de la venganza"“.30 De cualquier manera, la idea de controlar a sus soldados por medio de la exhortación política, en particular después de que cambiase de súbito la línea de acción del Partido, estaba condenada al fracaso.

Los alemanes quedaron horrorizados ante la falta de disciplina que mostraba el Ejército Rojo y la incompetencia de los oficiales a la hora de poner orden entre sus hombres, salvo en casos extremos, en los que los abatían de un disparo en el acto. Las mujeres que se quejaban de haber sido violadas se encontraban con demasiada frecuencia ante una actitud indiferente —cuando no burlona— por parte de las autoridades. “¿Eso? Bueno, es evidente que no os ha podido hacer ningún daño —dijo el comandante de cierto distrito berlinés a un grupo de mujeres que habían acudido a él para solicitar protección ante los reiterados ataques—. Todos nuestros hombres gozan de buena salud”31. Por desgracia, muchos de ellos no estaban exentos de enfermedades, como no tardaron en descubrir las mujeres a un alto precio.

22
La lucha en el bosque

"¡Quién habría pensado nunca —observó el comandante de cierto batallón de la división Scharnhorst a medida que avanzaban hacia Beelitz— que desde el frente occidental al oriental habría tan sólo un día de marcha! Esto lo dice todo acerca de la situación".

El 20º cuerpo de ejército del general Wenck había comenzado su ataque hacia el oeste el 24 de abril a fin de encontrarse con el 9º ejército, rodeado en el bosque que se encontraba tras las líneas de suministro de Konev. Aquella tarde, la división Theodor Körner de jóvenes del Servicio de Trabajo del Reich cerró contra el 5º cuerpo mecanizado de guardias del general Yermakov cerca de Treuenbrietzen. Al día siguiente, la división Scharnhorst se aproximó a Beelitz. No tenían ni idea de lo que encontrarían ante ellos mientras avanzaban a través de una mezcla de espesas plantaciones jóvenes y pinares maduros y bien espaciados. La operación, según observó el comandante del batallón, "tenía carácter de reconocimiento armado"1. A pocos kilómetros de Beelitz dieron con el complejo hospitalario de Heilstätten.

Las enfermeras y los pacientes, que habían sufrido un duro saqueo el día anterior a manos de las tropas soviéticas y de los forzados liberados por éstas, oyeron el fragor de la artillería, aunque nadie pudo determinar de dónde procedía esa batalla. Un proyectil alcanzó uno de los bloques, por lo que se trasladó a los sótanos a los niños del hospital. Las enfermeras se preguntaban si no serían los estadounidenses los que se acercaban. Más tarde vieron de súbito tropas alemanas que llegaban del oeste en formación propia de una escaramuza, corriendo de un árbol a otro. Dos de las enfermeras echaron a correr hacia ellos, gritando: "¡Volad a los rusos en mil pedazos!"2. A medida que se intensificaba la batalla, el doctor Potschka, director del centro, decidió contactar con los estadounidenses del Elba. Los suizos, sin duda, no podían ayudarlos.

La batalla de Beelitz se prolongó durante varios días. En el transcurso de la lucha y a consecuencia de las primeras atrocidades murieron setenta y seis civiles, incluidos quince niños 3. "Se luchó con gran saña —escribió el comandante de batallón de la Scharnhorst—, y no se hicieron prisioneros". El y sus hombres quedaron horrorizados cuando los soviéticos tomaron una casa en cuyo sótano yacían todos sus compañeros heridos. Los jóvenes soldados —algunos hasta tal extremo que los civiles se referían a ellos como *Kindersoldaten*— fueron presas del pánico la primera vez que se encontraron frente a los T-34 y los carros Stalin. Con todo, en un par de días recobraron la confianza cuando vieron a cuatro de estos últimos fuera de combate por la acción de los lanzagranadas. Peter Rettich, el comandante de batallón, aclamó las "fantásticas muestras de valentía" y la "dedicación" de sus jóvenes, tras lo cual añadía que era "una verdadera lástima y un crimen lanzar a estos muchachos contra un infierno que lo devasta todo"4.

El 28 de abril, los hombres de la división Ulrich von Hutten subieron a los tres mil heridos y niños enfermos en una serie de trenes de mercancías que los evacuaron con ritmo lento hacia Barby. Allí se reorganizó la *Kinderklinik*, y los estadounidenses aceptaron a los heridos en calidad de prisioneros de guerra. Wenck, por otra parte, tenía preparadas las misiones más importantes del 12º ejército. Una de ellas consistía en dirigirse a Potsdam con el grueso de la división Hutten a fin de abrir un corredor de escape; la otra, en ayudar a que pudiera salvarse el 9º ejército.

Las tropas alemanas que luchaban en el vasto bosque de Spreewald, al sureste de Berlín, constituían una mezcla difícil de manejar de divisiones diezmadas y civiles aterrados que huían del Ejército Rojo. Los ochenta mil hombres habían llegado de diferentes direcciones y diversos ejércitos. La mayoría pertenecía al 9º ejército del general Busse: el decimoprimer cuerpo de *Panzer,* en el Oderbruch, y el 5º de montaña de las SS, al sur de Frankfurt. La guarnición Frankfurt también logró escapar para unirse a ellos, tal como había esperado Busse. Desde el sur se les unió el 5º cuerpo, que había formado el flanco septentrional del 4º ejército de Panzer hasta quedar aislado y verse obligado a retroceder ante el avance de Konev hacia Berlín.[*]

Tras consultar con el general Wenck, Busse estaba resuelto a fugarse en dirección oeste a través de los altos pinares del sur de la capital con el objeto de unirse al 12º ejército y retirarse con él hacia el Elba. El principal problema con el que se enfrentaba consistía en que su retaguardia se hallaba envuelta en constantes batallas con las fuerzas de Zhukov, por lo que hubo de advertir a Wenck que su ejército se movía "hacia el oeste como una oruga"5. Ni uno ni otro estaban dispuestos a perder más vidas por acatar las órdenes cada vez más histéricas de Hitler de atacar Berlín. Poco después de la medianoche del 25 de abril, Busse había recibido la autorización "para decidir por sí mismo cuál era la mejor dirección de ataque"6. En adelante, adoptó la estrategia empleada por Nelson de negarse a reconocer los mensajes recibidos, aunque en muchos casos, las comunicaciones de radio fallaban de verdad.

Sus hombres y los civiles que habían buscado refugio entre sus filas apenas disponían de alimento. Los vehículos avanzaban hasta quedarse sin combustible o sufrir una avería. Cuando sucedía esto, los soldados los destruían o los desmontaban para obtener piezas de repuesto. De cualquier manera, aún contaban con treinta y un tanques (media docena de carros Panther del Kurmark, los restos de la 21ª división de Panzer del general Hans von Luck y unos diez Tiger II del 502º batallón de tanques pesados), de los que pretendían servirse a modo de punta de lanza a fin de avanzar por entre la retaguardia de los ejércitos de Konev que atacaban Berlín. Rellenaron los depósitos de combustible que trasvasaron haciendo sifón con el de los camiones abandonados en la cuneta. La artillería que les quedaba dispararía sus últimos proyectiles antes de que los soldados hicieran volar sus cañones.

Los hombres de Busse estaban rodeados en el conjunto de lagos y bosques situados al sureste de Fürstenwalde por tropas del primer frente bielorruso y también del primer frente ucraniano de Konev. La tarde del día 25, Zhukov hizo atacar a sus fuerzas desde el norte y el este. Entre ellas se hallaban el tercer ejército, el 2º cuerpo de guardias de caballería, adaptado también a la lucha en el bosque, el 33º ejército y el 6º ejército.

A Konev no le habían pasado inadvertidas, una vez estudiado el mapa, las pocas oportunidades de escapar de que disponían los alemanes. Tendrían que cruzar la autopista BerlínDresde al sur de una serie de lagos que empezaba por el Teupitz. Konev reaccionó de inmediato, aunque ya había transcurrido parte del día. El 25 de abril, Gordov ordenó a su tercer ejército de guardias tomar posición cerca de la autopista "con el fin de bloquear todas las carreteras forestales que llevan del este al oeste 7. Talaron pinos de gran altura para levantar barreras ante el avance de los carros blindados. Con todo, Gordov no logró ocupar la parte meridional de su sector, y pese a que el 28º ejército reforzó el área situada al este de Baruth tal como le habían ordenado, entre los dos ejércitos quedó un pequeño hueco.

La mañana del 26 de abril, la vanguardia de Busse se topó mientras avanzaba a través de Halbe con el punto flaco que existía entre los dos ejércitos. Cruzaron la autopista y llegaron a la carretera Baruth-Zossen, que constituía la vía de suministros de Rybalko hacia Berlín. A fin de evitar el peligro, el general Luchinsky hubo de enviar incluso a las divisiones 50ª y 96ª de guardias fusileros a lanzar un contraataque "sin informe alguno de la situación"8. La lucha fue caótica, bien que los

[*] Las fuentes soviéticas afirman que las fuerzas de Busse en el bosque ascendían a doscientos mil hombres, provistos de trescientos tanques y dos mil cañones, lo que no es sino una absurda exageración, con fines propagandísticos. Cierto informe detallado del ejército estadounidense, empero, presenta una cifra incluso menor, pues habla de unos cuarenta mil hombres. (Respectivamente, Konev, p. 131 y Erickson, p. 592; y NA RG338 R-79, p. 59, por otro lado).

incesantes bombardeos de la artillería y el 2º ejército del aire, unidos a los implacables contraataques por tierra obligaron a muchos de los alemanes a introducirse en el bosque de Halbe tras cruzar la autopista. Las dotaciones de los carros blindados alemanes se encontraron con que sus cadenas no agarraban sobre el suelo arenoso del pinar; además, hubieron de evitar las carreteras forestales a causa de los constantes ataques aéreos.

El grupo que había conseguido cruzar tanto la autopista como la carretera Baruth-Zossen fue descubierto por un avión de la Luftwaffe, hecho del que puso al corriente al grupo de ejércitos del Vístula y al general Jodl. Hitler montó en cólera al saber que se dirigían al oeste, aunque seguía sin creer que Busse osara contravenir sus órdenes. Entonces se le envió un mensaje por mediación de Jodl. "El Führer había dispuesto que los ataques concéntricos del 9º y 12º ejércitos debían estar dirigidos no sólo a la salvación del primero de ellos, sino también a la de Berlín". El mensaje de Hitler era más explícito: "El Führer, desde Berlín, espera que los ejércitos cumplan con su deber. La historia y el pueblo alemán despreciarán a todo hombre que, en estas circunstancias, no lo dé todo por salvar la situación y al Führer"9. Esta orden revelaba a la perfección el concepto nada recíproco de lealtad que tenía el dirigente nazi. El mensaje se emitió en varias ocasiones durante aquella noche y el día siguiente, aunque no se obtuvo respuesta alguna del bosque.

Precisamente durante esa noche y el 27 de abril reanudaron los alemanes su ataque siguiendo dos ejes distintos: en el sur, desde Halbe a Baruth, y en el norte, desde Teupitz. En la zona septentrional, unos miles de alemanes reforzados por tanques formaron una cuña en dirección a la 54ª división de guardias fusileros, capturaron Zesch am See y rodearon a parte del 160 regimiento de fusileros. Al sur, el empuje hacia Baruth llevó a las tropas a rodear al 291 regimiento de guardias fusileros, al mando del teniente coronel Andryushchenko, destacado en Radeland. Los miembros de éste se apoderaron de áticos y sótanos, y lucharon hasta que lo rescató el 150 regimiento de guardias fusileros. Una vez más, los alemanes "sufrieron pérdidas considerables".

Esta es la versión estricta de los acontecimientos, el resumen que de ellos hizo el estado mayor en un intento de establecer cierto orden en el caos. Con todo, en el interior del bosque, y en especial dentro de Halbe y en sus alrededores, la realidad de la batalla resultaba escalofriante, a consecuencia sobre todo de la artillería y los bombardeos de la aviación soviética.

"Aunque los primeros intentos de escapar del cerco resultaron productivos, los aviones y la artillería rusos los frustraron de inmediato —refirió a sus interrogadores el comandante Diehl, al mando del 90º regimiento perteneciente a la 35ª división de granaderos de la policía al ser capturado—. Las pérdidas fueron incontables. Nos era literalmente imposible levantar la cabeza, y yo era incapaz de dirigir la batalla. Lo único que pude hacer fue tumbarme bajo un tanque con mi ayudante y mirar el mapa"10.

Los hombres con heridas en el pecho y el estómago se desangraban en el suelo. Muchas de las lesiones se debían a astillas desgajadas de los árboles, lo que hacía a aquel enfrentamiento semejante a una batalla naval dieciochesca. La dotación de los tanques soviéticos apuntaba con sus proyectiles a la parte alta de los árboles de modo deliberado. Los que estaban abajo apenas contaban con protección. Cavar trincheras en el suelo arenoso sembrado de raíces constituía una labor imposible incluso para los que aún conservaban sus palas. Algunos intentaban desesperados proporcionarse un lugar en el que refugiarse cavando la tierra con los cascos o las culatas de los fusiles; pero no conseguían sino un agujero poco profundo que no ofrecía protección alguna ante los trozos de árbol que caían del cielo.

Los bombardeos aéreos y los de la artillería en tales condiciones lograron aterrorizar incluso a los soldados que contaban con mayor experiencia. Cuando aparecía en el cielo algún avión de reconocimiento o ataque soviético, los soldados alemanes que se hallaban montados en los vehículos comenzaban a dispararles de un modo frenético con metralletas y fusiles. Los soldados de a pie que caían heridos o a causa de la fatiga al paso de los carros blindados o los camiones morían sin más bajo las ruedas o las orugas de éstos 11.

A finales de esa última semana de abril, la batalla apenas había dejado un puñado de líneas de frente en todo el bosque. Las escaramuzas eran terribles, sobre todo en los casos en que un tanque enfilaba al enemigo en un cortafuego o un sendero. En cierta ocasión, un carro de combate soviético disparó a un grupo formado por un Tiger, un Panther y dos camiones semioruga, atestados todos de hombres que, exhaustos, se habían enganchado al exterior. Todos trataron de responder al fuego enemigo en medio de la confusión. Los soldados de infantería que colgaban de la parte de fuera de los tanques hubieron de saltar cuando empezaron a girar las torretas. De cualquier manera, el carro soviético actuaba con una mayor rapidez. Su siguiente proyectil alcanzó a uno de los camiones, que resultó ir cargado de bidones de combustible. El vehículo estalló convertido en una bola de fuego e iluminó el bosque que lo rodeaba.

El bosque se había ido inundando del humo constante que producían los pinos en llamas. Aunque los comandantes soviéticos lo negaron, todo parece apuntar que la artillería y la aviación de su ejército estaban empleando cargas de fósforo u otro tipo de proyectil incendiario. Los caballos que remolcaban carros de suministros o llevavan trenes de cureña y cañones estaban aterrorizados y se desbocaban con frecuencia. El humo, por otra parte, reducía en gran medida la visibilidad de un lugar al que los troncos altos y rectos como las columnas de una catedral ya conferían una luz mortecina. Por doquier podían oírse los gritos de soldados que llamaban a sus compañeros con la esperanza de localizar a su grupo. A despecho de todos los esfuerzos por dictar órdenes a las formaciones que aún podían reconocerse, los diferentes cuerpos del ejército se habían mezclado hasta formar una masa incoherente constituida de miembros de la Wehrmacht y las SS que se abrían paso como podían sin apenas separación entre un hombre y otro. Cada vez sospechaban más los unos de los otros. Según las SS, los oficiales del ejército se negaban a recoger a sus heridos, aunque tampoco había muchos indicios de que los de las SS hiciesen nada por los soldados de la Wehrmacht, aparte de aplastarlos bajo sus cadenas si obstaculizaban el camino. El resentimiento que profesaba el ejército a una organización que consideraba advenediza se hallaba en esos momentos a flor de piel. Al parecer, también había mujeres de las SS, ataviadas con sus uniformes negros, que conducían los tanques Tiger.

Después de que fracasase el primer conato de huida, los grupos trataron de escabullirse en diferentes direcciones. Un destacamento se encontró con un puesto de artillería soviético que había sufrido el día anterior el asalto de algunos camiones semioruga. Cruzaron la autopista y encontraron soldados soviéticos sin vida metidos en trincheras individuales. Al igual que otros grupos, siguieron avanzando a través de los bosques en dirección al punto de encuentro que habían designado en los alrededores de Kummersdorf, y al que estaba a punto de llegar el primer grupo de la avanzada. Una vez pasada la autopista, la parte más peligrosa consistía en cruzar la carretera de Baruth-Zossen, defendida por otra línea de divisiones de fusileros y artillería soviéticas.

La noche del 28 de abril se efectuó otro intento decidido de huida en masa desde la zona de Halbe. Luchando de forma desesperada, los alemanes lograron aplastar la línea que mantenía la 50ª división de guardias fusileros. “Lo pagaron con un número elevado de bajas”, escribió el general Luchinsky 12. Konev, resuelto a derrotar a los que quedaban, reforzó los flancos y bloqueó con árboles talados los caminos que llevaban al oeste. Cada división de fusileros estableció una serie de baterías de cañones antitanque escondidas tras los cortafuegos o las pistas forestales como si estuviese tratando de cazar un jabalí gigante. Respaldados por pequeños destacamentos blindados, los regimientos de fusileros embistieron en dirección al bosque, al este de la autopista.

Los hombres de Busse se hallaban diseminados por una zona bastante amplia: algunos grupos nutridos se habían situado alrededor de Halbe, mientras que otros se extendían sobre la mayor parte de la carretera a Storkow, donde la retaguardia resistía aún frente a las fuerzas de Zhukov. Los ataques soviéticos estaban concebidos para dividir las fuerzas de Busse en diferentes focos de resistencia. Durante casi todas las horas de luz, los biplanos soviéticos U-2 sobrevolaron a poca altura las copas de los árboles para divisar grupos de fugitivos a los que pudieran atacar la artillería

y la aviación. En total, las divisiones aéreas que respaldaban al primer frente ucraniano protagonizaron “2.459 misiones de ataque y 1.683 incursiones de bombardeo”13.

Como quiera que los alemanes atrapados en el bosque carecían de mapas y brújulas, la de orientarse les resultó una labor poco menos que imposible. El humo y los árboles hacían difícil incluso ver el sol a fin de calcular dónde caía el oeste. La mayoría de los exhaustos soldados se limitaba a recorrer dando tumbos los senderos arenosos, perdidos por completo y sin nadie que pudiera dirigirlos. Albergaban un enconado rencor hacia los “caballeros del estado mayor”, que conducían sus vehículos todoterreno Kübelwagen ataviados con uniformes limpios y, al parecer, no se molestaban en recoger a ninguno de los heridos ni a los que se habían desplomado por causa del agotamiento. Alrededor de cada encrucijada podía verse “un batiburrillo de cadáveres, cadáveres de color gris verdoso”14. Seis soldados pertenecientes a la 36ª división de granaderos de las SS, al mando del general Oskar Dirlewanger, tristemente célebre por haber participado en la represión de los dos levantamientos ocurridos en Varsovia, se rindieron a pesar de que se arriesgaban a ser ejecutados. “Hace ya cinco días que no vemos a un oficial —observó uno de ellos—. Tenemos la sensación de que a la guerra le queda muy poco para acabar, y cuanto más fuerte se hace esta impresión, menos deseamos morir”15. La rendición de un miembro de las SS no era algo frecuente. Para la mayoría de ellos, ser capturados equivalía a “un tiro en la nuca” o a un campo de concentración siberiano.

En los alrededores de la extensa aldea de Halbe tuvo lugar una batalla tan terrible como desigual durante los días 28 y 29 de abril cuando las fuerzas soviéticas atacaron desde el sur con cohetes *Katyusha* y demás artillería. Muchos de los soldados jóvenes de la Wehrmacht temblaban de miedo y “se cagaban literalmente en los calzones”, a decir de Hardi Buhl, habitante del lugar. Los aldeanos, refugiados en sus sótanos, proporcionaban ropas de paisano a los aterrorizados soldados impúberes que acudían en busca de protección. Sin embargo, al percatarse de lo que estaba sucediendo, los hombres de las SS tomaban represalias con la intención de frenar las deserciones. Hardi Buhl se hallaba en la bodega de su hogar con otros vecinos y soldados —de manera que sumaban un total de unas cuarenta personas— cuando apareció un miembro de las SS armado de un *Panzer*faust y lo apuntó en dirección a los refugiados, que lo miraban presas del terror. En un espacio tan reducido, la explosión los habría matado a todos. Sin embargo, antes de que tuviese tiempo de disparar, salió de entre las sombras del rincón más cercano a las escaleras un soldado de la Wehrmacht y le descerrajó un tiro en la nuca 16. Hay más informes que hablan de soldados de las SS que abatían a los de la Wehrmacht y viceversa cerca de Halbe, aunque son difíciles de verificar.

El grupo central volvió a intentar huir hacia el oeste desde Halbe. Siegfried Jürgs, joven cadete de escuela de oficiales perteneciente al regimiento de Fahnenjunker 1239, describió en su diario lo que pudo ver desde el tanque en cabeza en que se hallaba. Los heridos, a los que nadie ayudaba, gritaban abandonados al lado del camino. “En ningún momento sospeché que yo sería uno de ellos tres horas más tarde”17. Mientras atacaban a un destacamento de bloqueo soviético, había saltado del vehículo junto con los demás soldados de infantería para apostarse en la cuneta. Entonces explotó el proyectil de un mortero, y lo alcanzó en la espalda un fragmento de metralla de gran tamaño. Una segunda explosión le reportó más trozos de metralla en el hombro, el pecho y de nuevo en la espalda. Jürgs tuvo más suerte que los heridos que había visto, pues dos horas más tarde lo recogió un camión. Sin embargo, estos vehículos estaban atestados de heridos, que daban gritos de dolor por las sacudidas y los saltos provocados por los baches de que estaban sembradas las pistas forestales. A los que tenían heridas demasiado graves para ser trasladados los dejaban sufriendo allí donde caían. A pocos les quedaban fuerzas para enterrar a los muertos. A lo sumo, se hacían rodar los cadáveres hasta la cuneta o hasta el cráter causado por algún proyectil y se echaba sobre ellos un puñado de arena del suelo.

Las pistas forestales y las carreteras estaban llenas de vehículos en llamas y caballos muertos sobre sus propias pisadas, en tanto que otros sufrían espasmos y se retorcían de dolor. El suelo estaba sembrado de armas, cascos, cochecitos, carretillas y maletas abandonados. La propia aldea de Halbe parecía, según los que la contemplaron, una visión del infierno a través de la guerra. “Los tanques recorrían la Lindenstrasse —recordaba Erika Menze, que a la sazón contaba diecisiete

años—. Estaban cubiertos de soldados heridos. Uno de ellos cayó del vehículo que lo transportaba. El siguiente carro de combate lo aplastó, y el que seguía a éste pasó por encima del charco de sangre. Fue el único rastro que quedó del soldado”18. Delante de la panadería, la acera estaba literalmente cubierta de cadáveres: entre uno y otro no quedaba espacio alguno. “Tenían la cabeza de color gris amarillento, aplastadas, y las manos, de un gris tirando a negro. Sólo los anillos de compromiso proporcionaban destellos dorados y plateados”.

A medida que pasaban los días iban quedando menos vehículos: varios tanques, vehículos blindados de reconocimiento de ocho ruedas y algunos camiones semioruga. La inmensa mayoría de los soldados iba a pie. El 29 de abril cesó la lluvia después de amanecer. Entonces salió el sol durante unos instantes, el tiempo suficiente para que los soldados pudieran hacerse una idea de la dirección que debían seguir.

Los supervivientes recuerdan momentos tan irreales que les hicieron preguntarse una vez pasado todo si no lo habrían soñado a causa del cansancio. Cerca de Mückendorf, un cadete se lanzó al suelo a semejanza de los otros soldados con los que iba cuando abrió fuego un soldado escondido con una ametralladora a uno de sus costados. Ellos respondieron disparando en dirección a la maleza, sin ser capaces siquiera de distinguir al atacante. De pronto aparecieron dos muchachas de las SS vestidas con sus uniformes negros y armadas con pistolas. “¡Arriba! —les gritaron—. ¡Atacad, cobardes!”. Al final de lo que resultó ser una emboscada algo confusa, las dos “fanáticas” habían desaparecido 19.

Dio la casualidad de que el escritor Konstantin Simonov se dirigía a Berlín en un todoterreno por la autopista poco antes de la batalla principal. En el tramo situado al sur de Teupitz vio algo que nunca olvidaría. “En aquel lugar, el bosque se tornaba bastante tupido a ambos lados de la autopista, con coníferas y árboles de hoja caduca que ya empezaban a verdear. Había allí un camino, no muy ancho, que se internaba en el bosque a ambos lados de la carretera, sin que fuese posible ver dónde terminaba... [Estaba] plagado de algo que parecía increíble: una serie terrible de coches, camiones, tanques, vehículos blindados, ambulancias..., no ya puestos uno tras otro, sino unos encima de otros, de costado, volcados y empotrados en los árboles que los rodeaban. Entre esta confusión de metal, madera y materiales inidentificables podía distinguirse una horrible masa de cuerpos humanos torturados. Todo esto se prolongaba por todo el camino hasta donde alcanzaba la vista. En el bosque que rodeaba el camino había esparcidos cadáveres, cadáveres y más cadáveres, mezclados con los cuerpos de otros hombres que, según pude comprobar de pronto, aún vivían. Había heridos echados sobre abrigos y mantas; otros estaban sentados, apoyados contra los árboles. Algunos llevaban vendajes, mientras que otros aún no tenían ninguno. Había tantos, que al parecer nadie había sido capaz hasta entonces de hacer nada con ellos”. Algunos yacían incluso al borde de la autopista, medio bloqueada por los escombros y cubierta de aceite, gasolina y sangre. Uno de los oficiales que le acompañaban le informó de que aquel grupo se había visto “sorprendido por el fuego masivo de varios regimientos de artillería pesada y *Katyusha*”20.

Algunos departamentos políticos soviéticos hacían todo lo posible por convencer a los supervivientes de que debían rendirse. Sobre el bosque se había lanzado un cuarto de millón de octavillas. En los altavoces resonaban los mensajes grabados de prisioneros alemanes “antifascistas”, y los soldados soviéticos gritaban entre los árboles: *Woina kaputt. Domoi. Woina kaputt!* (“La guerra ha terminado. Es hora de volver a casa. ¡La guerra ha terminado!”). Mientras tanto, el departamento político del primer frente ucraniano fomentaba la determinación de sus hombres con el siguiente mensaje: “Los restos de las hordas alemanas destruidas vagan por los bosques como bestias salvajes e intentarán llegar a Berlín cueste lo que cueste. Pero no pasarán”21. La mayoría, en efecto, no lo hizo. En el cementerio de Helbe hay enterrados más de treinta mil hombres, y cada año que pasa se descubren docenas de cadáveres en el bosque. En junio de 1999 se halló también la máquina de mensajes cifrados Enigma del 9º ejército en una tumba poco profunda cavada al lado de la autopista. Nadie sabe con certeza cuántos refugiados murieron junto a los soldados, aunque pudieron haber sido nada menos que diez mil. También murieron al menos veinte

mil soldados del Ejército Rojo. La mayoría está enterrada en un cementerio cercano a la carretera de Baruth—Zossen, aunque en lo más profundo del bosque siguen encontrándose docenas de cuerpos.

Lo más asombroso de la historia no son las cifras de los que murieron o se vieron obligados a rendirse, sino los veinticinco mil soldados y los varios miles de civiles que lograron atravesar tres líneas de tropas soviéticas y alcanzar al ejército de Wenck en los alrededores de Beelitz. (El mariscal Konev se negó a admitir que “más de tres mil o cuatro mil” consiguieron eludir a sus fuerzas)22. Allí, entre el bosque y el Elba, en cuya margen más alejada se hallaba la seguridad que representaban los estadounidenses, habrían de afrontar un número aún mayor de peripecias que los harían debatirse entre la esperanza y la desesperación durante los últimos días de la guerra.

En la época de la batalla más importante librada en los alrededores de Halbe, el cuartel general del grupo de ejércitos del Vístula decidió que debía de haber perdido todo contacto con el general Busse. A fin de establecerlo de nuevo, se envió un avión ligero Fieseler Storch con un oficial, aunque el intento fracasó por completo 23. El 9º ejército se hallaba solo, lo que confirmaba el desmoronamiento del grupo de ejércitos del Vístula en cuanto entidad coherente.

El tercer ejército de *Panzer* del general Hasso von Manteuffel tuvo los días contados desde el momento en que atravesó el bajo Oder el 2º frente bielorruso de Rokossovsky. El general Heinrici concedió a Manteuffel permiso para retirarse en dirección oeste hacia Mecklemburgo, aunque evitó de forma deliberada informar al mariscal de campo Keitel o al general Krebs, refugiados en el búnker del Führer, por cuanto la acción constituía un desafío directo a la orden de Hitler.

El avance de Rokossovsky hacia el oeste entre Berlín y el Báltico obligó a Heinrici y a su estado mayor a abandonar su cuartel general de Hassleben, cerca de Prenzlau. Durante la retirada, pasaron cerca de Hohenlychen, lugar de retiro de Himmler. Allí vieron un batallón de las Juventudes Hitlerianas con una media de edad de catorce años. Los muchachos, que se tambaleaban bajo el peso de su impedimenta, intentaban afrontar la situación forzando una expresión fiera en sus rostros. Un oficial del estado mayor habló con su comandante y le dijo que era un crimen “enviar a esos críos contra un enemigo curtido por la guerra”; pero no sirvió de nada: en su dolorosa agonía, el Tercer Reich daba muestras de su ira frenética en contra de todo sentido común y de toda humanidad 24.

Al dar a Manteuffel el visto bueno para que se retirase, Heinrici sabía que no tardaría mucho en tener noticias de los dos principales “enterradores del ejército alemán”. El 29 de abril recibió una llamada del mariscal de campo Keitel, que acababa de descubrir lo que había sucedido y lo acusaba de “desobediencia y debilidad impropia de un soldado”25. Le aseguró que sería relevado del mando de inmediato, e intentó nombrar sucesor al general Von Manteuffel. Sin embargo, éste se negó. Poco después telefoneó el general Jodl y, en ademán frío como el hielo, acusó también a Heinrici de cobardía y de guiar a sus hombres de un modo débil e incompetente. Entonces le ordenó que se presentase en el nuevo cuartel general del OKW. Sus ayudantes, temiendo que lo ejecutasen u obligaran a suicidarse como hicieron con Rommel, le rogaron que pospusiera el viaje. El siguió su consejo, y lo salvó la llegada del final de la guerra.

23
La gran traición

Durante la retirada hacia el centro de Berlín, los pelotones de ejecución de las SS llevaron a cabo su labor de verdugo con una urgencia cada vez mayor y un fanatismo insensible. En los alrededores del Kurfürstendamm se introdujeron en las casas en las que habían aparecido banderas blancas para abatir a todo el que hallaban en su interior. Despavorido ante el ímpetu del derrumbamiento, Goebbels describía estas señales de rendición como un "bacilo pestífero". Sin embargo, el general Mummert, comandante de la división blindada Müncheberg, ordenó a los pelotones de las SS y la Feldgendarmerie de su sector que rodeasen la estación de Anhalter y el Potsdamerplatz, y amenazó con ajusticiar en el acto a los ejecutores.

Las condiciones empeoraban de un modo paulatino para los que se hallaban envueltos en la lucha. Eran pocas las veces en que los soldados alemanes se encontraban cerca de una bomba de agua, por lo que se veían obligados a calmar su sed, exacerbada por el humo y el polvo, bebiendo de los canales. También se multiplicaban los casos de colapso nervioso provocados por la combinación de agotamiento y fuego de artillería constante. El número de heridos del búnker de Anhalter había crecido tanto que las jóvenes habían elaborado una bandera de la Cruz Roja sirviéndose de sábanas y barras de labios. Se trataba de un empeño vano, ya que, aun en el supuesto de que los observadores de la artillería soviética la hubiesen divisado a través del humo y el polvo provocado por la caída de los escombros, no habrían desviado el fuego de sus baterías: un búnker era un búnker; el que albergase a civiles era un hecho irrelevante. En el interior, el número de los refugiados disminuía a gran velocidad, empero, a medida que las mujeres y los niños escapaban por los túneles del U-Bahn y el S-Bahn durante la noche del 27 de abril. Las tropas del 5º ejército de choque y el 8º de guardias se hallaban en verdad a la vuelta de la esquina.

El 5º ejército de choque, que avanzaba desde el este por la margen septentrional del canal de Landwehr, había logrado contener a los restos de la Nordland y la Müncheberg, y avanzaban desde el Belle-Allianceplatz en dirección a la estación de Anhalter. La 6ª división de fusileros del 28º ejército llegó también allí desde un lugar diferente 1. Entonces, el flanco izquierdo de la retaguardia del 5º ejército de choque hubo de enfrentarse a un ataque del 8º de guardias proveniente del sur a través del canal. El coronel Antonov, comandante de la 301ª división, convocó inmediatamente al general Rosly, comandante de cuerpo, y juntos se pusieron en camino montados en un todoterreno. "Rosly, que por norma se muestra tranquilo, parecía preocupado —escribió el primero—. Tras reflexionar sobre la situación, preguntó: "¿Cómo demonio vamos a traerlos de vuelta por el canal de Landwehr? No dejes que tu orden de batalla se mezcle con los guardias. Sigue avanzando por la Wilhelmstrasse y la Saarlandstrasse. Asalta el cuartel general de la Gestapo, el Ministerio de Aviación y la Cancillería del Reich"." 2. Antonov no perdió tiempo alguno, pero al cuartel general de Zhukov le llevó casi treinta horas organizar el desorden y establecer nuevas fronteras entre los diferentes ejércitos. La mayoría de las tropas de Konev se retiró enseguida de Berlín ("como se extrae un clavo", dijeron por hacer hincapié en el resentimiento que les provocó el ver que les negaban el trofeo) para desviarse en dirección a Praga.

También el 28 de abril, las tropas del tercer ejército de choque divisaron desde los distritos septentrionales la columna Siegessäule, que se erigía en el Tiergarten. Los soldados del Ejército Rojo llamaban a esta columna "la mujer alta", debido a la estatua de la victoria alada que la remataba y le daba nombre. Los defensores alemanes habían quedado reducidos a una franja de

menos de seis kilómetros de ancho y quince de largo que se extendía desde el Alexanderplatz, al este, hasta Charlottenburg y el Reichssportsfeld, al oeste. Desde aquí, las Juventudes Hitlerianas de Artur Axmann defendían con desesperación los puentes del Havel. El comandante de artillería de Weidling, el coronel Wöhlermann, observaba horrorizado los alrededores desde la plataforma en que se hallaba el cañón situado en lo alto de la colosal torre antiaérea de hormigón del Zoo. "Tenía una vista panorámica de aquella gran ciudad en llamas, asfixiada por el humo: una escena que hacía temblar hasta los tuétanos a quien la contemplase"3. Con todo, el general Krebs seguía aferrándose a la convicción de Hitler, que estaba persuadido de que el ejército de Wenck estaba a punto de llegar desde el suroeste.

A fin de que no decayera la resistencia, Bormann había extendido, a semejanza de Goebbels y Ribbentrop, el falso rumor de un trato con los Aliados occidentales. "Manteneos firmes; luchad con fanatismo —había ordenado a los *Gauleiter* la madrugada del 26 de abril—. No vamos a abandonar; no tenemos intención alguna de rendirnos. Somos conscientes de la evolución de la política externa. *Heil Hitler!* Firmado: *Reichleiter* Bormann"4. La mentira quedó pronto subrayada por la reacción de Hitler y Goebbels ante los empeños de Himmler por buscar un alto el fuego verdadero con las potencias occidentales.

Truman y Churchill habían informado de inmediato al Kremlin de la propuesta que había recibido el conde Bernadotte. "Considero que la respuesta a Himmler que sugiere... es del todo correcta", respondió Stalin al primero el 26 de abril 5. Pese a que los ocupantes del búnker ignoraban por completo lo que se estaba fraguando, Bormann no lograba sustraerse a las sospechas que lo hacían pensar en una traición. La noche del viernes, 27 de abril, escribió en su diario: "Himmler y Jodl detienen a las divisiones que nosotros enviamos. Nosotros, que vamos a luchar y a morir por nuestro Führer, a quien seremos fieles hasta la sepultura. Muchos pretenden actuar llevados de "motivos *más elevados*", y están sacrificando a su Führer. ¡Bah! Son unos cerdos que han perdido todo sentido del honor. La Cancillería de nuestro Reich está en ruinas. "En estos momentos, el mundo pende de un hilo". Los Aliados nos están exigiendo una rendición incondicional, lo que equivale a traicionar a nuestra tierra patria. Fegelein se ha degradado al tratar de huir de Berlín vestido con ropas civiles"6. Bormann no tardó en distanciarse de su íntimo compañero.

Hitler había caído de súbito en la cuenta de la ausencia de Hermann Fegelein a primera hora de la tarde, durante la reunión concebida para discutir la situación del conflicto. Bormann conocía, tal vez de resultas de las jactanciosas confesiones que compartían en la sauna, la existencia del apartamento de Charlottenburg que empleaba para sus conquistas. Allí se envió a un grupo de guardaespaldas de la Gestapo de Hitler a fin de que lo llevasen de vuelta a la Cancillería. Fegelein, que al parecer estaba bebido, tenía las maletas preparadas para la huida. Insistió en telefonear al búnker y pidió hablar con su cuñada, pero Eva Braun, dolida al comprobar que él también había tratado de abandonar a su adorado Führer, se negó a intervenir. Tampoco le creyó cuando él afirmó que sólo pretendía estar al lado de Gretl, que estaba a punto de dar a luz. Entonces lo condujeron bajo arresto a la Cancillería, donde lo encerraron en una habitación del sótano.

Mediada la tarde del 28 de abril, Hitler supo de un comunicado de la radio de Estocolmo que anunciaba que Himmler había establecido contactos con los Aliados. La idea de que *der treue Heinrich* ("el fiel Heinrich") pudiese estar tratando de entablar negociaciones parecía absurda, aunque Hitler había empezado a sospechar de las SS cuando Steiner fracasó en la liberación de Berlín. El Führer telefoneó a Dönitz, que habló con Himmler. El *Reichsführer* de las SS lo negó todo de forma tajante. Sin embargo, aquella misma noche, Lorenz, el agregado de prensa del dirigente nazi, llegó con un informe de Reuters que confirmaba la noticia. Entonces estallaron todos los resentimientos y sospechas de Hitler, que se tornó pálido de ira y sufrió un fuerte estremecimiento. Se sometió a Fegelein a un interrogatorio, dirigido al parecer por el general de división Müller, jefe de la Gestapo. El detenido admitió tener noticias de las conversaciones que había mantenido Himmler con Bernadotte. Freytag von Loringhoven vio conducir a Fegelein escaleras arriba, firmemente escoltado por miembros de las SS. Habían arrancado de su uniforme todas las insignias propias de su rango, así como su Cruz de Caballero y cualquier otro distintivo.

Sus ademanes arrogantes habían desaparecido. Lo ejecutaron en el jardín de la Cancillería del Reich 7. Hitler se convenció entonces de que las SS habían tramado una confabulación tras otra en su contra, tal como había hecho el ejército el año anterior.

Hitler se dirigió a la habitación del búnker en la que se recuperaba de su herida en la pierna el recién ascendido mariscal Ritter von Greim y le ordenó que abandonara Berlín en avión a fin de organizar los ataques de la Luftwaffe a los tanques soviéticos que habían alcanzado el Potsdamerplatz y asegurar que Himmler no quedara impune. "Un traidor no debe sucederme jamás como Führer —le dijo a voz en grito—. Debes asegurarte de que así sea"8. Y no se perdió el tiempo. Llamaron a Hanna Reitsch para que ayudase a Greim a subir las escaleras de hormigón. En la calle les esperaba un vehículo blindado para llevarlos a un Arado 96 de adiestramiento que habían mandado en especial para la ocasión y que se hallaba listo para despegar cerca de la puerta de Brandeburgo. Los soldados soviéticos del tercer ejército de choque que acababan de abrirse camino hacia el Tiergarten miraban asombrados el aparato que despegaba ante sus ojos. Lo primero que temieron, al recuperar los reflejos propios de un militar, fue que Hitler se les hubiera escapado. Sin embargo, la demora con que dispararon los proyectiles antiaéreos y las ametralladoras hizo que fallasen el blanco. Ritter von Greim y Hanna Reitsch lograron escapar.

De cualquier manera, la agitación que se había vivido esa noche en el búnker del Führer no había acabado aún. Adolf Hitler se disponía a desposarse con la cuñada del hombre al que acababa de ejecutar. Goebbels había llevado a la salita privada del dictador a un tal herr Walter Wagner, oficial del *Gau* de Berlín que tenía potestad para celebrar una ceremonia de boda por lo civil. Tan perplejo como intimidado debido a sus responsabilidades, Wagner llegaba de hacer su turno de guardia, por lo que vestía el uniforme pardo del Partido Nazi y el brazalete de la Volkssturm. Hitler llevaba puesta su guerrera habitual, en tanto que Eva Braun iba ataviada con un largo vestido de tafetán negro con el que a menudo había sido objeto de los piropos del Führer. Su color, además, resultaba bastante apropiado en aquellas circunstancias. Nervioso a ojos vistas, Wagner hubo de preguntar tanto al Führer como a Fräulein Braun si eran descendientes de arios en un 100 por 100 y si estaban libres de toda enfermedad hereditaria. El acto no duró más de un par de minutos, pues se llevó a cabo haciendo uso de la fórmula habitual en tiempos de guerra, consistente en las declaraciones sencillas. Entonces procedieron a firmar el registro, en el que Goebbels y Bormann estamparon su rúbrica en calidad de testigos. Eva Braun comenzó a escribir su nombre habitual, pero se detuvo, tachó la B y corrigió: *Eva Hitler, geb[orene] Braun*. La firma de Hitler quedó ilegible por entero, pues su mano temblaba demasiado.

Los recién casados salieron al corredor de la antecámara que hacía las veces de sala de reuniones del búnker. Allí recibieron los plácemes de generales y secretarias antes de retirarse a la salita de estar para tomar un refrigerio nupcial en honor de frau Hitler, como ella insistía en que debían llamarla los sirvientes. Por fin había visto recompensada su lealtad en un mundo de traición. Más tarde se les unieron Bormann, Goebbels y su esposa, Magda, así como las dos secretarias que habían permanecido en el refugio, Gerda Christian y Traudl Junge. Hitler llevó a esta última a otra habitación para dictarle su testamento político y personal. Ella se sentó, presa de una agitación nerviosa, convencida de que asistiría por fin a una profusa explicación del verdadero propósito de aquel ingente sacrificio. Sin embargo, no oyó sino un rosario de lugares comunes políticos, ilusiones y recriminaciones. El dictador nunca había deseado la guerra, pero se había visto empujado a declararla por culpa de los intereses judíos internacionales. Aquella confrontación, "a despecho de todos sus reveses —declaró— entrará un día en la historia como la manifestación más gloriosa y heroica de la voluntad de vivir de un pueblo"9.

El gran almirante Dönitz, jefe de la Kriegsmarine, recibiría el cargo de presidente del Reich. El ejército de tierra, la Luftwaffe y las SS habían fracasado o lo habían traicionado, mientras que el leal Dönitz, el *Hitlerjunge Quex*, se había destacado frente a los intrigantes. Goebbels sería nombrado canciller del Reich, en tanto que "mi más fiel camarada de partido, Martin Bormann", se convertiría en canciller del Partido Nazi amén de ser el albacea de su testamento. Es evidente que Hitler pretendía seguir con su política de división del poder más allá de la tumba, aun en la administración más fantasmal jamás reunida. Tal vez el nombramiento más singular fuese el del

Gauleiter Karl Hanke, que había de sustituir a Himmler en cuanto *Reichsführer* de las SS. Se trataba de un amante que había tenido Magda Goebbels antes de la guerra y que se hallaba atrapado en Breslau, dirigiendo su propio programa provincial de suicidio forzado sobre la ciudad. Goebbels, mientras tanto, redactó su propio testamento. Creía que era su deber ("en medio del delirio de traición que rodea al Führer estos días, los más críticos de la guerra") negarse a cumplir la orden dictada por Hitler de abandonar Berlín y "permanecer a su lado de un modo incondicional hasta la muerte". Por mediación de un oficial de confianza se hizo llegar una de las copias del testamento de Hitler al mariscal de campo Schörner, nuevo comandante en jefe del ejército. La carta adjunta del general Burgdorf confirmaba que "la aplastante noticia de la traición de Himmler" supuso para el dirigente nazi el golpe final.

La reposada fiesta nupcial celebrada en las profundidades del búnker contrastaba con el comportamiento salvaje de los que se hallaban más cerca de la superficie. Cuando Traudl Junge pudo dejar por fin de mecanografiar documentos a eso de las cuatro de la mañana del domingo, 29 de abril, y después de que se hubieran retirado el Führer y frau Hitler, subió a la planta alta para conseguir comida para los hijos de Goebbels. Lo que vio allí, no lejos de donde descansaban los heridos del hospital de campaña subterráneo de la Cancillería del Reich, la conmovió en lo más hondo. "Daba la impresión de que todos se hallaban poseídos por una fiebre erótica. Por todos lados, incluso en el sillón del dentista, pude ver cuerpos fundidos en lascivos abrazos. Las mujeres habían dejado a un lado cualquier sentido del decoro y mostraban sin reparo sus partes privadas"[10]. Los oficiales de las SS que habían estado en el exterior, buscando en los sótanos y las calles desertores a los que colgar se habían dedicado asimismo a seducir a jóvenes hambrientas y fáciles de impresionar para llevarlas a la Cancillería del Reich, donde, según les prometieron, se celebraban fiestas en las que nunca se agotaban la comida y el champán. Se trataba del Apocalipsis de la corrupción autoritaria, y el submarino de hormigón de la Cancillería del Reich proporcionaba un escenario perfecto para un infierno que más se diría propio del teatro existencialista.

La realidad, para el berlinés de a pie, se tornaba más terrible a cada hora que pasaba. El 28 de abril, las tropas soviéticas llegaron a la calle donde vivía una mujer sin identificar que anotó en su diario: "Tenía una sensación de náusea en el estómago, que me recordaba a lo que sentía de pequeña en la escuela antes de un examen de matemáticas: una mezcla de incomodidad e inquietud, unida al deseo vehemente de que acabase todo de una vez". Desde la ventana de un piso alto observaba una columna de abastecimiento soviética formada por carretas tiradas por caballos. Los potrillos se arrimaban a sus madres, y la calle había empezado a oler a estiércol. En el garaje de enfrente habían instalado una cocina de campaña. No se veía ni un ciudadano alemán. El ver a los rusos aprendiendo a montar las bicicletas que habían encontrado la tranquilizó: parecían poco menos que niños con cuerpo de adultos.

Cuando se arriesgó a salir, una de las primeras preguntas que le hicieron fue: "¿Tienes marido?". Ella hablaba un poco el ruso, por lo que fue capaz de eludir sus "torpes bromas". Sin embargo, cuando los vio intercambiar miradas, comenzó a sentir miedo. Un soldado que apestaba a alcohol la siguió mientras ella se retiraba para refugiarse en un sótano. Las mujeres que se hallaban sentadas en el interior lo observaban muertas de miedo mientras el ruso recorría el lugar con paso tambaleante al tiempo que les alumbraba los rostros con una linterna. Persistió en abordar a la joven, y ésta, como si quisiera enseñarle el camino al exterior, logró salir del sótano y llegar a la calle bañada por el sol. Entonces llegaron otros soldados y despojaron de sus relojes a los civiles del refugio, aunque no dieron muestra alguna de violencia. Por la noche, empero, una vez que los soldados habían comido y bebido, comenzaron la cacería. La escritora del diario se vio atrapada en una emboscada. Los tres hombres que se la habían tendido en la oscuridad se dispusieron a violarla por turnos. Cuando la atacó el segundo, lo interrumpió la llegada de otros tres soldados, uno de los cuales era una mujer. Sin embargo, los recién llegados, incluida la mujer, se limitaron a reírse de la situación.

Cuando por fin regresó a su dormitorio, tras atrancar la puerta del piso con todo el mobiliario, se tumbó en el lecho. Al igual que debió de suceder con todas las berlinesas que fueron violadas durante esos días, la falta de agua que le impedía lavarse tras la infamia no hizo sino empeorar las cosas. Poco después de haberse acostado derribó su barricada un grupo de soldados que irrumpió en su casa y se puso a comer y a beber en la cocina. Un gigante llamado Petka la aprehendió cuando intentaba escabullirse del lugar. Ella le suplicó que no dejara que los otros la violasen también, y él se mostró de acuerdo. A primera hora de la mañana siguiente, el hombre se despertó cuando llegó de la calle el toque de diana de la compañía. Entonces le hizo saber que debía regresar a su labor y, con un apretón de manos de despedida que a punto estuvo de aplastar los huesos de ella, le aseguró que estaría de vuelta a las siete de la tarde.

Muchas otras mujeres “cedieron” ante un soldado con la esperanza de librarse así de una violación colectiva. Magda Wieland, actriz de veinticuatro años, consideraba que la llegada de las tropas rusas a la Giesebrechtstrasse, en el exterior del Kürfurstendamm, fue “el momento más aterrador de toda la guerra”. Se había ocultado en un enorme armario de caoba tallada cuando entraron en su casa. Un soldado muy joven del Asia central la sacó de allí a la fuerza. El agresor estaba tan excitado ante la perspectiva de poseer a una joven hermosa de cabellos dorados que tuvo una eyaculación precoz. Mediante signos, le propuso ser su novia si él la protegía de otros soldados rusos. Emocionado ante la idea de tener una compañera rubia, el muchacho salió para alardear ante sus amigos, pero entonces entró otro soldado y la violó de un modo brutal.

A Ellen Goetz, amiga judía de Magda que había ido a refugiarse en su sótano tras escapar de la prisión de Lehrterstrasse a resultas de un terrible bombardeo, también la sacaron a la fuerza de su escondrijo para violarla. Cuando otros alemanes trataron de explicar a los rusos que era judía y que había sufrido la persecución de los nazis, recibieron por toda respuesta: *Frau ist Frau* (“Una mujer es una mujer”). Más tarde llegaron los oficiales rusos y, a pesar de comportarse con corrección, no hicieron nada por controlar a sus hombres.

La Giesebrechtstrasse alojaba una amplia variedad de la vida berlinesa. Hans Gensecke, célebre periodista al que habían impuesto por esconder a judíos el castigo de retirar los cadáveres de los sótanos destrozados por las bombas, habitaba también en el número 10 de la calle. En el tercer piso del mismo bloque se hallaba asimismo la vivienda de la amante de Kaltenbrunner, que lo recibía en su apartamento de puertas doradas, mobiliario tapizado de seda y colgaduras en las paredes, objetos que sin duda provenían del saqueo del territorio europeo ocupado. El portal siguiente, el número 11, había sido tristemente famoso por albergar el Salón Kitty, burdel nazi para los *Prominenten*. El establecimiento contaba con dieciséis prostitutas jóvenes, y había sido adquirido en un estadio anterior de la guerra por Heydrich y Schellenberg. Lo administraba el departamento de información de las SS, que se servía de él para espiar a los jefes y oficiales de la Wehrmacht, así como a los embajadores extranjeros, y de ese modo poder chantajearlos después. Todas las habitaciones poseían micrófonos ocultos, y parece ser que poco después de la toma de la capital el NKVD examinó con gran interés la tecnología empleada [11]. En la siguiente puerta, situada frente por frente, había vivido el coronel general Paul von Hase, comandante de la ciudad de Berlín, hasta que lo arrestaron y ejecutaron a raíz de la conspiración de julio.

Dado que las Juventudes Hitlerianas y las SS disparaban a cualquier casa en la que pudiera verse una bandera blanca, la población civil se encontró atacada por la violencia intransigente de ambos bandos. El hedor a cadáver en descomposición se extendía a partir de los montones de escombros en que se habían convertido muchos edificios y se mezclaba con el que desprendían los esqueletos calcinados que poblaban las casas en llamas. Con todo, lo que determinó el omportamiento de los soldados soviéticos no fueron tanto estas terribles escenas como los tres años de propaganda a los que habían estado sometidos. Así, concebían Berlín como una “ciudad gris, espantosa, deprimente y misantrópica: la capital de los bandidos”[12].

Ni siquiera se respetó a los comunistas alemanes. En Wedding, baluarte de la izquierda hasta 1933, los activistas de la Jülicherstrasse salieron a recibir a los oficiales soviéticos al mando de la

unidad encargada de ocupar su distrito. Les mostraron sus carnés del Partido, que habían tenido escondidos durante doce años de clandestinidad, y les ofrecieron a sus mujeres e hijas para que los ayudasen con la colada y la cocina. Sin embargo, a decir de un prisionero de guerra francés, los oficiales las violaron "esa misma noche"13.

Mientras que los ocupantes del búnker del Führer estaban preocupados por el avance de los T-34 y tanques Stalin desde el Potsdamerplatz a lo largo de la Wilhelmstrasse, los ojos soviéticos se hallaban fijos en la zona septentrional del centro de Berlín. El tercer ejército de choque se desvió en dirección a Moabit, al noroeste del Spree, con la intención de alinearse para atacar el Reichstag.

El general Shatilov, comandante de la 150ª división de fusileros, pensaba que era el propio Goebbels quien dirigía la defensa de la prisión de Moabit y que, por ende, podrían capturarlo con vida 14. Describió el presidio como un edificio que "nos mira de modo malicioso con sus estrechas ventanas" 15. (No deja de resultar asombroso el que los rusos viesen el mal en las construcciones berlinesas, tal como habían hecho con los árboles alemanes al cruzar la frontera). La prisión de Moabit no parecía un lugar que pudiera asaltarse con facilidad. La artillería hizo adelantar un cañón pesado, pero su aparición provocó una frenética serie de disparos desde el interior del edificio que acabó con la vida del primer artillero y también del segundo. Con todo, los soviéticos no tardaron en abrir una brecha en los muros.

Enseguida cruzaron la calle los grupos de asalto y se introdujeron en el patio. Una vez llegados al interior, la guarnición alemana no tardó en rendirse. Los zapadores, que habían encontrado minas cerca de la entrada, corrieron a comprobar que no quedaban explosivos. Su comandante recordaba el fuerte eco metálico que producían al subir las escaleras 16. Se examinaba a fondo a todo alemán que saliese con las manos en alto, aunque vistiese uniforme de cabo, por si era Goebbels disfrazado. Se echaron abajo las puertas de las celdas. Los prisioneros liberados salían cubriéndose los ojos del sol.

Otros objetivos reportaron un número mayor de bajas en una ciudad en que las calles se habían llenado de humo a causa del fuego de artillería. "Alto es el precio que estamos pagando por cada paso que damos en dirección a la victoria", observó el editor del diario militar *Voin Rodiny* mientras visitaba la batalla en Berlín. Lo mató segundos después la explosión de un proyectil. Las muertes que se producían tan cerca del final de una guerra tan larga y cruel resultaban conmovedoras por partida doble. Muchos se estremecieron ante la muerte de Mijail Shmonin, joven comandante de sección que era objeto de una gran admiración. "¡Sígueme!", había gritado a su sargento mientras echaba a correr en dirección a un edificio. Apenas había disparado tres veces cuando impactó un proyectil pesado, procedente casi con toda seguridad del bando soviético, en la fachada del edificio que tenía enfrente. Esta se desmoronó, y entre los escombros quedó enterrado el teniente "de mejillas rosadas, tez pálida y grandes ojos claros".

A pesar de que los miembros del Ejército Rojo supieron pronto "qué podían esperar" de la lucha que, casa por casa y calle por calle, se estaba desarrollando en Berlín, de los "lanzagranadas apostados cerca de las barricadas" y los "edificios de piedra y hormigón convertidos en búnkeres", no tardaron en centrar cada vez más sus ataques en los obuses de 152 y 203 milímetros, que lanzaban a poca distancia y sobre objetivos que tenían a la vista. Sólo entonces hacían avanzar a los equipos de asalto 17. De cualquier modo, el único campo de batalla que evitaban las tropas soviéticas en la medida de lo posible eran los túneles del metro y los búnkeres, que superaban el millar en la zona más populosa de Berlín. Se mostraban cautos en extremo a la hora de entrar en los refugios antiaéreos civiles, convencidos de que se encontrarían con soldados alemanes dispuestos a tenderles una emboscada o a salir a la superficie para atacarlos desde la retaguardia. En consecuencia, rodeaban cada una de las construcciones que tomaban. Los ciudadanos que salían a la calle corrían el riesgo de que les dispararan. No faltan los relatos, inventados en su mayoría por la paranoia alemana, que hablaban de T-34 que se introducían en el túnel del tren a fin de aparecer tras la línea de combate. El único caso de tanque "subterráneo", empero, parece ser el de un desafortunado conductor del citado modelo de carro blindado que no logró encontrar la entrada a la

estación de U-Bahn de Alexanderplatz y avanzó escaleras abajo. Las historias que se contaban acerca de piezas ligeras de artillería que bajaban los soldados a las estaciones, escalón a escalón, para colocarlas sobre las vías, debían más a la imaginación popular que a la realidad.

Desde la prisión de Moabit había sólo ochocientos metros hasta el puente de Moltke, que atravesaba el río Spree y al que se llegaba por el Alt Moabit. A seiscientos metros del río se erigía el Reichstag, que podía verse de cuando en cuando al despejarse el humo 18. A las divisiones de fusileros 150ª y 171ª les parecía, a la sazón, un objetivo cercano, bien que no se habían hecho ilusiones acerca de los peligros que los esperaban. Sabían que muchos de ellos morirían antes de poder hacer flamear sus banderas sobre el edificio que había elegido Stalin como símbolo de Berlín. Sus comandantes, a fin de complacerlo, querían capturarlo a tiempo para que pudiese anunciarse durante las celebraciones del Primero de Mayo en Moscú.

El avance a través del puente de Moltke comenzó la tarde del 28 de abril. Los batallones que encabezaban las marchas de cada una de las dos divisiones partieron de la misma línea de salida, lo que no hizo sino intensificar la carrera por el objetivo. El puente contaba con barricadas a ambos lados. Asimismo, había sido minado y protegido con alambre de espino, y lo cubría por ambos flancos el fuego de una serie de ametralladoras y demás piezas de artillería. Poco antes de las seis de la tarde se produjo una detonación ensordecedora cuando los alemanes hicieron volar el puente por los aires. Al despejarse el humo y el polvo, sin embargo, se hizo evidente que la demolición no se había llegado a completar. Presentaba cierto hundimiento, pero eso no impedía que lo cruzase la infantería.

El capitán Neustroev, comandante de batallón, ordenó al sargento Pyatnitsky que pasase con su sección para llevar a cabo un ataque de sondeo. Este último recorrió a toda prisa con sus hombres el espacio libre que desembocaba en el puente y lograron refugiarse en las barricadas de los propios alemanes. Neustroev solicitó entonces el respaldo de la artillería a fin de cruzar al otro lado. Parece ser que los oficiales de observación de este cuerpo tardaron en llegar y organizar su batería, aunque ésta estuvo en acción poco antes de que cayera la tarde. El potente bombardeo, efectuado desde una distancia corta, aplastó las posiciones del fuego alemán, y las secciones de infantería que iban en cabeza pudieron atravesar el puente con gran celeridad y abrirse camino en dirección a los grandes edificios que se erigían en el Kronprinzufer y la Moltkestrasse. A medianoche, en el mismo momento en que contraían matrimonio Hitler y Eva Braun, establecieron una cabeza de puente firme. Durante el resto de la noche cruzó el Spree el grueso de las divisiones 150ª y 171ª de fusileros.

La primera asaltó el Ministerio del Interior, situado en la acera meridional de la Moltkestrasse, construcción ciclópea que no había tardado en conocerse como “la casa de Himmler”. Tenía las puertas y las ventanas bloqueadas a fin de proporcionar aspilleras para los defensores, lo que la convirtió en una fortaleza difícil de asaltar. Incapaces de colocar delante baterías de cañones y cohetes, los zapadores improvisaron lanzacohetes *Katyusha* individuales en diversos tramos de la vía del tren. Con todo, las armas básicas en esta lucha a corta distancia durante la mañana del 29 de abril fueron las granadas y las metralletas 19.

Cierto es que los soldados soviéticos tenían miedo de morir durante los últimos días de la guerra, pero también lo es que querían impresionar a los que los esperaban en su país. A fuer de conquistadores de Berlín, pensaban que formarían parte de la elite de la Unión Soviética tras la guerra. “Recuerdos desde el frente —escribió aquel día Vladimir Borisovich Pereverzev—. Hola, querida familia, a la que siento tan cerca. Por el momento, estoy vivo y lleno de salud, aunque algo ebrio la mayor parte del tiempo. Pero es indispensable que no perdamos el valor. Una ración razonable de coñac de tres estrellas no puede hacer daño a nadie. Por supuesto, nosotros mismos nos encargamos de castigar al que no conoce sus límites [a la hora de beber]. Ahora estamos estrechando el círculo con el que hemos rodeado el centro de la ciudad. Yo estoy a tan sólo quinientos metros del Reichstag. Ya hemos cruzado el Spree, y en breve, los Fritz y los Hans estarán acabados. Aún escriben en las paredes que *Berlin bleibt deutsch* [“Berlín sigue siendo

alemana”], pero nosotros respondemos: *Alles deutsch kaputt* [“Todos los alemanes están acabados”]. Al final se demostrará que tenemos razón. Quería enviaros una fotografía que me han hecho, pero no encuentro manera de revelarla. Y es una lástima, porque debe de ser interesante: llevo una metralleta colgada del hombro, un máuser al cinto y granadas a los lados. Hay un montón para los alemanes. En resumidas cuentas, llegaremos mañana al Reichstag. No puedo enviar paquetes [es decir, bienes procedentes del pillaje] por falta de tiempo. Las unidades del frente tenemos otras cosas que hacer. Según me contabais, se ha caído parte del techo de la cocina; pero ¡eso no es nada! A nosotros se nos ha derrumbado encima un edificio de seis plantas y tuvimos que cavar para sacar a nuestros muchachos. Así es como vivimos y derrotamos a los alemanes. Estas son, en resumen, mis noticias”. A Pereverzev lo hirieron de gravedad poco después de acabar su carta. Murió el mismo día en que se anunció la victoria 20.

“Domingo, 29 de abril —escribió Martin Bormann en su diario—. Ya son dos los días que han comenzado con un huracán de fuego. Durante la noche del 28 al 29, la prensa extranjera escribió acerca de la oferta de rendición de Himmler. Boda de Hitler y Eva Braun. El Führer ha dictado su testamento político y el privado. Los traidores Jodl y Himmler, así como los generales, nos abandonan y nos dejan solos ante los bolcheviques. De nuevo la artillería. Según la información del enemigo, los estadounidenses han irrumpido en Múnich”21.

El pulso que parecían estar echando el optimismo y el pesimismo de Hitler acabó ese día cuando el Führer se dio cuenta al fin de que todo estaba perdido. Las comunicaciones seguras de radioteléfono se habían venido abajo al ser derribado el último globo aerostático que mantenía la antena por encima de su búnker. A consecuencia, las estaciones de escucha del Ejército Rojo pudieron interceptar los mensajes que envió aquel día. Bormann y Krebs firmaron uno, dirigido a todos los comandantes, que rezaba: “El Führer espera poder contar con la inquebrantable lealtad de Schörner, Wenck y los demás. También espera que los dos primeros los salven a él y a Berlín”. El mariscal de campo Schörner respondió que “en las zonas de retaguardia impera la desorganización. La población civil hace difíciles las operaciones”. Por su parte, Wenck dejó claro que no podía esperarse ningún milagro del 12º ejército: “Las tropas del ejército han sufrido grandes pérdidas y adolecen de una preocupante escasez de armamento”22.

Aun los más leales de entre los que se hallaban en el búnker del Führer se dieron cuenta al final de que cuanto más tiempo pospusiera Hitler su suicidio mayor sería el número de muertos. Tras la caída de Himmler y Goering, era evidente que nadie podía hablar de un alto el fuego antes de que se hubiera suicidado el Führer. El problema radicaba en que si éste esperaba a que los rusos se hallasen a la puerta de la Cancillería del Reich, no saldría de allí con vida ninguno de ellos.

Freytag von Loringhoven no tenía ninguna intención de morir en un entorno como aquél ni con aquella compañía. Después de que partiesen los tres mensajeros con las copias de la última voluntad de Hitler, se le ocurrió la idea de que, dado que no funcionaban las comunicaciones, podía solicitar, junto con Boldt, permiso para unirse a las tropas que se encontraban en el exterior de la ciudad. “Herr general —dijo al general Krebs—, no quiero morir aquí como una rata: me gustaría regresar al lugar en que están luchando los soldados.” Al principio, Krebs se mostró reacio a dejarlo marchar; pero luego habló con el general Burgdorf, que le hizo saber que los ayudantes militares tenían permiso para salir del búnker. El suyo, el teniente coronel Weiss, iría también con Freytag von Loringhoven y el capitán Boldt.

Tras la reunión celebrada a medianoche se pidió a Hitler que diese su aprobación. “¿Cómo pensáis salir de Berlín¿”, quiso saber el Führer. Freytag von Loringhoven le expuso la ruta que pretendían seguir desde el sótano de la Cancillería del Reich hasta Havel, dónde encontrarían un bote. La idea entusiasmó al dictador. “Debéis tomar un bote con motor eléctrico, ya que no hace ruido alguno y os permitirá atravesar las líneas rusas”. Temiendo que se obsesionase con ese detalle en concreto, Von Loringhoven se mostró de acuerdo en que se trataba del mejor método, pero añadió que, si era necesario, tal vez habrían de hacer uso de otro tipo de embarcación. Hitler, que de pronto se mostró agotado, le dio la mano sin fuerza a cada uno de ellos y los despidió 23.

Los rusos, tal como sabía demasiado bien la división Nordland, se hallaban ya muy cerca de la Cancillería del Reich. El día anterior habían avanzado por la Wilhelmstrasse tres T-34 hasta llegar nada menos que a la estación del U-Bahn, donde se vieron sorprendidos por una emboscada de franceses de las SS armados de lanzagranadas.

La 301ª división de fusileros del coronel Antonov comenzó en serio su asalto al amanecer del día 29 de abril, poco después de que se hubiera retirado la pareja de recién casados del búnker del Führer. Dos de sus regimientos de fusileros atacaron el cuartel general de la Gestapo situado en la Prinz—Albrechtstrasse, edificio que había sufrido daños considerables durante la incursión aérea del 3 de febrero. Siguiendo la que se había convertido en estrategia acostumbrada, se colocaron en la primera línea los obuses pesados de 203 milímetros con la intención de abrir una brecha a corta distancia. Entonces entraron dos batallones al asalto e izaron una bandera roja, bien que las versiones soviéticas de lo sucedido no revelan que, tras una lucha enconada que les reportó un buen número de víctimas, hubieron de retroceder aquella tarde a causa de un feroz contraataque lanzado por las Waffen SS. Los rusos no tenían idea de si en el interior quedaba vivo algún prisionero de la Gestapo. De hecho, había siete en esta situación, a los que habían salvado la vida expresamente durante la masacre ocurrida la noche del 23 de abril -24-.

La *Nordland*, que a la sazón se encontraba al mando de Mohnke, desde la Cancillería del Reich, “recibió de arriba” más mensajes alentadores acerca del avance del ejército de Wenck y las negociaciones con los Aliados 25. Los únicos refuerzos que había recibido Krukenberg consistían en cien agentes de policía de avanzada edad. Sus hombres estaban demasiado cansados para preocuparse por los mensajes procedentes de la Cancillería; lo estaban incluso para hablar. Sus rostros no mostraban expresión alguna. Resultaba imposible despertar a nadie si no era sacudiéndolo con fuerza 26. La lucha contra los carros blindados, según escribió más tarde uno de ellos, se había convertido en “un descenso a los infiernos”27.

El “escuadrón destructor de tanques” francés había cumplido una función efectiva en particular en la defensa. Era responsable de la mitad aproximada de los ciento ocho carros que habían caído en todo el sector. Henri Fenet, comandante de su batallón, describió a un muchacho de diecisiete años, procedente de Saint Nazaire y llamado Roger, que luchaba solo con sus bazucas como lo haría “un único soldado con un fusil” 28. El Unterscharführer (“cabo”) Eugéne Vanlot, fontanero de veinte años a quien conocían por Gégéne, era el que más bajas había causado, pues contaba en su haber con ocho tanques derribados. Dos de ellos, T-34, habían caído en Neukölln, en tanto que los otros seis los había destruido en menos de veinticuatro horas. La tarde del 29 de abril, Krukenberg lo convocó al vagón del metro que hacía las veces de cuartel general en la dañada estación de U-Bahn, y allí, “a la luz parpadeante de los cabos de las velas”, lo condecoró con una de las dos últimas cruces de caballero que se concedieron en el conflicto. El otro galardonado fue el comandante Herzig, al mando del 503º batallón de *Panzer* pesados de las SS, a quien Mohnke otorgó la Cruz casi al mismo tiempo. El propio Fenet y el cadete Apollot recibieron también sendas distinciones por haber destruido cinco tanques cada uno. Cierto teniente escandinavo de la Nordland proporcionó cinco botellas de vino francés fruto de los saqueos a fin de brindar por los héroes.

Fenet, que había recibido una herida en un pie, refirió que seguían peleando llevados de una única idea: “Había que detener a los comunistas”. No había tiempo “para filosofar”29. Protopopov, oficial de la guardia blanca que había luchado en la guerra civil rusa y había acompañado a sus compañeros franceses a Berlín, también creía que el gesto era más importante que el hecho. Más tarde, los pocos voluntarios de las SS que lograron sobrevivir hicieron cuanto estuvo en sus manos por justificar una batalla condenada al fracaso con la necesidad de proporcionar un ejemplo de antibolchevismo para el futuro. Con estos motivos disculpaban incluso el sacrificio de niños.

Poco más al oeste de la batalla que se estaba librando en la Wilhelmstrasse, el 8º ejército de guardias de Chuikov atacó en dirección norte, a través del canal de Landwehr, hacia el Tiergarten. Algunas tropas lo cruzaron a nado, en tanto que otras emplearon la cobertura de una descarga de artillería y cortinas de humo. Uno de los grupos se sirvió de las entradas de alcantarilla para pasar al otro lado de las líneas de los defensores.

En el puente de Potsdamer se recurrió a un ardid muy inteligente: en el exterior de un T-34 se colocaron trapos empapados en aceite y botes de humo a los que se prendió fuego mientras el tanque se aproximaba al puente. Los cañones antitanque y los carros Tiger atrincherados dejaron de disparar, porque sus artilleros pensaron haber acertado de lleno. Para cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando, el tanque había llegado a donde se hallaban ellos y les disparaba desde una distancia corta al tiempo que lo seguían otros T-34.

A principios de la tarde se recurrió a otra estratagema: Tres civiles alemanes surgieron con una bandera blanca de un complejo de túneles y un búnker antiaéreo subterráneo de tres plantas y preguntaron si podrían dejar salir a la población civil. El comandante de guardias Kujarev, agente político, se adelantó para negociar con ellos acompañado de un intérprete militar y diez soldados armados de metralletas. Los tres civiles lo condujeron a la entrada del túnel, donde aparecieron tres oficiales alemanes. Estos propusieron vendarle los ojos para discutir con él en el interior, pero Kujarev insistió en que debían negociar fuera del complejo. Finalmente se acordó dejar salir a los mil quinientos civiles que se refugiaban en el interior. Después de que hubieran marchado, el capitán alemán anunció que los miembros que quedaban de la Wehrmacht debían cumplir la orden dictada por el Führer de resistir hasta el final. Entonces se volvieron para introducirse de nuevo en el túnel. “Pero el camarada Kujarev no fue tan ingenuo —señalaba el informe—. Este emprendedor agente político sacó una pistola de reducido tamaño que llevaba escondida en la manga y mató al capitán y a los otros dos oficiales”. Los soldados del 170º regimiento de guardias fusileros entraron en el búnker con sus metralletas, y los alemanes del interior levantaron las manos en señal de rendición. Muchos de ellos eran jóvenes cadetes 30.

El flanco derecho del 8º ejército de guardias, destacado en el canal de Landwehr, se hallaba casi enfrente del cuartel del general Weidling, situado en el Bendlerblock; sin embargo, el comandante soviético de división ignoraba por completo la relevancia de este objetivo. Sabedor de que el fin se aproximaba, Weidling convocó a sus propios comandantes de división y les hizo saber que la última comunicación que había mantenido por radio con el general Reymann, desde Potsdam, había tenido lugar el día de antes. Una parte del 12º ejército del general Wenck había avanzado hasta Ferch, justo al sur de Potsdam; pero nadie podía decir si se había abierto ya una ruta por la que poder escapar. Weidling los había convocado para discutir una huida en dirección oeste a través de la Heerstrasse. La hora H tendría lugar a las diez de la noche siguiente.

24
Führerdämmerung.

El asalto del Reichstag se había planeado para el amanecer del día 30 de abril. Los comandantes soviéticos estaban desesperados por capturarlo a tiempo para el desfile que tendría lugar en Moscú para celebrar el Primero de Mayo. Con todo, quienes pedían resultados de un modo apremiante eran aquellos miembros de la cadena de mando que asumían que no había cambiado nada, y no Stalin mismo. Como cabe esperar, éste se había relajado una vez que la ciudad había quedado rodeada por completo de tal modo que impedía el acceso de los estadounidenses, tras lo cual no había hecho intento alguno de interferir en las decisiones tomadas por los que se hallaban en el campo de batalla. El Reichstag, sin embargo, seguía siendo el símbolo elegido de la victoria ante la "bestia fascista" y, por lo tanto, constituía, como es natural, el elemento central de la propaganda soviética.

Un corresponsal de guerra, a quien habían convocado al cuartel general de la 150ª división de fusileros pocas horas antes, recibió la orden de entregar su pistola. El obedeció, horrorizado ante la idea de que lo fuesen a enviar a casa por causa de alguna infracción. Con todo, el capitán que se la había retirado lo tranquilizó al regresar a la habitación con otra arma. "Han llegado órdenes —le comunicó— de que todo el que se dirija al Reichstag debe llevar una metralleta" 1.

En medio de algunos disparos esporádicos, al periodista lo llevaron siguiendo una ruta en zigzag hasta "la casa de Himmler", es decir, el Ministerio del Interior. La lucha aún no había cesado en los pisos altos, y las explosiones de granadas y el tableteo de las metralletas se hicieron más audibles. En el sótano, empero, los cocineros de batallón se hallaban preparando el desayuno de los grupos de asalto, para lo cual estaban provocando un estruendo comparable. En la primera planta trataba de orientarse el capitán Neustroev, comandante de batallón que estaba a punto de dirigir el asalto al Reichstag. No hacía más que mirar al mapa que tenía en las manos para levantar después la vista y fijarla en la construcción gris que se erigía ante él. Entonces apareció, impaciente por el retraso, el jefe de su regimiento. "Hay un edificio gris en medio", observó el primero. El jefe del regimiento le arrebató el mapa y volvió a estudiar su posición. "¡Neustroev! —le soltó al fin exasperado—. ¡Eso de ahí no es otra cosa que el Reichstag!".

El joven comandante de batallón no había sido capaz de imaginar que su objetivo final pudiese estar tan cerca 2.

El periodista escudriñaba también lo que podía ver desde una ventana. El Königsplatz, que se extendía ante ellos, estaba "cubierto de destellos y fuego, las explosiones de los proyectiles y la línea intermitente de las ráfagas de balas trazadoras". El Reichstag se levantaba a menos de cuatrocientos metros de distancia. "Si no hubiese habido lucha —escribió—, el terreno que los separa podría haberse cruzado en pocos minutos; pero en esos momentos resultaba infranqueable, sembrado como estaba de cráteres de proyectil, traviesas de ferrocarril, trozos de alambre y trincheras".

Los alemanes habían cavado una red de defensas que rodeaban por completo el edificio parlamentario. Lo que más impresionaba era el cauce de agua que corría por el centro del Königsplatz. Se trataba de un túnel derribado por los bombardeos que se había llenado de agua filtrada desde el Spree. La galería se había excavado como parte de un trabajo de exploración para la gigantesca Volkshalle de Albert Speer, el edificio central de la nueva capital nazi de Germania. En medio de aquella devastación, de aquel "paisaje propio del Bosco", los bromistas habían

apoyado sobre piedras —que hacían las veces de almohada— las cabezas de las cariátides que habían despegado las bombas aliadas de la fachada del Reichstag 3.

Una vez servido el desayuno, “todos comenzaron a comprobar sus armas y sus cargadores de repuesto”. Entonces, a las seis de la mañana, atacó la primera compañía. Apenas habían “recorrido cincuenta metros cuando una tormenta de fuego procedente del enemigo les obligó a adoptar la posición de cuerpo a tierra”. Poco después avanzaron de forma decidida dos batallones algo reducidos, aunque la mayoría de sus componentes perdió la vida. El intenso fuego alemán procedía también del Teatro de la Opera de Kroll, situado en el lado occidental del Königsplatz, y no sólo del propio Reichstag. Dado que las fuerzas de asalto se hallaban atrapadas en el fuego cruzado, se desplegó enseguida otra división para que se encargara del Teatro de la ópera, bien que primero tenía que despejar los edificios situados a su espalda, sobre el terraplén. También llegaron más cañones autopropulsados y carros de combate a través del puente de Moltke durante el curso de la mañana a fin de respaldar a la infantería que luchaba en el Königsplatz. El humo y el polvo provocados por el bombardeo eran tan espesos que los soldados no veían el cielo en ningún momento.

Merced al apoyo de la artillería pesada y de los tanques, los batallones de la 150ª división de fusileros llegaron al túnel anegado poco después de las once de la mañana. Sin embargo, al hacer otro de sus tremendos esfuerzos dos horas más tarde, se vieron sorprendidos por un intenso fuego proveniente del lado izquierdo de la retaguardia. Se trataba de una descarga de los cañones antiaéreos apostados en lo alto del búnker del Zoo, a dos kilómetros de distancia. Por lo tanto, hubieron de ponerse de nuevo a cubierto y esperar hasta el anochecer. Durante aquella tarde, la 171ª división de fusileros siguió despejando los edificios del lado norte del Königsplatz, y se puso en movimiento un número mayor de cañones autopropulsados y tanques. En total había unas noventa piezas de artillería, incluidos obuses de 152 y 203 milímetros y lanzadores de cohetes *Katyusha*, disparando sin tregua al Reichstag. Que el edificio resistiera un ataque semejante dice mucho de la solidez de su construcción, concluida cincuenta años antes, durante el Segundo Reich 4.

Otra edificación prominente, objeto durante esa misma mañana de un contundente bombardeo, fue el Ministerio del Aire de Goering, situado en la Wilhelmstrasse. Su estructura de hormigón armado también resistió el ataque. Su solidez y su proximidad a la Cancillería del Reich lo habían convertido en un punto de reunión habitual para los miembros de uniforme del Partido Nazi que fingían ser parte de la gran batalla. La mezcla de uniformes era asombrosa. Junto con los de la Luftwaffe y las Waffen SS podían verse los que vestían miembros ancianos de la Volkssturm, los guillerminos de la primera guerra mundial que hacían pensar que se habían “escapado de un museo de cera” 5.

El distrito gubernamental se hallaba a la sazón fuertemente acantonado, pues acogía a todas las tropas que se habían replegado hacia su interior (unos diez mil hombres en total, incluida una buena proporción de miembros extranjeros de las SS). Con todo, la ruta de escape hacia el oeste había quedado cortada de un modo eficaz. Al 8º ejército de guardias, destacado en la parte meridional del Tiergarten, y al tercer ejército de choque, en la septentrional, los estaba conteniendo tan sólo el fuego procedente de la ciclópea torre antiaérea del búnker del Zoo. Tras éstos se hallaban el único cuerpo que quedaba de las tropas blindadas de Konev, que avanzaba desde el sur, y el 2º ejército blindado de guardias de Zhukov. Entre los dos habían ocupado la mayor parte de Charlottenburg. Aun así, más al oeste, los destacamentos de las Juventudes Hitlerianas seguían manteniendo parte de la Heerstrasse y el puente de Pichelsdorf, bajo el cual fluía el Havel. Tampoco habían dejado de resistir en el puente que desemboca en Spandau, a poco más de dos kilómetros al norte.






30-33. El Ejército Rojo lucha en las calles para capturar «la guarida de la bestia fascista».



34. Lucha a través del puente de Moltke para atacar «la casa de Himmler» (el Ministerio del Interior), a la que seguirá el Reichstag.



35. Carro de asalto soviético disparando en una calle berlinesa.



36. Un Volkswagen acribillado cerca de la Cancillería del Reich.



37. Fuerzas del 1.er frente ucraniano enviadas para aplastar al 9.º ejército alemán en un pinar al sur de Berlín.



38. Soldados alemanes se rinden al Ejército Rojo en Berlín.



39. Miembros de las tropas mecanizadas soviéticas aseándose en una calle berlinesa.



40. Cocinando entre las ruinas.



41. El Ejército Rojo se encuentra con el estadounidense: El general Robert C. Macon, de la 83.ª división de infantería, atiende al brindis del coronel Ivanov.



42. Civiles alemanes huyendo del Ejército Rojo a través del viaducto en ruinas del Elba en dirección al territorio ocupado por los estadounidenses.





43-44. (*Izquierda*) El final de la batalla para el recluta adolescente Hans-Georg Henke. (*Derecha*) Una ayudante médica atiende a un soldado soviético herido.



45. El general Stumpff, el mariscal de campo Keitel y el almirante Von Friedeburg llegan a Karlshorst para firmar la rendición final el 9 de mayo.



46. Un soldado del Ejército Rojo intenta requisar la bicicleta a una habitante de Berlín.





47-48. (*Izquierda*) El mariscal Zhukov dirige el desfile organizado con motivo de la victoria. Monta el caballo que había tirado a Stalin. (*Derecha*) Zhukov observado por el general K.F. Telegin, director del departamento político (*izquierda*) y el general Ivan Serov, jefe del NKVD (*derecha*).

49. (*Página siguiente*) Visita al campo de batalla en que se había convertido el Reichstag.



Los franceses de las SS apostados en la Wilhelmstrasse estaban tan hambrientos aquella mañana fría y lluviosa, que cuando alguien apareció con un temeroso soldado enemigo, no tardaron en arrebatarle la bolsita de lona en que llevaba su ración. El prisionero no cesaba de decirles que no era ruso, sino ucraniano, y de hablarles del gran ataque que se produciría al día siguiente. Para entonces, el batallón Carlomagno había quedado reducido a menos de treinta hombres y había agotado una buena proporción de las reservas de bazucas proporcionada por la Cancillería del Reich. Los pocos carros Tiger que restaban aún al batallón Hermann von Salza de las SS se habían retirado entretanto al Tiergarten a fin de hacer frente a los tanques que apoyaban al tercer ejército de choque y al 8º ejército de guardias.

En el búnker del Führer, la mañana que precedió a la muerte de Hitler transcurría “como cualquier otro día, con oficiales que iban y venían”(6). Con todo, la atmósfera era tensa y emotiva. Aterrorizado ante la idea de que el veneno no surtiese efecto, el dirigente nazi había insistido el día de antes en que se probase una de las cápsulas de cianuro del doctor Stumpfegger. Blondi, el pastor alemán hembra idolatrado por Hitler, se convirtió en el candidato ideal. Su pasión por la cría de perros se remontaba a 1921, año en que le habían regalado uno cuando atravesaba los peores momentos de su pobreza. Como quiera que no disponía de espacio suficiente para tenerlo en el lugar en que vivía, hubo de alojarlo en otro sitio; sin embargo, el animal se escapó para regresar a su lado. Al parecer, este incidente influyó en gran medida en la obsesión que sentía por la lealtad incondicional. Con todo, la devoción que profesaba a Blondi no resultó ser motivo suficiente para librarla de la muerte, ni tampoco a sus cuatro cachorros, a los que sacaron al jardín de la Cancillería del Reich para matarlos. Los hijos de Goebbels habían estado jugando poco antes con aquellas crías de largas patas.

Amén de la deslealtad de Himmler, lo que más preocupaba a Hitler era que los rusos lo capturaran vivo. Hasta él habían llegado las noticias de la ejecución de Mussolini a manos de los guerrilleros y de cómo habían colgado su cadáver y el de su amante, Clara Petacci, boca abajo en Milán. Se había preparado una transcripción del informe radiofónico en caracteres de “cuerpo Führer”, que ahorraban al dictador el tener que usar gafas. Es de suponer que fue él mismo quien subrayó con lápiz la expresión “colgados boca abajo”(7). Sea como fuere, lo cierto es que estaba resuelto a que incinerasen su propio cadáver para evitar que pudieran exhibirlo en Moscú. Con todo, la imagen que de él quedara para la posteridad también le preocupaba en gran manera. La mujer que se había convertido en su esposa estaba dispuesta a quitarse la vida a su lado, aunque, en caso de que no lo hubiera estado, es evidente que él no habría querido que quedase viva para que sus enemigos la sometiesen a interrogatorio. La muerte resultaba ser una cláusula de obligado cumplimiento en su contrato 8.

Durante la noche se había recibido confirmación por parte del mariscal de campo Keitel de que no podían esperar ayuda alguna. Y aquella mañana, el *Brigadeführer* Mohnke advirtió tras el intenso bombardeo de artillería sufrido por el barrio gubernamental de que quedaban a lo sumo dos días. El general Weidling, que había llegado a última hora de la mañana, calculó que la resistencia podía venirse abajo aquella misma noche debido a la escasez de munición. Entonces volvió a pedir permiso para organizar la fuga de Berlín, aunque Hitler no le dio una respuesta inmediata.

En ese momento, más o menos, Eva Hitler llevó a Traudl Junge a su habitación y le regaló la capa de piel de zorro plateado que sin lugar a dudas no iba a vestir nunca más. La secretaria no pudo menos de preguntarse sobre qué debían de hablar en la intimidad Hitler y su esposa, dado que carecían de los temas de conversación habituales en una pareja de recién casados. Tampoco podía dejar de pensar en cómo iba a poder escapar del centro de Berlín envuelta en una capa de zorro plateado 9. (Los obsequios de Hitler a Eva habían mejorado de un modo evidente durante los últimos años. En 1937 le había regalado por Navidad “un libro sobre las tumbas egipcias”)10.

El general Weidling, mientras tanto, regresó al Bendlerblock. Estas caminatas por entre los bombardeos, que le obligaban a correr de ruina en ruina con el cuerpo doblado por la cintura, resultaban agotadoras para un hombre que ya había entrado en la cincuentena. A la una de la tarde,

cuando aún no había transcurrido una hora de su regreso, llegó, procedente de la Cancillería del Reich, un *Sturmführer* de las SS escoltado por un destacamento poco numeroso y le entregó una carta. En el voluminoso sobre podían verse el águila y la cruz gamada que acompañaban a la inscripción *Der Führer*, estampada en relieve con letras mayúsculas doradas. Hitler informaba a Weidling de que en ningún momento debía pensarse en capitular. Sólo se permitiría una retirada si se llevaba a cabo con la intención de unirse a otras formaciones de combate. “En caso de que no puedan encontrarse, deberá proseguirse la lucha por medio de pequeños grupos que actúen en los bosques”, en los mismos bosques por los que él mismo había declarado no tener “ninguna intención de vagar”. Weidling estaba eufórico. Envió a uno de los vehículos de reconocimiento de la Nordland a recorrer las diversas posiciones para avisar a los comandantes de que debían prepararse. Iban a escapar hacia el oeste tras pasar por Charlottenburg aquella misma noche a las diez.

Antes de comer, Hitler convocó a su ayudante personal, el *Sturmbannführer* Otto Günsche, y le dio instrucciones detalladas acerca de lo que había de hacer con su cadáver y el de su esposa. (Tras una pormenorizada investigación llevada a cabo durante los primeros días de mayo, el SMERSH llegó a la conclusión de que el chófer de Hitler, Erich Kempka, había recibido órdenes el 29 de abril, un día antes, de enviar bidones de gasolina desde el garaje de la Cancillería). Entonces, el Führer almorzó con su dietista, Constanze Manziali, y sus dos secretarias, Traudl Junge y Gerda Christian. Eva Hitler, que al parecer había perdido el apetito, no se unió a ellos. Pese a que el dirigente nazi daba la impresión de estar tranquilo, apenas se entabló conversación alguna.

Tras la comida, se reunió con su esposa en el dormitorio de ella. Poco después aparecieron ambos en el pasillo de la antecámara, donde Günsche había reunido a su círculo más íntimo. Goebbels, Bormann, los generales Krebs y Burgdorf y las dos secretarias se despidieron por última vez. Magda Goebbels, que se hallaba angustiada a todas luces, permaneció en la habitación del búnker en la que se había alojado y que había pertenecido al doctor Morell. Hitler llevaba su atuendo habitual: “pantalones negros y chaqueta militar de color gris verdoso”, así como la camisa blanca y la corbata que lo distinguían de otros dirigentes nazis. Eva Hitler iba ataviada con un vestido oscuro con “flores de color rosa en la parte delantera”. El Führer dio la mano a sus más allegados con gesto distante antes de dejarlos 11.

En ese momento se despejó el búnker inferior; sin embargo, en lugar de un silencio sepulcral, lo que se apoderó del lugar fue la algarabía procedente del comedor de la Cancillería del Reich. Rochus Misch, telefonista de las SS, recibió órdenes de llamar para poner fin a tamaña frivolidad; pero nadie contestó. Entonces se envió a la parte de arriba a otro guardia para que detuviese aquella francachela. Günsche permaneció en el pasillo, junto con otros dos oficiales de las SS, a fin de encargarse de que el Führer pudiera conservar su privacidad durante sus últimos momentos. Sin embargo, tampoco en esta ocasión pudo lograrse, debido a las súplicas de Magda Goebbels, que deseaba verlo. Al final pasó por delante de Günsche al abrirse la puerta, pero el dirigente nazi la hizo salir. Ella regresó a su habitación entre sollozos 12.

Al parecer, nadie oyó el tiro que se descerrajó Hitler en la cabeza. Poco después de las tres y cuarto de la tarde entró en la sala de estar del Führer su ayuda de cámara, Heinz Linge, seguido de Günsche, Goebbels, Bormann y el recién llegado Axmann. Los que quedaron en el exterior se asomaban para ver por encima de los hombros de éstos antes de que se cerrase la puerta en sus narices. Günsche y Linge retiraron el cadáver de Hitler envuelto en una manta de la Wehrmacht, lo sacaron al pasillo y lo subieron por las escaleras hasta el jardín de la Cancillería del Reich. En determinado momento, Linge logró hacerse con el reloj de su amo; pero no le sirvió de mucho, ya que hubo de deshacerse de él antes de que lo apresasen las tropas soviéticas. Acto seguido se subió el cuerpo de Eva Hitler —cuyos labios, al parecer, quedaron fruncidos por acción del veneno—, para dejarlo al lado del de Hitler, a poca distancia de la salida del búnker. Entonces empaparon ambos cadáveres con la gasolina de los bidones. Goebbels, Bormann, Krebs y Burgdorf se acercaron para darles el último adiós. Levantaron el brazo para hacer el saludo hitleriano al tiempo que lanzaban sobre los dos cuerpos un papel o un trapo encendidos. Uno de los guardias de las SS

que había estado bebiendo con los que se divertían en el comedor, los observaba desde una puerta lateral. Bajó a la carrera los escalones que llevaban al búnker y comentó a Rochus Misch: “El jefe está ardiendo. ¿Vienes a echar un vistazo¿”13.

El destacamento del SMERSH adscrito al tercer ejército de choque había recibido el día anterior instrucciones de comenzar a abrirse camino hacia el distrito gubernamental. No tardaron en descubrir que su destino último no era otro que la Cancillería de Hitler. “La información de que disponían los del servicio de inteligencia era escasa, contradictoria y poco fiable”, escribió Yelena Rzhevskaya, intérprete del grupo. Se había asignado a una compañía de reconocimiento la tarea de apresar a Hitler con vida, aunque de hecho no sabían siquiera con seguridad si estaba en Berlín. El grupo del SMERSH tomó a un prisionero para interrogarlo, pero éste no era más que un quinceañero de las Juventudes Hitlerianas “con ojos inyectados de sangre y labios agrietados”. Les había estado disparando, según señaló Rzhevskaya, “y en esos momentos se hallaba sentado ante ellos, mirando a su alrededor sin entender nada. Sólo era un niño”14. A la caída de la tarde de ese día del 29 de abril tuvieron más suerte. Capturaron a una enfermera que intentaba cruzar las líneas enemigas a fin de reunirse con su madre, para lo que se había quitado la cofia de su uniforme. Un día antes había estado con los heridos refugiados en el búnker de la Cancillería del Reich, donde oyó que Hitler se hallaba “en el sótano”.

Rzhevskaya describe el modo en que atravesaron, montados en un todoterreno estadounidense, las barricadas abiertas a bombazos y las zanjas para los tanques. Estas se hallaban sembradas de escombros y barriles de combustible vacíos que habían dejado caer los carros de combate al avanzar. “El aire se tornó más denso a medida que nos acercábamos al centro. Todo el que estuvo en Berlín durante aquellos días recordará aquel olor acre del ambiente cargado de humo, oscuro de hollín y polvo de ladrillo, y la sensación constante de tener los dientes llenos de tierra”.

Pronto hubieron de abandonar su vehículo debido al bombardeo y a que las calles estaban bloqueadas con escombros. El plano que tenían de la ciudad no les fue de gran ayuda: las señales de las calles estaban destrozadas por la artillería, de manera que debían preguntar el camino a los alemanes. Durante el trayecto se encontraron con encargados de transmisiones que atravesaban a gatas los agujeros abiertos en los muros desenrollando cables de línea terrestre, amén de con una carreta de heno cargada de alimento y con soldados heridos a los que trasladaban a la retaguardia. Por encima de ellos podían ver colgadas de las ventanas sábanas y fundas de almohada a modo de señal de rendición. Durante los bombardeos más peligrosos, se abrían camino bajo tierra, pasando de un sótano a otro. “¿Cuándo va a acabar esta pesadilla¿”, le preguntó una alemana. En la calle, pasó al lado de “una señora mayor que llevaba la cabeza descubierta y un llamativo brazal blanco, y que ayudaba a cruzar la carretera a un niño y una niña. Ambos iban bien peinados y mostraban sendos brazales blancos. Al cruzarse con nosotros, gritó sin preocuparse por si la entendíamos o no: “Son huérfanos. Nuestra casa está destrozada por las bombas, así que me los llevo a un lugar seguro. Son huérfanos"“15.

Los seis críos de Goebbels no corrían el riesgo de quedar huérfanos, dado que sus padres tenían la intención de llevárselos con ellos o, por ser más exactos, enviarlos por delante.

Parecían divertidos con la novedad que suponía la vida en el búnker. El varón, Helmuth, solía comentar cada una de las explosiones que hacían temblar el edificio, como si se tratara de un gran juego. El “tío Adolf” los había mimado con emparedados y pasteles, servidos en una mesita de té cubierta con un paño almidonado y marcado con un monograma. Incluso tenían permiso para usar su baño privado, que era el único del búnker. Con todo, sus padres ya habían decidido por ellos cuál sería su futuro. La noche del 27 de abril, Magda Goebbels había abordado al médico recién llegado de las SS, Helmuth Kunz, en el pasillo del búnker. “Dijo que necesitaba hablar conmigo de algo importantísimo —refirió él a sus interrogadores soviéticos poco después—. Enseguida añadió que

la situación era tal que lo más probable es que ella y yo hubiésemos de matar a sus hijos. Yo me mostré de acuerdo”16.

Los críos no sabían nada de lo que había pasado aquella tarde del 30 de abril, pero debieron de haber imaginado por el intenso nerviosismo de su madre que se trataba de algo terrible. En medio de tan ominosos sucesos, nadie había recordado siquiera darles de comer hasta que Traudl Junge cayó de súbito en la cuenta.

En tanto que seguían ardiendo los cadáveres depositados en los destrozados jardines de la Cancillería, la mayoría de los que se hallaban en el búnker comenzaron a relajarse, y no fueron pocos los que se pusieron a beber de un modo desmesurado. Bormann, sin embargo, tenía la mente ocupada en la sucesión y el próximo gobierno nacionalsocialista. Envió un mensaje al almirante Dönitz, que se encontraba en su cuartel general de Plön, en la costa báltica cercana a Kiel, con el fin de informarlo sin más de que había sido nombrado sucesor del Führer en lugar del *Reichsmarschall* Goering. “Los documentos escritos se hallan de camino. Deberá usted adoptar de un modo inmediato todas las medidas que requiera la situación”. Evitó mencionar la muerte del dictador, tal vez porque él mismo no tenía ningún poder sin Hitler. Pero aún había algo peor: Himmler se encontraba en Plön con Dönitz, quien no lo había detenido por traición. Si Bormann quería tener alguna oportunidad de participar en el nuevo gobierno nazi y tratar con Himmler, necesitaba salir de Berlín, donde Goebbels, Krebs y Burgdorf estaban resueltos a permanecer y quitarse la vida.

Entre los que estaban decididos a no morir se hallaban los restos del 9º ejército de Busse, que trataban de escapar a través de los bosques situados al sur de la capital del Reich. Había unos veinticinco mil soldados y varios millares de civiles que habían logrado abrir una brecha o escabullirse por entre las líneas de contención del mariscal Konev. Como animales acosados, se obligaban a seguir avanzando a despecho del cansancio.

Algunos grupos habían logrado llegar al punto de encuentro de Kummersdorf, mientras que otros aún intentaban alcanzarlo. El día de antes, la artillería soviética frustró con un repentino bombardeo un nuevo intento llevado a cabo por una punta de lanza, constituida de varios tanques, tras la que se hallaban formados los miembros de la población civil, listos para embestir la barrera que se extendía ante ellos. El 530º regimiento soviético de artillería antitanque, al que se había asignado la tarea de retener un cruce de carreteras cercano a Kummersdorf sin respaldo de la infantería, quedó abrumado ante la avalancha de soldados alemanes que intentaban atravesar sus líneas. “La dotación de los cañones se veía obligada a menudo a tomar sus metralletas y las granadas de mano a fin de rechazar a la infantería atacante”, señalaba un informe, que a continuación afirmaba, de un modo un tanto exagerado, que el enemigo “ha dejado unos mil ochocientos muertos frente a sus posiciones de fuego, así como nueve tanques y siete camiones semioruga calcinados”17.

Un cabo de la división Kurmark observó cómo abandonaban tres de los últimos carros de combate Tiger II para hacerlos volar por los aires porque se habían quedado sin combustible. Incluso los oficiales del cuartel general del 9º ejército iban a pie a esas alturas, pues se habían visto obligados a dejar atrás sus vehículos Kübelwagen. Tenían un aspecto extraño y muy llamativo con los pantalones de gruesas franjas rojas propios del estado mayor general y con los cascos de acero y los fusiles de un soldado. Según el citado cabo, miraban a su alrededor con aire nervioso, poco acostumbrados a la perspectiva de una lucha casi cuerpo a cuerpo en el bosque. Con todo, el verdadero peligro seguía procediendo de los ataques aéreos y los cañones soviéticos, que no abandonaban la costumbre de dirigir sus proyectiles a las copas de los árboles. “Llegamos a un claro en el que había quedado un tanque, casi repleto ya de heridos. Nos dimos la vuelta para alejarnos, ya que el ver a soldados luchar por un sitio constituía una escena espantosa, triste y llena de sufrimiento”18. Los vencedores se movían a duras penas sobre la parte más alta del carro y apartaban a la fuerza a los que se hallaban gravemente heridos, de los cuales no eran pocos los que tenían aún sin vendar los muñones de los miembros que les habían sido arrancados por la acción de un proyectil.

Otro signo de desmoronamiento lo constituía el modo en que estallaba la desconfianza de los que habían llegado al límite de su cansancio. Aquella noche surgió una riña relativa a la dirección que debían tomar. Uno de los hombres agarró a otro que le había llevado la contraria y lo empujó contra un árbol, gritándole a la cara: “¡Maldito traidor! Quieres que caigamos directamente en manos de los rusos. ¡Eres de la calaña de los de Alemania Libre!”. Y antes de que los demás pudiesen detenerlo, sacó su pistola y disparó en la cabeza al hombre al que acababa de acusar.

En el centro de Berlín, la intensa claustrofobia en que se hallaba sumida la existencia de los que estaban atrapados en refugios y sótanos para protegerse contra las bombas no hacía sino ir en aumento. El total derrumbamiento de cualquier posibilidad de vida estructurada llevó a muchos a tratar de calmarse mediante la creación de algún tipo de ejercicio repetitivo. En una bodega cerrada del distrito gubernamental, la mujer de un sastre extendía una servilleta sobre su regazo a intervalos de tiempo regulares, tras lo cual cortaba trocitos de pan y los cubría con un poco de mermelada. Entonces los distribuía entre su marido, su hija y su hijo incapacitado.

Muchos se hallaban al borde de un colapso nervioso. Una joven, madre de un niñito escuálido, no podía dejar de hablar de su marido, bombero, al que habían enviado al frente. Llevaba dos años sin verlo, y el modo en que había logrado enfrentarse a la ansiedad consistía en hacer una lista de arreglos que debía hacer él en el apartamento cuando regresase: reponer el pomo de una puerta, el pestillo de una ventana, etc. Con todo, su casa había acabado quemada a causa del bombardeo. “El niño se deshacía en muecas de dolor —observó la intérprete Rzhevskaya mientras esperaba a que se capturase la Cancillería del Reich—. Saltaba a la vista que le resultaba difícil soportar la historia de su madre por enésima vez”19.

No había quien pudiese sustraerse al miedo a las represalias injustificadas en medio del caos de la lucha. Cuando tenían la oportunidad de escabullirse escaleras arriba en dirección a su apartamento, las mujeres arrancaban y quemaban las fotografías de Hitler o cualquier otra cosa que pudiese hacer pensar en una actitud de respaldo al régimen. Incluso se sentían obligadas a destruir los retratos más recientes que guardaban de sus esposos, hermanos o prometidos, ya que aparecían en uniforme de la Wehrmacht.

En Berlín, pocos tenían idea de lo que estaba sucediendo a su alrededor, por no hablar de lo que acontecía en el mundo exterior. El campo de concentración para mujeres de Ravensbrück, al norte de la ciudad, quedó liberado aquel día por el 2º frente bielorruso de Rokossovsky. Los Aliados occidentales también descubrieron que el precipitado avance de éste a través de Mecklemburgo había dado al Kremlin la idea de tomar Dinamarca. Los británicos reaccionaron de inmediato y avanzaron hacia Hamburgo y el litoral báltico de Kiel para evitarlo.

También el 30 de abril, el presidente Truman informó al general Marshall de que Gran Bretaña había pedido que el tercer ejército de Patton se apresurase a liberar Praga antes de la llegada del Ejército Rojo. “Personalmente —dijo Marshall a Eisenhower—, y al margen de toda implicación logística, táctica o estratégica, me cuesta arriesgar vidas estadounidenses por razones meramente políticas”20.

Los dirigentes norteamericanos seguían sin entender el hecho de que el ejército alemán se mostrase desesperado por rendirse ante ellos al mismo tiempo que resistían con todas sus fuerzas al Ejército Rojo. Franz von Papen, que había permitido que Hitler se hiciera con el poder en 1933, reveló a sus interrogadores estadounidenses durante la tercera semana de abril que los alemanes tenían miedo de que la Unión Soviética convirtiese en esclavos a todos los varones de su ejército. Albergaban la sospecha de que “se hubiese firmado en Yalta un acuerdo secreto por el que se había prometido a los rusos una cantidad de mano de obra suficiente para lo que ellos consideraban que eran sus necesidades”21.

El *Sturmführer* de las SS que había llevado aquella mañana el mensaje de Hitler regresó a las seis de la tarde al puesto de mando del general Weidling bajo el Bendlerblock. El y su estado mayor se hallaban poniendo el punto final al plan de retirada que había autorizado el Führer cuando les anunciaron que debían dejar a un lado toda idea de fuga. Weidling debía presentarse de inmediato en la Cancillería del Reich.

Cuando el general llegó al búnker del Führer, fue recibido por Goebbels, Bormann y Krebs, que lo condujeron a la habitación de Hitler, en la que se había suicidado la pareja, y le hicieron saber que sus cuerpos habían sido incinerados y enterrados en el cráter que había dejado un proyectil en el jardín. Weidling hubo de jurar que no revelaría a nadie la noticia. La única persona del mundo exterior que debía saberlo era Stalin. Aquella misma noche se intentaría llegar a un armisticio, y el general Krebs informaría al comandante en jefe soviético para que éste pudiese comunicarlo al Kremlin 22.

Aturdido, Weidling telefoneó al cuartel general del Bendlerblock para hablar con el coronel Refior poco después. Le dijo que no podía revelarle lo que había sucedido, aunque necesitaba que se unieran a él enseguida varios miembros de su estado mayor, incluido el coronel Von Dufving, jefe de éste.

Los cañones pesados seguían atacando con gran estruendo el Reichstag, situado a menos de un kilómetro al norte de la Cancillería del Reich. El capitán Neustroev, comandante de uno de los batallones de asalto, se encontró acosado por un buen número de sargentos que querían que sus pelotones tuviesen el honor de ser los primeros en alcanzar el objetivo. Cada uno de ellos soñaba con izar sobre él la bandera roja del tercer ejército de choque. La hazaña estaba ligada a la gloria eterna soviética. Los destacamentos abanderados estaban constituidos por entero por miembros del Komsomol, y el que había seleccionado el departamento político para el batallón de Neustroev incluía a un georgiano, elegido a modo de “obsequio especial para Stalin”23. Algunas nacionalidades (como la chechena, la calmuca y la de los tártaros de Crimea) se hallaban excluidas sin excepción, ya que estaba prohibido nombrar héroe de la Unión Soviética a los miembros de ningún grupo étnico condenado al exilio.

Su comandante de división, el general Shatilov, que había alentado en un arranque extemporáneo de optimismo al cuartel general del frente a pensar que el Reichstag ya se hallaba en manos del Ejército Rojo (noticia que había llegado incluso a Moscú), ordenó entonces a sus comandantes que izasen la bandera roja sobre el edificio a cualquier precio. Oscureció temprano a causa del denso humo, y alrededor de las seis de la tarde cerraron contra el edificio los tres regimientos de la 150ª división de fusileros, respaldados de cerca por los carros de combate.

Los fusileros, al descubrir que las ventanas y las puertas se hallaban bloqueadas o tapiadas, comprendieron que necesitaban cañones pesados para abrirse camino a través de los muros a fuerza de explosiones. Por fin lograron llegar a la sala principal, donde se encontraron con defensores alemanes que les disparaban con bazucas o les lanzaban granadas desde las galerías de piedra que se abrían en la parte superior. Uno de los atacantes, el teniente Belyaev, recuerda de forma vívida la sangre que salpicaba las colosales columnas de piedra 24.

El número de víctimas fue terrible, pero los soldados del Ejército Rojo comenzaron entonces a abrirse paso por las amplias escaleras, haciendo uso de su habitual combinación de granadas y metralletas, que disparaban desde las balaustradas. Parte de la guarnición alemana —una mezcla de marinos y miembros de las SS y las Juventudes Hitlerianas— se replegó en dirección al sótano; el resto llevó a cabo una retirada hacia la planta alta y a lo largo de los corredores. En muchas habitaciones se declararon diversos fuegos por la acción de los bazucas y las granadas de mano, que no tardaron en sumir las grandes salas en una nube de humo.

La batalla semejaba un mortífero partido de rugby: mientras que la melé espontánea luchaba en medio del caos, se escaparon dos hombres del destacamento abanderado y echaron a correr hacia el tejado con la enseña roja. Lograron llegar a la segunda planta antes de que los detuviera el fuego de las ametralladoras. El regimiento aseguraba que la segunda tentativa se completó por fin a las once menos diez de la noche, hora a la que ondeó la bandera roja sobre la cúpula del Reichstag. Esta

versión, empero, requiere que la tratemos con una actitud cauta en extremo, dado que la propaganda soviética estaba obsesionada con la idea de capturar el Reichstag para el día 1 de mayo.

Fuera cual fuese el momento exacto, lo cierto es que la "izada de la Bandera Roja de la Victoria" resultó ser un gesto superficial en este estadio de la batalla, ya que incluso los informes oficiales reconocen que la lucha prosiguió con gran ferocidad durante toda la noche. En tanto que las tropas soviéticas se abrían paso hacia la planta de arriba, los alemanes que salían de los sótanos las atacaban desde la retaguardia. En determinado momento, el teniente Klochkov vio a un grupo de soldados agachados en círculo como si estuviesen examinando algo en el suelo. De pronto saltaron todos a una hacia atrás, y pudo ver que se trataba de un agujero. El grupo acababa de lanzar cierto número de granadas a un mismo tiempo sobre las cabezas de los confiados alemanes que se hallaban en la planta de abajo 25.

Aquella noche, las llamas de los edificios bombardeados del centro de Berlín proyectaban sombras extrañas y teñían de rojo unas calles que de otro modo habrían estado sumidas en la oscuridad. El hollín y el polvo que flotaban en el aire lo tornaban casi irrespirable. De cuando en cuando podía oírse el estruendo de paredes que se derrumbaban. Al terrorífico resultado se sumaba la luz de los reflectores que se movían de un lado a otro de un cielo nocturno en el que ya no podía verse el rastro de la Luftwaffe.

Un grupo exhausto de soldados extranjeros de las Waffen SS buscó refugio en los sótanos del hotel Continental. El lugar se encontraba ya lleno de mujeres y niños que miraban con nerviosismo a aquellos hombres desgastados por la batalla. El director se les acercó y les preguntó si no podían dirigirse mejor al refugio antiaéreo de la Jakobstrasse. Los voluntarios de las SS no pudieron menos de sentir un amargo resentimiento ante el trato tan frío que se les profesaba, cuando eran ellos los que estaban arriesgando sus vidas. Entonces dieron media vuelta y abandonaron aquel lugar. Los soldados que participaban en la batalla se veían a menudo tratados como parias. De valientes defensores habían pasado a ser un peligro para la población. En los hospitales, incluido un lazareto militar, las enfermeras no dudaban en confiscarles de inmediato las armas a fin de no dar a los rusos ninguna excusa para ejecutar a los heridos cuando llegasen.

El antiguo comandante de la Nordland, el general de brigada Ziegler, que había estado con Mohnke en la Cancillería del Reich, se presentó de improviso en el Ministerio del Aire, situado en la Wilhelmstrasse. No necesitaba que le dijeran cuán desesperada era la situación. Sin embargo, ante el asombro de todos, llegó un pelotón de poco más de veinte miembros de las Waffen SS mandado por un oficial belga. Se reían, según escribió otro soldado que se hallaba presente, "como si acabásemos de ganar la guerra"26. El grupo provenía de una cacería de carros de combate llevada a cabo en los alrededores de la estación de Anhalter, que, según aseguraban sus miembros, se hallaba convertida en esos momentos en "un cementerio de tanques". Entre los voluntarios extranjeros que defendían el último bastión del nacionalismo alemán se había desarrollado la extraordinaria camaradería propia de los condenados. Una sección de la Nordland adscrita al Ministerio del Aire contaba entre sus hombres no sólo con escandinavos, sino también con letones y con los que ellos conocían por "nuestros dos Iwan", que sin duda no eran sino *Hiwi* absorbidos por las filas envueltas en la batalla.

El coronel Refior recibió en el Bendlerblock una llamada de la Cancillería del Reich. Se le ordenó que empezase a enviar mensajes al alto mando del Ejército Rojo en Berlín para informarle de que el general Krebs quería que se estableciese un lugar y una hora para llevar a cabo las negociaciones pertinentes.

El proceso por el que se acordó un alto el fuego en el sector del 8º ejército de guardias se alargó desde las diez de la noche hasta las primeras horas de la mañana siguiente, con lo que entraron en el 1 de mayo. El general Chuikov dio órdenes de proporcionar un salvoconducto a Krebs para que pudiese entrar en su cuartel general, una casa situada casi en las afueras de la capital, en

Schulenburgring, al lado oeste del aeródromo de Tempelhof. Chuikov había estado de celebración con el escritor Vsevolod Vishnevsky, el poeta Dolmatovsky y el compositor Blanter, que habían llegado a Berlín con la misión de componer un himno triunfal.

El general Krebs llegó acompañado del coronel Von Dufving y el teniente Neilandis, letón que hacía de intérprete del segundo, a la primera línea de frente alrededor de las diez de la noche. El propio Krebs, al tiempo que se erigía en apóstol de la resistencia total, había estado mejorando su ruso día tras día en la intimidad del espejo que empleaba para afeitarse.

Los plenipotenciarios alemanes fueron conducidos al cuartel general de Chuikov poco antes de las cuatro de la madrugada. Blanter, único miembro de los juerguistas que no estaba de uniforme, se vio empujado al interior de un armario. Vishnevsky y Dolmatovsky, que vestían el uniforme de corresponsales de guerra, fingían ser oficiales del estado mayor. “Lo que estoy a punto de revelarles —comenzó a decir Krebs— constituye un gran secreto. Son ustedes los primeros extranjeros en saber que Adolf Hitler se suicidó el 30 de abril”. “Lo sabemos”, mintió Chuikov a fin de desconcertar a sus oponentes.

Entonces Krebs leyó el testamento político del Führer, así como una declaración por la que Goebbels pedía “una salida satisfactoria para las naciones que han sufrido en mayor grado a causa de la guerra”27. Vishnevsky, sentado a la derecha de Chuikov, transcribió toda la conversación en su cuaderno.

Acto seguido, Chuikov telefoneó al cuartel general del mariscal Zhukov, en Strausberg, y lo puso al corriente de las noticias. Este último envió sin dudarlo a su segundo, el general Sokolovsky, al cuartel general de Chuikov. No quería que éste, su crítico más despiadado, pudiese atribuirse el mérito de la rendición alemana. Hecho esto, llamó a Stalin, que se hallaba en su *dacha*. Contestó el general Vlasik, jefe de su guardia de seguridad.

—El camarada Stalin acaba de irse a dormir —le hizo saber.

—Despiértalo, por favor. Se trata de una cuestión urgente que no puede esperar a mañana.

Cuando Stalin se puso al teléfono unos minutos más tarde, Zhukov le comunicó la noticia del suicidio de Hitler.

—Ya ha caído —respondió el dirigente soviético—. La lástima es que no lo hayamos podido apresar con vida. ¿Dónde está su cadáver?

—Según el general Krebs, han quemado el cuerpo.

—Di a Sokolovsky que se niegue a hacer negociación alguna que no pase por la capitulación incondicional, ya sea con Krebs o con cualquiera de la cuadrilla de Hitler. Y no vuelvas a llamar hasta mañana por la mañana si no es por algo urgente: quiero descansar antes del desfile 28.

Zhukov había olvidado por completo que esa misma mañana tendría lugar la parada del Primero de Mayo en la plaza Roja. Beria había levantado incluso el toque de queda que pesaba sobre Moscú para la ocasión. Zhukov pensó en la guarnición de la capital, que marcharía con el fin de tomar posición para el desfile, en los dirigentes soviéticos que se reunirían en el mausoleo de Lenin y en la propia exhibición.

Cada vez que Chuikov, que ignoraba por completo lo que había sucedido en verdad en el bando alemán, mencionaba la rendición, Krebs se comportaba más como un diplomático que como un soldado. Trató de defender la idea de que, en primer lugar, la Unión Soviética debía reconocer el gobierno de Dönitz. Sólo entonces accedería Alemania a capitular ante el Ejército Rojo, de tal manera que impidiese al “traidor” Himmler alcanzar un acuerdo por separado con estadounidenses y británicos. Sin embargo, Chuikov, que tenía mucho de la astucia propia de un campesino, reconoció enseguida la intención de esta estrategia.

El general Sokolovsky, que se había unido al grupo que negociaba con Krebs, acabó por telefonear a Zhukov.

—Se están comportando de un modo muy astuto —observó—. Krebs afirma no estar autorizado para tomar una decisión relativa a la rendición incondicional. Según dice, eso sólo puede hacerlo el nuevo gobierno encabezado por Dönitz. El general está intentando pactar una tregua con nosotros, y creo que haríamos bien en mandarlos a freír espárragos en caso de que no se rindan de inmediato y sin condiciones.

—Tienes razón, Vasily Danilovich —contestó Zhukov—. Dile que si Goebbels y Bormann no se avienen a la rendición incondicional, bombardearemos Berlín hasta que no queden más que las ruinas.

Tras consultarlo con la *Stavka*, estableció como hora límite las diez y cuarto de aquella mañana del 1 de mayo.

No se recibió respuesta alguna, y veinticinco minutos después de expirar el plazo, el primer frente bielorruso desató "una tormenta de fuego" sobre lo que quedaba del centro de la ciudad.

25 La Cancillería y el Reichstag.

El amanecer del Primero de Mayo en el centro de Berlín sorprendió a las derrengadas tropas soviéticas dormidas en las aceras y apoyadas en los muros de los edificios. Rzhevskaya, la intérprete que esperaba a que se tomara la Cancillería del Reich, vio a un soldado durmiendo en posición fetal que se había servido de un trozo de puerta rota a modo de almohada. Los que se habían despertado se afanaban en apretarse las bandas. Ignoraban que el Führer se hubiera suicidado durante la tarde del día anterior. Algunos seguían gritando: *Gitler durak!* (“Hitler es un tarugo”) a los soldados alemanes.

En el bando alemán se mantuvo en el más estricto secreto la muerte del dirigente nazi durante toda la noche, y a la mañana siguiente se comunicó a unos cuantos jefes. El general de brigada Mohnke, de las SS, no supo renunciar al estilo engolado de la retórica nazi a la hora de hacer partícipe a Krukenberg. “Un brillante cometa se ha extinguido”, le dijo 1.

Los oficiales esperaban saber algo de las negociaciones, pero la lluvia de proyectiles que se reanudó de súbito a media mañana hablaba por sí sola: el general había fracasado en sus empeños por conseguir un alto el fuego. Los comandantes soviéticos lo instaron a aceptar la rendición incondicional, idea que Goebbels había rechazado de plano. El bombardeo masivo de los lanzacohetes *Katyusha* y el resto de la artillería del tercer ejército de choque, el 8º ejército de guardias y el 5º ejército de choque volvía a castigar las edificaciones semiderruidas.

Mohnke también confió aquella mañana a Krukenberg sus temores de que las tropas soviéticas entrasen en los túneles del metro para salir a la superficie por detrás de la Cancillería del Reich. “Como acción prioritaria —escribió el segundo— envié a un grupo de zapadores de la Nordland al Potsdamerplatz a través del U-Bahn”2. Bien que no ofrece más detalles ni tampoco habla de una hora exacta, lo más probable es que fuese ésta la orden que desembocó en uno de los incidentes más conflictivos de toda la batalla: la voladura del túnel del metro bajo el canal de Landwehr, cerca de la Tebbinerstrasse.

El método de demolición empleado por los ingenieros de las SS se basó casi con toda certeza en una “carga hueca”, lo que quiere decir que sujetaron sus explosivos al techo en un amplio círculo a fin de hacerlo saltar 3. Esta era la única manera de atravesar una placa tan profunda de hormigón armado con cargas relativamente escasas. Las estimaciones relativas al tiempo —e incluso a la fecha— de la explosión varían mucho, aunque lo más seguro es que este hecho se deba al pillaje de los relojes por parte de los soldados soviéticos y a la existencia confusa, sumida en la noche de modo permanente, que llevaban aquellos que se refugiaban en búnkeres y túneles. Los relatos más fiables hacen pensar que la explosión se produjo durante la madrugada del 2 de mayo. Esto sugiere el empleo de una carga tan retardada que resulta sorprendente, o bien que el destacamento de zapadores de la *Nordland* tuvo grandes dificultades a la hora de llevar a cabo su misión.

En cualquier caso, la descarga provocó la inundación de veinticinco kilómetros de túneles del S-Bahn y del U-Bahn cuando el agua penetró en un pozo que los conectaba. Los cálculos relativos al número de víctimas van “desde los cincuenta hasta los quince mil”4. No faltan los berlineses convencidos de que las nuevas autoridades soviéticas las trasladaron a un pequeño embarcadero del canal cercano a la estación de Anhalter para enterrarlos bajo los escombros. Las estimaciones más

comedidas, que hablan de un centenar aproximado de víctimas, se basan en el hecho de que, a pesar de que los túneles albergaban a miles de civiles, así como a “trenes hospital” —o vagones del metro atestados de heridos—, el nivel del agua tardó en elevarse, por cuanto ésta se extendió por muchas direcciones diferentes. Las mujeres y los niños que se abrían paso a la carrera a través de los túneles a medida que se iban anegando estaban, como cabe esperar, aterrorizados. Hay quien afirma haber visto sumergirse en el agua a los soldados heridos y muertos de cansancio, así como a otros que habían tratado de buscar consuelo en el alcohol. Esto pudo haber sido cierto en algunos casos, aunque resulta difícil creer en los cálculos demasiado elevados, dado que en la mayoría de los lugares el agua no llegó al metro y medio de altura y que hubo tiempo suficiente para evacuar los llamados “trenes hospital” cercanos a la estación de Stadtmitte. También es más que probable que muchos de los cuerpos recuperados pertenecieran a soldados y civiles que ya habían muerto a consecuencia de sus heridas en los hospitales de campaña subterráneos y se hallaban depositados en túneles contiguos. El caudal de la crecida debió de arrastrar sus cadáveres, y tras la tragedia es poco probable que nadie dispusiera del tiempo necesario para averiguar la verdadera causa de su muerte. Algunos de los fallecidos eran casi sin lugar a dudas miembros de las SS, y debieron de acabar entre el medio centenar que enterraron en el cementerio judío de la Gross Hamburgerstrasse.

La batalla que se libraba en el interior del Reichstag no había menguado su carácter salvaje, lo que convirtió en poco más que una farsa la izada de la bandera roja triunfal antes de la medianoche del Primero de Mayo. Un soldado soviético que trataba de devolver una granada alemana erró el blanco; el proyectil rebotó en el dintel de la puerta y le amputó los pies al estallar a su lado 5. Los soldados de ambos bandos seguían luchando, derrengados y sedientos, con la garganta y las fosas nasales en carne viva a causa del humo y el polvo. Un oficial soviético no pudo menos de recordar el incendio que había sufrido el edificio en 1933 y del que se había servido Hitler para aplastar al Partido Comunista.

El fuego no disminuyó hasta bien entrada la tarde. Los alemanes apostados en el sótano gritaban que querían negociar con un jefe soviético, por lo que el joven capitán Neustroev animó al teniente Berest a hacerse pasar por coronel. Le proporcionó una zamarra a fin de ocultar sus hombreras y lo envió a parlamentar. Poco después comenzaron a salir alemanes de la bodega, sucios, sin afeitar y con los uniformes andrajosos. Con aire nervioso, recorrían el lugar con la vista al tiempo que “sonreían como perros obedientes”6. Los soldados y oficiales que depusieron sus armas ascendían aproximadamente a trescientos. Unos doscientos habían perdido la vida, mientras que en el hospital de campaña improvisado en el sótano yacían quinientos heridos, bien que muchos de ellos ya lo estaban antes del asalto al Reichstag.

La gigantesca torre antiaérea del Zoo, que se erigía en el lado suroeste del Tiergarten, constituía una fortaleza aún más impresionante que había que reducir. Pese a que era lo bastante poderosa para soportar impactos directos de los obuses de 203 milímetros, las condiciones del interior, en el que se hacinaban varios miles de ciudadanos aterrorizados, eran indescriptibles. Además, albergaba a más de un millar de heridos y enfermos en el hospital de campaña bien equipado de que disponía el búnker.

El primer ejército blindado de guardias de Katukov y el 8º ejército de guardias de Chuikov habían embestido contra el Tiergarten desde el sur, a través del canal de Landwehr. Con todo, se dejó la tarea de tomar la torre a dos regimientos de la 79ª división de guardias fusileros. Asaltarla resultaba imposible, así que, el 30 de abril enviaron a una serie de prisioneros alemanes con un ultimátum escrito a lápiz y dirigido al comandante: “Os proponemos que entreguéis la fortaleza y pongáis fin a la lucha. En tal caso, os garantizamos que no será ejecutado ningún soldado, ni siquiera los pertenecientes a las SS o las SA”7.

El 1 de mayo regresó al fin uno de los prisioneros con una respuesta: “Recibimos su nota a las once de la noche. Capitularemos [hoy] a medianoche. Haller, comandante de guarnición”. En

realidad, Haller no poseía dicho cargo, y la única razón de un retraso tan dilatado era la necesidad de ganar tiempo para preparar la fuga que pretendían emprender a la caída de la tarde.

Otra fortaleza sitiada aquel día por el Ejército Rojo fue la ciudadela de Spandau, situada en el extremo noroeste de Berlín. Desde el punto de vista arquitectónico, se trataba de un lugar muchísimo más distinguido que el horrible bloque de hormigón del Zoo. Había sido erigido en ladrillo el año 1630, sobre una isla situada en la confluencia del Havel y el Spree. Durante la guerra sirvió para alojar los laboratorios de defensa militar contra los ataques con gases, aunque todo apunta a que esto no era más que una tapadera.

El 30 de abril, el 47º ejército soviético se enfrentó por fin a este formidable obstáculo cuyos cañones podían cubrir los dos puentes más cercanos tendidos sobre el río Havel. Con la esperanza de evitar un asalto en toda su magnitud, el general Perjorovich, que se hallaba al frente del ejército, envió al 7º departamento, al mando del comandante Grishin, para ablandar al enemigo por medio de la propaganda. Una serie de camiones dotados de altavoces recorría los alrededores cada vez que sonaba la hora, y los alemanes respondían con descargas de artillería.

Al día siguiente, 1 de mayo, Perjorovich ordenó a Grishin que enviase propuestas de rendición al comandante de la guarnición. Grishin reunió a sus oficiales y les dijo: “Puesto que la misión es peligrosa, no puedo obligar a nadie a que la cumpla. Necesito un voluntario dispuesto a acompañarme”8. Entonces se ofrecieron los siete, aunque el comandante dijo a Konrad Wolf, futuro cineasta de la Alemania Oriental y hermano de Markus Wolf, que él no podría ir: en la fortaleza había oficiales de las SS, y si tenían la más mínima sospecha de que era un alemán con uniforme ruso, no dudarían en matarlo en el acto de un disparo. En su lugar se eligió a su mejor amigo, Vladimir Gall. El y Grishin salieron de detrás de los árboles ondeando una bandera blanca y se aproximaron lentamente a la barricada erigida alrededor de un tanque Tiger calcinado que se hallaba ante el puente de ladrillo del foso.

Al verlos acercarse, los alemanes echaron una escala desde la balaustrada de piedra que había a una docena de metros por encima de la entrada principal. Los dos emisarios subieron por la escalera de cuerda, que oscilaba de un modo alarmante, y una vez llegados al antepecho, se introdujeron recelosos en la habitación a oscuras que se abría tras éste. Allí pudieron distinguir a un grupo de oficiales de la Wehrmacht y las SS. Saltaba a la vista que el comandante de la ciudadela era el coronel Jung, y su segundo, el teniente coronel Koch. El primero llevaba gafas con montura metálica, tenía un semblante de anciano surcado de arrugas, el cabello gris y corto, y el cuello del uniforme desabotonado. En conjunto, no daba la impresión de ser un soldado profesional. Sin embargo, ni Grishin ni Gall tenían idea alguna de cuál era su posición real.

Cuando se iniciaron las negociaciones, el encargado de dirigirlas casi por entero de la parte de los soviéticos fue Gall, filólogo judío, por cuanto Grishin apenas hablaba alemán. Koch los informó de que Hitler había dado órdenes de ajusticiar en el acto a todo oficial que intentase entregar una fortaleza. Por desgracia, el 47º ejército aún no estaba al corriente de la muerte del Führer. Gall no pasó por alto el estado de agotamiento nervioso en que se hallaban en especial los oficiales de las SS, algo que los hacía capaces de abatir a alguien a tiros sin preocuparse por las consecuencias. Les aseguró que Berlín se hallaba ocupada casi en su totalidad y que el Ejército Rojo se había reunido con los estadounidenses en Torgau, a orillas del Elba, y seguir resistiendo sólo comportaría la pérdida inútil de vidas humanas. Si se rendían, no habría ejecuciones y se proporcionaría alimento a todos los ocupantes de la fortaleza y asistencia médica a los heridos y los enfermos. Dejó bien claro que si se negaban a capitular y obligaban al Ejército Rojo a tomar la fortaleza al asalto, no podría mantener ninguna de estas garantías. “Todos somos soldados y sabemos que puede derramarse mucha sangre, y si mueren en la batalla muchos de nuestros soldados, nadie puede responsabilizarnos de las consecuencias. Sin embargo, si se niegan a presentar su rendición, recaerá sobre usted la responsabilidad de la muerte de todos los miembros de la población civil alojados en este edificio. Alemania ha perdido tanta sangre que no cabe duda de que cada una de las vidas que le quedan debe de ser importante para construir su futuro”.

Los oficiales de las SS lo miraron henchidos de odio. La tensión era tal que temió que "la chispa más diminuta" pudiese provocar una explosión. A instancias de Grishin, les avisó de que tenían hasta las tres de la tarde para decidirse. En medio de un silencio sepulcral, los dos oficiales soviéticos se dieron la vuelta para dirigirse hacia la luz que entraba por la ventana. Mientras bajaban por la escala, temblando a causa de la tensión, Gall no pudo evitar sentir miedo ante la posibilidad de que algún oficial de las SS cortase la cuerda.

Al llegar al suelo, y a pesar de los deseos que sentían de atravesar corriendo el campo abierto que separaba la fortaleza de la seguridad que suponían los árboles tras los que los esperaban sus camaradas, se obligaron a caminar con paso decidido. Una vez llegados a los árboles, el resto de oficiales corrió a abrazarlos, pero ellos hubieron de admitir que no les habían dado respuesta alguna: no podían hacer otra cosa que esperar. La presencia de los oficiales de las SS y la orden de abatir a todo el que quisiera claudicar tampoco resultaban alentadoras en absoluto.

En el cuartel general del 47º ejército, el general Perjorovich hizo la misma pregunta:

—¿Van a rendirse?

—No lo sabemos. Les hemos dado tiempo hasta las tres de la tarde, tal como se nos había ordenado. Si ceden, deberán enviar un representante a nuestras trincheras.

—Bien, camarada Gall. Por si acaso se rinden, asegúrate de que estáis preparados en esa trinchera.

La tensión volvió a manifestarse a medida que se aproximaban las tres de la tarde, y el nerviosismo hacía que se sucedieran los chistes acerca de la puntualidad alemana.

—¡Camarada capitán! —gritó de súbito un soldado—. ¡Mira! ¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Pudieron distinguir dos figuras en la balaustrada, listas para bajar la escala. La guarnición tenía intenciones de capitular. Gall se dijo que debía actuar como si estuviese acostumbrado a recibir la noticia de la rendición de una fortaleza como algo cotidiano.

Cuando aparecieron los dos emisarios alemanes —los tenientes Ebbinghaus y Brettschneider—, los oficiales y soldados rusos corrieron a darles una palmadita en la espalda a modo de felicitación. Los recién llegados comunicaron a Gall que se hallaban de acuerdo sobre las condiciones de la rendición, pero que primero debían quedar por escrito y firmadas. Los condujeron triunfantes al cuartel general del 47º ejército, donde podían verse por doquier botellas vacías de resultas de la celebración del Primero de Mayo. Uno de los jefes dormía aún en un colchón en el suelo. Cuando lo despertaron, reparó en los dos oficiales alemanes y mandó a los ordenanzas traer comida para ellos. Entonces apareció el comandante Grishin. Le hicieron saber que la guarnición insistía en tener primero por escrito los pormenores de la rendición. "!Una reacción muy alemana!", murmuró 9.

Cuando se escribieron y firmaron las condiciones de la rendición, los oficiales soviéticos sacaron una botella de coñac y llenaron vasos para hacer un brindis. Los rusos los vaciaron de un tirón, y al ver que el teniente Brettschneider, que había comido muy poco durante la última semana, bebía tan sólo dos dedos en un gesto prudente, dejaron escapar una sonora carcajada y rellenaron los vasos al tiempo que gritaban: Woina kaputt! ("La guerra se ha terminado").

La celebración se vio interrumpida por la llegada de un coronel perteneciente al estado mayor del cuartel general del primer frente bielorruso. Cuando lo pusieron al corriente de la situación, se dirigió al teniente Ebbinghaus, el mayor de los dos oficiales alemanes, y le preguntó cuánto tiempo pensaba que podría haber resistido la ciudadela en caso de que el Ejército Rojo la sometiese a un bombardeo decidido. "Al menos una semana", respondió él con aire frío. El coronel ruso le echó una mirada incrédula. "La guerra ha terminado", observó el comandante Grishin. "Su deber en cuanto oficial ha llegado a su fin". El teniente Ebbinghaus tomó por iniciativa propia un puro de la caja de Ritmeester que descansaba sobre la mesa.

Dos horas más tarde entraban en la fortaleza Grishin y Gall, aunque esta vez no lo hicieron por la balaustrada, sino por la puerta principal. Los soldados rusos se pusieron a apilar las armas de la guarnición que acababa de rendirse e indicar por señas a sus hombres que formasen en columnas en el exterior.

Mientras los dos oficiales observaban la escena se acercaron a ellos Jung y Koch. "Queríamos despedirnos de ustedes", observó el segundo con un perfecto acento ruso, y al ver sus expresiones

de sorpresa, añadió sonriente: “Sí, hablo un poco el ruso. Estuve viviendo en San Petersburgo siendo niño”.

Gall cayó en la cuenta, acometido de un repentino terror, de que durante las negociaciones, Koch debió de haber entendido cada palabra que pudiesen haber intercambiado; aunque recordó con gran alivio que Grishin no había dicho nada parecido a: “Tú, promételes todo lo que quieran, que luego ya veremos”.

Desde el patio, los dos soviéticos vieron salir del sótano y la fortaleza civiles pálidos y temblorosos. El general Perjorovich indicó a Gall que les comunicara que podían irse a casa. Poco después se acercó una joven ataviada con un turbante, tal como hacían muchas en un tiempo en que resultaba imposible lavarse el cabello. Llevaba a un bebé en brazos, y le mostró su agradecimiento por haber persuadido a los oficiales a rendirse, con lo que había evitado un baño de sangre. Dicho esto, rompió a llorar y se alejó.

Esta reconfortante versión de la rendición de Spandau, empero, se desmorona a la luz de las revelaciones posteriores. El coronel Jung y el teniente coronel Koch no eran otros que el profesor doctor Gerhard Jung y el doctor Edgar Koch, directores científicos del desarrollo de los gases nerviosos sarín y tabun. Lejos de centrarse tan sólo en la defensa frente a las armas químicas, tal como indicaba su nombre, el Heeresgasschutzlaboratorium tenía por principal labor la “investigación general acerca de los gases bélicos y su adecuación en cuanto agentes armamentísticos”10.

Un teniente coronel ruso perteneciente al 47º ejército reconoció de inmediato la importancia del hallazgo de Spandau, por lo que informó al general que se hallaba al cargo de una comisión de expertos soviéticos (llevaban en las hombreras una insignia consistente en una llave inglesa y una rueda dentada). Este estaba deseando entrevistar a los dos alemanes al día siguiente, pero el NKVD supo del descubrimiento y envió a algunos de sus oficiales aquella misma tarde del 1 de mayo para que prendiesen a Jung y a Koch, lo que hizo al general montar en cólera. El Ejército Rojo no logró encontrar hasta mediados de junio el lugar en que retenía el NKVD a los dos científicos para sacarlos de allí. Por fin los enviaron a Moscú en agosto por vía aérea.

Los doctores Stuhldreer y Schulte-Overberg, otros dos científicos de relieve, se hallaban bajo vigilancia en Spandau, donde habían recibido órdenes de “seguir trabajando”. El primero de ellos, especializado en ataques con gases nerviosos a carros de combate, se había servido para su investigación del antiguo campo de pruebas que tenía la artillería en Kummersdorf y que había sido el punto de encuentro del 9º ejército. Todos negaban tener conocimiento alguno del tabun o el sarín, y dado que se había destruido toda la producción en el mismo momento en que el Ejército Rojo amenazó con tomar Berlín, los expertos soviéticos no pudieron demostrar nada al no saber qué preguntas hacer.

Llegado el verano se trasladó a Stuhldreer y Schulte-Overberg a la Unión Soviética. Allí, los reunieron con Jung y Koch en un campo de concentración especial situado en Krasnogorsk. Guiado por el profesor Jung, el grupo se negó a colaborar con las autoridades soviéticas: insistían en declarar que eran prisioneros de guerra. Entonces se llevó a otros científicos alemanes que sí cooperaban con la Unión Soviética a fin de que los persuadiesen a cambiar de opinión, aunque el intento sirvió de poco. De cualquier manera, no recibieron ningún tipo de maltrato por su actitud, y fueron devueltos finalmente a Alemania con una de las últimas remesas de prisioneros de guerra de enero de 1954.

Al sur de Berlín, los restos del 9º ejército llevaron a cabo un último intento de atravesar la última barrera de Konev. El 12º ejército había logrado resistir en la zona de Beelitz lo bastante para mantener abierta una ruta por la que poder escapar en dirección al Elba, y también abrieron otra para casi veinte mil hombres del llamado grupo de ejércitos del Spree, comandado por el general Reymann en el área de Potsdam. Sin embargo, la presión era cada vez mayor. Beelitz sufrió aquella mañana un potente bombardeo a manos de los tanques autopropulsados soviéticos que se habían

desviado de Potsdam. Los escuadrones de Shturmovik, asimismo, aumentaron sus incursiones en la zona.

Un regimiento soviético de fusileros había ocupado la aldea de Elsholz, a seis kilómetros al sur de Beelitz. Se trataba de un lugar de paso crucial para las exhaustas tropas alemanas. Por fortuna para éstas, la repentina aparición de los últimos cuatro carros Panther de la división Kurmark obligó a retirarse a los soldados del Ejército Rojo. En realidad, los tanques tenían el depósito de combustible casi vacío, y quedaron abandonados tras la incursión; de cualquier manera, habían logrado despejar el camino. Muchos de los rezagados se hallaban tan cansados y desnutridos que se desplomaron en Elsholz. Los aldeanos compartieron con ellos su comida y cuidaron de los heridos en la escuela, donde un médico de Berlín y una enfermera de la zona hacían cuanto estaba en sus manos. Sólo hubo una unidad de las SS con la fuerza suficiente para atravesar el lugar sin pararse a descansar.

La lucha aún proseguía tras ellos en los bosques, donde las tropas de Konev continuaban persiguiendo a los grupos más o menos numerosos de rezagados. La mañana del Primero de Mayo se envió a la arboleda a una brigada del 4º ejército blindado de guardias con órdenes de “liquidar a un grupo de alemanes que deambulan por la zona”11. El informe aseguraba que los T-34 atacaron a los tanques y a otros vehículos blindados de los alemanes. “El comandante soviético se puso de inmediato manos a la obra —decía—. En apenas dos horas, el enemigo perdió trece vehículos para el transporte de personal, tres cañones de asalto, tres tanques y quince camiones”. Con todo, resulta difícil creer que hubiese aún en funcionamiento tantos vehículos en un solo grupo.

Las tropas soviéticas también estaban atacando la propia Beelitz. Una formación de doscientos alemanes a la que sólo quedaba un último Tiger y un cañón de asalto se vio acosada por fuego de ametralladora al sur de la población cuando atravesaba un campo de espárragos. Lo único que debía hacer era proseguir en dirección al bosque y vadear el río Nieplitz, tras el cual se hallaba la carretera que desembocaba en la seguridad que suponía la localidad de Brück.

El estado mayor del 12º ejército del general Wenck había reunido cada uno de los camiones y demás vehículos que quedaban en la zona a fin de transportar a sus tropas derrengadas. Habían establecido unidades de cocina de campaña con la intención de alimentar a los veinticinco mil soldados y a varios miles de refugiados civiles. “Cuando llegaban a donde nos encontrábamos, muchos se desplomaban sin más —indicó el coronel Reichhelm, jefe de estado mayor de Wenck—. En ocasiones habíamos de golpearlos para que subieran a los camiones; de lo contrario, habrían muerto allí mismo. Fue una experiencia terrible”12. El general Busse, en otro tiempo regordete, había adelgazado tanto que resultaba difícil reconocerlo. “Se hallaba a punto de agotar los últimos rescoldos de su fortaleza física”.

Muchos de los que habían experimentado el horror del *Kessel* de Halbe albergaban una indignación que no desapareció con el paso de los años. Culpaban a los jefes por no haber detenido la batalla cuando todo estaba perdido. “¿Lo hicieron movidos de una obediencia ciega —escribió un superviviente—, o por pura cobardía ante su responsabilidad? La lealtad del cuerpo de oficiales para con Hitler dejó un mal sabor de boca. Durante aquellos últimos días, todos ellos intentaron salvar su propio pellejo y abandonaron a soldados, civiles y niños”13.

A pesar de que tiene mucho de cierto, esta diatriba resulta demasiado generalizada, sobre todo si se tienen en cuenta los esfuerzos que llevó a cabo el 12º ejército a fin de salvar a los militares y la población civil. Ni siquiera en las filas del 9º ejército puede decirse que todo fuera negativo. Otro soldado recordaba cómo, ese mismo día, el comandante Otto Christer Graf von Albedyll, que había presenciado la derrota de su ejército y la destrucción de la hacienda de su familia, cerca de la estribación del Reitwein, murió mientras intentaba ayudar a un hombre malherido. Sus soldados, que lo tenían en gran estima, lo enterraron a un lado de la carretera que llevaba a Elsholz 14.

El propio coronel Reichhelm se mostró indignado ante el tremendo caso de un jefe que abandonó a sus hombres. El general Holste, comandante del 41º cuerpo de *Panzer*, había aparecido en el cuartel general del 12º ejército, situado entre Genthin y Tangermünde, a las dos de la mañana. “¿Qué está haciendo usted aquí, herr general? —le preguntó Reichhelm lleno de asombro—. ¿Qué hace que no está con sus soldados¿”. “Ya no me queda ninguno”, repuso el recién llegado.

En realidad, los había abandonado a su suerte y se había marchado con su esposa, dos carros y dos de sus mejores caballos. Reichhelm le dijo que debía hablar de inmediato con el general Wenck. Entonces fue a despertar al comandante del ejército para informarlo de la necesidad de arrestar a Holste. Sin embargo, Wenck estaba demasiado agotado. Reichhelm regresó.

"Puede usted abandonar a Hitler, porque es un criminal —le dijo—; pero no puede abandonar a sus soldados".

Holste hizo caso omiso de su reproche y salió de allí para proseguir su camino y cruzar el Elba 15.

En Berlín, se dieron órdenes esa tarde desde la Cancillería del Reich de que se retirase el último Tiger que apoyaba a la Nordland "para ponerse a entera disposición del general Mohnke", sin que se ofreciese explicación alguna al respecto 16. Bormann y Mohnke habían empezado a planear —es de suponer que sin avisar a Goebbels, que seguía negándose de forma categórica a cualquier sugerencia de rendición— su huida de Berlín. Ellos dos, que habían ordenado la ejecución sumaria de todo aquel que no luchase hasta el final, tenían ya ropas de civil en el búnker listas para su fuga.

El nuevo bombardeo había dificultado aún más las comunicaciones con los destacamentos de Krukenberg. Fenet, que había caído herido, y sus soldados franceses seguían defendiendo el cuartel general de la Gestapo en la Prinz-Albrechtstrasse. El Danmark se encontraba a unos cientos de metros al este, detrás de la estación del metro de Kochstrasse, situada en la Friedrichstrasse, mientras que el Norge defendía la parte izquierda de su retaguardia detrás de la Leipzigerstrasse y el Splittermarkt.

Consciente de que el fin estaba muy próximo, Goebbels convocó a Kunz, el médico de las SS que había aceptado colaborar en los asesinatos de sus seis hijos. Goebbels se encontraba en el estudio del que disponía en el búnker del Führer hablando con Naumann, secretario de estado del Ministerio de Propaganda. Kunz hubo de esperar diez minutos, tras los cuales Goebbels y Naumann se levantaron y lo dejaron con Magda Goebbels. Ella le dijo que la muerte de Hitler los había dejado sin otra alternativa: las tropas intentarían romper las defensas aquella misma noche, por lo que debía morir toda la familia. Kunz afirmaría más tarde que había tratado de conmoverla para que enviase a los niños al hospital y los pusiera bajo la protección de la Cruz Roja, pero que ella se había negado. "Tras haber estado hablando unos veinte minutos —señaló—, regresó Goebbels al estudio y me dijo: "Doctor, le estaría muy agradecido si ayudase a mi esposa a matar a los niños"". Kunz volvió a sugerir que debían salvarlos. "Eso es imposible —respondió el *Reichsminister* de Propaganda—. Son los hijos de Goebbels". Dicho esto, salió de la sala.

El médico permaneció en el interior con Magda Goebbels, que pasó una hora más o menos haciendo solitarios.

Poco después regresó su esposo. "Los rusos pueden llegar de un momento a otro e interferir en nuestros planes —observó ella—. Deberíamos darnos prisa en hacer lo que tenemos que hacer".

Magda Goebbels condujo a Kunz a su dormitorio y tomó de un anaquel una jeringuilla llena de morfina. Entonces se dirigieron al cuarto de los críos. Las cinco niñas y el niño se hallaban ya en la cama vestidos con sus camisones, aunque aún no se habían dormido. "Hijos, no os alarméis —les dijo—. El doctor os va a poner una vacuna que es necesaria para los niños y los soldados". Con estas palabras, salió de la habitación.

El médico comenzó a inyectarles la morfina. "Luego —refirió a los miembros del SMERSH que lo interrogaron— salí de nuevo a la habitación de enfrente e informé a Frau Goebbels de que debíamos esperar unos diez minutos antes de que quedasen dormidos. Miré mi reloj y vi que faltaban veinte minutos para las nueve".

Kunz la advirtió de que no podría soportar envenenar a los niños mientras dormían. Magda Goebbels le dijo que buscase a Stumpfegger, el médico personal de Hitler. Ayudada por él, abrió las bocas de sus hijos, colocó una ampolla entre los dientes y les apretó las mandíbulas. Según se pudo comprobar más tarde, la mayor, Helga, presentaba serias magulladuras en el rostro, lo que hace pensar que en su caso la morfina no debió de funcionar muy bien y que hubo de forcejear a fin de

zafarse de los dos adultos que intentaban abrirle la boca a la fuerza. Una vez concluida la tarea, Stumpfegger se retiró y Kunz bajó al estudio de Goebbels con la esposa de éste. El ministro de Propaganda paseaba de un lado a otro sumido en un profundo estado de nerviosismo. “Ya hemos acabado lo de los niños —le comunicó—. Ahora debemos pensar en nosotros mismos”. “Démonos prisa —dijo su esposo—. Nos queda poco tiempo”.

Magda Goebbels tomó la banda dorada del Partido que le había dado Hitler el 27 de abril como muestra de admiración y la pitillera del mismo metal en la que se leía: “Adolf Hitler, 29 mayo 1934*. Goebbels y su esposa subieron entonces al jardín, acompañados de su ayudante, Günther Schwaegermann. Tomaron dos pistolas Walther y se colocaron uno al lado del otro a pocos metros de donde habían quemado los cuerpos de Hitler y su esposa para enterrarlos en el cráter de un proyectil. Hicieron crujir entre sus dientes sendas ampollas de vidrio llenas de cianuro y se descerrajaron un disparo al mismo tiempo. Por si acaso, Schwaegermann les disparó inmediatamente después a modo de tiro de gracia. Las dos pistolas quedaron junto a los cadáveres, que el ayudante de Goebbels roció con gasolina tal como había prometido. Entonces prendió la última pira funeraria del Tercer Reich.[*]

A las nueve y media de la noche, la estación de radio de Hamburgo advirtió al pueblo alemán de que estaba a punto de hacer un anuncio tan grave como importante. Entonces sonó una música funeral, muy apropiada para la ocasión, de Wagner y de la Séptima Sinfonía de Bruckner a fin de preparar a los oyentes para el discurso que iba a dirigir a la nación el gran almirante Dönitz. Afirmó que Hitler había caído luchando “a la cabeza de sus tropas” y anunció su sucesión 17. De cualquier manera, fueron pocos los berlineses que oyeron las noticias a causa de los cortes de corriente eléctrica.

Bormann, mientras tanto, se hallaba impaciente a todas luces por tener que esperar a que acabase el drama de la familia de Goebbels. La rendición de Weidling había de tener lugar a medianoche, y la fuga hacia el norte sobre el Spree debía empezar una hora antes. Se había dicho al personal del búnker del Führer, incluidas Traudl Junge, Gerda Christian y Constanze Manzialy, que se reunieran a fin de estar listo para partir. Krebs y Burgdorf, que tenían la intención de suicidarse de un tiro más tarde, no aparecían por ningún lado.

Krukenberg, a quien había convocado Mohnke poco antes, se reunió con Artur Axmann y Ziegler, anterior comandante de la Nordland. Mohnke preguntó a Krukenberg si deseaba, como oficial superior, continuar con la defensa del centro de la ciudad. Añadió que el general Weidling había dado órdenes de huir de Berlín hacia el noroeste tras romper el cerco soviético, pero que sobre la medianoche se haría efectivo un alto el fuego. Krukenberg aceptó unirse a la fuga. Salió con Ziegler a buscar seguidores en la Nordland y otras unidades de la misma zona. Envió delante de ellos a uno de sus ayudantes, que debía entregar a los destacamentos de los alrededores mensajes en los que se pedía que retrocedieran. El grupo al mando del capitán Fenet, que se hallaba defendiendo el cuartel general de la Gestapo en la Prinz—Albrechtstrasse, no llegó a saber nada. El ayudante de Krukenberg, al que nadie volvió a ver nunca, debió de encontrar la muerte antes de llegar a ellos.

En el búnker se sucedían las escenas caóticas mientras Bormann y Mohnke trataban de organizar en diversos grupos a todos los que se refugiaban allí. Al final, no salieron hasta poco antes de las once de la noche, dos horas después de lo planeado. El primer grupo, capitaneado por Mohnke, se puso en marcha a través de los sótanos de la Cancillería del Reich para seguir una intrincada ruta que lo llevaría a la estación de la Friedrichstrasse. Los otros fueron saliendo a intervalos regulares. La parte más difícil se hallaba al norte de la estación, donde debían cruzar el río Spree. Era imposible hacerlo al amparo de la oscuridad, por cuanto las llamas de los edificios bombardeados

[*] Algunos historiadores piensan que el veneno empleado en todos los casos era ácido prúsico, pero el informe soviético relativo a la autopsia de los cadáveres de Adolf y Eva Hitler observa: “En las cavidades bucales se hallaron restos de ampollas de vidrio que habían contenido un compuesto de cianuro. Eran idénticas a las que se encontraron en las bocas de Goebbels y su esposa”. (Vadis a Beria, 7 de mayo, GARF 9401/2/96, pp. 175-182).

iluminaban toda aquella área. El primer grupo procedente de la Cancillería del Reich, en el que se hallaban Mohnke y las secretarias, tomó la sabia decisión de evitar el puente principal de Weidendammer. En su lugar emplearon uno metálico situado a trescientos metros de éste río abajo para encaminarse al hospital de la Charité.

El Tiger y el cañón de asalto autopropulsado de la Nordland debían encabezar el principal avance a través del puente de Weidendammer. Se había corrido la voz de la huida, por lo que se unió un buen número de soldados de las SS y la Wehrmacht, así como de miembros de la población civil. En consecuencia, constituían una multitud que no podía pasar inadvertida a las tropas soviéticas. El primer avance masivo, guiado por el tanque Tiger, dio inicio poco después de medianoche; sin embargo, a pesar de que aquel monstruo blindado fue capaz de aplastar la barrera norte del puente, no tardaron en verse atacados por un fuego intenso en la Ziegelstrasse, que se extendía al otro lado. Una descarga antitanque alcanzó al Tiger y acabó con las vidas de los ciudadanos y los soldados que lo seguían. Axmann resultó herido, lo que no le impidió seguir avanzando a duras penas. Bormann y el doctor Stumpfegger cayeron al suelo a causa de la explosión del tanque, pero volvieron a levantarse para seguir caminando. El primero llevaba una copia del testamento de Hitler, que pensaba emplear sin duda para justificar su petición de un puesto en el gobierno de Dönitz cuando llegase a Schleswig-Holstein.

Poco después se efectuó otro ataque contra el puente, para lo que se empleó un cañón antiaéreo cuádruple de 20 milímetros autopropulsado y un camión semioruga. Pero éste también fracasó en gran medida. Alrededor de la una de la madrugada se llevó a cabo un tercer intento, y una hora más tarde, otro más. Bormann, Stumpfegger, Schwaegermann y Axmann se mantuvieron juntos durante un tiempo. Siguieron la vía del ferrocarril hasta la estación de la Lehrterstrasse, donde se separaron. Los dos primeros se desviaron hacia el noreste, en dirección a la estación de Stettiner. Axmann tomó el sentido opuesto, pero tras toparse con una patrulla soviética, dio la vuelta para seguir la ruta de Bormann. Poco después se encontró con dos cadáveres, y pudo comprobar que pertenecían a Bormann y a Stumpfegger, aunque no tuvo tiempo de descubrir cómo habían muerto. Bien que no por voluntad propia, Martin Bormann fue el único dirigente del Partido Nazi que cayó ante las balas del enemigo bolchevique; todos los demás (Hitler, Goebbels, Himmler y Goering) se quitaron la vida.

Krukenberg había reunido mientras tanto a la mayor parte de su escolta de miembros franceses de las SS. Junto con ellos, se unió a Ziegler y a un grupo mucho mayor procedente de la Nordland. Calculaba que entre ellos había cuatro o cinco cruces de caballero. Poco después del amanecer lograron cruzar el Spree. Sin embargo, hubieron de sufrir un duro ataque a pocos centenares de metros de la estación de metro de Gesundbrunnen. A Ziegler lo alcanzó un tiro de rebote que lo hirió de muerte. Otros de su grupo también sucumbieron, como sucedió con Eugéne Vanlot, el joven francés galardonado con la Cruz de Caballero, que murió tres días más tarde en un sótano de los alrededores.

Las fuerzas soviéticas de aquella zona habían sido objeto de tales refuerzos que Krukenberg y los compañeros que seguían en pie no tuvieron otra opción que retirarse por donde habían llegado. Al final de la Ziegelstrasse vieron el tanque Tiger que había tomado Mohnke para ellos, aunque no había ni rastro de su dotación. Uno de los oficiales de Krukenberg había encontrado un taller de ebanistería cercano y, en su interior, algunos monos con los que disfrazarse. Krukenberg logró abrirse camino hasta Dahlem, donde estuvo más de una semana escondido en el apartamento de unos amigos. Al final no tuvo otro remedio que rendirse.

Al saber de los intentos de fuga por el general Kuznetsov, del tercer ejército de choque, Zhukov dispuso un estado de alerta máxima. Se encontraba comprensiblemente perturbado por la “desagradable sugerencia” de que los miembros de la cúpula nazi, y en especial Hitler, Goebbels y Bormann, pudiesen estar intentando fugarse 18. No resultaba difícil imaginar la ira de Stalin en caso de que sucediera algo así. Los oficiales soviéticos reunieron a la carrera a los soldados que estaban celebrando el Primero de Mayo con alcohol y mujeres capturadas. Enviaron a los brigadas del 2º

ejército blindado de guardias para que persiguiesen a los que trataban de huir e hicieron acordonar la zona. Este hecho frustró un segundo intento de avanzar hacia el norte por la Schönhauserallee por parte de las tropas del general de división Bärenfänger, procedentes del lado oriental del área defensiva de la ciudadela. El general, nazi convencido, se suicidó junto con su joven esposa en una calle transversal 19.

Poco antes de la medianoche, hora a la que el coronel Haller había prometido entregar la torre antiaérea del Zoo, partieron del Tiergarten en dirección oeste los tanques y camiones semioruga que quedaban de la división blindada Müncheberg y la 18ª de Panzergrenadier. Entonces avanzaron hacia el noroeste para dirigirse al estadio olímpico y a Spandau. En este caso tampoco tardaron en correr rumores. Se decía que el ejército de Wenck se hallaba en Nauen, al noroeste de la ciudad, donde había trenes hospital esperando para trasladar a los soldados a Hamburgo. Miles de rezagados y civiles se pusieron en marcha, a pie o en toda una variedad de vehículos, en la misma dirección. Un grupo de unos cincuenta llegó en tres camiones del Grossdeutscher Rundfunk. Entre sus componentes estaba el hermano de Himmler, Ernst, un joven muy diferente de él, experto técnico de estudio 20.

El Charlottenbrücke, puente tendido sobre el río Havel que daba a la vieja ciudad de Spandau, seguía aún en pie y estaba protegido por destacamentos de las Juventudes Hitlerianas. Bajo una fuerte lluvia acompañada por el fuego de artillería del 47º ejército avanzaron los vehículos blindados, seguidos de una dispar multitud de soldados y civiles. La matanza fue terrible. “Había sangre por todos lados, y vehículos explotando”, declaraba uno de los que lograron escapar 21. El instinto hizo que pusieran en práctica la siguiente estrategia: los vehículos antiaéreos autopropulsados de cuádruple cañón de 20 milímetros ofrecieron cobertura desde la margen oriental a fin de impedir que los rusos levantaran la cabeza, y durante esta frenética descarga, que duró más de un minuto, avanzó en tropel otra oleada de civiles y soldados para ocultarse en las casas en ruinas situadas frente a ellos. Los más lentos y los cojos, sin embargo, quedaron sorprendidos al descubierto por los cañones soviéticos. Cruzó una oleada tras otra de personas a pie, camiones, coches y motocicletas que pasaban por encima de los que habían sido aplastados por las orugas de los vehículos blindados. Ernst Himmler fue uno de los muchos que murió en el Charlottenbrücke, ya por un disparo o pisoteado por los que corrían desesperados.

Si bien la masacre del puente fue terrorífica, la multitud misma de los alemanes fue suficiente para hacer que los soviéticos se retiraran de la margen del río. Con todo, los cañones rusos situados en la torre del ayuntamiento de Spandau siguieron causando considerables bajas. Dos de los carros Tiger bombardearon entonces el propio ayuntamiento, y un reducido grupo de la 9ª división de paracaidistas asaltó la torre. La fuerza principal de vehículos blindados avanzó en dirección oeste hacia Staaken, pero la mayor parte de las tropas se vio rodeada en el transcurso de los dos días siguientes. Sólo un puñado logró llegar al Elba y a la seguridad que esto suponía.

Los oficiales soviéticos registraron a fondo los restos calcinados de los tanques por orden del cuartel general del frente. “Entre los ocupantes muertos —escribió Zhukov— no pudo encontrarse a nadie del círculo de Hitler, aunque resultaba imposible reconocer lo que había quedado en el interior de los tanques quemados”22. Nadie sabe cuántos murieron en el intento de escapar al cautiverio soviético.

A las dos menos cinco de la madrugada del 2 de mayo, Richard Beier, locutor de dieciocho años, presentó la última emisión del Grossdeutscher Rundfunk desde el estudio situado en el búnker de la Masurenallee. Los rusos habían pasado por alto el transmisor de Tegel. “El Führer ha muerto —anunció, tal como rezaba el guión—. ¡Larga vida al Reich!”23.

26
El final de la batalla

El 2 de mayo, poco después de la una de la madrugada, el general Chuikov había visto su sueño interrumpido de nuevo. Las unidades de transmisiones del Ejército Rojo habían captado diversos mensajes del 56º cuerpo de Panzer alemán que solicitaban un alto el fuego. Los emisarios llegarían al puente de Potsdamer ondeando una bandera blanca. El coronel Von Dufving apareció acompañado de dos comandantes y, tras hablar con uno de los comandantes de Chuikov, regresó a donde se encontraba el general Weidling. Éste se rindió con su estado mayor a las seis de la mañana. Lo llevaron al cuartel general de Chuikov a fin de que redactase una orden para que la guarnición se entregara.

Aquel gélido amanecer, los últimos prisioneros de la Gestapo que quedaban en su cuartel general de la Prinz-Albrechtstrasse aún no sabían si serían liberados por el Ejército Rojo o asesinados a manos de sus captores. El pastor Reinecke era el único sacerdote que no había sucumbido en la masacre de la semana anterior. "Me resulta imposible —escribió en una carta— describir el sadismo que sufrí durante aquella última semana y media" 1.

Los supervivientes formaban un grupo abigarrado. Uno de sus compañeros de celda era el comunista Franz Lange, quien más tarde declaró que, a pesar de no haber tenido relación alguna con la Iglesia desde la edad de dieciséis años, no olvidaría nunca la capacidad que poseía Reinecke de sacar fuerzas para sobrevivir orando en silencio. Otro de los presos era Joseph Wagner, antiguo *Gauleiter* de Silesia, que había caído en desgracia con el régimen debido a sus creencias católicas. La Gestapo lo había arrestado tras la conspiración de julio.

El día 1 de mayo habían abierto de golpe la puerta de su celda con gritos de: *Raus! Raus!* ("¡Fuera! ¡Fuera!"). Bajaron las escaleras seguidos de los guardias de las SS, que habían matado por el camino a uno de los suyos, un suboficial de la Wehrmacht.

A los seis que quedaban los encerraron entonces en otra celda, provista de comida y agua, cercana al lugar en que se alojaban los guardias de las SS. Lange oyó al *Sturmbannführer* que estaba al mando explicar a uno de sus hombres con la lógica propia de la organización: "Vamos a reservar a éstos como prueba de que no hemos fusilado a ningún prisionero" (2). En el transcurso de aquella tarde, los seis supervivientes oyeron a los guardias prepararse para salir, y cuando llegó la noche los dejaron sumidos en la oscuridad del edificio que los berlineses bautizaron como la Casa de los Horrores al saber que a los prisioneros los sujetaban con grilletes a las paredes de las celdas en posición inclinada, como si se tratara de una cámara de torturas del Medioevo.

Poco después del amanecer del 2 de mayo oyeron voces antes de ver abrirse la hoja de la ventana de su celda. Alguien les preguntó en ruso dónde estaba la llave que abría la puerta. "No hay llave —respondió Lange, el comunista, que tenía ciertas nociones de su lengua—. Somos prisioneros". El soldado se alejó, y pocos minutos después oyeron un ruido de hachas contra la puerta. Ésta no tardó en abrirse, y los reclusos se encontraron con el rostro sonriente de un joven soldado del Ejército Rojo.

El rescatador y sus camaradas los llevaron al comedor de los guardias de las SS para ofrecerles alimento. Una de sus armas se disparó por accidente, algo que por desgracia era demasiado común en el Ejército Rojo, y Joseph Wagner, el antiguo *Gauleiter*, cayó muerto al lado del pastor Reinecke.

Mientras tanto, otros soldados soviéticos no perdían el tiempo en la planta alta, donde se afanaban en arrancar la seda que revestía las paredes de la gran sala de recepción de Himmler para hacer fardos que más tarde incluirían en el paquete de cinco kilos que podían enviar a sus hogares.

En el búnker del Führer, los generales Krebs y Burgdorf se habían sentado cara a cara en algún momento de la madrugada y habían sacado sus pistolas Luger para volarse la tapa de los sesos. Rochus Misch, que fue tal vez el último miembro de la Leibstandarte de las SS en dejar el edificio, los vio desplomados uno al lado del otro. Después de todo el coñac que habían consumido, tuvieron suerte de no convertir su suicidio en una experiencia penosísima a causa de la falta de precisión provocada por la embriaguez. El capitán Schedle, comandante de la guardia de la Leibstandarte en la Cancillería del Reich, también se mató de un disparo: la herida que tenía en un pie le impidió huir con el grupo de Bormann. Aparte de los médicos, las enfermeras y los heridos que se hallaban en los sótanos, el edificio estaba desierto casi por completo cuando Misch salió con precaución al exterior.

El dramático relato soviético del bombardeo de la Cancillería del Reich llevado a cabo esa mañana debe tomarse con mucha cautela, más aún si tenemos en cuenta que la inmensa mayoría de los hombres de Mohnke y Krukenberg habían tomado parte en la fuga de la noche anterior. Las descripciones que hablan de cómo se subió al Wilhelmplatz un obús para derribar la puerta principal y de las "duras batallas" libradas en pasillos y escaleras hacían que sonase como algo comparable a la toma del Reichstag. La encargada de llevar al tejado la bandera roja fue la comandante Anna Nikulina, del departamento político del 9º cuerpo de fusileros, perteneciente al 5º ejército de choque de Berzarin. Y, por si acaso, "el sargento Gorbachov y el cabo Bondarev fijaron una enseña roja sobre la entrada principal de la Cancillería del Reich" 3.

De los que huyeron del búnker la noche anterior, sólo habían permanecido juntos los miembros del primer grupo. Estaba al mando del general de división Mohnke y contaba con Hans Baur, piloto personal de Hitler; Hans Rattenhuber, jefe de sus guardaespaldas; las secretarias, y Constanze Manzialy, su dietista. La madrugada del 2 de mayo se vieron obligados a esconderse en un sótano situado fuera de la Schönhauserallee cuando la zona quedó inundada de tropas soviéticas. Allí permanecieron escondidos hasta aquella tarde, en que acabaron por descubrirlos los soldados enemigos. Era inútil resistirse: los hombres quedaron de inmediato bajo arresto, aunque a las mujeres se les permitió marchar.

Traudl Junge y Gerda Christian se disfrazaron de hombre. Sin embargo, la llamativa tirolesa Constanze Manzialy quedó separada de ellas casi desde el primer momento. Cierta versión asegura que cayó en manos de un enorme soldado de infantería ruso que la forzó junto con sus camaradas. Nadie sabe si llegó a recurrir a la ampolla de cianuro que había dado Hitler a cada uno de los miembros de su personal en un envase de latón a modo de regalo de despedida. En cualquier caso, nadie más volvió a verla 4. Tanto Traudl Junge como Gerda Christian, por su parte, lograron, tras alguna aventura no exenta de peligro, alcanzar la otra margen del Elba.

Muchos soldados y oficiales alemanes se las ingeniaron para pasar su última noche de libertad en una cervecería. El capitán Pinckler se encontró con el jefe de su regimiento de la 9ª división de paracaidistas en uno de estos establecimientos situado en Prenzlauerberg, a no mucha distancia de donde se hallaban arrinconados Mohnke y su grupo. Por toda despedida, los dos hombres compartieron una botella de vino que se turnaban para beber dada la ausencia de vasos.

Aquella mañana, en la cervecería de Schultheiss, un joven asistente de artillería antiaérea de la Luftwaffe quiso saber qué sucedía al oír una serie de disparos. "Ven a la parte trasera —le dijo un camarada—. Los de las SS se están suicidando... Tienes que verlo" 5. Muchos de ellos eran

miembros extranjeros de la organización. El ayudante militar de las SS de Hitler, Otto Günsche, cayó allí prisionero del Ejército Rojo en el transcurso de aquella misma mañana.

Al igual que a Mohnke, Rattenhuber y los demás, lo entregaron de inmediato al SMERSH para que lo sometiese a un interrogatorio. Stalin quería descubrir de una vez por todas qué había sucedido con Hitler y saber si seguía con vida 6.

La decisión tomada el 29 de abril de enviar al departamento del SMERSH adscrito al tercer ejército de choque a la Cancillería del Reich, objetivo que se encontraba sin lugar a dudas dentro del sector asignado al 5º de choque, sólo pudo proceder de las más altas esferas. Al parecer, Beria y Abakumov, jefe de la asociación, no sólo mantuvieron en la oscuridad a Zhukov y al resto de autoridades militares, sino que dejaron fuera al general Serov, jefe del NKVD del primer frente bielorruso y rival de Abakumov.

El equipo del SMERSH, que disponía de su propio destacamento de transmisiones, había estado captando las longitudes de onda del 5º ejército de choque, por lo que llegaron pocos minutos después de que se informase de que se había atacado al objetivo. El general Berzarin había prometido la estrella dorada de héroe de la Unión Soviética al soldado que descubriese el cadáver de Hitler, de modo que las tropas que habían tomado la Cancillería del Reich no se alegraron precisamente cuando se presentaron en el edificio los oficiales del SMERSH y les dieron órdenes de abandonarlo 7. Sólo quedó en su sitio el cordón exterior que había dispuesto Berzarin alrededor del complejo. Por si esto no fuera lo bastante insultante para el 5º ejército de choque, el grupo de contraespionaje había llevado un destacamento de zapadores procedente del tercer ejército de choque a fin de comprobar que en la Cancillería no quedaban bombas ni trampas explosivas.

El capitán Shota Suljanishvili, que se hallaba al mando de estos zapadores, se mostró intranquilo al saber que trabajaban para el SMERSH. "Mis camaradas y yo intentábamos mantenernos lo más alejados de ellos que nos era posible —observó—. Les teníamos miedo" 8. De cualquier manera, los del SMERSH temían acabar saltando por los aires, por lo que hicieron todo lo que les dijeron los zapadores hasta que registraron el lugar por completo. En realidad, los únicos explosivos que encontraron se hallaban en los depósitos de lanzagranadas, ya preparados en paquetes de a tres. Los zapadores se maravillaron también de las bodegas llenas de champán y "panecillos envueltos en papel de celofán naranja". Suljanishvili, que había combatido en Stalingrado, recordó de inmediato el pan congelado de allí, que en ocasiones resultaba imposible partir ni siquiera con una hacha. En el jardín toparon con dos cuerpos carbonizados por completo que parecían "encogidos y semejaban marionetas" 9. Los zapadores, una vez completada su misión, recibieron enseguida órdenes de abandonar el lugar. Los oficiales del SMERSH reconocieron la cabeza desproporcionada merced a las caricaturas que habían visto en la prensa soviética, y la bota ortopédica acabó de confirmar la identidad del cadáver. A su lado yacía el cuerpo de Magda Goebbels, con la pitillera y la banda del Partido doradas que le había obsequiado Hitler 10.

El destacamento del SMERSH, que había supervisado a fondo el teniente general Aleksandr Anatolievich Vadis, jefe de la dirección del grupo que estaba adscrito al primer frente bielorruso, estaba, como es de esperar, más preocupado por dar con el cuerpo de Hitler. La presión proveniente de Moscú era intensa. Aquella mañana, el *Pravda* había declarado que el anuncio de la muerte de Hitler no era más que un truco fascista. No es descabellado pensar que un aserto así se debiese a la instigación directa de Stalin o que contara al menos con su aprobación. La cuestión de la suerte que había corrido el Führer comenzó a asumir una inmensa significación política antes de que los hechos estuviesen claros. El mariscal Zhukov, bien consciente del gran interés que mostraba Stalin al respecto, fue a visitar la Cancillería del Reich aquel mismo día, antes incluso de que hubiese cesado el fuego en la ciudad. "No me permitieron bajar", declararía veinte años más tarde, al saber por fin la verdad. Según le dijeron entonces, "no era un lugar seguro" 11. Durante esa visita le informaron asimismo de que "los alemanes habían enterrado todos los cadáveres, aunque nadie sabía dónde ni quién se había encargado de hacerlo"12. No obstante, el cuerpo de Goebbels había aparecido insepulto, tumbado directamente en el suelo. Al parecer, a Zhukov volvieron a denegarle

la entrada dos días después. El cuartel general del primer frente bielorruso quedó informado del descubrimiento del cadáver de Goebbels, pero no sabía mucho más. El general Telegin, jefe del departamento político, solicitó a la *Stavka* de forma urgente que enviase expertos forenses desde Moscú.

Lo más que podían hacer los oficiales del SMERSH por acercarse a Hitler era examinar las guerreras que guardaba en su dormitorio y mirar al retrato de Federico el Grande que él gustaba de contemplar. Rzhevskaya, mientras tanto, había comenzado a estudiar los documentos de la Cancillería. Descubrió así diez gruesos cuadernos que contenían los diarios de Goebbels hasta julio de 1941 (un hallazgo que quiso atribuirse Vadis). La intérprete dio también con Raya, la encargada de transmisiones, que se estaba probando un vestido de noche de Eva Braun, aunque lo descartó por considerar indecente el escote. La joven soldado no seleccionó más que un par de sus zapatos azules.

En el sótano, el profesor Haase y el doctor Kunz siguieron cuidando de los heridos que yacían en el corredor. Tan sólo había quedado un par de enfermeras para prestarles su asistencia. Muchas de las jóvenes ayudantes del BdM, que habían llegado allí después de pasar un tiempo auxiliando a las Juventudes Hitlerianas en el Reichssportsfeld, habían recorrido a toda prisa la Wilhelmstrasse a fin de evacuar a los heridos de las bodegas del hotel Adlon, que estaba siendo arrasado por las llamas. El SMERSH no perturbó en absoluto la tranquilidad de la sección en que se hallaba el hospital. De hecho, una de las enfermeras calificó de "ejemplar" el comportamiento de los oficiales. Uno de los jefes llegó incluso a aconsejar a las mujeres que cerrasen con llave sus puertas aquella noche, dado que "no podía responder por sus soldados"13.

Los oficiales del SMERSH no tardaron en infiltrar a sus prisioneros. Los que seleccionaban para interrogarlos eran enviados con escolta al Instituto del Reich para los Ciegos, situado en la Oranienstrasse. Con todo, los investigadores del servicio de contraespionaje se negaron a creer lo que les referían acerca del suicidio de Hitler. Vadis introdujo un número de hombres cada vez mayor a fin de llevar a cabo una investigación minuciosa, pero una tarea así no resultaba sencilla bajo tierra. El generador eléctrico no funcionaba, de forma que no había más luz que la que proporcionaban las linternas, y el aire se tornó denso y húmedo a falta del sistema de ventilación.

La falta de resultados provechosos empujó a Stalin a ordenar a Beria que enviase a otro general del NKVD, que en teoría representaba a la *Stavka*, para supervisar la investigación y mantenerlo informado de forma constante. Ni siquiera se permitió a los oficiales del grupo de operaciones del SMERSH que supieran su nombre. El comandante Bystrov y sus colegas se encontraron con que tenían que repetir cada uno de los interrogatorios delante de su nuevo general. En cuanto terminaba uno, el general se dirigía enseguida a telefonear a Beria mediante una línea segura para ponerlo al corriente 14. La obsesión con el carácter secreto de las investigaciones era tal que se hizo a Rzhevskaya firmar todas las transcripciones y a declarar que sería culpable de traicionar la seguridad estatal en caso de repetir una sola palabra de lo que se había dicho.

Cuando salieron de la torre antiaérea del Zoo los trescientos cincuenta hombres que constituían la guarnición del búnker, parece ser que el coronel Haller reveló a uno de los oficiales soviéticos que había dos generales escondidos en el interior que pretendían salir de Berlín sin ser notados 15. Uno de ellos ya se había suicidado para cuando lo encontraron los soldados soviéticos en la cuarta planta. Luego condujeron hasta allí al escritor Konstantin Simonov.

Simonov acababa de llegar a Berlín a primera hora de la mañana del 2 de mayo, y se encontró con que los disparos no eran constantes; las más de las veces procedían de los cañones soviéticos que atacaban los edificios en los que las SS seguían negándose a capitular. Describió estos casos como "convulsiones *post mortem*" 16.

Ya no había luz en la torre antiaérea, por lo que hubieron de abrirse paso con ayuda de linternas. Un teniente le mostró el cuartito de hormigón. "Sobre la litera, con los ojos abiertos, yacía muerto el general, un hombre alto de unos cuarenta y cinco años, cabello corto y rostro tranquilo y bien parecido. Su brazo derecho descansaba a un lado, y en su mano empuñaba una pistola. Con la

izquierda abrazaba los hombros de una mujer tumbada a su lado con los ojos cerrados, joven y hermosa, ataviada, no se me olvidará nunca, con una blusa blanca inglesa de manga corta y una falda gris de uniforme. El general vestía una camisa planchada y botas altas; su chaqueta de cuello alto estaba desabotonada. Entre sus piernas había una botella de champán a la que faltaban dos tercios de su contenido". Era parte del fin chabacano de lo que Simonov llamaba "la gloria granuja del difunto imperio fascista". Asimismo, consideraba apropiado que el encargado de hacer que se rindiera la capital del Reich fuese el general Chuikov, quien había estado al mando de la defensa de Stalingrado. "Daba la impresión de que la propia historia hubiese hecho todo lo posible por guiar a su ejército a Berlín y convertir la rendición de la ciudad en un acto especialmente simbólico".

La población civil de Alemania, sin embargo, no tenía el ánimo para simbolismos. Los ciudadanos cubrían los rostros de los soldados muertos con hojas de periódico o retales de uniforme, y hacían cola frente a las cocinas de campaña del Ejército Rojo, que empezó a darles de comer por orden de Berzarin. El hecho de que el Asia central soviética estuviese sufriendo a la sazón una grave hambruna que había llevado a las familias a practicar el canibalismo, no influyó en absoluto en la nueva política de intentar ganarse la confianza del pueblo alemán 17. Con todo, el cambio de programa del Partido aún no había llegado a los escalafones más bajos.

Los soldados soviéticos entraban en los improvisados hospitales de campaña armados de metralletas y apuntaban con ellas al pecho de cada uno de los hombres que encontraban allí al tiempo que preguntaban en tono amenazador: *Du SS?* Cuando uno de ellos se acercó a un voluntario sueco de las Waffen SS perteneciente a la Nordland, le apretó el arma contra la boca del estómago y le formuló la pregunta de rigor. El interpelado contestó que no era más que un soldado ordinario de la Wehrmacht. *Da, da. Du SS!,* replicó él con insistencia. El sueco, que había destruido sus documentos, incluido el pasaporte, que revelaba que había luchado en las filas finlandesas contra la Unión Soviética, se las ingenió sin saber bien cómo para hacer asomar a su rostro una sonrisa que parecía indicar el carácter ridículo de tal afirmación. El soldado lo dejó por imposible, sin reparar en el sudor frío que cubría su piel. Aún habían de transcurrir seis meses para que el NKVD descubriera que los miembros de las SS tenían "su grupo sanguíneo tatuado en el interior del brazo izquierdo" 18.

Tanto en el Alexanderplatz como en el Pariserplatz se estaba dejando a los heridos en la calle, envueltos en mantas. Las enfermeras de la Cruz Roja alemana y las muchachas del BdM seguían cuidándolos. Poco más al norte, los cañones soviéticos intentaban someter a un grupo de las SS que, a pesar de estar condenado al fracaso, resistía aún en un edificio cercano al Spree. El cielo seguía oscureciendo por el humo que salía de las ruinas y se extendía en todas direcciones. Los soldados del Ejército Rojo hacían salir a los miembros de la Wehrmacht, las SS, las Juventudes Hitlerianas y la Volkssturm de casas, sótanos y túneles de metro. Todos llevaban el rostro oscurecido por la mugre y los pelos de una barba incipiente. Los soldados soviéticos gritaban: *Hände hoch!,* y sus prisioneros dejaban caer las armas para levantar las manos tanto como les era posible. No faltaban los ciudadanos alemanes que se acercaban con sigilo a los oficiales rusos para denunciar a los soldados que seguían escondiéndose 19.

Vasily Grossman acompañó al general Berzarin al centro de la ciudad. Quedó anonadado por la magnitud de la destrucción que lo rodeaba, y se preguntaba cuánto se debía a los bombarderos estadounidenses y británicos.

Entonces se le acercó una mujer judía acompañada de su anciano esposo, y ambos le preguntaron cuál había sido la suerte de los judíos deportados. Cuando él les confirmó sus peores sospechas, el anciano rompió a llorar. Poco más tarde abordó a Grossman una elegante señora alemana ataviada con un abrigo de astracán con la que estuvo departiendo con agrado. "¿Está seguro de que no es usted un comisario judío?", le preguntó de súbito 20.

Los oficiales alemanes que habían firmado los documentos de desmovilización para todos sus hombres con la intención de que pudiesen evitar los campos de prisioneros habían perdido el tiempo: los soviéticos atrapaban a cualquiera que vistiese uniforme —ya fuera éste de bombero o de ferroviario— para formar las primeras columnas que marcharían hacia el este.

"Recibí una catarata de impresiones —anotó Grossman—: Fuegos y humo, humo, humo. Vastas multitudes de prisioneros de guerra. Rostros henchidos de tragedia: el dolor que asomaba a muchos semblantes no se debía sólo al sufrimiento personal, sino también al del ciudadano de un país devastado".

El dolor personal y el temor al futuro se sentían por igual para los hombres y muchachos que estaban a punto de ser deportados, y las mujeres y muchachas que quedaban atrás. "Prisioneros —escribió—. Policías, clérigos, ancianos y escolares que aún eran casi niños. Muchos de los hombres caminaban con sus esposas, jóvenes hermosas. Algunas de éstas reían e intentaban levantar el ánimo a sus maridos. Un soldado joven con dos críos, un niño y una niña. Los que los vigilaban se portaban con ellos de un modo intachable. Los rostros eran tristes; les daban pan y agua" 21. En el Tiergarten, Grossman vio a un soldado alemán herido sentado en un banco con una asistente médica en sus brazos. "No miraban a nadie. El mundo que les rodeaba había dejado de existir para ellos. Cuando pasé de nuevo por allí una hora más tarde continuaban sentados en la misma posición" 22.

"Este día nublado, frío y lluvioso constituye sin duda el del derrumbamiento de Alemania en medio de una masa de humo, entre las ruinas en llamas, entre cientos de cadáveres que abarrotan las calles". Algunos de los muertos, según observó, habían sucumbido aplastados por los tanques, "estrujados como tubos de pasta". Vio a una anciana sin vida, "con la cabeza apoyada contra una pared, sentada en un colchón cerca de una puerta principal con una expresión de dolor callado y eterno". Con todo, a no mucha distancia, los rusos quedaron pasmados ante el carácter minucioso de las *Haufrauen* o "amas de casa" alemanas. "En las calles en las que se ha restablecido la calma, retiran y barren los escombros. Las mujeres limpian las aceras con escobas como si fuesen habitaciones interiores".

Grossman debió de haber caminado de un lado a otro sin descanso la mayor parte de aquel día. En el "colosal y poderoso" Reichstag se encontró con que los soldados soviéticos "encendían fogatas en el vestíbulo principal, hacían sonar sus sartenes y abrían latas de leche condensada con las bayonetas" 23.

En tanto que el SMERSH llevaba a cabo su labor en los sótanos y en el búnker del Führer, Grossman, al igual que otros visitantes, tenía acceso a las salas de recepción de dimensiones ciclópeas de la Cancillería. En una de ellas se encontraba, aplastado y partido, el enorme globo terráqueo de metal propiedad de Hitler. En otra, "un joven kazako de piel oscura y anchos pómulos" aprendía a montar en bicicleta. Grossman —y en esto lo siguió casi la totalidad de los otros visitantes— recogió unos cuantos recuerdos que llevar a Moscú en su viaje de vuelta.

En el zoológico, donde se habían producido duras batallas cerca de la gran torre antiaérea, encontró "jaulas rotas y cadáveres de monos, aves tropicales y osos. En la zona de los babuinos, las crías se aferraban con las manos diminutas a los vientres de sus madres". Delante de una jaula que contenía una gorila sin vida habló con el encargado del parque, un anciano que había pasado treinta y siete años cuidando de los monos. "¿Era muy fiera? —quiso saber el escritor". "No, sólo tenía un rugido muy potente —respondió el cuidador—. Los humanos son mucho más fieros".

Grossman se encontró ese día con gentes de muy diversa índole. Los forzados a los que acababan de liberar entonaban canciones o maldecían a voz en cuello a los soldados alemanes. El día estaba avanzado cuando cesó por fin el fuego y empezó a asimilarse "la colosal magnitud de la victoria" 24. Entonces tuvieron lugar celebraciones espontáneas alrededor de "la mujer alta", la columna de la victoria (Siegessäuleä del Tiergarten. "Los tanques están tan cubiertos de flores y enseñas rojas que apenas si puede verse la carrocería. Los cañones tienen también flores en su interior cual árboles en primavera. Todos bailan, cantan y ríen. Cientos de bengalas de colores surcan el aire. Todo el mundo saluda a la victoria con salvas de metralletas, fusiles y pistolas". Con todo, Grossman supo más tarde que muchos de los que festejaban el fin de la guerra eran "los muertos vivientes". En su desesperada búsqueda de alcohol, los soldados habían tomado barriles de metal

que habían encontrado en las cercanías y que contenían disolventes industriales. Tardaron al menos tres días en morir.

Al suroeste de Berlín, los soldados del general Wenck seguían transportando al Elba a los exhaustos supervivientes del 9º ejército en camiones y trenes de mercancías. Los soldados del 12º ejército albergaban la esperanza de que también a ellos les fuera dado, como a los refugiados civiles, cruzar durante los días siguientes a la zona ocupada por los estadounidenses. Había más de cien mil soldados y un número similar de no militares que se dirigían al sur de Brandeburgo en dirección al Elba, y cada vez eran más duros los ataques que lanzaban los soviéticos más al norte, sobre todo en la zona comprendida entre Havelberg y Rathenau, y que amenazaban con cortarles el paso.

El 3 de mayo llegaron noticias de lo que acontecía en Berlín. El general Wenck dictó de inmediato una orden por la que rehabilitaba el saludo militar que se había visto sustituido por el nazi 25. "¡Se acabó! —escribió Peter Rettich, comandante de batallón adscrito a la división Scharnhorst—. Hitler ha muerto; ha expirado en la Cancillería del Reich. Berlín en manos de los rusos. Se amontonan las imágenes del derrumbamiento. Resulta extraño, pero no puede hacerse nada" 26. Él y los pocos hombres que quedaban de su división se estaban replegando hacia el Elba y el lugar en que se hallaban los estadounidenses tan rápido como les era posible. Cuando atravesaban Genthin, vieron el canal lleno de botellas vacías de aguardiente. Los soldados que los habían precedido debían de haber saqueado algún almacén. "Muestras de desintegración", anotó Rettich en su diario.

El estado mayor del general Wenck dio órdenes a las divisiones del 12º ejército de retirarse sin dejar de luchar hasta el río, donde deberían defender un perímetro determinado del ataque soviético. Wenck también mandó a uno de sus comandantes de cuerpo, el general barón Von Edelsheim, a negociar con el 9º ejército de Estados Unidos. El 3 de mayo, Von Edelsheim y su estado mayor cruzaron el Elba, cerca de Tangermünde, en un vehículo anfibio y lograron establecer contacto con el comandante local estadounidense. Las capitulaciones tuvieron lugar al día siguiente en el ayuntamiento de Stendal. El comandante estadounidense, el general William Simpson, se hallaba en una posición difícil, por cuanto había de tener en cuenta no sólo los aspectos humanitarios, sino también las obligaciones de su país para con su aliado soviético, así como el problema práctico de cómo alimentar y administrar a tamaña afluencia de personas. Decidió acoger a los soldados heridos o desarmados, pero no accedió a la petición de Edelsheim de construir nuevos puentes y reparar los que existían a fin de facilitar la evacuación. Asimismo, se negó a aceptar a los refugiados civiles, que debían regresar en cualquier caso a sus hogares una vez acabada la guerra 27.

A la mañana del día siguiente, 5 de mayo, comenzó de un modo decidido el cruce del Elba en tres puntos: el viaducto erigido entre Stendal y Schönhausen, muy dañado por los bombardeos; los restos del puente cercano a Tangermünde, y el transbordador de Ferchland, a unos doce kilómetros más al sur. Se concedió prioridad a los supervivientes del 9º ejército. Todos los que permanecieron en la ribera oriental se preguntaban cuánto hacía que habían salido. El perímetro defensivo del 12º ejército estaba comenzando a reducirse por acción del ataque soviético. Contaba con una extensión frontal a lo largo del río de menos de veinticinco kilómetros, mientras que tenía una anchura de unos dieciocho kilómetros en el centro. El fuego de la artillería soviética comenzó a provocar numerosas víctimas entre los refugiados civiles tanto como entre los soldados.

A esas alturas, los sentimientos que albergaban los soldados del 12º ejército resultaban muy complejos. Estaban orgullosos de su misión de rescate, odiaban al Ejército Rojo, se hallaban furiosos con los estadounidenses por no haber avanzado más y detestaban al régimen nazi por haber traicionado a su propio pueblo. Todo esto, en su opinión, se resumía en la carretera por la que transitaban los refugiados que se dirigían a Tangermünde: en la cuneta había aún una señal del Partido Nazi que proclamaba: "¡Se lo debemos a nuestro Führer!" 28.

Los destacamentos del ejército estadounidense controlaban y restringían el flujo de soldados que se dirigían a los puentes. Vigilaban para que no pasase ningún miembro de las SS, ni extranjeros ni civiles. Algunos de ellos quitaron a los soldados alemanes los relojes y las medallas al tiempo que

las armas. Muchos soldados prestaban sus cascos de acero y sus abrigos a las mujeres a fin de hacer que cruzasen a escondidas, aunque los norteamericanos acababan por descubrir a la mayoría, que quedaba expulsada de la cola. También había otros grupos amenazados que intentaban pasar inadvertidos al otro lado. Así, no faltaban *Hiwi*, nacidos en la Unión Soviética, que pretendían infiltrarse en las colas ayudados por su uniforme de la Wehrmacht. Sabían que habrían de enfrentarse a un terrible castigo en caso de caer en manos de las tropas soviéticas. A principios de abril había habido 9.139 *Hiwi* en el 9º ejército en las márgenes del Óder, aunque no sobrevivieron más de cinco mil para alcanzar el Elba 29.

Los soldados de la Waffen SS oyeron que los estadounidenses acabarían por entregarlos al Ejército Rojo, por lo que destruyeron sus documentos y arrancaron todas sus insignias. Algunos de los miembros extranjeros fingieron ser presos de guerra condenados a trabajos forzados. Joost van Ketel, dentista perteneciente a la división Nederland de las SS, había logrado escapar a un arresto seguro cuando lo detuvieron los soldados del Ejército Rojo en el bosque cercano a Halbe. "Nix SS —había dicho—; *Russki* Kamerade. Hollandia". Entonces había mostrado un pase con bandas rojas, blancas y azules que los rusos aceptaron. El mismo truco le funcionó con los estadounidenses más al sur, cerca de Dessau; mas a su compañero alemán lo descubrieron de inmediato 30.

El general Wenck había establecido su cuartel general en el parque de Schönhausen, cuna del príncipe Bismarck. Resulta irónico que acabase precisamente en este lugar, por cuanto el canciller estaba convencido de que Alemania debía evitar a cualquier precio entrar en guerra con Rusia. El 6 de mayo, la cabeza de puente que rodeaba la zona había quedado com primida a ocho kilómetros de ancho y dos de hondo, y los batallones que defendían el perímetro apenas contaban con munición. Los ataques que llevaban a cabo los soviéticos con tanques, cohetes *Katyusha* y demás artillería estaban matando a miles de los que seguían haciendo cola para cruzar los puentes de un solo carril. El ser o no abatido cuando la guerra tocaba a su fin era tan sólo una cuestión de *Kriegsglück* ("suerte de la guerra"). Con todo, el bombardeo aún más violento que se produjo el 6 de mayo puso también en peligro a las tropas estadounidenses encargadas de filtrar a los refugiados. El 9º ejército de Estados Unidos, que no quería perder un solo hombre por culpa del fuego soviético, hizo que sus tropas cruzasen el río y se retiraron del Elba, lo que ofreció a los refugiados la oportunidad que necesitaban para atravesar el río en tropel.

"Muchos de los que no fueron capaces de cruzar el Elba terminaron por suicidarse", señaló el jefe del estado mayor de Wenck, el coronel Reichhelm 31. Otros trataron de cruzar el río, tan ancho como caudaloso, mediante el uso de botes y balsas hechas de planchas de madera o bidones de combustible atados. El coronel Von Humboldt, oficial de operaciones, recuerda haber visto canoas, esquifes y cualquier otro tipo de embarcación imaginable. "El verdadero problema —observa— era que debía haber una persona que se encargase de llevarlos de nuevo a la orilla de la que habían partido, y entre los que escapaban apenas si había voluntarios" 32.

Los destacamentos estadounidenses que esperaban en la otra orilla seguían tratando de hacerlos retroceder, pero ellos no dejaban de intentarlo. El general Von Edelsheim aseguró que las tropas norteamericanas tenían órdenes de disparar a los botes que llevasen refugiados civiles, bien que esta información resulta poco fiable.

Una serie de nadadores de gran fortaleza pasó de una orilla a otra una línea de cable para la transmisión de señales sujeta entre los dientes y que ataron a un árbol o una raíz llegados a la margen contraria. Entonces, los nadadores más débiles, las mujeres y los niños, se sirvieron de estas guías improvisadas para abrirse camino por entre las aguas. Con todo, los cables se partían en ocasiones. En total murieron veintenas —tal vez centenares— de soldados y civiles mientras trataban de cruzar.

La mañana del 7 de mayo, el perímetro de seguridad comenzó a derrumbarse. Las últimas piezas de artillería del 12º ejército dispararon los pocos proyectiles que les quedaban antes de que sus propias dotaciones las hicieran volar por los aires, lo que constituía "sin lugar a dudas el momento más difícil de todo artillero", según palabras de Rettich. Éste, conmovido por la desintegración de algunas unidades, se sintió henchido de orgullo por la bravura con que se condujeron sus cadetes de la división Scharnhorst, que fue "tal vez la última formación de la Wehrmacht que quedó en pie de

guerra en la Alemania septentrional”. Antes de volver a cruzar el río, destruyeron las provisiones y los vehículos que faltaban. Él mismo se deshizo de su “fiel todoterreno Tatra” rociándolo con un bidón de gasolina y lanzando en su interior una granada de mano. Cientos de caballos abandonados corrían nerviosos de un lado a otro. Los hombres trataban de perseguirlos para hacer que se introdujeran en el agua con la vana esperanza de obligarlos a cruzar el río a nado. Resultaba “una escena lamentable”.

Rettich reunió a los hombres que le quedaban cerca del puente de Schönhausen para pronunciar una arenga de despedida sobre el duro firme de la carretera por la que habían viajado juntos. A despecho de la amarga derrota, gritaron a coro “un sonoro *Sieg Heil* en honor de Alemania” antes de separarse “para no volver a reunirnos jamás”. Mientras cruzaban el puente de hierro de miembros retorcidos, lanzaron a las oscuras aguas del Elba sus armas, binoculares y el resto de pertrechos que aún conservaban.

Aquella tarde, el general Wenck cruzó el río junto con su estado mayor en un punto cercano al lugar en que se hallaba su cuartel general de Schönhausen. Lo habían dejado hasta el último momento. Una vez en el bote, se vieron atacados por el fuego enemigo, que hirió a un subteniente y mató a otro.

En Berlín, mientras tanto, proseguía sin resultados la búsqueda del cadáver de Hitler. Hasta el 3 de mayo no se descubrieron los cuerpos de los seis hijos de Goebbels. Los encontraron bajo las mantas de sus tres juegos de literas. Sus rostros mostraban aún un oscuro rubor debido al cianuro, lo que hacía parecer que seguían vivos, sumidos en un profundo sueño. El SMERSH llevó al vicealmirante Voss, oficial de enlace de Hitler y la Kriegsmarine, para que los identificase. Al parecer, quedó desolado por completo ante aquella visión.

Aquel día tuvo lugar un suceso extraño cuando visitaron la Cancillería del Reich los generales del primer frente bielorruso. Se encontró en el edificio el cadáver de un hombre con bigotito de cepillo y flequillo en diagonal. Sin embargo, se descartó de la investigación por tener zurcidos los calcetines, y todos estaban de acuerdo en que el Führer no habría llevado nunca unos calcetines remendados. Stalin se mostró mucho más preocupado al saber que se había permitido a una serie de soldados rasos que vieran el cadáver de Goebbels, y mandó castigar a los oficiales responsables.

Al abordar el velo de misterio que habían corrido sobre la identificación del cuerpo de Hitler, la intérprete Rzhevskaya hacía hincapié en que “el sistema de Stalin necesitaba la presencia de enemigos tanto externos como internos, por lo que temía relajar la tensión” 33. Posiblemente se pretendía hacer uso del doble a modo de prueba de algún tipo de conspiración anticomunista. Al día siguiente, cuando encontraron por fin el verdadero cadáver del Führer, llegaron de inmediato órdenes del Kremlin que prohibían el que se dijese a nadie una palabra del asunto. Resulta evidente que la estrategia de Stalin consistía en asociar a Occidente con el nazismo al hacer ver que los británicos o los estadounidenses debían de estar escondiendo al dirigente nazi. De hecho, ya circulaban rumores en los escalafones más altos que afirmaban que había escapado a través de los túneles o por vía aérea con Hanna Reitsch en el último momento y se hallaba oculto en la Baviera ocupada por los norteamericanos. Sin duda, esta propaganda negra no era sino una ramificación de las sospechas que albergaba Stalin de que los Aliados occidentales acabarían por firmar un pacto con los nazis a sus espaldas.

El 5 de mayo, tras más interrogatorios, se hallaron por fin los cadáveres de Hitler y Eva Braun. Aquel día ventoso y nublado volvió a registrarse con mayor pormenor el jardín de la Cancillería del Reich. Un soldado encontró el pico de una manta gris en la tierra acumulada al fondo del cráter provocado por un proyectil. Entonces se exhumaron dos cuerpos carbonizados, así como un pastor alemán y un cachorro encontrados en el mismo foso. De todo esto se informó enseguida al general Vadis.

Antes del amanecer de la mañana siguiente, el capitán Deryabin y un conductor envolvieron en sábanas los cuerpos de Hitler y Eva Braun para sacarlos a escondidas del cordón de Berzarin. Entonces los llevaron a la base del SMERSH en Buch, en el extremo noreste de Berlín. Allí, en una

pequeña clínica de ladrillo en que se habían reunido a fin de examinar el cadáver de Goebbels, el coronel Kraevsky y otros patólogos comenzaron a investigar los restos más importantes del Tercer Reich. A decir de Rzhevskaya, los expertos forenses se mostraron contrariados al recibir órdenes de mantener en un secreto absoluto y eterno todo lo relativo al cadáver de Hitler. No está del todo claro si Telegin estaba o no al corriente del hallazgo. De cualquier manera, lo cierto es que Beria lo hizo arrestar más tarde por otros motivos. Con todo, ni a Berzarin ni a Zhukov se les informó de que habían dado con el cuerpo. De hecho, el último se sintió traicionado al saberlo, por fin, cuatro lustros más tarde.

Vadis mandó hacer más comprobaciones a fin de estar seguro del todo de que tenía el verdadero cadáver antes de informar a Beria y a Stalin. Sus hombres encontraron a la ayudante del dentista de Hitler, que examinó las mandíbulas del cráneo que habían encontrado para confirmar que, en efecto, pertenecía al Führer. Lo que la llevó a esta conclusión fue el reconocer el puente que le había practicado el odontólogo. Las mandíbulas se habían separado a tal propósito para guardarlas en una caja forrada de satén rojo ("de las que se emplean para las piezas de joyería barata", en palabras de Rzhevskaya)34. El 7 de mayo, Vadis estuvo por fin lo bastante seguro para escribir un informe al respecto.

La muerte de Hitler, si bien no provocó el final inmediato de la guerra en Europa, sí que precipitó sus acontecimientos finales. Las fuerzas alemanas de la Italia septentrional y la Austria meridional, que ascendía a casi un millón de hombres, se rindieron el 2 de mayo. Churchill pretendía volar a la carrera hacia Fiume y proteger Trieste antes de que la tomasen los guerrilleros yugoslavos de Tito. La carrera por la costa báltica de Schleswig-Holstein la ganó el 2º ejército británico, que avanzó de un modo precipitado al norte del Elba a Lúbeck y a Trävemunde. Las tropas aliadas se dispusieron a trasladarse de inmediato con objeto de liberar Dinamarca. El 2º frente bielorruso de Rokossovsky, al que se había negado el trofeo de Dinamarca, tenía ocupada para entonces la totalidad de Mecklemburgo. Sus ejércitos, sin embargo, habían hecho pocos prisioneros en comparación. Para indignación de los soviéticos, los restos del tercer ejército de *Panzer* de Manteuffel y el 21º ejército del general Von Tippelskirch se habían trasladado en dirección oeste para rendirse a los británicos. Estas claudicaciones ma sivas ante los Aliados occidentales privaron a la Unión Soviética de la mano de obra forzada que pretendían conseguir a modo de compensación por los daños de guerra perpetrados durante la invasión de la Wehrmacht. Poco después de la rendición final, Eisenhower, que aún se mostraba remiso a contrariar al Kremlin, informó a la *Stavka* de que todas las tropas alemanas, incluidas las de Schörner, serían entregadas al Ejército Rojo. Antonov "acogió con gran satisfacción" este hecho 35.

La tarde del 4 de mayo, el almirante general Von Friedeburg y el general Kinzel, antiguo jefe de estado mayor de Heinrici, llegó al cuartel general del mariscal de campo Montgomery, establecido en el brezal de Luneburgo con la intención de firmar la capitulación de todas las fuerzas germanas existentes en la Alemania del noroeste, Dinamarca y Holanda. Cuando el general Bradley se reunió con el mariscal Konev el 5 de mayo, le hizo entrega de un mapa en el que se hallaba marcada la posición de cada una de las divisiones del ejército estadounidense. Bradley no recibió nada a cambio, si no fue una advertencia de que su país no se inmiscuyera en los asuntos de Checoslovaquia 36. Los mensajes soviéticos resultaban hostiles con descaro, cuando no brutales.[*]

[*] La intransigencia hostil renovada de que daba muestras Stalin y su negativa a cumplir con el acuerdo de Yalta acerca de Polonia, tanto en la letra como, sobre todo, en el espíritu, tal como observó Churchill, dio pie a que se temiera muy en serio que pudiese hacer caso omiso a todas las fronteras occidentales y empujar en breve a las fuerzas aliadas, reducidas de un modo drástico a raíz de la desmovilización, hasta el Canal de la Mancha. El primer ministro británico, que se hallaba muy preocupado desde que Roosevelt había declarado en la conferencia de Yalta que no tardaría en retirar el grueso de las fuerzas estadounidenses desplegadas en Europa, pensaba que debía examinarse cualquier eventualidad, incluido un ataque preventivo al Ejército Rojo con cien mil prisioneros de guerra alemanes a modo de refuerzo. El 8 de mayo, el mismo día V-E ("Victoria en Europa"), Churchill pidió al estado mayor de planificación conjunta que concibiera un plan de contingencia "puramente hipotético" llamado Operación Impensable. El documento

En San Francisco, Molotov refirió a Edward Stettinius, secretario de Estado que lo escuchaba estupefacto, que los dieciséis negociadores polacos enviados para discutir con el gobierno provisional dirigido por los soviéticos habían sido acusados del asesinato de doscientos miembros del Ejército Rojo.

El primer frente ucraniano de Konev había recibido órdenes de dirigirse al sur a fin de tomar Praga, donde se había levantado en contra de las tropas del mariscal de campo Schörner la resistencia checa, ayudada del general Vlasov, en un giro en redondo condenado al fracaso. Churchill había pedido el 30 de abril a los estadounidenses que enviasen al tercer ejército del general Patton para que se hiciese con la ciudad antes de que llegase a ella el Ejército Rojo; pero el general Marshall se había negado. Viena, Berlín y Praga estaban cayendo en manos de los soviéticos y arrastraban con ellos a toda la Europa central. Las autoridades de la ocupación soviética de Austria habían establecido un gobierno provisional sin consultar a los Aliados. Breslau, la capital de Silesia, se rindió el 6 de mayo tras un atroz sitio que duró casi tres meses.

El propio Vlasov había rechazado en principio la idea de traicionar a los alemanes a la hora duodécima, aunque en realidad no tenía elección alguna, hiciera lo que hiciese. “El 12 de mayo de 1945, cerca de la ciudad checoslovaca de Pilsen —informó el jefe del departamento político del primer frente ucraniano—, tanquistas del 25º cuerpo blindado capturaron al general Vlasov, traidor de la madre patria. Las circunstancias fueron las siguientes: Cierto teniente coronel del citado cuerpo fue abordado por un hombre del ejército de Vlasov con rango de capitán que afirmó, mientras apuntaba a un coche que se movía en solitario por la carretera en dirección oeste, que el general Vlasov se hallaba en el sobredicho vehículo. Se organizó de inmediato una persecución, y los tanquistas del 25º cuerpo blindado prendieron al traidor” 37. El detenido, que al parecer intentaba esconderse bajo unas mantas, llevaba un “pasaporte estadounidense a su nombre —según se dijo, si bien este detalle pudo haberse añadido a la lista de sus pertenencias por mor de la propaganda en contra de los Aliados occidentales—, su tarjeta del Partido, que había conservado, y un ejemplar de la orden que había dado a sus tropas para que dejaran de luchar, depusiesen sus armas y se rindieran al Ejército Rojo” 38. A Vlasov lo trasladaron desde el cuartel general de Konev hasta Moscú. Allí, las autoridades anunciaron más tarde a bombo y platillo su muerte tras una tortura tan espantosa como prolongada. Los días 13 y 14 de mayo, se aprehendió en la región de Pilsen a veinte mil de sus hombres, que fueron enviados a campos de concentración preparados especialmente para someterlos a interrogatorio por parte del SMERSH.

Mientras tanto, en el sur, los estadounidenses habían avanzado en dirección este y sureste desde Múnich, y también hacia el sur, en dirección al Tirol. Sin embargo, acabaron por detenerse por orden de Eisenhower. Los franceses habían capturado Bregenz, ciudad a orillas del lago Constanza. El general Von Saucken seguía resistiendo, al frente de lo que quedaba del 2º ejército, en el delta del Vístula, al borde de Prusia Oriental. En Curlandia, las divisiones que había pretendido hacer regresar Guderian con el fin de que defendiesen Berlín, tampoco habían dejado de luchar, pese a los brutales bombardeos lanzados por los ejércitos soviéticos que los rodeaban. Por otro lado, y a pesar de la escasez de combustible, la Kriegsmarine proseguía sus evacuaciones por mar desde la península de Hela, así como desde Curlandia y el estuario del Vístula. Con todo, el lugar donde se vivía la actividad más intensa eran aún los alrededores de Praga, donde el grupo de ejércitos del centro del mariscal de campo Schörner resistía al ataque de tres frentes soviéticos.

Durante la madrugada del 7 de mayo, el general Jodl firmó en nombre de Dönitz y el OKW un documento de rendición en el cuartel general de Eisenhower, situado en Reims. El general Susloparov, primer oficial de enlace soviético adscrito al SHAEF, firmó “en representación del alto mando soviético”39. Stalin montó en cólera al recibir la noticia, dado que la rendición debía haberse firmado en Berlín, dirigida por el Ejército Rojo, que había tenido que afrontar la mayor

de veintinueve páginas estuvo acabado el 22 de mayo, y ese mismo día llegó a manos de Churchill. A éste ya lo habían persuadido sus jefes de estado mayor de que resultaba poco menos que impensable atacar a las fuerzas soviéticas. Ante la posibilidad de una ofensiva rusa, la única esperanza consistía en replegarse hacia los puertos del Canal sin dejar de luchar. (Véase *Daily Telegraph*, 1 octubre 1998)

parte de la lucha. Para provocarlo aún más, los Aliados occidentales pretendían anunciar la victoria en Europa al día siguiente, por cuanto no iban a ser capaces de evitar que los periódicos publicasen todos los pormenores. Stalin, como cabe esperar, lo consideró prematuro. A pesar de la capitulación firmada por Jodl en Reims, el grupo de ejércitos de Schörner siguió resistiendo con fiereza en Checoslovaquia, y ni el general Von Saucken ni la colosal fuerza que aún se hallaba atrapada en Curlandia se habían rendido todavía. Con todo, la multitud que ya comenzaba a congregarse en Londres para festejar la victoria indujo a Churchill a insistir en que se anunciase el martes, 8 de mayo. A pesar de transigir en cierta medida, Stalin pretendía que se hiciera poco después de la medianoche, recién entrados en el 9 de mayo, tras la total rendición de Berlín.

No obstante, las autoridades soviéticas fueron incapaces de evitar que sus propios soldados adelantasen sus celebraciones. Koni Wolf, perteneciente al 7º departamento del 47º ejército, estuvo jugueteando con el dial de la radio durante la mayor parte del 8 de mayo. En determinado momento captó el anuncio hecho en Londres y lo comunicó a voz en grito a sus camaradas. La noticia apenas tardó en extenderse por todo Berlín. Las jóvenes soldados se apresuraron a lavar sus ropas, en tanto que los hombres del Ejército Rojo corrieron a buscar alcohol. Los oficiales del SMERSH anunciaron a gritos a Rzhevskaya que fuese preparándose para una fiesta. Como quiera que la habían advertido de que respondería con su cabeza en caso de que se perdiesen las mandíbulas de Hitler, pasó una velada más bien incómoda, escanciando bebidas para otros con una mano mientras agarraba con la otra la chillona caja roja. Sin duda había sido una sabia decisión el confiar una prueba tan relevante a una mujer aquella noche.

Los que habían estado luchando hasta el último segundo recibieron la noticia con una alegría aún mayor. Los que atacaban el perímetro defensivo dispuesto por el 12º ejército alrededor de Schönhausen, a orillas del Elba, habían sufrido un número de bajas considerable. El batallón de Yury Gribov perdió casi a la mitad de sus efectivos el 5 de mayo mientras atacaban a los supervivientes de la división Scharnhorst. Su comandante de regimiento, héroe de la Unión Soviética, murió dos días más tarde a consecuencia de las últimas escaramuzas. No obstante, llegada la noche del 8 de mayo había cesado el fuego. “Celebramos la victoria en el bosque. Formamos en un amplio claro y no dejamos siquiera que el comandante de la división acabase su emocionada arenga para disparar al cielo nuestras salvas. Nuestros corazones rebosaban de felicidad, y las lágrimas corrían por nuestras mejillas”40. Con todo, el alivio venía siempre mezclado con una gran tristeza. “Un brindis por la victoria —decían los hombres—, y otro por los amigos caídos” 41.

El escritor Konstantin Simonov fue testigo del drama final de Berlín. A finales de la mañana del 8 de mayo, se hallaba tumbado en una zona de hierba en el aeródromo de Tempelhof, que a la sazón se encontraba despejado de aviones alemanes destrozados. Una guardia de honor soviética de trescientos soldados recibía la instrucción de cierto “coronel bajito y rechoncho” que los hacía presentar armas una y otra vez 42. Entonces llegó el segundo de Zhukov, el general Slokolovsky. El primer aeroplano no tardó en aparecer. Andrei Vyshinsky, abogado de la acusación en los juicios propagandísticos celebrados en Moscú convertido en viceministro de Asuntos Exteriores, arribó con su séquito de diplomáticos soviéticos a fin de actuar en cuanto supervisor político de Zhukov.

Una hora y media más tarde aterrizó otro Dakota. En su interior viajaba el comandante supremo de las fuerzas aéreas Tedder, segundo de Eisenhower a la par que su representante, y el general Carl Spaatz, comandante de las fuerzas aéreas estadounidenses desplazadas a Europa. Tedder, según anotó Simonov, era delgado, joven y dinámico, “que sonreía a menudo, de modo forzado en ocasiones”. Sokolovsky se apresuró a saludarlo y llevó al grupo a donde se hallaba la guardia de honor.

Aún había de aterrizar un tercer aeroplano. De su interior salieron Keitel, el almirante Friedeburg y el general Stumpff, que representaba a la Luftwaffe. El general Serov corrió a recibirlos y los escoltó hacia el lado opuesto al que ocupaba la guardia de honor por que nadie pensara que se hallaba allí para darles la bienvenida. Keitel insistió en ir el primero. Vestía uniforme completo y

caminaba a grandes zancadas, con la vara de mariscal en la mano derecha y la mirada fija de forma deliberada al frente.

Las jóvenes soldados de aire elegante encargadas del tráfico, tocadas con boinas echadas hacia atrás y provistas de metralletas colgadas al hombro, habían detenido a todos los vehículos para permitir a los coches oficiales paso franco al nuevo cuartel general de Zhukov, situado en Karlshorst. La caravana de coches oficiales levantaba espesas nubes de polvo ante la mirada atenta de los alemanes que la observaban desde las calles transversales y los cruces. Simonov intentó imaginar qué debían de estar pensando al ver pasar a sus generales, conscientes de que se dirigían a firmar la rendición definitiva.

Poco antes de la medianoche entraron los representantes de los Aliados en la sala situada "en el edificio de dos plantas que había albergado los comedores del Colegio Alemán de Ingeniería Militar de Karlshorst" 43. El general Bogdanov, comandante del 2º ejército blindado de guardias, y otro general soviético se sentaron por error en los lugares reservados a la delegación alemana. Uno de los oficiales de estado mayor se lo hizo saber al oído, y ambos "se levantaron de un salto, como si les hubiese mordido una serpiente", y fueron a sentarse a otra mesa 44.

Los periodistas y cámaras de los noticiarios occidentales se comportaban, al parecer, "como desequilibrados". Desesperados por encontrar una posición privilegiada, apartaban de un modo brusco a los generales e intentaban avanzar a empellones tras la mesa principal, colocada bajo las banderas de los cuatro Aliados. Por fin tomó asiento el mariscal Zhukov. Tedder se situó a su derecha; los generales Spaatz y De Lattre de Tassigny, a su izquierda.

Entonces se hizo pasar a la delegación alemana. Friedeburg y Stumpff presentaban un aspecto resignado. Keitel hacía lo posible por parecer imperioso y lanzaba de cuando en cuando una mirada despectiva a Zhukov. Simonov pudo imaginar la ira que debía de bullir en su interior. Otro tanto le sucedió a Zhukov, que además paró mientes en las manchas rojas que tenía el alemán en el rostro. Los documentos de la rendición se colocaron sobre la mesa principal. El primero en firmar fue Zhukov, a quien siguieron, en este orden, Tedder, Spaatz y el general De Lattre. Keitel estaba sentado con la espalda muy erguida y los puños crispados. Por momentos, iba echando cada vez más hacia atrás la cabeza. A sus espaldas había un oficial alemán de estado mayor "llorando sin mover un solo músculo de su rostro".

Zhukov se puso en pie. "Invitamos a la delegación alemana a firmar las actas de capitulación", indicó en ruso. El intérprete tradujo sus palabras, aunque Keitel señaló con un gesto de impaciencia que lo había entendido y que debían acercarle el documento. El mariscal soviético, empero, apuntó con el dedo al final de su mesa y dijo al intérprete: "Diles que vengan aquí para firmar".

Keitel se levantó y caminó hacia donde le habían indicado. Con un ademán aparatoso, se quitó el guante antes de recoger la pluma. Era evidente que ignoraba por completo que el jefe soviético que miraba por encima de su hombro mientras firmaba era el representante de Beria: el general Serov. Keitel volvió a colocarse el guante y regresó a su lugar. Entonces tocó el turno a Stumpff y, por fin, a Friedeburg.

"La delegación alemana puede abandonar la sala", anunció Zhukov. Los tres aludidos se pusieron en pie. Keitel, "cuya papada colgaba tal la de un buldog", levantó por todo saludo su bastón de mariscal antes de girar sobre sus talones.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, dio la impresión de que todos los presentes espiraban al unísono: la tensión se relajó de modo instantáneo. Zhukov sonreía, al igual que Tedder. Todos comenzaron a hablar en tono alegre y a chocar las manos. Los oficiales soviéticos se daban grandes abrazos de oso. La fiesta que siguió al acto, en la que no faltaron las canciones ni las danzas, se prolongó casi hasta el amanecer. El propio mariscal Zhukov bailó la *Russkaya*, lo que provocó sonoros vítores de parte de sus generales. Desde el interior podían oír las explosiones que se producían en toda la ciudad a medida que los oficiales y soldados hacían estallar la munición que les quedaba contra el cielo nocturno a modo de celebración. La guerra había acabado.

27
Vae victis!

Stalin concebía la toma de Berlín como una recompensa legítima, aunque los beneficios resultaron ser decepcionantes, y las pérdidas, terribles. Un objetivo crucial en este sentido era el Reichsbank berlinés. Serov contaba con encontrar 2.389 kilos de oro, doce toneladas de monedas de plata y millones en billetes procedentes de países ocupados por el Eje 1. Sin embargo, la mayor parte de las reservas de oro nazis habían sido trasladadas al oeste. Sea como fuere, el caso es que a Serov lo acusaron más tarde de haber ocultado cierta parte de la recaudación para los "gastos operativos" del NKVD.

El objetivo principal, de cualquier modo, era despojar a Alemania de todos sus laboratorios, talleres y fábricas. El NKVD moscovita llegó incluso a proporcionar una lista de artículos que necesitaban los laboratorios forenses de la policía 2. El programa atómico soviético, conocido como operación Borodino, constituía el fin prioritario, aunque también se hicieron esfuerzos considerables para localizar a los científicos creadores del cohete V-2, los ingenieros de Siemens y cualquier otro técnico cualificado que pudiese ayudar a que la industria armamentística soviética se pusiera a la altura de la de Estados Unidos. Sólo unos pocos —como el profesor Jung y su equipo, que se negaron a colaborar en la investigación del gas nervioso— lograron resistir a la presión soviética. La mayor parte de los otros disfrutó de condiciones relativamente privilegiadas y del derecho a llevarse consigo a sus familias a la Unión Soviética 3.

El equipo científico de los alemanes, sin embargo, resultó ser poco más accesible que sus diseñadores humanos. La inmensa mayoría de los objetos que se trasladaron a Moscú fue de muy poca utilidad, dado que requerían un entorno adecuado para la ingeniería de precisión y necesitaban de unas materias primas de gran pureza. "El socialismo no puede beneficiarse —observó uno de los científicos soviéticos que trabajaron en el desmantelamiento de Berlín—, ni siquiera cuando se hace con toda la infraestructura tecnológica de otro país" 4.

El programa de desmantelamiento de laboratorios y fábricas se caracterizó sobre todo por el caos y el desastre. Así, los soldados del Ejército Rojo que dieron con el alcohol metílico lo probaron y lo compartieron con sus camaradas. Las piezas de los talleres fueron saqueadas por grupos de mujeres trabajadoras alemanas, que las dejaron al aire libre. Por lo tanto, no tardaron en oxidarse. Ni siquiera cuando buena parte de ese material lograba por fin transportarse a la Unión Soviética, estaba en condiciones de ser utilizado. La teoría estalinista de expropiación industrial demostró ser poco menos que inútil. Además, vino a sumarse a una actitud nada ilustrada por parte del Ejército Rojo en relación con la propiedad alemana en general. Los prisioneros de guerra franceses no daban crédito a sus ojos ante "la destrucción sistemática de maquinaria en buen estado que podía ser reutilizada" 5. Todo ello supuso un colosal derroche de recursos y condenó a la Alemania ocupada por los soviéticos a un atraso del que nunca llegó a recuperarse.

El saqueo que realizaban los soldados era tan salvaje como el que se había practicado en Prusia Oriental, aunque ahora era más exótico. Los generales soviéticos se comportaban como bajás turcos. Vasily Grossman describió el comportamiento de uno de los comandantes de cuerpo de Chuikov durante los últimos días de la batalla. Este general se había hecho con "dos preciosos ejemplares de perro salchicha, un loro, un pavo real y una gallina de guinea que viajan con él —anotó en su cuaderno—. Su cuartel general está muy animado" 6.

La mayor parte del botín del general consistía en obsequios de los comandantes subordinados, quienes se hacían enseguida con los mejores artículos cada vez que se tomaba un palacio o una mansión. Zhukov recibió un par de escopetas Holland & Holland, que más tarde emplearía Abakumov para intentar desacreditarlo, por orden del propio Stalin casi con toda seguridad. Estas dos armas se convirtieron, debido a la obsesión estalinista por elevarlo todo al carácter de denuncia, en "veinte escopetas únicas fabricadas por Golland & Golland ([*sic*]"7.

En el otro extremo de la cadena de mando, los soldados del Ejército Rojo acumulaban una interesante selección de artículos provenientes del pillaje. Las jóvenes soldados estaban interesadas en reunir todo un ajuar a partir de los bienes "de las Hildegardas", con la esperanza de estar aún a tiempo de encontrar un marido en un mundo en el que escaseaban los hombres. Los soldados casados recogían prendas de vestir para enviárselas a sus esposas, lo que no excluía las "bragas de Hildegarda". Este tipo de regalos no hacía sino confirmar las peores sospechas que pudiesen albergar sus mujeres en la Unión Soviética. Muchas estaban convencidas de que las berlinesas estaban seduciendo a sus maridos.

De cualquier manera, lo más frecuente era que los soldados se centrasen en la obtención de artículos que les fueran de utilidad una vez de regreso a sus hogares, aunque en general eran demasiado pesados para los paquetes de cinco kilos que les permitían enviar. Uno de los oficiales refirió a Simonov que sus hombres tomaban lunas enteras de cristal, que protegían por ambas caras con placas de madera y ataban con alambre para remitirlas a casa. El escritor recreaba una de las escenas que se producían en el departamento postal del Ejército Rojo: "Venga, deja que lo envíe —decía el soldado—. Los alemanes dejaron mi casa hecha pedazos. Vamos, acepta el paquete. Si no, es que no sois del departamento postal".

Muchos enviaban sacos de clavos.

Uno de ellos se presentó con una sierra que había enrollado sobre sí misma.

—Al menos, podías haberla envuelto con algo —le dijo un soldado del departamento postal.

—¡Venga, tómalo! No he tenido tiempo: vengo de primera línea de frente.

—Sí, pero ¿dónde está la dirección?

—En la sierra. Aquí: ¿la ves? —La había escrito en la hoja con lápiz indeleble 8.

Otros sobornaban a las mujeres alemanas con pan para que les cosieran el botín que habían reunido en una sábana con la intención de hacer un paquete.

El distribuir regalos distinguidos, como sombreros o relojes, a la familia y los amigos que esperaban en la Unión Soviética se había convertido en una cuestión de orgullo. La obsesión con los relojes de pulsera los hacía más preciados que otros muchos artículos de más valor. No era extraño que los soldados llevaran varios en la muñeca, de los cuales había al menos uno con la hora de Moscú mientras que otro marcaba la de Berlín. Por esta razón seguía siendo frecuente el hecho de que apoyasen sus metralletas contra el estómago de los civiles para gritarles: *Uri*, *Uri!*, mucho después de que se hubiese producido la rendición. Por su parte, los alemanes hacían lo posible por explicar, en un alemán rudimentario, de tal manera que pudiesen entenderlo los rusos, que su reloj ya se lo había llevado un camarada: *Uhr schon Kamerad* 9.

Pronto aparecieron en Berlín niños rusos —de los cuales algunos no superaban los doce años— que tenían la intención de colaborar en el saqueo. Al ser arrestados, dos de ellos admitieron haber hecho todo el camino que separaba la capital del Reich de Vologda, población situada muy al norte de Moscú 10. Menos sorprendente resulta el que los trabajadores foráneos llevasen a cabo, en medio de aquella atmósfera casi carnavalesca, "considerables actos de pillaje" en las zonas liberadas, tal como afirmaba un informe estadounidense. "Los hombres se dirigen a las bodegas de vino; las mujeres, a las tiendas de ropa, y unos y otras reúnen toda la comida que encuentran de camino". De cualquier modo, "gran parte de los saqueos que se atribuyen a los extranjeros es en realidad obra de los propios alemanes" 11.

Los germanos sentían un odio y un miedo viscerales ante los que cumplían penas de trabajos forzados, y se asustaron al ver que las autoridades de los Aliados occidentales insistían en la necesidad de alimentarlos en primer lugar. "Se dice incluso —escribió Murphy al secretario de Estado el 1 de mayo— que el obispo de Múnster llama rusos a todos los desplazados y pide que los

Aliados proporcionen a los alemanes protección ante estas “gentes inferiores”12. Al contrario de lo que pensaban los alemanes, empero, los forzados eran responsables, por sorprendente que pueda parecer, de escasos actos de violencia, al menos si se tiene en cuenta lo mucho que habían sufrido desde su deportación a Alemania.

En Berlín, los sentimientos de la población civil eran contradictorios. Si bien estaban resentidos por el pillaje y las violaciones, también se mostraban asombrados y agradecidos por los grandes esfuerzos que llevaba a cabo el Ejército Rojo para alimentar a los berlineses. La propaganda nazi los había convencido de que los harían morir de hambre de un modo sistemático. El general Berzarin, que salió a la calle para charlar con los alemanes que hacían cola frente a las cocinas de campaña soviéticas, se convirtió en poco tiempo en un héroe para los berlineses, consideración que ya gozaba entre sus propios hombres. Su muerte en un accidente de moto provocado por un conductor bebido llenó a todos de consternación e hizo que corriesen rumores entre los alemanes de que lo habían asesinado los del NKVD.

A los berlineses les sorprendió más por una forma de ayuda alimentaria de carácter menos altruista: los soldados soviéticos aparecían con pedazos de carne y pedían a las amas de casa que se los cocinaran a cambio de una porción. Al igual que todos los soldados, querían “poner los pies bajo una mesa” situada en la cocina real de una casa de verdad. Siempre llevaban consigo algo de alcohol, y tras la comida era costumbre que todos bebieran por la paz con aire solemne. Después de esto, los soldados insistían en brindar “por las damas”.

El peor error cometido por las autoridades militares alemanas había sido su negativa a destruir las reservas de alcohol que se encontraban en la ruta que tomaba el Ejército Rojo a medida que avanzaba. Esta decisión se basaba en la idea de que un enemigo borracho no podría luchar. Sin embargo, y para desgracia de la población femenina, el alcohol era precisamente lo que cumplía a los soldados del Ejército Rojo para lograr el coraje que necesitaban para cometer violaciones además de celebrar el final de una guerra tan terrible.

Las celebraciones de la victoria no implicaban, ni mucho menos, que hubiese desaparecido el miedo de Berlín. Muchas alemanas fueron víctimas de violación como parte de dichos festejos. Un joven científico soviético oyó de una muchacha alemana de dieciocho años, de la que se había enamorado, que durante la noche del 1 de mayo, un oficial del Ejército Rojo le había introducido en la boca el cañón de su pistola y lo había mantenido en esa posición mientras la violaba a fin de asegurarse de que ella no oponía resistencia alguna 13.

Las mujeres no tardaron en aprender cómo debían desaparecer durante las “horas de cacería” de la noche. Muchas madres escondían a sus hijas durante varios días en los desvanes. Aquéllas salían a la calle a fin de recoger agua tan sólo a primera hora de la mañana, cuando los soldados soviéticos estaban durmiendo la borrachera de la noche. En ocasiones, el peligro provenía de una madre que revelaba el escondrijo de otras muchachas en un intento desesperado de salvar a su propia hija 14.

Los berlineses recuerdan que, dado que todas las ventanas habían saltado a causa de las explosiones, era difícil no oír los gritos que se sucedían una noche tras otra. Las estimaciones llevadas a cabo por los dos hospitales más importantes de Berlín oscilaban entre las noventa y cinco mil y las ciento treinta mil víctimas de violación. Un médico calculó que de unas cien mil berlinesas violadas, unas diez mil murieron a raíz de la agresión. La causa de muerte más extendida en estos casos era el suicidio. La tasa de mortalidad fue, al parecer, mucho mayor entre el millón cuatrocientas mil personas que habían sufrido esta suerte en Prusia Oriental, Pomerania y Silesia. En total se cree que fueron forzadas al menos dos millones de mujeres alemanas, y una minoría sustancial —que tal vez llegue más bien a ser una mayoría— fue sometida a violaciones múltiples 15. Una amiga de Ursula von Kardorff y de la espía soviética Schulze-Boysen fue agredida por “veintitrés soldados, uno detrás de otro”. Después la hubieron de coser en el hospital 16.

Las reacciones de las mujeres alemanas ante la experiencia de la violación variaban mucho. Para muchas víctimas, en especial jóvenes muchachas que no tenían mucha idea de lo que les estaban haciendo, los efectos psicológicos podían ser devastadores. En adelante, y en ocasiones para el resto de sus vidas, les resultaba difícil en extremo mantener relaciones con un hombre. Las madres, por lo general, se mostraban mucho más preocupadas por sus hijas, lo que hacía que superasen con mayor facilidad lo que ellas podían haber sufrido. Otras, ya fuesen jóvenes o adultas, trataban sin más de olvidar la experiencia. “Debo reprimir un buen número de cosas para poder ser capaz de vivir”, reconoció una mujer que se negaba a hablar de la cuestión [17]. Las que en lugar de resistirse conseguían abstraerse de lo que les estaba sucediendo parecen haber sufrido mucho menos. Algunas lo describían como una experiencia “no corporal”. “Ese sentimiento —escribió una de ellas— ha conseguido evitar que aquel hecho condicione el resto de mi vida” [18].

Todo apunta a que el duro cinismo característico de los berlineses también ayudó en este sentido. “En general —escribió en su diario nuestra escritora anónima el 4 de mayo—, estamos empezando poco a poco a tratar todo el asunto de las violaciones con cierto sentido del humor, aunque sea del tipo más lúgubre posible”[19]. Se dieron cuenta de que los rusos se dirigían en primer lugar hacia las mujeres más gordas, lo que les proporcionaba una cierta alegría del mal ajeno, dado que las que no habían perdido peso durante la contienda eran, por lo general, las esposas de los funcionarios del Partido Nazi y otras que se habían aprovechado de su situación privilegiada.

La violación, tal como señala la autora del diario, se había convertido en una experiencia colectiva, por lo que debía ser superada de un modo colectivo a través de la conversación. Sin embargo, los hombres trataban de prohibir a su regreso cualquier men ción del asunto, ni siquiera cuando estaban ausentes. Las mujeres descubrieron que, en tanto que ellas debían aprender a asumir lo que les había sucedido, los hombres de sus vidas no hacían muchas veces más que empeorar las cosas. Los que habían estado presentes a la sazón se avergonzaban de su incapacidad a la hora de protegerlas. Hanna Gerlitz se entregó a dos oficiales soviéticos borrachos para salvar la vida de su esposo y la suya propia. “Después —escribió— hube de consolar a mi marido y ayudarlo a recuperar el coraje. Lloraba como un niño”[20].

Los hombres que regresaron a sus hogares tras evitar que los apresaran o después de ser liberados de los campos de concentración sufrieron un duro golpe al saber que sus esposas o sus prometidas habían sido violadas en su ausencia. (Muchos de los que habían estado recluidos en los campos soviéticos durante un período dilatado adolecían también de “desexualización” a causa del hambre)[21]. Les fue muy difícil aceptar la idea de que hubiesen violado a sus esposas. Ursula von Kardorff oyó hablar de un joven aristócrata que rompió su compromiso al saber que su prometida había sido forzada por cinco soldados rusos [22]. La autora anónima del diario, por otra parte, refirió a su antiguo amante, que apareció de un modo inesperado, las experiencias a las que habían sobrevivido los habitantes del edificio. “Os habéis convertido en putas desvergonzadas —le espetó—. Todas. No puedo soportar esas historias: ¡Habéis olvidado vuestros valores! ¡Todas!”. Entonces, ella le dio a leer su diario, y cuando él comprobó que había confiado al papel la experiencia de su propia violación, la miró como si ella hubiese perdido la chaveta. Se fue un par de días más tarde a buscar comida, y nunca más volvió a saber de él [23].

Cierta muchacha, su madre y su abuela, que habían sido violadas al mismo tiempo a las afueras de Berlín, se consolaban con la idea de que el hombre de la casa hubiese muerto en el transcurso de la guerra, pues de lo contrario lo habrían matado mientras trataba de impedir el estupro, según se decían [24]. Sin embargo, en realidad fueron pocos los hombres alemanes que dieron muestras de lo que, la verdad sea dicha, habría resultado ser un coraje inútil. El célebre actor Harry Liebke murió descalabrado de un botellazo al tratar de salvar a una joven que se refugiaba en su apartamento, aunque todo apunta a que este caso fue excepcional. La anónima escritora del diario llegó incluso a oír a una mujer referir en la cola del agua que cuando los soldados del Ejército Rojo la estaban sacando a rastras del sótano, un hombre que vivía en su mismo bloque le había gritado: “¡Déjate llevar, por el amor de Dios! Nos estás causando problemas a todos”[25].

Si alguien intentaba defender a una mujer frente a un agresor soviético, se trataba por lo general de un padre o un hijo que intentaban proteger a su hija o a su madre. “Dieter Sahl, de treinta años —

escribieron sus vecinos en una carta poco después del suceso— se lanzó agitando los puños sobre un ruso que estaba violando a su madre delante de él. Lo único que consiguió fue morir de un disparo”[26].

Tal vez el mito más grotesco de la propaganda soviética fuese la idea de que “el servicio alemán de inteligencia ha dejado a un buen número de berlinesas infectadas de enfermedades venéreas a fin de que contagiasen a los oficiales del Ejército Rojo”[27]. Otro informe del NKVD atribuía este hecho de forma específica a la actividad de la Werwolf. “Algunos miembros de la organización clandestina Werwolf, muchachas en su mayoría, recibieron de sus dirigentes la misión de infectar a los comandantes soviéticos de tal manera que no pudiesen cumplir con su deber”[28]. Antes incluso del ataque efectuado desde el Óder, las autoridades soviéticas achacaron el incremento de las enfermedades de transmisión sexual al hecho de que el enemigo estuviese “dispuesto a usar cualquier método que pueda debilitarnos y dejarnos fuera de servicio”[29].

Fueron muchísimas las mujeres que hubieron de hacer cola ante los centros médicos, y el ver a tantas en la misma situación no era demasiado consolador. Una médica instaló una clínica especializada en enfermedades venéreas en el interior de un refugio antiaéreo, y colocó en el exterior el letrero de “tifus” en cirílico a fin de alejar a los soldados rusos. Tal como ilustraba la película *El tercer hombre*, la penicilina no tardaría en convertirse en el artículo más codiciado del mercado negro. También se disparó la tasa de abortos. Se calcula que un 90 por 100 de las víctimas que quedaron encinta acabaron por interrumpir su embarazo, bien que esta cifra da la impresión de ser elevada en extremo. Muchas de las mujeres que llegaron a dar a luz abandonaron a los recién nacidos en los hospitales, lo que se debía por lo general al convencimiento de que sus maridos o prometidos nunca aceptarían su presencia en el hogar [30].

En ocasiones se hace difícil saber si los jóvenes oficiales soviéticos adolecían de un gran cinismo o sólo de un idealismo totalmente ciego. “El Ejército Rojo es el más avanzado del mundo en lo moral —declaró uno de ellos a un oficial de zapadores—. Nuestros soldados sólo atacan al enemigo cuando éste va armado. Estemos donde estemos, siempre damos un gran ejemplo de humanidad hacia la población local, y las manifestaciones de violencia o pillaje son por completo ajenas a nuestro carácter”[31].

La mayor parte de las divisiones de fusileros de primera línea de combate demostraron ser más disciplinados que, por ejemplo, las brigadas de tanques de la retaguardia. Por otro lado, abundan los testimonios que hacen pensar que los oficiales judíos del Ejército Rojo se desvivían por proteger a las mujeres y a las niñas alemanas. De cualquier manera, todo apunta a que la mayoría de los oficiales y soldados hicieron caso omiso a la orden dictada por Stalin el 20 de abril, a través de la *Stavka*, por la que conminaba a todas las tropas “a cambiar su actitud frente a los alemanes... y tratarlos mejor”. Resulta significativo el que se adujera como motivo de dicho mandato el que “el comportamiento brutal” de que daban muestras los soldados daba pie a una resistencia obstinada, “y una situación como ésta no es conveniente para nosotros” [32].

Un prisionero de guerra francés se acercó en plena calle a Vasily Grossman el 2 de mayo. “Monsieur —le dijo—, me gusta su ejército, y por eso me resulta doloroso comprobar cómo está tratando a las muchachas y las mujeres. No cabe duda de que eso va a hacer mucho daño a su propaganda”[33]. Y eso fue precisamente lo que ocurrió. En París, los dirigentes del Partido Comunista, cuya admiración por el Ejército Rojo en aquel entonces parecía no tener límites, se horrorizaban al oír de boca de los prisioneros de guerra que regresaban a Francia la versión menos heroica de los acontecimientos. Con todo, hubo de pasar aún mucho tiempo antes de que las autoridades soviéticas comenzasen a hacerse cargo de la situación.

Muchos piensan que al ejército soviético se le concedieron dos semanas para saquear Berlín y violar a sus mujeres antes de que se impusiera la disciplina. Sin embargo, la situación no puede resumirse de un modo tan sencillo. El 3 de agosto, tres meses después de la rendición de la capital, Zhukov hubo de publicar órdenes más severas a fin de controlar los casos de “robo”, “violencia física” y “sucesos escandalosos”. Toda la propaganda soviética acerca de la “liberación de las

garras de la camarilla fascista" estaba empezando a volverse contra los propios soviéticos, en especial cuando comenzó a tratarse a las esposas e hijas de los comunistas alemanes tan mal como a las demás. "Tales hechos y comportamientos impunes —declaraba la orden— están dañando sobremanera nuestra reputación a los ojos de los antifascistas alemanes, sobre todo ahora que ha acabado la guerra, y respaldan en gran medida a las campañas fascistas en contra del Ejército Rojo y el gobierno soviético"[34]. Se culpaba a los comandantes por permitir a sus hombres que vagasen por la ciudad sin vigilancia. Las "ausencias impunes" debían evitarse. Los sargentos y cabos debían comprobar que sus hombres estuviesen presentes por la mañana y por la noche. Debían proporcionarse tarjetas de identificación a los soldados. Las tropas no podían salir de la capital sin que mediase una orden de traslado. De hecho, lo que contenía el mandato no era sino la lista de medidas que habría considerado normales cualquier ejército occidental incluso en caso de que las tropas se hallasen en cuarteles de su propio país.

La prensa internacional publicó durante todo el verano artículos dedicados a la cuestión. El efecto que tuvo ésta sobre los partidos comunistas extranjeros, que a la sazón se encontraban en el punto culminante de su prestigio, alarmó al Kremlin a ojos vistas. "Esta campaña desvergonzada —escribió el segundo de Molotov— tiene por objeto dañar la altísima reputación del Ejército Rojo y achacar a la Unión Soviética la responsabilidad de todo lo que está ocurriendo en los países ocupados... Los numerosos seguidores con que contamos en todo el mundo necesitan que los armemos de información y hechos para lanzar campañas de contrapropaganda"[35].

Cierto es que los niveles de moralidad se hallaban por los suelos, pero no lo es menos que las circunstancias tampoco habían dado lugar a demasiadas opciones. Al regresar a Berlín, Ursula von Kardorff vio escenas de gentes caídas en la miseria que hacían trueques cerca de la puerta de Brandeburgo. Enseguida acudió a su memoria una frase de la Ópera de cuatro cuartos de Brecht: "Primero la comida; después, la moral"[36].

La puerta de Brandeburgo se había convertido en el centro principal del trueque y el mercado negro a principios de mayo, cuando comenzaron a ne gociar con su botín los prisioneros de guerra y los trabajadores forzados puestos en libertad. Ursula von Kardorff pudo ver prostituirse por comida o por la moneda alternativa en que se habían convertido los cigarrillos a mujeres de todo tipo. *Willkommen in Shanghai*, señaló alguien cínicamente. Las mujeres de treinta años parecían tener muchos más, según observó la periodista.

La moral, sin embargo, no era lo único que había quedado distorsionado por la necesidad de sobrevivir. A la autora del diario citado en páginas anteriores, que había sido editora, la abordó un marino soviético tan joven que debería haber estado aún en la escuela y le preguntó dónde podía encontrar una chica limpia y decente, de buen carácter y afectuosa, a la que pagaría con alimento, lo que por norma general quería decir pan, arenque y panceta. El escritor Ernst Jünger, siendo oficial de la Wehrmacht en el París ocupado, sostuvo que la comida es equivalente al poder, un poder que, claro está, se hace aún mayor cuando la mujer tiene un niño que alimentar, como era el caso con que se encontraron muchísimos soldados en Francia. En Berlín, la tasa de cambio del mercado negro se basaba en la *Zigarettenwährung* ("moneda cigarrillo"), de modo que cuando llegaron los soldados estadounidenses, que disponían de un número casi ilimitado de cartones de tabaco, no tuvieron necesidad alguna de forzar a nadie [37].

La definición de violación empezaba a confundirse con la de coacción sexual. Cuando las mujeres se enfrentaban al hambre no era necesario el empleo de una arma o la violencia física. Éste podría describirse como el tercer estadio en la evolución de los actos de estupro en la Alemania de 1945. El cuarto consistió en una extraña forma de cohabitación en la que se establecían muchos oficiales soviéticos con las "mujeres de ocupación" que vinieron a sustituir a la "mujer de campaña". Las esposas verdaderas que esperaban en la Unión Soviética se enfurecían al oír hablar de las "mujeres de campaña"; sin embargo, su indignación moral no tuvo límites cuando supieron de la nueva tendencia [38]. Las autoridades soviéticas también se asombraron y montaron en cólera al

comprobar que, llegada la hora de regresar a la madre patria, no fueron pocos los oficiales del Ejército Rojo que desertaron para quedarse con sus amantes alemanas 39.

Tras ser abordada por el joven marino, la mujer del diario se preguntaba si no se habría convertido ella misma en una furcia al aceptar la protección y generosidad alimentaria de un culto comandante ruso. Éste, al igual que la mayoría de sus compatriotas, respetaba su formación, en tanto que los hombres alemanes que conocía tendían a profesar cierta antipatía a las mujeres que habían ido a la universidad. Con todo, y al margen de lo que tuviesen de violación o de prostitución, estos pactos para obtener alimento y protección habían arrojado a las mujeres a un estado primitivo, casi primigenio.

Ursula von Kardorff, por otra parte, previó que, a pesar de que las mujeres alemanas se habían visto obligadas a desarrollar una capacidad de resistencia mayor aún que la de los hombres, no tardarían en volver a la posición social estereotipada en cuanto regresasen los que habían estado recluidos en campos de concentración. "Quizás ahora —escribió— nos enfrentamos las mujeres al trabajo más duro que hemos hecho en el transcurso de esta guerra: el de ofrecer nuestra comprensión, consuelo, respaldo y coraje a tantos hombres derrotados y desesperados"40.

El hecho de que Alemania hubiese seguido luchando durante tanto tiempo se debía en parte a que la idea de la derrota provocaba en ellos "una convicción de catástrofe total"41. Los alemanes creían que su país iba a quedar totalmente subyugado y que sus soldados iban a pasar el resto de sus vidas como esclavos en Siberia. Con todo, una vez que se derrumbó la resistencia a raíz de la muerte de Hitler, la transformación experimentada por la actitud de los alemanes sor prendió a los rusos de Berlín. Éstos quedaron anonadados ante "la docilidad y la disciplina de la gente", cuando habían esperado de ellos una feroz guerra de guerrillas semejante a la que había protagonizado el pueblo soviético 42. Serov indicó a Beria que la población estaba actuando "con una obediencia incuestionable"43. Uno de los oficiales de estado mayor de Chuikov lo atribuyó a un arraigado "respeto por el poder existente"44. Al mismo tiempo, los oficiales del Ejército Rojo se admiraban de la naturalidad con que confeccionaban muchos alemanes banderas comunistas recortando la cruz gamada del centro de la enseña escarlata de los nazis. Los berlineses se referían a este giro de ciento ochenta grados como *Heil Stalin!*

Esta actitud sumisa, sin embargo, no impidió al SMERSH ni al NKVD que consideraran a cada fugitivo o incidente un claro ejemplo de actividad de la Werwolf. Cada uno de los regimientos de guardias de frontera del NKVD arrestaba a más de cien alemanes al día a principios de mayo. Más de la mitad de éstos había de enfrentarse después al SMERSH. Algunos de los que denunciaban a sus compatriotas ante las autoridades soviéticas eran antiguos miembros del Partido Nazi, tal vez con la intención de ofrecer sus acusaciones antes de quedar ellos mismos al descubierto. El SMERSH chantajeaba a los antiguos nazis para que ayudasen a las unidades del NKVD a perseguir a los oficiales de las SS y la Wehrmacht. Se empleaban pelotones que contaban con perros entrenados a fin de registrar los apartamentos y barracas en los que se habían escondido hasta muy poco antes muchos desertores alemanes que huían precisamente de las SS y la Feldgendarmerie.

Entre las teorías soviéticas de sabotaje se hallaba la idea de "que los dirigentes de las organizaciones fascistas preparan envenenamientos masivos en Berlín mediante la venta de limonada y cerveza emponzoñadas" 45. Los niños a los que encontraban jugando con bazucas y otras armas abandonadas habían de enfrentarse a interrogatorios como sospechosos de pertenecer a la Werwolf, y al SMERSH no le interesaba otra cosa que no fuesen las confesiones. El único signo manifiesto de desafío parece haber sido un puñado de carteles nazis aparecidos en Lichtenberg que proclamaban: "¡El Partido sigue vivo!" 46. También hubo otra llamativa excepción al ambiente general de sumisión: La noche del 20 de mayo, "un número aún por determinar de bandidos" atacó el campo especial número 10 del NKVD y liberó a cuatrocientos sesenta y seis prisioneros. El comandante Kyuchkin, responsable del centro, se hallaba "en un banquete" cuando tuvo lugar el ataque. Beria montó en cólera: después de las severas críticas que había vertido el NKVD sobre los jefes del ejército por su falta de vigilancia, el incidente resultaba harto embarazoso 47.

Lo único que deseaban las mujeres de Berlín era que la vida tornase a algo parecido a la normalidad. La visión más frecuente que podía contemplarse en la capital eran las cadenas humanas que formaban las *Trümmerfrauen* ("mujeres de los escombros") con sus cubos a fin de despejar las calles de los restos de edificios derrumbados y ladrillos susceptibles de ser reutilizados. Muchos de los hombres alemanes que habían quedado en la ciudad estaban escondidos o bien se habían venido abajo por dolencias psicosomáticas en cuanto acabó la guerra.

Al igual que sucedía con todas las cuadrillas de trabajadores, las mujeres cobraban en un principio poco más que algún puñado de patatas, aunque el proverbial humor de los berlineses no decaía. Así, se rebautizaron todos los distritos: Charlottenburg se había convertido en *Klamottenberg* ("montaña de trastos"); Steglitz, en *steht nichts* ("no queda nada en pie"), y Lichterfelde, en *Trichterfelde* ("campo de cráteres")48. Se trataba en gran medida de una fachada de coraje que no escondía otra cosa que resignación y callada desesperación. "La gente vivía con su destino", señaló un joven berlinés 49.

Los empleados y funcionarios obedecieron la orden de regresar a sus puestos de trabajo dictada por el general Berzarin. Los oficiales del SMERSH se sirvieron de las tropas del NKVD para acordonar el edificio del Grossdeutscher Rundfunk situado en la Masurenallee y se exhortó a los miembros del personal a permanecer de pie al lado de sus escritorios 50. Éstos recordaron aliviados que no habían tratado de sabotear o destruir sus instalaciones. El oficial del SMERSH al cargo, el comandante Popov, que se hallaba acompañado de comunistas alemanes, los trató bien y se aseguró de que las jóvenes que abundaban en el edificio recibiesen la protección de sus tropas, bien que esto no les sirvió de mucho pocos días después, cuando les permitieron regresar a sus hogares.

Los comunistas alemanes que regresaron del "exilio moscovita" mostraban una actitud totalmente servil ante sus amos soviéticos. Por más que se encontrasen en el bando vencedor, estaban acosados por una profunda sensación de fracaso. Esto se debía a que la clase obrera alemana no había hecho nada por impedir la invasión nazi de la Unión Soviética en 1941. Sus camaradas rusos no pensaban dejar que lo olvidasen. Los comentarios de desdén relativos a la cantidad de alemanes que se habían mostrado dispuestos a afirmar que eran miembros del Partido Comunista antes de 1933 dieron pie a una furiosa incredulidad ante el hecho de que fuesen tan pocos los que habían tomado las armas para enfrentarse al régimen. El que la única resistencia a Hitler conocida de todos hubiese surgido de "círculos reaccionarios" no hizo gran cosa por mejorar su disposición hacia los comunistas alemanes.

Beria consideraba que los dirigentes de estos últimos eran "idiotas" o "profesionales de carrera". El único por el que sentía algún respeto era el veterano Wilhelm Pieck, un hombre fornido de cabello cano, nariz redonda y cabeza cuadrada. El grupo enviado desde Moscú a Alemania se reunió en la habitación de Pieck antes de salir. "No teníamos ni idea de cuál iba a ser la función del Partido (Comunista alemán); ni siquiera sabíamos si lo iban a permitir —recuerda Markus Wolf, que más tarde se convertiría en jefe del servicio de información de la Alemania Oriental durante la guerra fría—. Nuestra labor consistía tan sólo en respaldar a las autoridades militares soviéticas"51. Antes había admitido ser "lo bastante ingenuo para dar por hecho que la mayoría de los alemanes se alegraban de ser liberados del régimen nazi y acogerían con los brazos abiertos al ejército soviético como libertador de su pueblo"52.

El 27 de mayo, un hermoso día de primavera, estos comunistas alemanes sobrevolaron el centro de Berlín para aterrizar en el aeródromo de Tempelhof. Las escenas de destrucción los conmovieron hasta lo más hondo. No parecían guardar esperanzas de que la ciudad pudiera ser reconstruida algún día. Sus sentimientos personales eran también muy contradictorios. El suyo era un regreso sin demasiada convicción. Los miembros más jóvenes, que habían crecido en la Unión Soviética, se extrañaban al oír hablar alemán en las calles. Mientras celebraban la victoria en Moscú dos días antes, Wolf se había sorprendido pensando "del mismo modo en que lo habría hecho un joven

ruso". Con todo, un par de días después de su llegada supo por los comunistas alemanes el modo en que había tratado a la población el Ejército Rojo. "Nuestros *frontoviki* han causado estragos —escribió en su diario el 30 de mayo—. Todas las mujeres han sido violadas. Los berlineses ya no tienen reloj"53. La propaganda de Goebbels acerca del Ejército Rojo había provocado un miedo terrible. "Luego llegó la experiencia, la realidad, e hizo que la mayoría de alemanes, sobre todo los que vivían al este del Elba, se tornasen muy, muy antisoviéticos"54.

El dirigente de su grupo en Berlín era Walther Ulbricht, burócrata estalinista al que muchos odiaban y despreciaban y que era famoso por sus estrategias de denunciar a los rivales. Beria lo describió como "un sinvergüenza capaz de matar a su padre y a su madre"55. Wolf recuerda su acento sajón y el tono elevado de su voz. Lo consideraba una máquina "sin corazón", que sólo guardaba lealtad a la política soviética. Todo lo que procedía de Stalin era para él "una orden absoluta"56. Ulbricht dijo a Wolf que abandonase toda esperanza de regresar a la Unión Soviética para proseguir sus estudios de diseñador aeronáutico. Lo enviaron al centro de radiodifusión de la Masurenallee (el Grossdeutscher Rundfunk no tardó en ser rebautizado como Berliner Rundfunk) para llevar a cabo labores de propaganda. Allí se encontró al cargo de un programa llamado *Una sexta parte del planeta*, consagrado a los gloriosos logros industriales de la Unión Soviética. Las autoridades soviéticas, representadas en este caso por el general Vladimir Semyonov, prohibieron de modo tajante mencionar los tres temas de los que querían tener noticias los alemanes. Estos "temas tabú" eran: "la violación, la suerte de los prisioneros de guerra [alemanes] y la línea Óder-Neisse", que suponía la pérdida de Prusia, Pomerania y Silesia en favor de Polonia 57.

A pesar de que la propaganda soviética había creado para entonces sus propios programas, se ordenó a la población de Berlín que entregase todos sus equipos de radio en los puestos militares más cercanos. Magda Wieland recuerda haber llevado el suyo a la *Kommandantur* local, pero a medida que se acercaba, vio a los soldados que se encontraban en el exterior seguirla de un lado a otro con la mirada. Ella se limitó a dejar caer la radio en medio de la calzada antes de darse la vuelta y echar a correr.

Al ver las fogatas que sembraban las calles, los rechonchos ponis cosacos e incluso los camellos, a los berlineses les parecía que su ciudad se hallaba ocupada por "mongoles". En gran medida, se trataba de un reflejo de la propaganda de Goebbels. Los centenares de fotografías que muestran a las tropas soviéticas en Berlín revelan que tan sólo un porcentaje mínimo era de origen centroasiático. Con todo, la piel curtida por el clima, que había adquirido una pátina parda a causa de las secreciones sebáceas y el polvo, y los ojos entrecerrados por la constante exposición al viento conferían a muchos soldados cierta apariencia oriental; aunque en las fotografías de combatientes británicos y franceses de finales de la primera guerra mundial puede observarse un efecto semejante. Las imágenes extravagantes que poblaban las calles berlinesas tardaban en desaparecer. Escuálidos pilluelos jugaban junto a los "tanques calcinados abandonados al borde de la calzada como buques encallados"58. Sin embargo, los blindajes ennegrecidos no tardaron en quedar empapelados de carteles que anunciaban clases de baile, un primer conato desesperado de fomentar una reactivación económica que permitiría a los berlineses salir de lo que ellos llamaban *die Stunde Null*, el momento vital más bajo que podían imaginar.

La principal prioridad del general Berzarin consistía en restaurar los elementos fundamentales para vivir, en especial los servicios esenciales, tales como la electricidad, el agua y, más tarde, el gas. Del total de treinta y tres mil camas de hospital con que había contado la ciudad podían emplearse tan sólo ocho mil quinientas. Algunos acontecimientos resultaban simbólicos de un modo significativo. Así, el viernes, 11 de mayo, el rabino del Ejército Rojo celebró el primer oficio religioso judío en la sinagoga del hospital semita de la Iranischestrasse 59. Como puede imaginarse, la ceremonia constituyó una ocasión muy emotiva para aquellos que habían salido de sus escondrijos o que se habían librado de la ejecución en el último momento.

En la ciudad había más de un millón de personas que se habían quedado sin hogar. Seguían viviendo en los sótanos y los refugios antiaéreos. El humo de las fogatas que empleaban para

cocinar surgía de lo que parecía poco más que un montón de escombros cuando las mujeres trataban de recrear algo semejante a una vida de hogar para sus hijos en medio de las ruinas.

La destrucción del 95 por 100 del sistema de tranvías y el que aún hubiese una buena parte de los sistemas del *U*-Bahn y el S-Bahn anegada a raíz de la explosión hacían que visitar a los amigos que vivían en otras partes de la ciudad requiriese una fuerza física que pocos poseían. Casi todos sufrían una gran debilidad por el hambre y habían de dedicar la mayor parte de sus energías a buscar comida. Recibían el nombre de "hámsteres", surgido durante la hambruna de 1918, mientras que los trenes se conocían como "expresos hámster"60.

Los berlineses, sin embargo, vivían aún muchísimo mejor que sus compatriotas que habían quedado en Prusia Oriental, Pomerania y Silesia. La represión se intensificó en la primera de estas regiones. El 5 de mayo, Beria envió allí al coronel general Apollonov para que dirigiese nueve regimientos del NKVD y a cuatrocientos agentes del SMERSH. La misión de éstos consistía en "asegurar la eliminación de espías, saboteadores y otros elementos enemigos", de los cuales se habían deshecho ya de "más de cincuenta mil" desde que se había invadido la región en enero 61. La población, que había sido de dos millones doscientos mil habitantes en 1940, se vio reducida a ciento noventa y tres mil a finales de mayo de 1945 62.

Prusia Oriental, blanco de todos los odios de Rusia, sufrió la suerte más terrible de todas las áreas ocupadas. La tierra quedó devastada durante varios años. Las casas estaban calcinadas o habían sido despojadas incluso de los enseres más básicos. Hasta las bombillas habían desaparecido a manos de soldados campesinos que ni siquiera tenían electricidad en sus hogares. Las granjas estaban muertas; el ganado, sacrificado o trasladado a Rusia; las tierras bajas, convertidas en ciénagas. Pero el destino de los civiles que no lograron escapar fue lo peor de todo. A la mayoría de mujeres y niñas las llevaron a la Unión Soviética para llevar a cabo trabajos forzados "en bosques, turberas y canales de quince a dieciséis horas al día"63. Algo más de la mitad de ellas murió durante los dos años siguientes. De las supervivientes, casi la mitad había sido víctima de violaciones. Cuando las devolvieron a la Alemania ocupada por la Unión Soviética en abril de 1947, la mayoría hubo de ser hospitalizada de inmediato a causa de la tuberculosis y las enfermedades venéreas.

En Pomerania, por otra parte, lo que quedaba de la población alemana se mostró muy amistosa con muchos de los soviéticos que habían ocupado su región. Los pomeranos temían el día —cada vez más cercano— en que los polacos asumirían el control de la zona y pondrían en marcha su venganza. El alimento escaseaba en gran medida, aunque en realidad eran pocos los que sufrían de inanición. Los albores del verano proporcionaron al menos su propia cosecha de acederas, ortigas y diente de león, aunque había tal escasez de harina que la gente la mezclaba con corteza de abedul. Resultaba imposible obtener jabón, por lo que para hacer la colada se servían de ceniza de haya a modo de detergente.

Con todo, fue en territorio polaco donde Beria (por orden de Stalin, según parecen apuntar todos los indicios) concentró la mayor fuerza represiva una vez que se hubo ocupado de Prusia Oriental. En tanto que el general Serov dispuso de diez regimientos del NKVD para la ocupación de la Alemania derrotada, el general Selivanovsky recibió quince para vigilar el territorio supuestamente aliado de Polonia. Beria ordenó también al "camarada Selivanovsky actuar como representante del NKVD al tiempo que como consejero del Ministerio de Seguridad Pública polaco". Éste era quizás el mejor indicio de la verdad que había tras la afirmación que hizo Stalin en Yalta de que la Unión Soviética estaba "interesada en crear una Polonia poderosa, libre e independiente"64.

28
El hombre del caballo blanco

Los soldados soviéticos parecían estar sufriendo sin saberlo la culpa del superviviente. Cuando pensaban en todos sus camaradas muertos, les resultaba algo desconcertante contarse entre los vivos al final de la batalla. Se habían "abrazado los unos a los otros como hermanos" en señal de felicitación llena de alivio. Sin embargo, muchos seguían sin poder dormir bien semanas después de que hubiesen callado los cañones. El insólito silencio los desconcertaba. También necesitaban asimilar lo sucedido durante todos aquellos momentos en los que no se habían atrevido a pensar demasiado.

No había duda de que la experiencia que habían vivido constituía el período más importante no sólo de sus vidas, sino también de la historia mundial. Pensaban en sus hogares, sus novias y sus esposas, y en que se iban a convertir en miembros respetados de su comunidad. Para las mujeres soldado, empero, las perspectivas no resultaban tan prometedoras ni mucho menos. Había menos hombres con los que salir. Las que estaban embarazadas sabían que no les quedaba otro remedio que hacer de tripas corazón. "Así, Ninka —escribió a su amiga una joven soldado—, tienes una hija y yo tendré un bebé, por lo que no debemos estar tristes por no tener marido"[1]. La mayoría regresó a su hogar después de haber alumbrado y aseguró que habían matado a su esposo en el frente.

La guerra constituía una experiencia extraordinaria en otros sentidos. Había supuesto, por ejemplo, una excitante muestra de libertad tras las purgas de 1937 y 1938 que hacía pensar en una completa erradicación del terror. Se había derrotado al fascismo; Trotsky había muerto; se había firmado una serie de acuerdos con las potencias occidentales. No parecía haber razón alguna por la que el NKVD hubiera de mantener su actitud paranoica. Con todo, una vez que regresaron a la Unión Soviética, los soldados empezaron a darse cuenta, a raíz del súbito arresto de algún amigo, de que los informadores habían vuelto al trabajo y los pelotones del NKVD tornaban a hacer sus llamadas de madrugada.

La cercanía de la muerte en el frente había hecho mucho por eliminar el condicionamiento estaliniano del miedo. Los oficiales y los soldados se habían tornado bastante francos, sobre todo en lo tocante a sus aspiraciones para el futuro. Los que habitaban zonas rurales estaban deseando eliminar las granjas colectivas. Los oficiales, a quienes habían concedido primacía sobre los agentes políticos en el otoño de 1942, creían que había llegado la hora de que la elite burocrática soviética, la *nomenklatura*, se enfrentase a una reforma similar. De un modo cínico en extremo, Stalin había alimentado durante la guerra los rumores de este tipo, que hacían pensar en una mayor libertad cuando el dirigente mantenía en todo momento la intención de aplastarla en cuanto aca base el conflicto.

A los ojos del SMERSH y el NKVD los oficiales del Ejército Rojo habían comenzado a padecer un exceso de confianza a medida que se acercaba la victoria. Y los agentes políticos no habían olvidado los insultos de los mandos del Ejército Rojo cuando fueron degradados en la batalla de Stalingrado. De nuevo volvían a estar muy preocupados por las cartas en las que los soldados comparaban las condiciones que vivían en Alemania con las de su propio país. El SMERSH de Abakumov temía que resucitase el espíritu "decembrista" entre los oficiales.

Las autoridades soviéticas eran muy conscientes de que los soldados del Ejército Ruso que habían invadido Francia en 1814 comparaban la vida de dicho país con la existencia miserable que llevaban en el suyo. "En esa época —refería cierto informe—, la influencia de la vida francesa tenía

un carácter progresivo, por cuanto otorgaba a los miembros del pueblo ruso la oportunidad de comprobar el retraso cultural de su país, la opresión zarista, etc. Esto inspiró a los decembristas [que habían intentado dar un golpe de estado liberal en 1825] la conclusión de que era necesario combatir la autocracia zarista. Hoy, la situación es muy diferente. Tal vez la hacienda de algún que otro terrateniente sea más rica que una granja colectiva en concreto, hecho que puede llevar a un hombre retrasado en lo político a la conclusión de que la economía feudal es preferible a la socialista. Este tipo de influencia es regresiva, y por eso se hace necesario emprender una lucha despiadada contra tales actitudes”2.

Los departamentos políticos también se alarmaban ante los “comentarios antisoviéticos” de los soldados que se quejaban del trato que recibían sus familias en su propio país. “No creemos que la vida esté mejorando en la retaguardia —señaló al parecer un soldado—. Yo lo he visto con mis propios ojos”3. Tampoco pasaban por alto lo mal que habían sido tratados ellos mismos en el frente. Algunas unidades del Ejército Rojo habían estado a punto de amotinarse poco antes del fin de la guerra al recibir órdenes de despojar los cadáveres de los soldados fallecidos incluso de la ropa interior. Sólo los oficiales podían ser enterrados con toda su vestimenta. Por otro lado, también hubo, al parecer, un incremento en el número de casos de oficiales impopulares a los que sus propios hombres disparaban por la espalda en plena batalla 4.

Los arrestos llevados a cabo por el SMERSH por “comentarios sistemáticos antisoviéticos e intenciones terroristas” aumentaron de un modo drástico durante los meses finales de la guerra y poco antes de la rendición 5. El jefe de estado mayor de un batallón de fusileros del NKVD sufrió arresto por haber “llevado a cabo de un modo constante actividades propagandísticas contrarrevolucionarias entre las tropas”. Había “difamado a los dirigentes del Partido y el gobierno soviético”, amén de elogiar la vida en Alemania al tiempo que “calumniaba la prensa comunista”. Un tribunal militar compuesto de miembros del NKVD lo condenó a ocho años de trabajos forzados en el Gulag 6.

La proporción de las detenciones por motivos políticos se dobló en el Ejército Rojo desde 1944 hasta 1945, año en que la Unión Soviética apenas si estuvo en realidad más de cuatro meses en guerra. En ese año triunfal fueron condenados al menos 135.056 soldados y oficiales por “crímenes contrarrevolucionarios”7. De un modo semejante, la junta militar del tribunal supremo de la Unión Soviética condenó a 123 jefes en 1944 y a 273 en 1945.

Estas cifras no tienen en cuenta el tratamiento recibido por los soldados del Ejército Rojo capturados por los alemanes. El 11 de mayo de 1945, Stalin dio orden de que cada frente organizara campos de concentración en los que recluir a los antiguos prisioneros de guerra y deportados soviéticos. Se planearon entonces cien campos, de los cuales cada uno era capaz de albergar a diez mil personas. Los prisioneros liberados debían ser “investigados por el NKVD, la NKGB y el SMERSH” 8. De los ochenta generales del Ejército Rojo capturados por la Wehrmacht, sólo treinta y siete sobrevivieron hasta que los liberaron sus tropas. Entonces, el SMERSH arrestó a once de ellos, que fueron sentenciados por tribunales del NKVD 9.

El proceso de repatriación no se culminó hasta el 1 de diciembre de 1946. “Para entonces habían regresado a la Unión Soviética cinco millones y medio de personas, de los que 1.833.567 habían sido prisioneros de guerra”. Más de un millón y medio de miembros del Ejército Rojo a los que habían capturado los alemanes fueron enviados o bien al Gulag (339.000 de ellos) o a los batallones de trabajos forzados de Siberia o del extremo norte, que apenas si eran mejores. Los civiles que habían sido llevados a la fuerza a Alemania eran “enemigos en potencia del estado”, por lo que debían someterse a la vigilancia del NKVD. También se les prohibió acercarse a menos de cien kilómetros de Moscú, Leningrado o Kiev, y sus familiares siguieron siendo sospechosos. En una fecha tan reciente como 1998, los formularios que había que presentar para entrar en un instituto ruso de investigación contenía aún una sección en la que se preguntaba si algún miembro de la familia del solicitante había estado en un “campo de prisioneros para enemigos”.

Stalin y sus mariscales mostraban muy poco respeto por las vidas de sus soldados. Las víctimas de los tres frentes que participaron en la toma de Berlín fueron numerosas en extremo: 78.291 muertos y 274.184 heridos. Los historiadores rusos reconocen hoy que estas pérdidas, que no tenían

por qué haber sido tan elevadas, se debieron en parte a la intención de llegar a la capital del Reich antes que los Aliados occidentales y en parte al hecho de haber enviado tantos ejércitos a asaltar la ciudad, lo que hizo que acabasen por bombardearse unos a otros.

El tratamiento que se dispensó a los que quedaron mutilados mientras luchaban por su país resultó igual de insensible. Los más afortunados hubieron de hacer cola durante “largas horas para conseguir prótesis semejantes a las patas de palo con que se paseaban los que habían perdido una pierna en la batalla de Borodino” 10. De cualquier manera, las autoridades de las grandes ciudades no tardaron en decidir que no querían ver sus calles desfiguradas por “*samovar*es” mutilados, por lo que los reunieron para deportarlos. Muchos fueron enviados a Belaya Zemlya, en el extremo septentrional, como si fuesen prisioneros del Gulag.

La ira y la frustración tomaron formas muy diversas aquel verano en la Unión Soviética. Las más terribles consistían en crueles brotes de antisemitismo. Así, los judíos del Asia central se encontraron de pronto agredidos en mercados y escuelas. Al parecer, las gentes de los municipios gritaban: “Esperad a que vuelvan del frente nuestros muchachos; entonces mataremos a todos esos judíos”. Las autoridades locales se limitaban a calificar esta actitud de “acto de gamberrismo, y a menudo [dejaban] impune el crimen” 11.

El mayor atentado de este tipo se produjo en Kiev. A principios de septiembre, un comandante judío del NKVD fue víctima de un ataque callejero a manos de “dos antisemitas vestidos con uniforme militar”, que bien podrían haber estado borrachos 12. Al final, el comandante se las arregló para sacar su pistola y matarlos. Sus funerales se tornaron en breve en una violenta manifestación. El cortejo llevaba los dos ataúdes por la calle cuando de pronto la procesión se encaminó al recién reformado mercado judío. Sólo ese día, recibieron una paliza poco menos de cien judíos. De ellos, cinco murieron, y otros treinta y seis fueron trasladados a hospitales con serias heridas. La intranquilidad se extendió hasta tal punto que se hubo de apostar en el mercado judío a una guardia permanente. En esta ocasión no sólo se achacó la culpa a los “gamberros”, sino que se describió incluso a los miembros del comité central del Partido Comunista ucraniano en cuanto “dignos sucesores” de Goebbels. Al año siguiente, las autoridades retiraron de la circulación el “Libro negro” de Grossman y Ehrenburg sobre el Holocausto.

Resulta muy difícil determinar hasta dónde llegaba el antisemitismo de Stalin y hasta qué punto estaba condicionado por el odio que profesaba a Trotsky. Todo parece indicar que, en parte debido al internacionalismo de éste, Stalin concebía a los judíos como parte de una red mundial, lo que lo hacía sospechar de ellos. El “cosmopolitismo” comportaba traición, y este hecho alcanzó su punto culminante con la histeria antisemítica avivada a raíz de la “conspiración de las batas blancas” poco antes de su muerte. A pesar de su origen georgiano, Stalin se había convertido en algo semejante a un chauvinista ruso, que, a semejanza de otros extranjeros, como Napoleón o Hitler, se arropó con la bandera del nacionalismo. En un famoso discurso triunfal pronunciado el 24 de mayo, alabó a los rusos sobre todas “las naciones de la Unión Soviética” por su “mente despejada, energía y carácter firme”13. Estaba dirigido sobre todo a las naciones meridionales no rusas, muchas de las cuales sufrieron brutales deportaciones ordenadas por él y que fueron la causa de decenas de miles de muertos. Sin embargo, y a diferencia de Hitler, Stalin era en esencia un profesional de la política más que un genocida llevado de motivos raciales.

Si bien no se permitía que nada restase méritos al triunfo “ruso”, el programa ideológico del Partido rendía tributo a un solo hombre: “Nuestro perínclito genio, caudillo de nuestras tropas, el camarada Stalin, a quien debemos nuestra histórica victoria”14. El dirigente soviético había hecho notar su presencia de un modo descarado cada vez que estaba a punto de ganarse alguna batalla, y se había quitado de en medio cuando se desencadenaba algún desastre, y más aún si lo había provocado él mismo. Los comandantes habían siempre de reconocer su sabiduría y su espíritu orientador. Dar crédito a lo que decían resultaba peligroso en extremo.

Stalin se tornaba desconfiado si algún ciudadano soviético era objeto de encomio en el extranjero, y debió de sentirse aún más suspicaz ante los profusos halagos de que le hacía objeto la

prensa británica y estadounidense. Aunque el dirigente soviético recelaba del poder de Beria, un poder que estaba a punto de frenar, lo cierto es que lo tenía aún más preocupado la inmensa popularidad de que gozaban Zhukov y el Ejército Rojo. Cuando Eisenhower visitó la Unión Soviética, el mariscal lo acompañó a todas partes, y llegó incluso a volar con él a Leningrado en el avión privado del general estadounidense. Allá donde fuesen, los dos egregios comandantes eran objeto de una calurosísima bienvenida. Más adelante, Eisenhower invitó a Zhukov y a su "mujer de campaña", Lydia Z...ova, a visitar Estados Unidos; pero Stalin convocó a su mariscal a Moscú de inmediato a fin de frustrar este proyecto. No le cabía duda alguna de que Zhukov había entablado muy buenas relaciones con el comandante en jefe aliado.

Aunque era consciente de las intenciones de debilitarlo que albergaba Beria, Zhukov ignoraba que la mayor amenaza provenía de los celos de Stalin. A mediados de junio, en Berlín, le preguntaron sobre la muerte de Hitler en una rueda de prensa, y él se vio obligado a admitir ante el mundo que "aún no hemos encontrado un cadáver que haya podido identificarse"15. Alrededor del 10 de julio, Stalin volvió a telefonearle para que le revelara el paradero del cuerpo. No hay duda de que jugar con él de este modo le producía un gran placer. Cuando descubrió por fin la verdad veinte años más tarde por mediación de Rzhevskaya, a Zhukov le costó aceptar que Stalin pudiese haberlo humillado de esta forma. "Yo era uno de sus allegados —insistía—. Stalin me salvó: eran Beria y Abakumov los que querían librarse de mí"16. Este último, el jefe del SMERSH, pudo haber sido el motor principal de las acciones contra Zhukov; pero el dirigente soviético sabía lo que estaba sucediendo y dio su aprobación.

En Moscú, el pueblo aclamaba a Georgy Konstantinovich Zhukov, a quien conocía por "nuestro San Jorge", patrón de la capital soviética. Tras las celebraciones triunfales llevadas a cabo en la ciudad el 9 de mayo (un día de gozo y alivio, al tiempo que de muchas lágrimas), se proyectó un gran desfile en la Plaza Roja a fin de conmemorar la victoria. En él participaría un regimiento de cada uno de los frentes, así como uno de la armada y otro de las fuerzas aéreas de la Unión Soviética. Se haría llegar ex profeso la bandera que se había erigido sobre el Reichstag, convertida a esas alturas en objeto de culto. También se reunieron enseñas alemanas y se llevaron a Moscú por razones bien diferentes.

Los mariscales y generales soviéticos dieron por sentado que Stalin encabezaría el desfile del 24 de junio. Al fin y al cabo, era él el comandante supremo (el Verjovny), el supuesto responsable de la gran victoria. Sin embargo, en Rusia, la tradición dictaba que los desfiles triunfales debía dirigirlos un hombre a caballo.

Una semana antes del acto, Zhukov recibió órdenes de acudir a la *dacha* de Stalin. Éste preguntó al antiguo miembro de la caballería, que había combatido en la primera guerra mundial y también en la guerra civil, si todavía se veía capaz de manejar un caballo.

—Aún monto de cuando en cuando —respondió Zhukov.

—En tal caso, vamos a hacer una cosa: tú encabezarás la parada, y Rokossovsky quedará al mando.

—Te agradezco el honor —declaró el mariscal—; pero ¿no sería mejor que la encabezaras tú? Al fin y al cabo, eres tú el comandante en jefe y, por tanto, a ti corresponde tal honor.

—Yo ya estoy muy mayor para eso. Tú eres más joven: te encargarás de encabezarla 17.

Al despedirse, le comunicó que montaría un semental árabe que se encargaría de mostrarle el mariscal Budyonny.

Al día siguiente, Zhukov se dirigió al aeródromo central a fin de observar los ensayos del desfile. Allí se encontró con Vasily, el hijo de Stalin, que quiso hablar con él en privado.

—Te voy a revelar un gran secreto —le dijo—: Papá se ha estado preparando para dirigir la parada triunfal; pero ha sufrido un curioso incidente: Hace tres días, el caballo se desbocó en la escuela de equitación porque él no supo emplear las espuelas con maña. Papá se agarró a las crines e intentó mantenerse en la silla, aunque no lo logró, y al caer se hirió un hombro y la cabeza. Tras levantarse, escupió y dijo: "Que sea Zhukov quien encabece el desfile; al fin y al cabo, él ha pertenecido a la caballería".

—¿Qué caballo estaba montando?

—Un semental árabe blanco, el que montarás tú en la parada. Pero te ruego que no digas una palabra de esto a nadie.

Zhukov le agradeció la confidencia, y durante los pocos días que quedaban no pasó por alto ninguna oportunidad de visitar al caballo y amaestrarlo.

La mañana del desfile se presentó lluviosa. “El cielo está llorando a nuestros muertos”, era el comentario más común entre los moscovitas. De las gorras caían gotas de agua. Los soldados y oficiales habían recibido uniformes nuevos y medallas. A las diez menos tres minutos, Zhukov montó al semental cerca de la puerta de Spassky en el Kremlin. Podía oír el rumor de los aplausos a medida que los miembros de la cúpula del Partido y el gobierno soviético tomaban posiciones en el mausoleo de Lenin. Cuando el reloj dio la hora, puso su caballo al paso en dirección a la Plaza Roja. Las bandas rompieron a tocar *Slav'sya!* (“Gloria a ti”), de Glinka, para después callar. Rokossovsky, tan nervioso como él, dominaba con mano firme su corcel negro. Su voz de mando podía oírse con claridad. El punto culminante del desfile llegó cuando marcharon hasta el mausoleo doscientos veteranos, uno detrás de otro, para arrojar a los pies de Stalin las banderas nazis que llevaban. Mientras avanzaba sobre su magnífico semental africano envuelto en el clamor de la multitud, Zhukov no podía imaginar que Abakumov estaba preparando su caída.

La *dacha* de Zhukov tenía micrófonos instalados, que recogieron la cena con que celebró la victoria en compañía de algunos buenos amigos. El crimen que cometieron consistió en no dedicar el primer brindis de la noche al camarada Stalin. Este hecho desencadenó más tarde la tortura y el encarcelamiento del general Kryukov, comandante de caballería. Su esposa, la célebre intérprete de música popular Lydia Ruslanova, acabó por ser enviada al Gulag cuando desdeñó los siniestros designios de Abakumov. El comandante del campo de concentración al que fue llevada la obligó a cantar para él y sus oficiales, y ella repuso que sólo cantaría si iban a estar presentes todos sus camaradas, los demás *zeky*.

Una semana después del desfile de la victoria, el mariscal Stalin fue nombrado generalísimo “por el destacado servicio prestado en la Gran Guerra Patria”, distinción que fue a sumarse a las medallas de Héroe de la Unión Soviética, de la Orden de Lenin y de la Orden de la Victoria, una estrella de cinco puntas de platino incrustada de ciento treinta y cinco diamantes y cinco rubíes de grandes dimensiones 18. Los banquetes ceremoniales y los galardones mostraban una total indiferencia ante la hambruna del Asia central que habría sido más propia del régimen zarista.

Al año siguiente, la campaña que llevó a cabo Abakumov para obtener bajo tortura confesiones de los colegas de Zhukov acabó con el exilio del mariscal, primero en diversas provincias y después en su *dacha*. Con la excepción de un breve período en que actuó como ministro de Defensa bajo Jruschev, sufrió este destierro domiciliario hasta el 9 de mayo de 1965, conmemoración del vigésimo aniversario de la fecha en que se habían rendido ante él los alemanes en Karlshorst. En el palacio de congresos del Kremlin se celebró un gran banquete. En él no hubo invitado —incluidos ministros, mariscales, generales y embajadores— que no se levantase al ver entrar a Leonid Brezhnev, quien caminaba a la cabeza de su séquito. Entre los últimos entró Zhukov, a quien había invitado aquél en el último momento. El dirigente soviético debió de arrepentirse de este gesto, dado que, a su llegada, toda la concurrencia rompió a aplaudir y a jalearlo al grito de: “¡Zhukov! ¡Zhukov! ¡Zhukov!” al tiempo que daba golpes en las mesas. Al rostro de Brezhnev asomó una mirada glacial 19.

Zhukov hubo de regresar a su *dacha*, que seguía cargada de micrófonos ocultos. A pesar de que quedó rehabilitado en lo social, nunca volvió a aparecer en acontecimientos públicos de envergadura durante los nueve años de vida que le quedaban. Con todo, la herida más cruel de todas fue para él la del descubrimiento de que Stalin lo había engañado en lo relativo al cadáver de Hitler.

El rencor mostrado por Alemania ante la derrota estaba arraigado en la confusión emocional e intelectual que rodeó y siguió a la primera guerra mundial. La idea de que el mundo estaba en contra del pueblo alemán se había convertido en algo semejante a una profecía que contribuye a cumplirse por su propia naturaleza. Los interrogadores estadounidenses y británicos quedaron

atónitos ante los altos mandos de la Wehrmacht que hacían gala de una inocencia herida y el convencimiento de que los Aliados occidentales debían de haber entendido mal sus propósitos. Estaban dispuestos a reconocer la existencia de "errores", pero no de crímenes. Éstos los cometieron los nazis y las SS.

Mediante el uso de un eufemismo que supera con creces cualquier circunloquio estaliniano, el general Blumentritt se refirió al antisemitismo nazi como "los acontecimientos erróneos ocurridos desde 1933". "Se perdió, por consiguiente, la colaboración de científicos de renombre —afirmaba—, lo que fue en detrimento de nuestra investigación, la cual declinó en consecuencia desde 1933" 20. Este razonamiento parece dar por sentado que si los nazis no hubiesen perseguido a los judíos, habrían tenido a su disposición a científicos como Einstein, capaces de ayudarlos a producir mejores "armas milagrosas", tal vez incluso la bomba atómica, con las que impedir a los bolcheviques que invadiesen Alemania. A pesar de sus ingenuos sofismas, no lograba darse cuenta en ocasiones de que contradecía sus propios intentos de distanciar a la Wehrmacht de los nazis. Sostenía que, frente a la confusión revolucionaria de 1918, la falta de motines de 1945 demostraba de forma clara hasta qué punto se había convertido Alemania en una sociedad unida bajo el gobierno de Hitler.

El interrogatorio de los generales que no dejaban de apelar al honor de un oficial alemán ponían en evidencia sorprendentes distorsiones de la lógica. El comité conjunto de inteligencia del SHAEF lo atribuía a "un sentido de la moral pervertido". "Estos generales —declaraba un informe basado en más de trescientas entrevistas— aprueban todo tipo de acciones siempre que tengan "éxito". Lo que lo tiene es correcto; lo que no, incorrecto. Así, por ejemplo, fue incorrecta la persecución de los judíos anterior a la guerra, dado que puso a los angloamericanos en contra de Alemania. Por el contrario, lo correcto habría sido posponer la campaña antijudía hasta que Alemania hubiese ganado la guerra. Fue incorrecto bombardear Inglaterra en 1940. Si se hubiesen abstenido de hacerlo, Gran Bretaña se habría unido a Hitler en la guerra contra Rusia —o al menos eso creían—. Había sido incorrecto tratar como ganado a los [prisioneros de guerra] rusos y polacos, por cuanto éstos iban a tratar del mismo modo a Alemania. Había sido incorrecto declarar la guerra a Estados Unidos y a Rusia, porque juntos tenían más poder que Alemania. Éstas no son afirmaciones aisladas de los generales partidarios del régimen nazi; representan los pensamientos predominantes entre casi todos estos hombres. A muy pocos de ellos se les pasa por la cabeza que sea incorrecto desde un punto de vista moral exterminar una raza o masacrar prisioneros. El único terror que les infunden los crímenes alemanes proviene del hecho de que, por causa de alguna monstruosa injusticia, los aliados puedan considerarlos cómplices a ellos mismos" 21.

Incluso la población civil, a juzgar por otro informe estadounidense, revelaba a través del empleo automático de lugares comunes propagandísticos hasta qué punto se hallaba influido su pensamiento. Así, por ejemplo, se referían a los bombardeos aéreos aliados como *Terrorangriffe* (frase acuñada por Goebbels), en lugar de emplear el término común de *Luftangriffe*, o "ataque aéreo". El documento lo describía en cuanto "nazismo residual" 22. Muchos civiles mostraban un tono de autocompasión cuando hablaban del sufrimiento de Alemania, en especial al referirse a los bombardeos, y guardaban un silencio no exento de rencor al recordar que había sido precisamente la Luftwaffe la inventora de la destrucción masiva de ciudades como táctica de choque.

Existía una evasión generalizada de responsabilidad por lo que había sucedido. Los miembros del Partido Nazi aseguraban que los habían obligado a afiliarse: sólo los que pertenecían a la cúpula eran culpables de todo lo sucedido, y no los alemanes de a pie. Éstos se habían *visto belogen und betrogen* ("decepcionados y traicionados"). Aun los generales alemanes daban a entender que también habían sido víctimas del nazismo, ya que si Hitler no hubiese interferido de un modo tan desastroso en la manera en que dirigieron la guerra, nunca habrían sido derrotados.

No contentos con exculparse a sí mismos, la población civil y los generales trataron entonces de persuadir a sus interrogadores de lo correcto de la visión que tenía del mundo la Ale mania nazi. Los primeros no podían entender por qué habían declarado la guerra a su pueblo los estadounidenses, y cuando les revelaron que en realidad había sido Alemania la que había declarado la guerra a Estados Unidos, no pudieron menos de mostrarse incrédulos.

Oficiales y civiles intentaron convencer a sus conquistadores de la necesidad que tenían Estados Unidos y Gran Bretaña de aliarse con Alemania frente al peligro común del *Bolschewismus*, que ellos tenían razones suficientes para temer. El hecho de que fuese el violento ataque lanzado por la Alemania nazi contra la Unión Soviética en 1941 lo que había causado que el comunismo se extendiese por todo el centro y el sureste de Europa —algo que no había logrado en absoluto ninguna de las revoluciones de entre 1917 y 1921— escapaba por completo a su entendimiento. De un modo semejante a como había conseguido la minoría bolchevique explotar de manera implacable el condicionamiento ruso a la autocracia, los nazis se sirvieron de la tendencia fatal que tenía su propio país a confundir causa y efecto. Tal como han subrayado varios historiadores, el país que con tantas ansias había deseado la ley y el orden en 1933 acabó por someterse a uno de los regímenes más criminales e irresponsables de la historia. Como consecuencia, su propio pueblo, y en especial las mujeres y los niños de Prusia Oriental, acabó por enfrentarse a un sufrimiento similar al que había causado Alemania a los civiles de Polonia y la Unión Soviética.

La nueva alineación surgida en la guerra fría hizo que muchos de los miembros de la vieja guardia del Tercer Reich se persuadiesen de que no habían sido culpables de nada que no fuera la elección de un momento muy poco oportuno. Con todo, unas tres décadas después de la derrota, la combinación de un complejo debate histórico difícil y del milagro económico de Alemania permitieron a la inmensa mayoría de alemanes aceptar el pasado de la nación. Ningún otro país con un legado tan doloroso ha hecho tanto por reconocer la verdad.

El gobierno de Bonn se mostró en extremo vigilante a fin de evitar la creación de ningún santuario del nazismo o su dirigente. De cualquier manera, el cadáver de Hitler quedó al otro lado del telón de acero hasta mucho después de la campaña de desinformación estalinista, que daba a entender que podía haber escapado a la zona occidental en los últimos momentos de la guerra. En 1970, el Kremlin decidió por fin deshacerse del cadáver en el más absoluto de los secretos. El rito funerario ofrecido al dirigente del Tercer Reich fue sumamente macabro. Las mandíbulas de Hitler, que con tanto cuidado había mantenido Rzhevskaya en la caja roja durante las celebraciones triunfales de Berlín, permanecían retenidas por el SMERSH, mientras que el NKVD se encargó de conservar el cráneo. Estos restos se descubrieron recientemente en los antiguos archivos soviéticos. Lo que quedaba del cuerpo, escondido bajo cierta plaza de armas del ejército soviético en Magdeburgo, fue exhumado e incinerado una noche. Las cenizas se lanzaron al alcantarillado de la ciudad.

El cadáver de Hitler no fue el único que carecía de una tumba que pudiera identificarse. Las víctimas de las batallas enterradas por bombas y proyectiles —soldados de ambos bandos, y también civiles— son incontables. Desde 1945, cada año sigue encontrándose en las cumbres de Seelow, en los quedos pinares que se extienden al sur de la ciudad y en las excavaciones realizadas para erigir edificios en la nueva capital de la Alemania reunificada un promedio de mil cadáveres. La matanza sin sentido a que dio lugar la indignante vanidad del Führer se encuentra en clara contradicción con el compungido aserto de Speer de que la historia subraya “los acontecimientos terminales”. En su desaparición, la incompetencia del régimen nazi, su enfermizo rechazo a aceptar la realidad y su inhumanidad todavía se hicieron más evidentes.

Referencias

ABREVIATURAS

AGMPG: Archiv zur Geschichte der Max-Planck-Gesellschaft, Berlín.
AWS: Art of War Symposium, “From the Vistula to the Oder:
Soviet Offensive operations”, Center for Land Warfare, US Army War College, 1986.
BA-B: Bundesarchiv, Berlín.
BA-MA: Bundesarchiv-Militärarchiv, Friburgo de Brisgovia.
BLHA: Brandenburgisches Landeshauptarchiv, Potsdam.
BZG-S: Bibliothek für Zeitgeschichte (Sammlung Sterz), Stuttgart.
GARF: Gosudarstvenny Arjiv Rossiiskoy Federatsii (Archivo Esta tal de la Federación Rusa), Moscú.
HUA-CD: Humboldt Universit)tsarchiv (Charité Direktion), Berlín.
IfZ: Institut für Zeitesgeshichte, Múnich.
IMT: Juicios de los principales criminales de guerra ante el Tribunal Militar Internacional (International Military Tribunal), Nuremberg.
IVMV: Istoriya vtoroi mirovoi voiny, 1939-1945, vol. X, Moscú, 1979.
KA-FU: Krigsarkivet (Försvarsstaben Utrikesavdelningen), Estocolmo.
LA-B: Landesarchiv, Berlín.
MGFA: Biblioteca del Militärgeschichtliches Forschungsamt, Potsdam.
NA National: Archives Ii, College Park, Maryland.
PRO: Public Record Office, Kew.
RGALI: Rossiisky Gosudarstvenny Arjiv Literatury i Iskusstva (Archivo Estatal Ruso de Literatura y Artes), Moscú.
RGASPI*: Rossiisky Gosudarstvenny Arjiv Sotsialno-Politikeskoi Istorii (Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica), Moscú.
RGVA: Rossiisky Gosudarstvenny Voenny Arjiv (Archivo Militar del Estado Ruso), Moscú.
RGVA-SA**: “Archivo especial” de documentos capturados a los alemanes, RGVA.
SHAT: Service Historique de l'Armée de Terre, Vincennes.
TsAMO: Tsentralny Arjiv Ministerstva Oboronv (Archivo Central del Ministerio de Defensa), Podolsk.
TsJIDK: Tsentr Jraneniya i Izucheniya Dokumentalnykh Kollektsy (Centro para la Conservación y el Estudio de Documentos Históricos), Moscú.
ViZh : Voenno-ivloricheskii Zhurnal.
VOV: Velikaya Otechestvennaya Voina (“La Gran Guerra Patria”), Moscú, 1999, vols. III y IV.

* Antiguo RTsKhIDNI (Rossiisky Tsentr Khraneniya i Izucheniya Dokumentov Noveishei Istorii).
** El “Archivo especial” procede de los ciento noventa y cuatro mil documentos del Partido Nazi, la Cancillería del Reich, las SS y la Gestapo descubiertos por el 59º ejército soviético en un castillo de la Baja Sajonia (tal vez el *Schloss* Furstenstein, cerca de Waldenburgo, y no el *Schloss* Althorn que mencionan otros estudios).

ENTREVISTAS, DIARIOS Y RELATOS INÉDITOS

Shalva Yakovlevich Abuladze (capitán, 8º ejército de guardias); Gert Becker (civil berlinés, Steglitz); Richard Beier (locutor, Grossdeutscher Rundfunk); Nikolai Mijailovich Belyaev (organizador del Komsomol, 150ª división de fusileros, 5º ejército de choque); Klaus Boeseler (Deutsche Jungvolk, Berlín); Hardi Buhl (civil, Halbe); Ursula Bube, de soltera Eggeling (estudiante, Berlín); Henri Fenet (comandante de batallón, división Carlomagno de las SS); Anatoly Pavlovich Fedoseyev (experto en magnetrón y electrónica enviado a Berlín); Edeltraud Flieller (secretaria, Siemens); teniente general retirado Bernd Freiherr Freytag von Loringhoven (ayudante militar del general Krebs en el búnker del Führer); Vladimir Samoilovich Gall (capitán, 7º departamento, cuartel general del 47º ejército); Hans Dietrich Genscher (soldado, 12º ejército); Elsa Holtzer (civil berlinesa); coronel retirado Hubertus Freiherr von Humboldt-Dachroeden (cuartel general del 12º ejército); Svetlana Pavlovna Kazakova, (cuartel general del primer frente bielorruso); coronel retirado Wolfram Kertz (capitán, Grossdeutschland Wachtregiment, 309ª división de infantería Berlín); general de división I.F. Klochkov (teniente, 150ª división de fusileros, 5º ejército de choque); Ivan Varlamovich Koberidze (capitán de artillería, primer frente ucraniano); Ivan Leontievich Kovalenko (comunicaciones, cuartel general del tercer frente bielorruso); Anatoly Kubasov, (tercer ejército blindado de guardias); R.W. Leon (cuerpo de inteligencia adscrito al 199º ejército estadounidense); Erica Lewin (superviviente de la Rosenstrasse); general de división retirado Rudolf Lindner (regimiento Fahnenjunker 1241, división Kurmark); Lothar Loewe (Juventudes Hitlerianas); Hans Oskar, barón Lowenstein de Witt (superviviente de la Rosenstrasse); general Ulrich de Maizière (coronel del estado mayor general, OKH); Georgy Malashkia (capitán, 9º cuerpo blindado); Nikolai Andreevich Maltsev (teniente, tercer ejército blindado de guardias); general Anatoly Grigorievich Merezhko (capitán, cuartel general del 8º ejército de guardias); Rochus Misch (sargento, Leibstandarte de las SS en el búnker del Führer); Gerda Petersohn (secretaria, Lufthansa, Neukölln); coronel retirado Günther Reichhelm (jefe de estado mayor, 12º ejército); Helga Retzke (estudiante, Berlín-Buch); Sergei Pavlovich Revin (sargento, 4º ejército blindado de guardias); Yelena Rzhevskaya (Kogan, intérprete del departamento del SMERSH, tercer ejército de choque); Alexander Saunderson (capitán, investigador de crímenes de guerra y ayudante de Jowett en Nuremberg); Erich Schmidtke (prófugo de la Volkssturm de Berlín); Ehrhardt Severin (civil); Shota Shurgaya (teniente, 16º ejército de aviación); Wolfgang Steinke (teniente, 391ª división de seguridad, 9º ejército); Shota Suljanishvili (capitán, tercer ejército de choque); Waltraud Süssmilch (colegiala); Marlene von Werner (civil, Wannsee); Madga Wieland (actriz); general retirado Markus Wolf (grupo de Ulbricht); general retirado Wust (teniente, batallón de entrenamiento de la Luftwaffe, 309ª división de infantería Berlín, 9º ejército).

Hay también otros tres entrevistados cuyas contribuciones deben permanecer en el anonimato.

Notas

[Las notas hacen referencia a la numeración de la obra impresa]

PREFACIO

1. Interrogatorio de Speer, 22 mayo, NA 740.0011 EW/5-145.
2. Véase *Die Woche*, 8 febrero 2001.
3. 9 noviembre 1944, reeditado en Volkssturm, BLHA Pr. Br. Rep. 61A/363.
4. RGALI 1403/1/84, p. 1.

CAPÍTULO 1

1. Klemperer, II, 4 septiembre 1944, p. 431.
2. Loewe, conversación, 9 octubre 2001.
3. Kardorff, p. 153.
4. Schmidtke, conversación, 15 julio 2000.
5. NA RG 338 B-338.
6. SHAT 7 P 128.
7. AWS, p. 86.
8. Guderian, pp. 310-311.
9. Below, p. 398.
10. *Ibid.*, p. 399.
11. SHAT 7 P 128.
12. Oven, p. 198.
13. HUA-CD 2600 Charité Dir. 421-24/1 Bd x, p. 125.
14. BA MA 218, pp. 3.725-3.749.

CAPÍTULO 2

1. IVMV, p. 38.
2. SHAT 7 P 128.
3. Sajer, p. 382.
4. TsAMO 233/2.374/337, p. 64.
5. *Ibid.*
6. Freytag von Loringhoven, conversación, 4 octubre 1999.
7. Guderian, p. 315.
8. Informe del general Schaal, 20 febrero 1946, 2.éme Bureau, SHAT 7 P 163.
9. Stalin a Harriman, 14 diciembre 1944, NA, RG334/Entry 466 141 309/Box 2.
10. RGVA 38.680/1/3, p. 40.
11. Citado en Senyavskaya, 2000, p. 174.
12. Senyavskaya, 1995, p. 111.
13. *Ibidem.*
14. Papeles de Grossman, RGALI 1.710/3/51, p. 221.
15. RGALI 1.710/3/47, p. 19.
16. *VOV*, III, p. 232, n. 8.
17. En lo referente a Konstanty Rokosovski, debo expresar mi más sincero agradecimiento a Norman Davies por la información complementaria.

18. Rokossovsky, p. 297.
19. Zhukov, p. 174.
20. Beria, p. 130.
21. Erickson, pp. 177-179.
22. TsAMO 233/2374/337, p. 70. En lo referente a la “tormenta de fuego”, coronel Liebisch, AWS, p. 617.
23. *VOV*, III, p. 236.
24. Konev, p. 5.
25. TsAMO 307/246791/2, pp. 225-227.
26. TsAMO 307/15773/3, pp. 37-38.
27. RGALI 1710/3/51, pp. 237-238.
28. Diario de Bormann, GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
29. NA RG334/Entrada 309/Caja 2.
30. *ViZh* 93, n.o 6, pp. 30-31.
31. NA RG334/Entrada 309/Caja 2.
32. RGALI 1710/3/47, p. 14.
33. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/51, pp. 237-238.
34. Duffy, p. 103.
35. Humboldt, conversación, 11 oc tubre 1999.
36. *Idem.*
37. GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
38. Guderian, p. 327.
39. Klochkov, p. 28.
40. *VOV*, III, p. 240. Grossman, *Krasnaya Zvezda*, 9 febrero. 143

CAPÍTULO 3

1. Del himno patriótico *Guerra sagrada*: “Arriba, vasto país, / levántate para la mortal batalla / con las negras fuerzas fascistas, / con sus hordas detestables. / Que la noble furia / hierva como una ola. / La guerra del pueblo está en marcha, / la guerra sagrada”.
2. Ehrenburg, p. 100.
3. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/47, p. 14.
4. Ehrenburg, p. 100.
5. 16 enero BA-B R55/793, p. 9.
6. *Krasnaya Zvezda*, 25 noviembre 1944.
7. General de artillería Felzmann, Cuerpo Xxvii, NA RG338, D-281.
8. Ramm, 1994, p. 164.
9. Kershaw, 2000, p. 406.
10. D9nhoff, p. 18.
11. Papeles de Agranenko, RGALI 2217/2/17, p. 22.
12. Kopelev, p. 10.
13. Tkatchenko a Beria, GARF 9401/2/94, p. 87.
14. TsAMO 372/6570/76; cita do en Senyavskaya, 1995, p. 99.
15. Kopelev, p. 56.
16. TSAMO 372/6570/78, pp. 199-203.
17. Papeles de Agranenko, RGALI 2217/2/17, p. 42.
18. Kopelev, p. 50.
19. Maltsev, conversación, 29 oc tubre 2001.
20. Werth, p. 964.
21. RGVA 32925/1/100, p. 58.
22. Bark y Gress, p. 33.

23. *Life and Fate*, p. 241.
24. Kon, p. 23.
25. Yuri Polyakov, citado en Kon, p. 26.
26. Kovalenko, conversación, 21 septiembre 1999.
27. Papeles de Agranenko, RGALI 2217/2/17, p. 22.
28. *Ibid.*, p. 26.
29. Shcheglov, p. 299.
30. Véase Solzhenitsyn, 2000, p. 125.
31. TsAMO 372/6570/76, pp. 92-94.
32. TsAMO 372/6570/68, p. 12.
33. N. Reshetnikova, 9 febrero; citado en Senyavskaya, 2000, pp. 180-181.
34. Papeles de Agranenko, RGALI 2217/2/17.
35. Solzhenitsyn, 1983, p. 67.
36. Kopelev, p. 52.
37. Kribenko a Beria, Leonid Reshin, "*Tovarisch Ehrenburg uproshchaet:* The real story of the famous *Pravda* article", *Novoe Vremya*, n. 8 (1994).
38. Citado en Senyavskaya, 2000, p. 273.
39. Shikin a Aleksandrov, 28 enero, RGASPI 17/125/320, p. 18.
40. Shcheglov, p. 289.
41. NA-13 R55/616, p. 184.
42. KA-FU, EI: 18, vol. 6.
43. GARF 9401/2/93, p. 343.
44. Merridale, p. 293.

CAPÍTULO 4

1. NA RG338 B-338.
2. Serov a Beria, GARF 9401/2/93, p. 334.
3. Freytag von Loringhoven, conversación, 4 octubre 1999.
4. KA-FU, EI: 18, vol. 6.
5. HUA-CD 2600 Charité Dir. 421-24/1 Bd x, pp. 114 y 115.
6. NA RG338, B-627.
7. SHAT 7 P 128, Direction Générale et Inspection des P.G. de l'Axe, París, 2 de febrero.
8. NA RG338 B-627.
9. BA-B R55/995, p. 166.
10. Kee, pp. 228-229.
11. Duffy p. 45.
12. Archivos de Grossman, RGALI 1710/3/51, p. 65.
13. Freytag von Loringhoven, con versación, 4 octubre 1999.
14. Klochkov, p. 31.
15. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/47, p. 3.
16. Chuikov, p. 91.
17. Meshik a Beria, 27 enero, GARF 9401/2/92, p. 263.
18. Informe de Shikin acerca de Auschwitz, 9 febrero, RGASPI 17/125/323, pp. 1-4.
19. RGASPI 17/125/323, p. 73.
20. Krockow, p. 45.
21. Libussa von Oldershausen, citado en Krockow, pp. 48-49.
22. 30 enero, BA-B R55/616, p. 158.
23. Gun, pp. 237-238.
24. 29 enero, BA-B R55/616, p. 153.

25. 11 febrero, BA-B R55/616, p. 183; 19 febrero, BA-B R55/616, p. 211. Esta última cifra correspondía a la población de Prusia Oriental (1.635.000), Danzig y Prusia Occidental (480.000), Pomerania (881.000), Wartheland (923.000) y la Alta Sajonia (745.000).
26. Menzel, p. 116. 468 121
27. Lüwenstein, conversación, 14 julio 2000.
28. BA-B R55/916, p. 57.
29. BA-B R55/616, p. 155.
30. Senyavskaya, 2000, p. 225, n. 19.
31. BA-B R55/616, p. 157.
32. BA-B R55/616.
33. 18 febrero, BA-B R55/616, p. 208.
34. 10 marzo, BA-B R55/616, p. 243.
35. Guderian, p. 397.
36. Para el relato de Hans Georg Eismann, BA-MA MSg1/976.
37. BA-MA MSg1/976, p. 14.
38. BA-MA MSg1/976, p. 32.
39. Krockow, pp. 51-54.

CAPÍTULO 5

1. Kardorff, p. 281.
2. Feuersenger, p. 206.
3. NA 740.0011 EW/4-2445.
4. Rürup (ed.), 1997, pp. 167-171.
5. Freytag von Loringhoven, conver sación, 4 octubre 1999.
6. *Ibid.*; Maizière, 9 octubre 1999.
7. Konev, pp. 38-39.
8. Thorwald, 1950, p. 103.
9. KA-FU, EI: 18, vol. 6.
10. RGVA 32891/1/123, p. 6.
11. Thorwald, 1950, pp. 109-113.
12. TsAMO 233/2307/189, p. 78.
13. Zhukov, IV, p. 194.
14. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/49.
15. GARF 9401/2/93, p. 334.
16. RGALI 1710/3/51, p. 227.
17. *Ibid.*, p. 229. .
18. *Ibid.*, p. 230.
19. Merezhko, conversación, 10 no viembre 1999.
20. Klochkov, conversación, 25 ju lio 2000, y Klochkov, pp. 34-35.
21. TsAMO 345/5502/93, p. 412.
22. RGALI 1710/3/ 51, p. 231.
23. BA-MA RH 19 Xv/9b, p. 172.
24. BA-MA MSg1/976, p. 39.
25. BA-MA RH 19 Xv/9b, p. 193.
26. *Ibid.*, p. 195; BA-MA RH 19 Xv/28, pp. 1-4.
27. IfZ Fa 91/5, p. 1.253.
28. Petrov y Kobulov a Beria, 30 de enero, GARF 9401/2/92, pp. 283-288.
29. Zhukov, IV, p. 196.
30. Ramm, 1994, p. 165.
31. Oven, p. 229.

32. *Obergefreiter* Harald Arndt, citado en Ramm, 1994, p. 268.
33. Baumgart, citado *Ibid.*, p. 61.
34. BA-MA 332, pp. 656, 709-11.
35. BA-BR55/1305.
36. *Ibid.*
37. Guderian, p. 411.
38. BA-BR55/916, p. 63.
39. BLHA Pr. Br. Rep. 6113/20.
40. Kardorff, p. 291.
41. Diario de Bormann, GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
42. 10 febrero, BA-BR55/616, p. 172.

CAPÍTULO 6

1. Alan-Brooke, p. 657.
2. Gilbert, p. 1.187.
3. Papeles de Agranenko, RGALI 2217/2/17, p. 22.
4. *Tegeran. Yalta. Potsdam. Sbornik dokumentov*, Moscú, 1970, p. 22; citado en Volkogonov, p. 489.
5. Erickson, p. 508.
6. Kershaw, 2000, p. 779.
7. Genscher, conversación, 4 sep tiembre 2000.
8. Eisenhower, pp. 406-407.
9. Murphy, p. 233.
10. Deane, 25 diciembre 1944, NA RG334/Entry 309/Box 2.
11. Informe de Shikin, RGASPI 17/125/323, pp. 35-36.
12. *VOV*, IV, p. 180, n. 36.
13. Stanford Tuck, Larry Forrester, *Fly for Your Life*, Londres, 1956.
14. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/47, p. 4.
15. Citado en Shindel (ed.), p. 125.
16. Papeles de Agranenko, RGALI 2217/2/17.
17. BA-MA MSg1/976, p. 32.
18. *Ibid.*, p. 35.
19. Maizière, conversación, 9 oc tubre 1999.
20. Guderian, p. 412.
21. *Ibid.*, pp. 413-415.
22. Oberidger R. Christoph; ci tado en Ramm, 1994, p. 186.
23. GARF 9401/2/94, pp. 159-165.
24. 27 febrero, BA-MA 485, p. 20.755.
25. Tkachenko a Beria, 28 febrero, GARF 9401/2/93, p. 324.
26. 10 marzo, BA-BR55/616, p. 243.
27. Shvernik a Molotov, GARF 9401/2/96, pp. 255-261.
28. RGVA 32904/1/19.
29. SHAT 7 P 146. 470 117
30. RGALI 1710/3/47, p. 25.

CAPÍTULO 7

1. Abakumov a Beria, 15 febrero, GARF 9401/2/93, pp. 6-15.
2. RGVA 38680/1/3, p. 4.

3. Solzhenitsyn, 1974, p. 126.
4. Interrogatorio de Hans Ratten huber por el SMERSH, Voennye Arkbivy Rossii, n.o 1 (1993), p. 355.
5. GARF 9401/2/93, p. 15.
6. Stalin a Tedder y Bull, 15 enero, NA RG334/Entry 309/Box 2.
7. 1 marzo, GARF 9401/2/93, pp. 255-259.
8. Berezhkov, 1982, p. 364.
9. Kazakova, conversación, 6 no viembre 1999.
10. Zhukov, IV, p. 183.
11. RGVA 32925/1/100, p. 143.
12. BA-B R55/822, pp. 5-8.
13. GARF 9401/2/94, p. 61.
14. 30 marzo, NA RG334/Entry 309/Box 2.
15. NA RG334/Entry 309/Box 2.
16. Volkov, segundo de las tropas del NKVD, 1(r frente bielorruso, RGV 32925/1/100, p. 205.
17. Antonov a Deane, NA RG334/Entry 309/Box 2.
18. RGVA 32891/1/123.
19. RGVA 32925/1/100, p. 80.
20. RGVA 32925/1/297, p. 8.
21. RGVA 38680/1/12, p. 114.
22. 11 marzo, GARF 9401/2/94.
23. RGVA 38689/1/12, p. 48.
24. Teniente general Edunov, 13 febrero, RGVA 32904/1/19, p. 99.
25. RGVA 38686/1/21.
26. 18 febrero, 13.ª división de fu sileros de la NKVD, RGVA 38686/1/20, p. 49.
27. RGVA 38680/1/4.
28. RGVA 38686/1/20, p. 31.
29. RGVA 32904/1/19. 471 119
30. BA-B R55/1296.
31. 3(r frente bielorruso, RGVA 38680/1/3, p. 255.
32. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/51, p. 230.
33. 83º regimiento de guardias de frontera, RGVA 38686/1/21, p. 45.
34. Papeles de Agranenko, RGALI 2217/2/17, p. 31.
35. RGVA 32925/1/100, p. 47.
36. 10 marzo, GARF 9401/2/93, p. 279.
37. RGALI 2217/2/17, p. 20.
38. NA RG334/Entry 309/Box 2.
39. RGVA 38680/1/3, p. 104.
40. GARF 9401/2/94, p. 88.
41. RGVA 38686/1/26, p. 36.
42. Senyavskaya, 2000, p. 184, n. 27.
43. RGVA-SA 1382/1/62.
44. RGASPI 17/125/314.
45. Inozemtsev, p. 204.
46. Citado en Senyavskaya, 1995, p. 181.
47. TsAMO 372/6570/76 y 372/6570/68.
48. Rezhevskaya, conversación, 28 octubre 2001.
49. RGASPI 17/125/314, pp. 40-45.
50. A Aleksandrov, 20 febrero, RGASPI 17/125/320, p. 36.
51. RGASPI 17/125/314.
52. *Ibid.*, p. 33.
53. 7 marzo, KA-FU, EI: 18, vol. 6.

54. Solzhenitsyn, 1974, p. 240.
55. TsAMO 2/175495/378, pp. 32-33.
56. *VOV*, IV, p. 158.
57. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/47, p. 1.
58. RGVA, 32904/1/19, pp. 274-275.
59. 3ª división de fusileros NKVD, RGVA 39686/1/20.
60. Eugene Schirinkine, 31 julio, SHAT 7 P 128.
61. *VOV*, IV, p. 161. 471 121
62. RGASPI 17/125/310, p. 10.

CAPÍTULO 8

1. Duffy, p. 187.
2. *VOV*, III, p. 252; cita de Katukov, en papeles de Grossman, RGALI 1710/3/51, p. 230.
3. BA-MA MSg2/1.283, y Fe net, conversación, 19 mayo 1999.
4. BA-MA MSg1/976, p. 67.
5. Erickson, p. 522.
6. Krockow, p. 61.
7. Boldt, p. 81, con correcciones de Freytag von Loringhoven, septiembre 2001.
8. Informe, 22 marzo, BA-B R55/616, p. 248.
9. Sajer, p. 541.
10. Informe, 12 abril, TsAMO 372/6570/68, pp. 17-20.
11. RGALI 2217/2/17, p. 42.
12. *Ibid.*, p. 39.
13. Krockow, p. 99.
14. *Ibid.*, p. 76.
15. *Ibid.*, pp. 114-115.
16. Papeles de Agranenko, RGALI 2217/2/17, p. 42.
17. *Ibid.*, p. 41.
18. TsAMO 233/2374/337, p. 158.
19. *Ibid.*, p. 124.
20. 24 marzo, IfZ MA 127/2, p. 13.025.
21. TsAMO 236/2675/339, p. 65.
22. TsAMO 236/2675/336, p. 60.
23. TsAMO 233/2374/194, p. 8.
24. *Ibid.*, p. 9.
25. Citado en Senyavskaya, 2000, p. 236, n. 52.
26. RGVA 32891/1/391, pp. 345-346.
27. 2primer departamento político del ejército, TsAMO 236/2675/339.
28. BA-MA MSg1/976, p. 39.
29. BA-MA MSg1/976.
30. 4 febrero, GARF 9401/2/94, p. 163. 472 153
31. IfZ MA 325.
32. IfZ Fa 600, p. 14.
33. 13 marzo, IfZ MA 127/2, pp. 13.031-13.032.
34. BA-MA MSg1/976, p. 31.
35. KA-FU, EI: 18, vol. 6.
36. *Ibid.*
37. 16 febrero, KA-FU, EI: 18, vol. 6.
38. SHAT 7 P 163.
39. IfZ Fa 138, pp. 15 y 16.

40. BA-MA MSg1/976, p. 61.
41. BLHA Pr. Br. Rep. 61A/443.
42. 21 febrero, BLHA Pr. Br. Rep. 61A/38.
43. Informe al doctor Naumann, 14 marzo, IfZ Fa 600, p. 14.
44. BLHA Pr. Br. Rep. 61A/16, Gauleitung Mark Bran denburg, 19 marzo.
45. Guderian, p. 420.
46. BA-MA MSg1 784, p. 2.
47. Schwarz, citado en Gosztony, p. 92.
48. Kempka, citado *Ibid.*, p. 93.

CAPÍTULO 9

1. Zhakov, IV, p. 215.
2. GARF 9401/2/93, p. 276.
3. Zhukov, IV, p. 215.
4. *Ibid.*, p. 218.
5. 14 octubre 1944, NA RG334/Entry 309/Box 2.
6. Zaloga, pp. 13-19.
7. D. Engel, conversación, FU Archiv, 8 octubre 2001.
8. Citado en TsAMO 233/2356/5804, pp. 320-321.
9. Alan Brooke, p. 669.
10. Citado por David Clay Large en "Funeral in Berlin", p. 355, en Robert Cowley (ed.), *What if?*, Nueva York, 1999.
11. NA RG334/Entry 309/Box 3.
12. Alan Brooke, p. 669.
13. NA RG218 JCS Box 16.
14. Eisenhower, p. 433.
15. Papeles de Churchill 20/209; Gilbert, p. 1.264.
16. NA RG334/Entry 309/Box 2, correspondencia de Antonov. 473 155
17. Eisenhower, p. 431.
18. *Ibid.*, p. 401.
19. Eisenhower a Marshall, 30 marzo; citado *Ibid.*, p. 438.
20. Zhukov, IV, pp. 223-226.
21. NA RG334/Entry 309/Box 2.
22. Konev, p. 79.
23. Zhukov, IV, p. 226.
24. VOV; III, p. 267.
25. *Ibid.*, p. 269.
26. *Ibid.*

CAPÍTULO 10

1. 16 marzo, KA-FU, EI: 18, vol. 6.
2. KA-FU, EI: 18, vol. 6.
3. Guderian, p. 426.
4. BA-MA MSg1/976, p. 78.
5. De Maizière, conversación, 9 octubre 1999.
6. Guderian, p. 420.
7. Freytag von Loringhoven, conver sación, 4 octubre 1999.
8. BA-MA MSg1/976, p. 99.

9. *Ibid.*, p. 107.
10. Freytag von Loringhoven, con versación, 4 octubre 1999. Las versiones de quienes asistieron a la reunión varían en algunos detalles. La descripción aquí recogida parte sobre todo de lo relatado por Gude rian y Freytag voi Loringhoven.
11. De Maizière, conversación, 9 octubre 1999.
12. BA-MA MSg1/976, p. 70.
13. BA-MA MSg1/1207.
14. Papeles de Heinrici, BA-MA MSg2/4231.
15. Freytag von Loringhoven, con versación, 4 octubre 1999.
16. BA-MA MSg1/976, p. 75.
17. *Ibid.*, p. 62.
18. GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
19. IfZ MZ 127/2, p. 13.024.
20. Véase Gellately, pp. 237-238.
21. IMT, Xli, pp. 430-431.
22. Citado en Sereny, pp. 485-486.
23. Interrogatorio de Speer, 22 mayo, NA 740.0011 EW/5-145.
24. Sereny, p. 491.
25. Interrogatorio de Speer, 22 473 157 mayo, NA 740.0011 EW/5-145.
26. IfZ MA 127/2, pp. 13.042-13.043.
27. Interrogatorio de Speer, 22 mayo, NA 740.0011 EW/5-145.
28. BA-MA MSg1/976, p. 92.
29. *Ibid.*, p. 76.
30. *Ibid.*, p. 72.
31. IfZ MA 305.
32. BA-MA MSg1/976, p. 116.
33. GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
34. 15 marzo, BA-B R55/1394, p. 195.
35. Citado en Ramm, 1994, p. 27.
36. Gall, conversación, 2 noviembre 1999.
37. Citado en Ramm, 1994, p. 27.
38. Tillery, citado *Ibid.*, p. 29.
39. Laudan, citado *Ibid.*, p. 52.
40. TsAMO 236/2675/339, p. 63.

CAPÍTULO 11

1. TsAMO 233/2374/194, p. 29.
2. Erickson, p. 476.
3. GARF 1914/1/1146, p. 21.
4. Prikaz n.o 7942 y ss. del 29 de marzo; véase también GARF 1914/1/1146, p. 21.
5. Merridale, p. 266.
6. Suljanishvili, conversación, 12 octubre 2000.
7. TsAMO 233/2374/194, pp. 11-13.
8. TsAMO 233/2374/93, p. 685.
9. *Ibid.*, p. 700-701.
10. RGVA 38686/1/20, p. 21.
11. RGVA 32925/1/100, p. 174.
12. RGVA 36860/1/16.
13. Senyavskaya, 2000, p. 236, n. 50.
14. RGVA 38686/1/20, p. 26.

15. Suljanishvili, conversación, 16 junio 2001.
16. Werth, pp. 964 y 965.
17. Eugene Schirinkine, 31 julio, SHAT 7 P 128.
18. Gall, conversación, 2 noviembre 1999.
19. TsAMO 236/2675/267, pp. 67-68.
20. TsAMO 233/2374/194, p. 24.
21. Kazakova, conversación, 6 no viembre 1999.
22. Gall, conversación, 2 noviembre 1999.
23. KA-FU, EI: 18, vol. 6.
24. RGVA 32891/1/384, p. 19.
25. Donovan al secretario de estado, 1 abril, NA 740.0011 EW/4-145.
26. Interrogatorio de Speer, 22 mayo, NA 740.0011 EW/5-145.
27. Belyaev, conversación, 29 julio 2000.

CAPÍTULO 12

1. Comandante Juhlin-Dannfel, 4 abril, KA-FU, EI: 18, vol. 6.
2. Informe, 9 abril, SHAT 7 P 102.
3. *Ibid.*
4. Staatssekretär doc tor Naumann, BA-MA RH 19/Xv/9a, p. 94.
5. NA RG260 OMGUS, Stack 390 41/7/5-6 A2/S4.
6. Anónimo, p. 126.
7. Kleine y Stimpel, p. 9.
8. Informe, 2.5 Bureau, 21 abril, SHAT 7 P 128.
9. Halder, NA RG338 Ms P-136.
10. BA-MA MSg1/976.
11. Coronel Hans Refior, *Ibid.*
12. *Ibid.*
13. *Ibid.*
14. NA RG338 Ms P-136.
15. BA-MA MSg1/976, p. 3.
16. RGVA-SA 1367/1/218.
17. BA-MA MSg1/976, p. 15.
18. *Ibid.*
19. 20 febrero, BA-B R55/916, p. 91.
20. Schmidtke, conversación, 15 ju lio 2000.
21. IfZ MA 485, p. 20.755.
22. KA-FU, EI: 18, vol. 6.
23. Baumgart, citado en Ramm, 1994, p. 65.
24. SHAT 7 P 102.
25. BA-MA MSg1/976, p. 100.
26. Fr9hlich, p. 256.
27. BA-MA MSg1/976, p. 100, y BA-MA N53/76, p. 17.
28. N.M. Ramanichev, “Iz opyta pergruppirovki arrny pri podgotovke Berliskoi operatsii”, *ViZh* (1979), n.o 8.
29. Klochkov, p. 72.
30. 7 abril, RGVA 38686/1/21, p. 40.
31. RGVA 32891/1/120, p. 250.
32. RGVA 32925/1/100, p. 184.
33. Beria a Stalin, GARF 9401/2/95, pp. 253-268.
34. 11 abril, RGVA 475 129 32925/1/130, p. 240.

35. Citado en Shindel (ed.), pp. 158-159.
36. TsAMO 233/2374/92, p. 331.
37. TsAMO 236/2675/440, pp. 6-8.
38. TsAMO 233/2374/93, p. 652.
39. *Ibid.*
40. *Ibid.*, p. 695.
41. Inozemtsev, p. 196.
42. RGVA 38680/1/3, p. 68.
43. Inozemtsev, p. 196.
44. *Ibid.*, p. 201.
45. Duffy, p. 291.
46. BA-MA RH19/Xv/9a, p. 97.
47. *Ibid.*, p. 207.
48. *Ibid.*, p. 221.
49. Below, p. 409.
50. Sereny, p. 507.
51. BA-MA RH19/Xv/9b, p. 34.
52. Senyavskaya, 2000, p. 275.

CAPÍTULO 13

1. Carta interceptada de Willi Klein al cabo interino Hans Gerl, citada en Ehrenburg, *Krasnaya Zvezda*, 25 noviembre 1944.
2. Interrogatorio de Von Papen, NA 740.0011 EW/4-2445.
3. Citado en Ryan, p. 229.
4. GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
5. Informe del capitán Claude Merry, 28 abril, SHAT 8 P 22.
6. Informe, 8 marzo, NA 740.0011 EW/3-845.
7. SHAT 8 P 27.
8. Elliott, pp. 121, 125 y 143.
9. Conversación anónima, 30 diciem bre 2000.
10. Elliott, p. 12.
11. *Krasnaya Zvezda*, 11 abril, p. 3.
12. NA 740.0011 EW/4-1345.
13. NA 740.0011 EW/3-2745.
14. NA 740.0011 EW/4-2345.
15. Informe, 10 abril, SHAT 7 476 131 P 102.
16. Kardorff, p. 306.
17. Ehrenburg, “Khvatit”, en *Krasnaya Zvezda*, 11 abril, p. 3.
18. Véase Leonid Reshin, “Tova risch Ehrenburg uproshchaet”, en Novoe Vremya, n.o 8 (1994).
19. Ehrenburg, pp. 176 y 177.
20. Aleksandrov, “Tovarisch Ehren burg uproshchaet”, en *Pravda*, 14 abril.
21. Abakumov a Stalin, 29 marzo; citado en Reshin, Novoe Vremya, n.o 8 (1994).
22. TsAMO 233/2374/92, pp. 360-361.
23. Soyuz veteranov zhurnalistiki, p. 447.
24. GARF 9401/2/95, pp. 31-35, y Serov a Beria, 19 abril, *Ibid.*, p. 91.
25. GARF 1914/1/1146.
26. Andrzej Rey, citado en Gerhard Gnauck, “Wie die Horden Dschin gis Khans”, en *Die Welt*, 8 ma yo 2001, p. 31.
27. Interrogatorio (8 abril) del teniente general Von Oriola, del 13º cuerpo, 2.5 Bureau, 21 abril, SHAT 7 P 128.

28. Reichhelm, conversación, 5 oc tubre 1999.
29. Manuscrito inédito, diario de Peter Rettich, comandante de ba tallón, división Scharn horst, 12º ejército, papeles de Reichhelm.
30. Reichhelm, conversación, 5 oc tubre 1999, y Humboldt, conversa ción, 11 octubre 1999.
31. Informe diario del SHAEF acerca de las operaciones de los Aliados, SHAT 8 P 19.
32. Eisenhower, p. 43.
33. De Maizière, conversación, 9 octubre 1999.
34. Citado en Ryan, p. 261.
35. Trevor-Roper, pp. 89-90.
36. BA-MA RH19/Xv/9b, p. 34.
37. Loewe, conversación, 9 octubre 2001.
38. Kardorff, pp. 306-307.

CAPÍTULO 14

1. *Sovetskaya voennaya entsiklopediya*, vol. 1, Moscú, 1990, p. 383.
2. *VOV*, III, p. 272.
3. V. Makarevsky, "17-ya motorinz henernaya brigada v Berlinskoi ope ratsii", *ViZh* , N.o 4 (abril 1976).
4. TsAMO 236/2675/440, p. 76.
5. TsAMO 233/2374/92, p. 240.
6. TsAMO 236/2675/440, p. 192.
7. RGVA 32891/1/160.
8. *Ibid.*, p. 232.
9. TsAMO 233/2374/93, p. 454.
10. TsAMO 233/2374/92, p. 314.
11. BA-MA RH 19 Xv/9b, p. 42.
12. Kertz, conversación, 11 octubre 1999.
13. TsAMO 236/2675/336, p. 57.
14. TsAMO 233/2374/93, p. 411.
15. Wust, conversación, 10 octubre 1999.
16. IfZ MA 127/2, p. 12.949.
17. Vsevolod Vishnevsky, RGALI 1038/1/1804.
18. Véase *Pravda*, 25 abril.
19. NA RG334/Entry 309/Box 2.
20. Klochkov, p. 72.
21. Teniente del servicio médico Abdul Aziz Babajanov, en Soyuz veteranov zhurnalistiki, p. 491.
22. Senyavskaya, 1995, p. 181.
23. TsAMO 233/2374/92, p. 314.
24. Citado en Senyavskaya, 1995, p. 101.
25. TsAMO 236/2675/440, p. 16.
26. Gall, conversación, 2 noviembre 1999.
27. Suljanishvili, conversación, 12 octubre 2000.

CAPÍTULO 15

1. Merezhko, conversación, 10 no viembre 1999.
2. Zhukov, IV, pp. 242-243.
3. Klochkov, p. 73.

4. Ramm, 1994, p. 33.
5. Wagner, citado *Ibid.*, p. 200.
6. Kleine y Stimpel, p. 39.
7. Citado en Ramm, 1994, p. 200.
8. Baumgart, citado *Ibid.*, p. 67.
9. Heinz Heering, BA-MA MSg2/3448, p. 6.
10. Helmut Schwarz, citado en Ramm, 1994, p. 170.
11. Zhukov, IV, p. 244.
12. Pyotr Mitrofanovich Sebelev, 2ª brigada de zapadores, 16 abril; citado en Shindel (ed.), p. 160.
13. Suljanishvili, conversación, 12 octubre 2000.
14. TsAMO 233/2374/92, pp. 257-258.
15. Diario de Schröder, citado en Ramm, 1994, p. 177.
16. Zhukov, III, p. 245.
17. BA-MA RH19/Xv/24, p. 36.
18. BA-MA MSg1/976, p. 17.
19. Boldt, pp. 108-109.
20. Harnald Arndt, citado en Ramm, 1994, p. 270.
21. Sebelev, en Shindel (ed.), p. 160.
22. Klochkov, p. 73.
23. TSAMO 233/2374/92, pp. 27-30.
24. *Ibid.*, pp. 31-32.
25. *Ibid.*, p. 31.
26. Senyavskaya, 2000, p. 227.
27. BA-MA MSg2/1096.
28. *VOV*, p. 270.
29. Zhukov, IV, p. 247.
30. TsAMO 233/2374/194, pp. 47-48.
31. *Ibid.*, p. 32.
32. *Ibid.*, p. 34.
33. Konev, p. 91.
34. TsAMO 233/2374/194, p. 35.
35. *Ibid.*, p. 33.
36. TsAMO 236/2675/336, pp. 6 y 55-56.
37. TsAMO 233/2374/194, p. 50.
38. TsAMO TsGV/70500/2, pp. 145-149; citado en Zhukov, IV, pp. 226-227.
39. NA RG334/Entry 309/Box 2.

CAPÍTULO 16

1. Suljanishvili, conversación, 12 octubre 2001.
2. Erickson, p. 569.
3. TsAMO 233/2374/92, p. 355.
4. Tillery, citado en Ramm, 1994, p. 35.
5. BA MA MSg2/1096, p. 4.
6. *Ibid.*, p. 5.
7. RGVA 32925/1/130, p. 259.
8. NA 740.0011 EW/4-2445.
9. BA-MA NISg2/4429, pp. 1-44.
10. TsAMO 236/2675/149, p. 258.
11. TsAMO 233/2374/194, p. 56.

12. BA-MA RH 19/Xv/9b, p. 131.
13. BLHA Pr. Br. Rep. 6ª/443.
14. BA-MA RH 19/Xv/9b, p. 62.
15. BA-MA RH 19/Xv/9b, p. 264.
16. Kleine y Stimpel, p. 35.
17. *Der Angriff*, n.o 92 (20 abril).
18. Kleine y Stimpel, pp. 35-36.
19. TsAMO 233/2374/92, p. 356.
20. BA-MA MSg1/976, p. 18.
21. Interrogatorio de Speer, 22 mayo, NA 740.0011 EW/5-145.
22. BA-MA MSg2/1096, p. 6.
23. Martin Kleint, citado en Ramm, 1994, p. 296.
24. *Ibid.*, p. 96.
25. Wuth, conversación, 10 octubre 1999.
26. BA-MA MSg2/3448, p. 6.
27. BLHA Pr. Br. Rep. 61A/443. 479 133
28. Zhukov, IV, p. 224.

CAPÍTULO 17

1. RGVA-SA 1355/4/11, p. 54.
2. Kardorff, p. 307.
3. Interrogatorio de Speer, 22 mayo, NA 740.0011 EW/5-145.
4. GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
5. Traudl Junge, citado en Sereny, p. 512.
6. Diario de Bormann, GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
7. Carta del 19 de abril, citada en Gun, p. 247.
8. Papeles de Brandt, NA RG319/22/XE 23 11 OO.
9. Below, pp. 407-408.
10. Carta a Herta Ostermayr, citada en Gun, p. 252.
11. Viernes, 20 abril, Anónimo, p. 9.
12. Zhukov, IV, p. 250.
13. TsAMO 233/2307/193, p. 88.
14. TsAMO 236/2712/359, p. 35.
15. TsAMO 132*a*/2642/38, pp. 14-15.
16. Citado en Erickson, p. 578.
17. BA-MA RH19/Xv/24, p. 119.
18. BA-MA MSg1/976, p. 18.
19. Citado en Ramm, 1994, p. 96.
20. *Ibid.*, p. 97.
21. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/51, p. 240.
22. TsAMO 233/2374/92, p. 47.
23. Wuth, conversación, 10 octubre 1999.
24. Klochkov, p. 77.
25. TsAMO 233/2374/93, p. 722.
26. RGVA 32891/1/125, p. 289.
27. BA-MA MSg1/976, p. 20.
28. TsAMO 233/2374/93, p. 412.

CAPÍTULO 18

1. BA-MA MSg1/976, p. 17.
2. 24 abril, NA RG 260 OMGUS, Stack 390 41/7/5-6 A2/S4.
3. Interrogatorio de Günsche, citado en Bezymenski, pp. 28-29.
4. TsAMO 233/2374/92, p. 255, y Zhukov, IV, p. 258.
5. K.M. Simonov, cuaderno n.o 8, RGALI 1814/4/7.
6. Zhukov, IV, p. 255.
7. Anónimo, pp. 13-16.
8. Kertz, conversación, 10 octubre 1999.
9. Diario de guerra de Rettich, papeles de Reichhelm.
10. Lorenz, citado en Ramm, 1994, p. 98.
11. Tillery, citado *Ibid.*, p. 40.
12. 21 abril, TSAMO 233/2374/92, pp. 359-360.
13. BA-MA MSg1/976, p. 143.
14. TsAMO 299/17055/4, p. 305.
15. Zhukov, IV, p. 276.
16. TsAMO 233/2374/194, p. 66.
17. Wallin, citado en Ramm, 1994, p. 99.
18. A. Luchinsky, “Na Berlin”, *ViZh* , n.o 5 (mayo 1965).
19. NA RG 338, P-136, p. 49.
20. TsAMO 233/2374/194, p. 78.
21. Rocolle, 1954, p. 87.
22. Hermana Ruth Schwarz, de la Cruz Roja alemana, citada en Ramm, 1994, p. 229.
23. RGVA 32925/1/130, p. 269.
24. *Ibid.*, p. 275.
25. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/51, p. 239.
26. Anónimo, p. 21.
27. Extractos de las notas de Jodl, TsAMO 233/2356/5804, pp. 201-203.
28. De Maizière, p. 106, y conversación, 9 octubre 1999.
29. Citado en Trevor-Roper, p. 65.
30. NA 740.0011 EW/3-2245. 480 131
31. NA RG59 740.0011 EW/4-645.
32. Freytag von Loringhoven, conversación, 4 octubre 1999.
33. De Maizière, conversación, 9 octubre 1999.
34. Below, p. 411, y Traudl Junge, entrevista televisiva.
35. El original de la carta se reproduce en Gun, p. 176.

CAPÍTULO 19

1. Suboficial Heinrici V., 23 abril, BZG-S.
2. Zhukov IV, p. 255.
3. Anónimo, p. 24.
4. Beier, conversación, 9 octubre 2001.
5. Kronika, pp. 98-99.
6. Petersohn, conversación, 9 julio 2000.
7. NA 740.0011 EW/4-2445.
8. TsAMO 233/2374/93, pp. 413 y 419.
9. TsAMO 233/2374/93, p. 414.
10. TsAMO 233/2374/93, p. 415.

11. Reichhelm, conversación, 5 octubre 1999, y Humboldt, conversación, 11 octubre 1999.
12. NA 740.0011 EW/4-1045.
13. BA-MA MSg1/976, p. 28.
14. NA 740.0011 EW/4-2445.
15. Humboldt, conversación, 11 octubre 1999.
16. Papeles de Reichhelm, *Das Letzte Aufgebot*.
17. Genscher, conversación, 4 septiembre 2000.
18. Diario de Rettich, papeles de Reichhelm.
19. BA-MA MSg1/976, p. 22.
20. Refior, *Ibid.*, p. 24.
21. Willemer, "The German Defense of Berlin", NA RG338, P136, p. 46.
22. NA 740.0011 EW/5-145.
23. Interrogatorio de Speer, 22 mayo, NA 740.0011 EW/5-145.
24. Citado en Trevor-Roper, p. 116.
25. Sereny, p. 532. 481 133
26. Gun, pp. 253-254.

CAPÍTULO 20

1. En lo referente al relato de Krukenberg, véase BA-MA MSg2/1283; en lo tocante a la división Carlomagno, me baso en Fenet, conversación, 4 junio 1999.
2. NA 740.0011 EW/5-145.
3. Trevor Roper, p. 103.
4. Löwenstein, conversación, 14 julio 2000.
5. Konev, p. 150.
6. RGALI 1710/3/51, p. 239.
7. *Ibid.*, p. 240.
8. NA RG218JCS Box 15.
9. NA RG334/Entry 309/Box 2.
10. TsAMO 233/2374/92, p. 53.
11. V.S. Antonov, "Poslednie dni voiny", *ViZh* , n.o 7 (julio 1987).
12. Ramm, 1994, p. 102.
13. RGALI 1710/3/51, p. 239.
14. Hermana Ruth Schwarz, de la Cruz Roja alemana, citada en Ramm, 1994, p. 229.
15. BA-MA MSg2/1283, p. 11.
16. Freytag von Loringhoven, con versación, 4 octubre 1999, y Misch, 8 julio 2000.
17. TsAMO 233/2374/92, p. 361.
18. TsAMO 233/2374/194, p. 78.
19. TsAMO 233/2374/92, p. 362.
20. Suljanishvili, conversación, 12 octubre 2000.
21. Glenn Gray, pp. 66-67.
22. Naimark, p. 70.
23. *Ibid.*, p. 83.
24. TsAMO 233/2374/92, p. 333.
25. BA-MA MSg1/976, p. 24.
26. Roman Burghart, citado en Ramm, 1994, p. 104.
27. BA-MA MSg2/1283.
28. Wallin, citado *Ibid.*, p. 108.
29. *Ibid.*, p. 103.
30. BA-MA N65/126.
31. TsAMO 233/2356/5804, pp. 201-203.

32. BA-MA N65/126, p. 165.
33. NA RG334/Entry 309/Box 2.
34. NA RG59 740.0011 EW/5-1045.
35. NA RG334/Entry 309/Box 6.
36. Serov a Stalin, por mediación de Beria, 25 abril, GARF 9401/2/95, pp. 304-310.
37. Beria a Stalin, GARF 9401/2/95, pp. 317-328.

CAPÍTULO 21

1. Anónimo, p. 28.
2. Diario del suboficial Heinrich V., 27 abril, BZG-S.
3. Petersohn, conversación, 7 julio 2000.
4. Boeseler, conversación, 7 julio 2000.
5. TsAMO 233/2374/93, p. 747.
6. Anónimo, p. 29.
7. Rocolle, 1954, p. 73.
8. Toscano-Korvin, carta-diario, 7 julio, BZG-S.
9. BA-MA MSg1/976, p. 28.
10. Pyotr Mitrofanovich Sebelev, citado en Shindel (ed.), p. 161.
11. Johannes Steinhoff; citado en Steinhoff y otros (eds.), p. 245.
12. TsAMO 233/2374/194, p.78.
13. Nikolai Vasiliev, “Krasnyi tsvet pobedy”, en *Vsem smertyam nazlo*, Moscú, 2000.
14. SHAT 7 P 163.
15. TsAMO 233/2374/194, p. 78.
16. Entrevista anónima, 5 noviembre 1999.
17. A. Luchinsky, “Na Berlin!”, *ViZh* , n.o 5, mayo 1965.
18. Eva Reuss, en Schwerin, p. 166.
19. RGALI 1710/3/51, p. 241.
20. *Ibid.*, p. 240. 482 149
21. BA-MA MSg1/976, p. 25.
22. BA-MA MSg1/976, p. 25.
23. Konev, p. 236.
24. RGALI 1710/3/51, p. 240.
25. BA-MA MSg2/1283, p. 22.
26. AGMPG Ii. Abt., Rep. 1A, A2. IA 9/Havemann.
27. Rocolle, 1992, pp. 108-109; véase también Naimark, p. 82.
28. Marianne Reinold, en Bollmann y otros, p. 67.
29. TsAMO 233/2374/93 p.706.
30. *Ibid.*, p. 650.
31. Anónimo, p. 49.

CAPÍTULO 22

1. Diario de Peter Rettich, pape les de Reichhelm.
2. Ruth Schwarz, citado en Ramm, 1994, p. 231.
3. Diario de Peter Rettich, pape les de Reichhelm.
4. *Beelitzer Heimatverein*, p. 18.
5. Citado en NA RG 338 R-79, p. 14.
6. *Ibid.*, p. 19.
7. TsAMO 684/492483/1.

8. A. Luchinsky, “Na Berlin!”, *ViZh* , n.o 5, mayo 1965.
9. NA RG 338 R-79, pp. 37-38.
10. TsAMO 236/2675/267, p. 186.
11. Lindner, conversación, 10 oc tubre 2001.
12. A. Luchinsky, “Na Berlin!”, *ViZh* , n.o 5, mayo 1965.
13. Konev, p. 182.
14. Baumgart, citado en Ramm, 1994, p. 70.
15. TsAMO 236/2675/267, p.189.
16. Buhl, conversación, 10 octubre 2001.
17. Diario de Jürgs (recuerdos ano tados el 8 de mayo), citado en Ramm, 1994, pp. 159-160.
18. Citado en Ramm, 1994, p. 25.
19. Kleint, citado en Ramm, 1994, p. 306.
20. K.M. Simonov, cuaderno n.o 9, 483 151 RGALI, 1814/4/8, p. 8.
21. TsAMO 233/2374/194, p. 76.
22. Konev, pp. 181-182.
23. Eismann, BA-MA MSg1/976, p. 138.
24. *Ibid.*, p. 143.
25. *Ibid.*

CAPÍTULO 23

1. A. Luchinsky, “Na Berlin!”, *ViZh* , n.o 5 (mayo 1965).
2. V.S. Antonov, “Poslednie dni voiny”, *ViZh* , n.o 7 (julio 1987), y TsAMO 301s4/295514/1, p. 158.
3. Citado en Schultz-Naumann, p. 178.
4. 26 abril, 4.jh horas, GARF 9401/2/102, pp. 13-17.
5. 26 abril, NA RG218 JCS Box 15 File 94.
6. GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
7. Freytag von Loringhoven, conver sación, 4 octubre 1999.
8. Citado en Trevor-Roper, p. 152.
9. *Ibid.*, pp. 156-157.
10. Gun, p. 273.
11. Véase Peter Norden, Múnich, 1970, y el documental *Meine Oma hatte einen Nazi-Puff*, de Rosa von Praunheim, acerca del nieto de Kitty, Jochen Mattei.
12. TsAMO 233/2374/194, p. 83.
13. Rocolle, 1954, p. 69.
14. Klochkov, conversación, 25 ju lio 2000.
15. Shatilov, “U sten Rcikhstaga”, en *Psem smertyam nazlo*, Moscú, 2000.
16. Suljanishvili, conversación, 10 febrero 2001.
17. TsAMO 233/2374/194, p. 78.
18. En lo referente al asalto del Reichstag, véase S. Neustroev, “Shturm Reikhstaga”, *ViZh* , n.o 5 (mayo 1960), pp. 42-45.
19. Belyaev, conversación, 25 julio 2000.
20. Citado en Shindel (ed.), p. 151.
21. GARF 9401/2/97, pp. 32-48.
22. 29 abril, TsAMO 233/2356/5804, p. 147. 143
23. Freytag von Loringhoven, con versación, 4 octubre 1999.
24. V.S. Antonov, “Poslednie dni voiny”, *ViZh* , n.o 7 (julio 1987).
25. Krukenberg, BA-MA MSg2/1283, p. 30.
26. Weisz, citado en Ramm, 1994, p. 106.
27. Bereznyak, citado *Ibid.*, p. 115.

28. Fenet, conversación, 19 mayo 1999.
29. *Ibid.*
30. TsAMO 233/2374/92, p. 70.

CAPÍTULO 24

1. Shatilov, "U sten Reikhstaga", en *Vsem smertyam nazlo*, Moscú, 2000.
2. Vasily Subbotin, How Wars End, p. 131.
3. Kardorff, p. 175.
4. S. Neustroev, "Shturm Reikhs taga", *ViZh* , n.o 5 (mayo 1960), pp. 42-45.
5. BA-MA MSg2/3448, p. 10.
6. Misch, conversación, 8 julio 2000.
7. Rzhevskaya, 1986, p. 44.
8. Véase R.W. Leon, *The Making of an Intelligence Officer*, Londres, 1994.
9. Sereny, p. 538.
10. RGVA-SA 1355/1/1, p. 18.
11. Protocolo de investigación del SMERSH, de Vadis a Beria, 7 mayo, GARF 9401/2/96, pp. 175-182.
12. Sereny, p. 539, y Misch, con versación, 8 julio 2000.
13. Misch, conversación, 8 julio 2000.
14. Rzhevskaya, 1986, p. 36.
15. *Ibid.*, p. 31.
16. Vadis a Beria, 7 mayo, GARF 9401/2/96, pp. 175-182.
17. TsAMO 236/2675/149, p. 274.
18. Cabo Martin Kleint, 30 abril, citado en Ramm, 1994, p. 309. 484 145
19. Rzhevskaya, 1986, p. 31.
20. Papeles de Truman, citado en Martin Gilbert, *The Day the War Ended*, Londres, 1995, p. 41.
21. NA 740.0011 EW/4-2445.
22. Noche del 30 de abril, NA RG 338 R-79, p. 11.
23. Klochkov, conversación, 25 ju lio 2000.
24. Belyaev, conversación, 25 julio 2000.
25. Klochkov, conversación, 25 ju lio 2000.
26. Weisz, citado en Ramm, 1994, p. 120.
27. Vishnevsky, "Berlin Diary", en Sevruk (ed.), pp. 162-193.
28. Zhukov, IV, pp. 269-270.

CAPÍTULO 25

1. BA-MA MSg2/3448, p. 15.
2. BA-MA MSg2/1283, p. 32.
3. Karen Meyer, pp. 47-83.
4. Amt für die Erfassung der Kriegsopfer, 28 julio 1947. También debo agradecer a Dietmar Arnold sus comentarios acerca del debate.
5. Belyaev, conversación, 25 julio 2000.
6. Klochkov, conversación, 25 julio 2000.
7. TsAMO 233/2374/93, pp. 458-459.
8. Gall, conversación, 2 noviembre 1999.
9. Relato de Brettschneider, expo sición permanente de la ciudadela de Spandau.
10. Informe oficial de la Operación Dragón, STIB, 28 enero 1954; PRO DEFE 21/42, p. 4.
11. TsAMO 236/2675/149, p. 276.

12. NA RG 338 R-79, p. 49.
13. Horst Haufschildt, citado en Ramm, 1994, p. 291.
14. *Ibid.*, p. 150.
15. Reichhelm, conversación, 5 oc tubre 1999.
16. BA-MA MSg2/1283, p. 34.
17. Trevor-Roper, p. 188.
18. Zhukov, IV, p. 272. 485 147
19. Le Tissier, 1999, p. 186.
20. Beier, conversación, 9 octubre 2001.
21. Loewe, conversación, 9 octubre 2001.
22. Zhukov, IV, p. 272.
23. Beier, conversación, 9 octubre 2001.

CAPÍTULO 26

1. Rürup (ed.), 1997, p. 184.
2. Exposición permanente PrinzAlbrecht-Gelände.
3. V.S. Antonov, “Poslednie dni voiny”, *ViZh* , n.º 7 (julio 1987).
4. Musmanno, p. 39.
5. Lothar Rühl, citado en Steinhoff y otros (eds.), p. 434.
6. Rzhevskaya, 1986, p. 212.
7. *Id.*, 2000, p. 286.
8. Suljanishvili, conversación, 12 octubre 2000.
9. *Ibid.* 10. Vadis a Beria, 7 mayo, GARF 9401/2/96, pp.
11. Rzhevskaya, 2000, p. 295.
12. Zhukov, IV, p. 275.
13. Interrogatorio de Erna Flegel, OSS, 23 noviembre.
14. Rzhevskaya, conversación, 28 octubre 2001.
15. TsAMO 233/2374/93, pp. 458-459.
16. K.M. Simonov, cuaderno n.o 9, RGALI 1814/4/8.
17. Véase GARF 9401/2/95, pp. 57-62 y 92-96.
18. Beria a Stalin, 20 noviembre, GARF 9401/2/100, p. 492.
19. Belyaev, conversación, 25 julio 2000.
20. RGALI 1710/3/51, p. 240.
21. *Ibid.*, p. 242.
22. *Ibid.*, p. 245.
23. RGALI 1710/3/51, p. 243.
24. *Ibid.*, p. 244.
25. Genscher, conversación, 4 septiembre 2000.
26. Diario de Peter Rettich, 3 mayo, papeles de Reichhelm.
27. Von Edelsheim, BA-MA MSg1/236, y Reichhelm, NA RG 338 B-606.
28. Robert Ohlendorf, citado en Ramm, 1994, p. 174.
29. Las cifras proceden, respectivamente, de NA RG 338 R-79, p. 58, y Army, Genscher, conversación, 4 septiembre 2000.
30. Herbert Fuchs, citado en Ramm, 1994, p. 256.
31. Reichhelm, conversación, 5 octubre 1999.
32. Humboldt, conversación, 11 octubre 1999.
33. Rzhevskaya, 2000, p. 277.
34. Rzhevskaya, conversación, 28 octubre 2001.
35. Eisenhower a Antonov, 10 mayo, NA RG334/Entry 309/Box 2.
36. Bradley, p. 551.

37. Yashechkin, informe dirigido a la GlavPURKKA, RGASPI 17/125/310.
38. Konev, p. 230.
39. Eisenhower a Antonov, 8 mayo, NA RG334/Entry 309/Box 2.
40. Yuri Gribov, "Igral nam v Brandenburge grammofon", en *Stroki s velikoi voiny*, Moscú, 2000.
41. Inozemtsev, p. 206.
42. Diario de K.M. Simonov, cua derno n.o 9, RGALI, 1814/4/8.
43. TsAMO 233/2356/5804, pp. 155-156.
44. Diario de K.M. Simonov, cuaderno n.o 9, RGALI, 1814/4/8.

CAPÍTULO 27

1. GARF 9401/2/96, p. 15.
2. RGVA 32925/1/100, p. 293.
3. Véase PRO DEFE 41/116, así como cuerpo de contraespionaje, NA 319/22/XE 169886 y NA 319/22/XE 257685.
4. Notas de Fedoseyev.
5. Informe 2.5 Bureau, 21 abril, SHAT 7 P 128.
6. RGALI 1710/3/51, p. 241.
7. Abakumov a Stalin, 10 enero 1948, "Portrety bez retushi", Voennye Arkhivy Rossii, n.o 1 (1993), p. 189.
8. Diario de K.M. Simonov, cuaderno n.o 8, RGALI 1814/4/7.
9. Carta-diario de Toscano-Korvin, 7 julio, BZG-S.
10. RGVA 32925/1/121, pp. 61 y 93.
11. Murphy a Departamento de Estado, NA 740.0011 EW/4-2445.
12. NA 740.0011 EW5-145.
13. Zbarsky, p. 134.
14. Kardorff, p. 358, y Lewin, conversación, 14 octubre 1999.
15. D. Gerhard Reichling, y Charité y Kaiserin Auguste Victoria; citado en Sander y Johr, pp. 54 y 59.
16. Kardorff, p. 358.
17. Frau Irene Burchert, citado en Owings, p. 147.
18. Juliane Hartmann, citado en Steinhoff y otros (eds.), p. 455.
19. Anónimo, p. 102.
20. Hanna Gerlitz, citado en Steinhoff y otros (eds.), p. 459.
21. Véase Frank Biess, "The Protracted War", GHI *Bulletin*, n.o 28 (primavera 2001).
22. Kardorff, p. 358.
23. Anónimo, p. 202.
24. Frau Regina Frankenfeld, citado en Owings, p. 405.
25. Anónimo, p. 66.
26. Carta-diario de Toscano-Korvin, 7 julio, BZG-S.
27. 16 junio, RGVA 32925/1/121, p. 82.
28. 29 mayo, RGVA 32925/1/116, p. 428.
29. 14 abril, TsAMO 372/6570/68, pp. 17-20.
30. Sander y Johr, p. 17.
31. 26 abril, TsAMO 233/2374/92, p. 240.
32. RGVA 32925/1/100, p. 296.
33. RGALI 1710/3/51, p. 244.
34. RGVA 32925/1/297, pp. 30-31.
35. 5 octubre, RGASPI 17/125/316, p. 81.
36. Kardorff, p. 364.

37. Werner, conversación, 15 octubre 1999.
38. Naimark, p. 93.
39. OMGUS, NA, RG260 A2 131 C3 Box 363.
40. Kardorff, p. 341.
41. Loewe, conversación, 10 octubre 2001.
42. Zbarsky, p. 129.
43. Beria a Stalin, GARF 9401/2/95, pp. 395-399.
44. Merezhko, conversación, 10 noviembre 1999.
45. RGVA 32925/1/121, p. 89.
46. 7 mayo, RGVA 32925/1/121, p. 41.
47. RGVA 38680/1/4, p. 43.
48. Beier, conversación, 9 octubre 2001.
49. Loewe, conversación, 9 octubre 2001.
50. Beier, conversación, 9 octubre 2001.
51. Wolf, conversación, 14 julio 2000.
52. Wolf, 1997, p. 47.
53. Wolf, 1998, p. 33.
54. Wolf, conversación, 14 julio 2000.
55. Beria, p. 88.
56. Wolf, conversación, 14 julio 2000.
57. *Ibid.*
58. Kardorff, p. 356.
59. LA-B 3928.
60. "Zeitung in der Zeitung", *Freie Welt*, julio 1975, BAMA MSg2/3626.
61. Beria a Stalin, GARF 9401/2/95, p. 374.
62. 16 junio, GARF 9401/2/96, pp. 343-344.
63. Informe de Cáritas, NA RG 260 OMGUS, Stack 390 41/7/5-6.
64. Beria a Stalin, 22 junio, GARF 9401/2/97, pp. 8-10.

CAPÍTULO 28

1. TsAMO 372/6570/68, citado en Senyavskaya, 1995, p. 191.
2. TsAMO 372/6570/78, pp. 30-32.
3. TsAMO 233/2374/92, p. 288.
4. Kubasov, conversación, 27 octubre 2001.
5. RGVA 38686/1/26, p. 36.
6. RGVA 32925/1/297, p. 28.
7. GARF 9401/1 a/165, pp. 181-183.
8. *VOV*, IV, pp. 191, n. 59, y 193, n. 65.
9. Bezborodová, p. 15.
10. V. Kardin, citado en Senyavskaya, 2000, p. 95.
11. 12 julio, carta de los judíos de Rubtsovsk (Altái) al presidente del Consejo de Nacionalidades de la URSS, RGASPI 17/125/310, p. 47.
12. RGASPI 17/125/310, p. 50.
13. Citado en Werth, pp. 1.001-1.002.
14. TsAMO 233/2374/194, p. 83.
15. "Zeitung in der Zeitung", *Freie Welt* (julio 1975), BAMA MSg2/3626.
16. Rzhevskaya, 2000, pp. 292 y 301.
17. Zhukov, IV, pp. 297-298.
18. BA-MA MSg2/3626.
19. Kazakova, conversación, 6 no viembre 1999.

20. Interrogatorio de Blumentritt, NA RG 338 B-338.
21. 7 mayo, NA 740.0011 EW/5-1045.
22. SHAEF, informe de la división de guerra psicológica, Murphy a Departamento de Estado, NA 740.0011 EW/4-2445.

Bibliografía selecta

Alanbrooke, mariscal de campo lord, War Diaries 1939-1945, Londres, 2001.

Albrecht, Günter, y Wolfgang Hartwig (eds.), *Ärzte: Erinnerungen, Erlebnisse, Bekentnisse*, Berlín oriental, 1982.

Altner, Helmut, Totentanz Berlin: *Tagebuchblätter eines Achtzehnjährigen*, Offenbach am Main, 1946.

Ambrose, Stephen, *Eisenhower and Berlin: The Decision to Halt at the Elbe*, Nueva York, 1967.

Andreas-Friedrich, Ruth, *Der Schattenmann: Tagebuchaufzeichnungen* 1938-1945, Frankfurt, 1983.

—, *Schauplatz Berlin*: *Tagebuchaufzeichnungen* 1945-1948, Frankfurt, 1984.

Annan, Noel, *Changing Enemies: The Defeat and Regeneration of Germany*, Londres, 1995.

Anónimo, *A Woman in Berlin*, Londres, 1955.

Antonov, V.S., "Poslednie dni voiny", *ViZh* , N.o 7 (julio 1987).

Arnold, Dietmar, "Die Flutung des Berliner S-Bahn-Tunnels in den letzten Kriegstagen", en *Nord-Süd-Bahn: von Geistertunnel zur City-S-Bahn*, Berlín, 1999.

Babadshanjan, A., *Hauptstosskraft*, Berlín oriental, 1981.

Bacon, Edwin, *The Gulag at War: Stalin's Forced Labour System in the Light of the Archives*, Londres, 1994.

Bark, D., y D. Gress, *A History of West Germany: From Shadow to Substance, 1945-1963*, Oxford, 1989.

Bauer, Frank, Karen Pfundt y Tony le Tissier, *Der Todeskampf der Reichshauptstadt*, Berlín, 1994.

Bauer, Magna E., *Ninth Army's Last Attack and Surrender*, Washington, 1956.

Beelitzer Heimatverein, *Um Beelitz harter Kampf*, Potsdam, 1999.

Behrmann, Jörn, "Grundlage Forschung im totalitären Staat", en Martin Stöhr (ed.), *Von der Verführbarkeit der Naturwissenschaft*, Frankfurt, 1986.

Below, Nicolaus von, *Als Hitlers Adjutant*, 1937-1945, Maguncia, 1980.

Berezhkov, V., *History in the Making*, Moscú, 1982.

—, *At Stalin's Side*, Nueva York, 1994.

Beria, Sergo, Beria, *My Father: Inside Stalin's Kremlin*, Londres, 2001.

Bernadotte, conde Folke, *The Curtain Falls*, Nueva York, 1945.

Bezborodova, Irina, *Generale des Dritten Reiches in Sowjetischer Hand*, 1943-1956, Graz/Moscú, 1998.

Bezymenski, Lev, *Der Tod des Adolf Hitler: Unbekannte Dokumente aus Moskauer Archiven*, Hamburgo, 1968.

Bokov, F.M., "Nastuplenie 5-i Udarnoi Armii s Magnushevskovo Platsdarma", *ViZh* , n.o 1 (1974).

—, *Frühjahr des Sieges und der Befreiung*, Berlín oriental, 1979.

Boldt, Gerhard, *Die Letzten Tage der Reichskanzlei*, Hamburgo, 1947. (Hay trad. cast.: Los diez últimos días de Hitler, Noguer y Caralt, Barcelona, 1973).

Bollmann, Erika, Eva Baier, Walther Fortsmann y Marianne Reinold, *Erinnerungen und Tatsachen - Die Kaiser-WilhelmGesellschaft zur Förderung der Wissenschaften Göttingen-Berlin*, Stuttgart, 1956.

Bordzilovsky, E., "Uchastie 1-I armii Voiska Pol'skogo v Berlinskoi operatsii", *ViZh* , n.o 10 (octubre 1963).

Borée, Karl Friedrich, Frühling 45. *Chronik einer Berliner Familie*, Darmstadt, 1954.

Borkowski, Dieter, *Wer Weiss, ob wir uns wiedersehen. Erinnerung an eine Berlinerjugend*, Berlín, 1991.

Boveri, Margret, *Tage des Überlebens* - Berlin 1945, Múnich, 1968.

Bower, Tom, *The Paperclip Conspiracy*, Londres, 1987.

Bradley Omar, *A Soldier's Story*, Londres, 1951.

Breloer, Heinrich, *Geheime Welten*, Frankfurt, 1999.

Bruyn, Günter de, *Zwischenbilanz.Eine Jugend in Berlin*, Frankfurt, 1991.

Burkert, Hans-Norbert, y Klaus Matussek, Zerstört - *Besiegt Befreit. Kampf um Berlin bis zur Kapitulation*, Berlín occidental, 1985.

Burleigh, Michael, Germany Turns Eastwards: *A study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge, 1988.

—, *The Third Reich: A New History*, Londres, 2000. (Hay trad. cast.: El tercer Reich, Taurus, Madrid, 2002).

Busse, Theodor, "Die letzte Schlacht der 9. Armee", Wehr wissenschaftliche Rundschau, 1954.

Chaney, O.P., *Zhukov*, Norman, Oklahoma, 1996.

Chinaryan, Ivan, "Mol mesyats mai", en Stroki s velikoi voiny, Moscú, 2000.

Chuikov, Vasily, *The End of the Third Reich*, Londres, 1967.

Davies, Norman, *White Eagle, Red Star*, Londres, 1972.

—, *God's Playground: A History of Poland*, vol. 2, Londres, 1981.

—, *Microcosm*, Jonathan Cape, Londres, 2002.

Deane, J.R., *The Strange Alliance*, Londres, 1947.

Delpla, François, *Hitler*, París, 1999.

Deutschkron, Inge, *Ich trug den gelben Stern*, Colonia, 1978.

Diem, Liselotte, *Fliehen oder bleiben?* Dramatisches Kriegsende in Berlin, Friburgo, 1982.

Dinter, Andreas, *Berlin in Trümmern*, Berlín, 1999.

Djilas, M., *Conversations with Stalin*, Nueva York, 1962.

Doernberg, Stefan, Befreiung 1945. *Ein Augenzeugenbericht*, Berlín oriental, 1975.

Domarus, M., *Reden und Proklamationen*, 1932-1945, vol. Ii, Würzburg, 1962.

Dönhoff, Marion Gräfin, *Namen die keiner mehr nennt*, Múnich, 1964.

Dönitz, almirante Karl, *Memoirs*, Cleveland, 1958. (Hay trad. cast.: Mi azarosa vida, Luis Caralt, Barcelona, 1970).

Dragunsky, David, *A Soldier's Life*, Moscú, 1977.

Duffy, C., *Red Storm on the Reich*, Londres, 1993.

Ehrenburg, Ilya, *The War 1941-1945*, Nueva York, 1964.

Eisenhower, Dwight, *Crusade in Europe*, Nueva York, 1948.

Elliott, W.A., *Esprit de Corps*, Norwich, 1996.

Erickson, John, *The Road to Berlin*, Londres, 1999.

Faizulin, A., y P. Dolbrovolsky, "Vstyrecha na El'be", *ViZh* , n.o 4 (abril 1979), pp. 51-53.

Feis, Herbert, *The Atomic Bomb and the End of World War II*, Princeton, 1966.

Fest, Joachim, *The Face of the Third Reich*, Londres, 1988.

Feuersenger, Marianne, *Mein Kriegstagebuch: Zwischen Fübrerhauptquartier und Berliner Wirklichkeit*, Friburgo, 1982.

Findahl, Theo, *Letzter Akt-Berlin 1939-1945*, Hamburgo, 1946.

Foerster, Roland G. (ed.), *Seelower Höhen* 1945, Hamburgo, 1998.

Fröhlich, S., General Vlasov, *Russen und Deutsche zwischen Hitler und Stalin*, Colonia, 1978.

Gall, Vladimir, *Mein Weg nach Halle*, Berlín oriental, 1988.

Garayev, M. "Georgi Zhukov: Life and Work After the War", en Voennaia mysl, vol. 6, n.o 4, 1997.

Gehlen, Reinhard, *The Gehlen Memoirs*, Londres, 1972 .(Hay trad. cast.: Servicio secreto. *Memorias del jefe del servicio de inteligencia*, Noguer y Caralt, Barcelona, 1972.)

Gellately, Robert, Backing Hitler: *Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford, 2001. (Hay trad. cast.: No sólo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso, Crítica, Barcelona, 2002).

Gilbert, Martin, Road to Victory, Londres, 1986.

Glantz, David (ed.), *Art of War Symposium. From the Vistula to the Oder. Soviet Offensive Operations - October 1944-March 1945*, US Army War College, 1986.

Glantz, David, y Jonathan House, *When Titans Clashed*, Kansas, 1995.

Glenn, Gray, J., *The Warriors: Reflections on Men in Battle*, Nueva York, 1970.

Goldhagen, Daniel, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Nueva York, 1996. (Hay trad. cast.: Los verdugos voluntarios de Hitler, Taurus, Madrid, 1998).

Gosztony, Peter, *Der Kampf um Berlin 1945, in Augenzeugenberichten*, Düsseldorf, 1970.

Gribov, Yuri, "Igral nam v Brandenburge grammofon...", en *Stroki s velikoi voiny*, Moscú, 2000.

Gross, Leonard, *The Last Jews in Berlin*, Nueva York, 1982.

Guderian, Heinz, *Panzer Leader*, Nueva York, 1952. (Hay trad. cast.: Recuerdos de un soldado, Luis de Caralt, Barcelona, 1953).

Gun, Nevrin E., Eva Braun: *Hitler's Mistress*, Londres, 1969. (Hay trad. cast.: Hitler y Eva Braun, un amor maldito, Bruguera, Barcelona, 1968).

Henning, Eckhart, y Marion Kazemi, *Veröffentlichungen aus dem Archiv zur Geschichte der Max-PlanckGesellschaft*, vol. I, Berlín occidental, 1988.

Herbert, Ulrich, *Hitler's Foreign Workers*, Cambridge, 1997.

Hirschfeld, Gerhard, e Irina Renz, *Besiegt und Befreit, Stimmen vom Kriegsende 1945*, Gerlingen, 1995.

Inozemtsev, N., *Tsena pobedy v toi samoi voine*, Moscú, 1995.

Irving, David, Adolf Hitler: *The Medical Diaries - the Private Diaries of Dr Theo Morell*, Londres, 1983. (Hay trad. cast.: Los diarios secretos del médico de Hitler, Saned, Madrid, 1984).

Isaev, S.I., "Veji frontovogo puti", *ViZh* , n.o 10 (octubre 1991), pp. 22-25.

Italiander, Rolf, Arnold Bauer y Herbert Krafft, *Berlins Stunde Null*, Düsseldorf, 1979.

Joachimsthaler, A., *The Last Days of Hitler*, Londres, 1996.

—, (ed.), *Er War mein chef, ans dem Nachlass der Sekretärin von Adolf Hitler*, Christa Schroeder, Múnich, 1985.

Kardorff, Ursula von, *Berliner Aufzeichnungen*, 1942 bis 1945, Múnich, 1997.

Kaskewitsch, Emanuel, *Frühling an der Oder*, Berlín oriental, 1953.

Kee, Robert, *A Crowd is Not Company*, Londres, 2000.

Kehlenbeck, Paul, *Schicksal Elbe. Im Zweifrontenkrieg 1945 zwischen Heide, Harz und Havelland. Ein Bericht nach alten Tagebüchern*, Frankfurt, 1993 (MGFA).

Keiderling, Gerhard, Gruppe Ulbricht in Berlin, Berlín, 1993.

—, "Als Befreier unsere Herzen zerbrachen: Zu den Übergriffen der Sowjetarmee in Berlin 1945", *Deutschland Archiv*, 28 (1995).

Keitel, Wilhelm, *The Memoirs of Field Marshal Keitel*, Londres, 1965.

Kempka, Erich, *Die letzten Tage mit Adolf Hitler*, PreussichOldendorf, 1976.

Kershaw, Ian, *The Hitler Myth: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1989.

—, The Nazi Dictatorship: Problems and Perpsectives of Interpretation, Londres, 1993.

—, Hitler: 1889-1936, *Hubris*, Londres, 1998. (Hay trad. cast.: Hitler: 1889-1936, Península, Barcelona, 1999).

—, Hitler: 1936-1945, *Nemesis*, Londres, 2000. (Hay trad. cast.: Hitler: 1936-1945, Península, Barcelona, 2000).

Kershaw, Ian, y Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison*, Cambridge, 1998.

Kireev, N., "Primenenie tankovyj army v Vislo-Oderskoi operatsii", *ViZh* , n.o 1 (1985).

Kleine, Helmut, y Hans-Martin Stimpel, *Junge Soldaten in der Mark Brandenburg 1945 - Rückerinnerungen nach einem halben Jahrhundert*, 1995 (MGFA).

Klemperer, Victor, *To the Bitter End*, 1942-1945, Londres, 1999.

Klimov, Gregory, *The Terror Machine: The Inside Story of the Soviet Administration in Germany*, Londres, 1953.

Klochkov, I.F., *Znamya pobedy nad Reijstagom*, San Petersburgo, 2000.

Knappe, Siegfried, *Soldat*, Nueva York, 1993.

Knef, Hildegard, *The Gift Horse: Report on a life,* Nueva York, 1971.
Knight, Amy, Beria: *Stalin's First Lieutenant*, Princeton (NJ), 1993.
Kon, Igor, *Sex and Russian Society*, Bloomington, Indiana, 1993.
Kondaurov, I.A., "V 45-m my sami iskali protivnika", *en Vsem smertyam nazlo,* Moscú, 2000.
Konev, I. S., *Year of Victory,* Moscú, 1984.
Kopelev, Lev, *No Jail for Thought*, Londres, 1977.
Krivosheev, G.E (ed.), *Grif sekretnosti snyat poteri vooruzhennykh sil SSSR v voinakh, boevykh deistviyakh i voennykh konfliktakh*, Moscú, 1993.
Krockow, Christian Graf von, *Die Stunde der Frauen*, Múnich, 1999.
Kronika, Jacob, *Der Untergang Berlins*, Hamburgo, 1946.
Kuznetsov V.G., y V.P. Medlinsky, "Agoniya", *ViZh* , n.o 6-7 (junio-julio 1992).
Ladd, Brian, *The Ghosts of Berlin*, Chicago, 1997.
Lakowski, R., Seelow 1945, Die *Entscheidungsschlacht an der Oder*, Berlín, 1999.
Lakowski, R., y K. Dorst, Berlin - Frühjahr 1945, Berlín oriental, 1975.
Lane, Anne, y Howard Temperley (eds.), *The Rise and Fall of the Grand Alliance*, *1941-1945,* Londres, 1995.
Lange, Horst, in. H.D. Schäfer (ed.), *Tagebücher aus dem Zweiten Weltkrieg*, Maguncia, 1979.
Laufer, Jochen, ""Genossen, wie ist das Gesamtbild?" Ackermann, Ulbricht und Sobottka in Moskau im Juni 1945", *Deutschland Archiv,* 29 (1996).
Lehndorf, Hans Graf von, *Ostpreuéisches Tagebuch - Aufzeichnungen eines Arztes aus den Jahren 1945-1947*, Múnich, 1999.
Lemmer, Ernst, Manches war doch anders: *Erinnerungen eines deutschen Demokraten,* Frankfurt, 1968.
Leon, R.W., *The Making of an Intelligence Officer*, Londres, 1994.
Leonhard, Wolfgang, *Child of the Revolution*, Londres, 1956. (Hay trad. cast.: El hijo de la revolución, Plaza & Janés, Buenos Aires, 1966).
Le Tissier, T., Zhukov at the Oder: *The Decisive Battle for Berlin*, Londres, 1996.
—, *Race for the Reichstag*, Londres, 1999.
—, *With Our Backs to Berlin*, Stroud, 2001.
Liddell-Hart, Basil, *The Other Side of the Hill*, Londres, 1948. (Hay trad. cast.: El otro lado de la colina, Ejército de Tierra. Estado Mayor. Servicio de Publicaciones, Madrid, 1983).
Lobowski, Richard, y Klaus Dorst, *Berlin*. Frühjahr 1945, Berlín oriental, 1985.
Luchinsky, A., "Na Berlin!", *ViZh* , n.o 5 (mayo 1965).
Luck, Hans von, *Panzer Commander: The Memoirs of Colonel Hans von Luck*, Nueva York, 1989.
Lumans, Vadis, *Himmler's Auxiliaries: The Volksdeutsche Mittelstelle and the German National Minorities of Europe 1933-1945*, Londres, 1992.
Mabire, Jean, *Mourir á Berlin*, París, 1995.
—, *La division Nordland*, París, 1982.
Machtan, Lothar, The Hidden Hitler, Londres, 2001. (Hay trad. cast.: El secreto de Hitler, Planeta, Barcelona, 2001).
Mackintosh, Malcolm, *Juggernaut: The Russian Forces, 1918-1996*, Londres, 1967.
Maizière, Ulrich de, *In der Pflicht*, Bonn, 1989.
Makarevsky, V, "17-ya motorinzhenernaia brigada v Berlinskoi operatsii", *ViZh* , n.o 4 (abril 1976).
Meinecke, Friedrich, *Die deutsche Katastrophe*, Wiesbaden, 1947.
Menzel, Matthias, *Die Stadt ohne Tod. Berliner Tagebuch 1943-1945*, Berlín, 1946.
Merridale, Catherine, *Night of Stone*, Londres, 2000.
Messerschmidt, Manfred, *Was damals Recht war... Nationalozialistische-Militär- und Strafjustiz im Vernichtungskrieg*, Essen, 1996.
Meyer, Sibylle, y Eva Schulze, *Wie wir das alles geschafft haben, Alleinstehende Frauen berichten über ihr Leben nach 1945,* Múnich, 1984.

Meyer, Karen, “Die Flutung des Berliner S-Bahn Tunnels in den letzten Kriegstagen”, en *Berliner S-Bahn-Museum, Nord-SüdBahn*, Berlín, 1999.

Morozov, Boris, “Mgnovenic voiny”, *Stroki s velikoi voiny*, Moscú, 2000.

Murphy, David, Sergei Kondraschev y George Bailey, *Battleground Berlin*, Londres, 1987.

Murphy, Robert, *Diplomat among Warriors*, Nueva York, 1964.

Musmanno, Michael A. *Ten Days to Die*, Nueva York, 1950.

Naimark, Norman, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Mass., 1995.

Neustroev, S.A., “Shturm Reijstaga”, *ViZh* , n.o 5 (mayo 1960), pp. 42-45.

Nikolai, Vasiliev, “Krasnyi tsvet pobedy”, en *Vsem smertyam nazlo*, Moscú, 2000.

Noakes, Jeremy, y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945: A Documentary Reader*, vol. IV, Exeter, 1998.

Oven, Wilfred von, *Mit Goebbels bis zum Ende*, vol. II, Buenos Aires, 1950.

Overy, Richard, *Why the Allies Won*, Londres, 1995.

—, *Russia's War*, Londres, 1998.

Owings, Alison, Frauen: *German Women Recall the Third Reich*, Londres, 1993.

Padfield, P., *Himmler*: *Reichsführer SS*, Londres, 1990.

Peredelsky, G., y G. Joroshilov, “Artilleriya v srazheniyaj ot Visly do Odera”, *ViZh* , n.o 1 (1985).

Petrova, Ada, y Peter Watson, *The Death of Hitler*, Londres, 1995.

Pogue, Forrest C., “The Decision to Halt on the Elbe, 1945”, Greenfield in Kent (ed.), *Command Decisions*, Londres, 1960.

Polyan, Pavel, “Vestarbaitery: internirovannye nemtsy na sovetskij stroikaj”, *Rodina*, n.o 9 (1999).

Prikazy Verjovnogo Glavnokomanduyushchego v period Velikoi Otechestvennoi voiny Sovetskogo Soyuza, Moscú, 1975.

Ramanichev, N.M., “Iz opyta peregruppirovki army pri podgotovke Berlinskoi operatsii”, *ViZh* , n.o 8 (1979).

Ramm, Gerald, *Ein unbekannter Kamerad. Deutsche Kriegsgräberstätten zwischen Oderbruch und Spree*, Woltersdorf, 1993.

—, *Gott mit uns - Kriegserlebnisse aus Brandenburg und Berlin*, Woltersdorf, 1994.

—, *Halbe - Bericht über einen Friedhof*, Woltersdorf, 1995.

Rein, Heinz, *Finale Berlin*, Frankfurt, 1981.

Richie, Alexandra, *Faust's Metropolis*, Londres, 1998.

Rocolle, Pierre, *Götterdämmerung La Prise de Berlin*, Indochina, 1954.

—, Le sac de Berlin, avril-mai 1945, París, 1992.

Rokossovsky, K.K., *Soldatsky dolg*, Moscú, 1968.

Rubenstein, Joshua, *Tangled Loyalties: The Life and Times of Ilya Ehrenburg*, Nueva York, 1996.

Ruhl, Klaus Jörg (ed*.), Unsere verlorenen Jahre - Frauenalltag in Kriegs- und Nachkriegszeit, 1939-1949*, Darmstadt, 1985.

Runov, Boris Alexandrovich, “Znanie nemetskogo pomoglo vzyat. v plen soten shest. nemtsev”, en *Vsem smertyam nazlo*, Moscú, 2000.

Rürup, Reinhard (ed.), Berlin 1945. *Eine Dokumentation*, Berlín, 1995.

—, *Topographie des Terrors, Gestapo, SS und Reichssicherbeitshauptamt auf dem “Prinz-AlbrechtGelände”*, Berlín, 1997.

Russian Federation, *Velikaya Otechestvennaya Voina*, vols. III y IV, Moscú, 1999.

Ryan, Cornelius, *The Last Battle*, Londres, 1966. (Hay trad. cast.: La última batalla, Destino, Barcelona, 1966).

Rzheshevsky, O.A., “The Race for Berlin”, *Journal of Slavic Military Studies*, 8 (septiembre 1995).

—, “Der Wettlauf nach Berlin Ein dokumentarischer Überblick”, en Foerster, *Seelower Höhen* 1945.

Rzhevskaya, Yelena, *Berlin, Mai 1945*, Moscú, 1986.

—, *Vecherny razgovor*, San Petersburgo, 2001.

Sajer, Guy, *The Forgotten Soldier*, Londres, 1997.

Sander, Helke, y Barbara Johr (eds.), *Befreier und Befreite. Krieg, Vergewaltigungen, Kinder*, Múnich, 1992.

Schäfer, Hans Dieter, *Berlin im Zweiten Weltkrieg, Der Untergang der Reichshauptstadt in Augenzeugenberichten*, Múnich, 1985.

Scheel, Klaus (ed.), *Die Befreiung Berlins 1945*, Berlín oriental, 1985.

Schenk, Ernst-Günther, *Ich sah Berlin sterben. Als Arzt in der Reichskanzlei*, Herford, 1970.

Schmitz-Berning, Cornelia, *Vokabular des Nationalsozialismus*, Berlín, 1998.

Schultz-Naumann, Joachim, *Die letzten dreiéig Tage. Das Kriegstagebuch des OKW April-Mai 1945*, Múnich, 1980.

Schwarz, Hans, *Brennpunkt FHQ: Menschen und Masstäbe im Führerhauptquartier*, Buenos Aires, 1950.

Schwarzer, Alice, Marion Dönhoff, *Ein widerständiges Leben*, Múnich, 1997.

Schwerin, Kerrin Gräfin, *Frauen im Krieg - Briefe, Dokumente, Aufzeichnungen*, Berlín, 1999.

Seaton, A., *The Russo-German War 1941-1945*, Nueva York, 1972.

Senyavskaya, Yelena, *1941-1945 Frontovoe pokolenie*, Moscú, 1995.

—, *Psijologiya voiny v XX-m veke*, Moscú, 2000.

Sereny, Gitta, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Londres, 1995. (Hay trad. cast.: Albert Speer, arquitecto de Hitler. Su lucha con la verdad, Javier Vergara, Buenos Aires, 1996).

—, *The German Trauma: Experiences and Reflections, 1938-2000*, Penguin, Londres, 2000.

Sevruk, V. (ed.), *How Wars End: Eyewitness Accounts of the Fall of Berlin*, Moscú, 1969.

Shatilov, Nikolai, “U sten Reijstaga”, en *Vsem smertyam nazlo*, Moscú, 2000.

Shatunovsky, Ilya, “I ostanetsya dobry sled”, en *Vsem smertyam nazlo*, Moscú, 2000.

Shcheglov, Dmitry, “Military Council Representative”, en *Sevruk* (ed.), *How Wars End*.

Shcherbakov, B., “Material'noe obespechenie 4-1 tankovoi armii v Vislo-Oderskoi operatsii”, *ViZh* , n.o 6 (1979).

Sherwood, Robert E., *The White House Papers of Harry L. Hopkins*, Londres, 1948.

Shindel, Aleksandr Danilovich (ed.), *Po obe storony fronta*, Moscú, 1995.

Shirer, William L., *End of a Berlin Diary*, Nueva York, 1947.

Shtemenko, S.M., *The Last Six Months*, Nueva York, 1977.

Shukman, Harold (ed.), *Stalin's Generals*, Londres, 1993.

Sinenko, I., “Organizatsiya i vedenie boya 164-m strelkovym polkom za Batslov pod Berlinom”, *ViZh* , n.o 4 (abril 1976).

Smirnov, E., “Deistviya 47 Gv. T. Br v peredovom otryade tankovogo korpusa”, *ViZh* , n.o 1 (1978).

Solzhenitsyn, A., *The Gulag Archipelago*, vol. I, Nueva York, 1974. (Hay trad. cast.: Archipiélago Gulag (1918-1956), Tusquets, Barcelona, 1998).

—, *Prussian Nights* (trad. de Robert Conquest), Nueva York, 1983.

—, *Deux récits de guerre*, París, 2000.

Soyuz veteranov zhurnalistiki, “Zhivaya pamyat”: Velikaya Otechestvennaya, vol. III, Moscú, 1995.

Spahr, W., Zhukov: *The Rise and Fall of a Great Captain*, Novato, California, 1993.

Steinhoff, Johannes, y otros, *Voices from the Third Reich: An Oral History*, Nueva York, 1994.

Studnitz, Hans-Georg von, *While Berlin Burns*, Londres, 1964.

Subbotin, Vassily, en Sevruk (ed.), *How Wars End.*

Terkel, Studs, *The Good War*, Londres, 2001.

Thorwald, Jürgen, *Es begann an der Weichsel*, Stuttgart, 1950.

—, *Das Ende an der Elbe*, Stuttgart, 1950. (Hay trad. cast.: Y terminó en el Elba, G.P, Barcelona, 1967).

Tieke, Wilhelm, *Das Ende zwischen Oder and Elbe - Der Kampf um Berlin 1945*, Stuttgart, 1981.

Trevor-Roper, Hugh, *The Last Days of Hitler*, Londres, 1995. (Hay trad. cast.: Los últimos días de Hitler, Alba, Barcelona, 2000).

Tsvetaev, E.N. (ed.), *Zhukov: Kakim my ego pomnim*, Moscú, 1988.

Tully, Andrew, *Berlin - the Story of a Battle*, Nueva York, 1963. (Hay trad. cast.: La batalla de Berlín, Martínez Roca, Barcelona, 1966).

Turnarkin, Nina, *The Living and the Dead: The Rise and Fall of the Cult of World War II in Russia*, Nueva York, 1994.

Vasiliev, Nikolay, “Krasny tsvet pobedy”, en *Vsem smertyam nazlo*, Moscú, 2000.

Vermehren, Isa, *Reise durch den letzten Akt. Ein Bericht*, Hamburgo, 1947.

Vishnevsky, Vsevolod, “Berlin Surrenders”, en *Sevruk* (ed.), How Wars End.

Volkogonov, Dmitri, *Stalin Triumph and Tragedy*, Nueva York, 1991.

Warlimont, W., *Inside Hitler's Headquarters*, 1939-1945, Londres, 1964. (Hay trad. cast.: En el cuartel general de Hitler, Luis de Caralt, Barcelona, 1968).

Weidling, general Helmuth, *Der Endkampf in Berlin*, Potsdam, 1962.

Weltlinger, S., *Hast du es schon vergessen? Erlebnisberichte aus der Zeit der Verfolgung*, Berlín, 1960.

Werth, Alexander, *Russia at War, Londres, 1964*. (Hay trad. cast.: Rusia en la guerra, 1941-1945, Grijalbo, Barcelona, 1968).

Wolf, Markus, *Spionagechef in geheimen Krieg*, Múnich, 1997.

—, Die Kunst der Verstellung, Berlín, 1998.

Zaloga, Steven J., *Target America - the Soviet Union and the Strategic Arms Race, 1945-1964*, Novato, California, 1992.

Zayas, Alfred M. de, *Nemesis at Potsdam: The Expulsion of the Germans from the East*, Londres, 1989. (Hay trad. cast.: Los angloamericanos y la expulsión de los alemanes 1944-1947, Historia Xxi, Barcelona, 1999).

Zbarsky, Ilya, y Samuel Hutchinson, *Lenin's Embalmers*, Londres, 1998.

Zhukov, G.K., *Vospominaniya i razmyshleniya*, vol. IV, Moscú, 1995.

Ziemke, Earl, *The Battle for Berlin: End of the Third Reich*, Londres, 1969. (Hay trad. cast.: La batalla de Berlín. Fin del Tercer Reich, San Martín, Madrid, 1982).

—, *The Soviets. Lost Opportunity; Berlin in Frebuary 1945*, Londres, 1969.

—, *The US Army in the Occupation of Germany 1944-1946*, Washington, 1975.

—, *Stalingrad to Berlin: The German Defeat in the Fast*, Washington, 1987.

PUBLICACIONES

Der Angriff
Der Panzerbär
Freie Welt (DDR)
Istoricheskii Arjiv
Krasnaya Zvezda
Pravda

Mapas

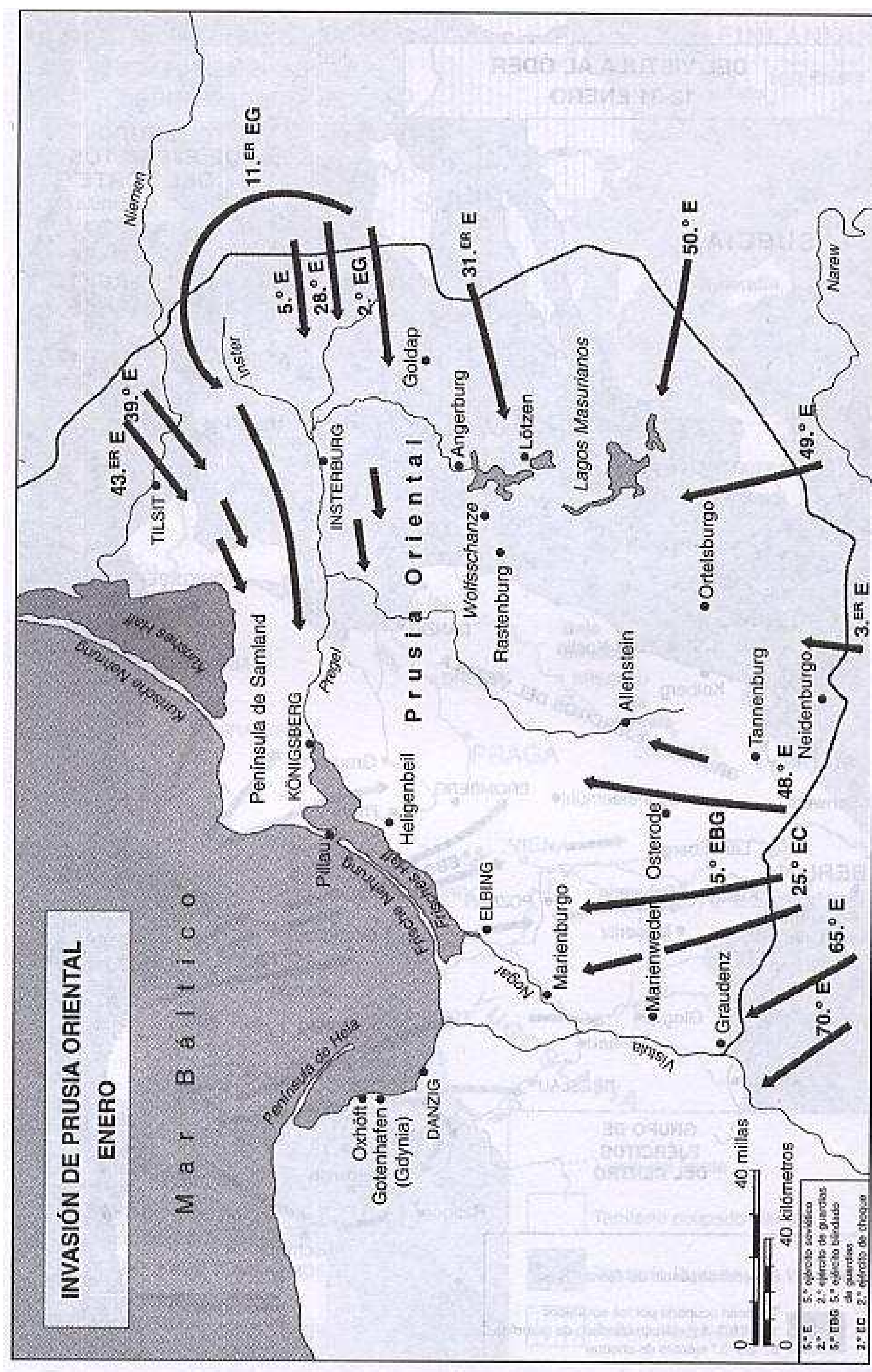
0 100 millas
0 100 kilómetros
NORUEGA
OSLO
SUECIA
FINLANDIA
HELSINKI
ESTONIA
Curlandia
Riga
LETONIA
DINAMARCA
MEMEL
Schleswig-Holstein
GDYNIA
KÖNIGSBERG
DANZIG
Prusia Oriental
HAMBURGO
STETTIN
Pomerania
HOLANDA
Wartheland
POZNAN
Vístula
VARSOVIA
BERLÍN
Baja Silesia
LÓDZ
Elba
BÉLGICA
COLONIA
DRESDE
BRESLAU
Oder
Alta Silesia
FRANKFURT
LUXEMBURGO
PRAGA
CRACOVIA
FRANCIA
MÚNICH
VIENA
BERNA
Suiza
Baviera
SALZBURGO
BUDAPEST
Danubio
MILÁN
TRIESTE
YUGOSLAVIA
RUMANÍA
ITALIA
FLORENCIA
Mar Adriático
Mar Mediterráneo
ALEMANIA Y SUS TERRITORIOS
1 ENERO 1945
Línea del frente
Territorio ocupado alemán
Territorio liberado y de los Aliados
Países neutrales

DEL VÍSTULA AL ÓDER
12-31 ENERO

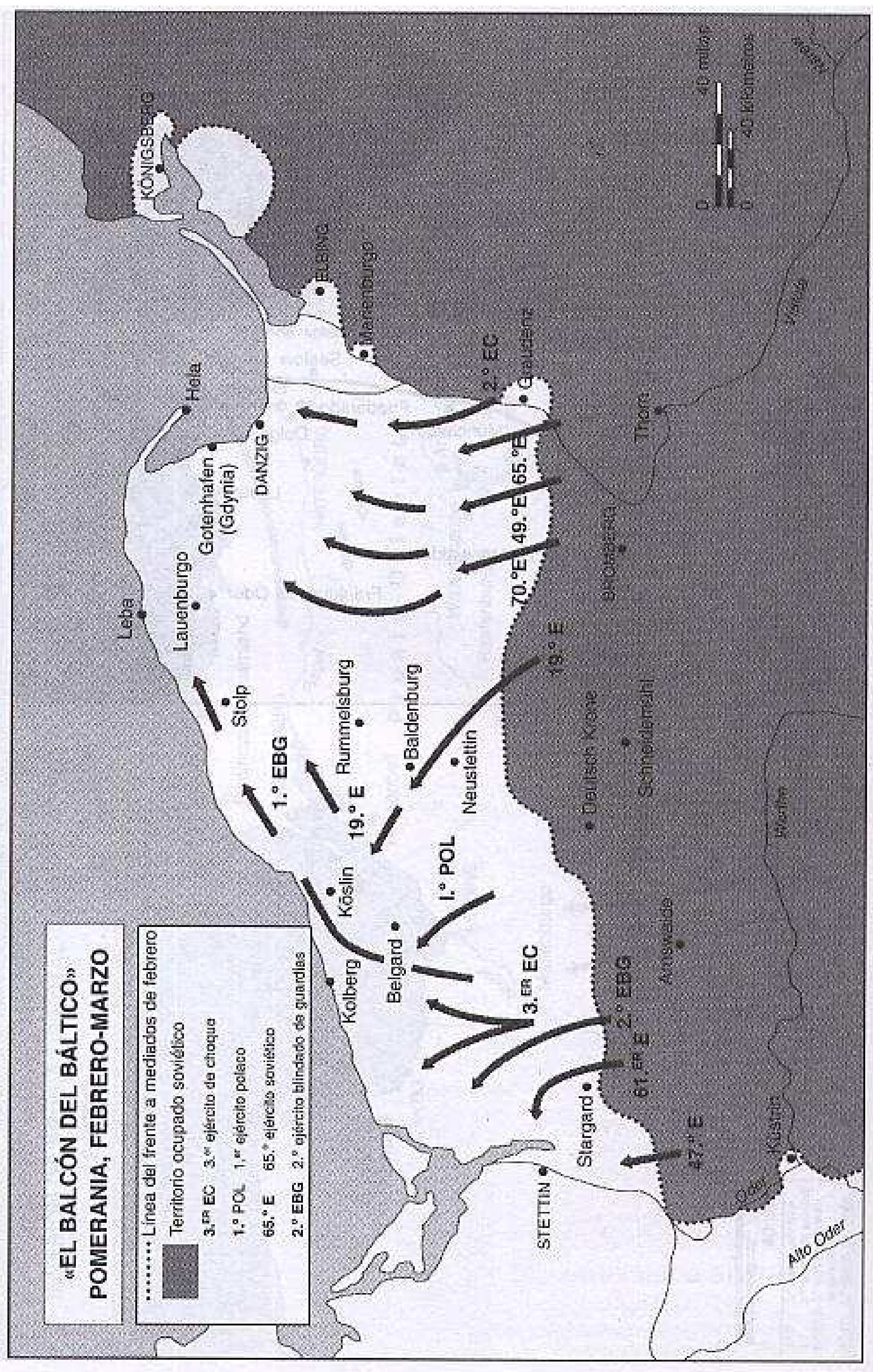
SUECIA
Mar Báltico
GRUPO DE EJÉRCITOS DEL NORTE
Curlandia
2.º FRENTE BÁLTICO
1.ER FRENTE BÁLTICO
MEMEL
KÖNIGSBERG
3.ER FRENTE BIELORRUSO
DANZIG
Koslin
Kolberg
GRUPO DE EJÉRCITOS DEL VÍSTULA
STETTIN
Schwedt
Schneidemühl
BROMBERG
Graudenz
Thorn
Narew
2.º FRENTE BIELORRUSO
Óder
Landsberg
BERLÍN
Küstrin
Schwerin
POZNAN
2.º EBG Y 5.º EC
Vístula
VARSOVIA
Frankfurt del Óder
Meseritz
Warthe
Sochaczew
1.ER FRENTE BIELORRUSO
Guben
1.ER EBG Y 8.º EG
Magnuzew
ŁÓDZ
Neisse
Glogau
Steinau
4.º EBG
Pilica
Pulawy
RADOM
Lublin
Glotiz
BRESLAU
3.ER EBG
Kielce
Óder
Oppeln
Sandomierz
Baranow
GRUPO DE EJÉRCITOS DEL CENTRO
Katowice
Vístula
1.ER FRENTE UCRANIANO
Ratibor
CRACOVIA
Auschwitz
0 100 millas
0 100 kilómetros

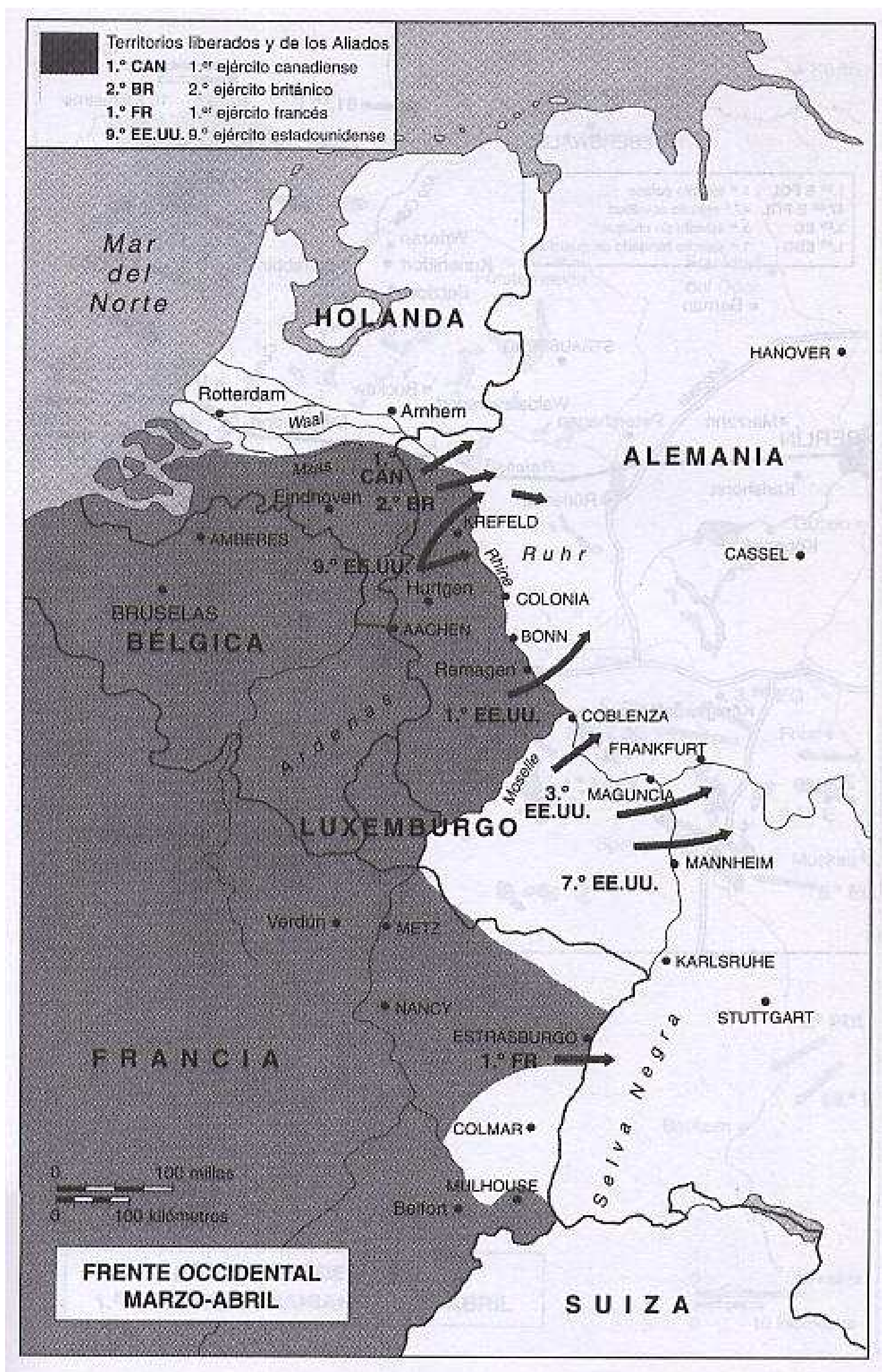
Cabezas de puente del Ejército Rojo
Territorio ocupado por los soviéticos
1.ER EBG 1.er ejército blindado de guardias
5.º EC 5.º ejército de choque



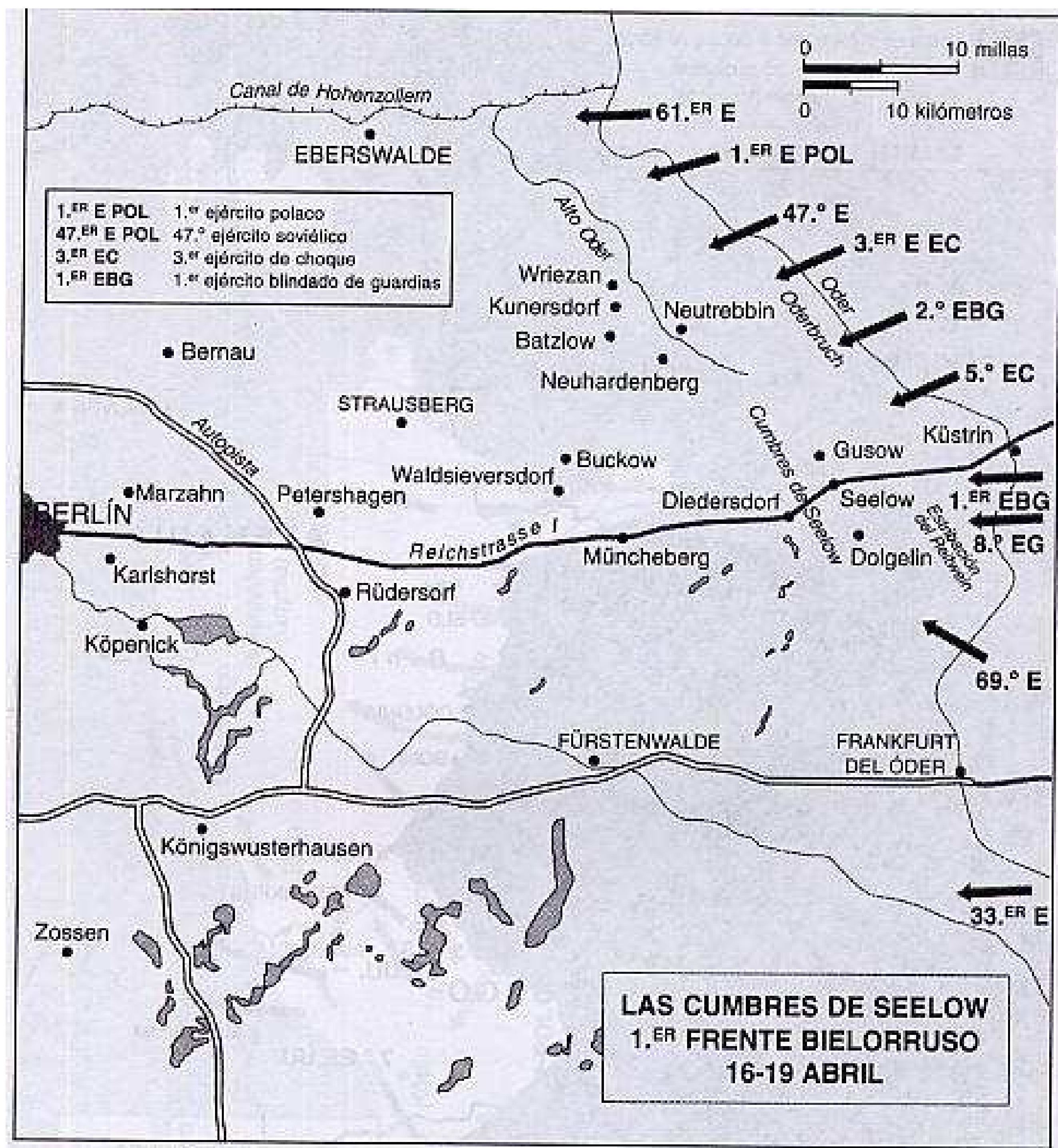

INVASIÓN DE PRUSIA ORIENTAL
ENERO
Mar Báltico
Prusia Oriental
Península de Samland
Península de Hela
Lagos Masurianos
KÖNIGSBERG
INSTERBURG
TILSIT
ELBING
DANZIG
Pillau
Heiligenbeil
Goldap
Angerburg
Lötzen
Wolfsschanze
Rastenburg
Allenstein
Ortelsburgo
Tannenburg
Neidenburgo
Osterode
Marienburgo
Marienwerder
Graudenz
Oxhöft
Gotenhafen
(Gdynia)
Niemen
Inster
Pregel
Narew
Nogat
Vistula
43.ER E
39.° E
11.ER EG
5.° E
28.° E
2.° EG
31.ER E
50.° E
49.° E
3.ER E
48.° E
5.° EBG
25.° EC
65.° E
70.° E
40 millas
40 kilómetros

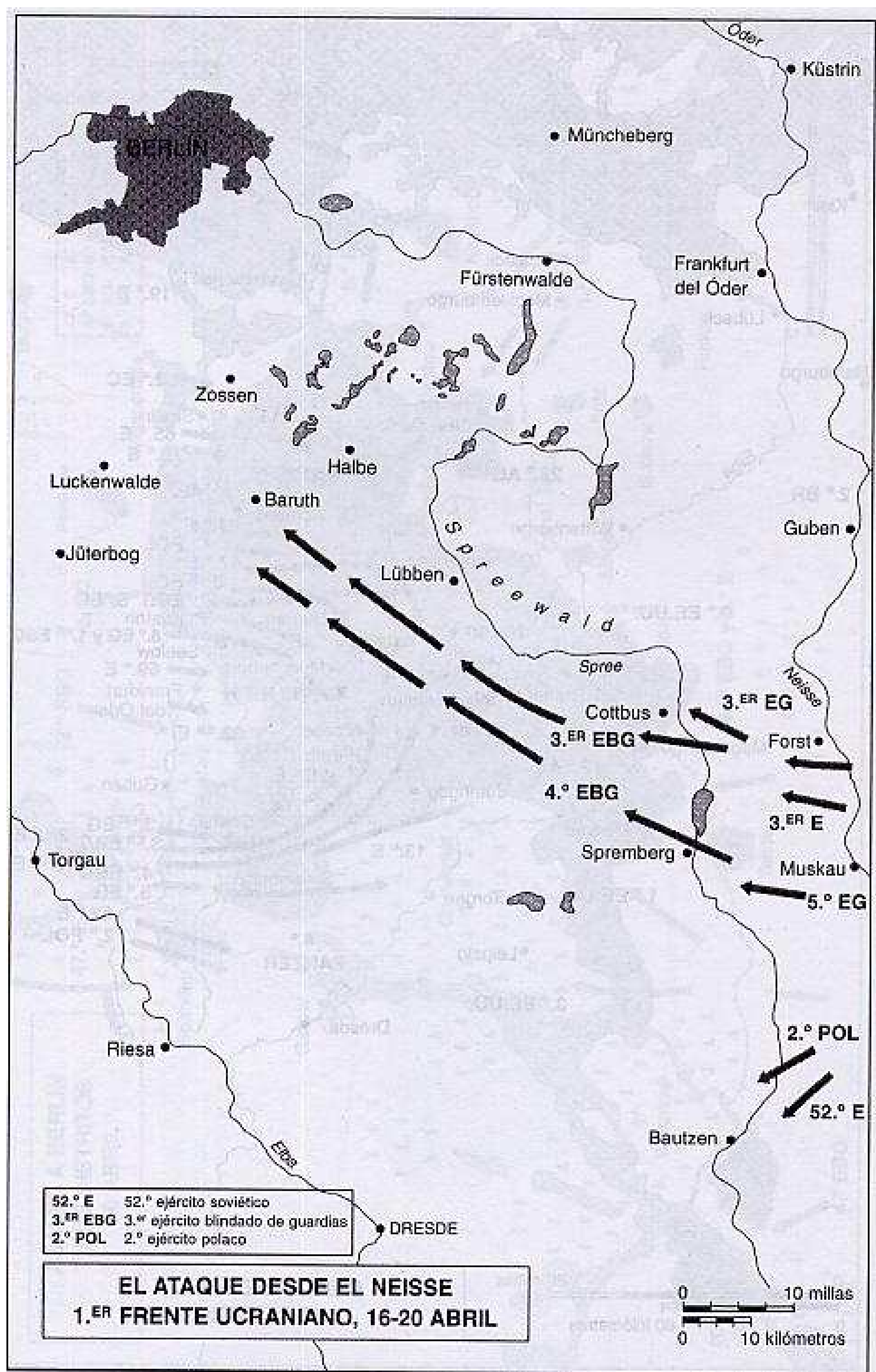

CABEZAS DE PUENTE
DEL ÓDER, FEBRERO
0 10 millas
0 10 kilómetros
Eberswalde
Wriezen
Neutrebbin
Alto Óder
Batzlow
Letschin
Bernau
Neuhardenberg
Cumbres de Seelow
Golzow
Strausberg
Buckow
Seelow
BERLÍN
Reichstrasse I
Müncheberg
Friedersdorf
Estribación
del Reitwein
Dolgelin
Rüdersdorf
Lebus
Fürstenwalde
Frankfurt del Óder
Línea de cabezas de puente
Territorio soviético ocupado


«EL BALCÓN DEL BÁLTICO»
POMERANIA, FEBRERO-MARZO
Línea del frente a mediados de febrero
Territorio ocupado soviético
3.ER EC 3.er ejército de choque
1.º POL 1.er ejército polaco
65.º E 65.º ejército soviético
2.º EBG 2.º ejército blindado de guardias
KÖNIGSBERG
ELBING
Marienburg
Hela
Gotenhafen (Gdynia)
DANZIG
2.º EC
Graudenz
Thorn
65.º E
49.º E
70.º E
Leba
Lauenburgo
Stolp
Rummelsburg
Baldenburg
19.º E
1.º EBG
Neustettin
Deutsch Krone
Schneidemühl
Köslin
1.º POL
Kolberg
Belgard
3.ER EC
2.º EBG
61.ER E
Arnswalde
Stargard
47.º E
STETTIN
Küstrin
Oder
Alto Oder
Warthe
Vistula
40 millas
40 kilómetros

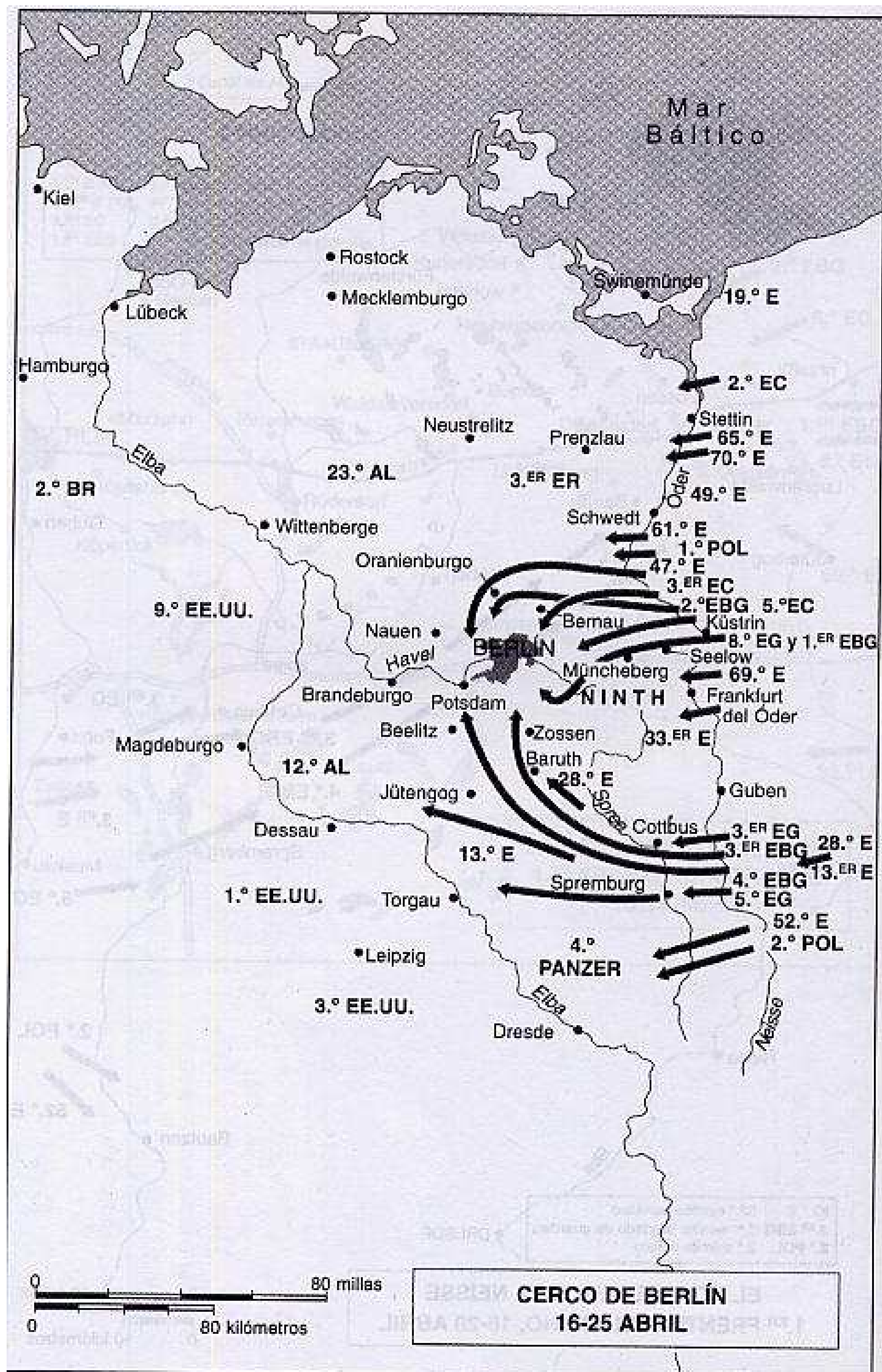


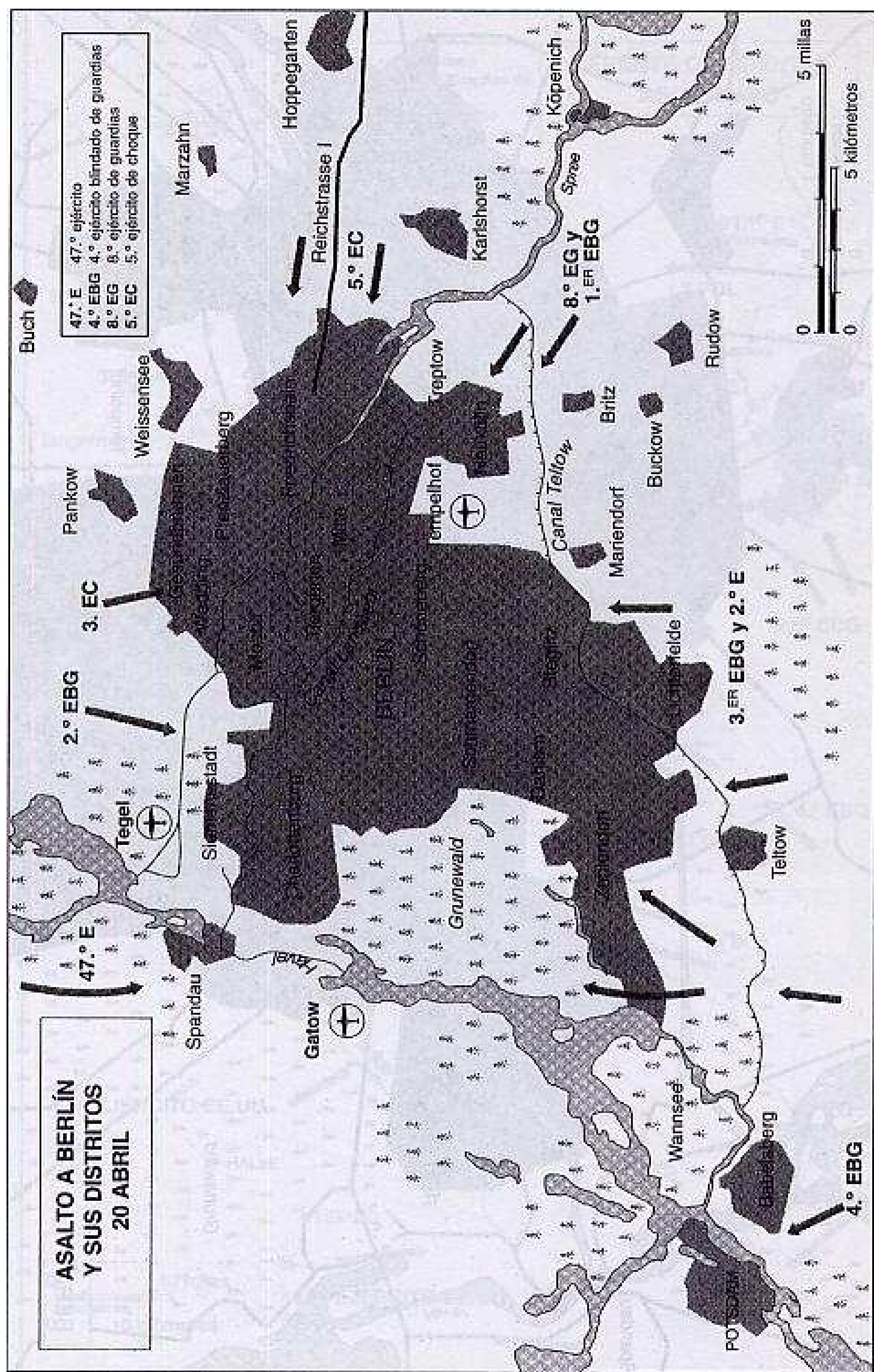
FRENTE OCCIDENTAL MARZO-ABRIL

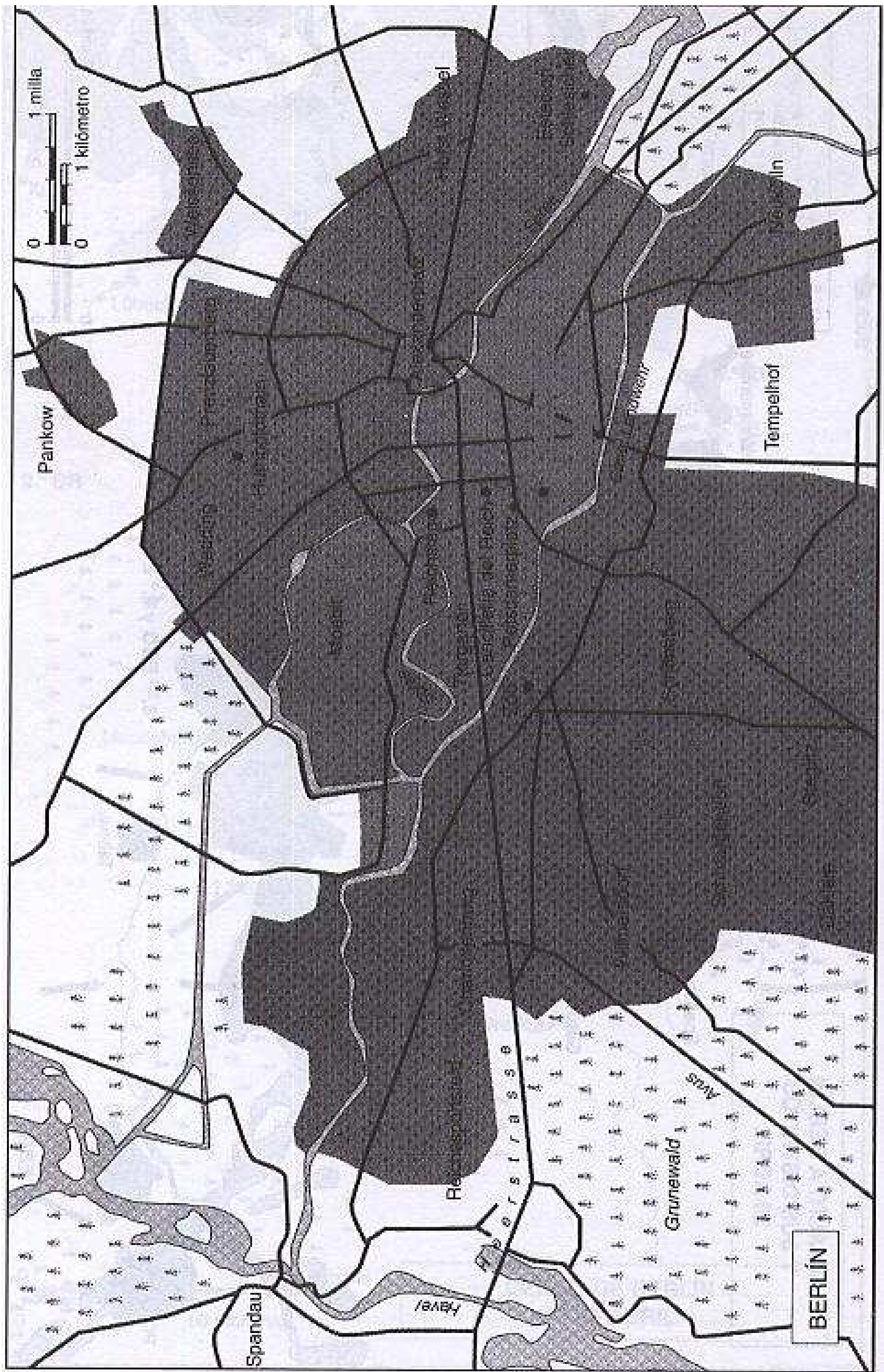

0 10 millas
0 10 kilómetros
Canal de Hohenzollern
EBERSWALDE
61.ER E
1.ER E POL
47.° E
3.ER E EC
2.° EBG
5.° EC
1.ER E POL 1.er ejército polaco
47.ER E POL 47.° ejército soviético
3.ER EC 3.er ejército de choque
1.ER EBG 1.er ejército blindado de guardias
Alto Oder
Oder
Oderbruch
Wriezan
Kunersdorf
Batzlow
Neutrebbin
Neuhardenberg
Bernau
STRAUSBERG
Autopista
Cumbres de Seelow
Gusow
Küstrin
Buckow
Waldsieversdorf
Marzahn
Petershagen
Diedersdorf
Seelow
1.ER EBG
8.° EG
BERLÍN
Reichstrasse 1
Müncheberg
Dolgelin
Karlshorst
Rüdersorf
Köpenick
69.° E
FÜRSTENWALDE
FRANKFURT DEL ÓDER
Königswusterhausen
Zossen
33.ER E
LAS CUMBRES DE SEELOW
1.ER FRENTE BIELORRUSO
16-19 ABRIL

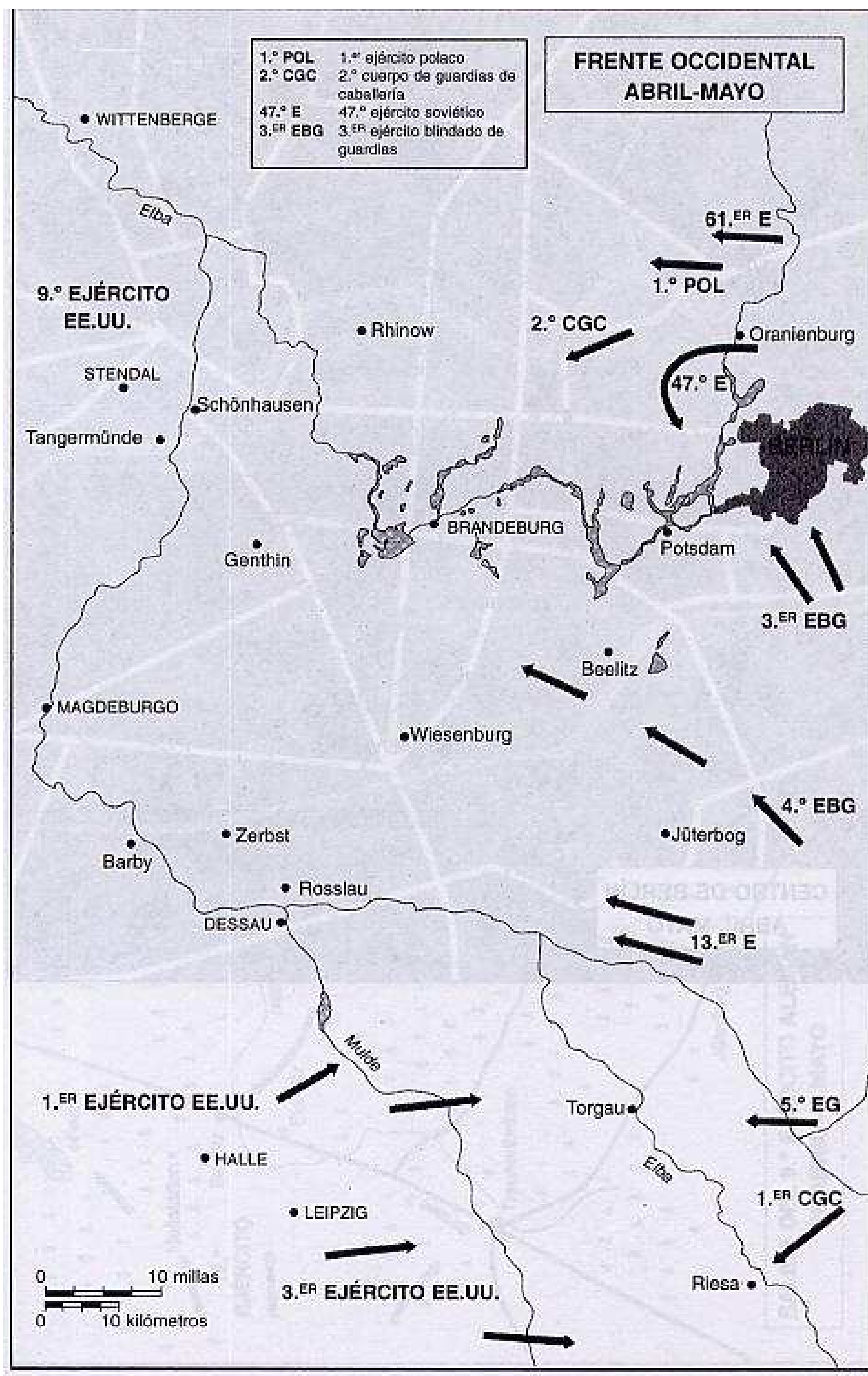


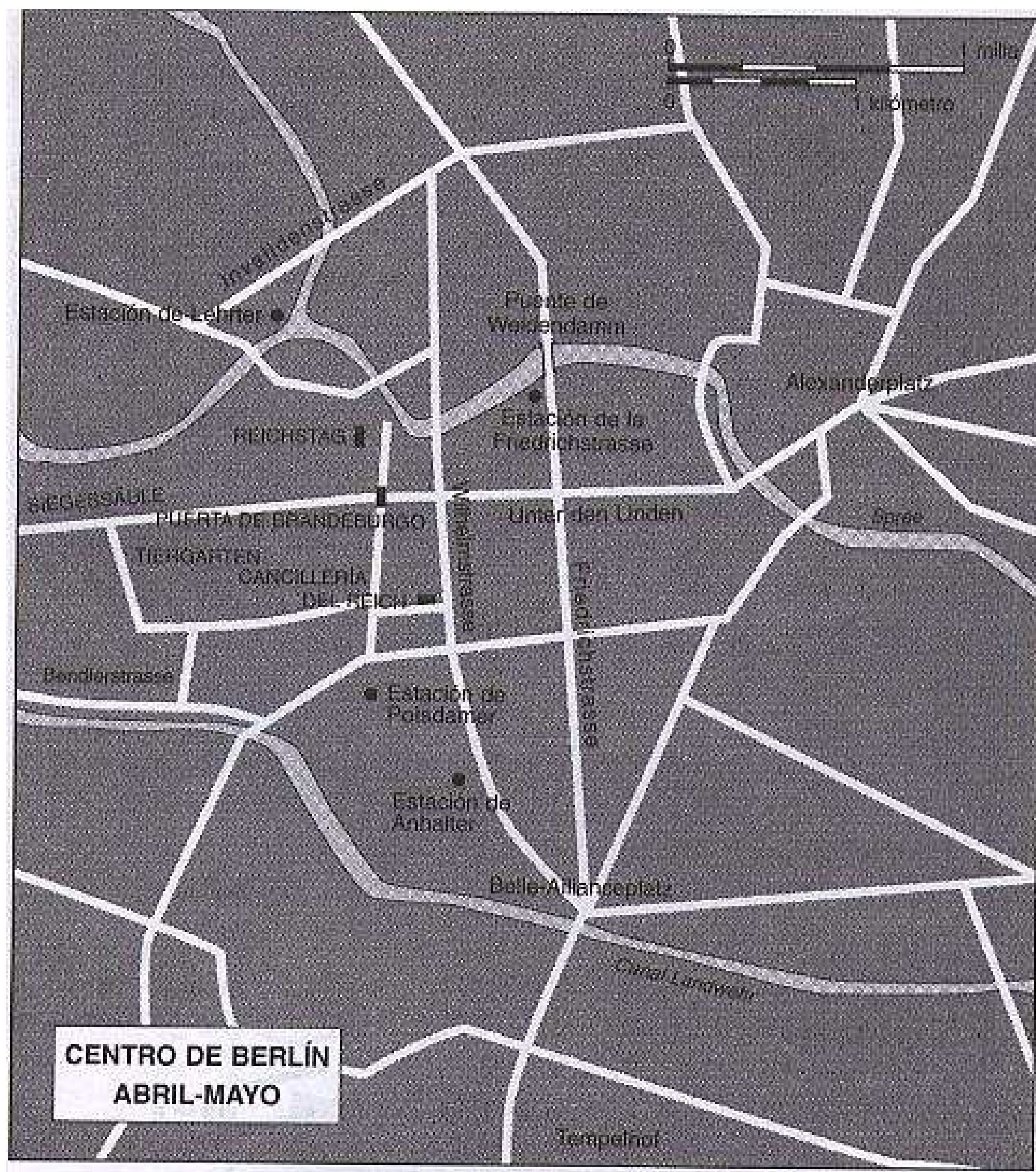
Oder
Küstrin
BERLÍN
Müncheberg
Fürstenwalde
Frankfurt
del Óder
Zossen
Halbe
Luckenwalde
Baruth
Jüterbog
Lübben
Spreewald
Guben
Spree
Neisse
Cottbus
3.ER EG
3.ER EBG
Forst
4.° EBG
3.ER E
Spremberg
Muskau
5.° EG
Torgau
2.° POL
52.° E
Riesa
Bautzen
Elba
DRESDE
52.° E 52.° ejército soviético
3.ER EBG 3.er ejército blindado de guardias
2.° POL 2.° ejército polaco
EL ATAQUE DESDE EL NEISSE
1.ER FRENTE UCRANIANO, 16-20 ABRIL
0 10 millas
0 10 kilómetros

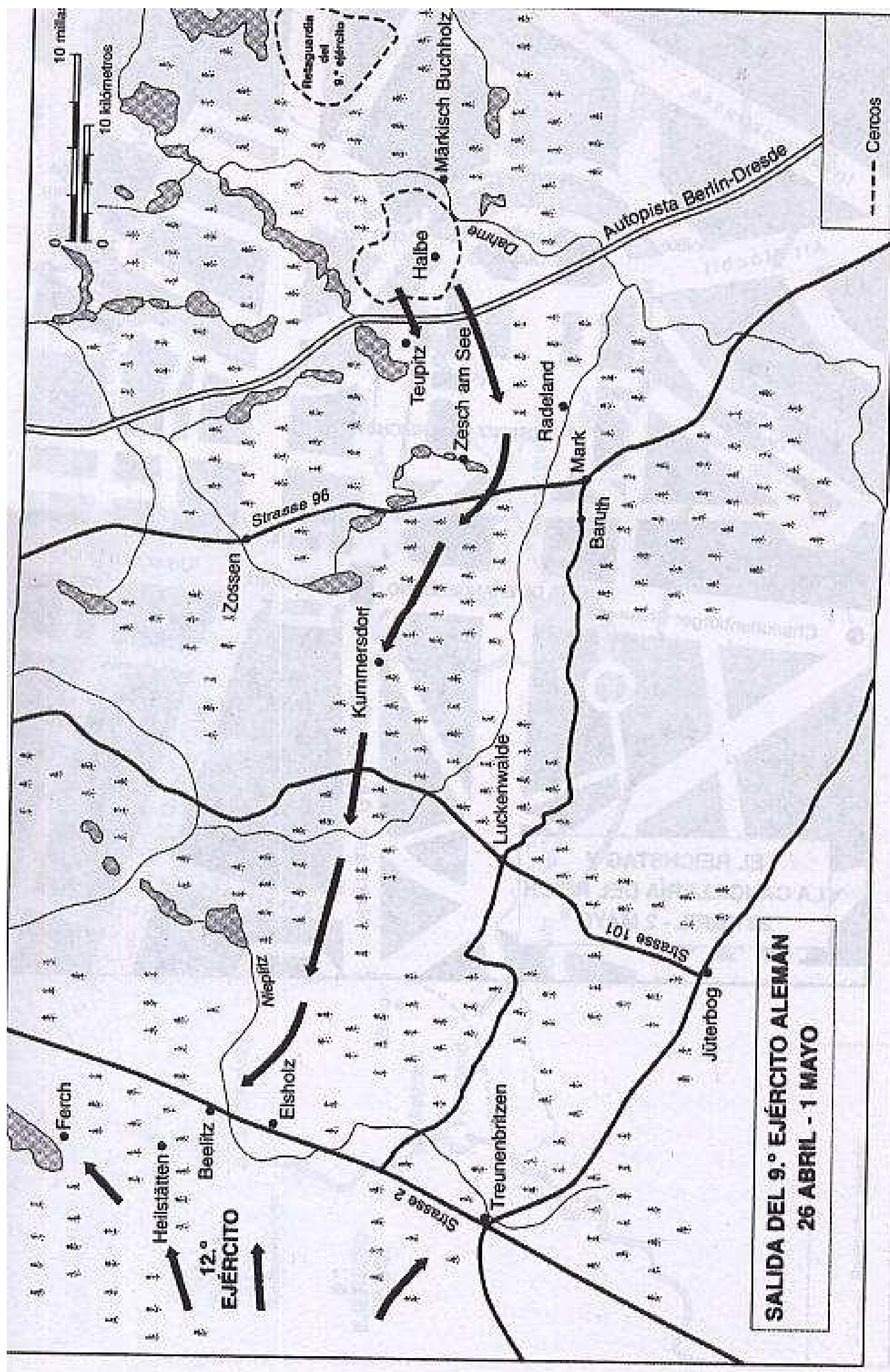

Mar Báltico
Kiel
Rostock
Mecklemburgo
Lübeck
Swinemünde
19.° E
Hamburgo
2.° EC
Stettin
Neustrelitz
Prenzlau
65.° E
70.° E
Elba
23.° AL
3.ER ER
Oder
49.° E
2.° BR
Schwedt
Wittenberge
61.° E
1.° POL
Oranienburgo
47.° E
3.ER EC
9.° EE.UU.
2.°EBG 5.°EC
Bernau
Küstrin
Nauen
8.° EG y 1.ER EBG
BERLÍN
Seelow
Havel
Müncheberg
69.° E
Brandeburgo
Potsdam
NINTH
Frankfurt del Óder
Beelitz
Zossen
Magdeburgo
33.ER E
Baruth
12.° AL
28.° E
Jütengog
Guben
Spree
Dessau
Cottbus
3.ER EG
3.ER EBG
28.° E
13.° E
13.ER E
Spremburg
4.° EBG
1.° EE.UU.
Torgau
5.° EG
52.° E
2.° POL
4.° PANZER
Leipzig
Neisse
3.° EE.UU.
Elba
Dresde
0
80 millas
0
80 kilómetros
CERCO DE BERLÍN
16-25 ABRIL

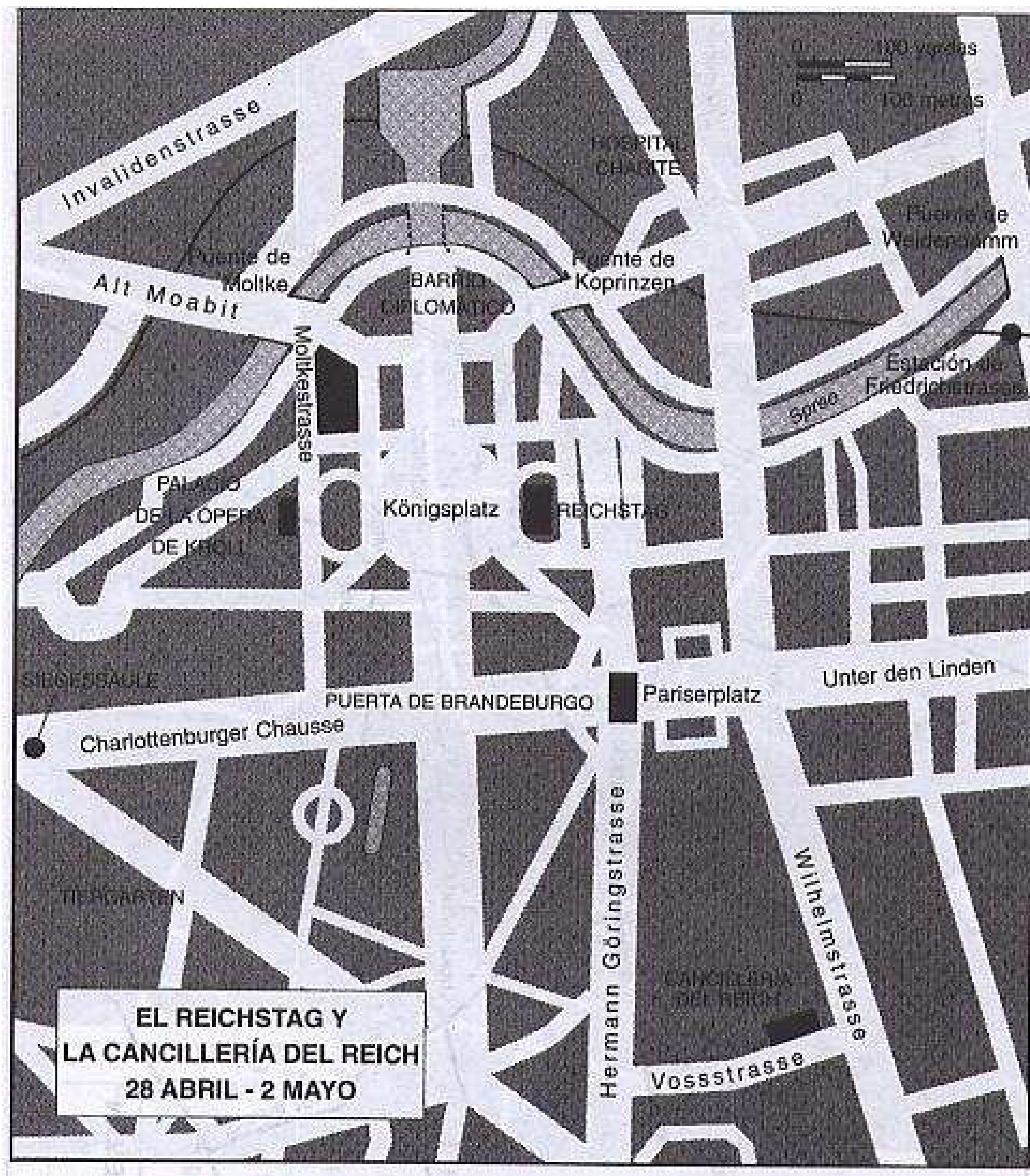

ASALTO A BERLÍN
Y SUS DISTRITOS
20 ABRIL
47.° E 47.° ejército
4.° EBG 4.° ejército blindado de guardias
8.° EG 8.° ejército de guardias
5.° EC 5.° ejército de choque
Buch
Marzahn
Hoppegarten
Reichstrasse I
5.° EC
Karlshorst
Köpenich
Spree
8.° EG y
1.ER EBG
Rudow
Britz
Buckow
Canal Teltow
Mariendorf
Weissensee
Pankow
3. EC
2.° EBG
Tegel
47.° E
Spandau
Gatow
Havel
Grunewald
Wannsee
Teltow
3.ER EBG y 2.° E
4.° EBG
0
5 millas
5 kilómetros

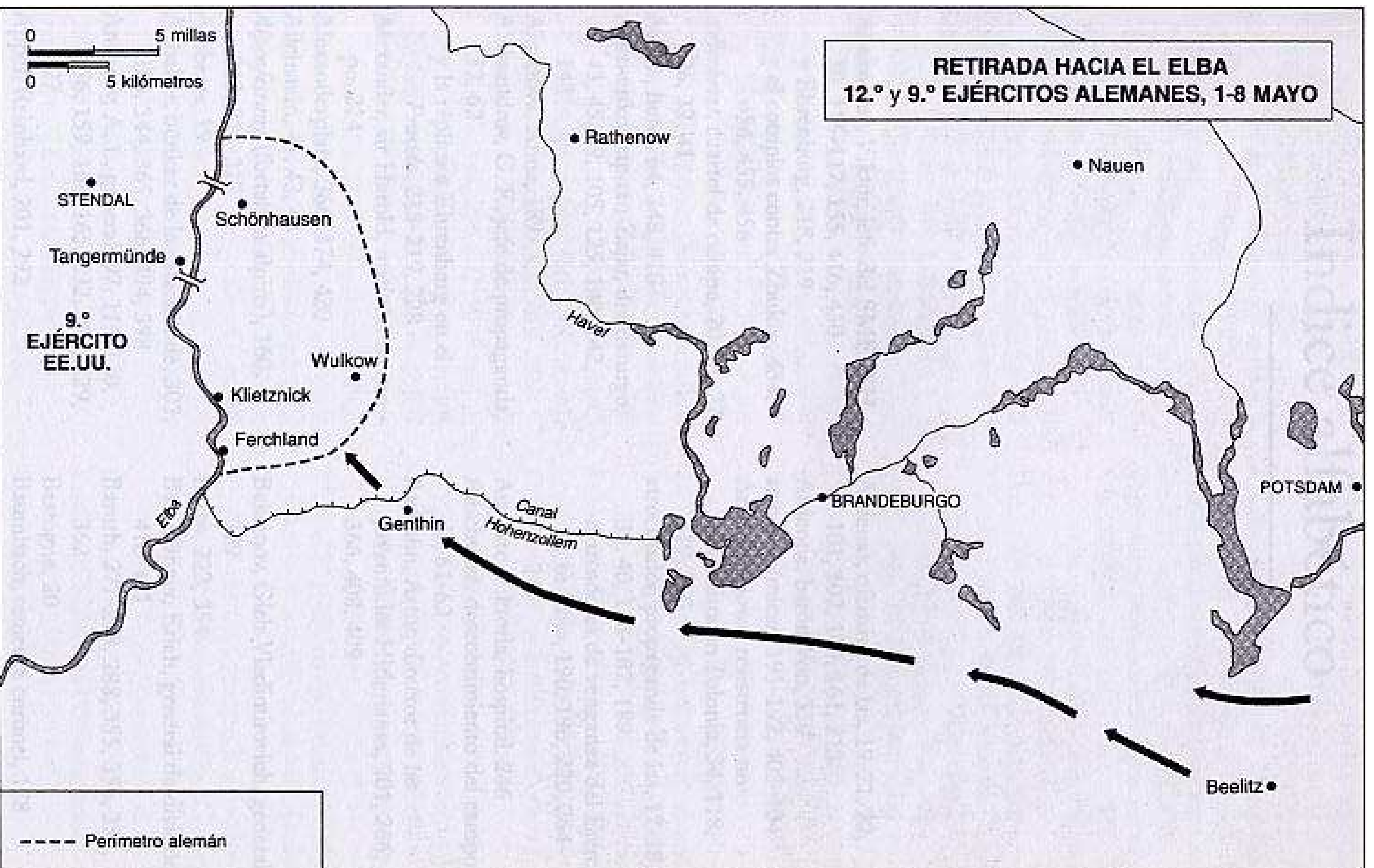

0
1 milla
0
1 kilómetro
Pankow
Tempelhof
Spandau
Grunewald
Havel
Avus
BERLÍN


1.° POL 1.er ejército polaco
2.° CGC 2.° cuerpo de guardias de caballería
47.° E 47.° ejército soviético
3.ER EBG 3.ER ejército blindado de guardias
FRENTE OCCIDENTAL
ABRIL-MAYO
WITTENBERGE
Elba
61.ER E
1.° POL
9.° EJÉRCITO
EE.UU.
Rhinow
2.° CGC
Oranienburg
STENDAL
47.° E
Schönhausen
Tangermünde
BERLÍN
BRANDEBURG
Genthin
Potsdam
3.ER EBG
Beelitz
MAGDEBURGO
Wiesenburg
4.° EBG
Zerbst
Jüterbog
Barby
Rosslau
DESSAU
13.ER E
Mulde
1.ER EJÉRCITO EE.UU.
Torgau
5.° EG
HALLE
Elba
1.ER CGC
LEIPZIG
0 10 millas
0 10 kilómetros
3.ER EJÉRCITO EE.UU.
Riesa


0
1 milla
0
1 kilómetro
Invalidenstrasse
Estación de Lehrter
Puente de Weidendamm
Alexanderplatz
Estación de la Friedrichstrasse
REICHSTAG
SIEGESSÄULE
PUERTA DE BRANDEBURGO
Unter den Linden
Spree
TIERGARTEN
CANCILLERÍA DEL REICH
Wilhelmstrasse
Friedrichstrasse
Bendlerstrasse
Estación de Potsdamer
Estación de Anhalter
Belle-Allianceplatz
Canal Landwehr
Tempelhof
CENTRO DE BERLÍN
ABRIL-MAYO


SALIDA DEL 9.° EJÉRCITO ALEMÁN
26 ABRIL - 1 MAYO
10 millas
10 kilómetros
0
Cercos
Retaguardia del 9.° ejército
Märkisch Buchholz
Halbe
Dahme
Autopista Berlín-Dresde
Teupitz
Zesch am See
Radeland
Mark
Baruth
Strasse 96
Zossen
Kummersdorf
Luckenwalde
Strasse 101
Jüterbog
Nieplitz
Elsholz
Beelitz
Heilstätten
Ferch
12.° EJÉRCITO
Strasse 2
Treuenbritzen


Invalidenstrasse
Alt Moabit
Puente de Moltke
Puente de Koprinzen
Moltkestrasse
Königsplatz
Spree
Unter den Linden
Pariserplatz
PUERTA DE BRANDEBURGO
Charlottenburger Chausse
Hermann Göringstrasse
Wilhelmstrasse
Vossstrasse
EL REICHSTAG Y
LA CANCILLERÍA DEL REICH
28 ABRIL - 2 MAYO


RETIRADA HACIA EL ELBA
12.° y 9.° EJÉRCITOS ALEMANES, 1-8 MAYO
0 5 millas
0 5 kilómetros
STENDAL
Schönhausen
Tangermünde
9.° EJÉRCITO EE.UU.
Wulkow
Klietznick
Ferchland
Elba
Genthin
Canal Hohenzollern
Havel
Rathenow
Nauen
BRANDEBURGO
POTSDAM
Beelitz
Perímetro alemán

Indice alfabético

[Corresponde a la numeración del libro impreso]

Índice de ilustraciones

39. Miembros de las tropas mecanizadas soviéticas aseándose en una calle berlinesa.
40. Cocinando entre las ruinas.
41. El Ejército Rojo se encuentra con el estadounidense: El general Robert C. Macon, de la 83ª división de infantería, atiende al brindis del coronel Ivanov.
42. Civiles alemanes huyendo del Ejército Rojo a través del viaducto en ruinas del Elba en dirección al territorio ocupado por los estadounidenses.
43. El final de la batalla para el recluta adolescente Hans-Georg Henke.
44. Una ayudante médica atiende a un soldado soviético herido.
45. El general Stumpff, el mariscal de campo Keitel y el almirante Von Friedeburg llegan a Karlshorst pa ra firmar la rendición final.
46. Un soldado del Ejército Rojo intenta requisar la bicicleta a una habitante de Berlín.
47. El mariscal Zhukov participa en el desfile organizado con motivo de la victoria. Monta el caballo que había tirado a Stalin.
48. Zhukov observado por el general K.F. Telegin, director del departamento político y el general Ivan Serov, jefe del NKVD.
49. Visita al campo de batalla en que se había convertido el Reichstag.

CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS

AKG de Londres: 3, 6, 7, 8, 9, 13, 17, 22, 24, 26, 28, 34, 37, 40 y 42.

Alexander Ustinov-Bildarchiv Preuéischer Kulturbesitz, Berlín:

27.

Bildarchiv Preugischer Kulturbesitz, Berlín: 16, 21, 39, 43.

Bundesarchiv Bild, Coblenza: 2 (146/85/22/20) y 47 (183/K0907/310).

Chronos, Berlín: 18, 19 y 36.

Colección Privada/Novosti/Biblioteca de Arte Bridgeman: 23 y 25.

Hilmar Pabel/Bildarchiv Preufscher Kulturbesitz, Berlín: 15.

Hulton Getty: 46.

Jürgen Stumpff/Buldarchiv Preugischer Kulturbesitz, Berlín: 45.

Museo Imperial de la Guerra, Londres: 10 (FLM 3345), 29 (FLM 3351), 30 (FLM 3349), 31 (FLM 3348), 32 (FLM 3346) y 33 (FLM 3350).

National Archives and Records Administration, Maryland: 20 (111-SC-205221), 41 (111-SC-205367) y 49 (306-NT-885-C2).

PK-Benno Wundshammer/Buldarchiv Preuëischer Kulturbesitz, Berlín:

1. Ullstein Bild, Berlín: 4, 5, 11, 12, 14, 38 y 44.

Victor Tiomin: 35.

Se ha hecho todo lo posible por encontrar a cada uno de los propietarios de los derechos de las diversas fotografías. Será un placer para los editores enmendar en futuras ediciones cualquier error u omisión que puedan comunicárseles.